LIBER EPISTOLARUM HILDEGARD VON BINGEN

Hildegardis Bingensis: Liber epistolarum, ed. by Maura Zátonyi, Mechthild Dreyer in collaboration with Andreas Kuczera, Thomas Stäcker, Markus John, Christopher Keckstein, Iian Neill, Silke Kalmer, Dario Kampkaspar
https://liberepistolarum.mni.thm.de/



EPISTOLAS COMPLETAS

Traducido por el Modelo GPT-4o

Todas las cartas son del **Códice de Wiesbaden**. El Códice de Wiesbaden (también conocido como Riesencodex, "códice gigante"), Hs.2 de la Hessische Landesbibliothek en Wiesbaden, es un códice que contiene las obras completas de Hildegard de Bingen. Es un códice gigante, que pesa 15 kg y mide 30 por 45 cm. Data de alrededor del año 1200, y fue iniciado al final de la vida de Hildegard o justo después de su muerte, por instigación de Guibert de Gembloux, su último secretario.

Las Epístolas fueron extraídas y digitalizadas por:

Hildegardis Bingensis: Liber epistolarum, ed. por Maura Zátonyi, Mechthild Dreyer en colaboración con Andreas Kuczera, Thomas Stäcker, Markus John, Christopher Keckstein, Iian Neill, Silke Kalmer, Dario Kampkaspar

Las Epistolas fueron traducidas directo del latín al Español por el model de inteligencia artificial **GPT-4o**

Contenido

Epístola 1: R1: Eugenio III. a Hildegarda de Rupertsberg

Eugenio, siervo de los siervos de Dios, a la amada hija en el Señor Hildegarda, prepuesta en el monte del bienaventurado Roberto, saludos y bendición apostólica.

Nos maravillamos, oh hija, y más allá de lo que se puede creer nos maravillamos, porque Dios ya en nuestros tiempos muestra nuevos milagros, ya que te ha inundado con su espíritu de tal manera que se dice que ves, comprendes y expresas muchos secretos. Esto lo hemos percibido de ciertas personas veraces, quienes confiesan haber visto y oído de ti. Pero, ¿qué podemos decir nosotros al respecto, quienes tenemos la llave del conocimiento, de tal manera que podemos cerrar y abrir, y por negligencia lo hacemos imprudentemente por la estupidez?

Felicitaciones, entonces, por la gracia de Dios. Nos congratulamos y a tu amor te advertimos que sepas que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. Conserva y guarda esta gracia que está en ti, de tal manera que expreses prudentemente aquellas cosas que sientas en el espíritu que deben ser expresadas, para que nosotros podamos escucharlas, abre tu boca y la llenaré.

En cuanto a lo que nos has insinuado sobre el lugar que en espíritu te ha sido revelado, que esto sea con nuestro permiso y bendición y con la de tu obispo, de tal manera que vivas regularmente allí con tus hermanas, según la regla del santo Benito, bajo la clausura del lugar.

Epístola 2: R2: Hildegarda de Rupertsberg a Eugenio III

Para Eugenio, Señor Apostólico. De Hildegardis.

¡Oh benigno padre! Yo, pobre y humilde, te escribo estas cosas en una verdadera visión en una mística inspiración del espíritu, así

como Dios quiso enseñarme. Oh brillante padre, en tu nombre viniste a nuestra tierra tal como Dios predestinó, y viste de los escritos visiones veraces tal como la luz viviente me enseñó, y las escuchaste en los abrazos de tu corazón. Ahora se ha terminado parte de esta escritura, pero sin embargo la misma luz no me ha abandonado, sino que arde en mi alma como la tuve desde mi infancia. Por lo tanto, ahora te envío estas cartas en una verdadera advertencia de Dios. Y mi alma desea que la luz de la luz brille en ti, y que te infunda ojos puros, y despierte tu espíritu para la obra de esta escritura, para que tu alma sea coronada con aquello que agrada a Dios. Porque muchos prudentes de las entrañas terrenales esparcen esto en la mutación de sus mentes debido a la forma pobre que se edificó en la costilla, y que es ignorante de los filósofos. Por lo tanto, tú, padre de los peregrinos, escucha a aquel que es el rey más fuerte que se sienta en su palacio, y grandes columnas que están delante de él con cinturones dorados y muy adornadas con muchas perlas y piedras preciosas. Pero a este rey le agradó que una pequeña pluma tocara para volar en milagros, y un viento fuerte la sostuvo.

Ahora de nuevo te dice el que es la luz viviente en los cielos y que brilla en el abismo, y que se esconde en el corazón de los oyentes. Prepara esta escritura para la audiencia de los que me reciben, y hazla verde en la savia de un sabor suave, y la raíz de las ramas y la hoja voladora contra el diablo, y vivirás para siempre. Cuida de no despreciar estos místicos de Dios, porque son necesarios en esa necesidad que está oculta y que aún no se ha revelado. El olor muy dulce permanezca en ti, y no te canses en el camino recto. Pero también el que habla y no calla, dice esto por la debilidad de aquellos que son ciegos para ver, sordos para escuchar, y mudos para hablar, en las insidias nocturnas del lazo mortal de los ladrones de costumbres. ¿Qué dice? La espada brilla y circula, matando a aquellos que tienen mentes perversas. Oh, tú que en tu persona eres una armadura brillante y la primera raíz en los nuevos matrimonios

de Cristo, y dividido en dos partes, en esta parte que tu alma es renovada en la flor mística de la virginidad, y en esta parte que eres una rama de la iglesia. Escucha a aquel que es agudo en el nombre, y transmite en el torrente, diciendo. No rechaces ojo por ojo y no cortes la luz de la luz, sino permanece en el camino llano para que no seas acusado por las causas de aquellas almas que han sido colocadas en tu seno, ni sean hundidas en el pozo de la perdición por el poder de los convivientes prelados. La gema yace en la envidia, pero viene un oso, y mordiendo elegantemente, extiende su pie y quiere levantarla y colocarla en su seno. Pero de repente viene un águila, arrebata la misma gema, la envuelve en la cobertura de sus alas y la lleva a las rejas del palacio del rey. Y la misma gema, ante el rostro del rey, brilla mucho. Y el rey por amor a la misma gema, da a esa águila zapatos dorados y la alaba mucho por su nobleza. Ahora tú, que en lugar de Cristo estás sentado en la cátedra del cuidado eclesiástico, elige la mejor parte para ser un águila que supera al oso, y para adornar las rejas de la iglesia con las almas que te han sido encomendadas, de manera que, llegando a lo alto con zapatos dorados, te arrebates a ti mismo de lo ajeno.

Porque el ojo viviente ve y dice. El que sabe y discierne todas las criaturas, y las despierta todas, está vigilante. Los valles lloran sobre las montañas, y las montañas caen sobre los valles. ¿Qué hacer? Los súbditos están desnudos de la disciplina del temor de Dios, y por eso, en su locura, se atreven a acusar a los prelados de las montañas y no culpan sus malas obras. Pero dicen: Soy útil, para ser prelado por utilidad. Y todas las obras de los prelados son indignas, porque desprecian ser superiores a ellos mismos, ya que los súbditos son ahora nubes negras, y no están ceñidos en sus lomos, sino que dispersan todos los estatutos del campo diciendo que estas cosas son viles. ¡Y esto lo hacen porque son venenosos por la envidia! El hombre pobre tiene una gran locura, cuando sus vestiduras están rasgadas siempre mirando a otro, considerando el color de las

vestiduras de aquel, y no lava su propia suciedad. Pero las montañas saltan sobre la clave del camino de la verdad, y sus caminos no están preparados para volar al monte de la mirra. Por eso, las estrellas están oscurecidas por una nube diferente. La luna se oscurece. Las estrellas claman que la luna cae. El sol las increpa, porque ninguna de ellas brilla, sino que están envueltas en un torbellino.

¡Oh pastor grande y nombrado después de Cristo! Ofrece luz a las montañas y vara a los valles. Da preceptos a los maestros y disciplina a los súbditos, justicia a las montañas con aceite esparcido, y la ligadura de la obediencia mezclada con buen olor a los valles, y hazles caminos rectos para que no parezcan viles ante el solo de la justicia. Haz tus ojos puros, para que tengas ojos en todas partes. Que tu mente sea regada por una fuente pura para que brilles como el sol, e imites al cordero. La pobre forma tiembla porque en el sonido de las palabras habla a tan gran maestro. Pero oh benévolo padre, el antiguo hombre y magnífico guerrero, dice esto. Escucha, de la más alta justicia se dirige a ti, para que erradiques a los tiranos malvados e impíos, y los expulses de ti, para que no estén en gran burla en tu sociedad. Sé misericordioso, sin embargo, con las calamidades públicas y privadas, porque Dios no desprecia a los heridos, ni desprecia los dolores de los que tiemblan. Por eso, oh pastor de las ovejas, escucha a estos que trabajan en la fatiga de muchos. La luz dice, los místicos de Dios conocen el juicio sobre cada uno según su mérito. Muchos hombres, sin embargo, desean tener escrutinio por su celo y por la ignominia de sus costumbres, pero no conocen mi juicio. Por lo tanto, en su estimación se mienten extremadamente, como lobos que arrasan la presa. Aunque el hombre es digno de ser juzgado por sus crímenes, sin embargo, no me agrada que el hombre desee tener juicio según su propio criterio. Y esto no lo quiero. Pero tú discierne cada causa según las entrañas maternas de la misericordia de Dios, que no separa al mendigo y al necesitado, porque más desea misericordia que sacrificio. Ahora, por

tanto, los negros desean lavar su negrura por su propia vileza, pero ellos están contaminados y sordos, y yacen en la fosa. ¡Levántalos y ayuda a los pequeños! Porque tú, que eres pastor de los pueblos, escucha para que vivas eternamente. La luz viviente dice: Di al pueblo audaz que se encuentra terrores en el camino de las sendas errantes. Un cierto señor tuvo una ciudad de mármol, y los cazadores venían a inspeccionarla, deseando dispersar las instituciones rectas que aparecieron en esa flor, que una mente virginal encontró. Y he aquí, una gran montaña muy elegante y alta, hecha de piedras pulidas, apareció contra el oriente, sobre la cual un cierto edificio hacia el oriente estaba hecho de maderas y piedras de construcción común. Entonces muchos riachuelos, como en medio del oriente, fluían en ese mismo edificio. Y también en ese edificio había un fortísimo olor a buen vino, pero sin embargo, mezclado con agua. Y mucha gente en ese edificio cayó, caminando con el cuerpo encorvado. Pero otros en un cierto valle frente a la mencionada montaña estaban de pie, y miraban a aquellos que iban encorvados en ese edificio. Y he aquí, sobre la misma montaña también había otro edificio de mármol de piedra muy blanca e intacta, como una gran torre hacia el norte, en el que una ampolla muy clara llena de excelente bálsamo, como fuego ardiente, colgaba, y en cuyo suelo mucho aceite fluía. Pero sin embargo, el viento del norte viniendo a veces, movía ese bálsamo y aceite. Entonces muchos del pueblo vinieron a ese edificio, y se ungieron con ese aceite, y se signaron en sus frentes con ese bálsamo. Y una voz del cielo decía: Estos están signados. Y los que están signados de este modo no pudieron lavar esa señal, sino que permanecieron así signados, como aquellos que renacieron en Cristo deben conservar su bautismo. Pero los que estaban signados no pasaban a los que no estaban signados ni aceptaban su sociedad, porque si lo hacían se les consideraría tontos e inútiles. Pero los que no estaban signados pasaban a aquellos que estaban signados y aceptaban su sociedad, y de allí eligieron la

mejor parte para sí mismos, como una estrella multiplica su esplendor en la nube, y como la forma femenina es coronada en la virginidad. Y un gran hombre ceñido con un cinturón de oro, de pie sobre esos mismos edificios, puso su brazo derecho sobre el edificio de mármol y su izquierdo sobre el otro. Este entendimiento se refiere a las dos dignidades de la iglesia. Porque el omnipotente padre instituyó una noble parte separada para causas seculares, y en sus secretos delante de Dios, una fortaleza ardiente, que algunos detractores despreciando desean destruir por la rectitud que apareció manifiestamente en el hijo de Dios. Pero sin embargo, la montaña de la justicia pulida en muchas justificaciones asciende en el origen de la verdad, en la cual surge una institución útil tendente a Dios y asistiendo a los hombres, proporcionando luz de utilidad a los hombres, de tal manera que también fluye mucha doctrina y olor de escrituras rectas del vigor de la verdad, que algunos de ellos vierten muchas veces sin razón en diversas direcciones. Por lo tanto, muchos en ella están encorvados en la perversidad de las malas acciones, de tal manera que algunos, ansiando por lo terrenal, imitan su vileza. Pero también en esa misma montaña de justicia, la mencionada parte en sus secretos delante de Dios ardiendo, en su integridad para resistir al diablo, surge, teniendo la mejor parte en Dios, y mostrando misericordia en su ejemplo. Pero sin embargo, múltiples tentaciones enviadas por el diablo inquietan esa mejor parte y la misma misericordia. Muchos hombres, sin embargo, pasan a esa misma parte y consiguen la verdadera misericordia cuando eligen la mejor parte para sí mismos, por lo cual también son llamados signados delante de Dios. Y los que reciben la señal de esta parte permanecen en ella como en su bautismo. Por lo tanto, no descienden socialmente a aquellos que no tienen la misma señal, para no volverse vanos como los tontos, y los que no tienen la señal de esa parte ascienden socialmente al mismo orden y así se multiplican en muchos bienes. Esto también lo muestra el que está

ceñido con un cinturón de oro, demostrando ser Dios y hombre, gobernando a ambos, es decir, estos y aquellos, protegiendo a estos con su brazo de fortaleza, para que ardan en fortaleza, rechazando lo secular, y a aquellos con su brazo de mansedumbre, para que sean útiles en la protección divina, proporcionando luz de verdad a sus prójimos con utilidad. Ahora tú, que eres padre de los pueblos, discierne claramente estas palabras dirigidas a ti por el más alto juez para la necesidad de los errantes, porque el orgullo quiere oprimir la humildad, lo cual no debe ser, como sería inapropiado si la luna quisiera luchar con el sol, deseando hacer su esplendor similar al esplendor de este. Por eso, debido a esta inapropiada conveniencia, la fuente de las aguas clama a ti, mi imitador, a través de mí viviente y afilado, reprime y corrige a los insidiosos oscuros y a los observadores furtivos que se vuelven plomo en sus pecados tortuosos, y que son rociados desde el norte con la maldad del diablo, y que se extienden contrariamente a la cabeza de sus prelados por la excesiva maldad. Por lo tanto, expúlsalos del cuidado pastoral, que llevan la pena de los perros. Y aunque algunos prelados están oscurecidos por la vicisitud de las costumbres, sin embargo, no conviene desechar a algunos de ellos por ciertos súbditos. Por eso, observa esto con un ojo purísimo, para que no decaiga tu honor, que por su nombre toca a aquel que fue y es recto y justo, preparando sus caminos en todos sus instrumentos, previendo antes los estatutos de los días antiguos. Que él haga puros tus ojos, que no desprecia al pupilo y al pobre, porque eres una montaña de mirra e incienso sobre los valles del pozo inmundo. Por lo tanto, escucha a aquel que siempre vigila con ojos vivientes, y que no está cansado por las tormentas, que son parte del cáliz de aquellos que son semejantes a ídolos como si fueran dioses por su prosperidad. Pero tú, que deseas tener el poder del honor de la gran montaña en el palacio del rey, extiende la justicia del más alto para su honor. Esto te conviene por tu ilustre nombre. Ahora, por tanto, mira al dador de fuego, que

infunde buen entendimiento a los hombres. Pero, ¿quién puede sonar contra esa voz que resonó ascendiendo sobre los cielos, y que superó el abismo, adornándolo a través de la cobertura de la vitalidad materna? ¿Y qué alas de los vientos pueden, por su velocidad, correr sobre esa voz? ¿Puede esa voz hacer volar una pequeña pluma de tal manera que ninguna espada pueda moverse contra esa pluma? Más poderoso. Ahora tú, oh imitador de la excelsa persona, una fuente viva clama esto a ti, porque no conviene a tu persona tener ojos de ciegos y huellas de costumbres viperinas, y desnudando el altar de Dios por robo furtivo. ¿Y por qué harías esto? Pero quien lo hace no puede desatar la correa del zapato del cuerpo del Señor. Por eso, oh siervos, sean castigados. Pero yo, oh padre, en el lugar celestialmente mostrado a mí, según las palabras de tu bendición, según la regla de san Benito, bajo la clausura de ese mismo lugar con mis hermanas permanezco, y esto deseo que se observe siempre tanto en vida como en muerte.

Epístola 3: R3: Anastasio IV a Hildegarda de Rupertsberg

De Anastasio, papa. Para Hildegarda.

Anastasio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a Hildegarda, amada hija en Cristo, saludos y bendición apostólica.

Nos regocijamos en el Señor, hija, y nos congratulamos de que el nombre de Cristo se glorifique en ti día tras día, de tal manera que, admirados, decimos: ¿Quién como tú en fortaleza, Señor? ¿Quién como tú? Magnífico en santidad, terrible y digno de alabanza, y haciendo maravillas. Hemos oído y visto muchas cosas sobre ti. Sabemos también que nuestro predecesor de piadosa memoria, a quien sucedimos en la gracia divina para nutrir a la esposa de Cristo, te amó con gran afecto, te abrazó y te escuchó. Siguiendo sus huellas, nos hemos esforzado por escribirte y deseamos ver tus respuestas, indagando lo que Dios obra en ti, aunque nosotros cojeamos en el bien, suspirando tanto por la fatiga del cuerpo como por la de nuestra mente, ya que por nuestra negligencia no nos elevamos hacia las cosas celestiales como deberíamos. El conocedor de lo oculto sabe nuestra voluntad y posibilidad. Por tanto, te advertimos, rogamos y encarecidamente te encomendamos que con tus hermanas eleves oraciones al Señor, para que mediante su virtud podamos elevarnos a la justicia, de tal manera que obtengamos las recompensas eternas, sin desfallecer en nuestro anhelo por ellas en esta vida presente. Que la paz sea contigo y con todas las tuyas.

Epístola 4: R4: Hildegarda de Rupertsberg a Anastasio IV

De Hildegarda.

Oh persona que eres preeminente armadura y montaña de magistratura, ornada en la muy decorada ciudad que fue establecida en el desposorio de Cristo. Escucha a aquel que no comenzó a vivir ni se cansa en la decadencia. Oh hombre, que en el ojo de tu conocimiento estás cansado de refrenar las grandes palabras de soberbia en los hombres que han sido puestos en tu seno, ¿por qué no revocas a los náufragos que no pueden levantarse de sus grandes caídas sin ayuda? ¿Y por qué no cortas la raíz del mal que sofoca las buenas y útiles hierbas, dulces al gusto y de muy buen olor, es decir, la justicia, hija del rey, que está en los abrazos celestiales y que te fue encomendada?

Tú permites que esta hija del rey sea pisoteada en la tierra, porque la diadema y el adorno de su túnica se rasgan por la rusticidad de las diversas costumbres de aquellos hombres que ladran como perros y que, como gallinas, a veces intentan cantar en las noches, emitiendo una exaltación inapropiada de sus voces. Estos son simuladores que muestran una paz fingida en sus voces, pero dentro de sus corazones rechinan los dientes, como el perro que mueve su cola a sus compañeros conocidos, pero muerde al buen soldado que es útil en la casa del rey.

¿Por qué sufres las malas costumbres en los hombres que están en las tinieblas de la insensatez, recogiendo para sí mismos cosas nocivas, como la gallina que clama en la noche y se asusta a sí misma? Los que así hacen, no están en la raíz de la utilidad. Escucha, pues, oh hombre, a aquel que ama mucho la aguda discreción, la cual instituyó como el mayor instrumento de rectitud para luchar contra el mal. Esto no lo haces cuando no erradicas el

mal que quiere sofocar el bien, sino que permites que el mal se eleve con orgullo, y esto lo haces por temor a aquellos que son los peores insidiadores en las insidias nocturnas, amando más el dinero de la muerte que a la hermosa hija del rey, la justicia.

Todas las obras que Dios ha hecho son muy claras. Escucha, oh hombre, porque el Padre celestial, antes del nacimiento del mundo, en su secreto, tronó. Oh mi hijo. Y el globo del mundo surgió, porque el Padre tronó recibiéndolo, con diversas especies de criaturas que aún permanecen ocultas en la oscuridad. En aquello que está escrito y Dios dijo: Hágase, diversas especies de criaturas procedieron. Así, por la palabra y a causa de la palabra del Padre, todas las criaturas fueron hechas en la voluntad del Padre. Dios ve todo y lo conoce todo. Pero el mal, ni surgiendo ni cayendo, puede hacer o crear o operar algo por sí mismo, porque no es nada, sino que se considera solo una opción engañosa y una opinión contraria, de tal manera que el hombre hace el mal cuando hace lo que es contrario.

Dios envió a su Hijo al mundo, para que el diablo, que conoció el mal abrazándolo y sugiriéndoselo al hombre, fuera superado por él, y para que también el hombre, que pereció por el mal, fuera redimido. Por eso, Dios desprecia las obras perversas, a saber, fornicaciones, homicidios, robos, sediciones, tiranías y simulaciones de los hombres inicuos, porque las destruyó a través de su Hijo, quien dispersó completamente los despojos del tirano infernal.

Por lo tanto, tú, oh hombre, que estás sentado en la cátedra principal, desprecias a Dios cuando abrazas el mal, de tal manera que no lo rechazas sino que lo besas, cuando lo sostienes en silencio en los hombres perversos. Y por eso toda la tierra está perturbada por la gran vicisitud de los errores, porque lo que Dios destruyó, el hombre ama. Y tú, oh Roma, estarás como yaciendo en el extremo, tan perturbada que la fortaleza de tus pies sobre los cuales hasta ahora

has estado, decaerá, porque amas a la hija del rey, es decir, la justicia, no con un amor ardiente, sino como en un letargo de sueño, de tal manera que la expulsas de ti, y por eso ella quiere huir de ti si no la revocas.

Pero aún así, grandes montañas, las mandíbulas de la ayuda todavía te sostienen, levantándote y sosteniéndote con grandes maderas de grandes árboles, de tal manera que no serás completamente disipada en tu honor, es decir, en la decoración del desposorio de Cristo, sino que tendrás algunas alas de tu ornamento hasta que venga el viento de la burla de diversas costumbres, emitiendo mucha locura. Ten cuidado, pues, de no querer mezclarte con los ritos paganos, para no caer.

Ahora escucha a aquel que vive y no será exterminado. El mundo ahora está en lujuria, después estará en tristeza, luego en terror, de tal manera que los hombres no se preocuparán por matarse unos a otros. En todo esto, a veces hay tiempos de petulancia, a veces tiempos de contrición y a veces tiempos de relámpagos y truenos de diversas iniquidades. El ojo arde, la nariz arranca, mata, el pecho salva, donde la aurora aparecerá como el esplendor del primer amanecer.

Esto es lo que quieres en tu sueño y en tu nuevo estudio, cosas que no deben ser dichas. Pero aquel que es grande sin decadencia, ahora ha tocado una pequeña morada para ver sus milagros y formar letras desconocidas, y pronunciar una lengua desconocida, y sonar una melodía variada pero consonante para él. Y se le ha dicho a aquel. Lo que te ha sido mostrado en lengua superior, no lo lleves según la forma de la costumbre humana, porque esta costumbre no te ha sido dada. Aquel que tiene un poco, no descuide pulir el sonido adecuado de los hombres. Pero tú, oh hombre, apareciendo constituido pastor, levántate y corre rápidamente hacia la justicia, de tal manera que no seas acusado ante el gran médico de no haber limpiado su redil de la

suciedad ni haberlo ungido con aceite. Donde la voluntad no conoce crimen y donde el hombre no ha tomado deseo, allí el hombre no cae completamente en el juicio profundo, sino que la culpa de esta ignorancia es borrada por los azotes.

Por lo tanto, oh tú hombre, permanece en el camino recto y Dios te salvará, de tal manera que te conducirá al establo de la bendición y elección, y vivirás eternamente.

Epístola 5: R5: Adriano IV a Hildegarda de Rupertsberg

De Adriano papa. Para Hildegarda.

Adriano, obispo, siervo de los siervos de Dios, a Hildegarda, amada hija en Cristo, prepuesta de San Roberto, saludos y bendición apostólica.

Nos alegramos, hija, y exultamos en el Señor porque la reputación de tu honestidad se difunde tan lejos y ampliamente que para muchos te has convertido en un aroma de vida para la vida, y por la multitud de fieles eres proclamada en alabanzas. ¿Quién es ésta que asciende por el desierto como una columna de humo?

Por eso, aunque consideramos que tu alma está tan encendida con el fuego del amor divino que no necesitas ninguna exhortación para obrar bien, hemos considerado superfluo multiplicar palabras exhortativas para ti, y apoyar tu alma suficientemente sostenida por la virtud divina con alguna adición de palabras. Sin embargo, porque el fuego se agranda con el viento soplando, y el caballo veloz es estimulado por las espuelas, consideramos apropiado proponer esto a tu religión, a saber, que no se borre de tu memoria que no al que comienza sino al que persevera hasta el fin se le debe la palma y la gloria. Dice el Señor: Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios.

Piensa, hija, que la serpiente que primero expulsó al hombre del paraíso, desea perder a los grandes como a Job, y habiendo devorado a Judas, busca poder para zarandear a los apóstoles. Y porque sabes que muchos son los llamados, pero pocos los escogidos, inclúyete entre el número de los pocos, perseverando hasta el fin en la santa conversación, e instruye a tus hermanas en las obras de salvación, de tal manera que con ellas puedas llegar a aquella alegría, concedido por el Señor, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre.

Por lo demás, deseamos escuchar palabras de consejo sobre ti, porque se dice que estás impregnada del espíritu de los milagros de Dios, lo cual nos llena de gran alegría y damos gloria a la gracia divina.

Epístola 6: R6: Hildegarda de Rupertsberg a Adriano IV

De Hildegarda.

Aquel que da vida a los vivientes dice: Oh hombre, soportarás la terrible dureza de los leones y la fortaleza de los leopardos con paciencia, y sentirás el naufragio en la captura de presas, pues en todas estas cosas se te ha dado el cansancio por aquellos que corren hacia ti. Sin embargo, tienes un entendimiento inteligente contra las costumbres más brutales de los hombres, en los cuales, al arder, frenarás las crines de los caballos que corren, que no cesan de correr hacia los caminos de las presas. Pero al pelear contra ti mismo, a veces te inclinas casi hacia la probidad de ciertos hombres, donde ocultas los bolsillos de algunos que han muerto luchando en caminos llanos. Por eso, soportarás la lucha de la ferocidad de las batallas, pero destruirás las cosas móviles de aquellos que van hacia la fosa por su aspereza. Sin embargo, tienes una vena de la más fuerte llave que no va voluntariamente al pan sin levadura en la forma de un sardio. Por lo tanto, busca en tu pecho la salvación de las aguas para que no vayas al torbellino, sino que descanses en la mansedumbre hacia la languidez y los moretones de aquellos que están mezclados con la maceración de diversas heridas, en esto imitando a tu salvador que te redimió.

Pero este pesado peso del magisterio que llevas no es por la indignación de Dios, donde también te encontrarás con las costumbres de los osos y leopardos, y a veces con el veneno de las áspides para ti y tus seguidores. Pero la espada de Dios los matará, así que un buen líder surgirá entre ellos. Ahora te advierto que pongas freno a tus subordinados y no permitas que hablen mal contra ti. Por eso, la verdadera luz te dice: ¿Por qué no golpeas a los siervos más malvados que te acechan en secreto como las arañas que pican? Vigila entonces con ahínco lo que la causa requiere en las costumbres del pueblo en este tiempo. Oh padre muy

misericordioso, recuerda que eres un hombre en la tierra, y no temas que Dios te abandone, porque verás su luz.

Epístola 7: R7: Hildegarda de Rupertsberg a Alejandro III

Para Alejandro, Señor Apostólico. De Hildegarda.

Oh suprema y gloriosa persona que primero fue constituida por la palabra de Dios, por la cual toda criatura racional e irracional fue hecha en su género, a ti especialmente la misma palabra te concedió las llaves del reino celestial por medio de su encarnación, es decir, el poder de atar y desatar. Tú también, excelentísimo padre, eres la materia de todas las personas espirituales que son la trompeta de la justicia de Dios en la iglesia, la cual brilla revestida con varios ornamentos, mientras algunos brindan buenos ejemplos a otros imitando la vida de los santos, que, si hacen algo recto, lo atribuyen a Dios y no a sí mismos, y se alegran de sus buenos imitadores, siguiendo a los santos anteriores que dominaban su carne y se fortalecían a sí mismos con manifiesta victoria de la milicia celestial contra los vicios del diablo, y con buena voluntad miraban a Dios como los ángeles.

Así también tú, oh benévolo padre, imita al benigno padre que con alegría recibió al hijo penitente y retornado, matando al becerro engordado por él, y lavó con vino las heridas causadas por los ladrones, indicando así la aspereza de la corrección y la piedad de la misericordia. Y sé como la estrella de la mañana que precede al sol del día en la iglesia, que por mucho tiempo ha estado confundida por la oscuridad del cisma y carece de la luz de la justicia de Dios. Por tanto, según el celo de Dios, corrige y unge con el aceite de la misericordia a los penitentes, porque Dios quiere más la misericordia que el holocausto.

Ahora, oh padre muy benévolo, mis hermanas y yo inclinamos nuestras rodillas ante tu paternal piedad, orando para que te dignes mirar nuestra humilde pobreza, pues estamos en gran tristeza porque

el abad del monte de San Disibodo y sus hermanos contradicen nuestros privilegios y elecciones que siempre hemos tenido. Siempre hemos sido muy cautelosas para prever que de ninguna manera nos sean arrebatados, porque si no nos conceden los temerosos y religiosos que buscamos, la vida espiritual se destruiría completamente en nosotras. Por tanto, señor mío, por amor de Dios, ayúdanos para que podamos obtener nuestra elección o, al menos, que podamos buscar y aceptar libremente a otros que nos guíen según Dios y nuestra utilidad.

Ahora de nuevo te rogamos, piadosísimo padre, que no desprecies nuestra petición ni a estos mensajeros, que han sido enviados por nuestro amigo fiel, buscando tu intervención. Y que hagas lo que buscan obtener de ti, para que después del fin de esta vida, que ya declina hacia el atardecer, llegues a la luz interminable y escuches la dulce voz del Señor: "Bien hecho, buen siervo. Porque has sido fiel en lo poco, te pondré sobre mucho. Entra en el gozo de tu Señor."

Inclina, por tanto, tus oídos de piedad a nuestras súplicas y sé para nosotros y para ellos un día claro, para que con la indulgencia de tu generosidad, podamos dar gracias al Señor en común, de manera que tú también goces para siempre en la eterna felicidad.

Epístola 8: R8: Alejandro III a Wezelin de San Andrés en Colonia

Respuesta de Alejandro a Wezelin, Preboste.

Alejandro, siervo de los siervos de Dios, al amado hijo, preboste de San Andrés en Colonia, saludos y bendición apostólica. De parte de nuestra amada hija en Cristo, Hildegarda, priora del monte de San Roberto en Bingen, y de las hermanas de ese lugar, debes saber que ha llegado a nuestra audiencia que, cuando eligieron a su maestro y prepuesto del monasterio de San Disibodo, como solían hacerlo, el abad de dicho lugar se negó a conceder la persona elegida y aún rehúsa asignársela.

Por lo tanto, puesto que a las mencionadas hermanas debe proporcionárseles diligentemente lo que concierne a la salvación de sus almas, te ordenamos por estos escritos apostólicos que, cuando se te requiera sobre este asunto, convoques a ambas partes a tu presencia, y, habiendo entendido cuidadosamente las razones de ambos lados sobre la elección del prepuesto, decidas la causa con justicia. Y si las mencionadas hermanas no pueden tener un prepuesto de ese monasterio, asegúrate de que al menos tengan uno competente de otro lugar.

Epístola 9: R9: Enrique I de Maguncia a Hildegarda de Rupertsberg

Enrique, arzobispo, a Hildegarda.

Enrique, por la gracia de Dios, arzobispo de la sede de Maguncia, a Hildegarda, amada maestra del monte del beato Roberto, el confesor, su gracia con afecto paternal.

Habiendo oído muchos buenos y admirables milagros sobre ti, debemos atribuirlo a nuestra pereza que no te visitemos tan a menudo como pudiéramos. Pero, impedidos por muchísimos asuntos, apenas y raramente podemos levantar nuestra mente hacia las cosas eternas.

Sin embargo, para llegar a lo que pretendemos, te hacemos saber que ciertos mensajeros religiosos de una noble iglesia conocida por nosotros han llegado a nosotros, rogándonos encarecidamente que la hermana que solicitan, que está contigo en hábito religioso, les sea concedida según su elección para ser abadesa.

Por lo tanto, te ordenamos con la autoridad de nuestra prelacía y paternidad que la presentes a quienes la solicitan y desean para su magisterio. Si lo haces, experimentarás nuestra gracia de Dios más de lo que hasta ahora has sentido. De lo contrario, te ordenaremos nuevamente y más fuertemente, y no cesaremos hasta que cumplas con nuestro mandato en este asunto.

Epístola 10: R10: Hildegarda de Rupertsberg a Enrique I de Maguncia

Respuesta de Hildegarda.

La fuente clara que no es engañosa sino justa, dice: Estas razones que se han presentado sobre el poder de esta joven son inútiles ante Dios, porque yo, alto y profundo y circundante, que soy la luz omnipresente, ni las constituí ni las elegí. Fueron hechas en la audaz convivencia de corazones ignorantes. Que todos los fieles escuchen esto con los oídos capaces del corazón, y no con los oídos que escuchan exteriormente como el ganado que capta el sonido y no la palabra.

El Espíritu de Dios en su celo dice: Oh pastores, llorad y lamentaos en este tiempo, porque no sabéis lo que hacéis. Dispersáis los oficios constituidos en Dios, y los convertís en facultades de dinero y en la estupidez de hombres perversos que no tienen temor de Dios. Donde también vuestras palabras malditas, maliciosas y amenazantes no deben ser escuchadas. Vuestras varas así altivamente elevadas no están extendidas en Dios, sino en las penas de la presunción de vuestra voluntad flagitiosa.

Pero aquel que es, oh hombre, te dice: Escucha, tú que en muchos escrutinios me negliges. El cielo está abierto por la venganza del Señor, y ahora los lazos han sido soltados a los enemigos. Pero tú, levántate porque tus días son cortos, y recuerda que Nabucodonosor cayó y su corona pereció. Y muchos otros cayeron, quienes temerariamente se exaltaron al cielo. Ah, tú, ceniza, ¿por qué no te avergüenzas de esparcirte en lo alto cuando debes estar en la putrefacción?

Ahora, por lo tanto, que los rabiosos se avergüencen. Pero tú, levántate y deja la maldición, huyendo de ella.

Epístola 11: R11: Arnold von Selenhofen a Hildegard von Rupertsberg

De Arnold arzobispo. Para Hildegarda.

Arnoldo, por la gracia de Dios, arzobispo de la sede de Maguncia, a Hildegarda, virgen dedicada a Dios y maestra en el monte del beato Roberto, confesor, su gracia con afecto paternal.

Sabemos que el espíritu sopla donde quiere y a quien quiere inspira, distribuyendo sus dones a cada uno según su voluntad. Decimos esto sin dudar de ti. Pues, ¿qué es de extrañar si aquel que alguna vez hizo profetas a los agricultores y recolectores de sicómoros, e hizo que una asna hablara con palabras humanas, te instruye a ti por su inspiración? Por tanto, no debemos ni podemos rechazar los dones de Dios.

Sin embargo, rogamos a tu amor que con tus oraciones al Señor nos socorras, para que nuestros días sean, al menos, en el temor y en el amor de nuestro Creador, de tal manera que, siendo perfeccionados en el bien, merezcamos tener la vida en la longitud de los días de la felicidad eterna.

Epístola 12: R12: Hildegard von Rupertsberg a Arnold von Seelenhofen

De Hildegarda.

Oh padre, la luz viviente me dio estas palabras para ti:

¿Por qué escondes tu rostro de Dios, como si estuvieras en la perturbación de una mente iracunda? Pues no pronuncio palabras místicas por mi cuenta, sino según las veo en la luz viviente, de tal manera que a menudo se me muestran cosas que mi mente no desea y que mi voluntad tampoco busca, pero que veo muchas veces forzada. Sin embargo, pido a Dios que su ayuda no te sea como un exilio, y que tu alma sea devota en la pura ciencia, mirando en el espejo de la salvación, para que vivas eternamente. Que la espléndida luz de la gracia de Dios nunca sea apartada de ti, sino que la misericordia de Dios te proteja, para que el antiguo insidiador no te engañe.

Ahora, que tu ojo viva en Dios y que el verdor de tu alma no se marchite. La luz viviente te dice: ¿Por qué no eres fuerte en mi temor? ¿Y por qué tienes celo como si estuvieras cribando trigo, de tal manera que, al superar, derribas lo que te es contrario? Pero esto no lo quiero. Borra de tu ojo del corazón la mente inquieta y corta la injusticia de ti mismo y de tu pueblo, porque ahora llega el tiempo de las guerras en las costumbres de los hombres, de tal manera que no están en la disciplina ni en la estricta observancia del temor del Señor. Sin embargo, no temas corregirlos para el bien, porque si por esto sufres tribulación y angustia, no te asustes, ya que el Hijo de Dios padeció lo mismo.

Por lo tanto, levántate hacia Dios, porque tu tiempo vendrá pronto.

Epístola 13: R13: Christian I von Buch a Hildegard von Rupertsberg

Christian, arzobispo. Hildegarda.

Christian, por la gracia de Dios, arzobispo de la sede de Maguncia, a Hildegarda, amada maestra de las hermanas de San Roberto en Bingen, devoción de su gracia con afecto tanto paternal como filial.

Impedidos por numerosos asuntos, te escribimos brevemente, aunque con un corazón abierto y con todo el esfuerzo de la mente suspiramos por tu piadoso amor. Y porque sabemos que estás inspirada por el Espíritu Divino, deseamos tus palabras exhortativas, pues mientras intentamos servir exteriormente al reino terrenal, muchas veces descuidamos interiormente al rey celestial.

Por lo tanto, nos encomendamos a tus oraciones y a las de las hermanas que están contigo, para que, ayudados por ellas, seamos rescatados clementemente por Dios de los torbellinos y tempestades de este siglo en los que nos fatigamos mucho.

Nosotros, por nuestra parte, queremos que sepáis con certeza que estaremos presentes en todas vuestras necesidades y que os ayudaremos en todo según lo que Dios nos conceda.

Epístola 14: R14: Hildegard von Rupertsberg a Christian I von Buch

Respuesta de Hildegarda.

La visión mística te dice: Oh tú, persona de prelacía, establecido por Cristo mismo, así como todo poder proviene de Dios. A Dios no se ha encontrado igual. Él es el padre de todos, porque de Él proceden todas las cosas y, por lo tanto, las gobierna. El sacerdote está en el oficio sacerdotal porque, a través del puro sacrificio en el que Dios se hizo hombre, liberó al hombre. Pues en ese juramento está escrito: “Juró el Señor y no se arrepentirá, tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Dios, en efecto, predestinó en sí mismo hacerse hombre sin ninguna mancha de pecado, sin ninguna necesidad de penitencia reparadora, y sin ninguna mezcla o división que existan en el hombre con los pecados, para vencer el mal tal como se prefiguró en Melquisedec.

Pero tú, oh hombre, que estás en el día antes de que llegue la noche cuando ya no podrás trabajar más, esfuérzate para que, en el verdadero poder, enseñes a tu pueblo los preceptos de Dios y lo gobiernes en la recta justicia, como Dios lo gobierna, y con gran dedicación lo tengas en misericordia, porque Dios mismo lo liberó. Pues de esta manera, magistratura, dominio y poder provienen de Dios. Y también, hazte amigos de la riqueza injusta mediante la misericordia, para que cuando fallezcas, te reciban en las moradas eternas.

Ahora, oh padre y maestro después de Cristo, escucha a la humilde forma que escribe estas cosas desde la verdadera luz, para que extiendas ayuda a todos los que están en necesidad y acuden a ti, para que por la alegría que les brindes, seas recibido en el gozo de las moradas eternas, y vivas para siempre en la eterna bienaventuranza para la cual Dios te creó.

Epístola 15: R15: Hildegard von Rupertsberg a Christian I von Buch

Hildegarda a Christian, arzobispo.

Oh padre y señor misericordioso, que en lugar de Jesucristo has sido constituido pastor sobre las ovejas de la Iglesia, humildemente damos gracias al Dios Altísimo y a tu piedad paternal por haber recibido misericordiosamente las cartas de nuestra pobreza y por haber tenido la dignidad de enviar cartas a nuestros prelados en Maguncia en nuestra angustia y tribulación. También damos gracias por las dulces palabras de tu acostumbrada clemencia, por medio del señor Hermann, decano de la iglesia de los santos apóstoles en Colonia, con las cuales nos has consolado y alegrado de tal manera que, en toda nuestra tribulación y angustia, acudimos a ti, amado padre, con seguridad como hijas.

Por lo tanto, buen señor, nosotras tus siervas, que estamos sentadas en la tristeza de la tribulación y angustia, en espíritu de humildad, postradas a tus pies, te revelamos con lágrimas la causa de nuestro dolor intolerable en pura verdad, con la confianza de que la caridad ardiente que es Dios te inspire a escuchar misericordiosamente nuestra voz lamentable que clamamos a ti en nuestra aflicción.

Oh padre misericordioso, cuando nuestros prelados de Maguncia nos ordenaron que sacáramos del cementerio a un joven fallecido, que había sido absuelto de la excomunión antes de su muerte y había recibido todos los sacramentos de la fe cristiana, y nos mandaron que cesáramos de celebrar los divinos oficios, yo miré como suelo al verdadero lumen, y en él Dios me ordenó que nunca permitiera voluntariamente que aquel que Él había recibido del seno de la Iglesia para la gloria de la salvación fuera expulsado, porque de lo contrario nos sobrevendría un gran peligro, ya que sería contra la voluntad de su verdad.

Si el temor del Dios Todopoderoso no me hubiera impedido, habría obedecido humildemente, y habría permitido, con buena voluntad, que el joven fuera sacado en tu nombre, tú que eres nuestro señor y defensor, siempre que no hubiera estado excomulgado, preservando así el derecho de la Iglesia. Sin embargo, después de un tiempo de cese, no sin gran dolor y tristeza, en una verdadera visión de mi alma, fui forzada por el peso de una gravísima enfermedad a ir a Maguncia a nuestros prelados, y les presenté las palabras que había visto en el verdadero lumen, tal como Dios me lo ordenó, para que reconocieran cuál era la voluntad de Dios en este asunto.

También pedí amargamente, con lágrimas, perdón delante de ellos, pero sus ojos estaban tan cegados que no pudieron mirarme con ninguna consideración de misericordia, y llena de lágrimas me fui de allí. Pero muchos hombres se compadecieron de nosotras, aunque no podían ayudarnos según su voluntad. Tu amigo fiel, el arzobispo de Colonia, vino a Maguncia, y con un caballero, un hombre libre, presente, que quería probar con testigos suficientes que él y el difunto habían sido absueltos del mismo lugar, a la misma hora, por el mismo sacerdote, quien también estuvo presente, conocieron la verdad de este hecho. Presumiendo de ti, ese prelado obtuvo la licencia para celebrar los divinos oficios en paz y seguridad hasta tu regreso.

Sin embargo, amado señor, cuando teníamos gran confianza en tu misericordia, nuestros prelados nos trajeron después de su regreso de Roma una carta tuya prohibiendo los divinos oficios, que confío, oh piedad paterna, nunca habrías enviado si hubieras conocido la verdad de este asunto. Así, misericordioso padre, estamos en una ligadura aún mayor de dolor y tristeza por tu mandato. Por lo tanto, en una visión de mi alma en la que nunca he sido turbada en palabra alguna, fui mandada decir con el corazón y la boca: Es mejor para mí caer en manos de los hombres que abandonar el mandato de mi Dios.

Por lo tanto, misericordioso padre, te ruego en el amor del Espíritu Santo que, por la piedad del Padre eterno, quien por la salvación del hombre envió su palabra en la suave verdor al vientre de la Virgen, no desprecies las lágrimas de tus hijas dolientes y llorosas, que por temor a Dios soportamos las tribulaciones y angustias de esta injusta ligadura. Que el Espíritu Santo te infunda para que te conmuevas con misericordia hacia nosotras, de modo que también tú, después del fin de tu vida, obtengas misericordia por esto.

Epístola 16: R16: Christian I von Buch a Hildegard von Rupertsberg

De Christian, arzobispo. Para Hildegarda.

Christian, por la gracia de Dios, arzobispo de la sede de Maguncia, a la reverenda y amada en Cristo señora Hildegarda y a todas las esposas de Cristo que con ella sirven a Dios, que asciendan de virtud en virtud y vean al Dios de los dioses en Sión.

Y aunque somos totalmente insuficientes y en verdad indignos de alabar la admirable y loable potencia de Dios y la clemencia de nuestro Salvador, con la esperanza de llegar a ser dignos por tu intercesión, queridísima en Cristo señora, agradecemos a aquel de quien desciende todo don perfecto, como Padre de las luces, en quien tu alma ha encontrado digno favor, y que la ha iluminado con su verdadero e inestimable luz. Por su gracia, que te ha precedido y seguido, has sido concedida con la devoción santa de sentarte a los pies del Señor como María, y de dedicarte a las visiones de la Jerusalén celestial.

Estas manifestaciones de tu santa conversión y sorprendentes testimonios de verdad, así como la dedicación de nuestra alma a tus mandatos, no por decirlo, sino en respuesta a tus ruegos, nos obligan tanto que debemos inclinar la intención de nuestro corazón hacia todo lo que conocemos de tus santos votos, esperando y teniendo gran confianza en tu santidad, que por el santísimo aroma de tus oraciones, recibamos la gracia de Dios que nos precede y sigue, y que nuestra alma pecadora, mediante la intervención de tu santidad, finalmente encuentre el favor del Creador.

Por eso, en la tribulación y aflicción que tú y el santo convento soportan por la suspensión de los divinos oficios, nos compadecemos tanto más profundamente cuanto más claramente podemos percibir vuestra inocencia en esta parte. Sin embargo,

como constaba a la iglesia que el difunto enterrado en vuestra iglesia había incurrido en la sentencia de excomunión en vida, y mientras la iglesia permanecía incierta sobre su absolución, por los estatutos de los santos padres, no pudimos evitar declinar el clamor del clero y disimular el escándalo de la iglesia hasta que se comprobara con el testimonio idóneo de hombres buenos, en presencia de la iglesia, que había sido absuelto.

Por lo tanto, compadeciéndonos profundamente de vuestra aflicción, escribimos a la iglesia de Maguncia en estos términos: si se demuestra con la afirmación veraz de hombres buenos que el mencionado difunto fue absuelto, os ordenamos que celebren los divinos oficios. Rogamos y suplicamos encarecidamente a vuestra santidad que, si por nuestra culpa o ignorancia os hemos molestado en esta parte, no neguéis vuestra misericordia a quien la pide, y dignaos suplicar al Padre de las misericordias por nosotros, para que nos represente sanos y salvos ante vuestro santo conspecto y ante la iglesia de Maguncia, para la gloria de Dios y de vuestra iglesia y para la salvación de nuestra alma. Que el Señor os conserve en salud y santidad.

Epistola 17: R17: Hartwig I von Bremen a Hildegard von Rupertsberg

Hartwig, arzobispo de Bremen. Hildegarda.

A Hildegarda, maestra de San Roberto en Cristo, Hartwig, arzobispo de Bremen, y hermano de la abadesa Richardis, con la obediencia que es como la de una hermana y más que una hermana. Te notifico que nuestra hermana, mi hermana, en cuerpo mía y en alma tuya, ha recorrido el camino de toda carne y ha despreciado el honor que le había conferido mientras yo iba al rey terrenal, obedeciendo al rey de los cielos, su Señor. Ella confesó santamente y piadosamente, fue ungida con el óleo santo después de la confesión y, habiendo recibido plenamente la cristiandad, deseó con todo su corazón y con lágrimas volver a tu claustro. Se encomendó al Señor por medio de su madre y Juan, y firmada tres veces con la señal de la cruz, confesó la Trinidad y la Unidad en perfecta fe, esperanza y caridad en Dios. Estamos seguros de ello. Falleció el 29 de octubre.

Por lo tanto, te ruego, si soy digno, que la ames tanto como te amó a ti y, si en algo parece haber faltado, no fue por ella sino por mí. Al menos ten en cuenta las lágrimas que derramó por dejar este claustro, de las cuales muchos son testigos, y que, si la muerte no lo hubiera impedido, habría venido a ti apenas obtenida la licencia. Y porque fue detenida por la muerte, sabe que vendré por ella si Dios lo permite. Pero que Dios, el remunerador de todos los bienes, de los cuales ella se alegraba ante Dios y ante mí por todo lo que le brindaste, sola entre todos y sobre todos, tanto parientes como amigos, te recompense aquí y en el futuro según todos tus deseos. Da las gracias a tus hermanas por todos sus beneficios.

Epístola 18: R18: Hildegard von Rupertsberg a Hartwig I von Bremen

Respuesta de Hildegarda.

Aquel que te vio en el primer día y te dio ojos para ver con las alas voladoras de todas las criaturas, y que hizo al hombre un espejo en la plenitud de todos sus milagros para que la ciencia de Dios resplandezca en él, como está escrito: "Sois dioses y todos hijos del Altísimo", que Él te mire y te dirija según su voluntad. El hombre toca a Dios, que no tiene principio ni fin, cuando la racionalidad en el hombre imita a Dios y la ciencia del bien y del mal muestra a Dios. Así es la rueda de la eternidad.

Que Dios también haga que evites ese mal que comenzó en el primer día y carece de buena voluntad, y que siempre contradice a Dios. Que haga en ti ventanas que brillen en la Jerusalén celestial, que son hermosos edificios en las virtudes, y te haga volar en los abrazos de la caridad de Dios, como dijo aquel a quien Dios había llenado: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?" Y nuevamente, yo, pobre forma, he visto en ti la luz de la salvación. Ahora cumple los mandamientos de Dios que su gracia te da y lo que el Espíritu Santo te enseña.

Pero también, en el espíritu del don místico te digo: Tú eres una persona loable y necesaria para el hombre, teniendo en el Altísimo Dios la sucesión que es el oficio pontifical. Por lo tanto, que tu ojo vea a Dios, que tu entendimiento comprenda su justicia y que tu corazón arda en el amor de Dios para que tu alma no desfallezca. Mantente en el más alto esfuerzo para edificar la torre de la Jerusalén celestial, y que Dios te dé una ayudante, la dulcísima madre misericordia. Sé también una estrella brillante, iluminando en las tinieblas de las noches de los hombres perversos, y un ciervo veloz corriendo hacia la fuente del agua viva.

Observa que en este tiempo muchos pastores son ciegos, cojos y ladrones de dinero de la muerte, sofocando la justicia de Dios. Pero Dios, que todo lo sabe, sabe dónde es útil el cuidado pastoral. Por lo tanto, un hombre fiel no debe buscar la preeminencia. Si la busca en su mente inquieta, está deseando el poder por placer más que buscando la voluntad de Dios; es un lobo rapaz en su persona y su alma nunca busca lo espiritual; allí está la simonía.

Por eso, en el espíritu te digo: ¡Oh, qué gran milagro es en la salvación de las almas de aquellos que están en preeminencia sin simonía! Dios los contempla de tal manera que su gloria no se oculta en ellos, sino que actúa en ellos como un fuerte guerrero que se esfuerza por no ser superado por nadie, sino que su victoria sea estable.

Ahora escucha: así ha sucedido con mi hija Richardis, a quien llamo mi hija porque había plena caridad en mi alma hacia ella, ya que la luz viviente en una fortísima visión me enseñó a amarla. Escucha: Dios la tuvo en este celo, que el placer del mundo no podía abrazarla, sino que luchaba contra ella, aunque parecía como una flor en belleza y en la armonía de este mundo. Pero mientras vivía en el cuerpo, oí decir en una verdadera visión sobre ella: "Oh, virginidad, estás en el tálamo real". Ella tenía compañía en la vara virginal en el más santo orden, por lo cual las hijas de Sión se alegran.

Sin embargo, la antigua serpiente quiso apartarla del honor bendito mediante la alta nobleza de la humanidad, pero el Supremo Juez atrajo a mi hija hacia Él, cortando de ella toda gloria humana. Por eso, mi alma tiene gran confianza en ella, aunque el mundo amaba su bella forma y prudencia mientras vivía en el cuerpo, pero Dios la amó más. Por lo tanto, Dios no quiso dar a su amiga al amante enemigo, es decir, al mundo.

Ahora tú, oh querido que estás en lugar de Cristo, cumple la voluntad del alma de tu hermana que requiere la necesidad de la obediencia. Y así como ella siempre estuvo preocupada por ti, ahora tú también estate por su alma, y realiza buenas obras según su esfuerzo. Por lo cual yo también arrojo de mi corazón el dolor que me causaste en esta mi hija. Que Dios te conceda, por la intercesión de los santos, el rocío de su gracia y la bienaventurada recompensa en el futuro siglo.

Epístola 19: R19: Arnold II von Wied a Hildegard von Rupertsberg

Arnold, por la gracia de Dios, arzobispo de Colonia a Hildegarda, la luz ardiente en la casa del Señor en el monte de San Roberto! permaneciendo en la protección de Dios del cielo. Si están bien y todo lo que está a su alrededor está dirigido por el Señor, nos alegramos! y también nosotros, por vuestros méritos, estamos bien. Porque aunque hace tiempo dispusimos no poder venir a vosotros, en cuanto nos es posible en este momento, nos encomendamos a ustedes. Ponemos nuestras manos en las vuestras. ¡Unimos la fe a la fe! Nos encomendamos totalmente a ustedes. Además, el libro que escribiste inspirada por el espíritu divino, sin ninguna ocasión de demora, porque no queremos ni podemos carecer de él, si está preparado o no, no dudéis en enviárnoslo a través del portador de estas presentes. No queremos tentar a Dios, sino que deseamos ver sus maravillas.

Epístola 20: R20: Hildegard von Rupertsberg a Arnold II von Wied

Respuesta de Hildegarda.

En una verdadera visión vi esto. Escucha, pues. Veo a un hombre en el valle de una gran montaña que tiene una opción en el gusto de su alma. Y este mismo hombre envía la opción que tiene a la altura de esa montaña, y el aire de esa montaña la recibe, de tal manera que adquiere un color ígneo, como el aceite que se enciende con fuego. Pero vienen aves puras, separadas de las impuras, y toman ese aire en sus alas, y así se vuelven rápidas en su vuelo. Al ver esto, el noble padre de familia dice: "¿De dónde venís?" Ellas responden: "Un hombre extraño, de pie en el valle de la montaña, nos envió un viento muy suave hacia su altura, y de ahí nos volvimos rápidas para volar hacia ti." Y el mismo padre de familia les dice: "Aunque este hombre esté lejos de mí, sin embargo, por la carrera con la que os envió a mí, quiero amarlo." Así que quien quiera vigilar bien, que entienda esto. Dios, muchas veces, por las oraciones de los santos, convierte lobos en corderos, así como también a publicanos en justos. Por eso, quien lo sabe todo dice: "Cuida de no amar a Dios en las guaridas de los ladrones, y de no invocarlo en vanidades, de modo que invoques a Dios solo en palabras y no en obras. A quien me hable con palabras, le responderé; pero a quien me hable en proverbios, seré ajeno. Porque borro la contumacia y destruyo con mi propia mano la contradicción de los que me desprecian. ¡Ay de los malos inicuos que me desprecian! Escucha esto, oh hombre, si quieres vivir; de lo contrario, mi espada te herirá. Ahora, oh pastor de tu pueblo, yo, pobre mujer, te envío los escritos de estas visiones veraces como pediste, sin contener nada del ingenio humano ni de mi propia voluntad, sino lo que la luz inextinguible quiso manifestar con su composición y las mismas palabras, como le agradó. Porque

ni siquiera lo que ahora te escribo está compuesto por mi ingenio ni por ningún juicio humano, sino por una revelación celestial."

Epístola 21: R21: Eberhard von Biburg a Hildegard von Rupertsberg

El arzobispo de Salzburg. Para Hildegarda.

De la iglesia de Salzburg por la gracia de Dios ministro y arzobispo, aunque indigno, a Hildegarda hermana y maestra de San Roberto en Bingen. Cualquier cosa que valga la oración del pecador, y después del trofeo de esta carne entrar en los abrazos del esposo celestial con las vírgenes prudentes.

Yo, pecador, colocado en el valle de las lágrimas, golpeado por muchos torbellinos y tempestades del siglo, temores internos, luchas externas, sufrido, insistentemente solicito tu amor para que te dignes derramar oraciones por mí. Que la divina misericordia abra sus entrañas de piedad sobre mí y me libere clementemente de todas las tribulaciones. Porque el emperador intenta imponernos violencia por el cisma que ahora existe en la iglesia. Tu caridad debe recordar, virgen digna de Dios, que cuando estaba en Maguncia en la corte de ese mismo emperador, me recomendé atentamente a tus santas oraciones para que, a través de tu intercesión, el estado de mi vida tuviera progreso en el Señor y feliz consumación. Por eso también prometiste a mi pequeñez que, al recibir mis cartas, no te disgustaría responderme según lo que el Señor se dignara revelarte.

Este débito de la promesa requiere mi pequeñez de tu santidad. Adiós, virgen de Dios, y acuérdate de mí. Sin embargo, cualquier cosa que sea lo que respondas, ponla bajo sello.

Epístola 22: R22: Hildegard von Rupertsberg a Eberhard von Biburg

Respuesta de Hildegarda.

Oh tú, persona que ocupas el lugar del Hijo de Dios viviente, ahora veo tu estado como dos paredes unidas casi por una piedra angular, una de las cuales aparece como una nube blanca, la otra algo sombría, pero de tal manera que ni esa blancura se mezcla con la sombriedad, ni esa misma sombriedad se mezcla con la blancura. Estas paredes son tus labores, unidas a tu ánimo, donde por una parte tu intención y suspiros anhelan a Dios por el camino estrecho en blancura, y por la otra, el circuito de tu labor llega algo sombrío al pueblo sujeto a ti, de tal manera que mantienes la blancura de tu intención como algo doméstico, y observas la sombriedad de los trabajos seculares como algo ajeno a ti, sin permitir que se mezclen. Y por eso frecuentemente tienes fatiga en tu ánimo. Pues no tienes tu intención hacia Dios y tu labor hacia el pueblo como una sola cosa, sino que con buena intención anhelas lo celestial y con el pueblo procuras en Dios, pueden unirse en una sola recompensa, así como Cristo se aferró a lo celestial y, sin embargo, se inclinó hacia el pueblo, como está escrito: "Sois dioses y todos hijos del Altísimo", dioses en lo celestial y hijos del Altísimo en la procuración del pueblo.

Tú, pues, padre, derrama tus labores en la fuente de sabiduría, que dos hijas han extraído y están vestidas de ropajes reales, a saber, la caridad y la obediencia, porque la sabiduría con caridad ordenó todas las cosas sacando numerosos riachuelos, como dice: "He recorrido sola el círculo del cielo", y porque Dios dio al hombre un precepto mediante la obediencia. La vestidura de la caridad es la que contempla el rostro de Dios en el orden angélico, pero la vestidura de la obediencia es la circunscripción de la humanidad del Señor. Estas jóvenes llaman a tu puerta, y la caridad te dice: "Deseo

permanecer contigo, y quiero que me pongas en el lecho de tu lecho y me tengas en diligente amistad. Porque cuando tocas y limpias las heridas con misericordia, yo estoy acostada en tu lecho, y cuando sostienes con benevolencia en Dios a los sencillos y bien vivientes, yo estoy en tu diligente amistad". Y la obediencia también te dice: "Permanezco contigo debido al vínculo de la ley y los mandamientos de Dios. Así que mantenme con valentía y firmeza, no como un sirviente, sino como una amiga muy querida. Porque en el inicio del bautismo me recibiste y en algún progreso tuyo me mantuviste, a saber, en la disciplina de la sumisión y en la prelación donde obedeciste a los mandamientos de Dios. La caridad es mi materia y de ella he nacido". Oh padre, la sabiduría nuevamente te dice: "Sé semejante al padre de familia que escucha con mansedumbre la necedad de sus hijos y, sin embargo, no abandona su prudencia, así como yo también uno lo celestial y lo terrestre en la utilidad del pueblo. Toca, pues, y limpia las heridas, y mantén a los sencillos y bien vivientes, y ten gozo en ambas partes con la ayuda de Dios. Ahora, oh padre, yo, pobre forma, veo que tu voluntad desea la puerta de las virtudes que te llegará, de tal manera que en estas virtudes completarás el molino del fin de tu cuerpo. El que es y todo lo escudriña mantendrá tu alma y cuerpo en su salvación".

Epístola 23: R23: Hillin von Fallemanien a Hildegard von Rupertsberg

Hillin, arzobispo de Tréveris, a Hildegarda.

Hillin, por la gracia de Dios, humilde ministro y siervo de los mismos, y aunque indigno, arzobispo de Tréveris, a la queridísima hermana Hildegarda, que sigue al cordero y esposo a dondequiera que vaya. Porque a la sabiduría de Dios, que elige lo débil del mundo para confundir a los fuertes, le ha complacido elegir una morada agradable en tu virginidad, ha derramado más abundantemente en ti la gracia de su luz en el espíritu de consejo y de conocimiento mayor, por cuya efusión de luz, como creo, también quiso que las mentes de otros se excitaran e iluminaran hacia mejores estudios y más cercanas a la salvación, a través de ti, madre venerable y a ser abrazada con la caridad más sincera.

Por lo tanto, queda, virgen de Cristo amadísima, verdadera vid bajo cuya sombra descansas, cuyo fruto es dulce y acogedor para tu garganta. Verdaderamente, digo, extiende más ampliamente los sarmientos de esta vid en este mar tempestuoso, derivando más generosamente el sabor dulcísimo del cáliz celestial con el que te embriagas hacia la ganancia de las almas por todas partes. Lo que has recibido gratis, dalo gratis, no sea que se te acuse de querer esconder bajo el celemín la lámpara encendida para la utilidad de los prójimos.

Por tanto, te ruego, santa madre, junto con los demás que buscan refugio en el puerto de tu consuelo, confiado en la esperanza de conseguir mi deseo más abundante, te ruego, digo, y te conjuro por tus entrañas maternales por la santa caridad, que de esa bodega vinaria del rey, de cuya abundancia de delicias te embriagas maravillosamente aún en esta vida, te dignes derramar algunas gotas hacia mí, pecador, a través del portador de estas presentes con tu

escrito. Tanto por aquel que te ha concedido poder hacerlo, como para que la experiencia de la verdad demuestre lo que el rumor, dubitativamente, introduce en los oídos de algunos sobre la gracia celestial que te ha sido infundida.

Así pues, aquel que comenzó en ti la buena obra, la consuma en la vida de los vivientes.

Epístola 24: R24: Hildegard von Rupertsberg a Hillin von Fallemanien

Respuesta de Hildegarda.

La sabiduría resuena diciendo: Ahora es un tiempo sucio para la forma femenina. ¡Oh, oh, Adán del Nuevo Testamento de toda justicia! Y fue la raíz de toda la descendencia de los hombres. Después, en su linaje, surgió un espíritu viril que salió en tres grupos, como un árbol que se extiende en tres ramas. El primer grupo consistía en que los hijos de Adán eligieron lo que su capacidad les permitió. El segundo, en que los hombres se levantaron en la temeridad del homicidio. Y el tercero, en que hicieron todo lo que les vino en ídolos y errores similares. Ahora este árbol está seco, y el mundo está trastornado en muchos peligros. Este tiempo se relaciona con aquel tiempo cuando la primera mujer hizo un gesto de engaño al primer hombre. Pero, no obstante, el hombre tiene más fuerza que la mujer para lograrlo. Sin embargo, la mujer es la fuente de sabiduría y la fuente de plena alegría, partes que el hombre lleva a la perfección. ¡Ay, ay! Este tiempo no es ni frío ni caliente, sino sucio. Después de esto, vendrá un tiempo que en grandes peligros, en temor, injusticia y ferocidad de los hombres, mostrará fuerzas viriles. Entonces soplará el error de los errores errantes, como los cuatro vientos que en grandes peligros esparcen su fama. Pero ahora, oh pastor, escucha, porque la gracia de Dios no te ha puesto en vano. Por eso, mantén su justicia. Cuando comienzas a hacer buenas obras, te cansas rápidamente. Pero cuando eres llamado a la sinfonía, de tal manera que permaneces en oración, inmediatamente te marchitas. ¡Ay, ay! Tú que estás en el lugar de Cristo, escucha de nuevo. Un rey tenía una ciudad en grandes honores, la cual confió a tres hombres de entre sus súbditos, para que la cuidaran. Al primero le encargó la torre, al segundo la llanura de la ciudad, y al tercero el muro con sus baluartes. Tú estás puesto

en la torre, tu pueblo en la llanura de la ciudad, y tu clero en el muro con sus baluartes. Si el muro de la ciudad es atacado y la llanura saqueada, tú, sin embargo, custodia la torre para que no se destruya toda la ciudad y no se disipe. La imagen de la paloma te enseña, y la palabra de Dios no carece de conocimiento en ti. Así que vigila y refuerza con vara de hierro, enseña y unge las heridas de los que te han sido encomendados, y vivirás para siempre.

Epístola 25: R25: Eberhard II von Otelingen a Hildegard von Rupertsberg

Eberhard, obispo de Bamberg, a Hildegarda.

Eberhard, por la gracia de Dios, obispo de la iglesia de Bamberg, aunque indigno, a Hildegarda, venerable hermana y maestra de San Roberto, con devota dedicación y el mérito de la eterna bienaventuranza. Con la gracia celestial favoreciendo, la alabanza de tu santidad resuena dulcemente por todas partes en los oídos de los pueblos, de tal manera que realmente podemos decir que somos el buen aroma de Cristo para Dios. Pero también, dado que el Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres para ver si alguno entendía o buscaba a Dios en ti, atraídos por la fragancia de tu buena reputación, acudimos plenamente al Señor, quien es venerado y consultado en ti.

Porque lo que has otorgado a muchos, no me lo negarás a mí solo. Pues cuando pasamos de la corte del emperador a través de ti, imbuida por el Espíritu Santo, confiamos en tu caridad para explicarlo. En el Padre reside la eternidad, en el Hijo la igualdad, en el Espíritu Santo la conexión de eternidad e igualdad, lo cual ahora deseamos ver explicado según lo que Dios te ha revelado. Que el Señor esté contigo para que también nosotros seamos ayudados por tus oraciones.

Epistola 26: R26: Hildegard von Rupertsberg a Eberhard II von Otelingen

Respuesta de Hildegarda.

Aquel que es y al que nada le es oculto dice: Oh pastor, no te seques en el dulce flujo del aroma del bálsamo, que es el verdor que debe ser proporcionado a las mentes necias que no tienen los pechos de la misericordia materna para nutrirse. Aquellos que no lo tienen, desfallecen. Proporciona a los tuyos la lámpara del rey para que no se dispersen en la aspereza, y surge, viviendo en la luz. Ahora, oh padre, yo, pobre mujer, he mirado hacia la verdadera luz, y según lo que allí en la verdadera visión vi y oí, lo que has pedido que te exponga, así lo transmito, no con mis palabras, sino con las del verdadero resplandor, el cual nunca carece de perfección, de la siguiente manera:

En el Padre permanece la eternidad. Esto significa que a la eternidad del Padre ni se le puede quitar ni añadir, porque la eternidad permanece en la similitud de una rueda, que no tiene principio ni fin. Así, en el Padre está la eternidad antes de toda criatura, porque siempre ha existido y siempre existirá la eternidad. ¿Y qué es la eternidad? Dios es. Sin embargo, la eternidad no es eternidad sin vida perfecta. Por lo tanto, Dios vive en la eternidad. Y la vida no procede de la mortalidad, sino que la vida está en la vida. Pues el árbol no florece sin verdor, ni la piedra existe sin humedad, ni ninguna criatura sin su vitalidad. Incluso la misma eternidad viviente no está sin florecimiento. ¿Cómo? El Verbo del Padre produjo toda criatura en su función. Así, el Padre en su fuerza más poderosa no está ocioso. Por eso Dios es llamado Padre, porque todo nace de él. Y por eso también en el Padre permanece la eternidad, porque él fue Padre antes del principio, y eterno antes del inicio de las obras brillantes, que todas aparecieron en la presciencia de la eternidad.

Lo que permanece en el Padre no es como una causa en el hombre, que a veces es dudosa, a veces pasada, a veces futura, a veces nueva, a veces vieja, sino que siempre es estable lo que está en el Padre. El Padre es claridad, y esa claridad tiene esplendor, y ese esplendor fuego, y son uno. Cualquiera que no tenga esto en la fe, no ve a Dios, porque quiere separar de él lo que es, ya que Dios no debe ser dividido. Las obras que Dios creó no tienen la propiedad completa de sus nombres cuando el hombre las divide. La claridad es la paternidad de la que nacen todas las cosas y que todo lo rodea, porque son de su fuerza. Pues la misma fuerza también hizo al hombre y en él puso el aliento de vida. Y el hombre tiene en esa misma fuerza un efecto eficaz en sí mismo. ¿Cómo? La carne de la carne y el bien de lo que es bueno se emiten en buena fama y se aumentan en buen ejemplo en otro hombre. Estas cosas están en el hombre tanto carnal como espiritualmente, porque una procede de la otra. El hombre ama mucho sus obras útiles, porque están en acto de su conocimiento. Así también Dios quiere que su fuerza se muestre a través de todos los géneros, porque son su obra. Y el esplendor da ojos, y ese esplendor es el Hijo, quien dio los ojos cuando dijo "hágase". Entonces todo apareció corporalmente en el ojo viviente. Y el fuego penetra estos dos nombres, que es Dios, porque no sería posible que la claridad careciera de esplendor. Y si a estos les faltara el fuego, la claridad no brillaría, ni el esplendor resplandecería. Pues en el fuego laten la llama y la luz, de lo contrario no sería fuego. En el Hijo está la igualdad. ¿Cómo? Todas las criaturas estaban en el Padre antes del tiempo, ordenándolas en sí mismo, las cuales luego el Hijo perfeccionó en obra. ¿Cómo? Así como el hombre que tiene en sí el conocimiento de una gran obra, que luego expresa en su palabra, para que proceda en buena reputación. El Padre ordena, pero el Hijo realiza. Pues el Padre en sí mismo ordenó todo, y el Hijo lo completó en obra. Y la luz es de la luz antes del tiempo en la eternidad, que era en el principio, y este es el Hijo que resplandece

del Padre y por quien todas las criaturas fueron hechas. Y el Hijo también se vistió de una túnica de hombre que formó del limo, la cual no apareció corporalmente antes.

Así Dios vio todas sus obras ante sí como luz, y cuando dijo "hágase", cada cosa se vistió según su género. Entonces Dios se inclinó hacia su obra, y así en esta parte también permanece la igualdad en el hombre en el Hijo de Dios, porque él asumió la humanidad, así como las obras de Dios asumieron sus cuerpos. Porque Dios preconocía todas sus obras que llevó a cabo, por eso se inclinó hacia el hombre en la humildad de la humanidad, porque la divinidad es tan perfecta que no habría perdonado nada en el hombre que lucha contra el bien, si no hubiera asumido la humanidad, porque todo fue hecho por él y sin él no se hizo nada. Pues todas las cosas visibles, palpables y gustables fueron hechas por él, y preconoció todas estas cosas en alguna necesidad del hombre, algunas para el abrazo de la caridad, otras para el temor, otras para la disciplina, otras para la cautela de cada causa. Y sin él no se hizo nada. Este "nada" es la soberbia. Pues es una opinión que se mira a sí misma y que no confía en nadie. Pues quiere lo que Dios no quiere y siempre calcula lo que ella establece, y es tenebrosa porque despreció la luz de la verdad, y comenzó lo que no pudo completar, por lo que es nada, porque ni fue hecha ni creada por Dios. Comenzó en el primer ángel cuando contempló su propio resplandor y formó una opinión y no vio de dónde tenía ese resplandor, sino que dijo en sí mismo: "Quiero ser señor y no quiero a otro". Así su gloria se desvaneció de él y la perdió, y se convirtió en príncipe del infierno. Entonces Dios dio su gloria a otro de sus hijos, que fue hecho con tanta fuerza que todas las criaturas están con él, y que también está constituido con tanta fuerza que no perdería esa gloria en absoluto. En esa maldición en la que el diablo no quiso a Dios, la necedad en el hombre deseó ser igual a Dios, es decir, ser como Dios. Pero sin embargo, no perdió ese amor que sabía que Dios era.

Por eso la materia del diablo es totalmente tenebrosa, porque no quiso ser la claridad de Dios. Pero Adán quiso ser la claridad de Dios, pero deseó estar en su compañía, por lo que es perfecto en su materia, porque hay algo de luz en él, pero sin embargo está lleno de muchas miserias. En el Espíritu Santo está la conexión de la eternidad y la igualdad. El Espíritu Santo es fuego, y no es fuego extinguible, que a veces aparece por su ardor y a veces se apaga. Pues el Espíritu Santo impregna y conecta la eternidad y la igualdad, para que sean uno, así como el hombre une un manojo, porque si el manojo no se atara, no sería manojo, sino que se dispersaría, y como un herrero une dos fuerzas del bronce con el fuego en una. Por eso es como una espada versátil, que vibra por todas partes. El Espíritu Santo muestra la eternidad, enciende la igualdad, para que sean uno. El Espíritu Santo es fuego y vida en esta eternidad e igualdad, porque Dios vive. Pues el sol es blanco y su luz arde y el fuego en él ilumina todo el mundo, y aparece como una sola rueda. Pero cualquier cosa en la que no haya fuerza está muerta, como un árbol seco cortado, porque no tiene verdor. El Espíritu Santo es fundamento y vivificación. Pues la eternidad no sería eternidad sin el Espíritu Santo. Tampoco la igualdad sería igualdad sin el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo está en ambos, y uno en la divinidad es un solo Dios. La racionalidad también tiene tres fuerzas: sonido, palabra, soplo. En el Padre, el Hijo es como la palabra en el sonido; el Espíritu Santo en ambos, como el soplo en el sonido y la palabra. Y estas tres personas, como se ha dicho, son un solo Dios. En el Padre está la eternidad, porque nadie fue antes que él, y la eternidad no comenzó, así como las obras de Dios tienen un principio. Pero en el Hijo está la igualdad, porque el Hijo nunca se separó del Padre, ni el Padre careció del Hijo. Pero en el Espíritu Santo está la conexión, porque el Hijo siempre permaneció en el Padre y el Padre con el Hijo, porque el Espíritu Santo es la vida ardiente en ellos y son uno. Y está escrito: "El Espíritu del Señor llenó la tierra". Esto es: todas

las criaturas visibles e invisibles no carecen de vida espiritual, y aquellas que el hombre no conoce, su entendimiento las busca hasta que las conoce. Pues de la verdor provienen las flores, de las flores los frutos del manzano. Las nubes también tienen su curso. La luna y las estrellas arden con fuego. Los árboles producen flores a través del verdor. El agua tiene finura e inunda y produce riachuelos. La tierra también tiene humedad con sudor. Pues todas las criaturas tienen lo que se ve y lo que no se ve. Lo que se ve es débil, y lo que no se ve es fuerte y vital. Este es el entendimiento del hombre que busca conocer, porque no ve aquello. Estas son las fuerzas de las obras del Espíritu Santo. Y aquello que contiene todo, ¿qué es? El hombre contiene todo. ¿Cómo? Dominando, usando, ordenando. Dios le otorgó esto según sí mismo. Tiene conocimiento de la voz. Esto es racionalidad, que resuena con la voz. La voz es el cuerpo, la racionalidad es el alma, el calor del aire es el fuego, y son uno. Por eso, cuando la racionalidad se escucha dictando y creando a través de la voz, todas sus obras se completan, y por ello tiene el poder de crear, porque como manda, así será. Por eso todas las obras de Dios no son vanas. Pues si alguien tuviera un recipiente lleno de dinero, tendría gran gozo por ello. Pero si en el recipiente no hubiera nada, lo consideraría sin valor. En las obras malvadas hay vanidad, y huyen del fuego del Espíritu Santo. Entonces tienen deleite en pecar por sugerencia del diablo. Pero cuando el hombre reconoce que sus obras malvadas se consideran por nada y se arrepiente de ellas, es como el hijo peregrino que después de su hambre se acordó del pan de su padre y dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y ante ti", en el cielo porque soy celestial en la racionalidad, y ante ti porque te conozco como Dios. Entonces rechaza al diablo y elige de nuevo a su Señor. De ahí que todas las obras viciosas del diablo se confunden y todas las armonías celestiales se maravillan, porque lo que antes consideraban barro inútil, después lo ven como una columna de nube en utilidad principal, porque lo que vieron como

vil, luego eligen como más hermoso, ya que todas las obras viciosas del diablo se consideran por nada en la utilidad. Pues en esas obras malvadas no hay utilidad, pero hacen la utilidad en las buenas obras. Estas son las obras del Espíritu Santo. Ahora, oh pastor y padre de los pueblos, Dios te conceda que llegues a esa luz donde recibirás el conocimiento de la verdadera bienaventuranza.

Epístola 27: R27: Günther von Henneberg a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Speyer. A Hildegarda.

Günther, por la gracia de Dios servidor y obispo de la iglesia de Speyer, a Hildegarda, maestra del monte de San Roberto en Bingen, salud eterna en Cristo. Porque eres un buen olor tanto para los lejanos como para los cercanos, y de espíritu santo eres consuelo para todos los que te buscan, damos gracias a la divina piedad. Por tanto, y tu amor debe tener la certeza de que vemos con ánimo complaciente el honor y la utilidad de tu iglesia, y de todas las maneras en que podamos poner en práctica nuestra voluntad para el avance de la misma iglesia, lo haremos con gusto. Pero te rogamos íntimamente tu santidad que por nuestro amor intercedas ante Dios por nosotros, y con tus oraciones lo hagas favorable para nosotros. Y debes saber sin ninguna ambigüedad, que si Dios nos concede la vida, no carecerás de una honesta remuneración. Pues es justo que nos brindes el auxilio de tus oraciones, así como nosotros estamos preocupados por tu necesidad. También deseamos tus respuestas hacia nosotros.

Epístola 28: R28: Hildegard von Rupertsberg a Günther von Henneberg

Hildegardis.

¡Luz de la máxima inspiración! El Espíritu Santo te dice a ti, oh hombre, que no cortes la advertencia del Espíritu Santo que ha subido en ti por la mala costumbre de tus obras, porque Dios requiere en ti lo que una vez buscó para devolver la oveja perdida, cuando lavó los crímenes de los hombres. ¡Y el antiguo burlador fue confundido cuando el más fuerte guerrero lo venció! Dios te mira por las ventanas, porque Él es piadoso y misericordioso. ¡Que ningún hombre se burle de esto bajo ninguna opinión de su voluntad! Escucha. No cortes de ti esta causa de advertencia de Dios, no sea que Dios te golpee con sus flagelos, porque quiere derribar en su celo esta causa enemistosa, ya que sus compañeros lo ridiculizan a través de sus asociados en su manifestación. Por lo cual, Él vibra el arco de su advertencia, mostrando que nadie puede resistirle. Por tanto, tú, hombre que estás envuelto en mucha oscuridad, levántate rápidamente después de la ruina y edifica en los celestiales, para que los negros y sucios se avergüencen en tu exaltación cuando te levantas de tu oscuridad, porque tu alma apenas vive debido a tus obras. Tú miras como a través de una figura a otra vida, que brilla en ti como el amanecer de la luz. Tu mente tamiza y se sacude en grandes tormentos, donde la naturaleza abundante te aflige en deseos tortuosos. Escapa de esta humedad. Escucha, hombre. Un cierto hombre tenía una tierra que mostró gran fuerza en sí misma cuando el arado la volteó, de modo que produjo mucho brote, cualquier fruto que en ella se sembraba. Entonces le agradó a este hombre hacer en esa tierra un jardín de aromas, y en él crecieran aromas con el más suave olor para la medicina de heridas y cicatrices. Y esa tierra se hizo mejor de lo que había sido antes. Ahora tú, oh hombre, elige qué de estas dos partes te es más útil.

Porque el fundamento de la Jerusalén celestial está puesto primero con estas piedras que fueron heridas en grandes caídas y manchadas con cicatrices de vicios, que luego aplastan sus crímenes en penitencia. ¡El Creador del mundo puso este primer fundamento con piedras rugosas e impolutas! Y estas piedras sostienen toda la ciudad de Dios. Por lo tanto, huye de la lujuria de este mundo en el naufragio de la inmundicia, y sé como el sardio y como el topacio, y rápido como el ciervo para beber en la lengua del purísimo manantial, ¡y vivirás eternamente!

Epístola 29: R29: Konrad I von Worms a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Worms. A Hildegarda.

Konrad, por la gracia de Dios, aunque indigno, obispo de la iglesia de Worms, a Hildegarda, querida hermana del monte de San Roberto, con esta pequeña muestra de oraciones, te enviamos nuestra suave devoción en todo servicio. Damos gracias a Dios, que te ha puesto como una clarísima lámpara en un candelabro dorado y ha hecho que la claridad de su luz brille lejos y ampliamente por medio de ti en su casa. Por lo tanto, hermana y amadísima hija, te rogamos fervientemente que, con los rayos con los cuales creemos sin duda que el sol de la justicia te ilumina, alejes las nubes de nuestra mente que nos oprimen por el incongruente torbellino de tribulaciones y la inundación de diversas pensamientos. De hecho, tendríamos muchas cosas que insinuar a tu santidad si la extensión de las palabras no impidiera explicártelas. Sin embargo, te hablamos personalmente con voz viva a través del presente portador y solicitamos con todo el corazón la respuesta a tu advertencia.

Epístola 30: R30: Hildegard von Rupertsberg a Konrad I von Worms

Respuesta de Hildegarda.

Tú eres la persona que se sienta en la cátedra de Cristo y tienes en tu mano la vara de hierro para gobernar a sus ovejas. Mira al sol de la justicia y a las numerosas estrellas que son tipos de virtudes, para que no te falte el alimento de vida, porque es un buen pastor quien siempre florece en buenas obras y quien apacienta a sus ovejas en la recta frescura. Que te lo conceda aquel que resonó en el primer día y por cuya palabra toda criatura surgió, y quien en el último día sonará la trompeta de manera que todos los hijos de los hombres serán resucitados.

Porque ciertos hombres que viven justamente son el tabernáculo de Dios, ya que Dios habita en ellos. El hombre es el edificio de Dios en el que Él mismo tiene su morada, porque ha puesto en él un alma ardiente que, junto con la racionalidad, vuela en expansión, así como el muro abarca la amplitud de la casa. Pero también, quien ha sido justificado en sus obras según los preceptos de Dios, sin haber descuidado la ley de Dios, edifica la Jerusalén celestial. Quien, sin embargo, obra según la carne y no según el espíritu, caerá de la santa edificación. Pero quien ha cortado de sí la propiedad de su voluntad, adorna la edificación celestial con perlas, piedras preciosas y el mejor oro. Por tanto, hazte a ti mismo de tal manera que te conviertas en una piedra preciosa y seas adornado en la Jerusalén suprema.

Epístola 31: R31: Hermann von Arbon a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Konstanz a Hildegarda.

Por la gracia de Dios, obispo de la iglesia de Konstanz, aunque inútil e indigno, a Hildegarda, esposa de Cristo, del cenobio de San Roberto en Bingen. Te deseo un aumento de la caridad íntima y un curso muy feliz en ambas vidas. La fama de tu sabiduría, difundida ampliamente, me ha sido relatada por algunos verídicos, lo que provocó en mí el deseo de buscar tu consuelo y alivio desde tierras remotas y encomendarme a tus oraciones. Pues es duro que quien no sabe moderar su propia vida se convierta en juez de la vida ajena. Por lo tanto, solicito con sincera devoción tu amor, para que me socorras ante Dios con tus oraciones y me fortalezcas con tu respuesta, porque tanto mi propia voluntad como las preocupaciones terrenales me apartan casi de todas las maneras del servicio de Dios.

Epístola 32: R32: Hildegard von Rupertsberg a Hermann von Arbon

Respuesta de Hildegarda.

La luz más justa dice: Oh hombre, reprende tu mente que perfora el consejo de los antiguos prelados, a quienes no tocó la mente ventosa de vanidades. ¿Cuál es tu estimación, que no te avergüenzas de caminar en las tinieblas por el sabor de tu obra? Pues la revelación de aquel para quien nada está oculto muestra a través del ojo viviente que el arco del celo de Dios amenaza la temeridad de los hombres. ¿Por qué no ves dónde está el mamón de la iniquidad, en el que te excusas? Muchos obreros vienen en sus causas y buscan el camino estrecho y angosto; pero tú mueves tus labios con grandilocuentes soplos de las costumbres de tu corazón, y los llevas a la indignación. Por lo tanto, dirígete de las tinieblas a los caminos rectos e ilumina el sentido de tu corazón, para que el Padre de todos no te diga: ¿Por qué subes la columna por la necedad, la cual no hiciste? Pues el día se oscurece para aquel que no trabaja en los caminos del camino recto, de lo cual debes precaver. Levántate entonces rápidamente y camina por los caminos rectos antes de que el sol se ponga para ti y antes de que tus días se acaben.

Epístola 33: R33: Adalbert III von Chiny a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Verdún a Hildegarda.

Adalbert, por la gracia de Dios, ministro y obispo de la iglesia de Verdún, aunque indigno, a Hildegarda, su queridísima madre del monte de San Roberto, deseando que se deleite en las visiones de Dios, presentes y eternas. Bendita sea la gloria del Señor desde su santo lugar, que te consagró como su sierva desde tus tiernos años.

Yo, sin embargo, como si un ciego quisiera mostrar el camino a quien ve, sugiero a tu caridad que reconozcas esta gracia con humildad, recordando la profecía del antiguo Balaam, quien, aunque dirigió sus últimas palabras en contra del pueblo de Dios, es memorable en su visión cuando dijo: "El que cae, y así se abren sus ojos," significando ciertamente la humildad en la visión.

También el doctor de las naciones dijo: "Para que la grandeza de las revelaciones no me exalte," y demás. Estas palabras se dirigen a ti más por la confianza de mi afecto que por la presunción de una enseñanza.

Sepan, además, que no puedo venir a ustedes en el presente, aunque esté cerca de ustedes. Sin embargo, en mis adversidades, espero que ustedes sean mi fiel patrona en sus oraciones y solicito ser ayudado por los sufragios de las hermanas de su colegio de siervas de Dios. Hace mucho tiempo que no merezco tener su escrito, lo cual ahora al menos ruego merecer.

Epístola 34: R34: Hildegard von Rupertsberg a Adalbert III von Chiny

Respuesta de Hildegarda.

La luz viviente que muestra milagros dice: Tú, que eres padre en tu persona y pastor en la guía de las almas, extiende tu brazo para que el hombre enemigo no siembre cizaña en tu campo. Cuida, pues, de ese jardín que el don divino ha plantado y evita que sus aromas se marchiten. Corta la podredumbre y échala fuera, pues sofoca su utilidad. Haz que revivan, porque cuando el sol esconde sus rayos, el mundo también retira su alegría.

Y te digo: No oscurezcas tu jardín con el tedio del silencio, sino que, con verdadera luz y discernimiento, corrige lo que debe ser corregido. Ilumina también tu templo con benevolencia, y enciende el fuego en tu incensario, poniendo mirra para que su humo suba al palacio del Dios viviente. Y vivirás eternamente.

Epístola 35: R35: Rudolf von Zähringen a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Lieja a Hildegarda.

Rudolf, por la gracia de Dios, obispo de los habitantes de Lieja, a Hildegarda, sierva de Cristo del monasterio de San Roberto en Bingen. Sirve incesantemente al Rey de reyes y alcanza el premio de la eterna bienaventuranza.

En medio de la mayor fluctuación de mente y cuerpo, he decidido escribirte, porque necesito mucho de la clemencia de Dios, a quien no niego haber ofendido e irritado con innumerables males. Por lo tanto, queridísima hermana, sabiendo verdaderamente que Dios está contigo, te advierto y ruego, por su misericordia, que extiendas tu mano a mí, que estoy fluctuante y me refugio en ti.

Que sea tu cuidado, con devotas oraciones, vigilar para remover mi negligencia y escribir para despertar mi somnolencia cualquier cosa que te haya sido revelada por la inagotable y viviente luz. Conceda el clementísimo Dios que, a través de tus escritos, reciba la más segura consolación y que, por el favor de tu intercesión, alcance al menos la última morada de la eterna paz.

Epístola 36: R36: Hildegard von Rupertsberg a Rudolf von Zähringen

De Hildegarda.

La luz viviente dice: Los caminos de las Escrituras conducen a una montaña excelsa, donde crecen flores y preciosísimos aromas, y donde un viento suavísimo vuela, creando un olor penetrante en ellos, y donde las rosas y los lirios muestran rostros espléndidos. Esta misma montaña no había aparecido antes debido a las sombras del aire ciego y viviente, porque el Hijo del Altísimo aún no había iluminado el mundo. Entonces, el sol vino desde la aurora, iluminando esta montaña, y todos los pueblos vieron sus aromas. Y el día fue muy adornado, y surgió un rumor dulce.

¡Oh pastores, ahora es tiempo de lamentar y llorar porque en vuestro tiempo esta montaña está cubierta de las más negras nubes, de modo que no emite buen olor! Pero tú, sé un buen pastor y noble en tus costumbres. Y así como el águila ve el sol, recuerda y mira dónde puedes llamar a los perezosos y peregrinos a la patria, y traer alguna luz a esta montaña para que tu alma viva, y para que escuches esa amantísima voz del supremo juez: "Bien hecho, siervo bueno y fiel," y para que tu alma brille en esta parte como un soldado resplandece en la batalla cuando sus compañeros se alegran con él porque ha sido victorioso.

Por lo tanto, tú, oh líder del pueblo, lucha en la buena victoria y así corrige a los errantes, y lava las hermosas perlas de la podredumbre, preparándolas para el supremo Rey. Y así, que tu mente aspire continuamente con buen ánimo a devolver estas perlas a esta montaña, tal como las instituyó el don de Dios. ¡Que Dios te proteja y libere tu alma del eterno castigo!

Epístola 37: R37: Gottfried von Rhenen a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Utrecht a Hildegarda.

Gottfried, por la gracia divina, obispo de los habitantes de Utrecht, a su única, singular, especial hermana Hildegarda, maestra de las hermanas de San Roberto, saludos de aquel que manda la salvación en Jacob. Queridísima hermana, desde que primero comencé a amarte en la caridad de Cristo, tu memoria, más dulce que la miel y el panal, nunca ha podido desaparecer de mi mente.

Me impulsa a amarte la virtud de Dios que habita en ti, que obra a través de ti, y que te hace más íntima con ese Esposo que eternamente salva a todos los que esperan en Él. Y dado que la caridad se ha difundido en tu corazón, te ruego, por la caridad que abunda en ti para todos, que con toda diligencia y esfuerzo te esmeres en suplicar a Dios por mí, para que en este mundo merezca ser aliviado de las cargas de mis pecados. Que el Señor te lleve allí donde está la feliz eternidad, la eterna felicidad, la gozosa tranquilidad, la alegría sin fin.

Así como el sediento desea la fuente, así deseo tu respuesta.

Epístola 38: R38: Hildegard von Rupertsberg a Gottfried von Rhenen

Respuesta de Hildegarda.

Oh tú, persona tomada y llamada por Dios, para que obres según Él, imitándolo, ya que Dios todo lo edifica, gobierna y unge. Pues el Dios omnipotente creó el mundo por su palabra, también lo gobierna y santifica todas las cosas en el agua, lavando los pecados de los hombres. Dios creó todas las criaturas y las gobernó, e incluyó al hombre con ellas, tal como el artesano hace elegantes sus vasijas a través del fuego. Pero luego, el glorioso día se convirtió en noche oscura por la desobediencia en la caída de Adán, y por esto los hombres vivieron en pecados y olvido, como si Dios no existiera.

Entonces Dios purificó toda la tierra de los pecados criminales de los hombres por medio de las aguas del diluvio, y así surgieron los santos, la ley y los profetas. Finalmente, el Hijo de Dios vino, y no habría sido apropiado que estuviera en un tiempo vacío en el que no encontraría justicia alguna, así como el hombre no fue creado antes de que toda criatura lo mostrara. El Hijo de Dios vino para redimir todo el mundo por la obediencia, por el crisma del bautismo y por la penitencia.

Ahora tú, pastor, cuida de no estar en un tiempo infantil que no conoce a Dios, sino que debes estar en el tiempo de los justos y santos y en la manifestación de los profetas, alcanzando la justicia en tus obras, tal como Dios previó todas las cosas antes de hacerlas, y gobierna a tu pueblo según Él. Tú también ofrece ayuda al pueblo en lugar de Cristo, para que no seas como la trompeta que suena y no obra, sino que seas un buen olor de virtudes para que vivas eternamente. Y di: "Te exaltaré, Dios mío, Rey, y bendeciré tu nombre por los siglos y los siglos."

Porque cuando entiendas que estás en la cátedra episcopal, alaba a Dios en todos tus caminos, exáltalo en buenas obras y repite sin tedio sus preceptos a tu pueblo, rumiándolos. Bésalo con fe y abrázalo en buenas obras. También, en buena conversación, muestra a tu Dios y magnifícalo en sus juicios como justo rey, para que gobiernes correctamente a tu pueblo y lo unjas con misericordia. No arrastres tras de ti ningún crimen nocivo, es decir, no aceptes regalos por justicia, y así invoca su nombre, para que en todo esto tengas temor de Él, pues es Rey, y harás esto todos los días de tu vida, mientras vivas en este mundo, para que después vivas eternamente en el mundo infinito.

Epístola 39: R39: Bf. H. von Prag a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Praga a Hildegarda.

H., por la gracia de Dios, ministro inútil y obispo aunque indigno de los habitantes de Praga, a Hildegarda, esposa de Cristo y maestra del monasterio de San Roberto en Bingen, envía este pequeño don de sus oraciones con toda devoción. Magnificamos y glorificamos al Señor nuestro Dios, iluminado por cuyo espíritu consuelas y alivias las tribulaciones de muchos y, con la cooperación del mismo espíritu, multiplicas el fruto de las buenas obras en las mentes de muchos, como también hemos escuchado que se informa de ti en muchas tierras.

Por lo tanto, que tu santidad sepa que tenemos un gran deseo de verte y de disfrutar de tu conversación en Cristo, pero una gran dificultad de lugares impide que esto ocurra. Y dado que hemos percibido que tu caridad ha ayudado a las necesidades de muchos, animados por esta confianza imploramos tu amor para que nos ayudes con tus oraciones en nuestras tribulaciones mundanas y nos des buenos consejos, porque desde que escuchamos tu nombre y la gracia que Cristo te ha otorgado, siempre hemos tenido tu memoria en nuestros corazones y deseamos que esa misma gracia, que es de la verdadera luz, permanezca siempre contigo.

Epístola 40: R40: Hildegard von Rupertsberg a Bf. H. von Prag

Respuesta de Hildegarda.

La voz de vida y salvación dice: ¿Qué es esto que el hombre come y no quiere saber qué es la uva que de la tierra de otra manera brotó tras la destrucción del pueblo, cuando Dios limpió la tierra y la crivó de otro modo, distinto a como el primer hombre la ridiculizó? Esto significa que el hombre es inconstante debido a la alternancia de sus costumbres y a los tiempos de luz y oscuridad. Pues el hombre a veces se eleva un poco en la prosperidad, otras veces cae en el peligro. En ambas situaciones, el hombre no contempla los abrazos de la hija del rey, es decir, la justicia y la verdad, sino que corta la corona de su cabeza cuando el pastor huye y no defiende la iglesia de Cristo, porque no sostiene sus armas con fortaleza, sino que, en su conducta, juega como un niño lascivo que no tiene ninguna preocupación.

El hombre que hace esto desea así comer y vivir según su propia voluntad, como la naturaleza del hombre requiere alimento, y no ve con sus agudos ojos dónde está la discreción que ha sudado la sabiduría, que se entiende en esta uva. Pues cuando Adán, en el comienzo del mundo, despreció la obediencia, los tiempos de los tiempos perecieron hasta la efusión de las aguas, donde Dios limpió la tierra de la horrible iniquidad y le dio otra fuerza, donde Noé produjo el germen más noble de la obediencia en los viñedos, que Adán evitó por la simplicidad de sus costumbres como un niño lascivo. Pero en Noé, la tierra produjo la fuerza de la uva, donde también después de él, la sabiduría se levantó en salvación.

Ahora, tú, hombre, que deambulas en tus costumbres por las calles de tus vicisitudes y no miras ardientemente, observando tu medicina y la de otros, levántate mirando al sol con recta moderación y no

huyas de la luz, rechazándola por la austeridad de la iniquidad, para que no te avergüences cuando el supremo rey requiera tus obras en tu bolsa, y vivirás eternamente.

Epístola 41: R41: Bf. I. von Jerusalem a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Jerusalén a Hildegarda.

Yo, por la gracia de Dios y la ordenación, siervo e inútil obispo de los habitantes de Jerusalén, a Hildegarda, querida hija y maestra del monte de San Roberto en Bingen, es decir, en el obispado de Maguncia, envío la más humilde oración y saludos en Cristo. De muchos que han venido a nuestras tierras desde lejanas partes del mundo, y que muchas veces han doblado sus rodillas ante el sepulcro del Señor, hemos percibido que la divina virtud opera en ti y a través de ti, por lo cual le ofrecemos humildemente gracias sin cesar según nuestra capacidad.

Por tanto, hemos deseado desde hace tiempo hablar contigo, querida hija, pero como no ha habido mensajero hasta ahora, nuestro deseo ha sido completamente en vano. Ahora, sin embargo, después de largos períodos de tiempo, se ha presentado una oportunidad. Por medio de estas presentes escrituras, consideramos apropiado dirigirte la palabra a ti y a todas tus hermanas, que, según he oído, están sometidas a ti en Cristo. Por tanto, si algunas dulces palabras nos hubieran llegado en medio de las enormes angustias que continuamente sufrimos, ya que por un lado somos atacados por las insidias de los malignos espíritus y por otro por la espada de los paganos, consideraríamos digno elevarte, a ti, esposa de Cristo, siempre atenta a los misterios de Cristo.

Pero no es necesario ser exaltada con alabanzas humanas, ya que la divina gracia te ha concedido ser admitida entre las alabanzas angélicas. Y diremos felices a aquellas que día a día merecen participar y saciarse con tus dulcísimas palabras. Realmente las llamaremos felices, aquellas que apoyadas en el espejo de la divina pureza, diariamente desean recibir del Señor la recompensa de sus

méritos por su carrera. Muy felices, digo, felices aquellas para quienes todas las cosas terrenales se han vuelto despreciables por la recompensa celestial, y que desprecian, pisan y menosprecian todo lo que en esta vida parece dulce, deleitable y precioso para los demás mortales. He aquí verdaderamente las hijas de Jerusalén en quienes no se ha encontrado mancha, en quienes el mundo no tiene nada que amar, y que sin duda siguen al Cordero a dondequiera que vaya.

Ahora, oh hija, volviendo a ti, humildemente pedimos tu consuelo, celestialmente revelado a ti, y nos encomendamos a tus oraciones y a las de todas tus hermanas, para que, en medio de las tempestades de las preocupaciones mundanas que nos agitan, intercedas piadosamente ante aquel en cuyo tálamo deseas entrar después del término de esta vida. Que el Señor, oh querida, haga que veas el bien de Jerusalén todos los días de tu vida.

Epístola 42: R42: Hildegard von Rupertsberg a Bf. I. von Jerusalem

Respuesta de Hildegarda.

La luz viviente dice esto en sus milagros: La primera raíz apareció en el día y floreció en todas las ramas, estableciendo dos caminos. Uno de los caminos estaba lleno de edificaciones en las cuales habitaban águilas y otras aves, mientras que el otro estaba lleno de grandes elecciones, en el que corrían gigantes que luchaban contra estas águilas y demás aves, pero no podían prevalecer contra ellas. Entonces, el sol salió y en su brazo extendido tenía escudos dorados y luchó contra esos gigantes. Pues la caída del primer ángel había caído de la vida, y después la caída de Adán carecía de la luz del paraíso, y el mismo Adán caminó bajo la sugestión del diablo con todos sus hijos.

Pero el sol resplandeció en el topacio y el zafiro, que están en la misericordia y la caridad, que produjeron el Verbo de Dios encarnado. El sol brilló de igual manera que al principio había salido, y así permaneció, de modo que ninguna sombra de cambio cayó sobre él, como había sucedido con el primer ángel, con Adán y con la sugestión del diablo. Y por eso se dijo: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec." Pues en el topacio se debe entender la misericordia y en el zafiro la caridad, virtudes que este sacerdote se puso como vestidura sacerdotal por el hombre.

Ahora tú, oh padre, que estás en lugar de este sacerdote, que tu alma fluya como el agua que salió de la roca con la vara de Moisés, de modo que tus palabras den la bebida de la salvación a los corazones incrédulos, y el día que brilla en tu alma crezca en multitud de virtudes. Veo que en tu alma estás solícito en el camino que conduce a Dios. Pero cuando tu mente vaya al torbellino debido a la alternancia de tus labores y otras cosas, la paloma te rociará y te hará

una torre simple ante la presencia de Dios. La lucha que sufres tanto interna como externamente en ambos aspectos del hombre, Dios la aliviará en tus tiempos de tal manera que puedas soportarla, por lo que pon tu confianza en Él y no desesperes de su misericordia. Haciendo esto, vivirás en la gracia de Dios para la vida.

Epístola 43: R43: Heinrich von Frankreich a Hildegard von Rupertsberg

Episcopus de Beauvais a Hildegarda.

Heinrich, por la gracia de Dios llamado obispo de Beauvais solo de nombre, a Hildegarda, querida maestra de las hermanas en el monte de San Roberto en Bingen, si en algo vale la oración de un pecador con espíritu contrito y humillado. Bendito sea el Señor que te ha bendecido con toda bendición espiritual, de modo que, en el olor del ungüento con el que Dios te ungió con la unción de su misericordia, se atraiga también a muchos en partes lejanas del mundo hacia la devoción.

Pues la manifestación de la dignación de Dios hacia ti es para mí, pecador y agobiado por los torbellinos del mundo, un gran consuelo, aunque estoy muy lejos de ti en cuerpo pero no en mente. Confiamos sin duda en que, por tus méritos y oraciones, la misericordia de Cristo se manifiesta a todos los que buscan fielmente la ayuda de tus oraciones. Por lo tanto, nosotros, desconfiando de nuestra propia conciencia y no teniendo ninguna confianza en alcanzar la salvación por nuestros actos, te imploramos por la caridad del Espíritu Santo, en regiones remotas, que implores al Señor indulgencia para nuestros pecados con tus oraciones.

Además, no te resistas a escribirnos cualquier pequeña consolación o admonición necesaria para nuestra salvación, según tu cariño. Que Él, quien todo lo puede y a quien ningún pensamiento le es oculto, se digne satisfacer, según su beneplácito, el deseo de nuestro corazón con sus oraciones.

Epístola 44: R44: Hildegard von Rupertsberg a Heinrich von Frankreich

Respuesta de Hildegarda.

La luz viviente me mostró esto y dijo: Di a ese hombre: Vi una forma hermosa de virtud, que era pura sabiduría. Su rostro era muy claro, sus ojos como jacintos, y sus vestiduras como seda pálida. También llevaba sobre sus hombros un palio episcopal, similar al sardio. Y esta llamó a la más bella amiga del rey, es decir, la caridad, diciendo: Ven conmigo. Y viniendo, ambas tocaron a la puerta de tu corazón, diciendo: Queremos habitar contigo. Por lo tanto, ten cuidado de no resistirnos, sino sé fuerte para resistir los vicios y las causas mundanas, y las vicisitudes de esos vientos que suben en torbellinos como mal humo y como aguas que vuelan en tempestades. Estas son las inquietudes de las mentes humanas en la ira y en otras cosas similares.

No tengas silencio en el tedio, sino que tu voz sea como una trompeta resonante en las ceremonias de la iglesia y tus ojos sean puros en el conocimiento, de modo que no seas perezoso en limpiarte del polvo indigno de tu carga. Pues estás lleno de las gotas de las noches. Y la persuasión del orgullo te ha hablado así: No te laves. Pero nosotros no queremos esto. Queremos que elimines de ti todas las cosas oscuras y no tengas miedo de los muchos terrores de tus enemigos, que ni hablan rectamente ni bien de ti. Oh soldado, danos un lugar en tu corazón y te llevaremos al palacio del rey con nosotros.

Epístola 45: R45: Arnold I von Valcourt a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Trier a Hildegarda.

Arnold, por la gracia de Dios, humilde electo de la iglesia de Trier, a su querida en Cristo parienta, Hildegarda de San Roberto, saludos y amor de aquel que es la salvación y el amor. La amistad es una relación celestial, porque la vejez no la daña, sino que la mejora, y donde hay verdadera amistad no puede permanecer estática, sino que crece y progresa cada día.

Desde nuestra juventud hemos sido abrazados por el amor verdadero, nos sorprende por qué prefieres al adulador más que al verdadero amigo, cuando el profeta dice: "Pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza." Consideramos a nuestro hermano, el prelado de San Andrés, como tu adulador, mientras que deseamos ser entendidos como un verdadero amigo.

Sabiendo que nuestro bienestar es motivo de alegría para ti, te informamos que, por la gracia de Dios, hemos regresado prósperamente. Pero porque nada es dichoso para quien lo considera un castigo, decimos ante Dios y ante ti que la dignidad a la que hemos sido llamados nunca nos ha atraído, ni halagado, contra nuestra voluntad, como Dios es testigo. Por ello, nuestra ignorancia y fragilidad lamentan su insuficiencia y deploran su indignidad. Pero porque no sabemos a quién se debe nuestra vocación a tal ministerio, esto nos causa gran ansiedad. Si supiéramos que es de Dios, creeríamos que quien comenzó la buena obra en nosotros la llevaría a cabo, considerando que fuimos promovidos al sacerdocio más por necesidad que por virtud.

Y sabemos que Dios, en su lugar santo, ha operado la salvación entre vosotros, misericordiosamente liberando a la posesa y visitando a su pueblo. Por ello, te pedimos que nos escribas sobre el

modo de la liberación de la posesa, y frecuentemente mirando hacia la verdadera luz, nos impartas algo de la gracia salvadora a través de tus cartas. También te rogamos encarecidamente que levantes tus manos como ejemplo de Moisés al refugio de la roca por nosotros, intercediendo mientras luchamos contra Amalec en el valle de la miseria mundana.

Mientras estas cosas se escribían en presencia del abad de San Eucario, nuestro fiel y querido, él con su dulzura aderezó nuestras palabras. Por tanto, deseamos que a través de él nos envíes tu respuesta.

Epístola 46: R46: Hildegard von Rupertsberg a Arnold I von Valcourt

Respuesta de Hildegarda.

Tú eres un árbol establecido por Dios, como dice Pablo: "Toda autoridad proviene de Dios," porque según el supremo Maestro, toda autoridad ha sido nombrada por la invocación de su nombre. Por lo tanto, en ese árbol tiene la frescura del honor de su nombre. Lo que está fuera de Dios y lo que actúa siniestro no debe estar contigo, no sea que caigas en la enfermedad del orgullo con el primer ángel, es decir, Satanás, que quiso robar en secreto el honor de Dios y en el cual muchos buscan según su propia voluntad, sin preocuparse de cómo se les confiere. Esto no es nada ante Dios, porque lo que se hace sin Él es nada, y así Dios mata todo lo que no lo toca.

Por ello, sé diligente en dar testimonio al pueblo, tanto como puedas por la gracia de Dios, siguiendo sus preceptos, que son como las hojas del árbol multiplicadas. Muchas tribulaciones de tu carga, como la pobreza, te constriñen, porque las riquezas y mucho dinero no aman las cosas celestiales. Por eso Dios quita la propia voluntad del hombre para que suspire por la patria celestial. Por lo tanto, es adecuado que el pobre ame al pobre y el rico reconozca al rico, porque la sabiduría da un anillo al pobre y niega una oreja al rico. Esto te llega por tu oficio sacerdotal.

No escondí tu justicia en mi corazón; proclamé tu verdad y tu salvación. Esto significa que la justicia de Dios no se oculta, sino que expande sus caminos y no teme correr. Tampoco esconde las heridas, prefiriendo el mal al bien, como la injusticia dice que la vida y el infierno son y que en ambas partes hay que correr. En este engaño, la justicia no se debilita ni besa la injusticia con muchas palabras, sino que la pisa completamente. La verdad tampoco alaba las obras hechas sin Dios, sino que se prepara para luchar contra

ellas como un soldado valiente. La justicia de Dios sea tu escudo y vístete con su verdad como una coraza, para que aparezcas ante Dios bien armado y no como un fugitivo por la vanidad. Aprende a nutrirte de los pechos de la justicia. Aprende también a curar las heridas de los pecadores con penitencia y misericordia, como el supremo médico nos dejó un ejemplo de salvación para salvar al pueblo.

Tú, que estás establecido en la frescura del hombre bendito por la instrucción de su nombre, no consideres al impío diablo, que se llama impío porque no amó ningún bien. No te glories en los tesoros de dinero, que al final es malicioso, porque después del trigésimo año, o como después de un año, disminuye. Pero exulta en el monte Sion, donde la ayuda del Altísimo es eterna en la eternidad y todos los espíritus alaban al Señor. Tú también sé un monte de marfil, del cual vuelan flechas en el juicio recto de la justicia de Dios contra tus adversarios. Corre también hacia la altura de la ley y la justicia de Dios como una cabra montés, para que no caigas por la inestabilidad sin armas, y que tus hijos se levanten del lado de la iglesia y te pidan el alimento de la justicia. Por lo tanto, aprende buena doctrina para que sean saciados por ti.

Yo, como me pediste, he mirado hacia la verdadera luz y apenas pude ver el comienzo de las buenas obras. Esfuérzate diligentemente en las buenas obras para que después, por la gracia de Dios, pueda escribir más, y sé un amigo fiel de tu alma, para que vivas en la eternidad. En cuanto a la posesa de la que preguntas, vimos muchas maravillas, que ahora no podemos expresar por escrito, pero supimos que el soplo diabólico disminuyó día a día hasta su retirada, y esa mujer fue liberada de la fatiga del diablo y también estuvo ocupada por una enfermedad que antes no conocía, pero ahora ha recuperado la fuerza tanto del cuerpo como del alma con plena salud.

Epístola 47: R47: Philipp I von Heinsberg a Hildegard von Rupertsberg

Obispo de Colonia a Hildegarda.

Philipp, por la gracia de Dios, arzobispo de los habitantes de Colonia, a Hildegarda, querida hermana maravillosamente infundida por el espíritu divino, para que gloriosamente vea en los cielos a aquel a cuyos abrazos desea continuamente adherirse. Aunque la diversidad de lugares nos priva de la gracia del mutuo encuentro y de la deseable conversación, la cercanía de los espíritus, que la caridad de Cristo unió, siempre permanecerá.

Por tanto, queridísima madre, en este año, cuando se presentó la ocasión de encontrarnos y se nos concedió la gracia largamente deseada de verte, la enfermedad y debilidad de tu cuerpo turbó y afligió mi corazón y el de muchos en nuestra tierra, que te abrazan en Cristo, siempre deseando tu salud y verdaderamente la eternidad de la salvación. Por tanto, nos ha complacido y considerado digno investigar y asegurar tu estado, y especialmente indicarte y notificarte que, diariamente perturbados por los torbellinos y tempestades de las cosas mundanas, apenas podemos levantar los ojos de nuestra mente hacia las cosas celestiales.

Pero como la labor de muchos ha sabido que estás infundida con el don divino del carisma, del cual se regocija la congregación fiel de la Iglesia, y nosotros, en la medida de nuestra discreción, nos congratulamos, sabiendo que, viviendo bajo el velo de la carne, según la voz del apóstol, tienes tu conversación en el cielo. Dotada con tal don, como una buscadora de buenas perlas, te pedimos que indagues en el misterio de Dios y nos transmitas palabras de advertencia según lo que Dios te haya concedido, ya que según el veraz, no hay utilidad en la sabiduría y el tesoro oculto. Adiós.

Epístola 48: R48: Hildegard von Rupertsberg a Philipp I von Heinsberg

Hildegarda.

En el espíritu místico de la verdadera visión, vi y escuché estas palabras. La caridad ardiente, que es Dios, te dice: "¿Qué estrella que brilla bajo el sol podría no llevar su nombre en su parte? Se le llama luminosa porque es irradiada por el sol más que otras estrellas. Pero, ¿cómo sería adecuado que esa misma estrella escondiera su luz de tal manera que brillara menos que otras estrellas menores? Si lo hiciera, no tendría su glorioso nombre, sino que sería llamada con un nombre ciego, porque aunque se dijera luminosa, su luz no se vería.

Así también, un soldado que viniera a la batalla sin armadura ciertamente sería pisoteado por sus enemigos, porque no rodeó su cuerpo con una coraza, no puso un casco en su cabeza, ni se cubrió con un escudo, y sería capturado en gran confusión. Pero tú, que eres llamado estrella luminosa por el oficio episcopal y que irradias del nombre del sumo sacerdote, no escondas tu luz, que son las palabras de justicia, de tus súbditos, porque a menudo dices en tu corazón: 'Si asusto a los que me están sujetos con mis palabras, me considerarían molesto porque no puedo superarlos. Ojalá pudiera mantener su amistad guardando silencio.' Pero decir y hacer esto no te conviene.

¿Qué debes hacer entonces? No los asustes con palabras terribles debido a tu nombre episcopal y la nobleza de tu cuerpo, como un halcón capturando a su presa, ni los golpees con palabras peligrosas como si fuera una maza. Pero mezcla las palabras de justicia con misericordia y ungelos con el temor de Dios, proponiéndoles lo peligroso que es la injusticia para sus almas y su felicidad. Con certeza, de esta manera te escucharán. Sin embargo, no te mezcles con ellos en hábitos desordenados e inestables, ni te preocupes por

lo que a cada uno le guste o le disguste, porque si haces esto, aparecerás menor que los demás ante Dios y los hombres. Estas cosas no son adecuadas para tu persona.

Considera también que los animales limpios que rumian serían macerados si su alimento se mezclara con la comida de los cerdos, con la cual se engordan. Así también, si te unieras a hábitos desordenados y a la sociedad de los pecadores, te contaminarías, lo cual alegraría a los impíos y turbaría a los hombres perfectos, diciendo: 'Ay, ay, qué obispo tenemos que no brilla para nosotros en los caminos rectos de la justicia.' Corrige y aparta a tu pueblo de la enemiga infidelidad, para que no estés desnudo de la coraza de la fe, y de las escrituras santas muéstrales el camino de la justicia. Coloca el casco de la esperanza en tu cabeza y el escudo de la verdadera defensa en tu cuello, para que en todas las dificultades y peligros seas cuanto puedas el defensor de la iglesia.

Mantén la luz de la verdad de tal manera que aparezcas como un buen soldado en mi milicia, que soy la verdadera caridad, y en el naufragio del mundo y en las duras guerras de la iniquidad seas valiente y fuerte, para que brilles como una estrella luminosa en la eterna felicidad. Ahora, oh tú, padre, que estás en el nombre pastoral, no desprecies la pobreza de quien escribe estas cosas, porque no las dicté ni las pronuncié según mi propio entendimiento ni según el de otro hombre, sino que las escribí de esta manera tal como en una verdadera visión las vi y escuché con mente y cuerpo vigilantes, porque me ordenaste que te escribiera algo."

Epístola 49: R49: Konrad III a Hildegard von Rupertsberg

Conrado, emperador a Hildegarda.

Conrado, por la gracia divina, rey de los romanos, a Hildegarda, virgen consagrada a Dios y maestra de las hermanas de San Roberto en Bingen, salud y su gracia. Porque estamos impedidos por la cúspide real y sacudidos por diversas tormentas y tempestades, no podemos visitarte como deseamos, pero no dejaremos de acercarnos a ti con nuestras cartas.

Pues hemos oído que en ti verdaderamente abunda la confesión de la máxima alabanza por la santidad de tu vida inocente y por la magnificencia del espíritu que maravillosamente desciende sobre ti. Por ello, aunque llevamos una vida secular, nos apresuramos a ti, nos refugiamos en ti, y humildemente buscamos el auxilio de tus oraciones y exhortaciones, porque vivimos de manera muy distinta a como deberíamos.

Por tanto, ten la certeza de que, en toda causa y en toda necesidad vuestra, nos apresuraremos a ayudar y estar presentes para ti y tus hermanas en todo momento. Por ello, también encomiendo atentamente a tus oraciones a mi hijo, a quien deseo que sobreviva, así como a mí mismo.

Epístola 50: R50: Hildegard von Rupertsberg a Konrad III

A Conrado, emperador, de Hildegarda:

El que da vida a todos dice: ¡Bienaventurados son aquellos que dignamente se someten al candelero del sumo rey, y a quienes Dios ha provisto con gran providencia, de modo que no los aparta de su seno! En ello, oh rey, permanece y aleja la inmundicia de tu mente, pues Dios conserva a todo aquel que lo busca con devoción y pureza. Pero también mantén tu reino de esa manera y proporciona justicia a cada uno de los tuyos, para que no te conviertas en extraño al reino celestial. Escucha, en cierta parte te apartas de Dios y los tiempos en los que estás son como en una persona femenina, livianos, ¡y también se inclinan hacia la injusticia contraria que intenta despojar la justicia en la viña del Señor! Después de esto, vendrán tiempos peores, en los que los verdaderos israelitas serán flagelados y en los que el trono católico se moverá en el error, y por eso, su final será como un cadáver en la muerte de la blasfemia. De ahí que este dolor se extienda en la viña del Señor. Y después de esto, surgirán tiempos más fuertes que los anteriores, en los que la justicia de Dios se levantará en alguna medida y en los que la injusticia del pueblo espiritual se notará para ser expulsada, ¡pero todavía no se atreverá a ser provocada y exacerbada hasta la contrición aguda! Pero luego vendrán otros tiempos en los que las riquezas de las iglesias se dispersarán, de tal modo que incluso el pueblo espiritual será lacerado como por lobos y expulsado de sus lugares y de su patria. Por lo tanto, muchos de ellos pasarán a la soledad, llevando una vida pobre en mucha contrición de corazón desde entonces, y así sirviendo humildemente a Dios. Porque estos primeros tiempos son inmundos en la justicia de Dios, los siguientes son tediosos. Pero los que vendrán después se levantarán un poco hacia la justicia, pero los que luego surgirán dividirán todo como un

oso y acumularán riquezas para sí mismos a través del mal. Pero los que les seguirán mostrarán una señal de fortaleza viril, de modo que todos los pigmentarios correrán hacia el primer amanecer de la justicia con temor, vergüenza y sabiduría, y los príncipes tendrán concordia unánimemente, elevándola como un hombre luchador, como una bandera contra los tiempos errantes de los mayores errores, que Dios destruirá y exterminará según Él lo sabe y le place. Y nuevamente, Él, que lo sabe todo, te dice, oh rey: Tú, hombre, escucha esto, refrena tu voluntad y corrígete, para que llegues purificado a esos tiempos en los que no te avergonzarás más de tus hechos.

Epístola 51: R51: Friedrich Barbarossa a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda de Federico, emperador:

Federico, por la gracia de Dios emperador de los romanos y siempre augusto, a la dama Hildegarda de Bingen, su gracia y todo bien. Hacemos saber a tu santidad que aquello que predijiste, mientras estábamos en Ingelheim, te rogamos que vinieras a nuestra presencia, ya lo tenemos en nuestras manos. Pero no cesaremos en esforzarnos con todo nuestro empeño por el honor del reino. Por lo tanto, te amonestamos muy íntimamente a ti y a las hermanas confiadas a ti, que dirijas tus oraciones al Dios omnipotente por nosotros, para que Él, en nuestros trabajos terrenales, nos convierta hacia Él de tal manera que podamos obtener su gracia. Debes estar segura, además, de que en todos tus asuntos que nos sean dirigidos por ti, no atenderemos ni a la amistad ni al odio de ninguna persona, sino que, únicamente con respeto a la justicia, nos proponemos dictar equidad.

Epístola 52: R52: Hildegard von Rupertsberg a Friedrich Barbarossa

A Federico, emperador, de Hildegardis:

Estas palabras son dirigidas a ti por el supremo juez. Es muy admirable que esta persona sea necesaria para el hombre, a saber, tú que eres rey. Escucha. Un hombre estaba de pie en una alta montaña y miraba hacia todos los valles, viendo lo que cada uno hacía en ellos. Y con una vara en la mano, dividía correctamente todo, haciendo que lo que estaba seco fuera verde y lo que dormía se despertara. Y esta vara quitó el estupefaciente a aquellos que estaban en gran estupor. Y cuando este hombre no abría su ojo, llegó una nube negra que tocó esos valles, y los cuervos y otras aves que estaban alrededor los dispersaban. Ahora, oh rey, prevé con solicitud porque todas las regiones están oscurecidas con la multitud engañosa de aquellos que en la negrura de los pecados borran la justicia. Los saqueadores y los errantes destruyen el camino del Señor. ¡Oh tú, rey! Con el cetro de la misericordia gobierna a los perezosos, a los peregrinos y a los más crueles costumbres. Pues tienes un nombre glorioso, que eres rey en Israel. Tu nombre es muy glorioso. Por lo tanto, considera cuando el sumo rey te observa, para que no seas acusado de no juzgar correctamente tu oficio y no te avergüences entonces. Que esto no suceda. Es manifiesto que es justo que un gobernante imite a sus predecesores en el bien, porque muy negros son los costumbres adormecidos de aquellos prelados que corren en la lascivia y la putrefacción. Huye de esto, oh rey. Pero también sé un soldado armado resistiendo fuertemente al diablo para que Dios no te disipe y para que tu reino terrenal no se avergüence por esto. Que Dios te libre de la perdición eterna y que tus tiempos no sean áridos, y que Dios te proteja para que vivas eternamente. ¡Rechaza la avaricia y elige la abstinencia! que el sumo rey ama mucho. Pues es muy necesario que seas prudente en tus

causas. Pues te veo en visión mística, viviendo en muchos torbellinos y contrariedades ante los ojos vivos. Pero aún tienes tiempo de reinar en asuntos terrenales. Así que cuídate de que el sumo rey no te derribe por la ceguera de tus ojos, que no ven correctamente cómo tienes la vara del buen gobierno en tu mano. También mira que seas tal, para que la gracia de Dios no falte en ti.

Epístola 53: R53: Graf Philipp von Flandern a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda de Felipe, conde de Flandes:

Felipe, conde de Flandes y de Vermandois, a la dama Hildegarda, sierva de Cristo, salud y mucho afecto. Que vuestra santidad sepa que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que sepa que os complace, porque vuestra santa conversación y vida honestísima han resonado en mis oídos muchas veces, más dulce que toda fama. Aunque soy pecador e indigno, amo de todo corazón a los siervos y amigos de Cristo, y con toda veneración me complazco en honrarlos, recordando la escritura: "la oración continua del justo es muy poderosa". Por lo tanto, envío a la gracia de vuestra piedad al portador de la presente, mi sirviente fidelísimo, que hablará con vos en mi lugar, pobre pecador, aunque hubiera preferido venir personalmente y hablar con vos de lo que deseo. Pero mis asuntos, que surgen cada día, son tan numerosos que no he podido hacerlo.

Además, se acerca el tiempo en que debo emprender el viaje a Jerusalén, para lo cual necesito un gran preparativo, sobre el cual os dignéis aconsejarme mediante vuestras cartas. Creo que la fama de mi nombre y mis acciones ha llegado a vos con frecuencia, y necesito mucha misericordia de Dios. Por ello, os suplico con la mayor insistencia de mis oraciones que intercedáis por mí, miserable e indigno pecador, ante Dios. También os ruego humildemente que, en cuanto os lo conceda la misericordia divina, indaguéis a Dios sobre lo que me conviene y me lo comuniquéis mediante vuestras cartas, a través del portador de la presente, vuestro consejo sobre qué y cómo debo actuar para que el nombre del cristianismo sea exaltado en mis tiempos y la ferocidad de los sarracenos sea disminuida.

Y si será útil para mí permanecer en esa tierra o regresar, según lo que quizás hayáis escuchado sobre mi situación y conocido o conoceréis por revelación divina. Que estéis bien en Cristo, hermana querida, y sabed que deseo mucho escuchar vuestro consejo y que tengo gran confianza en vuestras oraciones.

Epístola 54: R54: Hildegard von Rupertsberg a Graf Philipp von Flandern

A Felipe, conde de Flandes, de Hildegarda:

Oh hijo de Dios, pues Él te formó en el primer hombre, escucha las palabras que vi y oí en mi alma con mente y cuerpo vigilantes, cuando por tu ansiosa búsqueda miré hacia la verdadera luz. Dios dio un mandato a Adán en el paraíso y, tras la transgresión de ese mandato, expulsó con justo juicio del paraíso a quien consintió con el consejo de la serpiente. También, con justo juicio, sumergió a los hombres que lo habían olvidado por completo, de modo que ni lo deseaban ni lo buscaban, mediante el diluvio, donde salvó a aquellos que lo amaban y buscaban a través del arca. Pero el cordero más benigno, es decir, el Hijo de Dios, en su sangre que derramó colgando en la cruz, perdona todos los crímenes y pecados que el hombre reconoce con verdadera penitencia y salva.

Ahora, atiende, oh hijo de Dios, para que con un ojo puro de justicia mires a Dios como el águila al sol, de modo que sin la propiedad de tu voluntad tus juicios sean justos, para que no te diga el supremo juez que dio el mandato al hombre y que también en su misericordia lo llama a sí mismo mediante la penitencia: ¿Por qué has matado a tu prójimo sin mi justicia? A los hombres que son culpables por juicio, constríngelos según las Escrituras de los santos que eran columnas de la Iglesia, con la ley y con el temor de la muerte, pero en todo teniendo en cuenta la maldición de aquel hombre que perpetró el homicidio en su ira. También tú, por todas tus negligencias y pecados, y por todos tus juicios injustos, refúgiate en el Dios vivo con el signo de la cruz, quien es el camino y la verdad, y quien también dice: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Y si llega el tiempo en que los infieles intentan destruir la fuente de la fe, entonces resísteles tanto como puedas con la ayuda de la gracia de Dios.

Porque veo en mi alma que la preocupación que tienes por las angustias de tu alma es similar a la aurora que surge en la mañana. Por lo tanto, que el Espíritu Santo te convierta en un sol ardiente en pura y verdadera penitencia, para que lo busques y le sirvas sólo a Él, de modo que vivas en la suma bienaventuranza eternamente.

Epístola 55: R55: Bernhard von Clairvaux a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda, de Bernardo, abad de Claraval:

A la hija amada en Cristo, Hildegarda, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval: Si algo puede la oración de un pecador, lo que algunos parecen pensar de nuestra pequeñez, muy diferente a lo que nuestra conciencia nos dicta, no debe ser atribuido a nuestros méritos, sino a la necedad de los hombres. Me he apresurado a escribirte debido a la dulzura de tu piadosa caridad, aunque la multitud de ocupaciones me obliga a ser mucho más breve de lo que desearía. Nos regocijamos en la gracia de Dios que está en ti, y te exhortamos a que la consideres como una gracia y te esfuerces en responderle con todo afecto de humildad y devoción, sabiendo que Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes.

En lo que a nosotros respecta, te animamos y suplicamos. Sin embargo, donde hay erudición interior y una unción que enseña sobre todo, ¿qué podemos enseñar o advertir? Se dice que escudriñas los secretos celestiales y que, iluminada por el Espíritu Santo, conoces lo que está por encima de los hombres. Por lo tanto, te rogamos y suplicamos humildemente que tengas memoria de nosotros ante Dios, y de aquellos que están unidos a nosotros en sociedad espiritual en el Señor. Pues, cuando tu espíritu se une a Dios, confiamos en que puedes beneficiarnos y ayudarnos mucho, ya que la oración continua del justo tiene mucho poder.

También nosotros oramos constantemente por ti, para que seas fortalecida en el bien, instruida en lo interior y dirigida hacia lo eterno, para que aquellos que han puesto su esperanza en Dios no tropiecen desesperando por ti, sino que, fortalecidos en el progreso de la bendición que se sabe que has recibido de Dios, prosperen cada vez más.

Epístola 56: R56: Hildegard von Rupertsberg a Bernhard von Clairvaux

A Bernardo, abad de Claraval, de Hildegardis:

En el espíritu de los misterios de Dios te hablo. Oh venerable padre, que eres admirablemente temido en los grandes honores de la virtud de Dios, ante la necia ilicitud de este mundo, con el estandarte de la santa cruz, con gran diligencia y en el ardiente amor del Hijo de Dios, llevando a los hombres a luchar en las batallas de la milicia cristiana contra la crueldad de los tiranos, estoy muy constreñida por la visión que aparece en mi espíritu del misterio, que no veo con los ojos externos de la carne. Yo, miserable y más que miserable, en el nombre femenino, desde mi infancia he visto grandes maravillas que mi lengua no puede expresar, salvo lo que el Espíritu de Dios me enseña cómo decir.

Muy ciertamente y dulcemente, padre, escúchame en tu bondad, a tu indigna sierva, que nunca ha vivido segura desde mi infancia, y por tu piedad y sabiduría, comprende en tu alma según has sido enseñado en el Espíritu Santo, porque lo que te han dicho de mí es de esta manera. Pues sé en el texto la inteligencia interior de la exposición del salterio, del evangelio y de otros volúmenes que me son mostrados en esta visión que toca mi pecho y enseña a mi alma como una llama ardiente, estos profundos conocimientos, pero no me enseña las letras en la lengua teutónica que no conozco. Sólo sé leer en simplicidad, no en la precisión del texto, porque soy una persona sin educación en cualquier materia exterior, pero interiormente en mi alma soy instruida, de donde te hablo con certeza, y me consuelo con tu sabiduría y piedad, porque hay muchos cismas entre los hombres, como oigo decir a la gente.

A un monje, que examiné en la conversación de una vida más probada, le dije primero estas cosas y le mostré todos mis secretos.

Él me consoló, de modo que estos son grandes y temibles. Padre, deseo que por amor a Dios me recuerdes en tus oraciones. Hace dos años te vi en esta visión como un hombre mirando al sol y no teniendo miedo, sino muy audaz, y lloré porque yo me siento tan avergonzada y sin audacia. Buen y dulcísimo padre, pongo mi alma en la tuya, ora por mí, porque tengo grandes trabajos en esta visión, para que pueda decir lo que veo y oigo. A veces, en grandes enfermedades por esta visión, caigo en el lecho porque callo, de modo que no puedo levantarme. Por eso, con dolor, lloro ante ti, porque soy inestable en mi naturaleza, nacida de la raíz surgente en Adán, quien fue hecho exiliado en el mundo extranjero por la sugerencia del diablo.

Ahora, levantándome, corro hacia ti. Te digo, tú no eres inestable, sino que siempre levantas el árbol, y eres victorioso en tu alma, no sólo levantándote a ti mismo, sino también a otros hombres en la salvación. Tú también eres como el águila que mira al sol. Te ruego por la serenidad del Padre, y por su admirable Verbo, y por el suave humor de la compunción, es decir, el espíritu de la verdad, y por el santo sonido por el cual suena toda criatura, y por ese Verbo del cual nació el mundo, y por la altura del Padre que envió el Verbo en su fuerza verdeante al vientre de la virgen, de donde succionó la carne como la miel alrededor del panal, para que no te adormezcas ociosamente con mis palabras, sino que las pongas en tu corazón, para que no ceses de mirar a Dios por mí mientras pasas por el hueco de tu alma, porque Él te quiere.

¡Adiós, adiós en tu alma! Y sé fuerte en la lucha en Dios. Amén.

Epístola 57: R57: Adam von Ebrach a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda, de Adán, abad de Ebrach:

A la señora y madre amadísima, Hildegarda, maestra de las hermanas de San Ruperto en Bingen, el hermano Adán, aunque indigno, abad de Ebrach, envía un modesto saludo. Desde el momento en que recibí noticia de vuestro nombre, me alegré con gran gozo. Dios aumentó mi alegría cuando con su benevolente y maravillosa voluntad os dirigió para que vuestra presencia fuera vista y vuestra voz escuchada en nuestra tierra, y me concedió lo que apenas podía esperar, una conversación mutua. De las cosas que os mencioné que me preocupaban, confío en que no os habréis olvidado, y puesto que diferentes personas tienen diferentes opiniones, algunos piensan una cosa, otros otra. Si es bueno y beneficioso ante el Señor, ¡bendito sea Dios! Si es peligroso, rogad a Dios para que me conceda el bien y la salvación del alma, y excluya todo peligro.

Ahora envío estas cartas y nuestro mensajero al señor emperador por vuestra causa, y espero, por la gracia de Dios, que seamos escuchados. Y en cualquier lugar donde necesitéis nuestro servicio, estaremos preparados para serviros. También os suplicamos que os dignéis orar por nosotros, pues verdaderamente estamos en medio de una tormenta por la preocupación de nuestros hermanos, para que la gracia del Espíritu Santo, que realiza muchos milagros en vos a través del espíritu profético, también nos ilumine y fortalezca. Rogamos también que os dignéis consolarnos y fortalecernos con vuestras cartas.

Epístola 58: R58: Hildegard von Rupertsberg a Adam von Ebrach

En respuesta a Adán, abad de Ebrach, de Hildegarda:

En la verdadera visión del espíritu, vigilando en el cuerpo, escuché estas palabras. Aquel que es dice: El sol brilla y emite sus rayos. Un hombre, amigo del sol, tenía un jardín en el que deseaba plantar muchas hierbas aromáticas y muchas flores con gran dedicación. Y el sol, con el calor de sus rayos ardientes, envió calor sobre las hierbas aromáticas y las flores, y el rocío y la lluvia les proporcionaron la humedad de la verdor. Entonces, desde el norte, apareció una imagen tortuosa con cabellos negros y rostro horrible, y desde el oriente, un joven bellísimo con cabellos blancos y un rostro lleno de amabilidad se presentó en el jardín. La imagen tortuosa dijo al joven: ¿De dónde vienes? Y él respondió: Vengo del oriente al jardín de este hombre sabio porque tenía un gran deseo de venir a él. La imagen tortuosa dijo: Escúchame. Vendrán vientos peligrosos, granizo, fuego y pestilencia sobre ese jardín y lo secarán. Pero el joven respondió: No será así, porque no lo permitiré. Sacaré una fuente purísima y regaré ese jardín. Y la imagen tortuosa replicó: Vach, vach, eso es tan posible como que una langosta atraviese una piedra dura. Así que la imagen, en su engaño, trajo el invierno sobre el jardín y trató de secar las hierbas aromáticas y las flores. Pero el joven, dedicándose a su tarea con sus cítaras, no lo veía. Y cuando finalmente lo vio, llamó al sol con gran clamor para que viniera en el signo de Tauro y trajera de nuevo el verdor del verano al jardín. Y así, tomando un cuerno de marfil y un cuerno de ciervo, derribó a la imagen tortuosa con ellos. Entonces dijo al hombre cuyo jardín era: De ahora en adelante, no confíes tan negligentemente en ti mismo, sino que fortifica tu jardín con tanta protección que las aves negras en las tempestades no puedan secarlo.

Ahora, oh padre, que por el supremo llamamiento estás en lugar de Cristo, comprende estas palabras dirigidas a ti. Escucha entonces. La gracia de Dios brilla como el sol y a veces emite sus dones. De una manera en la sabiduría, de otra en la verdor, y de otra en la humedad. Pero tú, hombre amigo de la gracia de Dios, tienes el jardín del pueblo, en el cual, en lugar de Cristo, debes plantar con diligencia muchos buenos deseos y buenas obras. Y la gracia de Dios, en la virtud de sus dones, emite la eficacia de la buena voluntad sobre esos deseos y obras, y el rocío y la lluvia de la fuente del agua viva los hace crecer. Pero del diablo vienen los vicios en la inquietud de la vana gloria y en el ruido de la arrogancia resistiendo al justo magisterio. Mientras que de Dios proceden las virtudes en el desprecio de las cosas mundanas, con plena benevolencia de sumisión en la caridad, viniendo hacia este pueblo. Pero los vicios preguntan a las virtudes: ¿A qué vienen? Y ellas responden que vienen de Dios al pueblo del amigo de Dios porque tienen un gran deseo de edificar en él una ofrenda de alabanza. Y los vicios dicen: Escuchen estas palabras. Vendrán grandes ruinas, ira y preguntas con mucha inquietud sobre este pueblo, de modo que se fatigará en el servicio de Dios. Y las virtudes responden: No será así, porque no cesaremos en el bien. Pero un manantial vivo emanará y defenderá a este pueblo con su misericordia. Y los vicios del diablo dicen con risas que eso es tan posible como que la fragilidad de la carne dure sin arruga. Entonces, los vicios, en sus engaños, traen una fría nube de ignorancia sobre este pueblo, de modo que sus buenos deseos y buenas obras ya están en decadencia cuando confía en sí mismo.

Pero las virtudes, ofreciendo servicio a Dios en sus alabanzas, permiten que esto suceda por el justo juicio de Dios, para que los hombres entiendan lo que son. Y cuando regresan a sí mismos en la humildad de las virtudes, esas mismas virtudes con gran diligencia sostienen la gracia de Dios para imponer a sus mentes la pasión de Cristo, para que de este modo sean llevados a la primera alabanza de

Dios. Y así, considerando la divinidad y la humanidad del Hijo de Dios, esas virtudes derriban a los vicios en contrición. Y a aquel bajo cuya autoridad está este pueblo le dicen: Advertido por esto, no confíes en tus propias fuerzas, sino asegúrate de huir a la gracia de Dios para que puedas proteger y amonestar a los tuyos en todos los aspectos, para que las insidias diabólicas no los derriben con diversos vicios debido a la negligencia.

También vi una joven muy hermosa, resplandeciendo con tal fulgor en su rostro brillante que no podía mirarla perfectamente. Llevaba un manto más blanco que la nieve y más claro que las estrellas. También estaba calzada con sandalias de oro purísimo. En su mano derecha sostenía el sol y la luna, y los abrazaba suavemente. En su pecho había una tabla de marfil en la que aparecía la figura de un hombre de color zafiro, y todas las criaturas llamaban a esta joven señora. Ella misma decía a la figura que aparecía en su pecho: Contigo es el principio en el día de tu poder, en los esplendores de los santos, desde el vientre, antes de la aurora te engendré. Y escuché una voz que me decía: Esta joven que ves es la caridad, que tiene su morada en la eternidad. Cuando Dios quiso crear el mundo, se inclinó en su dulcísimo amor y previó todo lo necesario, como un padre prepara una herencia para su hijo, y así dispuso todas sus obras en gran ardor.

Entonces, la creación en estas formas y apariencias reconoció a su Creador, porque la caridad fue en el principio la materia de esa misma creación, cuando Dios dijo "hágase" y se hizo, porque toda criatura fue formada por ella en un abrir y cerrar de ojos. Ella brilla con tal fulgor en su rostro resplandeciente que no puedes mirarla perfectamente, porque muestra el temor del Señor en una ciencia tan pura que el hombre mortal no puede llevarla a su fin. Y tiene un manto más blanco que la nieve y más claro que las estrellas, porque sin simulación comprende todo en la blanca inocencia, con obras muy brillantes en los santos. También está calzada con sandalias de

oro purísimo, porque tiene esos caminos que son de la mejor parte de la elección de Dios. Sostiene el sol y la luna en su mano derecha y los abraza suavemente, porque la diestra de Dios abarca todas las criaturas, y también porque se ha expandido entre las naciones, los reinos y todos los bienes. Por eso también está escrito: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra. En su pecho hay una tabla de marfil, porque en la ciencia de Dios la integridad siempre floreció en la Virgen María, de modo que en ella aparece la figura de un hombre de color zafiro, porque el Hijo de Dios resplandeció en la caridad desde los días antiguos. Y todas las criaturas llaman a esta joven señora, porque de ella procedió todo, y ella fue la primera en crear todo, como muestra la figura en su pecho, porque Dios asumió la humanidad por el hombre.

Cuando toda criatura fue completada por el mandato de Dios, como Él dijo: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra", el calor del verdadero sol descendió como rocío en el vientre de la Virgen y de su carne hizo al hombre, así como Adán formó la carne y la sangre del barro de la tierra. Y la Virgen lo dio a luz en integridad. Pero no era apropiado que la caridad careciera de alas. Pues cuando la criatura primero circuló, queriendo volar en la presión y cayó, las alas de la caridad la elevaron. Esta fue la santa humildad. Porque cuando el terrible sentido derribó a Adán, la divinidad lo miró agudamente para que no pereciera por completo en la caída, sino que lo redimiera en la santa humanidad. Estas fueron las grandes alas del poder, porque la humildad en la humanidad del Salvador elevó al hombre que se había perdido. Porque la caridad creó al hombre, pero la humildad lo redimió. La esperanza es como el ojo de la caridad, el amor celestial es como su corazón y la abstinencia es su conexión. Pero la fe es como el ojo de la humildad, la obediencia es como su corazón y el desprecio del mal es su conexión.

La caridad existió en la eternidad y en el comienzo de toda santidad produjo todas las criaturas sin mezcla de mal, y Adán y Eva fueron

creados de la naturaleza pura de la tierra. Y así como estos dos engendraron a todos los hijos de los hombres, también estas dos virtudes producen todas las demás virtudes. Estas virtudes tocan a tu puerta, oh hombre, a quien hablo, y dicen: Oh, el tabernáculo de este hombre que permanece con nosotros en la mañana ya está en fatiga. Y la caridad te dice: Oh, amigo de la fe, no queremos que te apartes de tu deber. Porque cuando Dios quiso esparcir todas las criaturas en el círculo del cielo, tuvimos todos sus trabajos en nuestro abrazo y trabajamos con Él. Pero el hombre cayó, y con él lloramos y no lo abandonamos, aunque nos golpeara en la mejilla. Y la humildad te dice especialmente: Ay, ay, en cuántos dolores he sostenido al hombre. Pero tú dices: Quiero huir. Pero tienes una carga que llevar al viñedo y permaneces, no quieres caminar, sino que te enredas en el tedio y miras hacia otro camino. Ciertamente nuestro compañero no hará esto. Pero cuando el pueblo te ama, trabaja con él. Pero cuando el rugido del viento sopla con la inquietud de la guerra y la inestabilidad de las costumbres, entonces ven a mí, y te ayudaré con el poder de mis alas.

Sansón perdió su gran fuerza por la necedad de una mujer. Ten cuidado, entonces, de que no te suceda lo mismo si respondes al tedio con consentimiento. También, la gloria de Salomón fue vaciada por la necedad de las mujeres. Mira también con diligencia que, por la inconstancia de tus pensamientos, no se marchite la verdor que tienes de Dios, sino que conserva los ornamentos de oro y de piedras preciosas que la caridad y la humildad tienen en ti. También tú, por los brazaletes que la sabiduría te ha dado y por los cuales el pueblo acude a ti, da gloria a Dios y trabaja con el pueblo, y así permanecerás con el sol. Y tú, padre, escucha. Así como la estrella matutina precede a la aurora en su luz, así proporciona ayuda a todos con el beso del amor que Dios te ha dado, y Él te dará la vida que vio desde el primer día.

Epístola 59: R59: Eberhard von Eberbach a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda, de Abad de Eberbach:

A la amada por Dios y los hombres, venerada señora y madre Hildegarda en Bingen, el hermano E., abad, aunque indigno, de Eberbach, envía un modesto saludo. Magnificamos y glorificamos a Cristo nuestro Salvador por vos, quien mira a los que le temen, y exalta a los humildes, y ha hecho grandes cosas por vos, porque es poderoso. Ha elegido, como hemos oído y visto, el santuario de vuestro pecho como morada para sí mismo, y os ha manifestado la ciencia divina, los secretos y misterios de su sabiduría, introduciéndoos en su cámara a las flores de las rosas y a los lirios de los valles, a los campos floridos de las montañas eternas. Su mano izquierda está bajo vuestra cabeza y su mano derecha os abraza, de modo que podéis decir verdaderamente: Mi amado es mío y yo soy suya. En todo esto, vuestro nombre es como aceite derramado, y por eso las jóvenes os aman, y nosotros corremos en el olor de vuestros ungüentos. Rogamos al Señor que se digne conservar en vos los dones de la naturaleza y los dones de su gracia, para su gloria, para vuestra corona, para nuestro gozo y para ejemplo de muchos.

Oramos también y con humilde súplica pedimos que os dignéis tenernos en memoria y en la venida de vuestro esposo recomendar nuestra pequeñez a Él, para que, así como nos alegramos y gozamos de la fama de vuestra santidad, así por vuestra intercesión merezcamos recibir gozo y exaltación. Si os dignáis mandarnos algo de nuestro servicio, lo aceptaremos con gusto, y haremos también como hemos hecho hasta ahora, y estamos preparados para servir a toda vuestra santa voluntad.

Epístola 60: R60: Hildegard von Rupertsberg a Eberhard von Eberbach

En respuesta a Abad de Eberbach, de Hildegarda:

El que es dice: La luz serena ve el establo y la comida establecida para cada congregación, que tiene su oficio en su ministerio, distribuyendo el alimento de la refección con justa moderación, para que no falte la alegría del alma a los fieles que a ella se adhieren. El administrador pastoral debe dar la espada en la vaina a las mentes más fuertes, y mostrar las flechas en la aljaba con los modales más suaves, y distribuir los aromas de las medicinas con una benevolencia capacitada. Pero los tiranos negros llevan látigos de destrucción. Un buen soldado lucha sin tedio de burla, y el sentido suave capta la suficiencia en el trabajo por el bien común, y los modales en el banquete, ceñidos en rectitud, están en todas las virtudes, de modo que tienen hambre de perfeccionar la justicia. Pero los más crueles y alejados de la noble madre misericordia matan a las ovejas sencillas que están en los atrios de la casa del rey. Ay, ay, los que así en la matanza enloquecen, están lejos de la casa del rey, a menos que se arrepientan, porque dispersan las ovejas del Señor. Pero tú, oh pastor, ten un rostro alegre en la miseria de los pobres que son pusilánimes, no capaces de tomar el arado de la disciplina. Los buenos y benevolentes, sé para ellos en armonía con el Espíritu Santo. También cuídate de no adormecerte en la luz, sino que tu entendimiento esté vigilante y no sea doble en el sonido, para que no dictes una cosa en tu interior y suenes otra en el exterior. Los que hacen esto oscurecen su rostro en la oscuridad. Pero si después tiemblan de miedo porque en su corazón no comprenden lo que muestran en su rostro, son sacados de la infidelidad sacudidos en el arrepentimiento. Pero para ti, oh hombre, la refección será en el cinturón de tus lomos, donde tienes el verdadero deseo en tus manos, porque no descuidas el tesoro del verdadero dinero. La tierra

duerme para ti, porque el naufragio del mundo no te hiere. Al final de tu tiempo, Dios te resucitará. Él te establecerá en gran honor. ¡Oh buen siervo, lo alabarás, y Él te salvará eternamente!

Epístola 61: R61: Abad E. von St. Anastasius a Hildegard von Rupertsberg

A la señora Hildegarda, del abad de San Anastasio:

A la amada en el Señor y devotísima hermana Hildegarda, por la gracia de Dios, maestra en el cenobio de San Roberto, el hermano E., llamado abad de San Anastasio, os envía saludos y oraciones. Gloria a Dios, porque sois el buen olor de Cristo tanto entre los vuestros como entre los nuestros. El buen nombre de Cristo es bendecido y alabado a través de vos y de quien es santificado en vos. Pues glorificáis y lleváis en vuestro cuerpo a Cristo dignamente, haciendo honor a la llamada con la que fuisteis llamada, cooperando con la gracia que os ha sido dada, mostrándoos en la casa del Señor como un vaso para honor en todo.

Y puesto que sois un instrumento familiar de Cristo y receptáculo de su Espíritu, os suplicamos con humilde oración que oréis en espíritu y en verdad por mí y por aquellos que han sido encomendados a nuestro cuidado, para que Él perfeccione en nosotros lo que ha comenzado, y nos conceda el querer y el hacer según su buena voluntad, para que nosotros también completemos la carrera del buen combate en Cristo y nos gloriemos juntos en su alabanza.

Por lo demás, ruego que el Espíritu que revela los arcanos y secretos de su sabiduría os indique lo que me conviene en llevar el yugo de la obediencia a Cristo, a saber, si debo perseverar o descansar, para que pueda dedicarme a la contemplación de Él. Cualquier cosa que os sea revelada sobre esto, no me la ocultéis, pues mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado para hacer tu voluntad.

Necesitamos el libro que escribisteis, y vuestro consejo y ayuda, y vuestra buena voluntad. Deseamos muchísimo tenerlo y contemplar las maravillas de Dios en él. Además, os ruego fervientemente que nos visitéis y nos consoléis con la respuesta de vuestras cartas, en el

trabajo y la paciencia por Cristo, de los abundantes consuelos de Cristo a través de vos. Salud y que estéis bien. Saludad a vuestras hermanas y orad por nosotros.

Epístola 62: R62: Hildegard von Rupertsberg a Abad E. von St. Anastasius

En respuesta a la carta del abad de San Anastasio, de Hildegarda:

El que es dice a ti, oh hombre: Tu mente se eleva deseosamente a través de la opinión de buenas obras y te alzas en alto, deseando más de lo que haces. Pero a veces tu propia mente te engaña examinando tus causas, diciendo: "Estas son las mejores", aunque no las realizas en el presente. Por lo tanto, rechazas esa causa que tienes en tu mano y en tu propósito. Así que, perfecciona el sustento de tu rebaño y dale instrucciones, es decir, proporcionando la vara del maestro y luego exhibiendo el ungüento del médico, porque es más útil para ti vigilar en este trabajo, enseñando a otros en la sumisión de tu ministerio, que ejercitarte en tu propia voluntad.

Pues si cedes al tedio, el tedio te rodeará, de modo que tu mente se secará. Por lo tanto, vigila sobre tu rebaño, proporcionándole los buenos ejemplos que tu alma desea, para que tu mente no sea llevada a la burla. Porque aquel que está en lo alto y clama en el valle, a veces no sabe a dónde va en ninguno de los dos. Por ello, mantente en humildad, de modo que con la ayuda de Dios practiques las buenas obras que has comenzado, y permanece en los pasos de Cristo. No te engañes a ti mismo, y vivirás eternamente.

Epístola 63: R63: Konrad von Kaisheim a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda, de Konrad, abad de Kaisheim:

Konrad, abad de Kaisheim, aunque indigno, a la santísima señora Hildegarda, prelada en el claustro de San Roberto en Bingen, envía devotas oraciones con humilde obsequio. Desde que pude escuchar por primera vez sobre las insignes virtudes y el especial don que Dios te ha otorgado, aunque desconocido para ti en presencia corporal, te he amado con toda la afección de mi mente.

Me regocijo, pues, en tu gloria, porque has merecido encontrar al amado que tu alma buscaba, y no tienes necesidad de vagar tras los rebaños de tus compañeros, porque Aquel que se alimenta entre los lirios ha descansado en tu tabernáculo, llenando tu jardín con la abundancia de diversas delicias. Sin embargo, querida señora, me maravillo de que, siendo tú como un riachuelo que emana del mismo manantial de bondad, difundiendo tu benevolencia a todos los que desean conocer y escuchar las maravillas de Dios a través de ti, cierres las entrañas de la piedad a mí, pequeño como soy, laborando en la gran ansiedad de mi corazón, y tan lentamente transmitas el pequeño don que deseo, más por caridad que por presunción.

Te ruego, por tanto, con toda devoción, que intercedas por mí ante el Esposo que descansa en la alcoba de tu corazón, quien inclina su oído clemente a tus peticiones, y que le pidas que te revele si me es más útil dejar el peso del cuidado pastoral o llevarlo más tiempo, porque estoy muy oprimido por ello y me olvido de mí mismo. Pero sabré que has sido escuchada si recibo tu respuesta sobre esto.

Adiós, querida de Dios.

Epístola 64: R64: Hildegard von Rupertsberg a Konrad von Kaisheim

En respuesta a Konrad, abad de Kaisheim, de Hildegarda:

La luz aguda ve y dice: Oh hombre, estás pálido por la duda de tu mente, como si no pudieras mantenerte firme. ¿Y por qué es esto? Veo tus obras. Pues ellas me tocan. Pero tú conoces el reconocimiento de los rebeldes. ¿Por qué entonces te avergüenzas de mirar ante mi altar, hacia mi santuario, para adornarlo como un templo que tiene ojos vivientes? Oh carga, donde el buen pastor levantó a sus ovejas sobre sus hombros. Pues donde las ovejas no caminan por caminos rectos, el pastor amable debe levantarlas con la preocupación de su alma y corregirlas y ungirlas, y enseñarles con buenas obras.

Así como la mano trabaja en el brazo, y el brazo se mueve en el hombro, así el pastor debe ofrecer ejemplos a sus ovejas con la mano de las buenas obras, proporcionar medicina con el brazo del apoyo, y solucionar diversos vicios mediante la ligadura de la cruz, como en el hombro del poder. Porque a los verdaderamente penitentes, sus vicios deben ser perdonados. El diablo vomita la fuerza de su corazón, el gusto de su garganta y la ardiente llama de su boca de víbora. ¡Oh hombre! Escucha el lamento del dolor en la efusión del crimen, que está en la contaminación de la carne en la hermosa forma del hombre. Llora, oh virginidad, la integridad de tu primer origen. Pues la mano del supremo artífice te formó y te puso en el jardín de la delicia. Pero la mente ardiente del hombre lo engañó en la vana elección de su voluntad, por el orgullo del consejo del engañador criminal. Por eso fue expulsado por el gusto de la desobediencia. Y así, su vientre se rebeló, cuando antes su costado había sido perforado por el don santísimo. Pero ahora su muslo está contaminado con veneno sudante. Así, el hombre tocó el gusto de la garganta de la serpiente cuando ardió en sus venas venenosas. Por

eso, después fornicó en el deseo de víbora, que es la ardiente llama de la boca del diablo.

Ahora la desobediencia ha trabajado el alimento. Y porque Dios hizo a la mujer de la costilla, por eso el diablo sugirió el homicidio, de modo que condujo todas sus obras por otro camino en la revelación de los pecados que brotan por la fuerza de su corazón. ¡Oh hombre, qué grandes crímenes cometes! a semejanza del antiguo destructor. ¿Cómo? Pues el peor acusador fue arrojado hacia atrás y cortado de toda bienaventuranza. Y porque fue arrojado hacia atrás, pensó en la maldad de su corazón que debía llevar al hombre hacia atrás, al pecado contrario. Así, el hombre abandona la forma de la costilla, por lo que también la formación del hombre perece allí en semejante semen derramado. Por lo tanto, la tierra llora y los cielos tiemblan por estos crímenes. Pues cuando el hombre peca por el gusto de su obra, no dejando la formación de la costilla, siente un poco lo que es la creación de Dios. Pero estos crímenes que retroceden no están en ninguna creación, porque el hombre que los hace no se ve a sí mismo como hombre. ¡Oh hombre! ¿Por qué rechazas lo que eres, la creación de Dios? Ach, ach, oh hombre, en gran esfuerzo Dios te formó, pero tú te envuelves en muchos crímenes. Pero Dios, de nuevo por su Hijo, te llevará de regreso a Él. Por eso, levántate por la penitencia y corre rápidamente hacia mí.

Ahora, oh tú, soldado, sé fuerte y armado en los caminos llanos, y haz que haya verdor donde hay sequedad, y cuida el cinturón de los lomos de aquellos que están contigo, y contrólate en buenas obras, para que tu corazón sea iluminado en el sol y no te canses en el camino recto, luchando contra ti mismo. Por tanto, no abandones el cuidado pastoral, porque el perfumero que tiene un jardín bien regado y fragante debe asegurarse de que su jardín dé frutos útiles para no fallar. Pues cuando tu ojo ve y tu conocimiento vigila, ¿por qué duermes como un cansado en la cincha de la correcta providencia de tu rebaño? Circunda, pues, diligentemente en buena

providencia, para que no escondas tu talento de manera infeliz, porque no te beneficia desechar la ligadura con la que estás atado mientras tengas dos ojos o uno, o cualquier parte de la vida bajo tu custodia. Pero si no ves ningún ojo de vida en los tuyos, sino siempre claudicación, entonces huye y abstente de tu administración.

Epístola 65: R65: Manegold von Hirsau a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda, del abad de Hirsau:

Santísima señora y madre, Hildegarda, de M., indigno abad de Hirsau, os envía oraciones con obsequio. He oído que en Cirene hay una fuente de agua que fluye con vino, y tú, buena madre, eres como una fuente entre los alamanes, donde entran y salen aquellos que beben de ti, y eres como un seno de especias y como una pupila para las cosas. Pues tú, mi señora, extraes y viertes, y en formas específicas te manifiestas, y en lo práctico te conviertes en teoría, y eres vista y movimiento. Por lo tanto, desde hace mucho tiempo he tenido el impulso de amarte, honrarte, admirarte, servirte a ti y a los tuyos, y en todo ser tuyo y de los tuyos, tanto en palabra como en obra, con mis oraciones y obsequios tanto como me es posible. Te ruego, mi madre y señora, que me recuerdes en tus santísimas oraciones, que ames humildemente a quien te ama, que reconozcas en Cristo a quien te reverencia, y que me escribas de nuevo, rogando a Dios.

Epístola 66: R66: Hildegard von Rupertsberg a Manegold von Hirsau

En respuesta a la carta del abad de Hirsau, de Hildegarda:

Oh dulcísimo padre y hermano en el amor de Cristo, veo una olla rodeada de tanta claridad que apenas puedo ver si es una olla. Pero también percibo allí un poco de sabor amargo, aunque está triturado con gran esfuerzo y después hay un torbellino que, sin embargo, está predestinado para la recompensa de Dios. Vigila, pues, con diligencia, porque la causa del pueblo en las costumbres de este tiempo lo requiere. Oh amadísimo padre, yo, una pobre figura, en la verdadera luz no veo que debas moverte de tu oficio. Recuerda, sin embargo, que eres un hombre en la tierra y no temas en exceso, porque Dios no busca cosas diversas en ti. Pues estás en la presencia de Dios como el humo de la mirra y del incienso, por lo que el monte Sion desea que seas alimento en la casa de Jacob.

Pero si alguien corta la columna que sostiene toda la casa, ¡derribará la casa! Por lo tanto, mira a través de las siete ventanas, considerando por dónde viene el halcón, y cuida de no ser engañado por él. Alimenta, pues, a tus ovejas con la mansedumbre de la corrección, porque el día de la salvación no huye de ti, y aún no serás ceniza. Sé también un espejo de vida en los ojos de la vida.

Epístola 67: R67: Abad A. von St. Emmeram in Regensburg a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda, de A., indigno provisor del cenobio de San Emmeram en Ratisbona:

A la religiosísima sierva de Cristo, Hildegarda, perseverancia en todos los bienes otorgados por el Padre de las luces. Damos gracias a nuestro Señor Dios, quien ha adornado maravillosamente su Iglesia donándote a ella. Porque a través de ti, todos los justos se glorían magníficamente y aquellos que hasta ahora estaban desesperados se alegran beatíficamente, pues esperan que a través de ti puedan reconciliarse con Cristo.

Por ello, el portador de las presentes cartas, quien según dice, ha desesperado de su salvación, recientemente me ha lamentado sus miserias, rogándome que lo dirigiera a tu presencia con cartas de recomendación. Por lo tanto, oh sierva de Cristo, te lo encomiendo a tu piedad y compasión, rogándote suplicante que, por el amor de Dios Todopoderoso, trabajes con todas tus fuerzas y con todos los que te obedecen por la salvación de él.

Además, oh amada de Dios, te suplico a tu benignidad que te dignes encomendarme a mí y a todos los que me han sido confiados en tus asiduas oraciones a Cristo, quien es el retribuidor y la recompensa de sus santos. Amén. Que estéis bien.

Epístola 68: R68: Hildegard von Rupertsberg a Abad A. von St. Emmeram in Regensburg

En respuesta a A., provisor del cenobio de San Emmeram en Ratisbona, de Hildegarda:

El que es dice: Oh hombre, debes mirar a tu alrededor por todas partes para ahuyentar a los insidiadores de tus ovejas. Mira también que examines las cicatrices de sus heridas, porque muchas nubes rodean al pueblo espiritual. Y estas nubes están llenas de vicios. Cuando el diablo las ve, envía rápidamente su persuasión con burla y lo mueve por todas partes con dardos voladores de diversas maneras. Estas nubes son molestias e incredulidades en los vicios, que tienen penas y no banquetes, porque donde estas están, allí hay tristeza y rara victoria, y venas secas en esos hombres cuando buscan sus pecados en la inquietud de su mente, siempre mirando hacia la infelicidad como si no pudieran ser salvados, contradiciendo también la gloria de Dios. Sin embargo, no lo hacen como si Dios no existiera, sino que una cierta nube cubre su conocimiento, sugiriéndoles esto con palabras engañosas. Pero ellos, aunque luchan, saben que no es así, sino que solo lo perciben en su conocimiento, como el oído del hombre capta las palabras más obscenas, que sabe que son malas. Estas penas a menudo hacen mártires, donde el hombre no perfecciona sus vicios en obras.

Ahora, oh tú hombre, que estás puesto en la vigilancia de tus ovejas, mira con el ojo de tu conocimiento donde están estas nubes en tu redil, y unge con misericordia y consuelo a los hombres que trabajan en estas penas. Pero corrige los crímenes banqueteantes con la vara de la disciplina, para que no vayan al abismo. Pues en tu conciencia brilla la luz de la espada, pero en tus costumbres hay torbellinos. Mira, pues, hacia la verdadera luz, y vivirás.

Epístola 69: R69: Abad E. von Neuenburg a Hildegard von Rupertsberg

A Hildegarda, de E., solo de nombre abad de los hermanos de Neuenburg:

A la beatísima Hildegarda, santísima monja, lo que el afecto de ambos hombres puede desear. Como la fama de vuestra santidad ha alcanzado los oídos de todos con dulce rumor, ha provocado ardientemente nuestro ánimo para ver vuestro rostro. Así, en el pasado verano, tomé provisiones para el viaje y me dispuse a ir a vos, pero las tempestades de las guerras que se avecinaban me atemorizaron y no me atreví a ir en aquel momento. Sin embargo, envié un mensajero con cartas a vos, del cual aún no he recibido respuesta. Y para que esto no haya sido por descuido del mensajero, replicaré nuevamente el contenido en estas cartas.

Primero, agradezco de corazón profundo por la fraternidad aceptada de vos. En segundo lugar, os ruego que, mediante vuestras oraciones, me ayudéis ante el Señor en los peligros inminentes. Pues, estando en el gobierno, soy empujado por los torbellinos de lo secular, y huyo al puerto de vuestra santidad y oración para no sucumbir al pecado en todas estas cosas y sobre todas ellas. Y aunque pido esto con diligencia, sobre todo, cuando el curso de mi vida se haya cumplido, suplico ser salvado por el Señor en cuerpo y espíritu mediante vuestras oraciones.

Entre todas estas presiones, hay una más apremiante que las demás, por la cual os pido más urgentemente que intercedáis ante el Señor. Enviadme algún signo de salvación por el cual pueda prosperar y mantener vuestra memoria, a través del portador de esta carta. No me faltará el deseo de venir a vos hasta que, si la vida lo permite, lo cumpla en obra.

Que estéis bien.

Epístola 70: R70: Hildegard von Rupertsberg a Abad E. von Neuenburg

En respuesta a E., abad de Neuenburgo, de Hildegarda:

Tu mente es como una figura que tiene una disposición luminosa, y esa luz se distribuye aquí y allá. Pero a menudo se turba por el torbellino y la negrura de los fuegos y las nubes de agua, hasta que el sol, a través de su esfera ígnea, penetra todo. Tienes tedio por la duda y, debido a las diversas guerras y costumbres de los hombres, no deseas trabajar. Pues un nuevo soldado se alegra cuando lleva armas, porque se le llama soldado en la más fuerte batalla cuando sus enemigos luchan contra él. Pero si dijera: "No puedo vencer a mis enemigos" y arrojara las armas, sería llamado necio por la burla de los hombres, porque sus armas no fulguran en la prueba de la batalla.

Pues tú, maestro, te llamas desnudo, como la serpiente que yace en los agujeros, cuando no luchas con armadura para superar la variedad de las tempestades humanas. Pero no será así. Pues en la primera edad, el Señor estableció administradores y encargados en toda posesión para que le rindieran cuentas. Porque cuando el administrador recibe dones, recoge armas y flechas para sí: armas, es decir, escrituras fervientes, y en las flechas, enseñanzas para los impíos, los engañosos y los ladrones, impregnándolos con parábolas y otras escrituras. Pero si en ese momento ocurriera una gran tempestad con negrura de fuego y agua, y con ira y olvido y transgresión de los mandamientos de Dios, cédase hasta que esa tempestad se atenúe, y aplique la medicina con el sol de las escrituras, como está escrito: "Porque misericordia quiero y no sacrificio".

La misericordia pide oración, que Dios ama, y que el Espíritu Santo haga ferviente entre nosotros y vosotros, para que nos conduzca a la Jerusalén celestial. Amén.

Epístola 71: R71: Abad H. von St. Maria a Hildegard von Rupertsberg

Del abad de Santa María, a Hildegarda:

A la señora Hildegarda, que resplandece con el honor de la santa religión, H., llamado inútilmente abad de Santa María, os envía las oraciones y el afecto de su debida servidumbre. Preferiríamos hablar con vuestra presencia que escribir en vuestra ausencia, si el tiempo nos lo permitiera o la distancia de nuestro camino no se opusiera a nuestra voluntad. Pues en alguna ocasión hemos tenido la dicha de escuchar brevemente vuestra santidad, y por eso quisiéramos oíros con frecuencia, porque todo lo que escuchamos nos agradaba.

Por esta razón, ahora hemos concebido la confianza de escribiros, pues el amado portador de las presentes, tan querido por ambos en Cristo, como ha hecho en varios cenobios, también recomendó vuestra beatitud a nuestras pobres oraciones mientras permanecía con nosotros, y afirmó que debíamos rogarle ser su intermediario en esto. Por tanto, aunque no somos nada, hacemos y haremos memoria de vos, y os suplicamos con corazón y cuerpo humillados que nos merezcamos vuestras intercesiones con todos los nuestros.

Por Aquel a quien vivís devotamente y de quien habéis recibido el arras del espíritu, os pedimos este singular y secreto favor: que, mediante la familiaridad de vuestro ruego, obtengáis del Señor que, entre otros carismas de revelación, se digne insinuaros la condición de nuestra humildad, a saber, si en este oficio de honor y carga, de prelacía y peligro, ha previsto que merezca la salvación de mi alma, o si me será útil ser liberado de esto. Y si recibís alguna revelación sobre este asunto, no os neguéis, por vuestra caridad, a consolarnos con ello mediante el portador de las presentes.

Nosotros, como hemos dicho, deseamos vuestra salud y anhelamos que el Señor os aumente la necesaria humildad en la grandeza de las

revelaciones, para que la lámpara que habéis recibido encendida desde el cielo, la guardéis con tal luz ante los hombres, que con el aceite inagotable de Cristo, a quien esperáis, podáis acudir a su encuentro cuando venga en gloria.

Epístola 72: R72: Hildegard von Rupertsberg a Abad H. von St. Maria

En respuesta al abad de Santa María, de Hildegarda:

En el espejo de la verdadera visión te vi muy turbado, como una nube mezclada, cuando el aire peligroso se mueve en un viento enredado con una gran lluvia. Así son tus pensamientos debido a tu mente inquieta en este asunto que has abrazado en medio de tu corazón. Y escuché una voz que decía de ti: "Un hombre que labora con el arado y los bueyes en tierra árida, diciéndose a sí mismo: 'No puedo soportar este gran trabajo porque es duro para mí.' Y así va a lugares sin agua donde, sin embargo, crecen flores suaves sin el trabajo de los hombres, que también son sofocadas por hierbas inútiles. Y dice: 'Dejaré el arado y arrancaré estas hierbas inútiles.' ¿Qué utilidad hay en esto?".

Ahora tú, hombre, considera si es más provechoso trabajar con el arado en la tierra o arrancar hierbas inútiles entre las flores. Pero he visto que esta causa que buscas es inútil para ti. Por lo tanto, refrena a ti mismo con tu oficio, tomando el arado. Que Dios te ayude en todas tus necesidades y no permita que trabajes inútilmente.

Epístola 73: R73: Kuno von Disibodenberg a Hildegard von Rupertsberg

Abad de San Disibodo. A Hildegarda.

Cuno, abad del monte de San Disibodo, aunque indigno, a Hildegarda, su señora y madre más querida del monte de San Roberto, la gracia de Dios, aunque sea un poco. Porque, impedido aquí y allá por varias ocupaciones, he dejado por algún tiempo de visitarte, saludarte y hablarte. Ahora, aprovechando la oportunidad del tiempo, me encomiendo más atentamente a tus oraciones, pues reconozco con gran dolor que me he deteriorado más en el aumento del delito que en algún progreso de la justicia. Pero puesto que tu santidad ve con el espíritu muchos secretos en Aquel que no falla ni es fallido, te pido que si Dios te ha revelado algo sobre nuestro patrón, el beato Disibodo, me lo hagas saber, para que con mis hermanos podamos rendirle las más devotas alabanzas. Y porque no puedo eliminar la negligencia que hay en mí con ninguna mano de mi capacidad, solicito con devoto corazón tu apoyo y el de las demás hijas de Dios que viven contigo. No solo encomiendo a las oraciones de todos ustedes mi persona insignificante, sino también a los hermanos a mí confiados y nuestro lugar, así como también suelo hacerlo a menudo en persona cuando estoy contigo.

Epístola 74: R74: Hildegard von Rupertsberg a Kuno von Disibodenberg

Respuesta de Hildegarda.

¡Oh, cuánta necedad hay en aquel hombre que no se corrige a sí mismo, sino que busca lo que hay en el seno ajeno! Y no oculta los crímenes que encuentra en él, según el modo en que fluyen las aguas en una tormenta. Quien hace esto, que escuche esta respuesta de Dios: "Oh, hombre, ¿por qué duermes en el ruido del sabor de las buenas obras que ante Dios resuenan como una sinfonía? ¿Y por qué no renuncias a la petulancia de la lascivia, examinando la casa de tu corazón? Pero me golpeas en las mejillas cuando rechazas a mis miembros en sus heridas, cuando no miras a la oveja errante que llevo de vuelta al rebaño. Y por eso, me responderás desde la casa de tu corazón y de la ciudad que hice y que lavé con la sangre del Cordero. ¿Y por qué no temes romper a un hombre que no creaste? No lo unges, ni lo guías ni lo ocultas, sino que lo corriges con severidad. Ahora el tiempo de tu deficiencia ha llegado, pero Dios, que te creó, no quiere perderte. Por tanto, entiende esto."

"En cuanto a lo que has pedido, padre, que te escribiera si he visto y entendido algo del beato Disibodo bajo cuyo patrocinio estás, esto es lo que he oído, visto y entendido de él en la visión del espíritu, según este modo: ¡Oh maravilla admirable, que una forma oculta sobresale en una estatura honesta, donde la altura viva produce lo místico! De donde, oh Disibodo, te levantarás en el final, con la flor de todos los ramos del mundo ayudándote, como te levantaste por primera vez. Y, ¡oh verdor del dedo de Dios, en el que Dios estableció una plantación que resplandece en lo alto como una columna erigida! Tú eres glorioso en la preparación de Dios. Y, ¡oh altura del monte que nunca será disipada en el juicio de Dios! Aun así, permaneces a lo lejos como un exiliado, pero no está en el poder del armado el llevarte. Y, ¡oh prelado de la verdadera ciudad que

subiste al templo de la piedra angular y fuiste abatido en la tierra por Dios, deseaste ser un exiliado del linaje del mundo por amor a Cristo! Oh monte de la mente cerrada, tú abriste continuamente tu hermoso rostro en el espejo de la paloma. En el escondite te ocultaste, embriagado por el olor de las flores, brillando hacia Dios a través de los santos. ¡Oh cumbre en las llaves del cielo, que vendiste el mundo por una vida clara y transparente! Este combate, oh alma confesora, siempre lo tuviste en el Señor. En tu mente, una fuente viva sacó riachuelos purísimos con una luz clarísima por el camino de la salvación. Tú, gran torre ante el altar del Dios supremo, y la cumbre de esta torre la sombreaste con el humo de los aromas. ¡Oh Disibodo, en tu luz edificaste los miembros de la maravillosa alabanza en dos partes por el Hijo del Hombre! Estás en lo alto sin avergonzarte ante el Dios vivo, y proteges con rocío verde a los que alaban a Dios con esta voz: '¡Oh dulce vida y oh bendita perseverancia, que en este beato Disibodo siempre edificaste una gloriosa luz en la Jerusalén celestial!' Ahora sea la alabanza a Dios en la forma de una hermosa tonsura obrando virilmente, y que los ciudadanos celestiales se alegren por aquellos que los imitan de este modo. Pero tú, oh padre, que has pedido esta pobre forma de mí, ¡hazte tal en la presencia de Dios, que cuando el tiempo en este siglo te falte, tu tiempo se prolongue felizmente en la eternidad, para que aparezcas en la salvación de los justos!"

Epístola 75: R75: Helenger von Disibodenberg a Hildegard von Rupertsberg

Helenger, abad de San Disibodo, a Hildegarda.

Hildegarda, querida madre, abrazada con gran afecto, más valiosa que cualquier tesoro, Helenger, tu hijo y guardián del rebaño del beato Disibodo, ¡ay, no por obra sino solo de nombre, te desea todo lo mejor en el bien temporal! Aunque todo el mundo clama con sincera proclamación que tú estás enriquecida por el Espíritu Santo con júbilo, yo, que debería haber sido el primero en invitar a otros a tu bienaventuranza, he estado hasta ahora oculto en tediosa inercia. Pero ahora, finalmente corregido por el temor y la vergüenza, he considerado necesario saludarte con estas palabras. Porque, en lugar de beneficiar a aquellos a quienes debería servir, he buscado estar por encima de ellos, buscando lo mío y no lo de ellos. Sin embargo, he llevado hasta ahora, aunque de manera tibia, el peso del día y del calor en la viña del Señor y, con la ayuda de Dios, he decidido perseverar hasta que algún día reciba la recompensa.

Pero ahora, madre mía, en las bodas del Señor, el vino espiritual ha desaparecido por completo, porque el fervor de la vida monástica casi ha desaparecido. Esto se debe a que la madre de Jesús no está allí, ni se invoca a Jesús mismo ni a sus discípulos, y por eso todo se vuelve en nuestra contra. Así que no hay necesidad de prolongar mucho las palabras, especialmente porque soy inexperto en el habla y en el conocimiento. Sé, madre mía, sé que desde la planta del pie hasta la cabeza no hay bondad en mí. Por lo tanto, envía a mi humildad tus escritos de consolación, para que tu nombre esté en Sion en el libro de la vida eterna.

Adiós.

Epístola 76: R76: Hildegard von Rupertsberg a Helenger von Disibodenberg

Respuesta de Hildegarda.

En una visión espiritual que proviene de Dios, escuché estas palabras: Es muy necesario para el hombre que desea encontrar su alma en sus deseos, que pierda las malas obras de la carne y tenga el conocimiento bendito de cómo vivir, de modo que su alma sea señora y su carne sirvienta, según dice el salmista: "Bienaventurado el hombre a quien tú, Señor, corriges y le enseñas de tu ley." ¿Y quién es este hombre? A saber, aquel que tiene su cuerpo como sirvienta y su alma como su señora más amada. Pues incluso aquel que es feroz en la impiedad como un oso y rechaza esa ferocidad anhelando al sol de justicia, quien es piadoso y clemente, agrada a Dios, de modo que lo coloca sobre sus preceptos, poniendo una vara de hierro en sus manos para instruir a sus ovejas en el monte de la mirra.

Ahora escucha y aprende para que te avergüences en el deseo de tu alma sobre esto, porque a veces tienes los hábitos de un oso que murmura en secreto en sí mismo, y otras veces los hábitos de un asno, porque no eres previsor en tus asuntos sino tedioso, e incluso en otras cosas eres inútil. Por eso, la malicia del oso a veces no la llevas a cabo en la impiedad. A veces también tienes los hábitos de algunas aves que no están ni en lo alto ni en lo bajo, de modo que las de arriba las vencen y las de abajo no las pueden dañar. A estos hábitos, el noble padre responde: "He he, no quería esta alternancia de tus hábitos, para que tu mente murmurara sobre mi justicia, así que no buscas una respuesta correcta sobre ella, sino que escondes en ti una especie de murmuración como la del oso."

Sin embargo, cuando tienes buen entendimiento, rezas poco, y de nuevo caes en el tedio y no completas tu oración, sino que haces el

camino que a tu cuerpo le gusta, y no lo cortas del todo de ti. Pero a veces tus deseos ascienden a mí en alguna parte que no es completamente santa en la obra, sino que yace solo como en la opinión de la fe. Sin embargo, a veces elegí a tales personas por la alternancia de sus hábitos para escuchar el sonido de su entendimiento y lo que consideraban en sí mismos, pero resultaron ser inútiles y cayeron. Ahora, sin embargo, que tu mente no desprecie la obra que Dios ha hecho, porque no sabes cuándo te golpeará con su espada.

Pero yo, pobre de mí, veo en ti un fuego negrísimo encendido contra nosotros, pero olvídalo en buen conocimiento para que la gracia de Dios y su bendición no se alejen de ti en el momento de tu oficio. Ama, pues, la justicia de Dios para que Dios te ame, y cree fielmente en sus maravillas para que recibas las recompensas eternas.

Epístola 77: R77: Abad H. von Kempten a Hildegard von Rupertsberg

Abad de la iglesia de Kempten a Hildegarda.

A Hildegarda, esposa de Cristo, pero sierva aceptada por Dios y los hombres, yo, solo de nombre abad de la iglesia de Kempten, te ofrezco devoto servicio con constante oración. Bendito sea Dios, cuyo espíritu sopla donde quiere y ha acostumbrado a llenar y enriquecer los rincones de tu corazón con la dulzura de la armonía celestial, de modo que te ha hecho admirable y venerable tanto para hombres como para mujeres. Ya la fama de tu santidad se ha difundido ampliamente, porque es evidente que el Poderoso ha hecho grandes cosas por ti, y no hay duda de que ha considerado a su humilde sierva, vertiendo en ti cosas inauditas para todos. Ya el Rey celestial te ha tomado de la mano y te ha llevado como esposa e incluso como hija, y conduciéndote según su voluntad, te ha introducido en su cámara, donde apoyada en tu amado has merecido escuchar sus secretos y anunciarlos excelentemente a los mortales.

Estas cosas son propias de tu santidad, que según hemos conocido por informes, escuchaste desde los mismos comienzos de tu infancia. "Escucha, hija, y mira", y otras cosas similares. Y nosotros, lo que hemos oído y conocido, lo hemos visto. Por tanto, para que Aquel que ha comenzado en ti perfeccione la eficacia de su poder, pedimos con todas nuestras fuerzas que también tú te encargues de suplicar por nuestros pecados y que, humildemente, nos comuniques algo revelado divinamente sobre nuestro estado y el de nuestra iglesia.

Epístola 78: R78: Hildegard von Rupertsberg a Abad H. von Kempten

Respuesta de Hildegarda.

Oh hombre, declina del mal y haz el bien, porque el hombre siempre tiene en su mente el errar y se propone mil objetivos que nunca logra cumplir. Así como Adán no consideró lo que hacía, deseando ser como Dios, pero no tuvo esa maldad de envidiar el honor y el poder de Dios. Oh hijo de Dios, corta toda tormenta mediante la fe. Pues Adán estimaba que gozaría del poder y honor con Dios, lo cual fue una gran vanidad, y aun así sabía que Dios era Dios. Del mismo modo, cada hombre sabe que tiene a Dios, a quien cree como su creador y liberador, y por eso también tú recurre a Dios, ya que en la fe sabes que Él es Dios, como está escrito: "Todas las naciones que has hecho vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre." Esto significa que el hombre, hecho con las criaturas, sabe que tiene a Dios, y por tanto debe estar en buena fe, buscarlo diligentemente y adorarlo, y glorificar su nombre.

Cada hombre debe evitar el mal de dudar que Dios, quien lo creó, sea Dios, y debe amar a quien lo creó y liberó, y en Él amar a su prójimo que le hace el bien, sin imitar al diablo que odiaba a su creador, quien le había concedido muchos bienes. El diablo no conoció a Dios amándolo, y por eso no busca la liberación de Él, pero sabe que Él está por encima de él. Sin embargo, Adán no rechazó a Dios en esta parte odiosa, sino que en gran vanidad buscó su semejanza. Y el diablo no encontró en Adán el odio con que odia a Dios, sino que lo engañó con su consejo. De ahí que, con sus mil artimañas, rodea buscando a quien en la fe duda. Con sus mil artimañas, prohíbe al hombre hacer el bien, porque cuando el hombre anhela hacer el bien, lanza sus flechas contra él, y cuando desea abrazar a Dios con todo su corazón en caridad, lo sobrevuela con dañina molestia para que esto no sea recto ante Dios. Y cuando

busca las virtudes, le dice en su sugestión que no sabe lo que hace, y le enseña que se establezca para sí una ley según su propia conveniencia, la cual conoce bien.

Contra esto hay una batalla, como está escrito: "Mil escudos cuelgan de él, toda la armadura de los valientes." Esto significa que el primer escudo es la confesión de los pecados, que la antigua ley no tenía, por lo que también era ciega. Y la penitencia después de la confesión de los pecados, como ordena el buen pastor, es el manto de la desnudez de la antigua ley. Y por eso, como la torre de David se levanta su cuello en la humanidad del Salvador, de la cual cuelga toda la armadura de los valientes, que son los que viven bien en comunión según el precepto de la ley, los continentes y las vírgenes que cuelgan de esta torre. Todo esto fue prefigurado por la antigua ley y Cristo lo mostró en su encarnación, y después de su ascensión lo cumplirá a través de sus discípulos y de los demás que los siguen hasta el último día. Estos son los mil escudos que cuelgan de ella, con los cuales se libra la batalla contra la antigua serpiente que sedujo al primer hombre y a los demás. Así, cuando el hombre está en medio de sus enemigos, se defiende con ellos y lucha en todas partes para no ser asesinado por sus enemigos, como el esposo habla a la esposa en los cánticos: "Mi cabeza está llena de rocío y mis rizos de las gotas de la noche." Esto se dice de Cristo Jesús, que es la cabeza de todos, y los hombres son como cabellos adheridos, llenos de delitos por la dulzura de la carne y de pecados criminales, los cuales la Iglesia regenera de nuevo y purifica del fétido hedor del polvo de los pecados mediante la penitencia y la confesión, como también se sacuden y limpian los cabellos del rocío y las gotas, así como la lana se sacude y se limpia del polvo.

Así debes hacer, querido hijo de Dios, porque vivirás eternamente y serás una piedra en la Jerusalén celestial, por lo que también debes ser agudamente limado.

Epístola 79: R79: Adalbert von Ellwangen a Hildegard von Rupertsberg

Abad de Ellwangen a Hildegarda.

A Hildegarda, querida esposa de Cristo. A., solo de nombre llamado abad de Ellwangen, después del valle de lágrimas, te enviamos con gusto desde tan gran distancia el deber de nuestra salutación, abrazando en ti las maravillas de Dios, quien te ha hecho brillar con la santidad de una vida más pura y te ha otorgado el espíritu de profecía más allá de toda opinión, para tocar lo presente, revisar lo pasado y prever el futuro. Así, doblemente honrada por la novedad del don divino, verdaderamente eres asombrosa y venerable para los hombres de este tiempo.

Nos ha visitado el Oriente y ha extendido su mano sobre este mundo decadente, haciendo que alguien tan grande y extraordinario resplandezca felizmente en nuestra era entre las nieblas de este siglo maligno. A través de tu intercesión, nos alegramos de obtener el perdón de los pecados, el remedio de las fatigas, la consolación de los dolores y de conocer el secreto de la disposición divina.

Sin embargo, nuestra conciencia nos acusa, la culpa nos aterra y los pecados nos reprenden. Nos sentimos turbados por dentro y en peligro por fuera. No encontramos seguridad en ninguna parte, el enemigo nos rodea por todos lados. A la derecha, un amigo fraudulento acecha, a la izquierda, un enemigo feroz ataca. Sobre estos y otros asuntos por los cuales nuestros mensajeros han consultado a tu maternidad, consulta el oráculo divino y, madre santísima, escríbenos lo que debemos esperar de la misericordia de Dios.

Epístola 80: R80: Hildegard von Rupertsberg a Adalbert von Ellwangen

Respuesta de Hildegarda.

Aquel que ve y no se cambia por la alternancia dice: Tú, hombre, aún no tienes alas para volar que soporten las tormentas y que pertenezcan a la moderación correcta del aire. Sino que eres como una columna en la plaza sin instrumento de edificación y sin escalera para ascender, de modo que te salpica el barro de la plaza. Pues eres suave y no agudo en el ojo de la corrección para reprender los malos y oscuros hábitos de los hombres. Pero la gracia de Dios te mira, no teniendo la dureza del corazón, sino solo durmiendo en el letargo de la lascivia, por lo que no atiendes a Dios. Por tanto, no consideres a tu Señor como un vil siervo, sino míralo con rectitud como un soldado valiente, luchando con fuerza, armado con coraza y yelmo. Ahora, los tiempos son como en el olvido de Dios y cansados en la lucha de Cristo, pero la fama vuela en mentiras a través de la alternancia de vanidades como si vieran a Dios, pero no lo conocen.

¿Dónde, pues, está el hombre que camina en el camino recto? Hay pocos. Pero aquel que es dice: Ningún hombre puede sacar precipitadamente el espada de mi venganza de su vaina mediante el vómito de su charlatanería antes de que llegue el tiempo de mi voluntad en la venganza. Tú, pues, hombre, levántate y aclara tu ánimo en mí, para que busques vigilante dónde me puedes encontrar, y vivirás.

Epístola 81: R81: Abad H. von Maulbronn a Hildegard von Rupertsberg

Abad de Maulbronn a Hildegarda.

A Hildegarda, madre y hermana espiritual venerable, de H., abad de Maulbronn, deseando, si fuera merecedor, la salvación perpetua del Señor.

Hemos oído hablar bien de ti, oh sierva de Cristo, hemos oído y hemos dado gracias al dador de todos los bienes. Yo, por tanto, sin perder la esperanza de ser escuchado, te envío estas palabras y te pido un singular apoyo en tus oraciones. Teniendo a mi cargo un régimen arduo y angustioso, es decir, el de las almas, te pido, busco, llamo para ser ayudado por el Señor a través de ti, con posibilidades y resultados felices. No te sea oneroso ni indigno enviarme tus escritos, para que sean instrucción, fortaleza y consuelo para mi cuerpo y alma.

Adiós.

Epístola 82: R82: Hildegard von Rupertsberg a Abad H. von Maulbronn

Respuesta de Hildegarda.

El hombre prudente de la luz veraz dice: ¡Oh hombre! Estas palabras deben ser escuchadas. El hombre que quiere pasar a la vida debe tener una visión reflexiva del espíritu de ojos vivos, porque Dios vigila en tales hechos. Pues cuando venga la sumersión ardiente de la causa cenicienta, vomitando diversos crímenes, entonces el hombre frene el gusto de su mente y languidezca en la insoportable dureza, levantándose hacia el amanecer de la luz, es decir, la misericordia que venció a la muerte y trituró las entrañas sucias del infierno, donde esa misma misericordia borró los crímenes de los hombres. Así, el hombre debe tener ventanas para restaurarse a sí mismo en el bien.

Pero tú, que eres noble en tu voluntad, ten cuidado porque muchos ríos fluyen en ti, discutiendo con gran estruendo. ¡Oh fuerte atadura! Gira los pechos de los placeres de los vicios florecientes. Párate también como ejemplo de la tórtola, doblando tus rodillas cuando te vences a ti mismo. ¡Oh figura viviente! Abre la clausura de tu mente en un hermoso rostro, lo que es adecuado para ti ante la presencia del Rey supremo. Ten cuidado también de no ser como el plomo pesado por la dureza de tu boca, si no has ungido las heridas de las cicatrices dolientes. Besa a Dios en tu mente y no te avergüences de que tus deseos en su buena voluntad realicen obras rectas y justas.

Ahora, que tengas consuelo en tu labor y frenes en ti las causas seculares, y embellece el rostro de tu espíritu, de modo que las ventanas de la Jerusalén celestial te reciban. Dios no te abandonará, sino que te dará el consuelo de la salvación.

Epístola 83: R83: Abad B. von Michaelsberg a Hildegard von Rupertsberg

Abad de San Miguel en Bamberg a Hildegarda.

A la señora Hildegarda, desposada con el Rey supremo y maestra de las hermanas de San Roberto. B., indigno abad de San Miguel en Bamberg, lo que sea que valga en oración y devoción. Hemos oído que ardes en el amor de aquel que nos redimió con su propia sangre, a quien también nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, imploramos fervientemente que guarde los dones que te ha otorgado. Con gran deseo de corazón anhelamos tu presencia, pero hasta ahora no hemos podido conseguirlo debido a los obstáculos de nuestros pecados.

Por tanto, por aquel a quien amas, te rogamos muy íntimamente que implores la misericordia del Señor por mí, para que la flagelación de su misericordia con la que me ha tocado y me toca diariamente, se digne a temperarla de tal manera que encuentre salud aquí y, en el futuro, misericordia y gracia. Si la divina predestinación se dignara llamarme pronto de estas tinieblas, como espero, deseo que mi alma sea encomendada a tus manos y oraciones.

Envíanos, a través del presente mensajero, tus escritos de consolación.

Epístola 84: R84: Hildegard von Rupertsberg a Abad B. von Michaelsberg

Respuesta de Hildegarda.

En una advertencia ardiente está predestinado que este pueblo oiga con voz viva lo que será sacado del torrente de piedra en la oscuridad de los misterios de Dios. Pues te veo a veces en tu intención como la aurora resplandeciente, pero sin embargo, experimentas trabajo y angustia, tanto en ti mismo como en los demás, de modo que te fatigas tan fuertemente que parece que no sabes qué hacer.

Ahora, escucha al más noble padre de familia que te advierte. Vigila diligentemente y levántate en la luz, para que lleves con honor su vara en el día. Porque si el hombre exterior se fatiga en el flagelo de Dios, el hombre interior se levantará mucho más fuerte de la fortísima fuerza que te quiere sostener en la rueda circundante de su gracia.

Epístola 85: R85: Berthold von Zwiefalten a Hildegard von Rupertsberg

Abad de Zwiefalten a Hildegarda.

A Hildegarda, sierva de Dios del monte de San Roberto en Bingen, de B., abad de Zwiefalten, polvo y ceniza, todo lo que pueda la oración de un pecador.

Hace mucho tiempo que deseo tu conversación y he querido clamarte de boca a boca acerca de las injurias y tribulaciones que los crueles perseguidores me infligen, mientras intentan reducirme a la nada. Aunque las consolaciones de tus palabras a menudo me han hecho más alegre, debido a su oscuridad, pues no las entendía completamente, me he vuelto más triste. Por eso, enviando un mensajero hacia ti, golpeo tus oídos con peticiones lacrimosas y miserables, para que, según la capacidad de mi pequeño entendimiento, inquieras la voluntad de Dios sobre las angustias que nos aquejan y me envíes algún consuelo por carta.

Temo mucho que mi mente se disperse en la tormenta de tribulación inusual y que me sumerja en el profundo mar de la desesperación.

Epístola 86: R86: Hildegard von Rupertsberg a Berthold von Zwiefalten

Respuesta de Hildegarda.

La luz viviente dice: He visto a cierto hombre a quien dejé como débil y cojo en la excelencia del magisterio. ¿Cómo? Aquellos que en la debilidad de su carne eran como náufragos desnudos y rebeldes, él los evitó por temor a la guerra. Pero ahora lo veo como un humilde y lloroso peregrino. Por lo tanto, lo veo como un hijo de la herencia, azotado por la vara debido a la inquietud de los hábitos de su mente. Sin embargo, quiero restaurarlo a la primitiva iglesia como un hombre feliz, cuando el monte se sumerja en el toro. Ahora vive eternamente.

Epístola 87: R87: Abad G. von Salem a Hildegard von Rupertsberg

Abad de Salem a Hildegarda.

A la muy querida en Cristo, señora y madre suya, Hildegarda. Yo, G., inútil ministro de los hermanos en Salem, si la oración de un pecador tiene algún poder.

Todo el que ama a Cristo también tiene el espíritu de Cristo, y nadie puede decir "Señor Jesús" sino en el Espíritu Santo. Pero tú, dulcísima madre, enviada con un don especial del Espíritu Santo entre los demás miembros de Cristo, para visitar el fin de este mundo. Pues verdaderamente el Espíritu Santo, hablando a través de ti y en ti como en su instrumento, es claramente reconocido y revelado.

En efecto, he visto y leído los grandes misterios de Dios, que el Señor de las ciencias ha revelado a los hombres indignos a través de ti en el libro que escribiste. Creo, por lo tanto, y estoy absolutamente seguro, de que el espíritu de la verdad, que procede del Padre Dios y del Hijo, va a resplandecer contra el espíritu de la mentira que viene del padre diablo, hablando y brillando a través de ti.

Así que, contigo como esposa y sierva de Cristo, y conocedora de los secretos de Dios, humildemente y sencillamente busco tu voluntad y opinión sobre la ansiedad de mi corazón, si este afecto y deseo no es contrario a su voluntad. Por consejo común de los hermanos de Salem, fui elegido padre de esta casa después del fallecimiento del abad, ya que anteriormente, aunque inútilmente, administré el mismo cuidado pastoral en Reithinaselin durante mucho tiempo.

Dios, que es conocedor de lo oculto, sabe que siempre he tenido y tengo esta administración completamente a disgusto. Por lo tanto, te

ruego que me insinúes sencillamente la voluntad del Espíritu Santo en esta cuestión, si es más prudente y saludable que deje esta carga. Si no es así, y merezco saberlo a través de ti, házmelo saber. Que, sea lo que sea, tus cartas selladas y enviadas a través de los portadores de este mensaje me lo hagan saber. Adiós, mi señora, en el Señor.

Epístola 88: R88: Hildegard von Rupertsberg a Abad G. von Salem

Respuesta de Hildegarda.

Quienquiera que haya aceptado un campo o un rebaño por la fe en su cuidado, no debe abandonarlo, sino gobernarlo como un padre de familia. Porque quien abandona su rebaño y acepta otro, es llamado transgresor de los preceptos de Dios. Tú, sin embargo, pastor, según la piedad del Padre y el cuidado del pastor, debes tener la vara de corrección. Además, el pastor no debe convertirse en un ladrón. ¿Cómo? El ladrón se lleva lo que quiere y deja lo que no quiere. Así también muchos pastores, según su propia voluntad, eligen lo que desean y rechazan lo que no desean. Muchas veces también desprecian a los discípulos perfectos y buscan a los vagabundos y vanos. Un padre piadoso corrige a su hijo con todo amor y no le priva de lo que es bueno para él.

En tu congregación, veo a algunos brillando como la aurora a través de sus buenas obras y paciencia, pero la mayor parte los veo en la alternancia de sus hábitos y en la vanidad nebulosa y en su propia disposición audaz en palabras de excusa. A estos debes advertir y corregir tanto como puedas. Pues Dios eligió el Antiguo y el Nuevo Testamento y los dejó a sus hijos, para que fueran enseñados a vivir correctamente a través del Espíritu Santo. Dios te quiere, así que ten cuidado de no apartarte de Él.

Epístola 89: R89: Bertulf von St. Eucharius in Trier a Hildegard von Rupertsberg

Abad de San Eucario a Hildegarda.

Hildegarda, perla resplandeciente. B., pobre siervo de Cristo y abad inmerecido de San Eucario, en el propósito de la virginidad para agradar al esposo de las vírgenes.

Hemos oído y conocido la fama de tu virtud, es más, la virtud que opera en tu frágil vaso por la divina piedad. Hemos oído y conocido y de inmediato hemos considerado cumplido en ti aquello profético: "Es bueno para el hombre llevar el yugo" y demás. Realmente te has elevado mucho y por encima de nosotros, porque lo que nosotros tememos abordar, tú lo has superado con ánimo viril y lo has llevado a la costumbre, para que puedas decir con el apóstol: "Nuestra conversación está en los cielos." Pero nosotros, aunque impedidos por las fluctuaciones de este tumultuoso siglo, hayamos dejado pasar mucho tiempo en saludar tu santidad a través de nuestros mensajeros, en nada ha de creerse que se haya enfriado el fuego de la caridad que una vez empezó a arder en nuestros corazones hacia ti.

Por tanto, en nada menos debe tu bienaventuranza mantener el recuerdo de mi pequeñez ante Aquel con quien eres un solo espíritu y de igual manera inste a las hermanas que te han sido confiadas a actuar por nosotros y por nuestro lugar. También deseamos tus palabras de admonición y te deseamos siempre bienestar con todo nuestro corazón. Adiós.

Epístola 90: R90: Hildegard von Rupertsberg a Bertulf von St. Eucharius in Trier

Respuesta de Hildegarda.

Aquel que es dice: ¡Oh hombre! Estás revestido con la coraza de la fe y ceñido con el cinturón de la santidad, como un hombre que ve su rostro en un espejo, no teniendo en esto plena alegría, porque a veces duda si su rostro es hermoso o no. Pues tu mente es como un edificio que mira desde lejos y a veces es cubierto por la niebla. También eres precipitado como una carga que el portador lleva a la venta. Por lo tanto, considera si es más útil un buey o un asno, una tierra verde o árida, un nombre o un pronombre, una montaña o un valle entre los enemigos del hombre. Porque un maestro honrado es mucho más útil que la multitud, así como el aire es útil produciendo diversos frutos en sus alas. Las obras del hombre tienen poco valor sin la previsión del maestro.

Cuídate de no languidecer en la administración mientras tengas, por decirlo así, un ojo en ti. Pero ofrece luz a los tuyos en la dulzura maternal y limpia sus heridas sin fama de tiranía, pues un buen médico unge las heridas de los hombres con misericordia y no se demora en ello. Pues dio un beso a su propia oveja y la lavó en su sangre.

Tú, oh hombre, coloca la misericordia, esa bella amiga del rey, en el aposento de tu mente y vístete con santidad en la caridad más suave como con púrpura y como un diadema de belleza. Recolecta también los aromas más dulces en tu seno y vivirás eternamente como un monte de mirra e incienso. Vigila, pues, llevando tus cargas con la llave de la recompensa, de modo que cuando el sol brille sobre todo sin la tormenta de diversas tempestades, aparezcas allí útilmente.

Epístola 91: R91: Ludwig von St. Eucharius in Trier a Hildegard von Rupertsberg

Ludwig, Abad de San Eucario a Hildegarda.

A la santa y consagrada virgen Hildegarda, su querida madre, de Ludovico, solo de nombre abad de San Eucario, saludos y afecto de tanta devoción que, si alguien más supiera, parecería ridículo saber lo que no se puede saber. Sería muy risible si las águilas saludaran a las mariposas, si los ciervos saludaran a las pulgas, si los leones enviaran cartas a los gusanos. Así, más que así, es asombroso, o para decirlo más verdaderamente en broma, que un pecador, con poca o ninguna habilidad en las artes divinas o humanas, presuma escribirte a ti, a quien Dios ha maravillado con una prerrogativa tan alta y distinguida de castidad y con una excelencia de ingenio tan notable que no solo superas las agudezas de los filósofos y dialécticos, sino incluso las de los antiguos profetas.

Sin embargo, no negarás, madre piadosísima, tu acostumbrada benignidad a mi temeraria presunción de buscar tu perdón, cuando la causa de escribir es la audacia de la familiaridad. Y la dificultad del camino no me disuadirá de escribirte y de venir a ti frecuentemente, mientras la utilidad de tus palabras me invite, siendo tanto más grata cuanto mayor ha sido el esfuerzo para conseguirla. Porque apreciamos más lo que adquirimos con esfuerzo.

Por tanto, que no te moleste mi imprudencia, pues las fuerzas que la debilidad de tu cuerpo te niega, la caridad compasiva las administrará. Espero con gran deseo las cartas prometidas por ti, que no debes demorar en enviar por el portador de este mensaje. También te ruego que me escribas sobre lo que te parezca con respecto al asunto que te ha sido encomendado.

Adiós.

Epístola 92: R92: Hildegard von Rupertsberg a Ludwig von St. Eucharius in Trier

Respuesta de Hildegarda.

En una verdadera visión, vi y oí esto: Un hombre cultivaba diligentemente un jardín, pero una niebla que sobrevino lo secó, y el hombre abandonó el jardín sin cultivar. Después, cavando en el mismo jardín, lo renovó y plantó rosas, lirios y otras buenas hierbas aromáticas. Pero de nuevo, las flores de estas hierbas fueron sacudidas por un viento turbulento. Entonces el hombre dijo dentro de sí: "Haré un campo de este jardín, en el cual sembraré trigo y cebada". Ahora tú, que eres llamado padre, escucha. Este jardín era tu inicio, que al principio fue algo nebuloso por diversas alternancias, pero después, por la advertencia del Espíritu Santo, lo convertiste a mejor parte y te deleitaste en el Espíritu Santo como en buenas hierbas. Sin embargo, a veces el tedio te fatigó, así como el torbellino inclina las flores. Ahora a Dios le ha complacido hacerte agricultor, para que mires alrededor con gran solicitud y pongas el arado correctamente en la tierra, pues no te beneficiará el languidecer por el tedio.

Harás esto según los ejemplos de los santos y aprenderás los hábitos de un padre piadoso en sus costumbres. Ama a los buenos y rectos, y corrige a los vanos y delincuentes. Tolera pacientemente a aquellos que son duros como piedras, no con dureza ni con ímpetu de ira como el aquilón, sino haz todas las cosas con moderación. Hazlo así para que no disperses el rebaño de Cristo. También refrena a ti mismo y vive según la regla del más sabio maestro, instruyéndote del hombre más fuerte, que produjo las aguas y las dividió en riachuelos, que hace germinar la tierra y florecer los árboles frutales, que exaltó las montañas y las puso sobre los valles, que estableció el firmamento con todos sus ornamentos, que hizo soplar los vientos y volar el fuego con el aire. Este hombre también es bendito, pues toda

bendición procede de él, y es llamado hombre porque creó todas las cosas y todas las cosas virtuosas y fuertes las produjo virilmente.

Por tanto, imbuye tu mente con los riachuelos de las Escrituras y con la conversación de los santos y cómo vivían. Prohíbe a tu cuerpo que germine las riquezas del diablo, sino que haga germinar virtudes por la buena doctrina, y asciende al monte de las virtudes, haciendo esto por humildad, y produce en tus hermanos flores como de los árboles. Sé también sol por la doctrina, luna por la diferencia, viento por el magisterio diligente, aire por la mansedumbre, fuego por la hermosa palabra de la doctrina. Comienza estas cosas en la hermosa aurora y perfecciónalas en la luz resplandeciente, y persiste en ellas diligentemente para que vivas eternamente.

Epístola 93: R93: Abad W. von Bouzonville a Hildegard von Rupertsberg

Abad de Bouzonville a Hildegarda.

Por la gracia de Dios, VV., aunque indigno, abad de Bouzonville, a Hildegarda, su muy querida y consagrada virgen a Dios, lo que es más feliz en la vida eterna.

Dado que en las tormentas de tribulaciones, la gracia de Dios te ha concedido ser un puerto de salvación para todos los que a ti acuden, nosotros, en peligro, no dudamos en extenderte nuestras manos suplicantes. Por lo tanto, con esta carta te informamos que nuestra iglesia, que por la misericordia de Dios ha sido mantenida en gran honor durante muchos años, ya por nuestros pecados ha sido salpicada por el detestable rumor de la infamia. Pues algunos de los nuestros, instigadores del mal, sugiriéndoles el diablo, quien siempre está en contra del bien, no cesan de perturbar nuestra casa y a todo el convento con todas las perturbaciones posibles.

Para resumir, la desenfrenada soberbia de ellos ha llevado a que todos digan que nuestros pecados ocultos ya se han hecho manifiestos. Por lo tanto, llevando esta carga de opresión a ti con la esperanza de alivio, humildemente te pedimos que nos escribas alguna palabra de consuelo sobre este asunto. Y ante todo, te rogamos encarecidamente que nos reconcilies con Dios y con los hombres mediante tus oraciones.

Adiós.

Epístola 94: R94: Hildegard von Rupertsberg a Abad W. von Bouzonville

Respuesta de Hildegarda.

En la visión que mi alma frecuentemente ve al estar vigilante, observo en tu lugar un torbellino como en una alternancia de nube resplandeciente y negra y turbulenta, y el mismo lugar muy agitado. Pero en tu alma veo tres colores: primero en la negrura de la malicia y la ira; segundo en el humo del gusto de la inutilidad; y tercero en la semejanza de la aurora resplandeciente de la benevolencia y del suspiro que anhela a Dios. Sin embargo, veo una gloriosa luz en algunas personas de tu comunidad que asciende, y por eso Dios sostiene ese lugar con su ayuda.

Tú, buen pastor, mira ese campo que está bendecido por Dios en la plenitud de los frutos, y sobre el cual viene una nube negra que lo daña mucho y hace que su fruto sea peor que antes. Esto es el tedio y la maldad que están en el corazón de aquel que conoce el bien y puede realizarlo, pero que en ambas partes, es decir, el tedio y la maldad, ocupa su mente y así se impide de hacer buenas obras.

Hijo de Dios, huye de esto y trabaja en el campo fructífero con el fuego del Espíritu Santo antes de que llegue el día en que ya no puedas trabajar más.

Epístola 95: R95: Abad A. von St. Martin in Köln a Hildegard von Rupertsberg

Abad de San Martin en Colonia a Hildegarda.

A la dama amada por Dios, Hildegarda, de A., humilde ministro de San Martín en Colonia, para que después del curso de esta vida presente posea el paraíso de la eterna bienaventuranza.

Dama, dama, como verdaderamente se cree, amada y bendecida por Dios, sé que todas las cosas que la virtud divina obra a través de ti son verdaderamente santas. Tampoco dudo de que todo lo que pides a Dios lo puedes obtener, como afirman los hombres fieles que han probado esto en verdad. Por lo tanto, con la seguridad que puedo tener, te ruego a ti, santa, que implores la misericordia de Dios por mí, pecador, para que, fluctuando tanto y laborando en miserias, Él se digne concederme algún consuelo de su misericordia.

Ciertamente, mi espíritu está angustiado de manera inexpresable dentro de mí, y mi corazón está turbado por lo que, ay, por mis pecados, he padecido durante muchos años y ahora especialmente. Nadie, excepto Dios, puede conocer esto, cuyos ojos todo lo ven y lo entienden. Y porque estas cosas están solo en el conocimiento de Dios, lo que siento hacia mí mismo, ni siquiera si se contaran a cualquier mortal serían creíbles, ya que escucharían cosas inexperimentadas y fuera de la fe. Por eso, por la gracia del Espíritu Santo, tu cooperador y protector, te suplico que cualquier cosa que Él te revele sobre mí o te muestre alguna esperanza para mí, me lo comuniques a través de este reverendísimo señor abad, tal como él mismo ha prometido.

Dama venerable en Cristo, ojalá pudiera haber venido a la presencia de tu santidad como deseaba, y hablar contigo cara a cara. Sin duda, podría explicarte todo lo que hasta ahora ha estado escondido del conocimiento de todos. ¿Qué puedo decir entonces? Sé, por la

enseñanza de las Escrituras y la fe cristiana, que a nadie en la carne le está permitido desesperar de la misericordia de Dios. Guiado por esta esperanza, y especialmente sabiendo que Dios está manifiestamente contigo, he presumido sugerirte las causas de mis miserias en estas cartas, no dudando que de alguna manera podré encontrar consuelo a través de ti, lo cual pido fervientemente, si es posible.

Que tu esposo, Cristo, te mantenga firmemente en sus abrazos.

Epístola 96: R96: Hildegard von Rupertsberg a Abad A. von St. Martin in Köln

Respuesta de Hildegarda.

De la luz viviente, escuché estas palabras: Tú eres como un herrero que funde muchos vasos, pero no los hace brillar con el fuego. Aprende de esto a que tus obras no carezcan del fulgor de la caridad, sino que las rodees con discernimiento para que cada una de tus obras sea razonable. Y haz esto también con abstinencia, oración y en la buena costumbre de los santos, que emanaban como riachuelos de la fuente viva y daban alimento a los hombres que podían consumir con alegría. Porque si se dan espinas en lugar de pan, no se pueden comer, y de la misma manera, si los maestros dicen palabras estridentes a los discípulos, no los edifican, sino que los llevan al error.

El maestro debe cribar las palabras de su doctrina en la dulzura materna, de modo que los discípulos abran su boca con alegría y las consuman. El molino muele el grano y lo divide en muchas variedades; así también, los plantadores de la iglesia tomaron los preceptos legales del Antiguo y del Nuevo Testamento. Porque la antigua ley mostró a Cristo el Señor por medio de la profecía, pero Cristo mismo envió su palabra predicándola por toda la tierra. El molino, pues, es la antigua ley, que en Cristo produjo todo el grano de la verdad, y la harina pura, que se criba de toda la paja, es la virginidad, que es la materia de toda vida espiritual en la iglesia y que engendra la prole de la obediencia. De ahí que los hijos obedientes sean el beso de la boca de Cristo. El maestro también debe tener a los discípulos obedientes en el abrazo de la caridad y no en la ofensa de la ira, porque son el beso de Dios y deben ser alimentados con el pan de la harina pura.

A los hijos desobedientes se les debe dar harina dura, es decir, corrección áspera. Pero a aquellos que abandonan por completo la obediencia, se les deben dar salvados, que comen los animales que carecen de entendimiento. Sé prudente y mantén la memoria de la santidad de aquellos que comieron maná y bebe de los riachuelos de agua viva. Sé pacífico y temeroso en Dios, para que florezcas en su jardín con la verdor de otros buenos pigmentos y evita la insensatez de aquellos que abandonan el sol que ven y buscan otro que no pueden ver ni encontrar.

Evita también a los nuevos pigmentarios que quieren establecer la ley en su propia propiedad y no prevalecen. Ahora, comienza en aquel que es, para que termines en aquel que era y que ha de venir. Estás puesto en dos caminos por Dios, de modo que él te llama en el buen conocimiento y te protege del mal conocimiento. En estos caminos hay obras resplandecientes y muchas pasiones de tribulaciones y angustias cuando te elevas a ti mismo con las dos alas del conocimiento del bien y del mal. Por tanto, considera las tres fuerzas que Dios ha puesto en el hombre: el entendimiento, la sensualidad y el movimiento del cuerpo, que todos le son conocidos según su capacidad.

En estas tres fuerzas y en estos dos caminos predichos, Dios te tiene. Pues ves con el entendimiento por el Espíritu del Señor, y sientes el mal con la sensualidad por el cuerpo. Conoces el bien y el mal, y eres espiritual y corporal. La gracia de Dios te llama en la amonestación, y el Espíritu Santo te enciende con su fuego para que ames a Dios y asciendas a él con buenas obras. Pero la sugerencia del diablo a veces te aparta de la amonestación de Dios y te impide amar a Dios, y por su incendio te muestra que eres hombre y por eso declara que es imposible para ti hacer a veces cosas invisibles. Porque la sugerencia del diablo sopla una negra y mala alternancia al hombre cuando niega a Dios.

Pues cuando el diablo niega a Dios, sabe que es un engañador, porque cuando sabe que él existe, sabe que Dios existe. Sin embargo, él tiene una parte en el pecado de los nacidos, a través de la cual lacera a muchos en la carne. Porque quien dice en su corazón que no hay Dios, niega el cielo y la tierra y todos los seres vivientes que están en Dios y con Dios, y se niega a sí mismo. Es una gran insensatez que el hombre, que se ve y se conoce, diga en su duda que no es, porque incluso el pequeño polvo no existe sin Dios. Pero cuando el hombre supera su cuerpo en esta duda, también mata al diablo en las iniquidades espirituales, por lo que recibirá la recompensa y la corona ante Dios y sus ángeles, y ante todo el ejército celestial.

El soplo del diablo introduce al hombre muchas cosas ilícitas que la buena ciencia se avergüenza de decir. Su consejo es que la vana gloria acuda al hombre, como hizo allí donde construyó una gran ruina, con la que hizo circular la rueda del nacimiento del hombre como en una tormenta. Su incendio es que provoca al hombre, hecho a imagen de Dios, a muchas cosas ilícitas, por lo que también le muestra muchas cosas imposibles en las criaturas, pero él no tiene posibilidad alguna en ellas. Por tanto, infunde sus persuasiones en el hombre para que realice su maldad en la elección, y así lleva la ley de Dios al ridículo, de modo que cada hombre establezca la ley para sí mismo como un dios por la propiedad de su voluntad. Y esto le agrada mucho, porque no quiere estar sujeto ni él ni ningún otro a Dios.

Pero tú, hijo de Dios, el Dios que te creó te quiere para la victoria de su milicia, para que aparezcas en el ojo de su conocimiento, porque no te abandonará. Mira, pues, al sol por la fe, para que seas un siervo fiel, y en la noche atiende a la luna cuando los vicios te quieran oprimir, de modo que el temor del Señor pase por todo tu ser y no seas herido, sino que vivas eternamente.

Epístola 97: R97: Preboste R. von Zwettl a Hildegard von Rupertsberg

Preboste de Zwettl a Hildegarda.

A la santa y venerable madre, Hildegarda. R., siervo de los siervos de Dios en Wetel, para ver al Rey de reyes en su belleza en la tierra de los vivientes. La gracia de Dios en tus labios, manifestada por el Espíritu dado a ti para la utilidad de muchos, prueba que has recibido el Espíritu de sabiduría e inteligencia, quien es de Dios y es Dios. Este Espíritu sopla donde quiere, y tiene misericordia de quien quiere y endurece a quien quiere.

A sabiendas de esto, me ha complacido consultar tu prudencia con esta carta, es decir, invocar al Espíritu Santo, autor de tu prudencia, para disipar la oscuridad de mi mente a través de ti. Porque llevo una carga pesada, a saber, el oficio de cuidado pastoral, que llevar hasta el final es difícil y laborioso para mí, ya que no soy digno por el mérito de mi vida ni por la doctrina de la sabiduría. Sin embargo, dejarlo sería igualmente peligroso.

Por lo tanto, suplico a tu santidad que en esta fluctuación consueles mi pusilanimidad y te dignes a escribirme lo que al Espíritu Santo le plazca revelarte sobre este asunto.

Adiós.

Epístola 98: R98: Hildegard von Rupertsberg a Preboste R. von Zwettl

Respuesta de Hildegarda.

En tu mente, exageras pensando que deseas descansar y desistir de cualquier labor, y así no levantas tu mano para trabajar en la obra de tu maestro, sino que con dientes rechinantes dices en tu interior: "No puedo soportar todo lo que me contradice y se me opone". Pues este tiempo es semejante al tiempo de los hijos de Israel, cuando sus líderes, instruyéndolos en los preceptos de Dios, trabajaban arduamente, pero ellos, despreciando a Dios, miraron hacia el pozo de su propia propiedad. Esto también sucede ahora en los hijos de Israel, es decir, en el pueblo espiritual que está en la contemplación de Dios. Pero, aunque los hijos de Israel hayan pecado de cualquier manera, Dios nunca los ha dejado sin maestro. Incluso el maestro inmaculado vino al final, quien en su humanidad hirió toda iniquidad y fue el más poderoso de todos, porque nadie apareció semejante a él. Pero mira lo que él sufrió de los injustos y qué ejemplo dejó a los maestros.

Pero tú dices en tu interior: "No puedo realizar ningún bien en ellos". Por tanto, mira dentro de ti y observa cómo los portas y sostienes, para que ni ellos sean culpados contigo, ni tú seas culpable con ellos. Pues quien ama la justicia y aflige la iniquidad, y no se comunica con ella en nada, es justo, aunque no sea escuchado por sus discípulos. Porque Cristo reunió a sus amados y elegidos, aunque no fue recibido por todos los hombres.

Mira también dentro de ti con la circuncisión de la justicia de Dios, como está escrito: "Desde dentro, con flecos dorados, rodeada de variedad". Esto es, en tu mente y corazón, sé manso y humilde, y esto también debe hacerse con flecos dorados, para que lo hagas con sabiduría y, con la circuncisión de la justicia, corrijas a tus

subordinados, teniendo la caridad con esa variedad, para que la esparzas por todas partes, como los vientos se dividen en sus fuerzas.

Porque el Aquilón golpea y no perdona en absoluto, pero hay otro viento que en algo se le asemeja y lo sostiene. Otro viento, sin embargo, se le enfrenta con suavidad, pero otro los modera a todos. Porque el Aquilón es una corrección firme, en la que se oculta cierta ira, pero otro viento lo sostiene con severidad y discreción, para que el hombre corrija justamente. Sin embargo, el viento que se les opone enseña al hombre a ser misericordioso y piadoso, de modo que en sí mismo también recuerde ser otro hombre. Y así, este viento es el ojo de los mismos vientos. Pero un viento ardiente modera a todos estos vientos con caridad, y los divide y distingue, para que el Aquilón no caiga con la enfermedad que cae, como cayó Satanás, sino que persevere en la rectitud, y para que el viento severo consista en la constancia de la justa venganza, como está escrito: "Enojarse, pero no pecar". Esto es, la ira debe ser tal que no se una a la iniquidad consintiendo, y no pisotee completamente al hombre con crimen odioso.

Por lo tanto, el viento más suave, templado por el mencionado viento ardiente, persiste con corrección discreta, como hace el que golpea a su hijo con la vara, a quien sin embargo ama. De esta manera, températe, divide y distingue en fe y temor de Dios, corrígete. Entonces, los juegos de los vicios y la obnubilación de los modales inquietos huirán de ti, y el fuego del Espíritu Santo arderá en ti.

Epístola 99: R99: Nikolaus von Heilsbronn a Hildegard von Rupertsberg

Nikolaus abad en Heilsbronn. A Hildegarda.

A la venerable y muy amada en Cristo, madre y señora Hildegarda, de San Roberto, el hermano Nikolaus, llamado abad en Heilsbronn, le desea todo lo más feliz que se pueda desear o esperar mejor. Cierto de que siempre habéis considerado proveer lo más útil a todos, os ruego atentamente que también me aconsejéis con vuestro afecto habitual.

¿Por qué no he visitado vuestra santidad durante tanto tiempo? Creo que no os es desconocido, ya que lo he deseado profundamente. Pero lo que no puedo hacer en obra, lo realizo con la mente. ¿No es así? No hay necesidad de otro testigo aparte de vos.

Ahora suplico, pido, insisto para que me sea dada la consolación divina a través de vos, es decir, que sea advertido por vuestras cartas y liberado del mal por vuestras santas oraciones. Pues sabemos que para Dios nada es imposible, ni se os puede negar esto.

Adiós.

Epístola 100: R100: Hildegard von Rupertsberg a Nikolaus von Heilsbronn

Respuesta de Hildegarda.

La verdadera luz en la iluminación, dice por boca de la sabiduría: La antigua ley dejó atrás los signos oficiales y se cansó de escuchar la palabra, y no quiso trabajar. Así, llegó a su fin. Entonces la iglesia se levantó bajo el estandarte del rey y observó la misma ley con el ojo más puro, sin cansarse, sino que trabajó de buen grado. Así debes hacer tú, oh valiente soldado.

Y además, cuando un guerrero saca a su ejército, si un hombre vil permite que su estandarte caiga, otro hombre muy fuerte lo levanta y lo lleva con vigor, por lo cual su señor lo ama mucho y le da una gran recompensa. Así te sucederá a ti si, en lugar de Cristo, trabajas arduamente con él. Tu mente brilla con cierta buena intención hacia Dios, pero un viento de torbellino de inutilidad te fatiga, del cual el Espíritu Santo te librará.

Las calles de algunas ciudades están llenas de lodo, el calzado de algunos hombres está lleno de podredumbre, y la justicia está oscurecida por la iniquidad. Los preceptos de la ley están violados junto con la transgresión de los mandamientos de Dios. Por lo tanto, los pastores deben lamentarse y cubrirse de ceniza, porque los grados establecidos de la iglesia ya no quieren saber lo que son. Pues la cabeza carece de ojos y los pies no tienen caminos, ya que las abominaciones de la iniquidad excesiva de los hombres aún no han sido purgadas completamente de la mano de Dios.

Sin embargo, estos males no durarán mucho tiempo y una luz mejor brillará más que la anterior. Ahora bien, algunos hombres están divididos en dos partes en su corazón: por una parte, con la altivez de su mente, quieren saberlo todo; por otra, odian el progreso de aquellos que caminan por el camino recto. Esta perniciosa turba

diabólica, que se llama el corazón del mal, los fatiga intensamente y de manera nociva. Y este tipo de espíritus malignos no se atreve a contradecir lo que Dios ha establecido, sino que distraen cada causa ajena, de modo que lo que quieren y eligen en la perdición, lo llaman bueno y santo en Dios en su estimación. Así llevan al pueblo a una gran burla.

¿Pero cómo debe evitarse este tipo? Se destruye con la humildad y estabilidad de los hombres fieles.

Epístola 101: R101: Abades de Borgoña a Hildegard von Rupertsberg

Algunos abades. A Hildegarda.

B. de Bellevaux. G. de Clari Loci. A. de Clarifontis. R. de Caritatis. G. de Bethania llamados abades. ¡A Hildegarda, elegida esposa de Cristo, que florezcas en gracia y alabanzas con cánticos! De todo corazón, con júbilo, ofrecemos acciones de gracias al dador de todos los carismas espirituales. Él, que no se desdeña de renovar sus antiguos milagros en nuestro tiempo. Por esto, fácilmente entendemos que no nos defrauda con sus promesas, con las que consoló a los suyos diciendo: "¡He aquí, yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo!". Aunque nos encontremos indignos de estas promesas, sin embargo, con la cooperación del Espíritu Santo en vuestros corazones, reconocemos que nuestros corazones están inflados de gracia. Aunque ignorantes en la creación de libros y otras maravillas, y a aquellos que son asombrosos en el presente, la armonía celestial asombra maravillosamente. Y antes de ser desconocido para los mortales, por vosotros se hace manifiesto. ¿Y qué maravilla? Ahora, en verdad, como verdadera esposa de Cristo, inmaculada y apoyada en vuestro amado, cuya mano izquierda está bajo vuestra cabeza y su derecha os abraza, quien os condujo a su cámara y os reveló excelentemente sus secretos. Que el Señor os fortalezca en esto, deseando fervientemente que se os revele algo de nuestro estado divinamente y nos lo insinúeis. ¡Os lo pedimos humildemente!

Pero esta mujer, portadora de la presente carta, es una mujer noble y esposa de un hombre muy amado. Ella ha venido a ti con mucha devoción, humilde y a pie, aunque podría haber venido en caballos y con mucho séquito. La razón de su llegada es esta: ha permanecido estéril durante mucho tiempo, aunque al principio engendró hijos, pero tras su muerte, no ha vuelto a concebir. Ella y su marido son

afectados por un dolor vehemente. Por eso acude a ti, sierva y amiga de Cristo, teniendo confianza en que, por tus méritos y oraciones, obtendrás de Dios que pueda ser fecundada de nuevo y ofrecer a Cristo el bendito fruto del vientre en la procreación de hijos. Por eso nosotros, rogados por ella y su marido, te pedimos que intercedas por ellos ante Dios en esta petición, ¡y que merezcan obtener lo que desean!

Epístola 102: R102: Hildegard von Rupertsberg a Abades de Borgoña

Respuesta de Hildegarda.

¡Oh personas que, por la gracia de Dios, estáis en la vocación pastoral del Señor! Aprended de la primera vocación de Adán, cuando Dios le dijo: "¿Dónde estás?" después de que se convirtiera en transgresor por desobediencia. Entonces, su nombre era como tierra oscura, pero Dios le dio vestiduras, sabiendo que, por él, tomaría la túnica de la humanidad. En esta misma túnica, lo llamó con clara voz de misericordia, cuando el hijo pródigo, recordando su situación, dijo: "¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí perezco de hambre!". Y su padre lo recibió con alegría.

A vosotros, maestros, os corresponde ver con el primer ojo de claridad, que Dios llamó a Adán por un camino ajeno, es decir, por el beso de la humanidad en el ternero cebado, diciendo así: "El hombre pereció por la desobediencia, pero lo redimiré por la penitencia". Subid al monte alto y haced tabernáculos en el valle, y permaneced en ellos mucho tiempo. Pues cuando miráis hacia arriba, siguiendo a Dios, ascendéis al monte, y también miráis a la profunda humildad, ya que el Hijo de Dios, en su humanidad, llevó al hombre entero. Y en todas vuestras obras, es decir, en vosotros mismos y en los demás, observad la humildad y perseverad en ella por mucho tiempo.

Cuidado, pues, de que vuestra mente no sea como un monte negro, donde el hierro se convierte en carbones ardientes por las artes de los herreros. Esto es como los malos hábitos en mala costumbre, a veces pensando, a veces deseando, a veces haciendo cosas que son inútiles y que no preparan la santidad, sino que causan daño por la lascivia. Huid de estas cosas, soldados de Dios, y contemplad

aquella luz que habéis probado un poco, y levantad rápidamente hacia la santidad, porque no sabéis cuándo llegará el fin. Pues Dios dio la racionalidad al hombre. Porque, por la palabra de Dios, el hombre es racional, pero la criatura irracional es como un sonido. Así, Dios constituyó toda criatura en el hombre. Y a la racionalidad le dio dos alas, una ala derecha que significa el buen conocimiento, y la ala izquierda que significa el mal conocimiento. En estas alas, el hombre está, como si fuera un ser alado, y también como si fuera día y noche. Pues cuando el día oprime a la noche en el hombre, el hombre se llama buen soldado, porque supera el mal con fuerza militar. Por lo tanto, vosotros, hijos de Dios, luchad por Cristo durante el día y evitad la niebla que nubla el día en la quietud de la mente, y también evitad las insidias nocturnas que hablan con exceso de voluntad propia en la expansión del corazón, y sed como el día que es tocado por el rocío al amanecer y luego se templa en una calma agradable. Probando todo con discreción y proveyendo rectamente lo que es bueno para vosotros y para los demás. Por tanto, habitad en las cavernas de la paloma con pura simplicidad, para que tengáis la voz de júbilo y salvación en los tabernáculos de los justos. Pues Dios puso la voz vital del aliento de vida en la racionalidad, es decir, la voz de júbilo que ve y conoce a Dios en la fe con buen conocimiento. Y esta misma voz resuena en la trompeta bien sonante con obras de benevolencia. Esta voz tiene el abrazo de la caridad, de modo que incluso recoge a los mansos con humildad y unge las heridas con misericordia. La caridad también fluye con la corriente de agua del Espíritu Santo, es decir, con la paz de la bondad de Dios. La humildad también prepara un jardín con todos los frutos de la gracia de Dios, que tiene el círculo de toda la verdura de los dones de Dios. La misericordia, por su parte, suda bálsamo para todas las necesidades que afectan al hombre. Esta misma voz de caridad suena en la sinfonía de todas las alabanzas de la salvación. También suena en lo alto por la humildad, donde ve a Dios y donde

lucha contra la soberbia con victoria. Esta voz, por la misericordia, clama con voz lacrimosa y gozosa, porque reúne a los pobres y cojos hacia sí y pide ayuda del Espíritu para cumplir todas estas cosas con buenas obras. Esta voz resuena en los tabernáculos, donde los santos brillan con las construcciones que se prepararon en este siglo. Vosotros, hijos de Dios, uníos a la voz de los buenos, donde están los justos, y Dios os recibirá porque os quiere, y viviréis eternamente.

Lo que pedís de que la matrona sea fecundada con ayuda, está en la voluntad y poder de Dios, porque él sabe dónde conceder descendencia y dónde quitarla, ya que no juzga según la vista de los hombres, sino según el juicio interior. Pues porque lo pedís, oraré a Dios por ella, pero que Él haga lo que dispuso hacer piadosa y misericordiosamente.

Epístola 103: R103: Abad E. von Averbode a Hildegard von Rupertsberg

Abad de Averbode. Hildegarda.

Coronada con flores de virtudes santas, Hildegarda, gloriosísima sierva de Cristo de Bingen. E., humilde e indigno proveedor de los hermanos en Eberbach, por la dedicación al buen propósito, remunerado con el denario diario del Evangelio. No cesaré de dar inmensas gracias a Dios, quien ha colocado a vuestra persona excelsa como una lámpara ardiente y luminosa, no oculta bajo un celemín sino sobre el candelabro. Él, que con visita angélica y la gracia de su Espíritu no deja de proteger y consolar vuestra reverenda santidad, quien también ha difundido la buena fama de vuestra reputación, no solo en la región de Germania, sino también en nuestras y otras partes del mundo, tan ampliamente como el buen aroma de su fragancia, de modo que con razón podéis decir con el apóstol: "Somos el buen olor de Cristo para Dios en todo lugar".

Y nosotros, congratulándonos por tan alto pico de vuestra piedad, nos vemos compelidos a decir: "¡Cuán hermosa te has hecho en delicias, hija del príncipe! Nos regocijaremos y nos alegraremos en ti, recordando tus caricias más que el vino". En ellas, nosotros, los débiles, encontramos qué succionar, y los fuertes y robustos, según la sabiduría dada por Dios a vos, tomando alimento sólido, pueden decir irreprochablemente: "Tus labios destilan mirra escogida y tus labios destilan miel, oh esposa amada por Dios". Porque la ciudad situada en el monte de las virtudes no puede esconderse, ya que el Señor os ha constituido una columna inamovible e inconmovible en medio de su iglesia, para que, entre los peligros tempestuosos de este mundo, su pueblo, redimido por el precio de su sangre, aprenda por vosotros qué debe desear y qué debe evitar, y, instruido por los ejemplos de vuestras buenas virtudes, progrese de día en día y

ascienda de virtud en virtud sin pereza, para poder ver al Dios de los dioses en Sión.

Confiando, pues, en la obtención de vuestras oraciones, aunque no sea digno de recibir la corona de los trabajos, al menos sea mi premio haber huido del castigo. Por tanto, me encomiendo diligentemente a vuestras oraciones, porque muchas veces he ofendido la piedad de Dios con grandes pecados. Adiós, amadísima señora, y rogad por mí, indigno, al Señor, y con las palabras dadas por Dios, saludadme.

Epístola 104: R104: Hildegard von Rupertsberg a Abad E. von Averbode

Respuesta de Hildegarda.

Las flechas que vienen con la incredulidad y la contumelia de las palabras maliciosas son semejantes al viento peligroso que de repente llega al corazón del hombre. Y esta es la tempestad del primer ángel, en la cual él despreció a Dios. A menudo veo en la felicidad del hombre, a quien Dios ama mucho, que estas penas se le presentan, porque el enemigo reconoce su felicidad y quiere oprimirlo en esta tempestad para que caiga con él. Pero no puede arrebatarlo del seno de Dios. Sin embargo, la angustia y la tribulación le llegan de los elementos, pero en una medida tal que Dios lo vigila.

Así como la iglesia ha recibido la nueva generación de nueva prole en la sangre de Cristo, así también era necesario y apropiado que el don del Espíritu Santo, es decir, el agua, se uniera con la sangre de Cristo, porque también la corrupción está en la sangre de cada hombre. Pero también te aconsejo, oh padre de familia en el monte Sión, que seas como una trompeta que toca vigorosamente en el pueblo espiritual de tu rebaño, para que no decaiga en la caridad y en la obediencia, y vivas eternamente. En ti mismo también ten ojos por todas partes, para ver la justicia y la verdad, de modo que tu alma siempre vigile, para que no te veas impedido por el ruido de este mundo.

Epístola 105: R105: Richard von Springiersbach a Hildegard von Rupertsberg

Ricardo, abad en Springiersbach. A Hildegarda.

Ricardo, siervo de Dios en Springiersbach, ministro indigno, a Hildegarda, de la congregación de San Roberto, santísima y digna dispensadora ante Dios, para que, después del fin de este mundo, reciba la compañía de la ciudad celestial. La razón por la cual he encargado a este portador de la presente carta que os asista y hable por mí ante vuestra santidad es esta: porque yo mismo, queriendo venir por mí mismo y para mí, y no pudiendo, confieso que he consumido en vano muchos días y años pensando en ello hasta ahora. Pues cuánto, ciertamente, y desde cuándo he deseado, desde el principio, estar en la presencia de vuestra santidad y conversar con vos, lo testifico ahora delante de Dios, a quien todas las cosas están desnudas y abiertas, no falsamente, sino de verdad y con sinceridad.

Así pues, yo, infeliz, colocado en la dispensación o administración de la cura pastoral, y destituido por completo de las fuerzas tanto de mente como de cuerpo, porque me considero absolutamente inútil, débil y desproporcionado para dispensar o administrar estas cosas, no hago más que lamentar y llorar, y desear cada vez más ser liberado de este cuerpo de muerte. Ahora, pues, santísima y bendita entre las mujeres, deseo consultar con el Señor a través de vos sobre mi situación, según la costumbre, y saber si ya debo cesar y desistir de esta ocupación y dispensación, si eso fuera posible, sobre todo desearía conocer y averiguar esto por medio de vos.

Por tanto, os ruego, por causa de Dios, que me hagáis saber cuanto antes el tenor de esta cuestión mediante cartas selladas y cerradas según la costumbre, y que consoléis mi corazón afligido con vuestro consejo y ayuda en el Señor.

Epístola 106: R106: Hildegard von Rupertsberg a Richard von Springiersbach

Respuesta de Hildegarda.

Escucha los misterios de Dios. El Señor, que posee a la familia que le está sujeta, cuando elige a alguien de esa misma familia, dándole un lugar de santificación para que lleve la carga con él, si esa persona se excusa diciendo que no es digna de soportar dicha carga, y su Señor no lo escucha porque le agrada que lleve la carga, no debe conmover a su Señor. Sino que debe obedecerle humildemente en la medida de sus posibilidades. Si después, en esa misma causa, algún defecto o falta de utilidad surge debido a la debilidad de su entendimiento o conocimiento, no le perjudicará, porque su Señor lo proveerá.

Ahora, padre y amigo en lugar de Cristo, considera esta palabra y escucha. ¡Tu boca es celestial, y tu mente florece como una nube! Por lo tanto, que tu raíz ascienda y adora a tu Señor Dios, vistiéndote con la armadura y luchando contra los vicios, huyendo de la lascivia y no abrazando la avaricia. Y el Dios a quien invocas en secreto te recibirá en su amor.

Epístola 107: R107: Abad S. von Rothenkirchen a Hildegard von Rupertsberg

Abad en Rothenkirchen. A Hildegarda.

S., que tiene el oficio de pobre prelado en Rothenkirchen, a su señora y madre, Hildegarda, de San Roberto en Bingen, afecto de íntima devoción y oración. Como proclama la multitud de fieles, no es de extrañar que Dios, cuando es invocado por vos, se haga presente, pues también es evidente para vos que tenéis una fe no fingida en Él. Y lo que es aún más notable, es que, con su favor y gracia, habéis consagrado la integridad de vuestra pureza a Él, y desde entonces habéis vivido hasta ahora en santidad y justicia ante Él como un vaso de elección.

Sin duda, quien os ha establecido para vivir de esta manera, y, lo que es más importante, quien ha hecho que los secretos de sus misterios se revelen a través de vos, también considera digna cualquier petición que hagáis en su nombre. Y ciertamente, lo que se dice de vos, lo que he oído y en parte visto, creo sin ninguna duda que es divino y santo, y no puedo dudar en absoluto de ello, sabiendo que nada es imposible para Dios. Pues Dios, así como a través de hombres profetas, también ha querido y podido revelar los secretos de su divinidad a través de santas mujeres, como lo testifica Joel: "Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos e hijas; también sobre mis siervos y siervas derramaré mi espíritu".

Además, se lee que Débora, Hulda, Ana la madre de Samuel, Isabel la madre de San Juan Bautista, y otras mujeres devotas a Dios, poseían el espíritu de profecía, aunque estuvieran casadas. ¿Cuánto más vos, que desde los años de vuestra infancia habéis guardado la pureza para Dios, sin experimentar la fragilidad de la carne? Doy inmensas gracias, señora, a la omnipotente misericordia, por haber

merecido llegar a conocer vuestra beatitud. Por eso, humildemente llamo a las entrañas maternas de vuestro ser, para que me enviéis palabras de consuelo por escrito, y así, como lo habéis hecho en muchas ocasiones con vuestra voz viva, también ahora me levantéis y confirméis en la memoria con lo escrito, mientras fluctúo en las tempestades.

Epístola 108: R108: Hildegard von Rupertsberg a Abad S. von Rothenkirchen

Respuesta de Hildegarda.

Tu mente es semejante a una nube nívea que trasciende la nube aérea en la cual el sol resplandece, y a veces también es semejante a una nube turbia que trae la tormenta. La nube nívea representa el tedio de una mente errante; la nube aérea, en cambio, señala la pura sabiduría que se alcanza a través de la paciencia que tiene fe. Sin embargo, la nube turbia trae consigo la turbulencia de una gran tristeza en las mentes inquietas.

Debes entender que la nube nívea contiene un aire que no es ni frío ni caliente, y del cual no crecen aromas útiles. Por otro lado, el aire puro da rocío, una temperatura equilibrada y lluvia, de la cual prosperan los jardines y las flores. Pero la nube turbia trae el aire del norte, que seca toda la vegetación y hace caer las flores.

Evita estas cosas y permanece en el aire puro. Mantente firme y recuerda al Creador en la vida que no conoces, no huyas de Él cuando lo veas y no lo reconozcas. El espíritu de esa vida, llamado alma, exhalaba su fragancia cuando el alma misma procedía de ella. El alma realiza y evalúa obras, ya sean buenas o malas, y con esas mismas obras, el espíritu se convierte en un molino de gran fuerza. Construye, pues, una edificación de buenas obras, para que cuando el ciclo de tu alma esté inactivo, esa edificación sea encontrada. Si no se encuentra, caerá en ruina.

Por tanto, vigila diligentemente antes de que se acerque la sombra de tu muerte. El ardiente Espíritu Santo te ayudará en esto.

Epístola 109: R109: Abad H. von Flonheim a Hildegard von Rupertsberg

Abad de Flonheim. A Hildegarda.

A la santa y venerable madre en Cristo, su señora, Hildegarda de Bingen. H., prelado de Flonheim, aunque indigno, le ofrece mucha devoción en oración y servicio. Dios, que escudriña los corazones, sabe cuán gustosamente honraría vuestra santidad con mis servicios, si por disposición divina recibiera el lugar y la oportunidad para ello. Mientras tanto, os ruego que aceptéis mi devoción, y como os pedí anteriormente de palabra, orad por mí al Señor para que os revele lo que me concierne, a fin de que pueda dar gracias por los bienes y, en cuanto a los males, satisfacer a Dios con frutos dignos de penitencia antes de morir.

Cualquier cosa que el Señor os muestre sobre mí, dignaos comunicarla por escrito, y tenedme encomendado en vuestras oraciones. Os habría escrito más extensamente y con mayor familiaridad si no fuera por la enfermedad de mi cuerpo que me lo impide.

Epístola 110: R110: Hildegard von Rupertsberg a Abad H. von Flonheim

Respuesta de Hildegarda.

La Luz viviente te dice que vigiles diligentemente y que no recojas el tedio en el cesto de tu mente, como si fueras un extraño, como si no tuvieras la capacidad de hablar. Sin embargo, Dios te exige que tengas la capacidad de corregir a tu rebaño. Por lo tanto, acúsate a ti mismo, porque no ves a Dios en la fuente más pura en este asunto, sino que solo dices: "Dios, Dios mío, ayúdame", y aun así, no lo tocas con tus acciones. ¡Oh buen soldado, ahora levántate, porque la gracia de Dios corre hacia ti y vivirás eternamente, de manera que serás una piedra viva en la Jerusalén celestial!

Epístola 111: R111: Abad W. von Hane a Hildegard von Rupertsberg

Abad en Hane a Hildegarda.

A Hildegarda, amada por Dios y venerable maestra de las hermanas de San Roberto en Bingen, Vv., prelado de los hermanos en Hane, aunque indigno, os desea el don del conocimiento y la sabiduría, y la recompensa de la perpetua integridad. Tan pronto como escuché la fama de vuestra santidad, me apresuré a enviaros mis cartas para saludaros. Pero, como no estoy seguro de si llegaron a vuestras manos o no, he añadido nuevas cartas a las anteriores y continúo enviándolas muchas veces, hasta que sepa con certeza que han sido entregadas en vuestra presencia.

Y ahora, en estas cartas que os envío, me refugio, muy pobre y necesitado, en la ayuda de vuestras oraciones. Porque, aunque conservo la figura humana, no sé si he recibido algún don del Altísimo: mi visión se oscurece, mi oído se ensordece, mi lengua se restringe por la falta de palabras, y la devoción de mi mente en las alabanzas divinas se silencia por la lentitud de mi entendimiento. Mi memoria se vacía por la fragilidad, mi ánimo se infla de orgullo, se enciende con ira, se oprime con tristeza, se deprime con desidia, y se confunde con contumelia debido a la pusilanimidad y la vergüenza.

Pero a todos estos males se ha añadido una grave y molesta enfermedad, de la cual, a menos que la misericordia de Dios me libere a través de vos, es necesario que enfrente un peligro inminente para mi vida. Sin embargo, porque Dios es piadoso y misericordioso, y cumplirá la voluntad de quienes le temen, os pido que, por vuestras oraciones, pueda escapar de todos estos males tanto en cuerpo como en alma, y que, al ser levantado de mí el yugo de la dominación de mis enemigos —pues su yugo pesa mucho sobre

mí—, Él me conceda alguna parte de la multitud de sus misericordias.

¿Acaso me ha reservado también a mí una bendición? Os suplico que me bendigáis también. Asimismo, pido a vuestra santidad —si es que me atrevo a pedirlo— que me instruyáis sobre el futuro estado de mi vida. Pero, todo esto lo he osado preguntar a vos por la presunción de que todos estos asuntos son posibles para vos a través de Cristo, quien habita en vos, como la célebre fama ha proclamado. ¡Adiós, señora! Que Dios me haga digno de vuestra respuesta y de la ayuda de vuestras oraciones. Tanto en vida como en muerte, me encomiendo a vuestras santas oraciones.

Epístola 112: R112: Hildegard von Rupertsberg a Abad W. von Hane

Respuesta de Hildegarda.

La Luz viviente dice: La primera causa que soportaste en tu corazón te dio un río, la segunda te mostró claridad, y la tercera, que es la cura pastoral, es la mejor, siempre y cuando tus ovejas escuchen tu voz. Si no te escuchan, ¡huye de la prelación! Pero hazlo de tal manera que puedas dar cuenta rectamente de tu talento. Pues si no puedes trabajar como maestro entre tus hermanos, sé como ellos en la sujeción. Pero te digo: Estás fatigado por el tedio de la diversidad y las vicisitudes de la conversación en tu mente. Por eso, te conviene más que tengas angustia por tus otros hermanos, que restringirte solo a la sujeción. Vive, pues, en el dador ardiente y no te demores en mantener un sentido vigilante.

Epístola 113: R113: Abad von Kloster Veßra a Hildegard von Rupertsberg

Abad de Veßra a Hildegarda.

A la venerable y amadísima en Cristo, hermana y señora Hildegarda, el hermano de Veßra desea ver al Dios de los dioses en Sión. El deseo que tengo de ver vuestra beatitud, aunque soy pecador, puede estimarse por el hecho de que, estando lejos, contemplo vuestra presencia en espíritu. ¿Quién, de hecho, no desearía veros y conversar con vos, cuando sois tan llena del Espíritu de Dios que frecuentemente reveláis los arcanos celestiales?

Por esta razón, os he enviado la presente carta, con la esperanza de recibir de vos consuelo y consejo sobre las preocupaciones que me agobian profundamente. Pues he aquí que yo, que no soy capaz de dar cuenta por mí mismo, llevo temblando la carga del cuidado de muchos otros, siendo forzado por el temor de Dios y el amor a los hermanos. Sin embargo, al considerar que ocupo un lugar de prelado que no puedo cumplir con mis hechos, de repente me sobrecogieron dolores como los de una mujer en parto, pues la larga fatiga ha quitado casi todo el entendimiento de mi conocimiento.

Para evitar que el rebaño del Señor se ponga en peligro por mi negligencia, he pensado en abandonar la carga que he asumido y trasladarme a otro lugar. Por lo tanto, os suplico humildemente que fortalezcas mi mente dubitativa con vuestro consejo y me comuniquéis por escrito cuál es la voluntad del Señor en este asunto.

Conozco vuestra humildad, que no rehúye nuestro diálogo, al igual que el Señor hablaba con los publicanos. Esperamos vuestro juicio en este asunto, porque lo que me sugiráis, inspirado por el Señor, eso estoy decidido a hacer. Vos, que compartís mi angustia, rogad al Señor con mayor fervor. Un abismo de continuas preocupaciones me rodea, y un mar de inmensas tribulaciones casi me absorbe. ¡Tened

misericordia, madre, tened misericordia de este hijo que os clama desde lejos! Y ya al borde de caer, procurad levantarme rápidamente con vuestro consejo y oración.

Que siempre estéis bien en el Señor.

Epístola 114: R114: Hildegard von Rupertsberg a Abad von Kloster Veßra

Respuesta de Hildegarda.

La luz secreta dice: Estás aterrorizado como por un viento y te adormeces en el árbol de la frescura de tu mente. Pero el hombre que tiene la frescura en su corazón interior edifica en lo alto de la pared. Sin embargo, el pastor que apacienta su rebaño, pero no tiene ayuda interior en las necesidades de su rebaño y, fatigado, huye, no se beneficiará de la cura pastoral. Por lo tanto, debería hacerse semejante a una oveja y no a un pastor.

Eres como alguien que se agita en las aguas y apenas se libera para no hundirse, y en todas partes buscas la prudencia, pero aun así desfalleces en fuerzas, aunque no en voluntad. Por lo tanto, la gracia de Dios resplandece sobre ti.

Epístola 115: R115: Abad N. von Ilbenstadt a Hildegard von Rupertsberg

Abad en Ilbenstadt a Hildegarda.

A su señora y maestra Hildegarda, el hermano N. en Ilbenstadt, indigente y pobre, junto con el rebaño que le ha sido confiado, pide ser admitido en la eterna comunidad de las vírgenes. Muchas veces os he enviado cartas y en múltiples ocasiones os he solicitado en persona, pero nunca he podido obtener de vos las cartas que prometisteis. ¿Acaso, lo que es imposible de creer, mi baja condición o la humildad de mi origen vil lo impide, o quizás, lo que es más probable, la falta de méritos?

El apóstol dice: "Soy deudor tanto a sabios como a ignorantes", y la misma Verdad dice: "Dejad que los niños vengan a mí". ¿Acaso, madre, haces acepción de personas? ¡Lejos de ti esté tal cosa! Ahora, sin embargo, después de haberte clamado muchas veces, escúchame al menos una vez, pobre como soy, y ruega a nuestro Señor por este miserable, para que se digne aliviar a su siervo, quien confía en Él, rodeado de muchas y variadas tribulaciones y angustias.

Epístola 116: R116: Hildegard von Rupertsberg a Abad N. von Ilbenstadt

Respuesta de Hildegarda.

La luz serena, que da palabras para meditar, dice: ¡Oh hombre! Tienes la confianza de pensar en el Hijo de Dios, pero dudas en partir el alimento que deseas comer, según lo dicta tu mente. ¿Cómo y por qué rodeas diversas cosas, cribando y mirando por todas partes, buscando aquello que se encuentra en la ceremonia? ¿Por qué haces esto? Dios edifica en cualquier causa que se realice bien y con justicia. Levántate, pues, hacia la luz, y vivirás eternamente. Porque Dios tiene para sí un holocausto en su instrumento. Bienaventurado es aquel que siempre tiene a Dios en todas sus causas, porque el diablo nunca lo engañará. Vive, pues, tú, ¡oh hombre!, y sé victorioso en este mundo sombrío.

Epístola 117: R117: Abad N. von Selbold a Hildegard von Rupertsberg

Abad en Selbold a Hildegarda.

A Hildegarda, venerable sierva del Dios omnipotente, N., humilde y modesto proveedor en Selbold, te desea que reboses de toda la gracia de la generosidad divina y que después seas unida en el tálamo celestial con el Señor de todos los reyes, Jesucristo. Bendita sea la misericordia del Dios omnipotente, que en estos tiempos de iniquidad te ha dado a sus fieles como una lámpara resplandeciente en las tinieblas para consolarlos.

Habiendo escuchado durante mucho tiempo la fama de tu beatitud y habiendo reconocido desde hace tiempo que lo que se decía era verdad, me regocijo y me deleito tanto en tu beatitud que, aunque mi petición sea nada ante los ojos de Dios y pueda parecer una necedad y locura, siempre te tengo presente en mis oraciones. Pido y deseo que el Señor conserve siempre en ti los dones de su misericordia que te ha concedido, y que los aumente cada vez más, haciéndote compañera de sus santos en la gloria eterna.

Pero, puesto que no puedo llegar físicamente a tu presencia, la cual anhelo grandemente, humildemente te suplico a través de estas cartas, en la medida de mis posibilidades, y me postro repetidamente a los pies de tu bondad, para que no te niegues a orar con mayor diligencia al Dios omnipotente por mis calamidades y miserias. No dudo que todo lo que desees, lo puedas obtener del Espíritu Santo, que habita en tu santo corazón. Tampoco dudo que conozcas, por revelación, todo lo relacionado con mi situación, pasado, presente y futuro, a través de estas cartas.

Por ello, si en alguna medida la humildad de mi insignificancia me permite hacer esta petición, me postro con todo mi corazón y cuerpo a los pies de tu santidad, suplicando que, si no es contrario a tu

voluntad, no te niegues a alegrar mi alma mediante tus escritos, ya sea amonestándome sobre el pasado y el presente, o advirtiéndome y previniéndome sobre el futuro y el final de mi vida.

Epístola 118: R118: Hildegard von Rupertsberg a Abad N. von Selbold

Respuesta de Hildegarda.

La gracia de Dios te ha llevado al agua de la bebida, pero tu mente no está edificada en la edificación en la que estás. Por lo tanto, discierne con cuidado el castillo de tu mente, cuáles y de qué tipo son tus obras, porque a veces, con buena intención, miras hacia Dios como si tu alma estuviera sana. Pero estás en una nube mezclada cuando tienes una grieta en tu mente por las tribulaciones y molestias debido a la constitución de tu trabajo.

A veces, tu mente se eleva, como si fueras útil. Por lo tanto, pruébate a ti mismo y mantén tus ojos vivos en la obra, y prostérnate en la tierra como si no te conocieras y vivirás. Porque Dios no habita en la morada que quiere permanecer en sí misma, sino que ama aquella casa que no se conoce a sí misma y le da el mejor ungüento. Que tengas una vida buena y saludable.

Epístola 119: R119: Preboste H. von Hördt a Hildegard von Rupertsberg

Preboste en Hördt a Hildegarda.

A Hildegarda, su beatísima señora y, si se atreve a decir, queridísima madre, H., prelado en Hördt, aunque indigno y devotísimo siervo de su santidad, junto con todos los suyos, le ofrece obediencia, oración y la más devota servidumbre. ¿Qué acciones de gracias, señora y santísima madre, podríamos ofrecer dignamente a vuestra piedad, que no quiso prestar atención ni a la excesiva debilidad de vuestro cuerpo ni a la dificultad del viaje debido a la extrema dulzura de vuestro corazón, y que se esforzó por alegrarnos con una visita repetida?

Porque la gracia del Espíritu Santo no conoce demoras. Por lo tanto, vos, esposa amada y elegida del Rey supremo, que sois digna de escuchar los elogios especiales de su alabanza por la clemencia del mismo esposo, "He aquí, eres hermosa, amiga mía, he aquí, eres hermosa, tus ojos son como palomas". Vos, coronada con múltiples guirnaldas de virtudes, entre las hijas de Jerusalén, desprendéis el buen y suave olor de Cristo como un lirio entre espinas, brillando como una luz celestial entre las tinieblas de este mundo, aportáis a nosotros, pecadores, consuelo de esperanza cuando tantas veces nos habéis otorgado la gracia de vuestra visita materna.

Aunque somos como los publicanos de aquel evangelio, y no somos dignos de levantar nuestros ojos al cielo, sin embargo, cuando merecemos escuchar a través de la palabra de vuestra boca la voz de aquel que habita en vos, el Señor Cristo, nos sentimos consolados. Por lo tanto, damos humildemente gracias a Cristo el Señor, quien se digna consolarnos a nosotros, indignos, a través de vos, y os suplicamos humildemente, nuestra señora y madre, que dignéis rogar por nosotros pecadores a aquel que os ha introducido en la

cámara de sus misterios, para que, por la intercesión de vuestros méritos, se digne liberarnos clementemente de nuestros pecados y enemigos, y nos conduzca con vos al puerto de la eterna beatitud y seguridad, del naufragio tormentoso de este siglo.

Que el Señor os preceda con bendiciones de dulzura, y que el Padre de toda consolación escuche vuestra oración por nosotros. Humildemente saludamos a través de vos a la comunidad de santas que fielmente sirven al Señor Jesucristo con vos y bajo vuestra dirección, y nos encomendamos suplicantes a sus oraciones, deseando con toda devoción vuestra respuesta escrita.

Epístola 120: R120: Hildegard von Rupertsberg a Preboste H. von Hördt

Respuesta de Hildegarda.

Esto dice aquel que infunde en los hombres un buen y dulce entendimiento. El suavísimo olor de los dones del Espíritu Santo está presente en los hombres fieles. Por eso, en cualquier lugar donde haya santidad, allí el hombre puede ser restaurado a la vida en un mundo naufragado. Por tanto, oh buen soldado de Cristo, busca la salvación de tu alma mientras el manantial vivo infunde en tu espíritu una suave infusión, porque las dudas que has establecido en tu mente no te proporcionan seguridad.

Así que permanece en tu lugar, amando el primer don que te fue dado desde arriba, cuando tu alma fue restaurada en rectitud. No conviene a la utilidad de tu alma que busques otro cambio, sino huye de esta inestabilidad para que tu mente no se confunda en el temor. Sé, pues, de tal manera que te conviertas en amigo de Dios, no huyendo de sus ceremonias, y Dios te salvará.

Epístola 121: R121: Preboste A. von Hameln a Hildegard von Rupertsberg

Preboste en Hameln a Hildegarda.

A Hildegarda, gema de Bingen, verdadera esposa de Cristo, instruida en la disciplina regular, A., indigno proveedor bajo la regla de San Agustín en Hameln, te ofrece devotas oraciones sin cesar. Durante un largo período, debido a la enfermedad frecuente de mi cuerpo, he buscado tu presencia muchas veces. Bien lo sabes, hija de Cristo, cuando en una ocasión me presenté ante ti, sufría una gran enfermedad en mi cuerpo. Esta dolencia, que aún no cesa, me atormenta día y noche.

Como la fragilidad humana es a menudo objeto de la justicia divina, no sé si he caído en esta enfermedad o tentación debido a un aumento de mis pecados. Por la gracia de Dios soy lo que soy, y no dejo de ofrecer a Dios omnipotente el peso de mi pequeño trabajo, tanto en vigilias como en oraciones, por diversas causas. Si es posible, te imploro, santísima, que me respondas acerca del fin de mis trabajos. Y confiando en la ayuda de tu piedad, te ruego que seas la intercesora ante Dios por mi situación. Busco la ayuda de tu piedad y te pido que, con tus oraciones, ruegues por mi curación.

La oración ferviente del justo tiene mucho poder. Yo, pecador no menor, peligrosamente abrumado por la debilidad del alma y del cuerpo, no puedo explicarte muchas cosas. Te ruego que me envíes escritos que pueda leer y que me delegues asuntos a tratar en los divinos misterios.

Adiós, mi señora, y ruega por mí a tu esposo.

Epístola 122: R122: Hildegard von Rupertsberg an Propst A. von Hameln

Respuesta de Hildegarda.

Aquel que es dice: El rey ve una escalera que está oscurecida en la vicisitud de la pestilencia. Y el sol brilló y rasgó esa oscuridad. Y esto complació al rey. Y dijo: Esta escalera fugitiva está fatigada porque a veces asciende a lo alto y a veces se oscurece. Tal es tu mente, oh hombre. En el día de la investigación de tu espíritu, asciendes en alegre gozo hacia mí, y de nuevo en la pestilencia dañina cultivas una enfermedad que cae, como si no debiera buscarse la causa de la salvación.

Es imposible que la ceniza sea inmóvil. Mírame y siempre busca el ungüento medicinal en el día y en la tormenta, y vivirás eternamente. Practica la ley pura y huye de la duda, y Dios te salvará.

Epístola 123: R123: Preboste N. von Wadgassen a Hildegard von Rupertsberg

Prelado en Wadgassen a Hildegarda.

A la señora Hildegarda, venerable maestra de las esposas de Cristo que están en Bingen, N., prelado en Wadgassen, aunque indigno, os ofrece oración con todo afectuoso servicio de amor. La caridad sin afecto parece muy similar a un fuego frío. Pues así como el fuego sin calor no puede unir hierro con hierro, tampoco la caridad sin afecto puede hacer que el corazón de los creyentes sea uno y su alma una en Dios. La verdadera caridad es afectuosa. Ella hace que el alma se adhiera a Dios, para que se convierta en un solo espíritu con Él. Como un pegamento vivificante, conecta las mentes de los fieles para que sean de una sola voluntad en Dios, y hace que se alegren con los que se alegran y lloren con los que lloran.

Ciertamente, por la gracia del Señor, la recordación de vuestra santidad me es siempre grata en la dulzura del amor santo. En la celebración del oficio divino, vuestra memoria siempre susurra en mi corazón. También, con frecuentes suspiros, deseo vuestro afecto. Durante mucho tiempo he deseado veros cara a cara, hablar con vos de boca a boca, y llegar a vuestra familiaridad para poder recibir de vos alguna edificación y consuelo.

Soy muy débil en mi alma y necesito mucha curación. Por tanto, porque tengo gran confianza en vos y en el amor con que os amo, os ruego que no os olvidéis de visitarme alguna vez. Si esto no puede ser en persona, que sea por escrito cuando os plazca. Siempre, sin embargo, con el apoyo de vuestras oraciones.

Epístola 124: R124: Hildegard von Rupertsberg a Preboste N. von Wadgassen

Respuesta de Hildegarda.

Aquel que no calla, sino que observa todo agudamente, dice: Cuando un hombre sabio construye una ciudad en lo alto de la montaña por sus deseos, debe tomar grandes precauciones para que sus enemigos no destruyan su edificación con muchos terrores. Escucha, pues, oh hombre. Guarda diligentemente tu templo para que tus enemigos no puedan destruir la ciudad de Dios en ti.

Quien brilla en su pecho por el temor de Dios, para que llore sus pecados en la faz de su mente, este es un buen soldado y recibe esta respuesta de Dios: "Oh querido hijo, tienes buen sabor en ti, por eso me deleito en ti". Pero quien tiene un rostro pálido en su mente, diciendo así: "No sé quién soy, ni quiénes son mis compañeros", este no es un buen soldado, sino que lleva su mente al tedio. Por lo tanto, le doy esta respuesta: "Oh hombre, no sabes lo que dices. Primero, llora tus pecados y luego, tanto como puedas, limpia a tus hermanos y ten paciencia, porque Dios nos ve a todos pecadores, pero no desprecia a los que hacen penitencia. Por eso, vive en Dios y camina en la eterna felicidad".

Epístola 125: R125: Preboste C. in Indersdorf a Hildegard von Rupertsberg

Preboste en Indersdorf a Hildegarda.

C., por la gracia de Dios llamado prelado en Indersdorf, a la hermana Hildegarda, maestra en el Monte de San Roberto, abundando en el espíritu de fortaleza. La devoción hacia vuestra piadosa reputación ha afectado las mentes de muchos, especialmente de los religiosos, y las ha endulzado con una cierta suavidad de santo amor. Por ello, damos gracias al supremo dador de todos los bienes por la gracia divinamente otorgada a vos, que ha infundido en un corazón femenino una fortaleza varonil, no solo para evitar los vicios y delitos, sino también para proporcionar los necesarios consejos y auxilios a los necesitados.

Pero, ya que nos dirigimos a vuestros ocupados oídos, no nos atrevemos a extendernos en largas palabras. Por lo tanto, rogamos vuestra clemencia, para que benignamente nos concedáis el auxilio de vuestro consuelo.

Epístola 126: R126: Hildegard von Rupertsberg a Preboste C. in Indersdorf

Respuesta de Hildegarda.

Aquel que es me mostró estas cosas diciendo: Dile a este hombre: Oh hombre, te veo como un tabernáculo de madera hecho por manos de artesanos. A cuya puerta tocan dos imágenes. Una, llena de ojos y con cabello negro, se llama temor del Señor. Y te dice: "Quiero hacer de ti y de tus ofrendas una santificación. Cede, pues, a mí, y entraré en tu habitación y haré en ti un buen gusto con musgo y aromas. Oh soldado, cuida de no ser lento en correr con tu rebaño y en guiarlo con un ojo vivo hacia la rectitud".

Pero la otra imagen es como una trompeta sonando en una nube blanca, como un círculo humano, y su nombre es fortaleza. Y te dice así: "¡He, he, he! ¿Por qué duermes en tu conocimiento, como un campesino en sus costumbres, que prefiere callar y no quiere luchar con coraza, casco, espada y lanza? Resuena, pues, como una trompeta sobre muchas aguas y no calles, y te ayudaré con mis compañeros. Y permanece en la pared del templo, y no tengas miedo por la inquietud de los vientos, sino aprende a ser una columna en el palacio del rey. Huye también de las dos lenguas que son heridas del alma, pero habla siempre con verdad, como el sol, y gustosamente prepararemos nuestras moradas en ti".

Epístola 127: R127: Friedrich von Gottesthal a Hildegard von Rupertsberg

Prelado en Gottesthal a Hildegarda.

Federico, por la gracia de Dios prelado en Gottesthal, aunque indigno, a Hildegarda, devota sierva de Cristo, os desea recibir bendición del Señor y misericordia de Dios, su Salvador. Damos las más profundas gracias a Dios porque estáis bien en Él, porque florecéis con el adorno de las virtudes, y porque con todo el afecto de vuestro corazón estáis firmemente unidas al Amado, junto con las hermanas que os han sido encomendadas. Confiamos en el Señor que nos recordáis ante Él.

Sin embargo, estoy ocupado con muchos asuntos, por lo que no envié el mensaje agradable antes. Por lo tanto, os ruego que vuestra caridad no se vea agraviada, y que ahora, a través del portador de la presente, cumpláis lo que prometisteis, para que de esto adquiráis una recompensa de Dios. A vos y a todas las hermanas os imploro, que me recordéis ante Cristo.

Epístola 128: R128: Hildegard von Rupertsberg a Friedrich von Gottesthal

Respuesta de Hildegarda.

Ahora te digo: El hombre que tiene una viña o un campo pedregoso y se dice a sí mismo: "Es laborioso trabajar aquí", y así los abandona, es un trabajador perezoso. Pero cuando llega el tiempo de los frutos, su señor le dirá: "Ve a los campos y busca el fruto en las flores que a veces florecen y a veces se marchitan". Pero allí no encuentra nada.

Escucha: La viña es el oficio sacerdotal. Pero quien tiene la vara de corrección sobre un pueblo difícil, ese posee un campo pedregoso. Aquel que se fatiga con esto, se dice a sí mismo: "Esa vida y la vida ajena, y esta vida, son mejores para mí". Y así, lo que planea en un momento, lo abandona en ese momento, como una flor que se marchita. Pero si hicieras esto, te dirían lo mismo que al administrador que fue difamado por su administración delante de su señor, y que pensaba en su despido, para escribir a cada uno menos de lo que debía. Entonces, su señor le dijo: "Los hijos de este mundo son más astutos en su generación que los hijos de la luz".

El primer ángel caído no quiso suspirar en penitencia, ni permite que otros suspiren. El sacerdote, sin embargo, debe levantarse y apresurarse a ayudar a los demás. Ahora, considera esto y permanece en la parte más sabia con los hijos de este mundo, porque si hicieras según los pensamientos que vuelan en ti, fallarías en ambas partes y en la penitencia recordarías lo que dejaste.

Tú, sin embargo, permanece con este pueblo y no lo abandones, para que vivas eternamente.

Epistola 129: R129: Preboste N. von Cappenberg a Hildegard von Rupertsberg

Preboste en Cappenberg. A Hildegarda, su señora reverenda, virgen y esposa de Cristo, el hermano N., prelado de los siervos de Dios en Cappenberg, le desea la recompensa de la santa virginidad y la corona perpetua por su piadosa vida. La fama de vuestra religiosidad y de la vida aceptada por Dios se ha esparcido por toda la Iglesia, deleitando a muchos como el aroma del bálsamo y de otros perfumes. Nosotros, en nuestras celdas, casi como en cuevas subterráneas, finalmente hemos comenzado a percibir ese aroma. Por ello, yo, el más humilde de todos, deseando seguir ese aroma, había decidido ir a vos. Pero, impedido por la gran tormenta de tempestades y huracanes que sacude y agita a toda la Iglesia en este momento, temiendo por mi situación y por mi cuerpo, no he podido llegar. Sin embargo, os ruego, por Cristo que habita en vos, que escuchéis al portador de estas cartas, nuestro amado hermano, como si yo mismo estuviera presente. Lo he enviado a vos para consultar el espíritu de Dios que reside en vos sobre el estado actual de nuestra Iglesia. No os desdeñéis de comunicarme lo que sea de Dios, lo que sea de caridad, lo que sea de piedad, para que nosotros, consolados por él, quien consuela a muchos en vos, podamos respirar aliviados. No os presumimos amargar vuestra dulzura con palabras toscas. Sin embargo, os suplicamos fervorosamente que no os desagrade indicar algo al hermano presente, y que al final respondáis brevemente en la última parte de esta pequeña carta. Con todos los que os han sido confiados por Cristo, permaneced en Cristo y recordadme a mí por Él y para Él.

Epístola 130: R130: Hildegard von Rupertsberg a Preboste N. von Cappenberg

Respuesta de Hildegarda.

En cierta medida, veo tinieblas en ti.

¿Cómo es esto? Porque tu corazón está envuelto en una tristeza que gira en torno a la duda, como un molino, diciendo: "¿Cuál es mi causa? ¿Qué es lo que me espera?"

Está ante ti el día que al amanecer surge en una aurora purísima y después es rodeado por el vaivén de las tempestades. Así es tu vida. Porque si siempre experimentaras prosperidad, serías como el cangrejo, que no camina recto. Por ello, Dios permite que te fatigues, porque el padre golpea con la vara al hijo que ama.

De este modo: la Verdad ha brotado de la tierra y la justicia ha mirado desde el cielo. Esto significa que Dios prueba toda verdad a través del hombre, a quien formó del barro de la tierra.

La tierra, que es dura y pedregosa, apenas puede ser arada, pero la tierra buena y blanda se cultiva con alegría. Y en ambos casos, Dios es veraz. Al hombre duro y áspero lo rompe con trabajo, pero al dulce y benévolo lo abraza con el beso de la caridad, aquel que voluntariamente cumple con todas las buenas obras.

Y la gracia de Dios, que a todo lo duro y lo benévolo baña con el sol de la justicia, escucha a todos aquellos que claman a Él con suspiros del corazón, conociéndolo, porque así como Dios ha dispuesto al sol para iluminar toda la tierra y no soportar las tinieblas, así la posibilidad de Dios, por su gracia, rechaza esta dureza para no responder a quien lo invoca.

Por eso, no temas tus tormentos, porque no veo tu lugar en la dispersión, sino que Dios quiere aliviar la carga de tu yugo. Así que reúne a las ovejas que quieren correr hacia ti, y a aquellas que no te

quieren, toléralas con misericordia hasta que te llamen. ¡Y vive para siempre!

Epístola 131: R131: Preboste G. von St. Viktor in Mainz a Hildegard von Rupertsberg

Preboste de San Víctor a Hildegarda. Hildegarda, espejo de la contemplación divina:

G., el despreciado por el pueblo y preboste de San Víctor en Maguncia, si es que tienen algún valor los suspiros de un corazón contrito y humillado, atraído por la bondad de vuestra reputación y animado a la esperanza de salvación desde la profunda iniquidad, me atrevo, con un espíritu de piadosa presunción, a exponer y lamentar mis miserias ante vuestra bondad, y a buscar de vos auxilio y consejo.

Cuántas miserias he caído, cuánta vergüenza y confusión he soportado, cuántas lágrimas he derramado, apenas puedo expresarlo con palabras. Pero no es de extrañar, pues cuando mi alma y cuerpo se vieron contaminados por tantos crímenes e inmundicias, el justísimo y benignísimo juicio de Dios —si es que es lícito decirlo— consideró que era digno de corrección divina, aunque no merecí en absoluto las penas que le siguieron. Pues muchas veces he caído en la abominable iniquidad tanto en hechos como en pensamientos, lo cual vos, señora, conocéis mejor por la revelación del Espíritu Santo. Por ello, no todo se lleva a cabo correctamente en mi alma, y no es necesario escribirlo todo. Pues el Espíritu os enseña todas las cosas.

Así que, arrojado a los pies de vuestra santidad, siendo yo polvo y ceniza, con la más humilde devoción os pido que invoquéis sobre mí al Consolador y Libertador de nuestras almas, y me hagáis saber si hay esperanza de salvación para mí, si estoy predestinado para la vida o previsto para la muerte. Pero os ruego que esta presunción no se considere como una insensatez de mi parte. Además, que el

Espíritu Santo, que habita en vos, os conceda, según mi fe y humildad, responder a todos mis deseos.

Que estéis bien.

Epístola 132: R132: Hildegard von Rupertsberg a Propst G. von St. Viktor in Mainz

Respuesta de Hildegarda.

La luz en la serenidad dice: "El monte asciende y se adentra en el torbellino". Por tanto, recuerda, hijo, que debes seguir los caminos rectos en el sabor de la buena comprensión, como dice el salmista: "Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y persíguela". Pero también recoge lo bueno para que tu alma no desfallezca, porque Dios no abandona a los justos, sino que en su piedad acoge a los pecadores. Por lo tanto, elige caminos rectos y vivirás para siempre. Mantén puros los ojos de tu mente, para que la ilusión no te engañe.

Tú te sientas entre espinas y miras a tu alrededor, recogiendo diversas cosas hacia ti, y la benevolencia permanece en ti. Sin embargo, en tus obras hay alguna deficiencia. Por eso, ahora levántate y no te desanimes al levantarte de entre las espinas, para que no te ahoguen, porque a Dios no le agrada la obra que se construye entre espinas. Así que, hijo de Dios, ¡levántate pronto, antes de que el sol se ponga para ti!

Epístola 133: R133: Preboste S. in Koblenz a Hildegard von Rupertsberg

Preboste en Koblenz a Hildegarda.

A Hildegarda, amada en Cristo. S., preboste de los hermanos en Koblenz, aunque indigno, te saluda en el Señor. Como en todas mis tribulaciones siempre me has confortado con tus consolaciones, y todo lo que me predijiste ya se ha cumplido, te ruego ahora que pidas al Señor misericordioso que me consuele en todas las cosas que me oprimen, tanto por fuera como por dentro. Y si ves algo sobre mí, especialmente si puedo atreverme a esperar alguna esperanza de la bondad de Jesús en la vida futura, te pido, oh amadísima, que lo escribas. Además, debes saber que oro al Señor con las más íntimas plegarias para que, antes de mi muerte, pueda convertirme con una penitencia digna de mis pecados. Que estés bien.

Epístola 134: R134: Hildegard von Rupertsberg a Preboste S. in Koblenz

Respuesta de Hildegarda.

Oh, tú que eres obra del dedo de Dios, corrige la inconstancia de tus costumbres y no te extiendas en las agitaciones de tu mente, de las cuales no podrás excusarte, porque Dios lo ve todo. Dios no me manda que declare sus juicios sobre ti, sino que ore por ti, pues algunas obras de tus antepasados, realizadas tiempo atrás, ahora claman por venganza, ya que Dios, a veces, extiende sus castigos hasta la tercera y cuarta generación.

Sin embargo, confía en el Señor, que te liberará de la mano de la espada de tus enemigos. Hablo más de la salvación de las almas que de los asuntos de los hombres, y por eso muchas veces guardo silencio sobre estos temas, porque el Espíritu Santo no revela manifestaciones en medio de la confusión de los crímenes de los pueblos, sino que emite un juicio justo. Que Dios te coloque en el campo de la vida, para que vivas eternamente.

Y te digo: ningún peso en las balanzas es comparable a los días, meses, años u otros tiempos que han sido ordenados por Dios. Porque el Dios viviente, que es el Rey de reyes y cuyos juicios son justos, debe ser invocado profundamente para que perdone los pecados de los pecadores, mediante aquellas oraciones que han sido buscadas en Dios, ya que muchas ocasiones se han perdido a sí mismas en la necedad, como los ídolos que, por el estruendo de la incredulidad, llevaron a los pueblos al escarnio.

Epístola 135: R135: Arnold I von Valcourt a Hildegard von Rupertsberg

Arnold, preboste, a Hildegarda.

A la señora y madre queridísima Hildegarda, Arnoldo, indigno preboste de San Andrés en Colonia, te desea que siempre estés bien en el Señor. Con cuántas tribulaciones y tentaciones se angustia mi alma, tanto interior como exteriormente, lo sabes, queridísima señora, tanto por las palabras de mi presencia como por la revelación divina. Ahora, puesto que desfallezco y no veo en mí ningún progreso hacia Dios, te escribí a ti, mi señora, dispuesto a hacer todo lo que me ordenes, ya sea por revelación divina o por la sabiduría de tu consejo. No escatimes, no ocultes, te lo ruego, no escondas mi iniquidad. Temo en lo más profundo por mi pobre alma y me aterra ser sumergido por completo en el abismo. Por lo tanto, intercede y ora por mi pobre alma. Que estés bien en Cristo, queridísima madre. El Señor esté contigo y con todos los tuyos.

Epístola 136: R136: Hildegard von Rupertsberg a Arnold I von Valcourt

Respuesta de Hildegarda.

La luz que vive en su totalidad dice: "Oh, tú, hombre, escucha. Había un valle que a veces se marchitaba y a veces florecía, pero no era estable en las hierbas que producen utilidad; era hermoso para la vista, pero no muy útil para la alimentación. Así es tu mente. Pues cuando te miras a ti mismo, pensando que no eres fuerte en tu buena conciencia, te marchitas como si no tuvieras esperanza. Y luego, cuando tu mente se eleva como una montaña de mirra e incienso, ascendiendo hacia el temor, te comportas como si estuvieras muerto en ti mismo, luchando con temblor por tu fuerza. Y entonces oras diciendo: 'Mis crímenes son demasiado grandes en las heridas de mis pecados'. Pero luego te debilitas en tu propia voluntad y te apresuras hacia lo mundano, y no realizas buenas obras practicándolas. Sin embargo, en tu mente tienes la intención de hacer buenas obras. Pero esas buenas obras no adquieren forma de claridad en ti porque te consumes en pecados. Por lo tanto, clama a Dios con buenas obras y Él te recibirá.

Escucha y mira para que te marchites en lo malo y florezcas en lo bueno. Clama comenzando a ver a Dios con buena voluntad y haz buenas obras en perfección. Quien realiza buenas obras ve a Dios, pero quien solo tiene la apariencia de hacer el bien es como un espejo en el que brilla una forma, pero esa forma no está realmente en él. Por eso, levántate y comienza a hacer buenas obras, y hazlas en perfección, y Dios te recibirá.

Pero tú respondes: 'Tengo preocupaciones mundanas'. ¿Qué clase de conversión es esta? Yo te muestro que debes tener misericordia, benignidad y la virtud que aplasta el orgullo, y que extiendas la mano a los que desfallecen, a aquellos que yacen en profundo dolor,

y que perdones a los que te ofenden, para que no alimentes la idolatría, que es la avaricia, y para que no golpees el rostro de Dios, es decir, la felicidad que Dios ha dado a otro, para que no mates por envidia. Y vivirás."

Epístola 137: R137: Preboste A. von Erfurt a Hildegard von Rupertsberg

Preboste de Erfurt a Hildegarda.

A la señora Hildegarda, amada esposa de Cristo. A., desde Erfurt, aunque indigno, le ofrece devoción en oración y afecto en servicio. No cesamos de dar gracias a vuestra santidad, que se ha esparcido ampliamente, la cual saluda a tantos con tan dulce saludo en sus cartas. Con gran deseo anhelamos veros y alegrarnos alguna vez con las palabras llenas de consuelo de vuestra bondad, y nos encantaría que la presencia de vuestro rostro alegrara nuestros corazones ardientes. Oramos y deseamos esto desde lo más profundo de nuestro corazón.

Por tanto, que la divina clemencia, que ha comenzado una obra tan santa y magnífica en vos, la complete divinamente, y que vuestra bondad nos haga partícipes de sus frutos mediante vuestras constantes oraciones. Ahora, pues, os encomendamos con la mayor fidelidad al portador de esta carta, nuestro familiar, que viaja hacia vos por amor a Dios y a vuestra piedad, para que, acogido con clemencia por vos, merezca escuchar las palabras que el Espíritu Santo pronuncie por vuestra boca.

Epístola 138: R138: Hildegard von Rupertsberg a Preboste A. von Erfurt

Respuesta de Hildegarda.

Dios te contempla, buscando un sacrificio de tu corazón en la simplicidad, porque Él es veraz y no desea la duplicidad en el camino único que es la fe entre los prójimos, así como el ojo de Dios observa en la simplicidad la felicidad de los hombres. Que Dios te conceda esto y te libre de toda tempestad de vicios ardientes. Por lo tanto, haz que el ojo de tu corazón sea puro. Pues estás casi agotado y abandonado de la casa de Aquel que te creó. Pero serás llamado de nuevo entre los extranjeros. Por eso, deja tus pecados, porque Dios no te ha vendido a la perdición, sino que te busca como a la oveja perdida que ha sido llamada de nuevo a la vida.

¿Por qué dudas, como si no estuvieras en la salvación? Busca, pues, a Dios en la angustia y en el dolor de tu alma, ¡y vivirás!

Epístola 139: R139: Hermann von St. Martin in Mainz a Hildegard von Rupertsberg

Hermann, preboste, a Hildegarda.

A Hildegarda, señora dignísima de toda gloria y honor, Hermann, de la casa en Maguncia, preboste y pecador indigno, lo que sea que un siervo o hijo pueda decir a su amadísima señora y madre. Mi alma arde y se siente temerosa. Arde por hablar, pero teme la magnitud de tu sabiduría y elocuencia. Pues a ti, dotada de una felicidad plena, te ha sido concedido tanto sentir con sabiduría como expresar con utilidad. La autoridad de las Escrituras resplandecientes ha encontrado su asiento en ti, permanece contigo, y de ti ha hecho un tesoro.

A esto se añade que, aprobada por los dones de la disciplina, te has convertido en ornamento de la Iglesia y ejemplo para los pueblos. Ojalá me hubiera sido concedido adherirme a ti constantemente, escucharte siempre, y renovarme sin interrupción en tu compañía. Entonces no habría sido privado de mi deseo, porque siempre he deseado escucharte.

Por lo tanto, te ruego que te dignes informarme con tus cartas selladas, con la ayuda de Dios y nuestro Señor, sobre lo que te desagrada en mí y cómo puedo deshacerme de ello. Que tu santidad perdure para siempre. Que todas tus hijas, mis amadísimas hermanas, permanezcan fieles y bien.

Epístola 140: R140: Hildegard von Rupertsberg a Hermann von St. Martin in Mainz

Respuesta de Hildegarda.

Las palabras místicas de Dios expresan lo siguiente: Oh, hombre de Dios, a través de la atadura de la ley, Dios te ve en la oscura inconstancia de algunas obras. Sin embargo, desde lejos percibes, como en un pensamiento, una luz que comienza a salir, una luz resplandeciente. Corre, pues, para hacer buenas obras sin la contumelia de la duplicidad, es decir, sin tener un sonido en la boca y otro en el corazón.

Considera también que Dios te ama cuando haces el bien, pues Él extiende hacia ti las manos de su protección, pero tú eres débil y huyes. Por lo tanto, ten cuidado de no esconderte de esa protección, no sea que Dios te golpee con su vara, porque Él te busca. Los caminos que deseabas recorrer no los previste correctamente cuando ascendiste al cielo. Pero ahora te encuentras sacudido en dos direcciones: por la permisividad de Dios y por las artimañas diabólicas. Y Dios te deja un lazo suelto para que reconozcas lo que eres. Sin embargo, no caerás completamente en el abismo de la tristeza.

Ahora, ora y confía en que Dios no te abandonará, y pronto la aurora llegará a ti en liberación.

Epístola 141: R141: Balderich von St. Simeon a Hildegard von Rupertsberg

Preboste de San Simeón a Hildegarda.

Balderich, hermano de San Simeón en la iglesia de los Treveros, solo de nombre preboste y uno de los que se sientan y lloran junto a los ríos de Babilonia, a Hildegarda, hija de Sion, que en su misma presencia verá algún día al Dios de dioses.

Al recibir, por el relato de muchos y por la propia experiencia de mi cuerpo, el suavísimo aroma de tu bienaventuranza, me he alegrado y maravillado de lo que se me ha dicho. Me he alegrado, digo, porque en este tiempo del siglo malvado, donde verdaderamente muchos están sumidos en la maldad, se ha conocido que ese Esposo, más hermoso que los hijos de los hombres, ha elegido para sí a tal esposa. Me he maravillado, además, porque parece que te ha dotado en este exilio con un carisma insólito y nunca antes oído. ¿Quién ha leído o escuchado jamás que una mujer sin educación o completamente iletrada exhale tan grandes exclamaciones desde el abismo profundísimo de los misterios divinos, y proporcione tan abundante agua viva a los sedientos?

Verdaderamente, Dios es admirable. Verdaderamente, bendito es el Señor, Dios, que hace grandes maravillas solo. Pero, ¿qué hay de extraño si Dios hace de un ser racional y razonable su instrumento como quiere? Él que incluso hizo de un animal irracional el maestro del maestro. Porque Dios, de quien se escribe "todo lo que quiso, lo hizo", hace como quiere.

Te ruego, sin embargo, que tu amor se esfuerce en recomendar con mayor diligencia y frecuencia mi humildad a tu Amado, sabiendo que recibirás la misma devoción de mí de manera fiel e incesante. Que estés bien.

Epístola 142: R142: Hildegard von Rupertsberg a Balderich von St. Simeon

Respuesta de Hildegarda.

Tú, siervo de Dios, presta atención para que, en breve tiempo, te apartes de la injusticia del engañoso mamón y, con gran diligencia, procura sacudir de ti la herrumbre de los pecados antes de que llegue la sombra de la muerte, cuando ya no puedas obrar más. No sea que entonces, lamentándote, digas: "¡Ay de mí! Porque fui hallado en la negligencia".

Considera también al padre de familia, que llamó a los obreros a la viña desde la mañana hasta la tarde, y preguntó a algunos por qué estaban ociosos, a lo que ellos respondieron que nadie los había contratado. Desde la mañana hasta la tarde, el Señor llamó a los obreros a la viña, y preguntó a algunos por qué estaban ociosos, quienes se excusan diciendo que nadie los contrató.

Muchas veces le sucede al hombre que, desde su juventud hasta la vejez, vive en el olvido de Dios y, durante ese tiempo, piensa enmendarse dentro de sí hasta que, por la gracia de Dios, luchando en su interior, se dice: "¿Por qué no hice buenas obras? Porque Dios no me impidió apartarme del mal". Y así, en su vejez, comienza a arrepentirse por la carga de sus pecados.

Este hombre, en los caminos del Señor, se muestra como un vaso de barro que no ha sido cocido al fuego, pues no puede obrar, y así, el primero en su mérito recibirá la recompensa por la gracia de Dios, ya que en las edades posteriores no puede militar. En la niñez, en la juventud y en la madurez, el hombre muchas veces obra mal y luego bien; esto no puede ser en la vejez debilitada.

Por lo tanto, abre los ojos para vigilar y considera todas las negligencias de esas etapas de la vida, y enmiéndalas obrando, para que vivas eternamente.

Epístola 143: R143: Preboste B. von Knechtsteden a Hildegard von Rupertsberg

Preboste en Knechtsteden a Hildegarda.

B., preboste por la gracia de Dios en Knechtsteden, a la venerable sierva de Cristo, Hildegarda, para que sea fortalecida por la gracia del Espíritu Santo y concluya con un final bendito.

Si fuera posible estar presente y conversar con vos en un diálogo alternante, lo desearía de todas maneras. Porque quisiera exponer ante vos con mayor amplitud lo que sucede a mi alrededor, que solo el Señor conoce, y que no he querido resumir en este lugar para abreviar. Hemos oído que la gracia, queridísima, que el Padre de las luces, de quien procede todo don perfecto y todo regalo excelente desde lo alto, os ha concedido, es mucho más abundante de lo que podríamos imaginar. Confiando mucho en ella, he pensado que es adecuado recurrir a la dulzura de vuestra caridad en este asunto.

Suplico, con gran atención, que no ceséis de implorar con vuestras devotas oraciones la divina clemencia por mis miserias, pues sé que la he ofendido en muchas cosas, y siento que no he quedado impune por ello. Porque, teniendo una mayor esperanza en la gracia que reconozco en vos, he considerado útil solicitar el auxilio de vuestras oraciones, que sé serán escuchadas, esperando recibir de vos cualquier remedio de consuelo. Por Cristo, os ruego que no omitáis en vuestras cartas las indicaciones sobre cómo puedo apaciguar mejor la ofensa hecha a la divina majestad.

Que estéis siempre bien en Cristo.

Epístola 144: R144: Hildegard von Rupertsberg a Propst B. von Knechtsteden

Respuesta de Hildegarda.

En una visión mística, ante la petición de tus palabras, miré y oí una voz que te decía así: "Te asemejo a un árbol que en verano produce sus frutos, pero cuyos frutos son algo dañados por los torbellinos y las nubes, y luego renovados por el rocío del cielo y el cielo puro. Así es tu mente, porque cuando tienes confianza en alguna prosperidad, es como si estuvieras produciendo frutos, pero luego te fatigas por la inconstancia de tus costumbres, como si fueras sacudido por un torbellino, y también eres herido por aquellos que están bajo tu responsabilidad, como si fueran nubes.

Pero suspira hacia Dios y di: 'A ti, Señor, levanto mi alma. Dios mío, en ti confío, no seré avergonzado'. Porque en ti está el aliento de vida que Dios ha vivificado infinitamente y al cual le ha dado las alas de la racionalidad. Por lo tanto, con ellas vuela hacia Dios por la fe y el buen deseo, elevando tu alma hacia Él. Conoce también a tu Dios, en cuya sabiduría has existido y de quien has tomado tu principio. Por ello, ruega a Él que te enseñe sus bienes a través del soplo de su Espíritu, y te libre de las adversidades.

Confía también en Él, de modo que no te avergüence poner todas tus obras ante Él, y di como el hijo dice a su padre cuando, habiendo errado, es corregido, que no se olvide de su descendencia. Yo, por mi parte, rogaré gustosamente a Dios para que, por su gracia, os defienda y libere con clemencia de toda exageración de costumbres inquietas, de otros crímenes y de los peligros que os acechan."

Epístola 145: R145: Preboste G. von Frankfurt a Hildegard von Rupertsberg

Preboste en Frankfurt a Hildegarda.

A Hildegarda, su amada señora en Cristo, G., preboste solo de nombre en Frankfurt, tras el trabajo de Marta, la consolación de María.

Con gran deseo he anhelado contemplar vuestra persona, pero, siendo obstaculizado por diversos asuntos, Dios al menos nos ha dado la oportunidad de abrazaros y saludaros a través de estas cartas. No queremos que ignoréis que vuestro nombre, vuestra persona, y junto con el saludo, deseamos abrazaros y honraros con toda diligencia y, en la medida de nuestras posibilidades, interceder ante Dios por vos día y noche.

Por lo tanto, rogamos a vuestra clemencia que tengáis a bien hacer mención de este pecador ante la clemencia de la divina majestad. Que estéis bien, mientras en lo alto se diga "hoy".

Epístola 146: R146: Hildegard von Rupertsberg a Propst G. von Frankfurt

Respuesta de Hildegarda.

En una verdadera visión, vi y oí estas palabras: La primera luz del día brilla, luego la aurora se despliega y, a veces, se ve envuelta en grandes nubarrones con gran inestabilidad, y así se levanta el viento del norte, causando grandes suspiros, porque los primeros momentos del día eran hermosos, sin las turbulencias del torbellino.

Por tanto, oh hombre, que tienes conocimiento del bien y del mal, considera bien cuáles son tus costumbres y tus obras ante Dios desde tu juventud, para que el celo del Señor no te golpee, y para que tu alma no diga cuando salga de tu cuerpo: "Ay de mí, ¿adónde voy y a dónde me dirigiré? ¿Qué días me esperan y qué obras me afectan?" Esas mismas que representaron el molino de tu cuerpo.

Ten cuidado también de no temblar cuando los ciudadanos celestiales te digan: "Mira, ¿quién es Dios?" Ahora, vive para siempre.

Epístola 147: R147: Preboste C. von Bonn a Hildegard von Rupertsberg

Preboste en Bonn a Hildegarda.

A Hildegarda, esposa de Cristo y maestra probadísima de las hermanas de San Ruperto en Bingen, C., preboste indigno en Bonn, os envía su servicio con toda devoción. Si el Señor, el único poderoso, el único bueno, el único piadoso, el único misericordioso, se digna inclinar el oído de su majestad a la voz de cualquier pecador, como creo firmemente, entonces mi corazón y mis labios claman sin descanso por vos.

Testifico ante Dios, conocedor de todos los secretos, que desde el primer momento en que, gracias a la fama de vuestra bondad, escuché de vos, y luego lo comprobé en vuestra misma persona, me incliné completamente hacia vuestro amor. También os he considerado, si os dignáis, partícipe de todo lo bueno que he dicho o hecho desde entonces hasta ahora.

Por tanto, espero lo mismo de vos y, por cierto deber, pero más aún por amor a Dios y por vuestra bondad, lo exijo. Finalmente, ni el fuego, ni el hierro, ni el agua, ni la inminencia de cualquier temor o peligro, ni siquiera la misma muerte, podrán en modo alguno disminuir o apartar la integridad de la devoción de mi alma hacia vos. Que estéis bien.

Epístola 148: R148: Hildegard von Rupertsberg a Preboste C. von Bonn

Respuesta de Hildegarda.

Oh, hombre que amas el mundo y lo mantienes en tu voluntad según la comprensión de tus costumbres, eres como una tempestad que rara vez es clara y que, aunque no es demasiado peligrosa, a menudo te deja sin consuelo en tus asuntos. A veces, también, te ves oprimido por el tedio, la tristeza y la duda en todas tus causas. Por tanto, levántate e invoca al Dios de Israel diciendo: "Pruébame, Señor, y examíname; quema mis riñones y mi corazón". Esto significa: "Pruébame, Señor, por la fe y la esperanza, para que la fe sea mi ojo para ver y la esperanza el espejo de la vida; y pruébame en la buena obediencia como a Abraham, para que actúe en contra de mi voluntad, de modo que la abandone por ti y entre en tus mandamientos, y me convierta en tu amigo diligente".

A través de todo esto, quema mis riñones, que están inundados por los pecados con los que fui concebido, evitando que me engañen, porque actúo en mi contra, pero que siempre arda en el fuego del Espíritu Santo, y de día en día desee tu justicia y ascienda de virtud en virtud.

Oh, hombre, tu mente también es como una nube que no trae granizo ni lluvia, sino que se dispersa por el sol. Porque, debido a la seguridad de tus palabras y costumbres ligeras, no tienes la nube con granizo como la ira ni la lluvia como el conflicto, sino que cojeas en las buenas obras por el deseo de las cosas celestiales. Y por eso, purifica tu deseo con el temor de Dios en la buena obra, y así bésalo diciendo: "Inclina, Señor, tu oído y escúchame, porque soy pobre e indigente". Porque cuando realizas buenas obras, tocando a Dios con el beso de su amor, Él inmediatamente inclina su oído hacia tu deseo

y oración y las cumple, como también resuena la palabra a través del oído.

Porque estás en gran necesidad y necesitas la ayuda de Dios, y también en gran pobreza, porque te falta completar el bien. Pero que Dios lo complete en ti.

Epístola 149: R149: Preboste G. a Hildegard von Rupertsberg

Un preboste a Hildegarda.

A la señora Hildegarda, verdadera sierva de Dios, del monasterio de San Ruperto, G., que ocupa el cargo de prelado, ofrece lo que vale la oración de un pobre pecador.

Así como todo aquel que es herido por un veneno mortal se apresura como el ciervo a la verdadera fuente, es decir, a Cristo, y expulsa de sí el veneno dañino, yo, cargado con tales inconvenientes, recurro a la fuente que Dios ha dignado revelarnos por su Espíritu, buscando remedio. No dudo en que sepáis cuán rápidamente ha perecido casi toda la religiosidad que antes existía y cuán impúdicamente ha ocupado su lugar una presunción odiosa. Por tanto, dado que la Iglesia cojea en la dignidad y el nombre apostólico y no sabe a qué cabeza mirar verdaderamente, y porque cada vagabundo toma ejemplo de ello, aborreciendo la religión de la buena conversación, aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios están profundamente preocupados por cuál debe ser su fin según la voluntad de Dios.

Por ello, con buen consejo, recurro a vos y os ruego que, enseñada por el Espíritu, me escribáis lo que penséis acerca de esto o de mí mismo. Estoy dispuesto a obedecer en todo a vuestros consejos.

Epístola 150: R150: Hildegard von Rupertsberg a Preboste G.

Respuesta de Hildegarda.

En la visión que he visto desde mi infancia con un ojo vigilante en mi espíritu, por un camino distinto al que nací en este mundo, miré hacia lo alto y vi y oí estas palabras dirigidas a ti:

Tu mente es como un arado que voltea y divide lo duro, lo áspero y lo blando. Pues te ocupas en conocer, voltear y dividir aquello que es tan duro que no puedes romperlo, lo que es tan áspero que te heriría si lo tocaras, y lo que es tan blando que lo destruirías si quisieras tocarlo con dureza y aspereza. La dureza que ha cojeado bajo el sol de la justicia ahora rodea a la Iglesia, a la cual no puedes perforar. Por eso, di a Dios en tu corazón: "Señor, que conoces todas las cosas, quiero obedecerte en mis maestros mientras no me obliguen a resistir a la fe católica".

El poder apostólico, que ahora está dividido en dos partes, rechaza atar lo que le pertenece, y los príncipes del mundo son tan ásperos que no te escucharían si les dijeras lo que es justo según tu conocimiento. Los discípulos de los maestros ahora siguen tal blandura que dudarías, como si no supieras, qué hacer con ellos. Pues un maestro debe enseñar lo santo y lo justo y mostrar buenos ejemplos, tal como hizo Cristo, a quien muchos corrían y de quien muchos huían. Sin embargo, Él recogió a sus amados y escogidos. Por eso, aquellos que te besan en obediencia y te abrazan en caridad, reténlos con gran diligencia y no los abandones; pero deja a los demás en manos de Dios, para que puedas decir con el profeta: "He proclamado tu verdad y tu salvación".

Así que, enfoca tu esperanza en el único Dios, porque Él no abandonará a su Iglesia. Esta es la esperanza de la Iglesia, que será iluminada, y esta esperanza es segura, aunque el dolor dure mucho,

en el cual muchas congregaciones de espirituales serán sacudidas y muchas también serán destruidas. Pero veo en ti la aurora como un resplandor, lo que indica que tienes empeño en la buena voluntad de las buenas obras. También veo un torbellino que recorre en ti a causa de estas y otras vicisitudes, que a veces nubla ese resplandor en ti. Disminuye esto y confía en que serás perfeccionado en Dios, y vivirás para siempre.

Epístola 151: R151: Adelheid von Gandersheim a Hildegard von Rupertsberg

Adelheid, abadesa. A Hildegarda.

Adelheid, abadesa de la iglesia de Gandersheim, aunque indigna, a Hildegarda, madre querida de San Roberto, esposa libre de Jerusalén, los besos del esposo. Un árbol bueno se reconoce por su buen fruto, y no debe ser llevado al olvido, porque fructificando dulzura ha merecido el dulce amor de los buenos. Por tanto, será considerado inferior al bruto animal quien se aferra menos bien a lo que es dulcemente bueno. Así que tú, paloma de Cristo, no seducida, sino de gran y puro corazón, así como el bien no se convierte en mal, la luz en tinieblas, ni lo dulce en amargo, no te apartas de mi corazón. Por lo tanto, debes recordarme con frecuencia, ya que está claro que estoy unida a ti tanto por amor como por la cercanía de una devoción íntima. No quiero, entonces, que la flor del antiguo alimento haya marchitado en tu corazón, aquella que en su momento floreció entre tú y yo, cuando me educaste dulcemente. Te ruego, por el amor de esto y la caridad de tu amado esposo, que ores por mí y por mi rebaño y por el lugar que me fue confiado con tu permiso, y que también nos encomiendes a las oraciones de todas tus hermanas. También te pido que obtengas para mis hermanas el consorcio de tu fraternidad entre esas mismas hermanas tuyas, y aún más, entre las mías. Y cuando alguien de entre vosotros venga a nosotros, mediante cartas enviadas, háznoslo saber en Cristo, si deseas algo más. Yo, por mi parte, cuando el tiempo lo permita y si Dios quiere, no demoraré en venir a vosotros, para que hablemos cara a cara y, con mano en mano, obremos lo que es bueno, y así se consolide la antigua sociedad, que en nosotros confirme Dios con su caridad. Tú, que habitas en los jardines, escucha, y saluda a todas tus cohabitantes, es decir, a mis queridas hermanas, de parte mía, lo más íntimamente posible. Y alégrame con cartas de recomendación.

Epístola 152: R152: Hildegard von Rupertsberg a Adelheid von Gandersheim

Respuesta de Hildegarda.

Oh hija de Dios, en gran preocupación tu mente está ocupada por dos caminos. Pues por cierta inquietud desfalleces, como si desesperaras de tu vida, de modo que, a veces, subes al monte de la fe confiada en Dios, y le preguntas como si no supieras qué hacer en esta duda. Pero tú, con fe pura, realizando buenas obras, ¡camina en el día de tu prosperidad! y da a Dios lo que es suyo. Pues ves el sol, es decir, ese honor que Dios aún no ha retirado de ti, y tienes el mundo en suspiro y en temor a la ley de Dios, como la luna en la noche. Por tanto, en ambos casos, sirve a Dios, porque quiere tu sacrificio, y te pide buenas obras en tu vida antes de que mueras. Que la luz de la gracia de Dios te cubra, y que la unción de su misericordia te unja, como ungió a David, quien, confesando sus pecados, vio a Dios. Que el mismo Espíritu Santo te unja con la unción de la frescura, y que haga en ti buenas y santas obras mediante la devoción con la que los verdaderos adoradores adoran a Dios. ¡Observa los mandamientos de Dios y vivirás eternamente!

Epístola 153: R153: Abadesa G. von N. a Hildegard von Rupertsberg

De una abadesa. A Hildegarda.

A la muy amada señora Hildegarda y en Cristo madre amadísima, G., abadesa, aunque indigna, de las hermanas de la iglesia de N., que vea al Rey de la gloria en su esplendor y se regocije con Él eternamente. Bendito sea Dios, que se digna, a través de ti, revelar de manera maravillosa a nuestros tiempos los misterios de sus secretos, nunca antes oídos en el mundo, y que confirma nuestra fe por medio de ti, oh santísima madre, e ilumina a su santa iglesia con virtudes de sus señales más brillantes de lo habitual, como con ciertos rayos de un nuevo sol, de manera inefable. ¿Quién ha oído alguna vez estas cosas? ¿Quién ha visto tales maravillas? Por tanto, digamos todos y cada uno: bendito sea Dios. Ardo en deseos de ver el rostro de tu santidad y de escuchar las palabras divinas de tu boca, pero, dado que en este momento y por la circunstancia de los lugares no puedo cumplirlo con la presencia corporal, te veré siempre en mi corazón y en mi espíritu, y siempre te amaré. También ruego a tu santidad, oh santísima madre, que te dignes interceder por mí, pecadora, y por nuestra congregación, que suplica contigo ante Dios, quien sin duda te escucha. Debes saber también que tu memoria será siempre bendita entre nosotros, y el nombre del Señor será glorificado a través de ti. Ora por nosotros, piadosísima madre y señora. Por encima de todo, te rogamos, tanto por Dios como por el afecto materno, que no demores en enviarnos pronto cartas de tu consuelo. Que Cristo, nuestro Señor, se digne congregarnos contigo en su reino.

Epístola 154: R154: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa G. von N.

Respuesta de Hildegarda.

Procura que tu mente no esté rondando en la inestabilidad, en la cual no puede aparecer la nube de color zafiro y que también frecuentemente cubre la luz del sol. Esfuérzate mucho por mantenerte en la estabilidad, y no indagues en toda vana y tonta curiosidad, porque aquellos que hacen esto, engañados, caen de la caridad de Cristo, así como la nube zafiro es cubierta por una mente que ronda en la inestabilidad.

Atiende a la unión con Cristo y busca de Él todo lo bueno; manifiéstale tus obras, y Él te dará la bienaventuranza, porque sin Él la salvación del hombre es vana, ya que la gracia y la salvación no se obtienen por el hombre, sino por Dios, de donde también las Sagradas Escrituras, que fluyen de la fuente divina, ofrecen pechos para ser amamantados por los hombres. Aprende, entonces, a huir de esta vanidad que cubre la luz del sol, es decir, que separa al hombre de Cristo. Entonces vivirás eternamente y serás coronada por Cristo.

Epístola 155: R155: Abadesa M. von Wechterswinkel a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa en Wechterswinkel. A Hildegarda.

A Hildegarda, señora y madre amadísima, y digna de toda alabanza, M., llamada por la gracia de Dios abadesa en Wechterswinkel, con todas sus hermanas, envío filial afecto y total sumisión. Dado que hemos sabido, por la gracia de Dios, que el perfume de vuestra santidad se ha difundido por el mundo de manera tan amplia y extensa, que ahora las insignias de vuestras virtudes son recomendadas con digna veneración por todos los hijos de la Iglesia en todo el mundo, nosotras también, aunque indignas, deseando ser inscritas en el privilegio de vuestro especial afecto maternal, nos alegramos por todos los medios de vuestra gran dignidad, en la medida de nuestra pequeñez.

Por tanto, dulcísima madre, imploramos con todo el afecto de nuestro corazón que os dignéis acogernos como hijos y protegernos con el amparo de vuestras santas oraciones, para que, con la ayuda de vuestros santísimos méritos, podamos merecer llegar al final del camino emprendido. Por mi parte, que parezco destacarme de las demás no por méritos, sino solo por la dignidad del nombre, me encomiendo con devoción singular a vuestra santidad con fervientes oraciones, rogando que, por la piadosa intercesión de vuestras oraciones, pueda cuidar de las ovejas que me han sido encomendadas de tal manera que, junto con ellas, me haga digna de participar en la vida eterna.

Sabed que siempre he deseado recibir algo de vos, para poder conservar vuestra memoria, a saber, cartas de exhortación, que por amor de Dios observaré siempre con ánimo dispuesto. Algunas de nuestras hermanas, que os abrazan con especial afecto, se encomiendan en todo a vuestras purísimas oraciones.

Epístola 156: R156: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa M. von Wechterswinkel

Respuesta de Hildegarda.

La luz viviente dice: un establo seco es inútil, y la tierra que se rompe demasiado con el arado no dará un fruto recto, porque no tiene el justo equilibrio en su cultivo. Y la tierra seca y pedregosa produce espinas y otras hierbas inútiles. Así, una abstinencia inadecuada, que no tiene un justo equilibrio ni un estado recto, derriba el cuerpo del hombre, porque no se le da la frescura de una justa restauración. Por lo tanto, el hombre se marchita. Donde esto sucede, ciertamente perecerán las virtudes volátiles, es decir, la humildad y la caridad, las más bellas flores, porque la excesiva abstinencia carece de la frescura de las virtudes, pero allí crece la fama vana de la inutilidad, y surgen muchos terrores que parecen santos, pero no lo son. Los que están en esta vanidad tienen ira y no paz, y son inútiles en muchos de sus modos de actuar.

El hombre que quiere llevar una vida regia en un hábito espiritual, desfallece en los banquetes deliciosos de alimentos inadecuados, de los cuales surge la lascivia, y desfallece en el vino más fuerte en el que late la lujuria, y otras cosas que mueven al mal, que no tienen ninguna salud. Estas cosas deben evitarlas los hombres castos que aman su alma, pero deben usar el trigo recto y la bebida que no arde en el fuego de su calor. Lo que he dado al hombre para comer no se lo quito, pero no conozco alimentos horribles, porque en ellos hay vanidad. Sin embargo, que ninguna alma huya hacia mí por una abstinencia inadecuada, sino que el hombre se adhiera a mí en la justa medida, y lo recibiré.

Y ningún hombre debe luchar con el rechinar de sus dientes por un premio inmerecido en sus obras, porque doy a cada uno la justa recompensa según sus méritos, conforme a cómo me ama.

Epístola 157: R157: Abadesa B. von Elten a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa en Elten. A Hildegarda.

A la señora y madre Hildegarda, querida y venerable en Cristo y en su amor más íntimo, B., abadesa, aunque inmerecida, de Elten, y pecadora penitente, sentada a los pies de Jesús como María, para ver a su amado tal como es.

Me congratulo de vuestra bienaventuranza, amadísima entre todas las mujeres, que, como puede verse en las más evidentes delicias, habéis encontrado, en la medida de lo posible para los mortales, a Aquel a quien vuestra alma ama, y ahora, felizmente, en la secreta cámara de vuestro corazón, gustáis y veis cuán suave es el Señor. Y dado que así lo considero, debo soportar con equidad el hecho de que, desde hace mucho tiempo, habéis descuidado visitarme con vuestras cartas, a mí, que os soy tan devota. Creo, en efecto, que si pudierais desviar por un momento la atención de vuestra mente del Amado y mover un pie fuera de la morada de la quietud, de ninguna manera dejaríais de consolarme con frecuencia a través de vuestro mensajero, quien también me alegraría informándome de vuestro estado y me hablaría de lo mío.

Pues aunque no se me conceda volver a ver vuestra querida faz en esta vida, lo cual no puedo decir sin lágrimas, siempre me alegraré de vos, ya que he decidido amaros como a mi propia alma. Por tanto, ¡con el ojo de la oración os veré hasta que lleguemos allá, donde nos veamos mutuamente para siempre, y merezcamos abrazar a nuestro Amado cara a cara en su esplendor!

Epístola 158: R158: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa B. von Elten

Respuesta de Hildegarda.

Oh tú, que eres maestra en el resplandor de la fuente que salta y que está en lugar de Cristo, escucha. He aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz de David. Esto significa: El Hijo, esplendor de la santa divinidad, es como la raíz de la fortaleza, y Él ruge como un león cuando arroja al infierno a aquellos que, imitando al primer ángel en su caída, caen. Allí rechaza con sus propios dientes toda injusticia que se le enfrenta. Sin embargo, a todos los que lo confiesan con fe y lo tocan con buenas obras, los atrae hacia sí, y por eso lo vence todo, como un león.

Ahora escúchame, te estoy advirtiendo. Dios instituyó un solo camino para todos, para que todos caminaran en él. Pero dos hombres estaban de pie al borde de ese mismo camino, y uno le dijo al otro: "Camino tan gustosamente por las plazas como por el camino". Y el otro dijo: "Yo también". Luego miraron hacia las espinas y los abrojos, y los desearon. Y el Señor les dijo: "Estos no me quieren, ni desean luchar bajo mi estandarte, por lo tanto, han sido cortados de mí".

Entonces vinieron soldados del oriente, muy adornados con armas, diciendo: "Queremos caminar por este camino". Y el Señor les dio las alas de un arquitecto, y un querubín los miró con sus ojos. Y ellos resplandecieron con su luz y se hicieron tan fuertes con esa misma luz que no pudieron saciarse en la lucha del buen combate. Pero otros hombres, en poco tiempo, se fatigaron y perecieron, porque no fueron alimentados con el alimento de la vida.

Por lo tanto, oh querida hija de Dios, mira a esos soldados que luchan, para que puedas estar en alguna parte con ellos, y vivirás eternamente.

Epístola 159: R159: Sophia von Oudwijk a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa en Oudwijk. Hildegarda.

A la bienaventurada Hildegarda de San Roberto, S., abadesa solo de nombre en Oudwijk, de la iglesia de Utrecht, que entres al coro iluminado con la luz de las luces. Pues ningún ser humano es capaz de renunciar a las concupiscencias mundanas y anhelar con toda intención la patria celestial, a menos que le sea dado desde lo alto con la ayuda de Cristo. Por eso deseo comunicar a vuestra comunidad religiosa lo que, inspirado por Dios y con la cooperación de la gracia de su Espíritu, he concebido en mi ánimo.

Nuestro Señor, que no quiere que ninguna de sus ovejas se extravíe, sino que, como buen pastor, desea llevar a todas de regreso al camino de la salvación eterna, ha inspirado en mi corazón, según creo, el deseo de abandonar la carga del gobierno que llevo con tanto peso y de encerrarme en la soledad de alguna celda. Tal es, por tanto, mi deseo, pero el poder llevarlo a cabo y consumarlo está en el poder de nuestro Señor.

Dado que sé que vuestro mérito ante Dios es tan grande que, por la revelación del Espíritu Santo, sois capaz de conocer lo que conviene que haga una persona, os suplico humildemente que tengáis a bien consultar al Señor por mí, para saber si mi vida retirada le es grata, para que no caiga sobre mí en adelante aquella sentencia de Gregorio que dice: "¡Mejor les habría sido no haber conocido el camino de la verdad, que después de conocerlo, apartarse de él hacia algo peor!"

Que os vaya bien en el Señor, y que vuestra piedad no se niegue a indicarme por medio de este portador lo que he solicitado, y lo que os plazca revelar de la gracia de Dios a través de su Espíritu Santo sobre estos asuntos.

Epístola 160: R160: Hildegard von Rupertsberg a Sophia von Oudwijk

Respuesta de Hildegarda.

En la verdadera visión de los misterios de Dios, escucha estas palabras: Oh hija nacida del costado del hombre y formada como figura en la edificación de Dios, ¿por qué desfalleces, de modo que tu mente vuela en la inconstancia de las nubes que la tormenta arrastra, de manera que a veces brilla como la luz y otras se oscurece? Así es tu mente, perturbada por el bullicio de aquellos comportamientos que no resplandecen ante Dios.

Pero tú dices: "Quiero descansar y buscar un lugar donde mi corazón tenga un nido, para que mi alma repose allí". Oh hija, no es útil ante Dios que abandones tu carga y dejes tu rebaño, ya que tienes esa luz con la cual debes iluminarlo y llevarlo a los pastos. Ahora, pues, refrena tu impulso, no permitas que tu mente arda en esa dulzura que te perjudica enormemente en la inconstancia de una vida solitaria.

Tú, sin embargo, vive, porque la gracia de Dios te quiere. Cuida, pues, de no apartarte de ella en las divagaciones de tu mente. ¡Que Dios te ayude a vigilar en la pura sabiduría!

Epístola 161: R161: Sophia von Kitzingen a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa en Kitzingen, a Hildegarda.

Hildegarda, de méritos singulares, maestra de virtudes espirituales, adornada con zafiros, saludos. En Kitzingen, llamada abadesa, aunque con poco provecho para sí misma, en el servicio incesante de la oración. Habiendo oído el privilegio de tu santidad, con alas veloces vuelo al seno de tu caridad, deseando ser recomendada ante ti por la luz, la cual, por la verdadera luz, mereciste ser revelada para la iluminación de las naciones. Pues, ¿quién no se deleita en las moradas de la madre de la sabiduría? ¿Quién no se inclina voluntariamente para escuchar la armonía celestial? ¿O quién no desea oír el órgano del Espíritu Santo, adornado con los tintineos de tantas virtudes, inscrito mística y maravillosamente con tantos milagros? Verdaderamente, este sonido ha salido a toda la tierra, cuya armonía el Espíritu, que procede del Padre, ha condimentado. ¡Por tanto, clama con fortaleza, tú que anuncias la paz en toda su amplitud! Y vendrán a ti todas las naciones, más allá de los ríos de Etiopía, ofreciendo dones de alabanza. Pues yo también, aunque no según el premio, pero según la esperanza, corro hacia la meta, porque, según el apóstol, ni del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia. Porque quienquiera que toma parte en tu santísima oración, la cual ofreces gratuitamente a todos por proximidad y amor de Dios, me acerco a ti con una noble y loable monja, hermana de las más perfectas, aceptable, a quien el Padre Celestial ha engendrado en espíritu para mí, deseando no menos para ella que para mí el conocimiento de ti, venerable y dignísima de toda alabanza, madre. Que tu voz resuene en mis oídos y que divinamente me reveles lo que es más saludable, si debo abandonar la carga que llevo o soportarla por más tiempo. A mí, que pido, explícame divinamente.

Epístola 162: R162: Hildegard von Rupertsberg a Sophia von Kitzingen

Respuesta de Hildegard.

Oh Sophia, en la visión mística te digo: ¡Que tu alma sea fortalecida por Dios! En la recta aspiración que toca a Dios. Es bueno para ti llevar la carga de tu trabajo, que has asumido en Dios. Así, si las ovejas quieren escuchar la advertencia de Dios a través de tu enseñanza, y si alguna chispa brilla en ellas, ¡no las abandones! No permitas que el ladrón las arrebate. Que tu alma brille en Dios, y que tus días ardan en el fuego del Dador. Confía en el Señor y sé diligente por ti y por tus hijas, según el precepto de Dios y la devoción que Dios te ha dado y te da en el abrazo de su caridad. Porque este mundo debes tenerlo en tu corazón como un peregrino. ¡Que Dios te ayude a que te conviertas en una piedra viva en la Jerusalén celestial!

Epístola 163: R163: Abadesa R. von Niedermünster in Regensburg a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa de Santa María de Ratisbona. A Hildegard.

R., por la gracia de Dios humilde dispensadora de las ministrantes de Santa María del monasterio inferior de Ratisbona, a su amiga especial Hildegard: lo que la oración continua y la devoción de un servicio digno produce. Si el modo y el lugar para servirme te son arrebatados, mi afecto recurre finalmente a este remedio: saber lo antes posible sobre la salud de tu cuerpo y alma a través de las cartas transmitidas. Queridísima, aunque las abruptas gargantas de las montañas y los manantiales me alejen de tu presencia, mi corazón se une a ti con benevolencia en perfecta fe y amor. Anhelo conocerte y saludo con felicidad el bien que deseo para ti, no atribuyéndolo a mis méritos, sino a la gratuita piedad de Dios, quien obra piadosamente con sus fieles. Sin embargo, créeme, no abuso de tu amistad, porque disfruto plenamente de ella cuando, por la gracia de Dios, me atrevo y soy capaz de hablar más íntimamente con Él, llamado a la dulzura interior. Bajo el consuelo de esa misma caridad, te ruego que, a través de señales ciertas en las cartas, me hagas saber si, según mi petición y la promesa, algo de mi memoria ha tenido valor para ti. Con la gracia y el permiso tuyos, saludo con fidelidad y amor a nuestras hermanas en el servicio debido, quienes, fortalecidas en espíritu por la fortaleza de Dios, han tomado el vigor de la virtud, y que, con sus buenos actos precediéndolas, me han devuelto salva del borde de la muerte. ¡Adiós!

Epístola 164: R164: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa R. von Niedermünster in Regensburg

Respuesta de Hildegard.

Oh hija de Dios, en la formación del primer hombre, acércate a tu Padre y míralo de tal manera que cumplas Su voluntad, porque Él te creó. En un tiempo próximo te ha advertido castigándote, y aún te advertirá por alguna razón que veo en ti y que es bueno que evites. Por eso, dirige siempre tu mirada a Dios y manifiéstale todos tus caminos, e imita a la paloma de la piedad. Pues ella da testimonio de cada buena obra y lleva consigo la tristeza del exilio de los trabajos. En esto aprende a tener una mente pura. Y cuando tu mente se mueve inquieta, abarcando muchas cosas que no puede llevar a cabo, permanece en la estabilidad y aprende la moderación, porque la paloma también es moderada y estable. Porque cuando una ira vehemente te fatiga, mira al puro manantial de la paciencia, y la ira se disipará rápidamente, y la tempestad y la ola de agua agitada cesarán, porque la paloma es paciente. Pero cuando estás en el tedio, es decir, cuando el movimiento natural te sacude, considera el exilio de esta vida. Y cuando también suspiras esperando la otra vida, hazlo según la tristeza de la paloma. Recoge todas las cosas útiles de otros buenos hombres y vive según el ejemplo de la paloma, ¡para que vivas eternamente!

Epístola 165: R165: Abadesa H. von Kaufungen a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa en Kaufungen. A Hildegarda.

A la señora y hermana Hildegarda, de H., pecadora y abadesa solo de nombre en Kaufungen: No ocultes la luz del conocimiento bajo el celemín del silencio. La inesperada prisa del mensajero me ha impedido escribirte algo detallado como a mi señora y madre, sino que más bien te envío palabras simples como a una hermana querida. Por tanto, acéptalas así. Se ha vuelto célebre en boca de todos ese volumen volador que fue dado al profeta como alimento, y en tu boca, como en la de una sabia, debe reposar. ¡Oh, qué precioso tesoro es este! Cuida, entonces, de no tragarlo con necedad. Corre, apúrate, despierta a la Iglesia, e incluso a los príncipes de la Iglesia, a quienes se les dijo en Pedro: "Simón, ¿no has podido velar una hora conmigo?" Pues vimos y nos alegramos, y también temblamos, al ver la vara vigilante de la iniquidad desde el norte. Por eso, deseamos recibir tus cartas consoladoras. ¡Adiós en Cristo! En su invocación, acuérdate siempre de mí, para que merezca ser partícipe de la gracia que está en ti.

Epístola 166: R166: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa H. von Kaufungen

Respuesta de Hildegard.

En espíritu, te hablo con verdad: Guarda tu alma para que no se manche con la iniquidad, y ciñe tu cuerpo con la justicia de Dios. Haz esto antes del día de tu muerte, porque después no podrás encontrar ningún remedio, excepto lo que encuentres por la gracia de Dios y el adorno de tus obras. Pues el enemigo, como un halcón, ronda a tu alrededor, buscando cómo herir tu alma. Protégela mediante el empeño en buenas obras y la abstinencia de los pecados, porque tus días no tienen mucho tiempo. Que el Espíritu Santo encienda Su fuego en ti, para que recuerdes estas palabras. Nuevamente, te digo esta parábola: los árboles se secan en invierno y florecen en verano, produciendo sus frutos. Piensa en tu alma de esta manera: mientras estés en la transgresión de la vida espiritual, estás en invierno; y a través de la transformación de tus costumbres, corre rápidamente hacia la frescura del Espíritu Santo, que es el verano, y produce flores de esta manera. Reúne tus gavillas tan pronto como puedas y, entretanto, protégete del pecado. Porque te digo en verdad: si buscas la gracia de Dios, ella no te abandonará.

Epístola 167: R167: Abadesa R. von Gerbstedt a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa en Gerbstedt. A Hildegarda.

A la venerable señora Hildegarda, lámpara ardiente y luminosa. R., por la gracia de Dios abadesa en Gerbstedt, aunque indigna: corre de tal manera en la carrera que obtengas el premio eterno. Pues, según el testimonio del apóstol, cada uno es miembro del otro, y todos los hijos de la Iglesia tienen gran motivo de alegría, ya que la fama de tu santidad se ha difundido por todas partes, haciendo conocer el aroma de tus virtudes en toda la Iglesia. Este aroma ha llegado también a nuestras tierras, despertando en nuestros corazones una gran gratitud al autor de todo bien. Por eso, yo, la última de los fieles, deseando participar en tus méritos, ruego fervientemente que pueda ser digna de participar en la asiduidad de tus oraciones. Si atiendes esta petición, te prometo, aunque mi oración sea muy humilde, ofrecerla con la mayor prontitud por ti. Además, te ruego, amada señora, que me envíes algunas de tus palabras, para que pueda servirlas con toda devoción. Y para que tu memoria florezca aún más entre nosotros, tanto más cuanto tu bondad nos alegra. ¡Adiós!

Epístola 168: R168: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa R. von Gerbstedt

Respuesta de Hildegard.

Tú, hija de Dios, asciende en las noches a través de los cuatro elementos, que durante el día completan todas las obras. La noche trae tristeza a través de la oscuridad, y el día trae alegría a través de la luz. Pues está escrito: "El día al día transmite el mensaje, y la noche a la noche comunica sabiduría." Esto significa que Dios es ese día que no se oscurece, y que a lo largo de los tiempos nunca cambia. Él eligió para sí mismo el día, es decir, la clara luz de la luz, porque Él creó Su obra de manera completa, es decir, al ser humano con todo lo que le pertenece. Pero la serpiente vino y sopló sobre la mujer con palabras engañosas, y ella las aceptó, inclinándose hacia la serpiente. Y lo que había probado de la serpiente lo dio a su marido, y eso permaneció en él, porque el hombre lleva a cabo todas las obras plenamente. Sin embargo, Dios no ordenó que esto sucediera, sino que la serpiente, con palabras lisonjeras y engañosas, engañó a la mujer. De esta manera, el gusto de la carne fue recibido de la serpiente, y por eso la serpiente es resbaladiza, ligera y engañosa, como su consejo. Pues la serpiente escondió la maldición en su engaño, porque si hubiera mostrado la perdición, el hombre no habría consentido en su consejo. Y así como el hombre tiene el conocimiento del bien y del mal, la serpiente tiene el engaño y la maldición. Pero luego, el veloz ciervo y el fuerte león, en su cámara, supieron cómo dividir esto. Porque Dios eligió la materia virginal, en la cual preparó la humanidad con Su palabra, ya que la virgen no conoce la mezcla del gusto de la carne, y así la Palabra de Dios se hizo hombre sin corrupción. De este modo, Cristo, el hombre, avanzó de día en día y engañó a la serpiente que había blasfemado contra el hombre. Pues Cristo, el día, superó todas las cosas nocivas de la noche, porque lavó el gusto de la carne que la serpiente había

introducido en el hombre mediante el engaño, a través de la penitencia corregida, y convierte al hombre en algo nuevo cuando lo reúne como miembro suyo. La serpiente, con su engaño en el que esconde la malicia, muchas veces hiere a muchos, y los hace dudar de tal manera que no conocen a Dios, y así los destroza sin fe y sin esperanza. Sin embargo, muchos luchan contra esto, diciendo: "Mi Creador no me perderá, a menos que perezca por mis pecados." Esta lucha es semejante a los tormentos de los mártires y al dolor de las heridas de Cristo. La primera mujer fue la noche antes mencionada, y ella indicó la sabiduría a la noche, es decir, a su marido. Tú, hija de Dios, hazte hermosa a través del martirio de las buenas obras, de modo que tu alma brille en Dios.

Epístola 169: R169: Abadesa B. von St. Cyriakus in Erfurt a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa de San Ciriaco en Erfurt. A Hildegard.

Hildegard, espejo de santidad. B., indigna abadesa de las siervas de Cristo que habitan en el monte de San Ciriaco en Erfurt, que disfrutes de las alegrías de la claridad eterna. Se dicen cosas gloriosas de ti, sierva de Dios. Por lo tanto, te ruego que extiendas tu mano de oración hacia mí, quien está agobiada por el peso de los pecados, imitando a tu amado, quien extendió su mano hacia el leproso. Pues he sabido que has sido ungida con el aceite de la alegría por encima de tus compañeras. Por eso, con las rodillas dobladas, te suplico que, cuando hayas alcanzado las cosas celestiales y eternas y hayas entrado en el Santo de los Santos, te compadezcas de mis miserias, suplicando a tu Esposo y al mío por esta pobre alma, y reconciliando mis excesos con su gracia. ¿Cómo tendrías caridad, amada de Cristo, si te negaras a compadecerte de las debilidades de los demás? Así, pues, encomiendo a tu santidad a mí y a las hermanas que me han sido confiadas, y ora para que nuestros pies permanezcan en el camino recto, para que caminando perfectamente alcancemos el día de la alegría. Intercede por nosotras ante Aquel que nos esconde en el secreto de Su rostro, lejos de la perturbación de los hombres, para que se digne protegernos en Su tabernáculo del conflicto de las lenguas, y nos conceda el querer y el poder para cumplir lo que manda, Él que guarda la verdad para siempre. Por tanto, te enviamos la plenitud de nuestra fraternidad a tu santidad, y te suplicamos con todo el corazón que tengamos la certeza de tus oraciones. ¡Que la gloria de tu santidad prospere, florezca y tenga fuerza!

Epístola 170: R170: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa B. von St. Cyriakus in Erfurt

Respuesta de Hildegarda.

Oh hija de Dios, estás rodeada por la caridad de Cristo, pero aun así te ves constreñida por las amarguras de tu cuerpo en medio de luchas, y te rebelas resistiendo al diablo. Veo que la construcción del pueblo con el que estás es agradable a Dios y que está ascendiendo vigorosamente hacia un mejor camino, edificándose en una buena conversación más allá de lo que estaba establecido. Por lo tanto, ¡que tu alma exulte en Dios y permanezca devotamente en Él! Sin embargo, no sabes ni podrás imaginar cómo romper las cadenas de los que están atados, es decir, de aquellos que caminan por el camino equivocado de la burla. ¿Cómo? Un hombre miró hacia una gran torre para evitar que se moviera, pero no pudo impedirlo, y en medio de gritos inquietos exclamó: "¡Ay, ay!" Y así fue llevado a la burla del pueblo que decía: "¿De qué te servirá siempre luchar contra aquellos que no te quieren?" Mira hacia la alta montaña, hacia Aquel que te responde con amor diligente: "Hija mía, ¿qué quieres? Cumpliré todo lo que pidas por tu alma." Por tanto, cesa tu mente inquieta y asume la paz para ti. Pues veo, en la verdadera luz, que esto es útil para tu alma. Sin embargo, cuida con esmero de tu tierra y no la destruyas, para que la frescura de las hierbas y las virtudes de los aromas no se vean tan desgastadas por el arado del trabajo que no puedan germinar. Veo a menudo que cuando un hombre aflige su cuerpo con excesiva abstinencia, surge en él un tedio, y los vicios se enredan en ese tedio más de lo que lo harían si se alimentara justamente. Pero como en ti se ha establecido un alma benevolente llena de caridad, guarda que no veas con frecuencia aquello que ordena herir la carne, sino que aplica a tus tiempos correctamente establecidos los ungüentos de la salvación, para que vivas

eternamente. Veo tu alma resplandeciendo intensamente en la pura luz.

Epístola 171: R171: Abadesa D. von Lippoldsberg a Hildegard von Rupertsberg

De la abadesa en el monte de Luobboldes. A Hildegarda.

A Hildegarda, esposa de Cristo en el monte de San Roberto. [De] la humilde gobernadora de las hermanas en el monte de Luobboldes. Una piadosa oración en Cristo.

Con cuánto deseo he anhelado ver tu rostro y disfrutar de tu conversación, lo he deseado durante mucho tiempo y lo sigo deseando. ¡Dios, el escudriñador de corazones y riñones, lo sabe! Sin embargo, nunca pude alcanzar la realización de mi deseo debido a mis pecados, que lo han impedido. Pero ya que a menudo he sabido que muchos han recibido consuelo a través de tus cartas, aunque no hayan tenido la oportunidad de ver tu rostro, también yo, pecadora, con la misma esperanza, me atreví a buscar tu consejo a través de esta carta. ¡Por si acaso la divina clemencia, a través de tu bondad, dispusiera consolar mi aflicción!

En verdad, es múltiple la contrición de mi corazón, que con todo mi ser deseo que se alivie a través de ti.

Epístola 172: R172: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa D. von Lippoldsberg

Respuesta de Hildegarda.

El día ilumina la claridad, y la noche oscurece las tinieblas. Pero si la noche quisiera luchar contra el día, no podría extinguirlo. Si, en cambio, el día quisiera superar a la noche, tendría la posibilidad de vencerla. Que la verdadera luz esté contigo, la que Dios previó para el hombre en el primer día.

Porque el padre ama al hijo, aunque lo vea salir fuera, mientras ese hijo no busque el tiempo de pecar, como si Dios no existiera. Dios ve tu alma en la errancia de tu mente, pero, no obstante, tu mente desprecia los pecados ilícitos que desgarran el alma. Por eso, te veo como un resplandor brillante del sol a través de la inspiración del Espíritu Santo, que no toca en absoluto el exilio de la perdición, sino que mira hacia el sol como el águila, a través de la penitencia, que es la madre más dulce. Por eso Dios te ama profundamente. Ahora vive para siempre.

Epístola 173: R173: Abadesa H. a Hildegard von Rupertsberg

Cierta abadesa a Hildegarda.

A Hildegarda, venerable y amada en Cristo, de H., pecadora y abadesa solo de nombre, [te envío] una oración y la comunión de todas las obras realizadas o por realizar en alabanza a Dios. Sabemos, amadísima, que siempre has sido previsora en todo y que no has fallado en esto. Por ello, te rogamos que recibas nuestras cartas con benevolencia y escuches lo que contienen.

Nos quejamos ante tu santidad porque frecuentemente somos atacadas por las tentaciones de los malos espíritus y nos sentimos inclinadas hacia diversas direcciones. Y a menos que seamos fortalecidas con la ayuda de Dios, somos oprimidas por sus tormentas. Por eso, imploramos una y otra vez, y también por tercera vez, a tu santidad, que en aras de la eterna recompensa nos socorras con el consejo de tu bondad. Y todo lo que deliberes sobre este asunto, comunícalo no de viva voz, sino mediante cartas a través del portador de esta misiva.

Epístola 174: R174: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa H.

Respuesta de Hildegarda.

Oh hija de Eva, en una verdadera visión se me ha enseñado lo siguiente: Quienquiera que haga esto, es decir, quien abandona los deseos de su cuerpo, se asemeja a Abraham, que dejó su patria, y al hombre sabio que construye su casa sobre la roca. Porque aquel que en esta vida terrenal cultiva otra vida, se demuestra que tiene una vida angélica, ya que la tempestad de este mundo no lo conmueve, ni se desploma ante los terrores del engaño diabólico. Así como Abraham dejó su patria y obedeció los mandamientos de Dios, así también este abandona sus deseos carnales y obedece los preceptos de Dios a través de limosnas, oraciones y otras buenas obras.

Pero es necesario prever que el hombre sea firme en estas buenas acciones, para que no sea seducido por el diablo, quien engañó al primer hombre y lo despojó de su gloria. En todas sus buenas obras, también debe obedecer las enseñanzas de los jueces celestiales, cuyas lenguas se han convertido en las llaves del cielo. Que Dios complete la victoria de esta batalla en ti, para que seas alabada por los ángeles y los santos se regocijen por ello, y para que también tú seas recibida en los gozos eternos.

Epístola 175: R175: Abadesa S. von Widergoldesdorff a Hildegard von Rupertsberg

Abadesa en Widergoldesdorff a Hildegarda.

A su señora Hildegarda, piadosa madre de las siervas de Cristo que militan para el Señor Dios en el Beato Roberto. S., humilde ministra y llamada gobernadora de las hermanas en Widergoldesdorff, que sirven a Dios y a Santa María, [envío] mi más íntima devoción y obediencia. Sé, señora, que todos vuestros caminos son misericordia y verdad, y con razón, pues la misericordia que trajo al Hijo de Dios del cielo a la tierra os ha mirado con favor, y la sabiduría celestial ha preparado en vos su morada.

Por eso, dulcísima señora, os suplico encarecidamente que os dignéis consultar a Dios si es su voluntad que cargue con este peso o lo abandone, pues hasta ahora he perseverado más por la obligación de la obediencia que por amor a Dios. Por eso, si me atreviera, de buen grado abandonaría el lugar de la maestría, porque me parece muy duro servir a todos en sus costumbres y permanecer en la voluntad de los demás, y por ello no espero recibir alguna recompensa. Que estéis bien. Al sabio de espíritu le bastan pocas palabras.

Epístola 176: R176: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa S. von Widergoldesdorff

Respuesta de Hildegarda.

El hombre que es tal en la sabiduría que puede sostener el cielo, vale mucho, y en él reside un gran don de Dios. Este es el sentido: Ningún ser humano debe huir si tiene la capacidad para sostener con la vara de Dios la congregación de los santos. Oh hija de Dios, que el don de Él te inspire esto: que lleves cuidadosamente su luz.

Porque existe una cierta naturaleza en el ser humano que, en su primer origen, asciende como humo, y esta trae consigo dolor y amargura, a la que se unen muchos pensamientos, miedo y duda. ¡Este es tu martirio, hija! Y en él soportas angustia, temor y dolor en la equidad de la vida. Sin embargo, en esta parte, muchos santos llegan a Dios como mártires. Por eso, confía en Dios, porque no te abandonará, y que el Espíritu Santo alivie tu dolor.

Epístola 177: R177: Hazecha von Krauftal a Hildegard von Rupertsberg

Hazecha, abadesa de Krauftal, a Hildegarda.

A Hildegarda, sabia administradora de la casa del Altísimo Padre de familia. Hazecha, humilde e indigna abadesa de Krauftal, [envía] materna veneración, devoción filial y el amor con el que estamos unidas en Cristo.

Después de haber merecido, con la ayuda de Dios, ser aliviada por la presencia tan anhelada y la amable conversación de vuestra parte, he descansado un poco de la pequeñez de espíritu y de la tormenta anterior. Y, dado que no dudo de que vuestras palabras no proceden del ingenio humano, sino de la verdadera luz que os ha iluminado más que a otros seres humanos, he postergado un poco más la realización del consejo que propuse seguir.

Deseo que sepáis, señora y carísima hermana, que así como antes deseaba mucho veros, no menos aún lo deseo ahora, y aunque no pueda en cuerpo, siempre estoy con vos de corazón. Y como es cierto que el amor está en vos, y vos permanecéis en el amor, os ruego por medio de él que no dudéis en escribirme lo que la luz viva, a través de su espíritu, os haya revelado de mí que sea digno de corrección o amonestación.

Epístola 178: R178: Hildegard von Rupertsberg a Hazecha von Krauftal

Respuesta de Hildegarda.

El que todo lo ve dice: Tienes ojos para ver y para observar por todas partes. Donde veas lodo, límpialo; y lo que esté seco, haz que reverdezca. Y las especias que tienes, haz que tengan sabor. Si no tuvieras ojos, podrías excusarte. ¡Pero tienes ojos! ¿Por qué no observas con ellos?

Tienes el don de la elocuencia en la racionalidad. Muchas veces juzgas a otros en asuntos en los que no deseas ser juzgada, ¡pero aun así, a veces hablas con sabiduría en lo que dices! Por lo tanto, cuida de llevar tu carga correctamente y recoge buenas obras en la bolsa de tu corazón para que no te falten. Porque en la vida solitaria, que requieren las palabras que pronuncias, no podrías descansar debido a la diversidad de tus costumbres, ya que lo último en ti sería mucho peor que lo primero, y también tan grave como la pérdida de una piedra.

Imita a la tórtola en la castidad y cuida diligentemente la viña elegida, para que puedas contemplar a Dios con rostro recto y puro.

Epístola 179: R179: Lucardis von Bamberg a Hildegard von Rupertsberg

Lucardis, abadesa en Babenberch, a Hildegarda.

A Hildegarda, señora y madre amable, venerable por su religión y dignidad. Lucardis, aunque indigna, abadesa llamada de Babenberch, junto con todas aquellas que le han sido encomendadas por Dios, [le envía] todo lo que valen las oraciones de las humildes.

Nos regocijamos en Cristo tanto como nuestra capacidad lo permite por la bienaventuranza de vuestra persona, porque el Señor, que os conoció de antemano y os eligió para Él, os ha iluminado y colmado con el espíritu de profecía en nuestros tiempos. Cristo nos ha alegrado especialmente en esto, no solo porque os ha previsto y predestinado siendo mujer, sino porque a muchos ha iluminado con su gracia a través de vuestra enseñanza. Por ello, le damos las más grandes gracias a Él por vos, y humildemente rogamos que lo que ha comenzado en vos, lo complete con su clemencia hasta llevaros a lo eterno.

Por tanto, solicitamos encarecidamente que os dignéis recibirnos en la fraternidad de vuestra comunidad y que os esmeréis en recomendarnos a vuestro santo convento, y que nos fortalecéis con vuestras cartas de amonestación. Que vuestra caridad esté bien.

Epístola 180: R180: Hildegard von Rupertsberg a Lucardis von Bamberg

Respuesta de Hildegarda.

Oh madre, quien no cava y hace fructífero ese campo que tiene la plenitud de la fertilidad, lo abandona, porque no trabaja para la recompensa del Padre de familia. ¿Quién estableció al buey y al asno? Dios los creó para el servicio del hombre. ¿Y por qué el hombre no trabaja para su propio beneficio, cuando él mismo es toda la obra de Dios y cuando Dios no lo hizo para estar inactivo?

Dios creó al hombre semejante al firmamento, que sostiene el sol, la luna y las estrellas, para que iluminen a todas las criaturas y muestren los tiempos de los tiempos. Pero si una nube negra cubriera todas estas cosas, la criatura temería que su fin estuviera cerca. Tú, hija de Dios, reconoce este campo en ti misma, porque por tu benevolencia tienes una relación cercana con el pueblo, de modo que puede recibir tus palabras y obras. Por eso, no rehúyas trabajar con ellos, ni faltes a tu deber debido a la ociosidad, porque las hierbas inútiles a menudo crecen en la inactividad.

Propón para ti también la manifestación del firmamento, para que la luz de tu racionalidad no se oscurezca, escondiendo el mal el engaño del diablo, como si apenas vivieras. Y en todo esto, disciplina a tus hijas, porque así como un niño teme ser golpeado con la vara, así también el maestro debe ser temido por todos. Sin embargo, no temas la aflicción en estas cosas, sino aumenta tus recompensas en la vida eterna, de modo que los suspiros del Espíritu Santo fluyan en ti.

Epístola 181: R181: Abadesa H. von Altmünster in Mainz a Hildegard von Rupertsberg

Abadesa en el antiguo monasterio de la iglesia de Maguncia a Hildegarda.

A su señora Hildegarda, virgen consagrada a Dios, de H., abadesa solo de nombre de las hermanas en el antiguo monasterio de la iglesia de Maguncia, [le deseo] la bienaventuranza de la vida celestial tras una prolongada enfermedad.

Si, mi señora, os habéis recuperado un poco de vuestra enfermedad, me alegro; si no es así, lo lamento profundamente desde el corazón. He aquí que os escribo con la osadía de la familiaridad, pidiéndoos que consideréis mi devoción hacia vos y que os esforcéis por aplacar el rostro del Señor por mis pecados. Os suplico, en el vínculo de la caridad, que a través del portador de la presente carta me exhortéis y que, con vuestra respuesta, me alegréis según lo que el Espíritu Santo os inspire.

Epístola 182: R182: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa H. von Altmünster in Mainz

Respuesta de Hildegarda.

La voluntad de Dios me había abatido como bajo el signo de la muerte, como si mi alma suspirara por dejar este mundo; pero la gracia de Dios ahora me ha levantado un poco en un nuevo don. Pues las cosas místicas de Dios, como veo en la verdadera visión, dicen: Aquel que en mi nombre socorre a quien sufre, será socorrido en mi parte con la recompensa del elogio.

Tu mente arde como si estuviera rociada con aceite encendido, por lo que a veces te fatigas de tanto dolor, como si no supieras qué hacer. Vive en Dios y soporta tu carga tan devotamente como puedas según tus fuerzas, y Dios hará que perseveres en su servicio.

Epístola 183: R183: Abadesa O. von Ilbenstadt a Hildegard von Rupertsberg

De la Abadesa en Ilbenstadt, a Hildegarda.

A su señora Hildegarda, de O., indigna gobernadora de las siervas de Cristo en Ilbenstadt, por lo que ha gustado íntimamente del don celestial y ha alcanzado ese perfecto bien. ¡Bendito sea Jesucristo, cuyo buen olor sois para Dios en todo lugar! Porque ya no es el olor del bálsamo, sino la misma sustancia del sagrado ungüento lo que ha fluido sobre vos, cuyo suavísimo aroma ha endulzado tanto vuestro nombre en los corazones y oídos de todos, que todos a la vez encomiendan los signos de vuestra humildad y afabilidad, y glorifican en vos a vuestro Padre que está en los cielos.

Por lo tanto, madre bendita, concede perdón y soporta no solo un poco de mi insensatez, sino toda mi gran insensatez. Permite que ante ti abra un poco el dolor de mi corazón, ¡y cuando lo escuches, te ruego que consueles a tu sierva! Pues llevo un peso insoportable, ya que se me manda corregir las torpezas de mis hermanas, cuando ni siquiera puedo evitar los peligros que me atacan por todas partes, aunque sea en pequeña medida.

Así que, cuando salgas a ver al rey Salomón en su esplendor, ¡recuerda todo lo que te he pedido con todo mi corazón! Adiós.

Epístola 184: R184: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa O. von Ilbenstadt

Respuesta de Hildegarda:

¡Oh hija de Dios! Mientras tengas la posibilidad entre las hijas de Él, trabaja y en la pequeñez suspira hacia Dios y observa tu ley. Porque tu trabajo clama y ora a Dios. El hombre que trabaja en la caverna de la justicia de Dios y en el camino estrecho, aunque consienta en la caída de Adán, busca por ello los azotes de la penitencia. Y que nadie dude de que después de los azotes de la penitencia, la puerta celestial lo recibirá. Porque quien desgasta el campo de su cuerpo con discreción, la repentina llegada del fin no lo dañará, porque la sinfonía del Espíritu Santo y la vida alegre lo recibirán. Pero se debe tener cuidado de no matar el cuerpo por la excesiva labor, sino prohibir los pecados con racionalidad. Hija, recuerda que no tienes la posibilidad de crear al hombre, por lo que ora suavemente a Dios para que te dé una vida mejor. Y esto es más aceptable para Dios que suplicarle en la excesiva tristeza. Que Dios te haga templo de vida.

Epístola 185: R185: Elisabeth von Schönau a Hildegard von Rupertsberg

Elisabeth, maestra en Schönau, a Hildegarda:

A la venerable señora Hildegarda, maestra de las esposas de Cristo que están en Bingen, Elisabeth, humilde monja y maestra de las hermanas que están en Schönau, envía devotas oraciones con todo cariño. Que la gracia y consolación del Altísimo os llenen de gozo, porque habéis mostrado benignamente compasión por mi perturbación, como he entendido por las palabras de mi consolador, a quien diligentemente habéis instado sobre mi consuelo.

Como dijisteis que os fue revelado acerca de mí, confieso sinceramente que recientemente concebí una nube de perturbación en mi mente debido a las palabras inadecuadas del pueblo, que habla mucho de mí cosas que no son verdaderas. Pero soportaría fácilmente las palabras del vulgo, si no fuera porque también aquellos que caminan en el hábito religioso amargamente entristecen mi espíritu. Porque estos, movidos no sé por qué estímulos, se burlan de la gracia del Señor en mí y no temen juzgar temerariamente lo que desconocen.

También escucho que algunos llevan cartas escritas de su propio espíritu bajo mi nombre. Me difamaron diciendo que había profetizado sobre el día del juicio, lo cual ciertamente nunca me atreví a hacer, ya que el conocimiento de su llegada escapa a todos los mortales. Pero os revelaré la ocasión de su fama, para que juzguéis si presumptuosamente he hecho o dicho algo en este asunto.

Como habéis oído de otros, el Señor magnificó su misericordia conmigo más allá de lo que merecía o podría merecer en absoluto, hasta el punto de que incluso se dignó revelarme con frecuencia algunos misterios celestiales. También me informó a través de su

ángel con frecuencia sobre las cosas que vendrán sobre su pueblo en estos días, a menos que hagan penitencia por sus iniquidades, y me ordenó que lo anunciara públicamente. Sin embargo, para evitar la arrogancia y para no parecer la autora de novedades, en la medida de lo posible, me esforcé en ocultar todo esto.

Así, un domingo, mientras estaba en un éxtasis habitual, se me apareció el ángel del Señor diciendo: "¿Por qué escondes el oro en el barro? Esto es, la palabra de Dios que ha sido enviada a la tierra a través de tu boca, no para ser ocultada, sino para ser manifestada para alabanza y gloria de nuestro Señor y para la salvación de su pueblo". Y al decir esto, levantó sobre mí un látigo que me golpeó con gran ira cinco veces tan amargamente que durante tres días languidecí en todo mi cuerpo a causa de ese golpe. Después de esto, puso su dedo sobre mi boca diciendo: "Permanecerás en silencio hasta la hora nona, cuando manifestarás lo que el Señor ha obrado contigo". Permanecí muda hasta la hora nona. Entonces indiqué a la maestra que me trajera un pequeño libro que había escondido en mi lecho, que contenía en parte lo que el Señor había hecho conmigo. Cuando lo ofrecí en manos del señor abad, que había venido a visitarme, mi lengua se soltó en estas palabras: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria".

Después de esto, cuando le revelé otras cosas que no había querido poner por escrito, sobre la gran venganza del Señor que había aprendido del ángel que sobrevendría pronto al mundo entero, le rogué diligentemente que guardara esa palabra en secreto. Me ordenó que dedicara mi tiempo a la oración y que pidiera al Señor que me hiciera entender si quería que lo que había dicho se mantuviera en silencio o no. Y mientras me afligía durante algún tiempo con oración sobre este asunto, en la festividad de Santa Bárbara, en la primera vigilia de la noche, caí en éxtasis, y se me apareció el ángel del Señor diciendo: "Clama fuertemente y di: ¡Ay de todas las naciones, porque todo el mundo se ha convertido en

tinieblas! Y dirás: ¡Salid! Aquel que os formó de la tierra os ha llamado y dice: ¡Haced penitencia, porque el reino de Dios está cerca!". Con esta palabra, el señor abad comenzó a divulgar el mensaje ante los magistrados de la iglesia y los hombres religiosos. Algunos recibieron la palabra con reverencia, pero otros no, sino que hablaron maliciosamente.

Ocurrió, pues, que muchos de los que escucharon esta palabra, durante todo el tiempo de la Cuaresma, se afligieron en gran temor mediante la penitencia, dedicándose a las limosnas y a las oraciones. En ese tiempo, alguien, llevado por no sé qué celo, envió cartas a la ciudad de Colonia en nombre del señor abad, sin que él lo supiera, en las que se leían algunas terribles amenazas ante todo el pueblo. Aunque fuimos ridiculizados por algunos, los prudentes, como hemos oído, consideraron la palabra con reverencia y no despreciaron honrar a Dios con los frutos de la penitencia.

Ocurrió entonces, el miércoles antes del día de Pascua, cuando después de grandes trabajos del cuerpo, caí en éxtasis. Se me apareció el ángel del Señor, y le dije: "Señor, ¿qué será de la palabra que me has dicho?". Él respondió: "No te entristezcas ni te perturbes si las cosas que te predije no ocurren en el día que te determiné, porque el Señor ha sido aplacado por la satisfacción de muchos". Después de esto, el viernes alrededor de la hora tercia, con gran sufrimiento, caí en un éxtasis mental, y nuevamente se me apareció diciendo: "El Señor ha visto la aflicción de su pueblo y ha apartado su ira de indignación de ellos". Entonces le dije: "¿Qué, Señor mío, no seré motivo de burla para todos aquellos ante quienes se ha divulgado esta palabra?". Y él dijo: "Todo lo que te ocurra en esta ocasión, soporta pacientemente y con benevolencia. Observa diligentemente a Aquel que, siendo el creador de todo el mundo, soportó las burlas de los hombres. Ahora el Señor prueba tu paciencia".

Así pues, señora mía, os he explicado todo el asunto para que podáis conocer mi inocencia y la de nuestro abad, y para que podáis manifestarlo a otros. Os suplico también que me hagáis partícipe de vuestras oraciones, y que, según os sugiera el Espíritu del Señor, me escribáis algunas palabras de consuelo. Que la gracia de Cristo esté con vosotras. Amén.

Epístola 186: R186: Hildegard von Rupertsberg a Elisabeth von Schönau

Respuesta de Hildegarda:

Yo, una pobre criatura y un vaso de barro, no digo estas cosas de mí misma, sino por la luz serena. El hombre es un vaso que Dios ha construido para sí mismo y que ha llenado con su inspiración para que sus obras se perfeccionen en él, porque Dios no actúa como el hombre, sino que todo está completo en la orden de su mandato. Las hierbas, los árboles y las plantas aparecieron, también el sol, la luna y las estrellas surgieron en su ministerio, y las aguas produjeron peces y aves, incluso los animales y las bestias se levantaron, todas estas cosas sirven al hombre, tal como Dios las dispuso. Pero solo el hombre no lo reconoció. Pues cuando Dios otorgó gran conocimiento al hombre, este se elevó en su propio ánimo y se apartó de Dios. Dios lo había mirado de tal manera que quería perfeccionar en él todas sus obras, pero el antiguo engañador lo engañó e infectó con el crimen de la desobediencia mediante el deleite de un viento inapropiado, al buscar más de lo que debía. ¡Ah, qué desgracia! Entonces todos los elementos se entrelazaron en la alternancia de la luz y las tinieblas, así como el hombre lo hizo en la transgresión de los mandamientos de Dios.

Sin embargo, Dios regó a algunos hombres para que el hombre no fuera completamente ridiculizado. ¡Abel fue bueno, pero Caín fue un asesino! Y muchos vieron los misterios de Dios en la luz, pero otros cometieron muchos pecados hasta que llegó el tiempo en que la palabra de Dios brilló, como se ha dicho: "Hermoso en apariencia más que los hijos de los hombres". Entonces el sol de justicia apareció y los hombres fueron iluminados en la fe y en las buenas obras, así como la aurora precede, y las demás horas del día le siguen, hasta que llega la noche.

Así, hija mía Elisabeth, el mundo está cambiando. Pues el mundo ya está agotado en toda la verdor de las virtudes, es decir, en la aurora, en la primera, en la tercera y en la más fuerte sexta hora del día. Y por eso, en este tiempo es necesario que Dios riegue a algunos hombres para que sus instrumentos no queden ociosos. Escucha, hija solicitada, porque estos hombres que son imbuidos por la inspiración de Dios son un poco fatigados por la sugestión ambiciosa de la antigua serpiente. Pues cuando esa serpiente ve una gema elegante, inmediatamente ruge diciendo: "¿Qué es esto?" Y la fatiga con muchas miserias de una mente ardiente que desea volar sobre las nubes como si fueran dioses, tal como él mismo lo hace.

Ahora escucha nuevamente. Aquellos que desean perfeccionar las obras de Dios deben recordar siempre que son vasijas de barro, porque son hombres, y siempre deben considerar qué son y qué serán, y dejar las cosas celestiales a aquel que es celestial, porque ellos son exiliados que no conocen lo celestial, sino que solo cantan los misterios de Dios como una trompeta que solo emite sonido pero no actúa, sino que en la que otro sopla para que emita sonido. Pero que se pongan la coraza de la fe los mansos, humildes, pobres y miserables, tal como fue aquel Cordero, cuyo sonido de trompeta son ellos, manteniendo también las costumbres de la inocencia simple, porque Dios siempre castiga a aquellos que tocan su trompeta, previendo que su vaso de barro no perezca, sino que le complazca.

¡Oh hija! Que Dios te haga un espejo de vida. Y yo, que yago en la pequeñez de mi mente, me fatigo mucho en la preocupación del temor, a veces resonando un poco como un pequeño sonido de trompeta de la luz viviente. Por lo tanto, que Dios me ayude a permanecer en su servicio.

Epístola 187: R187: Abadesa E. von Obermünster in Regensburg a Hildegard von Rupertsberg

La abadesa del monasterio superior de Ratisbona a Hildegarda:

A la venerable y en Cristo muy amada madre Hildegarda, E., por la gracia de Dios, aunque indigna, abadesa en el monasterio superior de Ratisbona, os envía las oraciones que puede, con un afecto sincero de fe y amor.

Mi alma, amadísima señora, desea mucho ver vuestro rostro y durante mucho tiempo mis oídos han estado atentos para escuchar las palabras de vuestra boca. Por mi gran deseo, en alguna ocasión he saludado vuestra santidad con cartas, pero no he recibido ninguna respuesta. Por tanto, os ruego humildemente, postrada a lo lejos a vuestros pies, que os dignéis responderme al menos a dos cuestiones mediante el presente mensajero: primero, si por la causa que ahora aflige profundamente mi corazón, hay algún peligro que temer o si se puede esperar la misericordia de Dios. Anhelo conocer vuestro consejo sobre el cuidado que se me ha confiado: cómo o cuándo podré liberarme de él.

Una vez más, implorando con súplica vuestra caridad, os suplico fervientemente, si tenéis alguna entraña de misericordia, que no os disguste aliviar con vuestros escritos la gran angustia que se cierne sobre mi corazón.

Epístola 188: R188: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa E. von Obermünster in Regensburg

Respuesta de Hildegarda:

Oh hija de Eva, Dios es la racionalidad que no tiene principio ni fin, y por la cual el hombre es racional. Esa misma racionalidad es la vida animada en él, una vida que nunca se extinguirá. Ahora mira y atiende a las escrituras que están arraigadas en la raíz del Espíritu Santo y que también están escritas acerca de la racionalidad que es Dios. La Escritura es un espejo en el cual vemos a Dios a través de la fe, porque nuestro adversario está vigilante y no duerme, por lo tanto, debemos luchar contra él con ella y no debemos tentar a Dios, sino adorarlo con devoción.

El diablo sabe y ve que el hombre es cambiante y de diversos temperamentos, y por ello no le permite descansar en la paz de un temperamento calmado. A menudo, el hombre en su impetuosidad quiere saber de Dios lo que no se le permite conocer, y al hacerlo abandona el servicio de Dios, lo cual causa gran gozo al diablo, porque lo ve fallar en ambas partes. Tal investigación es insensata, como la que se hace a un falso profeta, y en todo esto, Dios no debe ser tentado, sino adorado.

El diablo, en su extrema malicia, frecuentemente lanza dardos al corazón del hombre, con los cuales intenta confundir a Dios. Pero bienaventurado es el hombre que ni quiere hacer ni consiente en tales cosas, sino que vive en ellas como si estuviera sufriendo la pasión de la muerte. El hombre, por naturaleza, peca con el pecado original y luego se arrepiente, y lo abandona por el honor de Dios, resistiendo al diablo con la fe. Dios nunca perderá a aquel hombre que le ofrece la mayor parte de sus pecados, sino que le perdonará la parte menor.

Por lo tanto, dulcísima hija, cuida con prudencia la responsabilidad que se te ha encomendado, no la abandones por cansancio o fatiga. Y asegúrate de considerar rectamente si tus pensamientos hacia la Iglesia de ese lugar son buenos o malos, porque un gran pecado recaerá sobre ti si no lo consideras correctamente. Pues un árbol lleno de flores es hermoso a la vista, pero cuando su fruto madura y es comestible, es mucho más útil. El deseo de hacer el bien alegra la mente del hombre como lo hacen las flores, pero el esfuerzo en la obra, es decir, cuando el fruto comienza a crecer, es mucho mejor. Y cuando el hombre ha realizado buenas obras, los frutos maduros aparecen, y sus buenas obras le proporcionan alimento de vida en los pastos eternos cuando ha partido de esta vida.

Por lo tanto, buena hija de Dios, perfecciona tus buenos deseos en buenas obras, para que cuando tu alma salga de tu cuerpo, un premio bellísimo resplandezca para ti de parte de Dios. Que la gracia de Dios te enseñe esto.

Epístola 189: R189: Abadesa L. von Neuss a Hildegard von Rupertsberg

La abadesa de Nussun a Hildegarda:

A Hildegarda, mi señora y amadísima madre, L., abadesa, aunque indigna, de las hermanas en Nussun, os envía un pequeño tributo de oración y servicio con profunda devoción. Porque, según nos ha llegado la noticia, no dudamos de que vuestra beatitud ya ha sido informada, a través de la fama, de nuestro estado y de cómo ha cambiado de lo que fue anteriormente a lo que lamentablemente, en vano, ha querido ser. Por ello, os suplicamos con mayor insistencia y fervor por el amor de Dios que nos otorguéis el apoyo de vuestras oraciones, ya que ahora, con el ánimo fluctuante, estamos empujadas y angustiadas por las diversas dificultades y cargas que se han impuesto sobre nosotras.

Sabemos, en efecto, que Dios es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres, y por eso, temiendo sus juicios, que aunque ocultos, nunca son injustos, confiamos completamente la causa de nuestra alma a vos, en quien más que en ningún otro mortal confiamos, y a vuestras reverendas hermanas. Y con todo nuestro corazón deseamos vuestras respuestas. Que estéis bien.

Epístola 190: R190: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa L. von Neuss

Respuesta de Hildegarda:

Oh sierva de Dios, corre en el círculo del sol, suspirando a Dios por tus pecados, anhelando y realizando buenas obras antes de que tus días se inclinen, cuando ya no puedas obrar. Considera también a aquel mayordomo que, habiendo sido acusado ante su señor, redujo las deudas de los deudores de su señor escribiendo menos, y haz tú lo mismo. Pues donde no has servido bien en tu oficio, ayuda a tus hijas con el apoyo de tu consejo y muéstrales misericordia, tal como la lluvia adecuada cae sobre la hierba y produce mucho fruto. A través de la penitencia y la misericordia, serás más prudente que los hijos de la luz, es decir, que los ángeles caídos, porque ellos no quisieron hacer esto.

Y cuando hayas realizado estas obras, te recibirán en las moradas eternas después de tu muerte. Porque si hubieras dirigido correctamente el arado hacia la tierra y hubieras tenido una lluvia adecuada, habrías sido una tierra fértil. Pero el rocío, por el cual deberías haber germinado, está ausente en ti, y das vueltas con la rueda que dices es tu salvación, pero que sin embargo está llena de cenizas. Ahora, dirige tu arado hacia tu corazón con el conocimiento de la Sagrada Escritura, y obtén la lluvia a través de los suspiros de una buena intención, y retén el rocío de la bendición a través de buenas obras con una feliz costumbre.

Haz esto antes del día de tu muerte, para que vivas eternamente.

Epístola 191: R191: Abadesa C. von St. Ursula in Köln a Hildegard von Rupertsberg

La abadesa en el lugar de las santas vírgenes a Hildegarda:

A la señora y madre Hildegarda, residente en la torre de Jerusalén, C., abadesa solo de nombre en el lugar de las santas vírgenes de la iglesia de Colonia, os envía la más devota oración y el servicio debido. No puedo expresar con palabras cuánto me regocijo por vuestra beatitud. Pues aunque estoy separada de vos en presencia corporal, estoy unida a vos con el más íntimo afecto de caridad. Deseo veros y explicaros el dolor que llevo en mi corazón sin ningún consuelo humano.

Vos, que estáis llena de toda caridad, deseo teneros en el lugar de mi madre. Después de Dios, también he puesto mi esperanza en vos, y de ahora en adelante deseo ser consolada y alegrada por vos. Por lo tanto, que os conmuevan las lágrimas y los gemidos de una hija doliente, y recordadme en vuestras oraciones, rogando a Dios, que se hizo pobre por nosotros, que se digne liberarme de la pobreza eterna, y que al menos me coloque en el último lugar de la bienaventuranza eterna.

¡Que estéis bien! Y saludad de mi parte a toda vuestra congregación.

Epístola 192: R192: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa C. von St. Ursula in Köln

Respuesta de Hildegarda:

Carga tu responsabilidad firmemente en el camino recto y guía a tus ovejas tanto como puedas; esto es mejor para ti que una mente dispersa, porque Dios tiene igual poder en todos los lugares según las obras de los hombres. Con la ayuda de Dios, evita que tu mente se vuelva errante, como un día que avanza un poco bajo el sol claro y luego un poco en la tormenta.

Tu mente a veces está en tal amargura que no puedes soportarla, y a veces también en cansancio. Pero ahora, levántate en el sol más puro y en el calor recto, porque Dios te quiere y te ha constituido como un ojo para otros, aunque de alguna manera vaciles. Por lo tanto, no te apartes de Él.

Epístola 193: R193: Abadesa I. von Dietkirchen a Hildegard von Rupertsberg

La abadesa de Didenkirchen a Hildegarda:

A Hildegarda de San Ruperto, maestra iluminada por la gracia de la divina luz, I., abadesa de Didenkirchen junto a Bonn, aunque indigna, os envía un pequeño tributo de oración persistente y el servicio debido con perseverancia. Confiando en vuestra piedad y humildad tan grande, he enviado al portador de estas cartas con la esperanza de que, si es posible y no ofende a los ojos de vuestra piedad, me enviéis algunas palabras de consejo que edifiquen mi alma y me den confianza en Dios. Madre amadísima, os ruego que me enviéis una breve respuesta.

En un tiempo oportuno me prometisteis fortalecerme con estos consejos mientras estabais presente. Además, aunque no me atrevo a pedir más, me valdré de las palabras de la cananea que respondió al Señor en el Evangelio, diciendo que incluso los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Con la misma devoción y fe, os ruego nuevamente que, de la mesa de vuestra visión, es decir, de las muchas maravillas que frecuentemente veis, añadáis algo a lo ya mencionado, lo cual deseo profundamente.

Recordad que recientemente os envié un pergamino por esa razón. Sin embargo, en la medida de nuestras posibilidades, suplicamos y rogamos a Dios que la buena obra que ha comenzado en vos, la complete con su bondad gratuita en un final perseverante.

Epístola 194: R194: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa I. von Dietkirchen

Respuesta de Hildegarda:

Tienes una mente inquieta debido a los lugares fangosos y a la preocupación por las muchas aguas que, al fluir, se desvanecen. Los lugares fangosos son aquellos que tienen una sucesión de malos hábitos, y las aguas que se desvanecen son como aquellos que son duros y pétreos, y no se ablandan con los riachuelos de la doctrina de la Sagrada Escritura.

Pero tú te preguntas: "¿Qué soy yo, o quién soy, y cómo podría soportar tales cosas?" Ahora, escucha la historia de un hombre sabio. Un hombre quiso cavar en un lugar rocoso; pero cuando cavaba con madera y hierro, un fuego salió volando de una piedra que golpeó, de modo que no pudo cavar más. Sin embargo, él marcó la extensión de ese lugar y, con gran esfuerzo, logró hacer algunas cavidades en él. Y este hombre dijo para sí: "He trabajado mucho, pero quien venga después de mí trabajará más fácilmente, porque encontrará estas preparaciones hechas". Este hombre será alabado ante su señor, porque su obra, en longitud y anchura, es mucho más útil que la obra en tierra blanda que se revuelve con el arado. Por eso, su señor lo considera como un soldado fuerte que puede sostener bien a su ejército y lo presenta como ejemplo a otros agricultores que dan fruto en su tiempo. Porque quien ha trabajado primero, sobresale en el trabajo del que lo sigue. El Creador del mundo comenzó primero a crear, y luego dio a sus siervos el trabajo de continuar su obra según Su voluntad.

Oh hija de Dios, controla tu tierra dentro de ti misma, para que no se seque sin la utilidad fructífera de los hijos. Reúne también tu corazón en uno y no lo fijes en la immoderación de costumbres inquietas, para que no huyan de ti tus hijas. Sé también como la

buena tierra que es regada frecuentemente por la lluvia adecuada, de modo que produzca hierbas buenas y agradables. ¿Cómo? Cuando una persona alimenta su carne con moderación, tiene un carácter alegre y amable. Pero cuando vive en la excesividad de alimentos y banquetes, permite que cada vicio dañino crezca en sí misma. Pero aquel que mortifica su cuerpo con una abstinencia excesiva siempre va con ira.

En todas estas cosas, sé buena tierra, para que consueles a tus hijas cuando lloren, las corrijas rectamente cuando se enojen, y cuando estén furiosas, se sometan a la disciplina regular a través de ti. A aquellas que se alejen de ti en el olvido, recuérdalas con palabras históricas y con palabras del Evangelio entre tú y otros dos. Y si entonces no te obedecen, tú obedece al Maestro Supremo y recuerda a Jacob, quien cambió las bendiciones de los dos hijos de José.

Ahora, considera el inicio de tu buen esfuerzo para que lo termines con un final confiado y recibas las recompensas eternas del Maestro Supremo.

Epístola 195: R195: Tenxwind von Andernach a Hildegard von Rupertsberg

Tengswich, llamada maestra en Andernach, a Hildegarda:

A Hildegarda, maestra de las esposas de Cristo, T., llamada maestra de las hermanas de Andernach, con los más altos espíritus que un día se unirán en los cielos. La fama de vuestra santidad, ampliamente celebrada, nos ha traído a los oídos algunas cosas maravillosas y sorprendentes, y ha elogiado la excelencia de vuestra gran religiosidad y propósito singular a nuestra humilde condición.

Por el testimonio de muchos, hemos aprendido que se os revelan divinamente muchos secretos celestiales, difíciles de comprender para los mortales, y que todo lo que debéis hacer no es ordenado por deliberación humana, sino enseñado por Dios. También nos ha llegado otra información sobre vuestra costumbre de adornar a vuestras vírgenes en los días festivos con ciertos velos blancos, coronas decorosamente tejidas colocadas sobre sus cabezas, y en la parte trasera y en ambos lados imágenes angélicas, con la figura de un cordero impresa con decoro en la frente. Además, sus dedos están adornados con algunos anillos. Todo esto, como creemos, lo hacéis para aumentar el amor por el Esposo celestial, pues es justo que las mujeres se comporten con modestia, no con cabellos trenzados ni con oro, ni con perlas, ni con vestimenta costosa.

Además, lo que nos parece no menos sorprendente es vuestra costumbre de admitir en vuestra comunidad solo a aquellas que son nobles y de buen linaje. Aunque nos maravilla esto, sabemos que lo hacéis por una razón justificada, ya que no ignoráis que el mismo Señor eligió en la Iglesia primitiva a pescadores, a los pequeños y a los pobres, y que el bienaventurado Pedro dijo a los gentiles convertidos a la fe: "He comprendido en verdad que Dios no hace acepción de personas". Y no olvidando las palabras del apóstol a los

Corintios: "No muchos poderosos, no muchos nobles, sino que Dios ha elegido lo que es débil y despreciado en este mundo".

Observando los preceptos de los padres que nos precedieron, que es conveniente que todos los espirituales sigan al máximo posible, sabemos con certeza que vuestras costumbres son justas y santas. Pues, oh venerable esposa de Cristo, la novedad de vuestra costumbre supera en gran medida nuestras humildes capacidades y nos llena de admiración.

Así, nosotras, que somos tan pequeñas, nos alegramos profundamente de vuestros progresos, pero deseando saber algo más cierto sobre este asunto, nos hemos atrevido a enviar estas cartas a vuestra santidad, rogándoos humildemente y con devoción que, por vuestra autoridad, tal religiosidad se incremente, y que vuestra dignidad no desprecie respondernos prontamente. Que estéis bien y recordadnos en vuestras oraciones.

Epístola 196: R196: Hildegard von Rupertsberg a Tenxwind von Andernach

Respuesta de Hildegarda:

La fuente viva dice: La mujer debe permanecer oculta en su aposento, manteniendo una gran modestia, porque la terrible serpiente de la lujuria sopló un gran peligro en la primera mujer. ¿Cómo fue esto? La forma de la mujer resplandeció y se arraigó en la primera raíz, en la que fue formado aquello en lo que toda criatura está contenida. ¿Cómo? En dos partes: en una parte, la obra experta del dedo de Dios, y en la otra, la belleza celestial. ¡Oh, qué cosa maravillosa eres, tú que pusiste el fundamento en el sol y superaste la tierra! El apóstol Pablo, que voló a la cima y permaneció en la tierra en silencio, no reveló lo que estaba oculto, pero él observó esto.

La mujer, que está sujeta al poder viril de su esposo, unida a él en la primera costilla, debe tener gran modestia, de modo que no debe mostrar ni revelar la dignidad de su propio cuerpo a un lugar extraño que no le corresponde. Y debe hacerlo en obediencia a las palabras que el Señor de la tierra dijo: "Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre", en desafío al diablo.

Escucha. La tierra suda con la verdor del pasto hasta que el invierno la supera. Este le quita la belleza de su flor y cubre la verdor de su flor, de modo que ya no puede revelarse como si aún no hubiera marchitado, porque el invierno se la ha llevado. Por lo tanto, la mujer no debe elevarse con sus cabellos ni adornarse ni erigirse en ninguna corona de oro, excepto con la aprobación de su esposo, según lo que le parezca correcto.

Esto no se aplica a la virgen, pues ella permanece en la simplicidad y en la integridad del hermoso paraíso, que nunca aparecerá marchito, sino que siempre permanecerá en la plena floración del

florecimiento virginal. La virgen no tiene la cubierta de la verdor de su cabello por mandato, sino que se gobierna por su propia voluntad con la más alta humildad, porque el hombre debe ocultar la belleza de su alma para que el halcón no la arrebate con la soberbia.

Las vírgenes están unidas en el Espíritu Santo a la santidad y al amanecer de la virginidad, y por eso es apropiado que se presenten ante el sumo sacerdote como un holocausto dedicado a Dios. Por lo tanto, es conveniente, con la autorización y revelación en el soplo místico del dedo de Dios, que la virgen vista una prenda blanca, como clara señal de su desposorio con Cristo, viendo que su mente se asienta en la integridad tejida y considerando quién es aquel al que está unida, como está escrito: "Tienen el nombre de Él y el nombre de su Padre escrito en sus frentes". Y nuevamente: "Siguen al Cordero a donde quiera que vaya".

Dios también tiene un escrutinio en cada persona, para que no ascienda un orden inferior sobre uno superior, como hicieron Satanás y el primer hombre, que quisieron volar más alto de lo que se les había asignado. ¿Y quién reúne a todo su rebaño en un solo establo—bueyes, asnos, ovejas y cabritos—de manera que no se dispersen? Por lo tanto, debe haber discernimiento en esto, para que el pueblo diverso no se reúna en un solo rebaño, causando la dispersión en la soberbia de la arrogancia y en la ignominia de la diversidad, y sobre todo, para que la honestidad de las costumbres no se rompa, cuando se despedazan unos a otros con odio, cuando un orden superior cae sobre uno inferior y el inferior asciende sobre el superior. Porque Dios distingue a su pueblo en la tierra como en el cielo, es decir, distinguiendo ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, querubines y serafines. Y todos estos son amados por Dios, pero no tienen nombres iguales.

La soberbia ama a los príncipes y nobles en la persona de la arrogancia, pero cuando la destruyen, los odia. Está escrito: "Dios no

rechaza a los poderosos, ya que Él mismo es poderoso". Sin embargo, Él no ama a las personas por sus posiciones, sino por las obras que tienen sabor en Él, como dice el Hijo de Dios: "Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre". Donde hay humildad, Cristo siempre festina. Y por lo tanto, es necesario que aquellos hombres que buscan más el honor vano que la humildad sean discernidos, pues ven lo que está por encima de ellos.

La oveja enferma también debe ser rechazada, para que no contamine a todo el rebaño. Que Dios infunda buen entendimiento en los hombres, para que sus nombres no sean borrados. Pues es mejor que el hombre no intente escalar una montaña que no puede mover, sino que permanezca en el valle, aprendiendo poco a poco lo que puede alcanzar. Estas cosas han sido dichas por la luz viviente, y no por un hombre. Quien escucha, que vea y crea de dónde provienen.

Epístola 197: R197: Abadesa A. von St. Glossinde in Metz a Hildegard von Rupertsberg

La abadesa de Santa Glodesindis a Hildegarda:

A la queridísima hermana en Cristo, señora Hildegarda, A., abadesa, aunque indigna, de Santa Glodesindis en Metz, os envía saludos en el verdadero Salvador.

Dado que confiamos mucho en vuestra gracia y benevolencia, no queremos ocultaros que nos encontramos en un gran peligro, ya que nos vemos obligadas a guiar muchas almas, y no nos sentimos suficientes para esta tarea. Por eso, rogamos y suplicamos atentamente a vuestra santidad en el Señor Jesús, que tengáis a bien confirmarnos y exhortarnos con vuestras cartas sobre lo que debemos hacer: si debemos permanecer en la obediencia que se nos ha impuesto, o ceder para que otra ocupe nuestro lugar y lo haga mejor, si el Señor Jesús se digna revelaros algo al respecto.

Que estéis bien, y por amor a Dios, rogad a Dios por mí, y rescribidme pronto lo que consideréis adecuado.

Epístola 198: R198: Hildegard von Rupertsberg a Abadesa A. von St. Glossinde in Metz

Respuesta de Hildegarda:

El monte Sión es alto, y su sombra se extiende sobre los valles, mostrando así su grandeza. Otros montes también existen en esta tierra peregrina, por los cuales se sostiene y que también son hermosos a la vista de los pueblos. En la altura de Sión y de los otros montes se designan a los prelados y maestros que son el fundamento de la Iglesia, y a los discípulos se les llama hijos de Sión. Pero si este monte cayera, o si otros lo destruyeran, sería una gran injusticia.

Por tanto, quien se encuentra en el magisterio debe prever con sabiduría cómo deponer su cargo y cómo no ser derribado por otros. Así como los montes son defensa para muchos contra sus enemigos, del mismo modo aquellos que están en el magisterio, a través de la doctrina y la obediencia que se les muestra en Dios, son defensa para muchos contra las insidias de sus enemigos.

Por eso, cada maestro, mientras pueda pronunciar las palabras de la doctrina, no debe arrojar la vara de corrección que ha recibido de la mano de Dios, porque a menudo el barro es limpiado por otro barro, así como el maestro limpia a los discípulos y los discípulos al maestro. Por el temor de los discípulos, se afligirá y será castigado por los torturadores de discípulos inquietos, imitando así al Maestro Supremo que lo precedió. Y dirá: "Mostré tus preceptos a ellos". Y también dirá: "Quien tenga oídos para oír, que oiga".

En esto, aprende a no huir a causa de la nube de la inconstancia de tus discípulas ni por el cansancio de tu labor. Porque muchos huyen más por el cansancio del trabajo que por la necesidad de no poder vencer a sus discípulos. Un día claro, no nublado por la tempestad, tiene un gozo completo. Adán tuvo ese día antes de su caída, pero el

primer engañador lo oscureció con su sugerencia, en la cual se encuentran las siete plagas que hieren las almas.

La primera plaga es la vanagloria, que recoge para sí lo que no mereció ni sembró, y lo que no le fue dado por Dios, lo atribuye a sí misma. Esto lo enseñó el primer engañador porque él mismo lo había hecho, y por eso la vanagloria no busca a Dios. La segunda es que el hombre siente que puede pecar, y de ello acumula para sí el deleite de la carne, abrazando y besando ese placer. Edifica la tercera caída con grandes dolores en costumbres sórdidas, de modo que el hombre vive como si estuviera muerto para Dios, y apenas espera que Dios lo conozca.

Pero la cuarta plaga es que el hombre se excusa y se defiende de los pecados mencionados anteriormente, diciendo que no son tan peligrosos como se le muestran, y por ello se vuelve tan odioso a los hombres que no confía en nadie. La quinta es la soberbia, que dice que el hombre, debido a la carne de su humanidad, no puede abstenerse de los pecados, y por eso sería inconveniente apartarse de los deseos carnales. La soberbia se impone esta ley en su temeridad, y por eso no tiene ninguna consideración hacia Dios.

La sexta plaga es que el hombre busca su salvación en las criaturas y les pide que le revelen todas las cosas, teniendo así a su Creador en burla, y no busca nada de Él, como si no pudiera ayudarlo. La séptima plaga es la idolatría, que adora al diablo y desprecia a Dios. Estos siete vicios, como un ejército bajo su mando, tienen más ramificaciones que las ramas de los árboles, porque todos estos estaban ocultos en la transgresión de comer lo que Adán comió, y por eso Dios le dijo: "El día que comas de él, ciertamente morirás". Por tanto, Dios le dio este mandamiento para que no hiciera nada similar al diablo, es decir, que no existiera sin un mandato, como el diablo quiso existir. Por eso, ningún hombre puede estar seguro en esta vida debido a la primera sugerencia del diablo que Adán aceptó.

Por lo tanto, tú, hija de Dios, fortalécete con la armadura de los siete dones del Espíritu Santo, con los cuales someterás estos siete vicios, para que no seas herida lamentablemente por ellos, y como un valiente soldado, levántate venciendo en las más fuertes batallas, para que vivas eternamente. Que Dios te vea, oh hija, en el espejo de la salvación.

Epístola 199: R199: Hazecha von Krauftal a Hildegard von Rupertsberg

Hazecha, abadesa de Krauftal, a Hildegarda:

A la amadísima señora Hildegarda, iluminada divinamente por el santísimo don de las visiones verdaderas y divinas, Hazecha, de Krauftal, abadesa solo de nombre, os envía sobreabundantes deseos de la perfecta caridad.

Vuestras palabras, mi señora, fluyen desde vuestra santísima alma, desde esa altura de contemplación vuestra, como desde la cima de los eternos montes, hacia la más profunda de las demás almas en los valles, como lluvia sobre la hierba y como gotas sobre el pasto, regándolas, infundiéndolas y haciéndolas germinar, brotando un germen sin espinas, haciéndolas germinar con vivos deseos de lo celestial, avanzando con un aroma maravilloso hacia el trono de la gloria del Dios supremo.

Por lo tanto, yo, vuestra sierva, deseo ver las cartas de vuestra santidad y ser reconfortada por la dulcísima consolación de vuestras palabras, como por la suave brisa de un viento que refresca. Porque, mi madre y señora, toda mi esperanza, seguridad, refugio y protección dependen de vuestra maternidad después de Dios. Por eso, recurro solo a vos y me encomiendo a vuestro consejo y auxilio después de Cristo.

Por lo tanto, os ruego nuevamente y suplico misericordiosamente que oréis a Dios por mí, y que, benignamente, me indiquéis qué debo hacer respecto a mis muchos excesos, en los cuales, tanto en el peso del nombre que se me ha impuesto como en otras transgresiones, fallo, como he suplicado antes. Pues temo y estoy muy asustada de incurrir en la ofensa de Dios.

Que estéis bien.

Epístola 200: R200: Hildegard von Rupertsberg a Hazecha von Krauftal

Respuesta de Hildegarda:

En la verdadera visión, escuché las palabras que con ardiente deseo me pedías para tu amonestación en una gran necesidad. Es un gran honor cuando un fiel magisterio tiene tales fuerzas, es decir, aquellos que, con escudos y armaduras y otras armas, son puestos como guardianes de la torre para luchar contra quienes desean destruirla, y que fortalecen su ciudad con soldados valientes para que los muros no sean tomados por los enemigos, ni las puertas abiertas a espías traicioneros, y así no sean asesinados. Estas personas están en la bienaventuranza. Pero aquellos que no actúan así son más desaliñados que los rústicos, quienes, al menos, cuidan sus aldeas con sabiduría para que sus pastos no decaigan. De estos no hay mucho que decir.

¿Qué es esa que sube por el desierto como una columna de humo, perfumada con mirra, incienso y todos los polvos de los mercaderes? Tampoco aquello: ¡Qué hermosos son tus pies en las sandalias, hija de príncipe! Esto se refiere a quien, en el exilio de este mundo, que se compara con un desierto, contradice su propia voluntad y en sus obras suspira hacia Dios, como está escrito: "El humo de los aromas subió ante el Señor", eligiendo para sí la mortificación de la carne, de la cual brotan todas las virtudes que nunca le sacian. A quien hace esto, se le dice desde los ciudadanos celestiales, ángeles y santos: "Qué hermosos son tus pasos", es decir, el esfuerzo con el que caminas en esta mortificación, hija de príncipe.

Pero quien no es ni frío ni caliente debe ser rechazado por la boca del profeta, porque no trabaja ni en las cosas terrenales ni en las celestiales. Lo comparo a las langostas, que no vuelan correctamente

con las aves ni caminan correctamente con los animales en la tierra, sino que se parecen a un torbellino que pronto se disipa sin utilidad.

Oh hija del sagrado nombre, abre tus oídos y escucha con un corazón atento las señales de este discurso parabólico, es decir, cuán grande es la gloria en la suprema alabanza de las torres de esta ciudad. La torre de esta ciudad es la caridad con la concordia. ¿Y por qué se le llama torre? Porque del Dios altísimo fluyó como una fuente que rodea toda la tierra, pues Dios dispuso todas las criaturas en plena caridad, para que no les faltara nada.

Aprende, pues, que los hombres santos en quienes habita la caridad no carecen de nada, porque sus corazones están rodeados de mansedumbre y paz, como el aroma balsámico fluyendo, y por eso la antigua serpiente no puede desgarrarlos, porque así como el mal olor se aleja del aroma del bálsamo, así el diablo huye de la caridad y se oculta en una cueva lejos de ella.

Pero cuando los hombres santos en quienes no habita la caridad se reúnen en el nombre del Señor, se parecen a una ciudad sin torre y a hermosas casas sin altura. Por eso, en esta confusión, la moneda de la justicia y la regla son despojadas porque no tienen una morada firme, y por eso a menudo son destruidas, ya que así como la torre adorna y sostiene la ciudad, así la caridad adorna y sostiene todas las virtudes.

Los soldados de la caridad, que están en la torre, son la obediencia, la fe y la esperanza. La obediencia está rodeada por un escudo porque siempre está sometida, y la fe está vestida con una coraza porque prueba todos los bienes que nunca ha visto con los ojos. La esperanza abraza el cielo con todos sus ornamentos a través de la fe, pero la fe siempre contempla a Dios a través de la obediencia, haciendo lo que Él manda.

Dios es caridad, porque todas sus obras son piadosas, pero descendió del cielo a través de la humildad para liberar a sus cautivos, quienes dejaron la caridad cuando no lo reconocieron. Hizo esto por humildad y nos dejó ese mismo ejemplo. ¿Cómo? Cuando abandonamos nuestra propia voluntad en los oficios de este mundo, seguimos sus huellas. Y cuando nos reunimos en su nombre en un solo rebaño, como otras aves se congregan en torno al águila, imitamos a Abraham, quien dejó a su pueblo y su patria y cumplió la circuncisión según el mandato de Dios en una tierra extranjera. Pero cuando obedecemos a un hombre que es como nosotros en los mandamientos, somos multiplicados en bendiciones como las estrellas del cielo, tal como Dios prometió a Abraham a través de su ángel, porque buscamos algo ajeno según su encarnación, considerándonos a nosotros mismos como nada, trabajando en la vida espiritual.

Cuando hacemos esto, fortificamos nuestra torre con soldados valientes a través de la humildad, y somos soldados valientes cuando superamos el placer de este mundo, vencemos la furia de la ira, soportamos nuestra pobreza por amor a Cristo, y rechazamos los homicidios enemigos del odio y la envidia. No despreciamos a otros pecadores como nosotros, ni los juzgamos injustamente, y no buscamos falso testimonio contra los justos e inocentes. Estos son los soldados valientes que custodian nuestra ciudad por todos lados, para que el muro de la santa regla y nuestra vida de conversión no sean perforados por enemigos, es decir, por costumbres odiosas y envidiosas, y para que la puerta de la paz no sea rechazada por la contradicción. Porque si esto sucede, se abrirá la cerradura de nuestra puerta, y nuestros enemigos caminarán libremente por nuestra ciudad.

Y no seamos como aquellos que siempre erran en sus corazones diciendo: "No queremos lo que la racionalidad humana nos pone y elige, porque lo que nosotros ponemos y elegimos es más útil y

justo". Estos son los insidiosos que destruyen nuestra ciudad con sus insidias, porque rechazan lo que fue establecido por los antiguos santos médicos nuestros en ayuno, vigilia, oración y otras virtudes, eligiendo su propia voluntad en lugar de Dios, quien los creó.

Oh hija de la santidad, escucha ahora: tu torre está vacía sin soldados valientes, y los guardianes de tu ciudad se han dormido, especialmente porque han sido llevados a la iniquidad por la propiedad de su propia voluntad, haciendo que tu torre y ciudad estén tan áridas que apenas se sostienen. Por lo tanto, levántate de tu sueño, porque las cuerdas de tu nave, es decir, la costumbre de la santa conversación, aún no se han roto. Porque en gran necedad buscas las costumbres de los que te rodean, que no te convienen. ¡Pero esto no te conviene! Porque así como en las moradas desiertas hay grandes y pequeños ratones ciegos que roen las vestiduras de los hombres, así a través de esto se desgarra toda costumbre santa.

Los grandes ratones son las mentes inquietas de la impiedad; los pequeños representan la necedad que está fuera del camino de la verdad nocturna; y los ciegos muestran la vanidad de este siglo que está ciega a la luz de la justicia. Por eso está escrito en el evangelio: "Todo reino dividido contra sí mismo será destruido".

Ahora considera en qué ardor del Espíritu Santo fuiste plantada, y que no quiere estar ausente de ti en su ministerio. Y primero, atiende con un corazón diligente a la regla del bienaventurado Benito y de los otros maestros, para que no perezcas, sino que vivas eternamente. Y vosotros, todos los maestros, preveed no ser como esos necios agricultores que se alegran cuando ven el arado avanzar rectamente por sí mismo, pero se entristecen cuando avanza torcido, y no lo enderezan correctamente. También tened cuidado de que el dueño de la casa no os diga: "Sois inútiles para mí, porque no habéis realizado correctamente vuestra mayordomía". Considerad

cuidadosamente cuál es la necesidad y cuál es la adversidad de vuestros súbditos, y protegedlas con toda diligencia.

Epístola 201: R201: Bertolf von Reutlingen a Hildegard von Rupertsberg

Cierto sacerdote a Hildegarda:

A Hildegarda, maestra de las esposas de Cristo, dignísima, B., por la gracia de Dios, aunque indigno sacerdote de Dios y pecador, os envía una expresión de íntimo afecto y devoción en todo servicio. Estoy cansado de mi vida, porque estoy lleno de amargura. Y porque aún espero a ciertos amigos fieles, consciente del propósito que conocéis, santa virgen, lo estoy posponiendo. Mi camino, para usar palabras proféticas, está rodeado de espinas y de muros. Sin embargo, no rechazo en absoluto los flagelos que en todo instruyen a Israel, pero temo grandemente que, al no avanzar con la tentación, sucumba y no llegue al fin de mi propósito, no por la consolación que frecuentemente recibo de vos, que confío profundamente, y que alegra mi corazón entre pecados y sufrimientos.

Por lo tanto, virgen devota a Dios, todos nosotros, después de Dios, suspiramos por vos y os pedimos, rogamos e imploramos encarecidamente que no ceséis en absoluto en vuestras habituales oraciones hasta que Dios misericordioso se digne indicaros para nosotros un lugar seguro de residencia, o si eso os parece una tentación contra Dios, al menos un orden discreto de religión. No dudamos de que Dios ha ordenado estas cosas a través de vos, ya que habéis experimentado esto. Pues nada en la tierra sucede sin una razón. Y por eso, así como habéis liberado mi alma de las angustias en parte por el juicio de los ocultos designios de Dios, no dudéis en liberarnos a todos del error de la duda a través del modo que Dios ha dispuesto en vos, como intercesora debida.

Además, deseo fervientemente vuestras cartas sobre estos y otros asuntos. Y también, tengo un gran deseo de transcribir vuestro libro.

Epístola 202: R202: Hildegard von Rupertsberg a Bertolf von Reutlingen

Respuesta de Hildegarda:

Esto dice el Espíritu: Es digno de alabanza y maravilloso que un peregrino se apresure hacia su patria. ¡Oh, cuán grande es el luto y el dolor entre los ciudadanos y conocidos de aquel que solía comer y jugar con ellos, cuando se levanta y los deja! Y cuán avergonzados se sienten los lujuriosos porque su compañero ha dejado el pequeño recipiente que solía llevar con ellos.

Considera que has sido visto con gran atención por el ojo del Viviente, como un padre muy tierno busca a su oveja. Los compañeros que están ociosos en la amplitud de su comodidad se mantienen en una paz mutua, pero el soldado más fuerte se encuentra en grandes tormentas. Permanece en el camino de la rectitud y prepara tu alma para luchar junto a aquellos que siempre militan en la misión del Rey.

Mira, si un insecto alado, como un avispa, se alejara de sus compañeros y, mirando hacia lo alto, comenzara a volar hacia el sol, toda la multitud de esas moscas se lanzaría sobre él, deseando aplastarlo. Pero el sol lo cubriría con su luz para que no pudiera ser visto y así escaparía. Entonces, toda esa multitud quedaría escandalizada y así ese insecto se convertiría en un soldado valiente.

Que Dios extienda su mano hacia ti para que vivas eternamente, donde el sol nunca se oscurece.

Epístola 203: R203: Udalrich von Augsburg a Hildegard von Rupertsberg

Cierto sacerdote a Hildegarda:

A la señora Hildegarda, probadísima en religión, sabiduría, disciplina, costumbres y, en resumen, en todas las virtudes de ambos hombres, su siervo en todo, U., que trabaja en la sexta con Marta, se renueva en la séptima y se alegra en la octava con María.

¿Cómo, amadísima señora, he podido apartarme tanto tiempo del placer de vuestra presencia y conversación, más dulce para mí que cualquier sabor de miel, o cómo he pospuesto durante tanto tiempo al menos haberos visitado mediante una carta? No puedo comprenderlo ni dejar de admirarme de mí mismo, y atribuyo todo esto a la pereza de mi insignificancia. También temo mucho que vuestra piedad haya interpretado esta negligencia mía de una manera que me aterra pensar, y con razón, pues vos, que antes no me conocíais ni por voz, ni por vestimenta, ni por rostro, ni siquiera por fama, me recibisteis con gran benignidad en cuanto llegué, lo cual es muy difícil de lograr, y os dignasteis recrearme inmediatamente con la participación en vuestra conversación, lo cual considero un gran honor.

Sin embargo, ya que me arrepiento, espero que me perdonéis. Mi ánimo siempre ha estado dispuesto, pero me ha faltado la capacidad. Prometo, pues, si algo puedo prometer sinceramente, que si Dios me concede la capacidad, enmendaré esto lo antes posible. Mientras tanto, os ruego que os dignéis recordarme en vuestras oraciones, por amor a Dios, a mí, un miserable pecador.

Epístola 204: R204: Hildegard von Rupertsberg a Udalrich von Augsburg

Respuesta de Hildegarda:

El que es vida me ha mostrado estas palabras, diciendo: Tú eres como el agua que se agita en la tempestad y que luego permanece en tranquilidad. La victoria te dice: "Con gusto iría hacia ti, pero tú te retiras de mí cuando escondes el rostro de tu mente, de modo que estás dudoso, sin las alas voladoras de la seguridad, cuando no estás en el abrazo del desprecio del mundo. Oh, hombre, pronto llegará para ti la resurrección si sacudes de ti el polvo de las cenizas, diciendo: 'Si no puedo estar en el sol, quiero al menos apartarme del lodo del polvo y lavar mis vestiduras de las inconstancias de las costumbres de este mundo'. Entonces la paloma te dará el ungüento y sanará tu herida. Ahora, levántate y vive en la eternidad."

Epístola 205: R205: Gottfried von Alpirsbach a Hildegard von Rupertsberg

Un monje a Hildegarda:

A la serenísima y verdaderamente bienaventurada señora Hildegarda, adornada con el espíritu de la divina visión, el más humilde de los monjes de San Benito, aunque indigno sacerdote, G., os envía el servicio devoto de la obediencia con toda la sumisión de la humildad.

Los que confían en el Señor comprenderán la verdad, y los fieles en el amor se rendirán a Él, porque el don y la paz son para los elegidos de Dios. Estas santas palabras, pronunciadas por la boca de la sabiduría celestial, las he conocido a través de muchos testimonios veraces que se refieren a vos, y creo que se han cumplido. Pues lo que encuentro testificado en las Sagradas Escrituras, lo mantengo con total fidelidad: que ninguna palabra es imposible para Dios. Por tanto, aunque no he visto vuestras santas revelaciones, no he dudado en absoluto de que sean verdaderas.

Sé, entonces, con certeza, que porque habéis puesto vuestra confianza en el Señor, habéis comprendido su verdad, y porque le habéis sido fiel en el amor, habéis recibido el don de la revelación divina y el espíritu de la consolación celestial, y habéis adquirido la paz de los elegidos de Dios. Ahora bien, porque la misericordia del Dios omnipotente se ha encontrado más abundantemente en vos que en otros mortales, no os ruego con tentación ni soberbia, sino suplicando humildemente la gracia de Dios a través de vos, que os acordéis de la palabra del Señor: "No desprecien a uno de estos pequeños".

Por tanto, os pido que no despreciéis las cartas de mi pequeñez, sino que por el amor de Jesucristo escuchéis clementemente mis súplicas y que intercedáis por mis pecados ante Dios, y que con vuestras

santas oraciones aliviéis mi vida y os dignéis corregir mis negligencias mediante las cartas de vuestra amonestación. Porque la corrección de vuestra dulcísima caridad me es muy deseable.

Por lo tanto, me juzgo indigno del amantísimo don de vuestra carta, pero deseo recibir la recompensa de mi fe de parte vuestra. Pues creo que, por el espíritu a través del cual percibís todas las cosas pasadas, presentes y futuras, también os son patentes los secretos de mi corazón. Verdaderamente, nunca he visto un día más dulce que aquel en el que pudiera llegar a vuestra presencia. Pues preferiría caminar descalzo solo por escuchar vuestras palabras, y sería para mí sumamente agradable y deseable merecer recibir vuestras excelentísimas visiones o al menos alguna carta de vuestra bienaventuranza.

Que el Padre Omnipotente, por la virtud de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y por la cooperación del Espíritu Santo, se digne conservaros en salud y por largo tiempo, para la corrección de su santa Iglesia.

Epístola 206: R206: Hildegard von Rupertsberg a Gottfried von Alpirsbach

Respuesta de Hildegarda:

La Luz viviente dice: ¡Oh, hombre! Riachuelos fluyen de mí hacia la verdor de tu mente. Pero tu mente está atada y también aguda, debido a la inconstancia de las costumbres en la oscuridad de un viento disperso. Tus pensamientos ocultos en tu mente te engañan, y el gusto de tu obra a veces te toca. Pero el rostro de tus deseos mira hacia mí con la alegría de la ascensión, la cual aún no puedes capturar en tu obra.

Tus deseos son muy buenos, pues construyen una torre en la altura de la dulzura de un buen olor. Por eso, los ángeles de Dios se regocijan por las obras de la creación del dedo de Dios, esas obras que saborean a Dios al romper el alimento de la maldad de los pecadores. Ahora tú, oh soldado, sé fuerte en la batalla mientras vivas en tu cuerpo, porque tu enemigo no se cansa, y la lucha no cesa. Que tus obras sean tales que el más tierno Padre se regocije en ti, y que su palabra glorifique tu alma, y que el amante ardiente te infunda el ungüento de la salvación y la verdor del florecimiento de la sabiduría.

Epístola 207: R207: Balduin von Utrecht a Hildegard von Rupertsberg

Balduin, monje, a Hildegarda:

A su amadísima y más deseada señora y madre, Hildegarda, Balduin, pecador, desea después de esta vida frágil y pasajera, gozar eternamente con Cristo el Señor.

Me considero bienaventurado si merezco ser consolado con las cartas de vuestra santidad. Pero como es propio de un médico prudente visitar frecuentemente al hombre que ha sido herido y cortar la carne superflua y podrida para que la corrupción no se agrave si no se recorta con cuidado y diligencia, os ruego que, por amor al piadoso Redentor, observéis más a menudo las heridas de mis llagas, para que, por la misericordia de Dios y vuestro consejo, no quede en ellas ningún vestigio de corrección pendiente.

¡Oh dulcísima madre y tan deseada! He deseado durante mucho tiempo venir a vos apoyado en mi bastón. ¡Oh dulcísima señora! Siempre os contemplo con los ojos del corazón, hablo con vos en mi mente y converso con vos. Sé que he pecado contra mi Dios en su obra, reconozco que he pecado. Orad por mí. No busco ganancias terrenales, no busco cosas pasajeras, sino la gracia de mi Dios y la salvación de mi alma. Ayudadme.

¡Oh, cuánto valoro la continua protección de vuestras oraciones! Para que no me vea completamente defraudado en mi deseo, mi señora, deseando satisfacerme, he cuidado de enviaros a este servidor con estas cartas, quien os abraza con amor filial como a su señora y madre. Que Dios os conceda la consolación en esta vida presente y la bienaventuranza eterna con los santos. Amén.

Epístola 208: R208: Hildegard von Rupertsberg a Balduin von Utrecht

Respuesta de Hildegarda:

Esto escuché en una visión verdadera: Las obras de Dios en el hombre tienen cinco operaciones. La primera es que el hombre fue formado; la segunda, que recibió el aliento de vida; la tercera, que comprendió que podía obrar; la cuarta, que aceptó hacer buenas obras; y la quinta, que conoció el mal. Esta secuencia puede aplicarse a cualquier hombre de la siguiente manera: En la primera instancia, el hombre recuerda sus pecados con suspiros porque son inútiles; en la segunda, se aparta un poco de esos pecados; en la tercera, los confiesa abiertamente; en la cuarta, hace penitencia; y en la quinta, se aleja del mal.

Por lo tanto, tú, oh hombre, en estas obras que Dios ha operado en el hombre, haz penitencia con temor y temblor, porque en alguna parte has contrariado la obra de Él. En la confesión ante el sacerdote, mientras vivas y tengas la oportunidad, ofrecerás a Dios algo de alabanza en gemidos y suspiros.

Epístola 209: R209: Heinrich von Utrecht a Hildegard von Rupertsberg

Un maestro de Utrecht a Hildegarda:

Saludos a Hildegarda, noble esposa de Cristo, destinada a recibir los desposorios de la vida incorrupta. Quién, cómo, de dónde soy, a saber, H., un maestro indigno de Utrecht, lo conoceréis a través del portador de esta carta. El buen aroma de Cristo, como un ungüento derramado, se ha difundido desde vos, irradiando de tal manera que ha alcanzado nuestros oídos indignos. La gracia celestial os visita con tanta frecuencia, iluminándoos con el esplendor divino desde lo alto, que no pocas veces se os concede contemplar, a través de la gracia de Dios que habita en vos, los eventos de cualquier causa y el resultado de las cosas, según la disposición oculta de Dios, especialmente cuando lo habéis solicitado con insistencia.

Por esta razón, yo, humilde y abatido, agitado por varios dolores y muchas adversidades, sin duda provocados por mis propios e indescriptibles pecados, me encomiendo a vuestras piadosas oraciones desde lo más profundo de mi ser. Os ruego, por Aquel que os ha reconquistado a precio de su propia sangre, que con vuestros justos trabajos procuréis agradar a su bondad clemente en mi nombre. Pues he sido humillado en todos los aspectos y abatido hasta el final, como un vaso perdido y arrojado de su vista, porque me han rodeado males innumerables y mis iniquidades me han atrapado, superando mi cabeza como una carga pesada.

Y, sobre todo esto, esperé a quien se afligiera conmigo y no lo encontré, ni tampoco hallé quien me consolara. Por lo tanto, no con temeridad ni con curiosidad superflua, sino como alguien purificado en el crisol de la tribulación, con un deseo ardiente, espero ansiosamente refrescarme con vuestra respuesta anhelada, deseando conocer, a través de ella, la sentencia predestinada por el divino

dispensador acerca de mi estado o el desenlace de mis angustias, y recibir el consejo de salvación por inspiración de Él a través de vos.

Pero ante todo y sobre todo, ardo en deseo de ser certificado por vos si, al fin, la divinidad ha preordenado que sea contado entre los salvados. Que estéis bien, regocijaos, vivid, y que vuestro nombre esté en el libro de la vida.

Epístola 210: R210: Hildegard von Rupertsberg a Heinrich von Utrecht

Respuesta de Hildegarda:

El soplo místico y la voz de la sabiduría resuenan: Dios es eterno, y en sí mismo tuvo este propósito, que quiso realizar una gran obra, de modo que todos sus milagros resonaran en ella a través de la racionalidad. Y en este antiguo propósito se deleitaba grandemente, porque su obra debía edificar muchas estructuras de bien. Y así, Dios hizo al hombre. El hombre es imagen de Dios, en quien Dios infundió un aliento dorado, que en sí mismo contiene dos caminos en el conocimiento del bien y del mal. Uno sostiene el cielo, el otro muestra el mal.

El camino que sostiene el cielo es aquel en el que Dios perfecciona la virtud de su poder en el aliento dorado del hombre mediante obras resplandecientes. El otro, en cambio, toca el soplo de la oscuridad del primer mal que quiso luchar contra Dios. En estos dos caminos, los cinco sentidos del hombre, junto con la sabiduría, el conocimiento, el entendimiento y la voluntad, son contados para gran honor, así como también los órdenes puestos para la alabanza de Dios que están ante su presencia.

Ahora bien, oh siervo de Dios, pequeñas ventanas aparecen en el mejor camino dentro de ti, en una luz resplandeciente, de modo que deseas el bien con anhelo. Sin embargo, en el otro camino, estás atrapado en un torbellino oscuro. Pero tú, oh soldado, levántate con clara valentía y vence este torbellino, porque la gracia de Dios te toca y te advierte, como también puedes entender en el conocimiento de tu secreto. Apártate del mal y haz el bien, y Dios te buscará y descansará en ti.

Epístola 211: R211: Konrad von Reutlingen a Hildegard von Rupertsberg

Konrad y Bertolf, sacerdotes, a Hildegarda:

A Hildegarda, familiar de Dios y admirable virgen por encima de los hombres de este tiempo, Konrad y Bertolf, sacerdotes indignos de Reutlingen, os saludan con el deseo de que perseveréis en el temor y el amor de Dios, y que iluminéis sin cesar las tinieblas del mundo con la luz viviente que contempláis.

Nos hemos alegrado y regocijado en lo que se nos ha dicho, es decir, que recibiríamos una misión consoladora. Y hemos esperado con ansias, pero aún no nos habéis respondido. Por lo tanto, nos hemos entristecido, esperando la gracia de Dios, quien no abandona a los que confían en Él. Ahora, porque nos habéis ordenado enviar un mensajero a vos, nos sentimos consolados.

Sin embargo, queremos recordaros, amada de Dios, que, en la medida en que buscamos transitar por el instrumento de esta vida con una esperanza recta, como soldados inexpertos y delicados, os pedimos con súplica, oh santa madre, que intercedáis por nosotros en las tribulaciones y en las necesidades, para que el Señor, en quien confiamos después de Dios, guíe nuestros caminos.

No decimos esto como si estuviéramos abrumados más allá de lo soportable, ni como si nos arrepintiéramos de esta obra, sino que pedimos a vuestra santidad que obtengáis de Dios misericordioso algún consuelo para nosotros, los débiles, para que no desfallezcamos, aunque nuestros pecados nos impidan alcanzarlo. No presumimos en absoluto sugeriros algo en particular, sino que deseamos dejar el juicio de nuestra petición al juicio interior de quien sabe lo que conviene a cada uno. Pues Él mismo dijo: "Vuestro Padre celestial sabe lo que necesitáis antes de que se lo

pidáis", y Él conoce los remedios adecuados para cada uno a su debido tiempo y nunca deja de proporcionarlos.

Sin embargo, solo nos atrevemos a exclamar: ¡Ay, ay, causa terrenal! ¿Cómo piensas esconderte del ojo viviente? Además, saludamos en el Señor a vuestro prelado, a nuestras hermanas y a todos los que están con vos, y pedimos devotamente que se acuerden de nosotros, sus pobres.

Epístola 212: R212: Hildegard von Rupertsberg a Konrad von Reutlingen

Respuesta de Hildegarda:

La Luz viviente dice: ¡Oh, fortísimos soldados que en vosotros mismos resistís la contradicción de las lenguas bifurcadas, escuchad! ¿Qué tipo de hombres son aquellos que buscan la vida en la peregrinación y están exiliados de la parte que abandonaron por amor a Dios? Las manos de los que obran siempre preparan riquezas para sí mismos. ¡Oh, cuán grande es la santidad que en la peste mortal pisotea el veneno! De ahí, en la destrucción del pecado, crece una hermosa flor que es compañera de los ángeles.

Vosotros, hijos de la peregrinación, corred y atravesad, y preparaos muchas riquezas, porque el ojo viviente que siempre mira al espejo de la paloma os ve. Trabajad y no os fatigéis a causa del tedio de la obra engañosa y perversa, porque el sol de la luz ha preparado para vosotros la vida eterna. Corred con diligencia hacia Dios, porque su día llega.

Y en cuanto a aquel hombre que está constreñido por su propia duda en muchas inconstancias, como agua que ondea en múltiples tormentas, dejadlo así, como un árbol que no puede ser doblado como una vara, porque su voluntad ve cuidadosamente por su propio cuidado. Pero él mismo debe considerarse de esta manera: Si no hierve en él un crimen culpable, que cuide de sí mismo.

Vosotros, mis amados, corred hacia mí, porque veo vuestro gemido como oro brillante y fuerte, y vuestra mente alegre y con deseos de bondad. Entrad, pues, en la batalla como valientes servidores. Porque aquellos que están en el exilio no pueden tener una victoria segura mientras permanecen en el cuerpo, sino que deben huir de la pestilencia del naufragio del mundo y fortalecer la columna de su mente con la piedra angular.

Por eso, oh fortísimos soldados, no os fatigáis a causa de la inconstancia de los instrumentos, porque Dios busca a sus corderos entre los lobos.

Epístola 213: R213: Sacerdote B. von Trier an Hildegard von Rupertsberg

Un cierto sacerdote a Hildegarda.

A la sagrada virgen de Dios, Hildegarda, venerable esposa de Jesucristo. B., sacerdote, por la gracia de Dios en la iglesia de Tréveris, aunque indigno de la dignidad sacerdotal, se dirige a usted. Aunque raramente la contemple con mis ojos corporales, sin embargo, esa admirable potencia de nuestra alma, que se llama imaginación, me representa cotidianamente la serenidad de su rostro y me alegra con el gozoso recuerdo de usted, y me excita a la alabanza de Dios, quien en nuestros días se ha dignado declarar por medio de usted, con manifestación evidente y ejemplo claro, lo que la Sagrada Escritura diariamente recoge: a saber, cómo el Espíritu Santo ha hablado maravillosamente en las almas castas, en los antiguos patriarcas y en los santos apóstoles de Dios, hombres incultos. Pues me parece que usted, con Pedro, puede decir con la voz de David: "Porque no conocí la literatura, ¡entraré en el poder del Señor!" Por lo tanto, por esa piadosa clemencia de la divinidad que ha iluminado el interior de su sagrado corazón con sus clarísimos rayos de un modo inusitado, le ruego fervientemente que quiera ayudarme con su oración, a mí, miserable pecador. Le pido también que, mediante el consuelo divino en el que frecuentemente se apoya su visión celestial, me responda con palabras de consuelo y me insinúe amablemente cómo puedo dirigir a aquellos que debo gobernar bajo el régimen sacerdotal. Que esté bien.

Epístola 214: R214: Hildegard von Rupertsberg a Sacerdote B. von Trier

Respuesta de Hildegarda:

El Espíritu de la verdad, en su místico don, dice: El hombre que tiene heridas en sí mismo y las rocía con aceite, pero no es capaz de soportar el vino infundido en sus heridas, debe ser ungido frecuentemente por el médico con misericordia, para que no se permita que la llaga se pudra en él, porque la lepra es limpiada por el sumo médico cuando el hombre se muestra al sacerdote. Pero muchos vienen a mí con la verbosidad de su mente, deseando indagar con ojos que ven cuál es la salvación de sus heridas, y quieren tocarme con su lengua sudando en diversas palabras. Su mente interior no me entiende, de modo que continúan con la costumbre que los absorbe en la transgresión de los antiguos vicios de su embriaguez. Pero dicen: ¡Bebemos la amargura de la corrección! y hemos limpiado nuestra iniquidad. Y así, no quieren abandonar sus malos caminos. Ciertamente, estos deben ser atados para que no puedan moverse por los caminos seculares, porque no quieren abandonar sus iniquidades. Pero el hombre que siempre abandona sus iniquidades con dolor, de tal manera que no desea sumergirse repetidamente en pecados inmundos, no debe ser atado de la manera mencionada, sino ungido en sus dolores, dondequiera que esté. Porque el gran médico despierta a los vigilantes y reprende a los que duermen, y mata a los que perseveran en sus males. Por lo tanto, tú, médico, en estas dos partes provee lo que es necesario.

Epístola 215: R215: Sacerdote S. von Otterburg a Hildegard von Rupertsberg

Un cierto sacerdote a Hildegarda:

A la señora Hildegarda, madre espiritual. Hermano S., el último entre los hermanos de la iglesia, pero el más oscurecido por las inmundicias de los pecados. Con Marta, deseo servir las dádivas espirituales, y con María, anhelo los gozos de la vida celestial. Me regocijo, oh madre espiritual, porque han encontrado gracia ante el Señor nuestro Dios, y porque hasta ahora han mantenido encendida la lámpara de su alma feliz con el fuego del Espíritu Santo, sin fatiga alguna de tibieza. Vosotras, por lo tanto, oh simiente de Dios, que con las vírgenes prudentes sobresalís en la integridad de la castidad y tenéis fijado continuamente el ojo de la contemplación en la claridad divina, os suplico con devoción en mi pequeñez que os esforcéis por apaciguar, con vuestras justísimas oraciones, el rostro del Señor que he exacerbado demasiado con la cauterización de mi perversidad. Estoy seguro de que nuestro Dios, refugio y fortaleza, se dignará escuchar gustosamente vuestra súplica por mí y, por su piedad, alejará de mí el espíritu de blasfemia que rodea mi alma tan desgraciada. Gracias a vosotras, seré justificado y no vacilaré eternamente. Y también os ruego, por vuestra generosa bondad, que me respondáis con una carta de vuestra santidad a través del portador de la presente. A vuestras monjas, guardianas de la religión monástica, decidles tantas oraciones y saludos de mi parte como moradas eternas hay en la casa del Señor. Que estéis bien.

Epístola 216: R216: Hildegard von Rupertsberg a Sacerdote S. von Otterburg

Respuesta de Hildegarda:

Tu mente, como un ave, vuela y circunda, y dispone y divide cada causa hacia la que se dirige. Pues tu comienzo fue consagrado, porque la gracia de Dios te ha imbuido de tal manera que puedes captar virtudes y muchos otros bienes. Sin embargo, algunos son ventosos, y obtienen comprensión de la verdor, la humedad de la tierra, del aire y de las aguas a través de la sensualidad. Pero Dios, como le agradó, dijo "hágase", en lo cual toda criatura se manifestó en su género, como está escrito: "Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: que el poder pertenece a Dios y que a ti, Señor, pertenece la misericordia, porque tú pagas a cada uno conforme a sus obras." Pues Dios creó todo por su mandato, y lo hizo una vez cuando dijo "hágase", y en ello comprendió estas dos cosas: primero, que fue un gran poder que Dios le dio al hombre la ley; y segundo, que aquel que domina sobre todos es misericordioso, porque a través de su encarnación devuelve lo que debe ser devuelto, ya que perdona los pecados a quienes los ven y los reconocen por medio de la penitencia. Pero a quien no quiere ni ver ni reconocerlos, lo expulsa y lo envía a la justa retribución de sus obras. Pues Dios abatió al primer ángel que se exaltó injustamente en el abismo de la miseria, y también envió al primer hombre, debido a la necedad de su vana gloria, al cautiverio de este mundo. Pues Dios no deja vacía ninguna de sus obras. El primer ángel tenía gran conocimiento y sabiduría, pero debido a su gran malicia, no quiso rendir honor a su Señor y cayó, y así quedó. Pero el hombre cayó por el gusto del alimento, por lo cual el Hijo de Dios se ofreció como sacrificio por su pecado. De este modo, el hombre, cuando recuerda con pesar que ha pecado mucho por el conocimiento del bien y del mal, suspirando hacia

Dios, renace en Dios a través de la penitencia. Tú, hijo mío, aprende día y noche para que vivas eternamente.

Epístola 217: R217: Maestro Udo von Paris a Hildegard von Rupertsberg

Udo, maestro de París, a Hildegarda:

A la señora Hildegarda, excelsa virgen de Cristo. V., humilde e indigno maestro de París, en nombre y en el lugar que ocupa, le envía sus oraciones y todo lo que se considere digno de tan santa y noble persona. Porque tú, señora, te has hecho sierva de Cristo, y Él te ha elevado por encima de ti misma, y se cree que te ha revelado en parte los secretos del tálamo virginal, aunque aún estás en la carne, de modo que se te cree una de aquellas sobre las que se canta: "El rey me introdujo en su cámara." Pero dado que la profética y fiel alma dice y repite: "Mi secreto es para mí," y porque el rey Ezequías, que abrió las cámaras de los perfumes y los tesoros del templo a los mensajeros de Babilonia, ofendió gravemente a Dios en esto, bienaventurados aquellos que nos sobrepasan a los pecadores tanto que pueden escudriñar las cosas celestiales, deben en sus caminos esperar el espíritu de discreción de aquellos que han avanzado más por la tentación que por la revelación, dada por Dios. Y también aprender de los hombres sobre sus visiones, qué deben expresar y qué deben callar. Pues, así como Dios dispone de su don por la humildad, algunos lo sellan y no revelan aquello que podría conmover la institución apostólica y eclesiástica. Considera esto, mujer prudente, porque la mujer que teme a Dios será alabada. Se dice que, elevada a los cielos, ves muchas cosas y que revelas muchas a través de la escritura, y que incluso produces nuevos cantos, sin haber aprendido nada de esto. No nos asombramos de ello, pues no excede la pureza y santidad que posees, sin las cuales tales cosas no pueden ser comprendidas por el hombre. Sin embargo, podemos saber que lo que allí se revela acerca de los santos insinúa la gloria, y lo que aquí hacen exige la forma de la humildad. Aunque estemos lejos de ti, confiamos en ti y te pedimos algo: dado que

muchos disputan sobre si la paternidad y la divinidad de Dios no son una, dinos lo que en los cielos sientes al respecto y no demores en transmitírnoslo. Que tu amor nos sostenga.

Epístola 218: R218: Hildegard von Rupertsberg a Maestro Udo von Paris

Respuesta de Hildegarda:

Yo, pobre figura, en el humo de los aromas del monte elevado, digo: El sol descendió con su luz y reveló muchas indignaciones en los lugares de las vicisitudes. Así, oh tú, maestro, en tu enseñanza, tienes muchos riachuelos en las Escrituras, que a veces esparces entre otros, es decir, entre los grandes y los pequeños. Tiemblan mucho mis manos por la humilde figura que soy. Ahora escucha: El Rey se sentó en su trono y colocó ante sí grandes columnas, muy elegantes, adornadas con grandes ornamentos, erigidas sobre ornamentos de marfil, que llevaban todas las vestiduras del rey con gran honor y las mostraban por todas partes. Entonces al Rey le complació, y levantó una pequeña pluma de la tierra y le ordenó que volara como el rey lo deseaba. Sin embargo, la pluma no vuela por sí misma, sino que el aire la sostiene. De manera similar, yo no estoy imbuida de doctrina humana, ni poseo grandes fuerzas, ni siquiera gozo de buena salud corporal, sino que me sostengo en la ayuda de Dios. Y te digo cómo en la verdadera visión fui instruida sobre lo que es la paternidad y la divinidad, ya que he percibido que esto es muy necesario para muchos, para que se fortalezcan en la verdadera fe. He visto y aprendido diligentemente en la verdadera luz, viendo clara y abiertamente, y no buscando en mí misma, que la paternidad y la divinidad son Dios, porque el hombre no tiene el poder de hablar de Dios como lo hace sobre la humanidad del hombre o sobre el color de una obra hecha por la mano del hombre. La luz viviente en la palabra secreta de la sabiduría dice: Dios es pleno e íntegro y sin principio de tiempos; por lo tanto, no puede ser dividido por palabras como el hombre puede ser dividido, porque Dios es todo y no otro, y por lo tanto, nada debe ser sustraído ni añadido a Él. Paternidad y divinidad son también aquel que es, como se ha dicho:

"Yo soy el que soy." Y aquel que es tiene plenitud. ¿De qué manera? Haciendo, creando, perfeccionando. Pues quien dice que la paternidad y la divinidad no son Dios, está nombrando un punto sin un círculo, negando a aquel que es eterno. Y quien niega que la paternidad y la divinidad sean Dios, niega a Dios, porque implica que hay alguna vacuidad en Dios, lo cual no es cierto, pues Dios es pleno, y lo que está en Dios es Dios. Porque Dios no puede ser sacudido ni cribado como un hombre, pues en Dios no hay nada que no sea Dios. Y dado que la criatura tiene un principio, de ahí la racionalidad del hombre encuentra a Dios a través de los nombres, así como también ella misma está llena de nombres por su propia propiedad. Ahora escucha nuevamente, oh hombre, a esta pobre figura que te habla en el espíritu. Dios quiere que sigas caminos rectos, que te sujetes a Él, que seas una piedra viva en la piedra angular y que no te apartes del árbol de la vida.

Epístola 219: R219: Sacerdote O. a Hildegard von Rupertsberg

Un cierto sacerdote a Hildegarda:

A Hildegarda, querida madre, del hermano O., en señal de filial devoción. ¡Oh madre querida, qué harán los niños que no tienen a nadie que les dé leche! Los pequeños piden pan, y no hay quien lo parta para ellos. El sol también se ha cubierto con una nube, impidiendo que la oración lo atraviese. ¿Qué hará el hombre enfermo que busca un remedio para la salvación y no encuentra consuelo? La Iglesia está herida por el cisma, y la palabra de división, "aquí está" y "allí está", ya se manifiesta en la cabeza lo que ha de ocurrir en el cuerpo, y no hay salud donde ha pasado esta espada. ¿Qué dices entonces, madre honrada? ¿Crees que puede encontrarse aquello que es absolutamente necesario buscar? Pienso que el médico estará ausente mientras sienta la podredumbre de la herida. Acércate, pues, a lo inaccesible, entra donde no todos pueden acceder, y dile a tu amado: "¿Por qué duermes, Señor? Fuera están los que te buscan. Tu alma no está herida por el amor, sino golpeada por la espada de la disensión. Que la salud de tu oración venga a ellos, para que sean uno." Y cuando hayas derramado tu oración ante los ojos del Señor, vuelve a nosotros y comunícanos lo que has conocido en tu interior, según cuanto Él te conceda, pues su conversación es con los sencillos. Yo también tengo un alma mancillada, dividida y herida en muchos caminos, por la cual te suplico devotamente que ores a Dios. Pues soy atacado muchas veces, tanto en secreto como abiertamente, por espíritus malignos que me fatigan mucho y quieren seducirme. Te ruego que me respondas por escrito lo que piensas de esto. Que estés bien.

Epístola 220: R220: Hildegard von Rupertsberg a Sacerdote O.

Respuesta de Hildegarda:

Veo tu alma dividida en dos partes: una que desea ascender y otra que desea permanecer. Pero Dios recoge tu mente según Su voluntad y no según la tuya, y por eso estás tan afligido. En cuanto a lo que dices de ser atormentado por espíritus malignos, veo esto en la adversidad de este tipo. Los espíritus aéreos están divididos en cuatro partes. La primera parte provoca incendios en toda clase de vicios y, a través de la lujuria, lleva al hombre a la incestuosa corrupción. La segunda parte vuela en toda inconstancia, como el viento que se esparce aquí y allá, e induce al hombre a una ira insana. La tercera parte causa error en la aparición de ángeles y profecías y nunca permanece en un solo estado. Daña a los hombres con vanagloria a través de la jactancia y la contumacia. Pero la cuarta parte se mueve con las otras partes mencionadas y se presenta en una multiplicidad de formas. No es muy maliciosa ni flagelante en su horror, sino que con gusto mora entre los hombres, no huye de la pasión y la cruz del Señor, y soporta algunos bienes en los hombres. Sin embargo, les quita la moderación en esos mismos bienes, de modo que les permite ascender en sus mentes a una mayor altura de la que pueden alcanzar, y así no les permite descansar. Pues no teme la santidad ni la precipitada vanidad, pero odia profundamente la fortaleza y la estabilidad. Y así como los cerdos comen las algarrobas para engordar, de igual manera se deleita en habitar con los hombres y permanece con ellos en placer, gritando y aullando como si sufriera cuando es expulsada por el hombre. Porque cuando el hombre toma fortaleza, estabilidad y moderación, ella huye de él, gritando y aullando: "¿Dónde me alimentaré? ¿Dónde encontraré comida?" Por tanto, que cada hombre tema y tiemble, porque esta parte de los espíritus malignos

no teme morar tanto con el mal como con el bien. Porque cuando el hombre experimenta tedio en la santidad, entra en gran vanidad y se convierte en una burla para Dios y los hombres.

Pero, ¿cómo puede ser expulsada y atada esta parte de los espíritus? Cuando un hombre comienza la santidad en la primera etapa de la vida, como en la primera hora de la infancia, no debe hablar de sí mismo, sino escuchar a los maestros y doctores. De este modo, ata al diablo que grita y aúlla. En la segunda etapa, como en la tercera hora de la juventud, debe mantener la santidad en silencio durante mucho tiempo y buscar lo que es bueno con toda solicitud y perfección, para que no caiga en la soberbia. De este modo, mata al diablo. En la tercera etapa, como en la sexta hora, el hombre no debe permanecer callado durante mucho tiempo, sino que debe buscar lo que necesita aprender de su maestro en humildad, porque esa edad no se dispersa en la lascivia. Así, este tipo de demonios se muestra muerto. En la cuarta etapa, como en la novena hora, cuando el hombre es inspirado por Dios, debe buscar consejo de los maestros y sabios, porque entonces es débil en el ardor de la carne, y debe dar gracias a Dios. La primera etapa evita la paciencia, pero cuando está completamente en santidad con paciencia, es completamente santa. La segunda etapa cree que el temor de Dios no es necesario para ella, pero debe tener el temor de Dios en santidad. La tercera etapa acepta el temor de Dios con gusto, por lo cual debe estar alegre en la santidad, porque la duda entra fácilmente allí. Pero la cuarta etapa extiende suspiros hacia Dios, por lo que se le deben proporcionar alegrías en todo, para que no decaiga.

El primer ángel cayó y pereció por la lascivia en la primera etapa, como en la infancia. En la segunda etapa, como en la juventud, muchos fieles e infieles intentaron elevarse al cielo por sí mismos y pronunciaron muchas cosas en sus discursos, de las cuales cayeron. En la tercera etapa, como en la fortaleza viril, vinieron los profetas y, con gran temor de Dios, dijeron: "No somos nosotros, sino tú, Dios."

Y así perseveraron y llenaron toda la tierra de alegría. En la cuarta etapa, como en plena estabilidad, muchas virtudes surgirán en los hombres por la inspiración del Espíritu Santo en el estudio de las buenas obras, y así el mundo decaerá. Sin embargo, este tiempo aún no ha llegado para que se produzca el juicio del universo. No obstante, todos los tipos de demonios causan grandes errores en los hombres, porque temen ser superados.

Tú, hombre, que estás en la juventud, permanece firme en la estabilidad y escucha las palabras de los filósofos, de los sabios y de aquellos que hablan en el Espíritu Santo, para que vivas eternamente. Y di estas palabras: "Que la fuerza que me creó como hombre me libre de los espíritus aéreos, y que el amor ardiente que me ha dado la vida indefectible no permita que mis obras se mezclen con ellos."

Epístola 221: R221: Hermann von St. Martin in Mainz a Hildegard von Rupertsberg

Hermann, el decano, a Hildegarda:

A Hildegarda, reverendísima señora y amadísima madre. Hermann, indigno decano de la iglesia de San Martín en Maguncia, le envía lo poco que es. No es necesario que escriba cuánta veneración siente mi alma hacia su santidad, cuánto la amo con sincera caridad, y cuán dispuesto estoy a servirle si se digna utilizar mi humilde servicio. Con cuánto deseo anhelo consolarme frecuentemente con sus escritos, porque el esplendor de la sabiduría divina, que la ilumina interiormente, le revela estas cosas. Tenía la intención de visitarla y consolarme con sus palabras, pero he sido impedido por la debilidad de mi cuerpo y, por el momento, no puedo ir. Sin embargo, cuando se presente la oportunidad, si Dios lo permite, la veré y preguntaré de viva voz lo que ahora no puedo consultar por escrito. Mientras tanto, le ruego, amadísima madre, que ore por mí al Creador y Redentor nuestro, para que ordene nuestras vidas de tal manera que le complazcamos en todo. También le ruego que, si necesita algo de mi servicio, lo mande según lo que le parezca. Y deseo nuevamente consolarme con sus escritos, a través de este portador. Que Dios la conserve y se digne iluminarla siempre con su Espíritu Santo. Con todos los deberes de veneración, le saludo, beatísima madre.

Epístola 222: R222: Hildegard von Rupertsberg a Hermann von St. Martin in Mainz

Respuesta de Hildegarda:

Del exceso de comida y del consumo immoderado de vino, surgen vicios desmesurados, y la carne del hombre a menudo languidece, hasta el punto de apenas poder vivir. Luego, por el tedio de los pecados, con el que su carne está fatigada, se ve abrumado como por un sueño pesado; pero el diablo lo despierta nuevamente hacia el pecado, proponiéndole momentos para la penitencia, y así se despierta de ese letargo para pecar, y con diligencia lo incita a pecar. Muchos hombres, también por el engaño del diablo, posponen la penitencia de sus pecados, y así se encuentran en la perdición. Cuando el hombre suspira por sus pecados, canta con la alabanza de los ángeles, y cuando realiza buenas obras, brilla como el sol. Pero cuando comienza a adornarse con estas virtudes, el diablo cae sobre él con una gran tempestad de desesperación, el mismo que antes lo había incitado al pecado con malos consejos. Ese hombre debe considerar a los publicanos y pecadores, cuánto han pecado y cómo se han levantado por la penitencia, y cómo después se han convertido en columnas del cielo. Y así, debe revestirse con la coraza de la fe y el yelmo de la esperanza, y vencer a sus enemigos.

Tú, siervo de Dios, considera cómo en tu infancia viviste con deleites, y en tu juventud con los pecados del placer de la carne; por lo tanto, ahora el agotamiento de los pecados sea para ti un motivo para comenzar a hacer buenas obras antes de que la sombra de esta vida se incline sobre ti, para que puedas responder con alegría a la voz que te dice: "Debiste ser el jardín en el que descansaran mis ojos, pero no lo eres, porque crecieron allí hierbas inútiles, espinas y cardos que ahogaron todas las hierbas útiles." Corta todo esto con la afilada hoz de la penitencia e imita al hijo del que se lee en el Evangelio, que al volver en sí, corrió hacia su padre, quien lo recibió

con alegría y lo besó con toda su humanidad. Siembra también en tu jardín la semilla de la virtud fructífera, y asemeja tu vida a la de la mujer que buscó la dracma perdida, para que haya gozo en el cielo por ti, y te conviertas en una gema en la vida celestial, y vivas eternamente.

Epístola 223: R223: Clérigo M. a Hildegard von Rupertsberg

Un cierto clérigo a Hildegarda:

A la venerable y amadísima maestra Hildegarda, el más apto vaso de la elección divina. M., por la gracia de Dios, lo que soy, le ofrece todo lo que puede valer mi humilde servicio acompañado de oración constante. Con espíritu y mente deseo que se encuentre bien, y en mis devotas oraciones día y noche me postro ante los pies de Dios por el bienestar de todas sus cosas. Queridísima, si la disposición de Dios nos ha separado en esta vida, un vínculo indisoluble de amor nos ha unido inseparablemente. Por eso, le pido reciprocidad en ese amor, que me tenga en su memoria en sus oraciones y que me encomiende a su santo convento. ¿Qué más puedo decir? A su cuidado encomiendo mi alma y mi cuerpo, así como a toda nuestra congregación. Que su bienaventuranza perdure eternamente.

Epístola 224: R224: Hildegard von Rupertsberg a Clérigo M.

Respuesta de Hildegarda:

Tu mente es como un valle cuando surge una montaña en ti, y luego piensas que estás construyendo una ciudad cuando condenas alguna causa con contumacia. Pues quien hiere una herida que se ha corrompido en la podredumbre solo extrae veneno mezclado con sangre, y esto no sirve de nada. Así es la mente de aquel que no quiere ceder en nada. Pero un buen médico unge las heridas. La negligencia del hombre es como un viento de torbellino, y su furia como una gran tormenta. Ahora, entiende qué es útil y qué es nocivo, porque algunas criaturas terrenales reflejan las obras de los hombres. Los seres voladores representan la benevolencia del hombre, los animales representan su inteligencia, las bestias representan su sabiduría. Pero los gusanos, que son expulsados por el sudor de la tierra, corresponden a los muchos pensamientos de los hombres, los gusanos incongruentes a su maldad, y los venenosos a su ira, mientras que las fieras representan la negligencia en sus obras.

Mira entonces hacia el norte y observa cómo la tormenta asciende como humo en las nubes. Así también las obras del hombre son a veces inútiles. Pero el hombre que vigila bien y mira a su alrededor en todas direcciones desvía los truenos con benevolencia y con su sabia mansedumbre. Este hombre no debe ser un guerrero que lanza piedras, ni negligente en el viento del torbellino. El sol brilla, por lo tanto, que el hombre unja todo con misericordia, porque el artesano que no coloca correctamente sus cimientos, derrumba sus propias herramientas. Que el hombre prevea cuál es la caída. Aquel que tiene un suspiro en su corazón debe ser tolerado; pero quien desprecia a Dios debe ser corregido, si es provechoso. Si no es provechoso, que se espere un momento oportuno para que no muera.

El hombre, sin embargo, debe trabajar por sí mismo y alumbrar su alma. Una mente que no construye homicidios no es homicida, pero si alguna vez surge esa causa en su acción, debe lamentarse siempre y suspirar hacia Dios, porque lo que Dios ha edificado ha sido destruido.

Epístola 225: R225: Heinrich von Maulbronn a Hildegard von Rupertsberg

Un cierto monje en Maulbronn a Hildegarda:

A Hildegarda, olivo hermoso y perla preciosa. H., monje solo en nombre en Maulbronn, con lámpara ardiente, va al encuentro de su celestial esposo. ¡Oh, cuán hermosa es la casta generación con claridad, pues su memoria es inmortal! Porque es conocida tanto ante Dios como ante los hombres. De esta generación tan hermosa y bendita se ve claro que has surgido, hija del supremo Rey, como hija del rey, por los evidentes signos de virtudes que resplandecen en ti. En la obra brillante de tu vida muestras la forma del hombre interior. Con semejante ornamento de virtud, reflejas la semejanza de tu madre, quien con su ejemplo buscó la lana y el lino, y tejiste un manto adornado como cobertura para tu alma. Este manto adornado se viste cuando, con la virtud de la caridad, está tejido con múltiples figuras que visten fielmente el alma. En esta vestidura real resplandece la humildad y la obediencia, la piedad y la continencia, la castidad de la carne y la santidad de la mente, y, en resumen, miles de otras virtudes similares. Revestida con esta variedad de virtudes, a veces te encuentras a la derecha del supremo Rey, como aquella reina profética, donde has encontrado el inestimable tesoro de la sabiduría, y desde allí has mostrado a los mortales el brillo de la luz eterna, como si viniera del abismo.

Escucha, pues, hija, mira e inclina tu oído hacia mí, para que, ya que la caridad consiste en el amor al prójimo, pueda sentir, con la ayuda de tus oraciones, perdón por lo que encuentro en mí imperfecto. Reconozco sin duda alguna que tú eres escuchada de manera especial por Aquel en cuya contemplación te detienes frecuentemente. También te ruego, con todo respeto, hermana y señora, que me transmitas algo de la celestial admonición, para que así pueda tener ante los ojos de mi corazón la memoria de tu

santidad. ¿Qué más puedo decir? Ausente en el cuerpo, pero presente en espíritu, te saludo, orando fervientemente para que, al recordarme a mí, pecador, sigas extendiendo los pasos de tu mente hacia adelante, como el apóstol. Que estés bien.

Epístola 226: R226: Hildegard von Rupertsberg a Heinrich von Maulbronn

De Hildegarda.

La sombra de los misterios de Dios dice: El viento sopla, y el aire cambia, y las nubes se pliegan, de modo que a veces están turbulentas, negras, blancas y puras. Así eres tú, oh soldado de Dios. Pues en la tristeza del mundo a veces estás como en el viento que sopla y en el placer de las muchas insidias del diablo, como en el cambio del aire, y en las costumbres inquietas tuyas, como en las nubes que se pliegan, de modo que tus costumbres a veces son sucias en la turbulencia, aterradas en la negrura, suaves en la blancura, y útiles en la pureza. Por lo tanto, escucha.

Un cierto señor estaba en una gran montaña y llamó a sus siervos diciendo: “Paguen su deuda”. Uno de esos siervos estaba de pie frente a él, y otro estaba sentado. Y el que estaba de pie respondió: “Señor, vengo de una región lejana de exilio, donde he aprendido diversas alteraciones de costumbres en muchos crímenes y pecados. ¡Oh, dolor! cómo he pasado por alto tus mandamientos. Por lo cual, por el temor de tu amor, juro que con todo mi corazón quiero arrepentirme. Pero aun así, siempre he amado tu sol, tu luna y tus estrellas con gran honor”. Y su señor le respondió: “¡Buen siervo! Recibo tu respuesta como una rueda que me rodea diciendo: Yo, que vivo sin principio y sin fin, quiero ponerte en grandes honores sobre todo lo que amaste, y mi poder no te condenará, porque me has invocado con arrepentimiento”. Pero el siervo que estaba sentado respondió con desdén: “Tu sol me quemó, tu luna me tocó, tus estrellas me aplastaron, los cabellos de mi cabeza se contaminaron con tu rocío, y tus lluvias me inundaron, y por eso, impedido por todas estas cosas, no pude mirarte. Por lo tanto, ni siquiera sé qué decir”. Y su señor le respondió: “¡Siervo malvado! Cuando creé el sol, la luna y las estrellas, ¿acaso necesitaba tu ayuda? ¿Y por qué no

te avergüenzas de tocarme tan temerariamente en tus respuestas? Pues por esto has merecido que te aten de manos y pies y que te arrojen a las tinieblas, hasta que pagues todo".

Y tú, soldado de Cristo, atiende esta parábola. Este señor es Dios, que vigila en esa altura, porque Dios debe ser invocado por todos. Él habla así a los hombres en su advertencia: "De sus obras serán juzgados". Pero algunos trabajan en honor divino, mientras que otros se consumen en la molestia del tedio. Y los que honran a Dios dicen: "Por la sugestión del diablo en la caída de Adán, caímos en la peregrinación, y en nuestras obras contrajimos muchos vicios. Lamentamos dolorosamente esta transgresión. Por la gloria de tu nombre prometemos que deseamos abstenernos de nuestros pecados. Sin embargo, hemos venerado tu honor, tu justicia y las escrituras dadas por ti en amor". Y el Señor, que es incomprensible, los alaba y los coloca sobre muchos bienes y no los condena, porque lo invocaron con arrepentimiento.

Pero los que se consumen en el tedio de lo divino dicen: "Tu honor nos afligió, tu justicia nos hirió, la multitud de tus escrituras nos sofocó, la frescura de tu espíritu volteó el placer de nuestra mente, y la efusión de tu celo nos agotó, de modo que no podemos verte con alegría, ni podemos excusarnos". Y el Señor les dice que son siervos malvados, y que en su justicia no necesitó de su ayuda. También les dice por qué no se avergüenzan de invadirlo con la temeridad de sus palabras, por lo que deben ser atados y arrojados a penas, hasta que expulsen todos sus vicios en sí mismos.

Y tú, oh soldado de Cristo, entiende también esto en relación contigo mismo. Pues el siervo que estaba de pie te representa a ti. Porque cuando estuviste en el mundo, hiciste pocas cosas buenas. Pero la advertencia del Espíritu Santo te sacudió y te convirtió al bien. Por lo tanto, cuídate de no imitar al siervo que estaba sentado, es decir, que no digas que ardes en la regla como en el sol, ni desprecies la

enseñanza como si fuera la luna, ni te canses de la comunión con tus hermanos como si fueran estrellas, ni conviertas la advertencia del Espíritu Santo en burla de tu mente como si fuera rocío, ni desprecies la corrección como si fuera lluvia. Sino que abraza siempre a Dios con buena voluntad y elección, y abrazándolo, reténlo, y vivirás.

Epístola 227: R227: Monje T. von Ebrach a Hildegard von Rupertsberg

Monje de Ebrach a Hildegarda.

A mi señora y madre, Hildegarda, la beatísima oliva de Cristo, yo, T., pecador de Ebrach, monje inútil del orden cisterciense, vivir en el Señor y morir en el Señor.

Sepa vuestra excelencia que os he enviado estas pocas letras porque no he podido concebir nada lo suficientemente digno para vuestra santidad, y con una mente temblorosa apenas me he atrevido a escribir algo a una persona tan grande y honorable como vos. Tampoco me he considerado digno de ello. Por lo tanto, si con vuestra gracia me atrevo, con la rodilla doblada y temblando, me encomiendo a vuestras oraciones, en las entrañas de Jesucristo, aunque sea indigno. Y, con la gracia cooperante, en la medida de mi negligencia, estaré muy gustosamente en la memoria de vos y de vuestra familia en Cristo. Y aunque estoy ausente en cuerpo, en corazón y amor, con Dios como testigo, estoy con vos. Ahora, pues, mantenedme en vuestra memoria y encomendaos por mí continuamente a Cristo y a la Santa María, como confío que hacéis. Y tratad de consolarme con las palabras de vuestras consolaciones según la divina revelación. La gracia del Espíritu Santo esté con vos.

Epístola 228: R228: Hildegard von Rupertsberg a Monje T. von Ebrach

Respuesta de Hildegarda: Veo que Dios no esconde su rostro de ti, sino que te constriñe con sus flagelos como a Él le place. Y también veo que una gran luz de la consolación de Dios vendrá a tu alma y al gozo de tu cuerpo cuando Él lo desee. Dios también vive en tu morada, y su gracia no ha sido oscurecida en ella. Por lo tanto, serás digno de alabanza ante Dios en tu alma, aunque dudes de ello, porque un hombre victorioso es amado por su Señor.

Además, la luz mística dice: La tierra que tiene la fertilidad para germinar produce muchos frutos, pero a menudo la cizaña y otras hierbas inútiles se mezclan con ellos. Sin embargo, a veces una cierta templanza de un cierto viento se eleva sobre esta tierra, cuya fuerza es tal que hace que las hierbas inútiles se debiliten, pero no daña los frutos útiles.

Ahora escucha: Hay ciertos hombres que, en la abundancia de su naturaleza, son aptos para muchas cosas, pero mezclan con esta plenitud de conocimiento algunas obras inútiles por el placer de la carne. Pero la advertencia de la gracia de Dios a veces los amonesta, ya sea a través de la contrición del espíritu, de la tristeza por la enfermedad corporal o de cosas similares, para que eviten el mal y realicen buenas obras. Esto debes entenderlo en relación contigo. Que Dios, por tanto, te infunda el rocío del cielo, y vivirás eternamente.

Epístola 229: R229: Monje V. von Soissons a Hildegard von Rupertsberg

Un cierto monje a Hildegarda: A Hildegarda, santa y amiga de Dios, esposa de Cristo. Yo, V., un caña rota de Soissons, forma del mal, cebo del diablo.

Está escrito: "Aquellos que no tienen refugio abrazan las piedras". Pero, ¡ay dolor!, en este tiempo han sido removidas de su camino las piedras que se oponían a la vía de la iniquidad. Han caído los montes que caen sobre otros montes, y las colinas fugitivas cubren las obras de Cristo. Las obras vergonzosas de los hombres han sido desnudas ante Dios, siguiendo su curso sin mediador alguno, tropezando ferozmente en la piedra de la ofensa y la roca del escándalo. Entre estos y por estos, mi señora, yo, desesperado, tropezando diariamente en esta piedra, soy aplastado y roto. Sin embargo, aún me atrevo a esperar en la misericordia de Dios.

Por tanto, os conjuro por esa misma misericordia de Dios a que no me rechacéis ni me desestiméis, ya que Él se dignó a ser despreciado por nosotros. Os ruego por el precio de la sangre de Jesucristo, vuestro amado esposo, que fluyó de la cruz, por quien os comprometió y os tomó como esposa, que inclinéis vuestros piadosos oídos a las palabras del presente escrito que hablan de mí. Rogad con insistencia a vuestro esposo sobre por qué Él, que me oye clamar a Él tantas veces desde lo profundo de mis iniquidades y del lodo del pecado, se niega a liberarme.

Si puedo seguir esperando el perdón, si Él desea concederme un espíritu contrito y un corazón quebrantado, señora, con ferviente oración, investigad y escribid lo que os parezca adecuado. Adiós. Una y otra vez repito lo mismo: os conjuro por Cristo que no me abandonéis.

Epístola 230: R230: Hildegard von Rupertsberg a Monje V. von Soissons

Respuesta de Hildegarda: En la verdadera visión de los misterios de Dios, escribo viendo, oyendo y comprendiendo de una sola manera. Pero tú, oh hombre, eres semejante a una nube que avanza y retrocede, y que en ambos casos es algo luminosa, pero a través de la cual el sol se oscurece a menudo, de modo que se espera durante mucho tiempo que vuelva a brillar.

Está escrito: "Porque, he aquí, los que se alejan de ti perecerán". Esto significa que aquellos que tienen el día del buen conocimiento, pero miran hacia indagaciones ajenas y sin valor, y se adentran en las sombras que no buscan ayuda en la racionalidad, sino que son vanas, se marchitan y no tienen verdor en Dios. Pues Adán, cuando brillaba lleno de la inocencia y la santidad, pereció en la transgresión de los mandamientos de Dios, cuando se le arrebató la diadema de la inocencia, es decir, la bellísima hija del rey.

Ahora restaura tu mente hacia el bien y mira hacia la fuente de agua viva, y no busques causas diversas en una casa ajena, porque cualquier causa que no sea útil se marchitará, ya que no ha sido plantada por Dios. Que tu mente sea pura en Dios y en el hambre de la justicia de Dios y en el camino recto, y Dios te acogerá.

Por lo tanto, los trabajos que has comenzado y realizado por amor a Dios deben ser suficientes para ti. Pero dirige tu mente y tus pensamientos hacia Dios tanto como puedas. Siempre dirigiré mis oraciones a Dios por ti.

Epístola 231: R231: Canónigo H. von Utrecht a Hildegard von Rupertsberg

Canónigo de Utrecht a Hildegarda: A Hildegarda, quien imita la pobreza de Cristo en un frágil sexo, deseando las riquezas del Cristo rico. H., canónigo de Utrecht, saludo en el Señor, quien manda la salvación en Jacob.

Deseo experimentar en mí mismo de alguna manera la maravillosa e inestimable acción del Espíritu de Dios que habla en ti y escribe a través de ti. Lejos de mí esté cualquier duda sobre ti, porque el Espíritu de Dios habla en ti. Más bien, es con admiración junto a los que admiran y con devoción junto a los devotos, que me siento impulsado y provocado a desear una experiencia más cercana y personal.

Por lo tanto, en humildad, suplico a tu humildad que me reveles los arcanos de la divina revelación respecto a mi estado, especialmente según el hombre interior, para la enseñanza y cautela de mi espíritu, en el misterio de tu manifestación. Esto lo debes en efecto, según lo prometido, pues cuando en mi camino hacia Roma pasé por tu lado, obtuve esto de tu caridad. Que el Espíritu del Señor permanezca contigo. Amén.

Epístola 232: R232: Hildegard von Rupertsberg a Canónigo H. von Utrecht

De Hildegarda:

Dios se ofendió por el árbol debido a las palabras maliciosas de la serpiente. Entonces, en la hermosa formación con la que Dios había creado al hombre, el buen conocimiento en él se avergonzó por el mal deseo que aquel había codiciado. Y por eso, como en un camino ajeno, Dios le clamó: “Adán, ¿dónde estás?”, y le dio vestidura, diciendo en sí mismo: “¡Por la túnica de mi humanidad quiero buscarte!”. Y después, en su santa humanidad, recreó al hombre de nuevo, de modo que, cuando caiga, pueda resurgir a través del arrepentimiento en la humanidad de Dios.

Por lo tanto, tú, hombre, levántate rápidamente y envuélvete más pronto en la túnica de Dios, y huye del diablo. Y en la efusión de mi oración, cuando mi alma mira hacia Dios, gustosamente oraré por ti. Y vivirás.

Epístola 233: R233: Morard von Disibodenberg a Hildegard von Rupertsberg

Morard, Monje de San Disibodo, a Hildegarda:

A Hildegarda, amadísima y en Cristo singularmente honorable madre y señora. Morard, monje y sacerdote indigno, lo que es.

Si es necesario gloriarse, más aún, porque es lícito gloriarse en el Señor, me corresponde también alegrarme, no en mí mismo, sino en el Señor, quien ha concedido a mi indignidad una gracia de familiaridad con vuestra santidad que mi humildad no pudo merecer ni atreverse a esperar. Por lo tanto, dando gracias primero a la divina misericordia y luego a vuestra dignación desde lo más profundo de mi corazón, por haberme tratado con tanta bondad tanto en mi presencia como al considerar digno de vuestra salutación también en mi ausencia, os informo de mi benevolencia para que dignéis saludar en mi nombre a todas vuestras compañeras y señoras mías. Y también, amonestadlas para que no olviden el consuelo de fraternidad y oraciones que me prometieron, porque yo, en la medida en que el Señor lo permite, he hecho y hago todo lo que les prometí, siendo Dios testigo.

Confío en el Señor que, mientras viva, no cesaré de interceder por todas vosotras, para que la gracia de Dios, que tan abundantemente os ha precedido, os siga siempre y aplaste a Satanás bajo vuestros pies, de modo que mi pequeñez pueda obtener la salvación que no merezco, gracias a vuestras oraciones.

En cuanto a otros asuntos que traté con vos en secreto, os ocuparéis de confirmarme por escrito cuando sea oportuno. Saludos en el Señor siempre.

Epístola 234: R234: Hildegard von Rupertsberg a Morard von Disibodenberg

Respuesta de Hildegarda:

Querido hijo, escucha esta parábola que vi en una verdadera visión.

Una noble y hermosa dama tenía una habitación adornada con oro. A menudo elegía a dos jóvenes de rostro elegante para que vivieran con ella. Sin embargo, muchas multitudes, al ver a esta dama, elogiaban su rostro y deseaban habitar con ella. A estas personas, la dama les dijo: "Os daré los dones que os agraden, porque no sería beneficioso ni para mí ni para vosotras que estuviéramos juntas. No quiero entregar mi nobleza y belleza a los zorros, perros y a las burlas."

Pero una mujer arrugada, de rostro rojo y negro, quiso asemejarse a esta noble dama y se sintió indignada por la nobleza y belleza de aquella. Esta misma mujer arrugada camina sobre montañas, corre por regiones y en todos los lugares, buscando alabanza y honor, pero nadie se los concede. Todos dicen: "Esta es inquieta e indisciplinada, viene del diablo y debe ser rechazada por todos."

También había una mujer mercader que recogía de toda arte aquello que es hermoso a la vista y se esforzaba por hacer cosas desconocidas y maravillosas para las personas en su visión y oído. Más tarde, colocó un cristal, hermoso y extremadamente puro, bajo la luz del sol, que se encendía con el sol, dando luz a todos. Así, ella mantenía todas sus artes en moderación

Ahora, hijo mío, presta atención a la primera mujer y a sus jóvenes, pero huye con todo tu ser de la mujer arrugada. En cambio, acércate a la mujer mercader. La primera mujer representa la caridad, con sus jóvenes, es decir, la benevolencia y la generosidad. Pero la mujer arrugada, de rostro rojo y negro, representa el amor mundano, en el

que los hombres lujuriosos se enredan unos con otros con un propósito vergonzoso. La mujer mercader, sin embargo, es la filosofía, que instituye toda arte y que encuentra el cristal, es decir, la fe, con la cual se llega a Dios.

Confío en Dios que tengas parte con estas, porque has ofrecido a Dios, en el cristal ardiente, los dones de la pasión y resurrección del Señor.

Epístola 235: R235: Sacerdote C. a Hildegard von Rupertsberg

Sacerdote a Hildegarda:

A Hildegarda, casta paloma que se refugia en las grietas de la roca. C., el menor de los siervos de Cristo, sacerdote, te envío mi devoción en oración y todo lo que se refiere a la salvación eterna.

Dado que, por la gracia de Dios, vuestra luz brilla salvíficamente ante los hombres, glorifico a vuestro Padre, quien os ha colocado como una lámpara ardiente para la iluminación de la Iglesia. Y aunque soy frágil y pecador, me regocijo de corazón con vuestra santidad, a la cual estáis unida por un privilegio singular en los abrazos del celestial Esposo. No quiero que vuestra caridad ignore que día y noche deseo veros cuanto antes, y haciendo continuamente memoria de vos en mi oración, os abrazo con la mente, aunque ausente en cuerpo, como si estuvierais presente.

Por tanto, humildemente os ruego en vuestra perfección que me encomendéis a vuestro Esposo, bajo cuya sombra descansáis con seguridad, para que, mendigando junto al camino, la multitud que pasa no ahogue mi clamor, sino que, por vuestras oraciones, sea llevado ante el Señor y merezca ser iluminado y sanado de la ceguera de mi corazón.

También os pido que me instruyáis acerca del Cuerpo y la Sangre de Cristo, en los cuales está toda la esperanza de los fieles, y que me expliquéis cómo percibís en el espíritu a un sacerdote, ya sea incorrecto o correcto, cuando se acerca al mismo sacramento. Os ruego me lo manifestéis en el Señor.

Que el Señor, que está en todo y sobre todo, os infunda lo que es conveniente para la gloria de su Santa Iglesia. Saludos.

Epístola 236: R236: Hildegard von Rupertsberg a Sacerdote C.

Hildegarda:

Sobre el cuerpo y la sangre de Cristo.

En una verdadera visión, con ojos vigilantes, vi y escuché estas palabras sobre el sacramento del cuerpo del Señor. Dios permaneció como era y asumió lo que no era. Esto significa que la divinidad, tal como existía antes del tiempo, permaneció en la eternidad, como una rueda que no se divide. Pero la encarnación del Hijo aún no había aparecido como carne y sangre, ya que, antes del tiempo, estaba oculta en el corazón del Padre, predestinada.

Sin embargo, en el momento en que fue predestinada, el Hijo tomó carne y se ciñó con la fuerza de su poder, como está escrito: "El Señor se ha revestido de fuerza y se ha ceñido con ella". Y el ángel anunció las vestiduras de la santa encarnación a la simplicidad de la Virgen, en quien encontró el fundamento de la humildad, tal como Dios lo había dispuesto, ya que ella se nombró sierva del Señor. Entonces, el mismo ángel le dijo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra".

Porque el Espíritu Santo la visitó de una manera superior a todo conocimiento humano, infundiéndose en ella de un modo diferente al que jamás se infundió en ninguna mujer en el parto. Y el poder del Altísimo la cubrió, ya que, con su calor, la moldeó de tal manera que borró todo el fervor del pecado en su dulcísima sombra, como un hombre busca la sombra del sol debido al calor. Así, el mismo poder del Altísimo que formó la carne en el vientre de la Virgen, convierte sobre el altar, a las palabras del sacerdote, la ofrenda de pan y vino en el sacramento del cuerpo y sangre, sosteniéndola con su poder.

Por lo tanto, la natividad, la pasión, la sepultura, la resurrección y la ascensión del Hijo del Padre celestial aparecen en este mismo sacramento, como un círculo en una moneda revela a su dueño. Esto se hace para que las heridas de los hombres, que están enredados en la transgresión de Adán y siempre pecan, puedan ser sanadas, limpiadas y ungidas en las heridas y en la sangre de Cristo, y así puedan convertirse en miembros de Él. Y esto continuará hasta el último día.

Y vi además que, si un sacerdote, debido a muchas cicatrices de sus pecados, carece de la dignidad de la santidad, si no ha sido atado por la autoridad superior, el poder del Altísimo aún realiza sus milagros en esa misma ofrenda. Y todos los que reciben con fe el sacramento de su mano son iluminados como por un rayo de sol. Pero si ese sacerdote es justo en fe y obra, su alma se ilumina sobre el resplandor del sol radiante.

Sin embargo, todos los que, siguiendo el consejo de la antigua serpiente, causan ilusiones y cismas en esta santísima ofrenda, son como los ángeles caídos que negaron que Dios fuera uno en su honor, cuando desearon ser como Él. Así también, estos hombres quieren realizar su propia voluntad a través de estos sacramentos, y por ello perecen junto con aquellos, a menos que corran hacia Dios con confesión de sus pecados, penitencia y un llanto amargo, diciendo: "Ay, ay, porque hemos pecado". Entonces, Dios el Padre los recibirá, tal como recibió a aquellos que, ignorando, hirieron a su Hijo.

Este sacramento y la resurrección de la vida son negados por los saduceos, que yerran en todo, obstinadamente errando de esta manera, como un hombre que diría que la carne sin espíritu y el espíritu sin carne son humanos, lo cual es imposible. Por lo tanto, son peores que todos los demás errantes, porque, si una criatura mínima que Dios creó no puede ser definida con una sola palabra,

¿cómo podría un hombre, que abarca toda la creación, ser definido con una sola palabra?

El invierno se marchita, pero el verano florece; sin embargo, el invierno retiene su verdor hasta que él mismo produce sus frutos en plenitud. Así son el cuerpo y el alma. El cuerpo decae, pero el alma permanece en vida indeficiente, esté donde esté.

Epístola 237: R237: Sacerdote N. von Königslutter a Hildegard von Rupertsberg

Un sacerdote a Hildegarda:

A su señora Hildegarda, resplandeciente con el brillo de la divina luz. N., indigno sacerdote y maestro en Königslutter, es decir, en la casa hospitalaria, para saciarse junto con los elegidos cuando aparezca la gloria del Señor.

Recordando a menudo la gracia y benevolencia que muchos han experimentado en vos, damos gracias al Dios todopoderoso por haberse dignado conferir a una mujer de sexo tan frágil, desprovista de fuerzas corporales desde la infancia, un espíritu viril adornado con no pocas virtudes. Que el Señor aumente su gracia en vos y en todos los que están con vos, y que os haga recordar con espíritu benevolente ante Dios a nosotros y a muchos otros que han puesto su esperanza en vos.

Por tanto, deseamos oír de vos los saludables documentos de vuestra santidad y comprender diligentemente el estado de nuestra vida, y os pedimos que nos escribáis lo que Dios os haya revelado sobre esto, sabiendo que hemos decidido obedecer vuestros consejos y advertencias en la medida de nuestras posibilidades.

Se nos ha encomendado servir a los pobres, lo cual no podemos cumplir sin la carga de un ánimo tumultuoso; por esta razón, deseamos saber de vos si sería más útil para nosotros recluirnos en nuestro claustro o perseverar en este tumulto. Que Dios os revele lo que más le complazca en este asunto.

Epístola 238: R238: Hildegard von Rupertsberg a Sacerdote N. von Königslutter

Respuesta de Hildegarda:

En una verdadera visión, con los ojos vigilantes de mi espíritu, escuché estas palabras: "Oh hijo, que eres la imagen de Dios, escucha esta enseñanza que el Hijo de Dios dijo a aquellos que en sí mismos consideraron lo que eligieron. Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó". Esto mismo dijo el Hijo de Dios acerca del primer hombre. Cuando, al escuchar el rumor de la serpiente a través de la mujer, sintió que podía pecar, eligió lo que había escuchado a través del rumor. La mente es como el hombre, y la elección es como la mujer. Pero cuando el hombre elige alguna causa para sí mismo y la atrae a través de la elección, la ama profundamente, como Adán amó la elección que escuchó a través de la mujer, porque la mujer estaba unida a él como la elección a la mente.

Cuando Adán hizo esto, descendió de la visión de la paz y se volvió como la luna menguante. Aunque estaba peregrinando, aún conocía a su Creador y, en ese conocimiento, era como la luna que a veces crece. Y cayó en manos de ladrones, lo cual es la naturaleza de su propia voluntad, que lo engañó, como un ladrón engaña a los hombres con su astucia hasta atraparlos. Estos ladrones lo despojaron, es decir, la voluntad propia lo privó de toda la gloria que tenía en el paraíso, tal como los ladrones despojan a los hombres de sus posesiones.

Por lo tanto, cualquier hombre que desee ser feliz debe evitar aquello que su propia voluntad elige, porque le es tan dañino como lo fue para Adán escuchar a su mujer. También le causa grandes heridas, y si quiere ser sanado, debe buscar al médico con gran suspiración, porque la transgresión de Adán lo llevó a la peregrinación de este exilio, donde apenas podía vivir en el

conocimiento del bien y del mal. Ni el sacrificio de Abel, que Noé perfeccionó al edificar el altar, ni el ministerio de la obediencia de Abraham, que Moisés cumplió a través de la ley, pudieron levantarlo. Pero fue el samaritano quien lo levantó.

Este samaritano es el Hijo de Dios, que, todo él en el santuario del Espíritu Santo, es decir, en la integridad del vientre de la Virgen, se encarnó sin la ceguera de Adán que posee la naturaleza humana. Este mismo Adán, con todos sus miembros, fue levantado del abismo del infierno. En sus heridas derramó aceite y vino: aceite, cuando en su encarnación se mostró a él con misericordia, y vino, cuando le impuso la penitencia de los pecados, como está escrito: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca".

Y colocándolo sobre su bestia, lo llevó a la posada. Su cuerpo es como la bestia, porque llevó al hombre sobre sus hombros, en la cruz. Esto también se mostró cuando, al crear al hombre, Dios creó a las bestias con él, y también vio su encarnación cuando formó al hombre, y cuando unió a sí mismo esa encarnación como quiso, el hombre, junto con toda criatura, reconoció a Dios y al hombre en él. Dio el mundo entero como tabernáculo, como una posada, al hombre, y lo llevó allí cuando lo liberó por su pasión y lo curó con misericordia y penitencia.

Al día siguiente, sacó dos denarios y los dio al posadero. En la luz del día siguiente a su resurrección, dejó al hombre en manos de sus vicarios, es decir, de los apóstoles y de aquellos que siguieron sus ejemplos, encomendándoles que hicieran lo que él había hecho. Les dio los dos testamentos, es decir, la nueva ley que había establecido y lo que él mismo había hecho. Porque así como Dios, cuando creó al hombre, creó también a las bestias con él, en la antigua ley los hombres primero sacrificaron a Dios con las criaturas, es decir, con las aves y los animales, pero después, invisiblemente, ofrecieron el sacrificio de la encarnación de Cristo en el Espíritu Santo, porque

conocemos su encarnación, pero no podemos ver su divinidad, aunque la abrazamos por la fe.

Del mismo modo que conocemos este mundo, miramos la vida eterna con fe. Vemos nuestros cuerpos, pero no podemos ver nuestras almas, excepto que sabemos que sin el alma no podemos vivir. Así también son todas las obras: algunas son oscuras, otras manifiestas. Y así, también, tendremos al Creador de todas las cosas en su humanidad y divinidad. De este modo, en los dos testamentos, Dios dejó al hombre en manos de sus vicarios, para que ellos actuaran con él como él les había mostrado, ungido sus heridas con misericordia y limpiándolas con penitencia, y esto hasta el último día.

Entonces, cuando vuelva, dará la mansión de la herencia eterna a todos los que, con buena voluntad, hayan hecho lo que él les demostró. Ahora, tú, administrador de Dios, haz lo mismo. Y cuida de que tu mente no esté oscura sin sol, luna y estrellas, es decir, no elijas según tu propia voluntad lo que te parezca, diciendo que esto o aquello es bueno. Porque tu mente entonces sería una nube oscura. Más bien, mira al verdadero samaritano, y haz lo que él hizo en el ministerio al que has sido asignado por tu maestro. Porque a Dios le agrada que se extienda misericordia a los necesitados y que los pecadores sean llevados al arrepentimiento. Haz esto tanto como puedas, ayudando a quien da la limosna por sus pecados, para que vivas eternamente.

Epístola 239: R239: Wibert von Gembloux a Hildegard von Rupertsberg

Wibert, monje, a Hildegard.

Excelentísima y de mérito y renombre, a quien debo nombrar con reverencia, sierva de Cristo, Hildegard. Hermano Wibert, el último de los hermanos de Gembloux, que junto con las vírgenes recibirá la corona de gloria en la eterna bienaventuranza del esposo de las vírgenes.

Los dones del Espíritu Santo, inusuales y hasta ahora inauditos en casi todos los siglos, que te han sido otorgados, oh venerable madre, nos llevan a dar gracias al autor de estos dones cada vez que llegan a nosotros tus escritos. Pues aunque por nuestros pecados no merecemos recibirlos directamente, a través de ti, en quien han sido infundidos como en un vaso limpio, podemos beber de ellos cuando los derramas y los destilas frecuentemente.

En verdad, tus pechos son para nosotros más fragantes que el vino, ungidos con los mejores aceites, ya que, cuando regresas a los exteriores desde las bodegas de contemplaciones en las que el Rey eterno a menudo te introduce como a una esposa, nos haces partícipes, mediante tus escritos, de las santas visiones que observas con rostro descubierto entre los abrazos de tu esposo. Nos arrastras a seguirte con rapidez en el aroma de tus ungüentos.

¿Quién, al leer esas visiones o sus exposiciones, no se deleitaría en ellas como en todas las riquezas? Y al saborear cuán dulce es tu doctrina católica y sana, ¿quién no exclamaría inmediatamente sobre ti: "Tus labios destilan panal, miel y leche están bajo tu lengua, tus emanaciones son un paraíso de granadas con frutos"?

En verdad, santa madre, según la promesa del Señor, de tu vientre fluyen ríos de agua viva para alegrar la ciudad de Dios, que es la

Iglesia, ya que en ella te has convertido en una fuente de jardines, en un pozo de aguas vivas que fluyen con ímpetu desde el Líbano. En efecto, estas aguas fluyen para nosotros no desde ti, sino a través de ti, desde el Líbano, es decir, desde la montaña llena de virtudes resplandecientes y abarrotadas, desde la montaña que el Padre no solo ha elevado por encima de las colinas, sino también por encima de los picos más altos de las montañas, desde la montaña que mana leche y miel, y que, como una entre muchas otras montañas, nunca cesa de regarnos abundantemente con sus bendiciones superiores.

En efecto, después de aquella mujer, por cuyo parto obtenemos la salvación de todas las formas posibles, tu gracia es singular entre las mujeres. Pues aunque se encuentren en las Escrituras algunos cánticos o profecías de María, la hermana de Aarón y Moisés, de Débora o de Judit, tú, sin embargo, te ves mucho más inundada en esta parte por la abundancia del Espíritu, en los misterios de las visiones y revelaciones del Señor, que parecen sernos equiparables, para que lo exprese de manera moderada, a los contempladores más elevados.

Y, oh, qué admirable y continuamente proclamada es la piedad benigna del Redentor hacia el género humano, quien, a través del mismo sexo por el cual la muerte entró, en su madre la vida es restituida, y de la misma mano que nos ofreció la bebida venenosa de la perdición, en ti, por las doctrinas salvadoras, el antídoto de la recuperación nos es devuelto.

Sin embargo, no para amonestarte imprudentemente, sino con reverencia, sobre la cautela y perseverancia en la santidad, pues no necesitas progreso alguno ya que has alcanzado la cumbre de la perfección, madre, recuerda que aún llevas tu tesoro en un vaso frágil, y considera que no son las cañas o los juncos, que se doblan con facilidad al ser empujados, sino los árboles grandes y viejos los que a veces son arrancados por los vientos.

Mira a David, considera a Pedro, y no seas altiva, sino teme, y cuanto más grande eres, humíllate en todo. No para que conserves una gracia que no tienes, sino para que la que tienes se conserve íntegra hasta el final. Sabe que en el camino lleno de trampas y escándalos nunca faltan los peligros, y procede con cautela hasta que llegues a tu destino. Nunca estés segura hasta que se haya terminado el cálculo que deberás presentar ante el Creador sobre los talentos que te fueron confiados, y no te glories de lo recibido como si fuera tuyo, sino como está escrito: "El que se gloría, gloríese en el Señor".

Y aunque la fortaleza o el poder maligno que se describe como estando en los lomos o en el ombligo de Leviatán ya no te debe causar temor, porque has pisoteado la cabeza del maligno, es decir, la principal sugestión de la lujuria, con el pie de la castidad, recuerda sin embargo del Apocalipsis que la cola del dragón no solo barre los terrones de la tierra, sino que también arrastra tras de sí a la tercera parte de las estrellas del cielo. Además, se lee en ese libro que algunos caballos tienen poder para hacer daño no solo en su boca, sino también en sus colas, porque sus colas, dice, son como serpientes, y en ellas hacen daño.

Por tanto, santa madre, ya que has evadido la cabeza de la antigua serpiente, cuida de no ser golpeada por la cola, y, en la medida de lo posible, con la protección de Dios, protege tu talón, es decir, el fin de tu vida, de sus artimañas. Y no me maravillo si hablo así, para que no me reproches por presunción, pues no intento enseñar con temeridad, sino advertir con la devoción que te tengo, ni porque me detuve en conversar contigo por la ocasión no aprovechada. Y esto es en cuanto a ti.

En cuanto a mí, que estoy hundido en el lodo del abismo, y cuyas cicatrices se han podrido y corrompido por mi insensatez, por la dulzura del Dios omnipotente te ruego que me dignes contarme entre tus familiares y no te niegues a recordarme siempre. Y levantando

tus manos puras en oración, te suplico por la inmensa bondad del piadoso Redentor, que no tarde en concederme perdón por mis males pasados, corrección de los presentes y cautela para los futuros.

Y como soy monje claustral, y no se me presenta ocasión ni posibilidad de ir a verte, para poder hablar contigo de todo lo que quisiera saber de ti, te ruego que tengas la bondad de prestar atención vigilante a lo que te sugiero familiarmente a través de esta portadora de la presente. Y así, para estas y otras necesidades mías, no dudes en pedir la manifestación del Espíritu para mi utilidad, y en hacerme saber lo que debo hacer al respecto.

También te ruego que no te molestes en responder a mis preguntas con tus escritos. Queremos saber, tanto yo como muchos otros conmigo, si es cierto lo que se dice de ti, aunque me resulta difícil creerlo, es decir, que después de que tus visiones hayan sido transcritas por los notarios a tu orden e indicación, se desvanecen de tu memoria, hasta el punto de que no recuerdas en absoluto lo que has dicho. También deseamos saber si dictas esas mismas visiones en latín, o si las expresas en teutónico y otro las traduce al latín. Asimismo, deseamos saber si aprendiste los elementos de las letras desde la infancia, y si conoces las Sagradas Escrituras por el estudio de la lectura o solo por la unción del Espíritu Santo, que enseña a quienes quiere sobre todo.

Ya que no puedo contemplar personalmente tu rostro, mi señora, que creo que resplandece con luz divina, hazme al menos oír tu voz por medio de cartas, porque tu voz es dulce para mí, para que así pueda tener al menos algo tuyo como recuerdo, algo en lo que, como en un espejo, la imagen reflejada de tu santidad brille para mí, y quede grabada en mi corazón con un recuerdo más íntimo y frecuente.

Que el Señor se digne conservar tu presencia en salud, reverenda madre, por un tiempo prolongado, para honor y fruto de su Iglesia. Amén. Te saludan el abad y nuestro prior, junto con toda la

comunidad de la iglesia de Gembloux, rezando a Dios por tu salud, y rogándote que hagas lo mismo por ellos. Te saludo cordialmente, yo que escribí esta carta para ti, y muchos otros conmigo, y todos pedimos el beneficio de tus oraciones. Vale en Cristo, señora, siempre queridísima para mí.

Epístola 240: R240: Hildegard von Rupertsberg a Wibert von Gembloux

Hildegarda acerca del modo de su visión.

Estas palabras no las digo de mí ni de otro hombre, sino que las pronuncio tal como las recibí en la visión celestial.

Oh siervo de Dios, que miras a Dios a través del espejo de la fe y así lo conoces, y oh hijo de Dios, que ves en la formación del hombre los milagros que Dios ha constituido y sellado, ya que así como el espejo, en el cual se ven las cosas, se coloca en su recipiente, así el alma racional es puesta en el cuerpo como en un vaso de barro, para que por medio de ella el cuerpo sea gobernado al ver, y para que el alma contemple las cosas celestiales a través de la fe. Escucha lo que dice la luz inextinguible: El hombre es celestial y terrenal. Por la buena ciencia del alma racional, es celestial; y por la mala, es frágil y oscuro. Y cuanto más se conoce a sí mismo en lo bueno, tanto más ama a Dios. Pues si ve su rostro sucio y cubierto de polvo en el espejo, se esfuerza en limpiarlo y frotarlo. De igual manera, si reconoce que ha pecado y que está enredado en la variedad de vanidades, se lamenta, porque sabe que está manchado en la buena ciencia, y con el salmista se lamenta diciendo: Hija de Babilonia miserable. Esto es, la concupiscencia humana está confusa por la espuma de la serpiente. También es pobre y necesitada, porque en la ciencia especulativa carece de honor, es decir, no desea la gloria de la vida eterna que gusta por la buena ciencia buscando a Dios. Sin embargo, bienaventurado es aquel que sostiene lo que vive de Dios y cuya ciencia le enseña que Dios lo creó y redimió, y que, por esta liberación por la cual Dios lo liberó, destruye toda mala costumbre de sus pecados y arroja toda miseria y pobreza que tiene en las riquezas celestiales sobre aquella roca que es el fundamento de la bienaventuranza. Pues cuando el hombre sabe que tiene una putrefacción sucia y no puede abstenerse del gusto del pecado, ¡aves

negrísimas lo ensucian por completo! Pero entonces confía en Dios a través del alma racional, a quien ni ve ni conoce, creyendo en Él. Y aunque el hombre sabe que es así y que vive en una vida infinita, no puede evitar pecar frecuentemente. ¡Y por eso, cuán maravillosa y lamentable es la voz que dice que Dios a veces hace de estos vasos de barro estrellas de sus milagros, cuando sin embargo no pueden abandonar el pecado, sino solo lo que por la gracia de Dios se les prohíbe!

Pues Pedro no estaba seguro, aunque prometió ardientemente que nunca negaría al Hijo de Dios, ni muchos otros santos que cayeron en pecados, pero que después se hicieron más útiles y perfectos de lo que hubieran sido si no hubieran caído. Oh siervo fiel, yo, una pobre mujer, te digo de nuevo estas palabras en la verdadera visión. Si Dios quisiera elevar mi cuerpo como lo ha hecho con mi alma en esta visión, el miedo no se apartaría de mi mente y corazón, porque sé que soy un ser humano, aunque haya estado recluida desde mi infancia. Sin embargo, muchos sabios han sido tan llenos de milagros que han revelado muchos secretos, pero por la vanagloria, se los atribuyeron a sí mismos, y por eso cayeron. Pero aquellos que en la ascensión del alma adquirieron la sabiduría de Dios y se consideraban a sí mismos como nada, esos se convirtieron en columnas del cielo, como le ocurrió a Pablo, quien, predicando, adelantó a los demás discípulos, y sin embargo, se consideraba a sí mismo como nada. Juan, el evangelista, también estaba lleno de una humildad tan suave, que por eso extraía mucho de la divinidad. Y, ¿cómo sería esto si yo, una pobre mujer, no me reconociera a mí misma? Dios obra donde quiere para la gloria de su nombre y no del hombre terrenal. Yo, en verdad, siempre tengo un temor tembloroso, porque no conozco en mí ninguna seguridad de ninguna capacidad, sino que extiendo mis manos a Dios, para que Él me sostenga como una pluma que carece de cualquier peso y que vuela por el viento. Y no puedo comprender perfectamente lo que veo mientras estoy en el

cuerpo, ni tampoco con el alma invisible, porque en estos dos el hombre está defectuoso.

Desde mi infancia, cuando mis huesos, nervios y venas aún no estaban fortalecidos, siempre he visto esta visión en mi alma hasta el presente, cuando ya tengo más de setenta años. Y mi alma, según la voluntad de Dios, en esta visión se eleva hacia la altura del firmamento y se expande entre los diversos aires, y se extiende entre diferentes pueblos, aunque estén en regiones y lugares lejanos de mí. Y porque veo estas cosas de esta manera en mi alma, también las veo según la sucesión de nubes y otras criaturas. Pero no veo estas cosas con mis ojos exteriores, ni las escucho con mis oídos exteriores, ni las percibo con los pensamientos de mi corazón ni por la interacción de mis cinco sentidos, sino solo en mi alma, con los ojos exteriores abiertos, de modo que nunca he caído en un éxtasis en ellos, sino que los veo vigilante día y noche. Y estoy constantemente afligida por enfermedades, y muchas veces tan implicada en graves dolores que me amenazan con llevarme a la muerte, ¡pero Dios hasta ahora me ha sostenido!

Por lo tanto, la luz que veo no es local, sino que es mucho más luminosa, y mucho más luminosa que la nube que porta el sol. No puedo comprender ni la altura, ni la longitud, ni la anchura en ella, y esa luz se me llama la sombra de la luz viviente. Y así como el sol, la luna y las estrellas aparecen en las aguas, así en esa luz resplandecen para mí las Escrituras, las palabras, las virtudes y algunas obras de los hombres que han sido formadas. Todo lo que veo o aprendo en esta visión, lo tengo en mi memoria por mucho tiempo, de modo que a veces recuerdo lo que he visto y oído, y al mismo tiempo veo, oigo, sé y aprendo en un momento lo que sé. Pero lo que no veo, no lo sé, porque soy inculta, sino que solo fui instruida para leer las letras en su simplicidad. Y lo que escribo, lo veo y oigo en la visión, y no pongo otras palabras que aquellas que oigo, y las expreso en palabras latinas no refinadas tal como las oigo

en la visión, porque no soy enseñada para escribir en esta visión, como escriben los filósofos, y las palabras en esta visión no son como las palabras que suenan de la boca del hombre, sino como una llama resplandeciente y como una nube moviéndose en un aire puro. Y de ninguna manera puedo comprender la forma de esta luz, así como no puedo mirar fijamente la esfera del sol. En esa misma luz veo otra luz que se me llama luz viviente, que a veces y no frecuentemente veo, y cuándo y cómo la veo no puedo expresarlo. Y mientras la veo, toda tristeza y angustia son apartadas de mí, de modo que entonces tengo las costumbres de una simple doncella y no de una anciana. Pero debido a la constante enfermedad que sufro, a veces me canso de pronunciar las palabras y visiones que se me muestran allí. Sin embargo, cuando mi alma las ve al gustarlas, me transformo en otras costumbres, de modo que, como he dicho, olvido todo dolor y tribulación. Y lo que entonces veo y oigo en esa misma visión, mi alma lo extrae como de una fuente, pero la fuente, sin embargo, permanece plena e inagotable. Mi alma, sin embargo, no carece en ningún momento de la mencionada luz que se llama la sombra de la luz viviente, y veo esa luz como si contemplara el firmamento en una nube luminosa, sin estrellas, y en ella veo lo que frecuentemente hablo y lo que respondo a los que preguntan sobre el resplandor de la mencionada luz viviente. En dos maneras, a saber, en cuerpo y alma, no me conozco a mí misma y me considero casi como nada, y me dirijo al Dios viviente, y todo esto se lo dejo a Él, para que Él, que no tiene fin ni principio, me preserve del mal en todas estas cosas.

Por lo tanto, tú que buscas estas palabras, con todos aquellos que desean escucharlas con fe, ora por mí para que permanezca en el servicio de Dios. Y tú también, oh hijo de Dios, que lo buscas con fe y que le pides que te salve, observa el águila que vuela hacia la nube con sus dos alas, pero que, si una se lesiona, se posa en la tierra y no puede elevarse aunque quisiera volar. Así también el hombre, con las

dos alas de la racionalidad, es decir, con la ciencia del bien y del mal, vuela, de modo que el ala derecha es la ciencia del bien, y la izquierda es la ciencia del mal, y el mal sirve al bien, y el bien se fortalece y gobierna a través del mal, y en todo se vuelve sabio a través de ella.

Oh querido hijo de Dios, que Dios eleve las alas de tu ciencia hacia los caminos correctos, de modo que, si tocas el pecado al probarlo, porque naciste de tal manera que no puedes estar sin pecado, al menos no lo consumas al actuar. Y entonces volarás bien, pues la armonía celestial canta a Dios sobre el hombre que actúa de esta manera, alabándolo porque el hombre hecho de ceniza ama tanto a Dios que por Él se desprecia a sí mismo por completo.

Así, oh noble guerrero, compórtate en esta lucha para que puedas estar en la armonía celestial, y para que Dios te diga: Tú eres uno de los hijos de Israel, porque a través de los ojos de la red y por el estudio del deseo celestial miras hacia la montaña excelsa. Y que todos los que están mencionados en tus letras enviadas a mí sean guiados por el Espíritu Santo, para que sus nombres sean escritos en el libro de la vida.

Epístola 241: R241: Wibert von Gembloux a Hildegard von Rupertsberg

Nuevamente Wibert, monje, a Hildegarda.

A la madre santísima Hildegarda, Wibert. El gozo que por la visión y conversación contigo, que se me concedió por gracia divina cuando me dirigí hacia ti con nuestro abad en el tiempo de Cuaresma, se me ha sido arrebatado temporalmente, como creo, por la envidia del diablo. Pues, cuando habíamos llegado hasta Colonia, Satanás impidió nuestro viaje, y las iniquas sugerencias de sus parientes carnales perturbaron el propósito del abad de dirigirse hacia ti, por lo que decidimos no proseguir más. Sin embargo, espero que lo que me ha sido arrebatado, lo cual lamento profundamente, me sea restituido por la gracia divina en un momento más oportuno, cuando todos los impedimentos sean removidos.

Mientras tanto, deseo fervientemente saber qué ha sido de aquellas preguntas que los hermanos de Villers te enviaron para que las resolvieras a través de mí, y que, al ser yo devuelto de mi camino, confié para su entrega a mi querido Balduino. Anhelo saber si han llegado hasta ti o no. Si han llegado, todos los amigos nuestros, en espíritu, postrados a tus pies, te suplicamos que, al entrar confiadamente en el mar de sus respuestas, no temas confiar las velas al viento del Espíritu Santo, con tan buen guía, seguro de que sin dificultad te llevarán pronto al puerto tranquilo.

Además, te ruego que junto con las cartas mencionadas de los hermanos de Villers, añadas nuestras respuestas a ellas, para que, al compararlas, se hagan más claras y luminosas unas a otras.

Epístola 242: Hildegard von Rupertsberg a Wibert von Gembloux

Respuesta de Hildegard.

La caridad, que junto con la abstinencia de los pecados instruye la fe, y edifica la castidad con paciencia, es como una columna que sostiene las cuatro partes de la casa. Esa misma caridad había plantado un jardín muy glorioso con los más preciosos aromas y las flores más nobles, rosas y lirios, que exhalaban un olor suavísimo, en el cual el verdadero Salomón solía deleitar sus ojos. Este jardín representa las virtudes santas que Dios, quien es la verdadera caridad, obró en la vara de Jesé, es decir, en María, quien floreció en castidad y produjo la flor más noble. De esa flor se escuchó la voz de la tórtola, que llamó a la naturaleza virginal, simbolizada por el lirio, que emite flores blancas en su tallo con la fragancia de un gratísimo aroma, así como la virginidad es honrada en el mundo por el dulcísimo aroma de la buena intención.

Los ermitaños y los monjes, que por amor a Cristo renunciaron al mundo, deben vivir sin la compañía de la pompa secular, así como la virgen, después de su voto, vive sin recordar al hombre, porque las vírgenes y los monjes son lo mismo que los ángeles en los órdenes celestiales. Así como los ángeles no desean otra cosa que contemplar el rostro de Dios, de la misma manera ellos, habiendo desechado todas las pompas seculares, siguen al Cordero de Dios, es decir, a Cristo, llevando su cruz, y producen en ellos flores resplandecientes de la pasión del Señor debido al verdadero desprecio del mundo.

Ahora, oh hijo de Dios, situado en el valle de la verdadera humildad, camina en buena paz sin la arrogancia, que se asemeja a una montaña abrupta y difícil, y ofrece un ascenso o descenso difícil y casi imposible a aquellos que en ella se apoyan. Y en cuya cima no se puede construir ningún edificio. Pues el hombre que intenta

ascender más alto de lo que puede alcanzar, posee el nombre de santidad sin seguridad, porque se gloría solo en el nombre, sin la edificación de buenas obras y con una cierta vana alegría de la mente. Contempla, pues, el gloriosísimo jardín que la caridad plantó, y recoge cada virtud en la verdadera humildad y simplicidad de corazón para ti, y aunque estés entre varias mentes humanas, aprende cuán longánimemente y pacientemente nos tolera la divina bondad a todos.

Huye también de la inconstancia del siervo perezoso, que hoy sirve a un amo y mañana a otro, y cíñete con la espada de la palabra de Dios, siguiendo el ejemplo de los más valientes guerreros, que custodian el lecho del verdadero Salomón. Además, encomienda repetidamente a Dios Todopoderoso la sinceridad de tu mente con ojos vigilantes, para que no comiences a dormir en la duda, y sé un soldado valiente y amado del verdadero Salomón, a quien Él ama y corona por la victoria de la lucha diaria. Que el Espíritu Santo te encienda con el fuego de su amor, para que persevere incesantemente en el amor de su servicio, de modo que merezcas ser un día una piedra viva de la Jerusalén celestial.

Pregunta.

¿Cómo debe entenderse lo que se lee: "Aquel que vive eternamente creó todas las cosas al mismo tiempo", cuando se dice que Dios distribuyó sus obras en seis días?

Respuesta.

Dios omnipotente, que es vida sin principio ni fin, y que tuvo todas las cosas en su conocimiento eternamente, creó simultáneamente la materia de todas las cosas celestiales y terrenales, es decir, la materia luminosa del cielo y la materia turbulenta de la tierra. Esta materia luminosa fulguraba desde la claridad que es la eternidad, como una luz densa, que también iluminaba sobre la materia turbulenta, de

modo que estaban unidas, y estas dos materias fueron creadas al mismo tiempo y aparecieron como un solo círculo.

En el primer "hágase", los ángeles procedieron de la mencionada materia luminosa con su morada, porque Dios, que es Dios y hombre, creó a los ángeles ante su rostro, y formó al hombre, que debía ser vestido con una túnica, a su imagen y semejanza. Así también, por el mandato del Dios omnipotente, cuando dijo "hágase", cada criatura apareció de la materia turbulenta según la especie de su naturaleza. Los seis días representan seis obras, porque el inicio y la culminación de cada obra se denomina día. Después de la creación de la primera materia no hubo demora, sino que inmediatamente, como en un abrir y cerrar de ojos, el Espíritu del Señor se movía sobre las aguas. Tampoco hubo demora después, sino que Dios dijo de inmediato: "hágase la luz".

Pregunta.

¿Qué significa lo que está escrito: "Dios dividió las aguas que estaban sobre el firmamento de las que estaban debajo del firmamento"? ¿Se debe creer que existen aguas materiales sobre el firmamento?

Respuesta.

Dios dividió las aguas que estaban sobre el firmamento de las que estaban debajo del firmamento, para que así como las aguas inferiores están presentes en las estructuras terrenales, también las aguas superiores estén presentes en las estructuras superiores. En las aguas superiores no hay nada que crezca o disminuya, como en estas aguas inferiores en las que todo lo que vive, como el hombre, crece y disminuye. Pero esas aguas superiores permanecen en su estado original tal como Dios las estableció y fluyen en su círculo, y son materiales, aunque no como las aguas inferiores, ya que son mucho más sutiles y completamente invisibles a nuestra vista, y con su

humedad y el calor del fuego que está allí, solidifican el firmamento, así como el cuerpo subsiste por el alma para que no se disuelva.

Por otro lado, estas aguas inferiores, debajo del firmamento, son más gruesas, y son un espejo de los luminarios celestiales, es decir, del sol, la luna y las estrellas, que contienen innumerables animales de diversas especies que nacen y subsisten en ellas. Por eso, las funciones de las aguas superiores e inferiores son totalmente diferentes.

Pregunta.

¿Antes de que el primer hombre pecara, veía él a Dios con sus ojos corporales, o lo veremos nosotros con nuestros ojos corporales cuando, según el apóstol, recibamos cuerpos espirituales en la resurrección?

Respuesta.

En la resurrección, cuando el hombre reciba un cuerpo espiritual, y cuando ese mismo cuerpo esté unido inseparablemente al alma, contemplará sin fin el rostro resplandeciente de la santa divinidad junto con los ángeles. Adán, quien fue formado por Dios como un ser tan sabio y perfecto, que estaba lleno de ciencia y sabiduría por encima de todos los hombres, nunca vio a Dios en su divinidad tal como es, sino que vio con sus ojos exteriores una cierta claridad que procedía de su rostro, en la cual reconoció verdaderamente que Él era Dios. Pues, antes del pecado, cuando su alma aún dominaba su cuerpo, con sus ojos, que entonces eran espirituales por la inocencia, vio la mencionada claridad, lo cual no pudo hacer después, porque perdió esta visión inmediatamente después de pecar en el paraíso, cuando sus ojos, que antes conocían el precepto de Dios, se abrieron al deseo carnal en la transgresión del mandamiento.

Pregunta.

¿Qué tipo de lenguaje utilizó Dios y en qué forma apareció al primer hombre cuando le dio el mandamiento, y en qué forma apareció cuando caminaba en el paraíso después del pecado?

Respuesta.

Dios omnipotente habló a Adán con palabras angélicas, que él conoció y entendió bien. Pues por la sabiduría que había recibido de Dios y también por el espíritu de profecía, tenía en su conocimiento todas las lenguas que más tarde fueron inventadas por los hombres y conocía plenamente las naturalezas de todas las criaturas. El Señor también le apareció con una claridad inestimable, en la cual no había forma de ninguna criatura, y nuevamente, después del pecado, apareció caminando en el paraíso en una llama de fuego.

Pregunta.

¿Qué significa esto que el Señor dijo: "He aquí, Adán se ha hecho como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal"?

Respuesta.

Esto significa que Adán, por el conocimiento del bien y del mal, tenía algo en común con nosotros, pero en el conocimiento del bien abandonó lo bueno, y en el conocimiento del mal, con el gusto del árbol prohibido, eligió el mal. Y nuevamente, Adán fue alienado de nosotros porque despreció el bien que antes conocía por experiencia, y por el consejo de la serpiente, consintió y perfeccionó el mal que antes desconocía a través del gusto de la deleitación. Y nuevamente dijo: "Mirad, no sea que tome del árbol de la vida y viva para siempre". Dios dijo esto porque, en su gran misericordia, se conmovió por su obra, es decir, por el hombre que había pecado, para que no viviera miserablemente para siempre, habiendo sido cambiado de la gloria. Y de este modo, como un padre atrae misericordiosamente a su hijo que quiere apartarse de él, así también Dios atrajo al hombre, a quien había destinado como vestidura de su

Verbo, porque lo amaba mucho. Por esta razón, creó toda criatura para su servicio, y lo destinó al lugar del cual aquel resplandeciente, como un cadáver, había caído a la muerte.

Pregunta.

¿Qué tipo de ojos se les abrieron a los primeros padres cuando antes del pecado ambos veían? ¿De dónde se dice: "La mujer vio el árbol", etc.?

Respuesta.

Los primeros padres, antes del pecado original, tenían ojos espirituales, pues el alma dominaba al cuerpo por la inocencia, pero después del pecado, al ser privados de la visión espiritual de esos mismos ojos y al ser convertidos en mortales por la condición del pecado, se les abrieron los ojos carnales, de modo que por el conocimiento del mal, viendo y reconociendo las obras de los pecados, bajo la sugerencia del diablo, actuaban según los deseos de la carne. Así también olvidaron toda la gloria que antes tenían, de tal manera que apenas recordaban algo de ella, como un hombre que ve algo desde lejos apenas puede distinguir qué es, y como también pasa una sombra que se ve en un espejo.

Pregunta.

¿Qué significa lo que el Señor dice a Noé y a sus hijos: "Requeriré la sangre de vuestras almas de la mano de todas las bestias", y poco después: "El que derrame sangre humana, por el hombre será derramada su sangre"?

Respuesta.

Dios, en el último día, en la resurrección, cuando el hombre esté revestido de su cuerpo, requerirá la sangre de las almas de Noé y sus hijos, es decir, la naturaleza móvil de todas las bestias, ya que Él no quiere que el alma sea revestida con otro cuerpo o sangre que no sea

el que ella misma calentó y que fue su sede. Pues, en su poderosa presciencia, con la cual formó al hombre del barro de la tierra, el aliento de vida, que es el alma, con carne y sangre, lo prescibió, y en esa misma presciencia también lo requerirá resucitado. También requerirá la sangre de las almas de la mano del hombre, es decir, aquel que, oprimiendo a su prójimo, hace que su alma salga, por la maceración de su carne y sangre en penitencia, con el llanto de una voz de lamento, debe clamar siempre a Dios, su Creador, porque obligó a salir de esta vida al alma que Él había creado con heridas de muerte.

El que derrame sangre humana, considerándolo como algo vano, sin el esfuerzo del sudor emitido, sobre él recaerá el juicio de Dios, ya sea por la espada, la pobreza, o la pérdida de sus riquezas. Y si no sobre él, que se hizo culpable de sangre, caerá sobre sus hijos y nietos.

Pregunta:

¿Qué tipo de cuerpos tenían los ángeles que aparecieron a Abraham, a quienes él les ofreció sémola, un becerro, mantequilla y leche, y comieron?

Respuesta:

Los tres ángeles que aparecieron a Abraham mientras él estaba sentado a la entrada de su tienda, se manifestaron en forma humana, ya que de ninguna manera pueden ser vistos por el hombre en su estado natural. Un espíritu inmutable no puede ser visto por un hombre mutable, y esto se debe a la desobediencia de Adán, quien fue privado de los ojos espirituales en el paraíso, transmitiendo su ceguera a toda la humanidad. Toda criatura que es hombre tiene su sombra, que significa que el hombre debe ser renovado para la vida eterna. Y así como la sombra del hombre muestra su imagen, también los ángeles, que por naturaleza son invisibles a los hombres,

se hacen visibles a ellos en forma humana al tomar cuerpos del aire, apareciendo a aquellos a quienes son enviados, adaptándose en cierta medida a sus costumbres, no hablando con palabras angélicas, sino con palabras que ellos pueden entender. Y aunque parecen comer como hombres, su comida desaparece como el rocío que, al caer sobre la hierba, se disuelve instantáneamente con el calor del sol. Sin embargo, los espíritus malignos usan la forma de cualquier criatura para engañar a los hombres, observando la naturaleza de esa criatura que se asemeja al vicio con el cual pueden vencer al hombre que atacan, tal como el tentador sedujo a Eva a través de la serpiente.

Pregunta:

¿Por qué Abraham e Isaac ordenaron, el primero a su siervo y el segundo a su hijo, que al jurar pusieran sus manos bajo sus muslos?

Respuesta:

Abraham, quien, por mandato del Señor, dejó su patria y su parentela, avanzó hacia la batalla contra los vicios como un glorioso abanderado, a través de la herida en su carne, que fue el signo de la fe. Él portaba el estandarte de la santidad por encima de los demás gracias a la gracia del Espíritu Santo, y por la fe en sus obras obtuvo el privilegio de la más alta santidad. Por lo tanto, en el juramento bajo el muslo, prefiguró la santa humanidad de Cristo, quien, según el antiguo consejo del Dios omnipotente, descendería de su linaje. Por su humanidad, destruyó el consejo de la antigua serpiente, liberando al hombre.

Pregunta:

¿Por qué los santos patriarcas deseaban tanto ser enterrados en la cueva doble que Abraham compró a los hijos de Het?

Respuesta:

La cueva doble que Abraham compró para su sepultura con un precio simboliza la ley antigua y la nueva, porque así como el alma estaba oculta en el cuerpo, la nueva ley estaba oculta en la antigua. En estas dos leyes, la muerte, que entró al mundo a través de la mujer, fue sepultada. Los santos patriarcas deseaban ser enterrados en esa misma cueva porque, tocados por el espíritu de profecía, reconocieron el sacramento de la nueva ley en la antigua, como también el sacramento del Hijo de Dios estaba oculto en la vara de Aarón que floreció, porque reconocieron al Creador en la criatura, así como Cristo fue prefigurado en el sacrificio de corderos y carneros.

Pregunta:

¿Era un fuego real el que apareció a Moisés en la zarza y no la consumió, o el que brilló en el monte Sinaí, o el que descendió sobre los discípulos en forma de lenguas en el día de Pentecostés, o el que apareció sobre la cabeza del beato Martín mientras celebraba los sacramentos?

Respuesta:

El fuego que Moisés vio en medio de la zarza ardiente y no consumida debe creerse que era el Espíritu Santo. Las chispas que saltaban representaban los diversos dones de virtudes. La variada aparición de este fuego no descendió de la fulguración de los elementos superiores, sino del fuego que es vida, y que no quema ni disipa lo que está unido a él, sino que lo vivifica y fortalece.

Pregunta:

¿Qué significa lo que se dice en el libro de los Reyes acerca del arca, que en el arca no había más que las tablas del testimonio, y lo que se lee en la epístola a los Hebreos, que detrás del velo había otro tabernáculo llamado el Santo de los Santos, que tenía un incensario de oro y el arca del testamento recubierta de oro por todas partes, en

la que había una urna con maná y la vara de Aarón que había florecido y las tablas del testimonio?

Respuesta:

Quien dijo que no había más que las tablas del testimonio en el arca, que era tenida en gran veneración por el pueblo israelita, no conocía que había algo más en ella, ni tampoco deseaba saberlo. Pero Pablo, quien por la profunda sabiduría de su espíritu, revelada por la gracia divina, sabía más que los demás, enseñó con mayor plenitud qué más se guardaba en secreto en el arca.

Pregunta:

¿Es de creer que Samuel realmente resucitó por la invocación de la pitonisa

Respuesta:

Saúl, que fue reprobado y abandonado por Dios debido a sus pecados, deseaba saber el resultado de la batalla futura a través de la pitonisa, por lo que mandó que Samuel fuera convocado de entre los muertos para que le dijera lo que buscaba. Pero esto de ninguna manera pudo suceder, porque sería imposible que un hombre santo y justo mintiera después de la muerte, ya que ninguna alma, sea fiel o infiel, separada del cuerpo, puede mentir. Las almas de Samuel y de Saúl no pueden tener la misma morada, porque Samuel fue un amigo fiel de Dios, mientras que Saúl fue un rebelde transgresor de sus mandamientos. El diablo no puede engañar a un hombre a través del alma de otro hombre, sino que lo engaña a través de la fantasía y la forma de alguna criatura. Saúl perdió tanto su reino como su vida porque se apartó de Dios, así como Adán fue despojado de la gloria del paraíso y se convirtió en hijo de la muerte por su transgresión. Por eso, lo que buscaba no lo pudo obtener de Dios.

Pregunta:

¿Qué significa lo que Pablo dice: "Si hablo en lenguas humanas y angélicas"? ¿Qué son las lenguas de los ángeles?

Respuesta:

Los ángeles, que son espíritus, no hablan con palabras racionales a menos que sea por causa del hombre, ya que sus lenguas son la alabanza resonante. Pues el hombre, que conoce todo lo que suena a través del sonido de sus palabras, muestra la alegría de su corazón con el sonido de la voz que levanta con el aliento del alma.

Pregunta:

¿Qué es la longitud, la anchura, la altura y la profundidad que los efesios deben comprender con todos los santos?

Respuesta:

Por esa longitud se entiende la esencia divina, que es sin fin y sin principio, porque no puede ser comprendida en ninguna ascensión de conocimiento. Por la anchura se significa el poder infinito de Dios, que no tiene origen y que no aumenta ni disminuye al crecer o menguar. Por la altura se debe entender la claridad de la santa divinidad, que nunca comenzó a brillar y cuyo resplandor nunca desaparecerá. Por la profundidad se designa que Dios, con estas tres fuerzas mencionadas, lucha contra el abismo del norte, que está bajo su poder y que no puede resistirle. En su claridad están comprendidos todos los santos que lo amaron y perseveraron con fe y obras en el buen servicio.

Pregunta:

¿Qué significa lo que dice el apóstol: "En Él nos movemos, vivimos y existimos"?

Respuesta:

En Él nos movemos con los elementos, de los cuales hacemos uso y buscamos todo lo que necesitamos para nuestro uso. En Él también vivimos, iluminados y vivificados por el aliento de vida, por el cual lo reconocemos como nuestro Dios y Creador. En Él también existimos, porque en el alma nunca tendremos un fin en la vida, cualesquiera que sean sus méritos, por la cual, con toda nuestra sensibilidad, volamos y nos movemos en los elementos y con ellos, como el viento.

Pregunta:

¿Qué significa lo que Pablo dice: "Noche y día estuve en el abismo del mar"?

Respuesta:

Pablo dijo estas palabras en su tristeza, refiriéndose a sus sufrimientos, mostrando que, por el permiso de Dios, estuvo en tribulaciones y trabajos, como si estuviera en peligros de tempestades y olas del mar que nunca cesan de inundar. Dios también quiso que fuera fatigado por las tinieblas del engaño del diablo y que fuera probado con grandes inquietudes y enfermedades, todo lo cual, fortalecido por Dios, soportó fiel y pacientemente.

Pregunta:

¿Qué significa lo que Pablo dice: "Soy el menor de los apóstoles, aunque he trabajado más que todos"?

Respuesta:

Pablo se llama a sí mismo el menor porque, aunque Cristo apareció en forma humana sin pecado, él no estaba como los otros discípulos. Y también porque fue obligado, por el Hijo de Dios, a aceptar la fe, la cual nunca deseó aprender ni conocer, en una visión espiritual en la que su alma estaba ni completamente en el cuerpo ni completamente fuera de él.

Pregunta:

¿Qué significa lo que dice Pablo: "Todo pecado que el hombre comete es fuera del cuerpo, pero el que fornica peca contra su propio cuerpo"?

Respuesta:

Todo pecado que el hombre comete, llevado por su deseo y conocimiento, lo hace influenciado por el diablo, quien siembra discordia entre los hombres, incitándolos al odio y la ira, y por eso ese pecado es fuera del cuerpo. Pero quien, movido por el calor de su carne y el deseo incestuoso, se excita y se hiere a sí mismo por la fornicación hasta agotarse, ese peca contra su propio cuerpo.

Pregunta:

Desde el día de la resurrección hasta el día de la ascensión, cuando el Señor no estaba entre sus discípulos, ¿dónde se cree que estaba?

Respuesta:

Dios, quien visiblemente permaneció entre nosotros a través de su humanidad, llenó toda la tierra con sus milagros. Después de su resurrección, durante esos cuarenta días, con la misma humanidad que había tomado de María Virgen por el Espíritu Santo, purificó todos los elementos que habían contraído impureza por la transgresión del primer hombre. Las almas de los santos y los salvados, que había redimido del infierno acompañadas por una multitud de ángeles con el victorioso estandarte de su poder, permanecían con Él en el aire, donde santificó todas las cosas.

Pregunta:

¿Qué significa lo que está escrito acerca del Señor: "Y los ángeles se acercaron y le servían"? ¿En qué lo sirvieron o qué servicio le prestaron?

Respuesta:

Cuando el diablo se dio cuenta de que estaba tan separado de Cristo que no podía tocarlo con ninguna sugerencia, lo dejó y huyó de Él como un hombre huye de su enemigo por temor a ser asesinado. Y entonces los ángeles cantaron alabanzas a la santísima divinidad en alabanza de los milagros, porque la humanidad, que había sido vencida en el paraíso por los primeros padres, había vencido victoriosamente todas las tentaciones del diablo en Cristo hombre. Y así, ellos le servían en alabanzas a Él, a quien sabían que era Dios y hombre.

Pregunta:

Cuando las nuevas almas, creadas recientemente de la nada, son formadas en los cuerpos de los niños por la providencia del Creador en los vientres de las madres, ¿cómo es que contraen la mancha del pecado original y con qué justicia son castigadas?

Respuesta:

Así como un recipiente de barro, que ha sido contaminado con veneno, infecta todo lo que se coloca en él con el peligro de impureza, de la misma manera toda la carne humana está manchada e infectada a través de la carne del primer hombre, a menos que sea purificada por la carne pura del Hijo de Dios, que tomó de la Virgen María, a través del bautismo y la penitencia. El alma, formada por Dios en el vientre de la madre para recibir el aliento de vida, contrae para sí misma la mancha del pecado a través del consejo de la serpiente, por el cual el primer hombre fue engañado, y por el cual es castigada. Esta mancha es lavada por el antiguo consejo de la santa divinidad en el Hijo de Dios mediante la fe y el bautismo. Aquellos que, sin fe y sin bautismo, satisfacen todos los deseos carnales con gran empeño, y no se arrepienten de ello, permanecerán

en la perdición junto con aquellos que no han sido redimidos por Cristo.

Pregunta:

Cuando el Señor en el Evangelio dice de sí mismo: "Yo procedo de Dios y vengo", y del Espíritu Santo dice: "El Espíritu que procede del Padre", ¿cuál es la diferencia entre la procesión del Hijo y la procesión del Espíritu Santo? ¿Por qué se llama Hijo al primero, lo cual no se debe ni se puede decir correctamente del Espíritu Santo? ¿Cuál es la distinción entre la generación del Hijo y la procesión del Espíritu Santo, siendo que ambos proceden del Padre?

Respuesta:

Mi Padre es el poder, y yo soy la palabra que procede de Él, cuando todas las criaturas fueron creadas por mí. Y el Espíritu Santo procede de Él, es decir, de mi Padre, cuando yo descendí al vientre de la Virgen, cuya carne no fue herida por el engaño de la serpiente, y asumí la humanidad concebida por el Espíritu Santo en ella. Pues el Espíritu Santo, fuego que es vida ardiente, verdadera iluminación y vida eterna e igual, y por quien todas las formas que fueron creadas por el Hijo de Dios son movidas invisiblemente, procedió del Padre hacia la Virgen, que es una criatura. Y con su fuego, encendió su vientre de tal manera que ella, impregnada por Él, concibió al Verbo de Dios, por el cual todas las criaturas fueron hechas, sin un padre carnal. Así como la forma del hombre es visible, pero su alma no puede ser vista con ojos carnales, y sin embargo es un solo hombre en dos naturalezas, así el Hijo de Dios, quien fue concebido en el vientre de la Virgen por el Espíritu Santo y se hizo hombre, era visible en su humanidad para toda carne, y en su divinidad es invisible, y en ambas naturalezas, tanto la humanidad como la divinidad, es un solo Dios.

Pregunta:

¿Qué significa lo que Pablo dice: que fue arrebatado al paraíso y hasta el tercer cielo, sin saber si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo? ¿Salió su alma del cuerpo cuando fue arrebatado a esos lugares, o permaneció en el cuerpo y lo vivificó hasta llegar allí?

Respuesta:

Pablo, en un éxtasis, voló por su alma racional hacia donde Cristo lo llamaba, como un hombre que, al dormir, recorre muchos lugares en sueños. Sin embargo, su sangre en su carne permaneció caliente para que, por el frío, no se coagulara y se secara, de la misma manera que el sol, que está en lo alto, ilumina y arde con su resplandor desde lejos. Él penetró en los milagros del firmamento tal como Dios lo había constituido, y fue arrebatado hasta el tercer cielo, es decir, hasta aquella claridad que emana de la claridad que es la santa divinidad, y en la cual descansan las almas bienaventuradas. Y allí recibió de Dios tal fortaleza que ya no pudo dudar más. Pero no llegó hasta donde arde la santa divinidad, donde están los ángeles que son como el resplandor del sol, y donde también están otros ángeles que aparecen como el resplandor del fuego, que contemplan la inmutable divinidad, que es sin principio ni fin, así como el águila no podría soportar el fuego superior. También llegó al paraíso en el resplandor de los ángeles que realizan sus funciones entre los hombres, donde conoció plenamente todos los secretos que su alma vio, y los sintió en su cuerpo, de modo que supo en su conocimiento que eran inalcanzables para el hombre, que es polvo. Y por eso, es más sabio que todos los profetas, cuya profecía, que veían en la sombra, era similar a la miel de las abejas, que se multiplica para muchos usos. Porque todo lo que su alma vio, lo sintió con su cuerpo, de modo que quedó en duda si lo vio en el cuerpo o fuera del cuerpo. Y por eso, todas sus palabras son profundas, agudas y similares a una llama. Pero Dios, tan pronto como el alma volvió a su cuerpo, lo controló mucho, pues tenía costumbres feroces, para

que no aprendiera en su propia propiedad cosas que no pertenecieran a la altura del Espíritu Santo.

Pregunta:

¿Qué tienen en común la gracia de Dios y el libre albedrío, y qué tienen de propio?

Respuesta:

El libre albedrío está en el alma, que es el aliento de Dios, y que Dios crea conforme a la forma de su obra, y por la cual el hombre siente que tiene a Dios, sea fiel o infiel, en cualquier profesión u opinión que esté. Elige el mal en su conocimiento, inclinándose hacia él, como hizo Adán, quien conoció el mandamiento de Dios y, por el consejo de la serpiente, se inclinó hacia el mal. La gracia de Dios y el libre albedrío tienen en común que el hombre, en el conocimiento del bien y del mal, puede elegir ambos para actuar, y que, por la propiedad del libre albedrío, lo que elige según el gusto y el deseo de la carne, que nunca puede dejar de lado, lo realiza con la ayuda del diablo. Y lo que elige según la voluntad del alma, lo realiza con la ayuda de la gracia del Espíritu Santo.

Pregunta:

¿Cómo se debe entender lo que se dice: "Has establecido todas las cosas con peso, medida y número"?

Respuesta:

Dios estableció todas las moradas de nuestros cuerpos en la medida correcta, de modo que ninguno de ellos exceda en peso o anchura a aquellos que habitan en ellos, así como el sol, la luna, el fuego, el aire, el agua y la tierra fueron establecidos en el firmamento con peso, número y medida iguales. Y también el hombre, que es toda criatura, está constituido en la medida correcta, porque todos sus miembros están tan llenos por el alma que, mientras el alma esté en

él, no puede secarse ni disminuir. Pero la soberbia, que vuela por encima de todas las cosas que Dios ha establecido y que desprecia a Dios, ni quiere conocerlo ni adorarlo, y que cae como exiliada de todas sus criaturas, es muerte y no tiene ninguna medida correcta, porque dispersa todo lo que Dios ha dispuesto y establecido con recta providencia y sabiduría.

Pregunta:

¿Cuál es y qué tipo de armonía es esa de los elementos, de la que se dice: "Los elementos, al moverse, cambian el sonido de su cualidad como en un órgano, y todos guardan su propio sonido"? ¿Está relacionado con esto lo que el Señor dice: "Y el concierto del cielo que hace dormir"?

Respuesta:

Del torrente del camino del éter superior, por el cual se mueve el firmamento, el sonido de los elementos es alegre y glorioso, así como la voz sinfónica del espíritu humano en su vida es dulce, porque cada elemento, según como fue constituido por Dios, tiene su sonido, que todos, como el sonido de las cuerdas de un arpa, suenan juntos en una unidad. Sin embargo, el concierto del cielo no está relacionado con la armonía de los elementos, que se alteran con el hombre, así como el sol, que está en el firmamento, ilumina este mundo y no el cielo supremo.

Pregunta:

¿Cómo se debe entender lo que se dice: "Una fuente subía de la tierra y regaba toda la superficie de la tierra"?

Respuesta:

Por mandato de Dios, una fuente subía en la tierra del Edén, la cual regaba todo el jardín con sus frutos sin que hubiese diversidad o cambio, tal como fue establecido originalmente por el Creador. Esta

tierra no experimenta la sucesión de estaciones, ni el invierno, ni otras inclemencias climáticas que ocurren en nuestra tierra, las cuales son semejantes a los cambiantes humores de los hombres. Así como la luna es eclipsada por el resplandor del sol, de la misma manera, en el esplendor de la claridad de esta tierra inmutable, el sol, la luna y las estrellas se oscurecen, ya que en esta tierra no hay nada mortal, ni puede recibir nada mortal. Si algo mortal entrara en ella, sería sofocado por su poder, como si fuera por el agua. La tierra, donde el ardor del sol es tan grande que las gotas de lluvia se evaporan como si fueran gotas de agua cayendo sobre un fuego intenso, es irrigada por el agua que fluye de la fuente que subía en el paraíso, la cual simboliza la estable ascensión de las virtudes santas, encendidas por el fuego del Espíritu Santo.

Pregunta:

Dado que se cree que Enoc y Elías fueron trasladados corporalmente al paraíso terrenal, ¿deben necesitar alimentos y vestiduras corporales en un lugar de tanta felicidad?

Respuesta:

Dios, en su providencia, dispuso que Enoc y Elías estuvieran en un lugar donde no necesitaran ni comida, ni bebida, ni siquiera vestiduras. Y así, cualquiera que sea arrebatado en los milagros de Dios, mientras permanezca en ellos, no necesita de estas cosas que son propias de los mortales.

Pregunta:

¿Qué significa lo que se dice de Jonatán, que cuando comió miel, sus ojos se iluminaron?

Respuesta:

Jonatán era semejante a una tierra fértil y productiva, que se puede arar fácilmente y que, incluso sin ser arada, a menudo produce

hierbas útiles. Esto se debe a que era dócil en sus costumbres y afirmaba con gusto juicios que eran verdaderos y justos, sin ira ni odio. Cualquiera que tenga tales costumbres tiene humores saludables y óptimos en su cerebro, venas y médula a través de todos los alimentos con los que se nutre, ya que en él, debido a la melancolía, no surgen la ira y la tristeza junto con la alternancia de diversos estados de ánimo, porque el don de Dios está con él y lo hace germinar y florecer, como el rocío lo hace sobre aquello en lo que cae. Sin embargo, quien se debilita por la melancolía es semejante a una tierra dura que apenas puede ser arada, porque en sus costumbres tiene ira, tristeza y contradicción de toda justicia, a menos que la naturaleza de su alma siempre le resista. Tampoco puede tener alegría en sus obras. Pero quien tiene las costumbres mencionadas anteriormente es benevolente en todas sus obras, y por los alimentos, su carne y sangre crecen, y él es fortalecido por ellos, así como Jonatán, cuyos ojos, antes turbios por la debilidad de su cuerpo, recuperaron la visión aguda cuando fue fortalecido por el gusto de la miel, que obtuvo más poder por el aire que la rodeaba que otra miel.

Pregunta:

Dado que de los corazones humanos frecuentemente surgen pensamientos malos, ¿cómo se puede saber cuáles provienen de la corrupción de nuestra maldad y cuáles son provocados por la influencia de los ángeles malos?

Respuesta:

Los pensamientos que están tan profundamente arraigados en los corazones de los hombres debido al pecado original, y que los mueven hacia la delectación en la carne, la sangre y las venas, son humanos. Pero los pensamientos aéreos, con los cuales los hombres desean tener en sus corazones y saber cosas imposibles de lograr, porque no pueden hacerse, son vanos, pues vuelan inútilmente por

todas partes como el aire. De estos pensamientos está escrito: "El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos". Esto se refiere al hombre que, volando por su racionalidad y conociendo lo que experimenta al ver y tocar, siempre busca aquellos secretos que pertenecen al alma y que no puede comprender debido a su sensibilidad corporal. Los malos pensamientos, que son infundidos en el hombre por la astucia diabólica, salen de su corazón y de su boca, y son alimento para el diablo, ya que a través de ellos, él devora las almas, como el hombre devora comida en su vientre, engañándolas para que contradigan a Dios y sus mandamientos con incredulidad, y así despojarse de ellas. Sin embargo, muchos, a través de obras santas y pura fe, permaneciendo con Dios, lo vencen fuertemente por la gracia de Dios.

Pregunta:

¿Pueden los ojos espirituales ver cosas corporales, y a la inversa, pueden los ojos corporales percibir alguna cosa espiritual?

Respuesta:

Los ojos espirituales son la sabiduría del alma racional, que no pueden ver las cosas corporales tal como son, de la misma manera que un ciego no puede ver con sus ojos exteriores, sino que solo puede entender y conocer a través del oído las cosas que se ven. Los ojos corporales tampoco tienen la capacidad de ver perfectamente las cosas espirituales, pero así como la forma de un hombre se ve en un espejo en el que no está, de la misma manera el hombre ve y conoce las cosas espirituales a través del oído de las palabras, en la fe. Ningún espíritu puede aparecer al hombre tal como es en su naturaleza, porque él es un soplo viviente de Dios, quien vivifica y fortalece su cuerpo, que es su vestidura, y no cesa de obrar con él. Y cuando lo deja, estará ya sea en la luz de la bienaventuranza o en las tinieblas del tormento.

Pregunta:

¿El fuego del infierno es corporal o incorpóreo? Y si, como muchos fieles sienten, es corporal, ¿se debe creer que proviene de la materia de los cuatro elementos?

Respuesta:

De ninguna manera, porque ese fuego no proviene de estos elementos, ni este fuego del infierno proviene de aquel. Es invisible. Las penas corporales y las penas espirituales no son iguales, así como el cuerpo no es similar al alma, ni el alma es igual al cuerpo. Porque por las penas corporales, el cuerpo se seca y muere, pero en el fuego espiritual del infierno, los espíritus y las almas son atormentados, y, sin embargo, no mueren en él. Tampoco el fuego del purgatorio, en el cual las almas que serán salvadas viven y son castigadas, es encendido por el fuego del infierno, sino que surge por el juicio de Dios según los pecados de los hombres, del cual muchos han quedado muy asombrados al estar en éxtasis.

Pregunta:

¿Saben los santos que están en el cielo y los impíos que están en el infierno lo que ocurre en la tierra?

Respuesta:

Los santos que están en la patria celestial saben todo lo que ocurre en la tierra, porque ya sea en el juicio de Dios o en las alabanzas sonoras de los ángeles, todo lo que se hace en la tierra aparece ante Dios. Los impíos, que nunca cesaron de pecar ni corrigieron sus faltas por la penitencia, conocen las cosas malas a través de la burla con la que ridiculizan a sus seguidores, y comprenden las cosas buenas a través de los lamentos que dirigen contra los bienaventurados que no los siguen.

Pregunta:

Las parábolas que se narran de diversas maneras en los evangelios, como la del hombre que cayó en manos de ladrones, la del rey que hizo bodas para su hijo, las de las diez vírgenes, y otras, ¿ocurrieron realmente según la verdad de los hechos, o solo se proponen como una semejanza para mostrar otra cosa?

Respuesta:

Cristo propuso sus parábolas a los hombres debido a los vicios espirituales por los que a menudo son engañados, y también por las virtudes con las que luchan victoriosamente contra esos vicios, para que a través de ellas comprendieran que Él los juzgaría por sus malas acciones y les otorgaría recompensas por las buenas.

Pregunta:

Dado que, según el alma, Abraham y Lázaro están en el refrigerio y el rico está en el infierno, ¿qué se debe entender por "el seno de Abraham", "el dedo de Lázaro" y "la lengua del rico"?

Respuesta:

El seno de Abraham representa la obediencia que mostró a Dios al ofrecer en sacrificio a su hijo y al cumplir la circuncisión, ya que la obediencia conserva y sustenta todos los bienes, así como el seno guarda todo lo que contiene. El dedo de Lázaro se entiende como el ministerio de la obediencia, que es la esencia de los mandamientos de Dios, ya que enseña todos los bienes, así como el hombre señala con su dedo lo que quiere mostrar. La lengua, por su parte, representa la propia voluntad, que expresa los banquetes de los deseos carnales, ya que, así como por el gusto de la lengua se disciernen todos los alimentos, también por ella se reconoce la voluntad del hombre.

Pregunta:

¿Qué significado especial tiene que, según se encuentra en los libros de Gregorio de Tours, San Martín se haya mostrado tantas veces en forma de fuego?

Respuesta:

Dios omnipotente, que es amor y fortaleza, había llenado el alma del beato Martín con la efusión ardiente del Espíritu Santo, y por eso, debido a los méritos de su humildad, piedad y misericordia, con los cuales siempre contempló al Dios viviente con un corazón contrito, se apareció tantas veces en forma de fuego.

Pregunta:

¿En qué cuerpo se apareció el beato Nicolás a los marineros vigilantes y a los que dormían, tanto al prefecto como a Constantino, si no lo hizo en su propio cuerpo? Y también Pedro y Pablo y otros santos, cuyos cuerpos están enterrados en la tierra, cuando se hacen visibles a los que duermen o vigilan, ¿en qué cuerpo o forma vienen?

Respuesta:

Si esta visión espiritual no se manifestara a los hombres, no entenderían qué es ni tampoco le creerían, ya que ellos son en dos naturalezas, cuerpo y espíritu. La forma de Dios, es decir, el hombre, cuya parte es mutable y otra es inmutable, no podría ver nunca al espíritu inmutable a menos que apareciera en una forma mutable, porque la forma mutable no puede vivificarse sino por el espíritu, de la misma manera que un cuerno suena por el soplo y no por sí mismo. En la buena intención que Dios manifestó en estos hombres santos, también correspondía la buena intención de estos hombres, tal como los hombres observan las señales del firmamento.

Epístola 243: R243: Monasterio von St. Michael in Siegburg a Hildegard von Rupertsberg

Hermanos en Siegburg a Hildegard

Hildegarda, señora y madre queridísima: Los hermanos unánimes de San Miguel en Siegburg, te saludan. Todo lo que los siervos deben a su señora o los hijos a su madre, lo hacemos contigo. Con el especial afecto de caridad, te hemos elegido como madre espiritual y hemos aceptado formar parte de tus oraciones. El conocedor de todos los secretos lo sabe, y de los frecuentes mensajes que te hemos enviado, tu cariño también ha podido notarlo.

Pero tú, por el contrario, nunca nos has mostrado afecto de madre. Las cartas de amonestación que, aunque fuera de mala gana, como madre deberías haber dirigido a tus hijos, ni siquiera a los que lo deseaban les has ofrecido. Sin embargo, como hemos comenzado a tocar la puerta de tu corazón, no dejaremos de hacerlo, para que, si no te levantas porque eres nuestra madre, al menos lo hagas por nuestra insistencia, y nos concedas lo que nos es necesario.

Te pedimos, pues, que nos reveles, instruida por una verdadera visión, algo sobre el estado de nuestro lugar, y que nos envíes palabras de amonestación y corrección. Estas son, queridísima madre, las cosas que deseamos especialmente de ti, suplicándote humildemente que tanto esto como cualquier otra cosa que sepas que nos es más necesaria, nos lo transcribas. Y así como nosotros te hemos aceptado, también tú nos aceptes en la comunión de tus oraciones.

Adiós.

Epístola 244: R244: Hildegard von Rupertsberg a Monasterio von St. Michael in Siegburg

A la congregación de Sigeberg, de Hildegard:

En una visión del espíritu, que frecuentemente tengo, he visto y comprendido esto:

Veo a esta congregación como una nube que aparece como la luz cuando el día se va y la noche se aproxima. Entre ustedes también veo a algunos que, con buena intención, brillan como estrellas; pero a otros los veo desfallecer en la oscuridad del cansancio. Por tanto, levántense y adopten la disciplina, no sea que el Señor se enoje y perezcan del camino justo.

También vi como una corona que tenía dos círculos, uno inferior y otro superior, llenos de ángeles por todas partes. Y en medio de esta corona, Miguel el Arcángel se erguía como una torre, de tal manera que esos dos círculos se adherían a él como dos paredes. En su pecho brillaba la figura del Hijo del Hombre, alrededor de la cual estaba escrito: "El Señor enviará desde Sión la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos." Él también, extendiendo su brazo derecho, sostenía un escudo en su mano derecha. Y junto a él apareció algo como una nube, como un humo dorado que ascendía del incensario, en la cual resplandecían los méritos de las oraciones y las santas obras de este pueblo.

Y lo escuché decir a este pueblo: "Mientras vea en ustedes el resplandor de la santidad, quiero luchar por ustedes contra los oscuros dardos que veré lanzarse por los impíos tiranos hacia las moradas de su lugar." Entonces comprendí que esta vara de poder era la vara de Aarón, que floreció en las ramas de las virtudes que Dios puso en el primer día en el ángel, quien por sí mismo se apartó de la felicidad. Pero Dios miró la vara de la herencia en el monte Sión, que floreció como la virtud de la grandeza en el hombre,

donde el Dios todopoderoso se levantó en la virginidad. Y esta flor salió de Sión, de donde también fluyen muchas aguas que emiten un suave viento, produciendo obras de santidad en las mentes de los hombres, de manera que reconozcan a Dios en todas las cosas.

Por lo tanto, en estos momentos el rostro de Dios resplandece cuando rechazan la sugestión del diablo, luchando contra él como en medio de su poder, con dos alas, amando a Dios más que a sí mismos, y haciendo obras santísimas. Y entonces se mantienen firmes como una columna de nube en medio de sus enemigos, mientras los golpean desde ambos lados, amando a Dios y haciendo obras santísimas, lo cual brilla como el sol en la gloria de los santos.

Pero el primer ángel quiso más superar a Dios y estar en su honor que amarlo o hacer buenas obras. Por lo tanto, el hombre honra la divinidad cuando se vence a sí mismo, donde en su posibilidad podría hacer el mal, cuando la virginidad permanece en la bandera del rey en él, y cuando otros, en el gusto del pecado, se alejan de la rueda de la iniquidad, dejando el mundo, lo cual todo está en la gloria de los santos, que la palabra de Dios produjo en la voluntad del Padre.

Y por eso se dice claramente a esta multitud en el Espíritu Santo: "¡La bendición del Señor sobre ustedes, en la gloria de los santos! Y todos los que los bendigan sean llenos de bendiciones, y aquellos que los maldigan, que la bendición se aleje de ellos."

Epístola 245: R245: Monasterio von Hirsau a Hildegard von Rupertsberg

El convento en Hirsau a Hildegarda.

A la señora Hildegarda, divinamente elegida para la edificación de la Iglesia:

El grupo de monjes pobres y pequeños en Hirsau pide que sean adornados con la piedad divina, para que los humildes de Cristo puedan saber que en la tribulación se consuelan. ¡Bendita sea la gloria del Señor que desde su trono excelso ha mirado con un orden maravilloso e inusual, mientras quiso que tanta luz de su gracia brillara en el mundo a través de ti! Por ello, todos los hijos de la Iglesia se regocijan, pero especialmente nosotros, quienes somos iluminados con una nueva luz de júbilo espiritual, pues en la tristeza que soportamos por la decadencia de nuestra orden, esperamos ser consolados divinamente por medio de ti.

Por tanto, considera brevemente cuáles son las cosas que nos causan la mayor preocupación y qué es lo que más atormenta nuestra mente. No criticamos en nada a nuestro abad, testigo Dios, aunque lamentamos que haya olvidado muchas veces la mansedumbre paternal hacia nosotros, siendo más indulgente de lo debido con algunos de sus familiares y utilizando su autoridad con demasiada moderación en todos los asuntos. De hecho, nos damos cuenta de que nuestra reputación ha sido gravemente dañada por las calumnias e infamias más grandes, especialmente debido a la lamentable discordia que surgió entre nosotros en el pasado y que recientemente se ha encendido también entre nuestro abad y el prior. Nos duele profundamente que nuestra religión sea considerada con el mayor desprecio por los laicos debido a esto.

Por lo tanto, estamos inseguros de qué hacer, y humildemente imploramos que tus oraciones nos permitan conocer la voluntad

divina sobre estos asuntos. Si por cartas de consolación merecemos ser informados a través de ti de lo que más agrada a Dios en estos asuntos, nos esforzaremos siempre en ofrecerte, con gratitud y como sabemos que será de gran valor para tu caridad, la recompensa de nuestras oraciones por este beneficio.

Epístola 246: R246: Hildegard von Rupertsberg a Monasterio von Hirsau

A la congregación de Hirsau, de Hildegarda:

La luz serena dice: Oh rebaño lamentoso y adornado con el signo de la ligadura de la obediencia, mantente firme en tus pensamientos y que tus deseos anhelen el amor de Dios. Por lo tanto, considera dónde está la prosperidad o la adversidad. Escucha la medida de los valles. Los valles a veces son verdes y florecen con el rocío del cielo y el calor del sol, y a veces se secan y languidecen con el cambio de las estaciones. Sin embargo, estos valles, que a veces pierden su belleza debido a la diversidad de las tempestades, no los olvido del todo, como si ya no fueran a resurgir en su hermosura.

De la misma manera, no olvidaré este lugar en el que te encuentras, porque la sabiduría no carecerá en él de la materia de la santidad, tal como comenzó primero en la rectitud. Tú, sin embargo, sé un rebaño luminoso en la victoria, aplastando los vicios que te sacuden en tiempos de inquietud, y no te avergüences de acusarte a ti mismo por tus malas acciones, porque Dios unge y limpia todas las heridas en la penitencia.

No obstante, el ojo viviente ha notado la causa pasada en ese dolor: que fuiste perturbado por la insolencia de tus superiores, porque la dulzura del ungüento de la madre, es decir, de la misericordia, fue retirada de algunas de tus ovejas que estaban en culpa y que no fueron juzgadas correctamente en la pena que recibieron en su penitencia. Una lluvia inadecuada seca la tierra; así también el hombre que peca, si no tiene a quien lo unja, inmediatamente huye a la desesperación y se seca, porque no se le proporciona medicina según lo que él puede soportar.

Ahora, queridos hijos, escuchad la voz de la luz viviente. Aprehended la misericordia que no nace de vosotros, sino que viene

de Dios, y por lo tanto no la apartéis de aquellos a quienes debe ser otorgada. Recogedlos entonces, para la salvación de sus almas.

Epístola 247: R247: Monasterio von Eberbach a Hildegard von Rupertsberg

El convento en Eberbach a Hildegardis:

A Hildegarda, a quien el Señor eligió como su sierva y confidente de muchos de sus secretos: el humilde grupo de hermanos en Eberbach, junto al número de vírgenes prudentes con la verdadera lámpara encendida y ardiente, acompañados del esposo de las almas fieles y ciudadanos celestiales, os desea entrar felizmente en las bodas.

El Espíritu del Señor, a quienes eligió y predestinó, nunca los ha abandonado, sino que ha nutrido sus pensamientos con la mansedumbre paternal. De esta manera, Él te eligió a ti, alma feliz y bienaventurada, como su instrumento y vaso de su elección. Amada en el Señor, debemos obedecer tus amonestaciones maternales, porque la verdad del Señor habla a través de ti. Recibimos con agrado tus amonestaciones, y te rogamos humildemente que no nos ocultes aquello que necesita ser corregido en nosotros, sino que, como le plazca al Señor, quien te ha revelado muchos secretos, te esfuerces por comunicárnoslo.

Que el ángel del consejo y la fortaleza, quien siempre está a tu lado, te conserve y proteja sana e íntegra.

Epístola 248: R248: Hildegard von Rupertsberg a Monasterio von Eberbach

A la congregación en Eberbach, de Hildegarda:

Los misterios de Dios me ordenan decir esto en la sombra de una visión:

¡Habéis ascendido a un monte muy alto! Y habéis querido mirar hacia el valle. Mientras tanto, una poderosa tempestad ha sobrevenido. ¡Ay, ay del languor que hay en vuestros lomos! Como dice el siervo probado, David: "Todo el día andaba afligido, porque mis lomos están llenos de ilusiones, y no hay salud en mi carne." Y por eso vuestros ojos languidecen por la carencia.

Tened cuidado, pues, de no rechazar aquella felicidad que parece estar en vosotros por la predestinación de Dios, debido a la excesiva temeridad de las batallas, porque cuando Dios hizo la faz del primer ángel como una piedra muy elegante y resplandeciente, éste cayó en la temeridad, por lo cual su gloria en él pereció, ya que no deseó ningún bien, y su esplendor fue plantado en otra viña. Y porque Dios no tiene sociedad con el mal, tened cuidado de que la gracia especial de Dios no se aparte de vosotros por la obra de la antigua serpiente, porque ésta se regocija en sí misma y dice: "Encuentro mi voluntad cuando hay discordia en el pueblo espiritual y camino con ellos con el cuello erguido."

Por lo tanto, resistid al diablo para que la luz del esplendor no se os apague, como le fue arrebatada a él por su orgullo. Pues aquellos que a veces caen y luego se levantan, no carecerán de la herencia de la gracia de Dios, sino que en la tormenta de la justicia de Dios se inclinan, y, sin embargo, después, Dios reedifica en ellos la raíz del primer inicio del sacrificio de la virtud de Dios.

Y os digo a vosotros, que sois la plantación de Dios: Sobre vuestro lugar, los misterios de Dios dicen esto: “Nunca te destruiré, mientras no me resistas en la impía temeridad que no desea ser lavada,” como también la temeridad del arte diabólico, como se ha dicho, demuestra.

En la bendición de Abraham, la luz viviente te bendice.

Epístola 249: R249: Bertolf von Zwiefalten a Hildegard von Rupertsberg

Bertolf, prior en Zwiefalten, a Hildegard.

A su señora, muy querida en San Ruperto y reverendísima en la compañía del Espíritu Santo, Hildegarda: Bertolf, prior de Zwiefalten, con sus otros hermanos, cuyos nombres conoce Dios, envía la debida muestra de oración. Si gozas de buena salud y éxito en todos tus deseos, lo deseamos con todo nuestro ser.

Sin embargo, puesto que el abismo de la desesperación nos ha rodeado al intentar restaurar la religión de nuestro cenobio, y el mar de la irracionalidad ha cubierto nuestras cabezas, humildemente y suplicantes, postrados ante ti, solicitamos el consuelo de tu consejo con toda devoción. Esperamos que con nuestras oraciones puedas obtener del Señor que, a través de la revelación del Espíritu Santo, nos anuncies algo para el futuro, ya que frecuentemente nos sentimos abrumados por la importunidad de algunos de nuestros hermanos.

Te pedimos todas estas cosas, a ti, santa, y rogamos que no desprecies la oportunidad de respondernos por escrito. Que estés bien y, por favor, ruega con fervor al Señor por nosotros, pecadores.

Epístola 250: R250: Hildegard von Rupertsberg a Monasterio von Zwiefalten

A los hermanos en Zwiefalten, Hildegarda:

La serena claridad dice:

La luz más poderosa de la divinidad conoce y entiende todas las cosas de manera íntegra. ¿Quién puede tocar este entendimiento, o quién puede comprenderlo, sino aquel que ve en el ojo de zafiro que Dios Padre es absolutamente inamovible en su justicia, y que no deja ninguna iniquidad sin castigo, porque esta no lo toca? Y Dios Padre se deleitó tanto en sí mismo que creó toda criatura por medio de su Verbo. Por tanto, su creación le agradó, y abrazó a esa criatura que lo toca amándolo. ¡Oh, gran deleite de esta obra!

Dios Padre es inamovible en su rectitud, pero es movido a la misericordia hacia el injusto por su Hijo. Pues mira su Verbo hecho carne y recuerda que todas las criaturas fueron hechas por medio de su Verbo. De la misma manera, los santos de Dios lo tocan con su amonestación, en su clara voz, semejante a una nube blanca, volando como el aire volátil del agua.

Escuchen, pues, ustedes que estallan en sus crímenes. Son llamados monte del Señor porque deben imitar al Hijo de Dios en su manera de vivir. ¿Por qué, entonces, descuidan las entrañas maternales de la caridad y la rectitud, siendo semejantes a aquellos que en Horeb castigaban sus cuerpos según la ley, pero luego erraban por otro camino, como esos vigilantes que, aunque dan una gran voz en su guardia, permiten que la ciudad sea perforada por las asechanzas?

Su mente es como una nube que lleva tempestades, con ira en la negligencia y suciedad en la petulancia, donde descuidan la ofrenda pacífica diciendo: "No queremos resistirnos a nosotros mismos, porque no podemos ceñir nuestro cuerpo en la restricción, ya que

nacimos de Adán." Ustedes, que no quieren restringir su hígado en el palacio del Rey como deberían, ¿por qué no se avergüenzan de que, habiendo sido liberados de la pesebrera de los asnos y puestos en el gran honor de las ceremonias de santificación por el Señor supremo, regresen nuevamente a la pesebrera de los asnos?

¡Ay! En esto se han hecho semejantes a Balaam, quien se enloquecía en las heridas de las cicatrices ardientes, furioso en la región de la sombra de la muerte. No abandonen, pues, el monte de la santificación por la vanidad del placer. ¡Ay de la deshonra que ha sido lanzada hacia atrás en un lugar extraño! Porque perecen aquellos que prevarican en la santa institución.

Aprehendan, entonces, la disciplina y no se desvíen del camino de la justicia como si no tuvieran ley y como si el sol no brillara sobre el incensario de la bendición, para que no se enoje el Señor y perezcan del camino justo al caer en la prevaricación. ¡Oh, sacrificios temibles y venerables que no tienen la incredulidad de los ídolos ni la carga de las heridas golpeadas! ¡Ay del dolor de la miseria, porque Dios destruirá en ustedes la murmuración de los ninivitas si no corren pronto hacia el olivo de la santificación, que produce el buen olor de la dulzura y la flor de la recta institución!

¿Por qué se inclinan en estas mentiras como si no fueran ciegos? Pero están ciegos cuando no ven la causa por la que nacieron debido a la caída de Adán, y cuando la tienen en el brazo del abrazo, riendo y burlándose como si no la tuvieran. Huyan, entonces, de esto y no pequen, para que pronto llegue su salvación. ¡Miren y caminen en el camino recto!

Epístola 251: R251: Convento von Zwiefalten a Hildegard von Rupertsberg

De las hermanas en Zvvifilda, a Hildegarda:

A Hildegarda, iluminada por la gracia especial de la divinidad:

El humilde grupo de hermanas de Zvvifilda ruega ser amplificado en los dones recibidos del cielo. La divina clemencia ha glorificado de manera admirable su omnipotencia en ti, a quien, tomada de una frágil materia, ha procurado llenar con los tesoros de su gracia en un nuevo orden. Por tanto, nos alegramos con tu claridad y te encomendamos, con humildad, todo lo nuestro en tus oraciones.

Te rogamos también, por tu piedad, que cuando te dediques a la visión divina, nos dirijas palabras de amonestación, y no descuides mostrarnos cómo debemos regresar del camino de la negligencia al camino de la corrección.

Que tu cariño en Cristo permanezca fuerte.

Epístola 252: R252: Hildegard von Rupertsberg a Convento von Zwiefalten

A la congregación de hermanas en Zwiefalten, Hildegardis:

Aquel que todo lo ve y nada le es oculto dice:

Un noble varón eligió para sí con gran diligencia a una esposa de rostro muy hermoso, con ojos de zafiro, cuya estatura era equilibrada y no torcida en ninguna diversidad, sino que era hermosa en todos sus ornamentos. Ella también fue muy amable en todas sus costumbres, de modo que le convenía toda sinfonía en cítaras y en todo tipo de música, siendo tal que no quiso ser concubina ni danzarina con vestimenta de meretriz, ni quería vagar por diversas plazas, ni hablar para la burla de los jóvenes.

¡Oh vanidad y suciedad de los dardos diabólicos y oh ignominia de la lascivia de las jóvenes, tiemblen ante estas palabras! Cuando una mujer, por causa de Dios, se aparta de la unión matrimonial, rehusando unirse a un hombre, ¡cuán grande es su nobleza entonces, porque le conviene la desposación del Rey supremo, ya que ha rechazado al hombre carnal! Así debe abrazar a Dios y adherirse a su Señor, porque no tiene esposo terrenal. Pues ella debe permanecer como Eva antes de que Dios la presentara a Adán, cuando ella entonces no miraba a Adán sino a Dios.

Así debe hacer la mujer que, por amor a Dios, rechaza al hombre carnal: debe mirar a Dios y no a otro hombre que anteriormente no quiso tener. Pero es muy duro y amargo, debido a la astucia de la antigua serpiente, que la vitalidad de la carne en sí misma esté siempre seca. Sin embargo, cuando una mujer está armada muy fuertemente, de modo que se coloca en la cámara del Rey y abraza al mismo Rey con dulcísima caridad, rehusando cumplir con el oficio del ardor carnal en la concupiscencia, sino queriendo poner su ánimo en Dios, rechazando el placer de su carne, debe mirar como el águila al sol y como la paloma a través de sus ventanas, pensando y esforzándose en cómo apartar su alma de las riquezas y placeres mundanos y de la compañía de un hombre carnal.

Por lo tanto, la mujer que no quiere ir a la cámara del hombre carnal por amor a Dios, debe estar conmigo en la vida espiritual, yo que soy sin principio y sin fin, y no debe estar en abrazos furtivos, amando en secreto a un rústico. Pero si hace esto, no está conmigo, porque tiene los modales de una víbora. Por lo tanto, la mujer que arde con tal fervor que no puede abandonar el mundo, no debe subir a una peligrosa altura, ni escalar una alta montaña, para que no caiga luego en un abismo, porque primero fue desposada conmigo y luego fue a abrazos carnales.

Pues la virgen María se regocijó en el calor del Espíritu Santo y su virginidad floreció. Pero ninguna mujer debe comenzar algo en lo que el Espíritu Santo no la ha enviado, para que luego no quede vacía. La mujer que quiere volverse hacia mí no debe estar dividida en la dispersión de su corazón por la ambición de este mundo, ni debe ser torcida por los ardores de la soberbia, sino que debe ser firme en todos los ornamentos de las virtudes y en la

nobleza de la caridad y la justicia que dominan en todas las cosas hermosas del Rey supremo.

Ahora tú, multitud de jóvenes, escucha lo que la voz suprema te dice: No seas concubina ni pongas tu mente en la vanidad de la soberbia, de modo que quieras discernir el honor del rey a cada uno según su estado, pensando que para mí no es posible discernir entre el sol, la luna y los demás ornamentos del cielo. La meretriz tiene todo como si fuera igual y semejante: el príncipe como al rústico. Quien así actúa, me deshonra, haciendo la sabiduría igual a la ignorancia y la piedad a la vanidad, y las demás virtudes semejantes al cobre.

Ahora, ustedes jóvenes, no sean danzantes imitando los peores hábitos según lo que les plazca, para que no se engañen unas a otras en todas las cosas si actúan así. Pues la danzante baila para cada uno según la vanidad de ese individuo. Y no anden con puertas abiertas por la suciedad de su mente, ni hagan señas en movimientos lascivos con la petulancia de la amplitud de su corazón, como amando en las plazas aquello que despreciaron en los abrazos del rey, cuando ponen al rústico en sus abrazos en lugar del amor regio.

Por lo tanto, la mujer que no quiere tener la compañía de un hombre carnal, de ningún modo debe estar en lo público, porque eso no le conviene, sino que debe permanecer oculta en cuerpo y mente, como una paloma en su caverna, para que no la atrape el halcón, es decir, el espíritu masculino.

Ahora tú, multitud, levántate rápidamente a la primera y real desposación con tu primer y principal esposo. Pues él te llama. Enmienda y corrige aquello en lo que lo ofendiste, y él te recibirá en la salvación eterna. Y vivirás.

Epístola 253: R253: Adalbert von Disibodenberg a Hildegard von Rupertsberg

Adelbert, prior en el monte de San Disibodo, a Hildegard:

A Hildegard, verdaderamente llena de la gracia del Espíritu Santo:

Adelbert, monje indigno y prior del monte de San Disibodo, junto con los hermanos de ese lugar, os desea ascender de virtud en virtud y ver al Dios de los dioses en Sión.

Mientras envías palabras de amonestación a tierras lejanas y haces que muchos deseen el camino de la rectitud, nosotros, que te conocemos casi desde la cuna y entre quienes viviste durante muchos años, nos asombramos de que nos prives de las palabras de tus visiones celestiales, cuando estamos sedientos de ellas. Sabemos cómo te educaste entre nosotros, cómo fuiste instruida, cómo viviste; porque no te dedicaste a otra cosa que a la labor femenina, y no fuiste instruida en otros códices más que en el simple salterio, y sin reproche amaste una vida buena y santa. Pero la divina piedad te impregnó con el rocío celestial como quiso, te reveló la grandeza de sus secretos, y aunque deberíamos alegrarnos contigo por ello, Dios te arrebató de nosotros en contra de nuestra voluntad y te llevó a otros hombres. No podemos entender ni saber por qué lo hizo, pero lo sufrimos con gran perturbación, tanto queriéndolo como no queriéndolo.

Esperábamos que en ti estuviera la salvación de nuestro lugar, pero Dios dispuso algo diferente de lo que deseábamos. Ahora bien, dado que no podemos resistir la voluntad de Dios, cedemos a ella y nos alegramos contigo, porque hasta ahora has revelado, por divina revelación, muchas cosas invisibles e inauditas, y has abierto lo que estaba cerrado. Pues, llena del Espíritu de Dios, escribes muchas cosas que no aprendiste de hombre alguno, cosas que los santos y doctos varones admiran.

Por lo tanto, aunque estamos lejos de ser santos, pues somos pecadores, suplicantes rogamos que, tanto por la gloria del Señor como por la antigua y justa familiaridad, te acuerdes de nosotros, nos ofrezcas palabras de consuelo y nos ayudes ante Dios, de modo que lo que nos falta, Dios lo supla por los méritos de tus oraciones. Que estés bien.

Epístola 254: R254: Hildegard von Rupertsberg a Monasterio von Disibodenberg

A los hermanos de San Disibodo, de Hildegarda:

En una verdadera visión, escuché una voz que decía esto contra las injusticias que tanto espirituales como seculares cometen contra la justicia:

"Oh justicia, eres una extranjera y forastera en la ciudad de aquellos que se fabrican y eligen para sí mismos parábolas de acuerdo con su propia voluntad, y no anhelan tus misterios ni tu amistad, tú que eres la amiga purpurada del rey. Por eso clamas debido a esa suerte en la que ninguna justicia descansa, y en la angustia dices: 'Me avergüenzo tanto que escondo mi rostro bajo mi manto, para que aquellos que me acechan no me vean'. Pero ellos dicen: 'Cualquiera de nosotros beneficia a todos'. Por lo tanto, oh justicia, tienes un gran celo, de modo que es reo de juicio quien te resiste."

Y nuevamente en la angustia dices: "¿De dónde vengo? Del seno del Padre. Y todas las regiones fueron reunidas conmigo. Y dondequiera que estaban todas las estaturas de los pueblos y todas las instituciones de las generaciones, allí estaba yo. Y así, las columnas de la nube fueron erigidas en mí. Pero ahora soy el hastío de aquellos que en la raíz primera fueron originados en mí. Por eso, antes de que sufra por la ignorancia de los pueblos, suspiro, y como aguas desbordantes, mi rugido resuena con alta voz, como el sonido de muchas aguas debido a la extrema insensatez de los hombres insensatos en la charlatanería de sus costumbres y en el estruendo de su deshonestidad."

¡Ay, ay! Oh águilas, que en mí volasteis a través del fuego del Espíritu Santo y a través del agua de la restauración, como el resplandor del amanecer y como una gema centelleante, ahora dormís y sois como animales necios que a veces avanzan y a veces

retroceden, y a veces se mezclan entre sí caminando. Pero también vi esto en la montaña de los hijos de Dios en un aliento místico: Vi una montaña de gran tamaño, en cuya cima se sentaba un hombre grande que sostenía en cada mano la ley de Dios, como está escrito de Moisés.

Y bajo los pies de ese hombre, había una multitud de personas circuncidadas espiritualmente, que recibieron con alegría y anhelo los instrumentos de esa ley, diciendo: "Oh Señor nuestro Dios, ¿cuándo vendremos a ti? Con gusto te obedeceremos." Sin embargo, a veces se mezclaban en un torbellino, y en ocasiones había muchos crímenes entre ellos, que lavaban con muchas lágrimas en la aspersión de la sangre de Cristo Jesús. Porque cuando el hombre yacía en pecados tan grandes que no podía levantarse de ellos por sí mismo en ninguna vitalidad, Dios dijo: "Quiero levantar al hombre por mí mismo y plantarlo de nuevo en las entrañas de la misericordia, de modo que resida en el espejo de la confesión, porque no pudo liberarse de las entrañas del diablo por sí mismo."

Pero yo, pobre como soy, aunque vi muchos crímenes en ellos, no vi en ellos la soberbia que, por contumacia, desprecia a los pecadores en el lanzamiento de piedras. Pero bajo los pies de ellos vi otra multitud de personas rodeadas por una nube blanca, con rostros hermosos y mirando al cielo, que, sin embargo, en ocasiones se dirigían a la petulancia y la búsqueda de muchas inutilidades como toros gordos, de modo que, mientras miraban al cielo, tensaban sus arcos y lanzaban flechas contra el cielo, y golpeaban contra el cielo con bastones de plomo, y así colocaban sus bocas en el cielo, y su lengua recorría la tierra.

Por lo tanto, sobre ellos cayeron truenos y granizo, y muchas nubes los cubrieron. Y murmuraban, preguntándose por qué tales miserias los rodeaban. Y la gracia de Dios les respondió: "Os he reunido para una gran bienaventuranza, pero en vuestra temeridad me rechazáis

cuando decís: ‘¿Quién puede alcanzaros? ¿O qué palabra puede venceros? ¿O qué montañas, o qué lengua puede golpearos?’ Así como los hijos de Israel despreciaron a Dios cuando, por la bendición de Abraham, levantó sobre ellos el cuerno de las bendiciones y los elevó a su seno con la alegría del honor. Pero ellos murmuraban con fraude y resistían a Dios con temeridad, y abandonaron la santidad por la efusión de la sangre de Cristo."

Entonces la bendición en ellos retrocedió y se desvaneció, porque se desviaron hacia la caída de la muerte. Y Dios, de sus sacrificios y holocaustos, construyó otra ciudad de la Iglesia, hasta que todas las aguas de los pozos sean llevadas al valle de las nubes negras. Y entonces todas las águilas se reunirán en un solo rebaño en la rueda circundante, porque antes estaban en la bendición. Pero también vi otra multitud de personas bajo los pies de ellos, ante cuyos ojos colgaba un carnero en espinas de color dorado, al que miraban con el aroma de mirra e incienso y con un rostro resplandeciente.

Y de las manos de ese gran hombre que se sentaba en la cima de la montaña, fluían algunos arroyos hacia sus pechos. Y ellos clamaban con voz clara al seno de la sabiduría: "Dios nos reunió en muchos sacrificios, pero todos hemos fallado en muchas obligaciones. Por eso hemos sido puestos en el lagar, diciendo con el profeta: ‘He pisado el lagar solo, y de las naciones no hay hombre conmigo.’ Y nuevamente, cuando la red fue lanzada al mar y recogió peces de toda clase, así la gracia de Dios eligió a aquellos para la gloria que son humildes de corazón y devotos en el temor del Señor, no inclinados al saqueo."

Ahora, la primera voz que os reunió para alabar a Dios, haga que seáis arraigados en el bien como los primeros que fueron consagrados en los muros del templo. Pero tú, oh montaña, escucha la amonestación de Dios. Dios te ha constituido como el monte Sinaí para ofrecerle un sacrificio de alabanza. Ahora, vuelve a Dios y sé el

candelabro del Rey, de modo que no te avergüences de tu primera raíz, como la mano derecha de Dios te ha plantado.

Epístola 255: R255: Monasterio von St. Eucharius in Trier a Hildegard von Rupertsberg

El convento de San Euquerio a Hildegardis:

A Hildegarda, quien se adhiere continuamente a los abrazos del Esposo celestial, y a todos los que con ella viven en Cristo, todo el convento del monasterio de San Euquerio en Tréveris os desea lo mejor que existe.

Cualquiera que se esfuerza por hacer la voluntad del Padre que está en los cielos es llamado hermano, hermana y madre del Señor. Y quien se esfuerza por mejorar a otros mediante la amonestación, como si los alimentara, obtiene especialmente la dignidad de madre. Por eso, con razón, te veneramos en el Señor como una madre, de cuyos pechos de consuelo y enseñanza nos nutrimos abundantemente en lo más íntimo.

Magnificamos también a Aquel que hace grandes maravillas por sí solo, quien hasta ahora había escondido estas cosas de los sabios y entendidos, pero que ha revelado maravillosamente en nuestros días a tu humildad. Como no podemos correr con un corazón dilatado en el camino de los mandamientos de Dios, deseamos fervientemente ser estimulados por tus amonestaciones, según te lo conceda Dios.

Además, debes saber sin duda alguna que nos deleitamos en tus escritos, especialmente en el libro Scivias, tanto como en todas las riquezas. Finalmente, humildemente te pedimos que nos ayudes con tus santas oraciones ante Dios y nos fortalezcas con tus consejos.

Epístola 256: R256: Hildegard von Rupertsberg a Monasterio von St. Eucharius in Trier

Respuesta de Hildegard:

A vosotros, que os habéis revestido con la túnica de Cristo y deseáis imitarlo, escuchad lo que dice el salmista: “Tú pones las nubes como tu carroza, caminas sobre las alas del viento.” ¿Qué significa esto? En la constitución del mundo pusiste las nubes como el ascenso de las criaturas voladoras que están en la altura del aire. Esto es así porque Dios previó que iba a establecer un pueblo espiritual en sí mismo, como dice el profeta: “¿Quiénes son estos que vuelan como nubes y como palomas hacia sus ventanas?” Las mentes de los espirituales son como nubes, que son como la materia de las luminarias, es decir, el sol, la luna y las estrellas. Así también, la obediencia es como la materia de la humildad, la caridad y otras virtudes, en las cuales los fieles vuelan como palomas, cuando, por la ligadura de su propia voluntad, cortan sus deseos, de modo que, a través de la cavidad de la inocencia, miran al sol como si no fueran hombres en la voluntad de su carne.

Y así, el Creador de todas las cosas caminó sobre las alas del viento cuando el Hijo supremo salió como una hermosa flor en la humildad de la castidad, y así permaneció en mansedumbre. Por eso está escrito: “¿Sobre quién reposaré, sino sobre el humilde y manso, y sobre el que tiembla ante mis palabras?” Estas son las alas del pueblo espiritual. Pero aquellos que carecen de estas alas caerán como las criaturas voladoras que no tienen plumas para volar.

En estos también se convierte la multitud del mar, y la fortaleza de las naciones viene. Pues una innumerable multitud de hombres corre hacia estas alas. Pero algunos de ellos miran hacia el norte, a través del torbellino de la vana gloria y la soberbia, y por las superfluidades de las costumbres seculares, confiando en sí mismos

y no siguiendo al salmista que dice: “Es mejor confiar en el Señor que confiar en los príncipes.” ¿Qué significa esto? Es mucho mejor y más útil mirar y volar en la nube por la túnica de Cristo que confiar en uno mismo, como ocurrió con el ángel caído que, en su soberbia, quiso superar a Dios antes de que pudiera permanecer firme, y cayó en el abismo como plomo.

En esta soberbia, también Adán huyó de la vida y encontró una peregrinación ajena, en la que miraba a su Padre como a un extraño durante su peregrinación, a quien antes conocía bien cuando era inocente y humilde. Así también, los hijos de los hombres confían en sí mismos, engañados como si tuvieran esperanza en los príncipes. Pero cuando Dios clamó a Adán, “¿Dónde estás?”, previó que la obra de sus manos no se perdería del todo, sino que sería redimida en algún momento, como está escrito: “Redimiste la vara de tu heredad, el monte Sión en el que habitaste.”

¿Qué significa esto? Dios recordó al hombre cuando, a través de una mujer, aplastó la cabeza de la serpiente, donde el Verbo se hizo carne, y Sión fue el monte en el que Dios habitó en humildad, y el Hijo en el corazón del Padre.

Ahora tú, congregación reunida, escucha para que seas el monte Sión. Pues Dios había previsto desde el principio que quería crear a toda criatura. El Verbo del Padre se levantó como hombre en la vara virginal. Esa misma vara fue la materia de todas las virtudes de la santidad, de la cual también vosotros, oh pueblos espirituales, habéis venido. Eva produjo toda la raza humana, pero esa vara la reparó en su florecimiento cuando de su vientre salió el Hijo de Dios. Y así, oh espirituales, sois el monte Sión, porque el Padre os plantó en su Verbo.

El Hijo del Padre excelso habitó en el tabernáculo de la Virgen María, y salió de ella como un león fuerte, para que todo el mundo lo viera. Él también reunió en sí mismo a los pueblos espirituales,

cuando voláis hacia él como nubes, sin llevar vuestros pecados en la voluntad de vuestras obras. Él mismo fue sin pecado. Por lo tanto, imitadlo si camináis tras él, y rechazad pecar, no siendo como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra, ni como el veneno de las víboras, ni como el plomo en las aguas impetuosas. Pero si corréis en la vana gloria, sois como el polvo que es esparcido aquí y allá, y que no siembra el fruto de la justicia, ni planta la viña escogida, sino que produce gran fama y hiere vuestras almas.

Cuando estáis en la malignidad de la soberbia, concebís el veneno de las víboras que os mata, y cuando la inquietud de las mentes surge entre vosotros, sois como el plomo que cae violentamente en el pozo. Pues la vana gloria y la malignidad son las entrañas de la soberbia, y las cosas que así se enredan en la inquietud de las mentes están alimentadas por el odio y la envidia, donde la paz y la seguridad huyen, y la caridad de Cristo se retira. Y aquellos que están en esos males caerán como el plomo en las aguas impetuosas, porque no tienen alas para elevarse. Pues el celo del Señor en su venganza clama sobre ellos, como cuando tronó y arrojó al enemigo soberbio al abismo, como dice el salmista: “Levanta tu mano contra sus soberbias hasta el fin, cuánto se ha engrandecido el enemigo en el santuario.”

Pues Dios elevó las obras más santas cuando separó la luz de las tinieblas. Y allí la soberbia, con todas las entrañas del diablo, cayó hasta el final, cuando, mirando hacia el norte, puso su escudo en la nada, donde también pereció por completo. Pero luego, nuevamente, la soberbia en los hombres edificó muchas ciudades sin la longitud de los días, y añadió penas a las penas, y creó ruinas en la multitud de angustias, donde los hombres dijeron: “No conocemos a Dios, ni queremos adorarlo.” Y así, el enemigo se ensañó en el santuario.

Ahora la luz viviente dice a los hijos de esta multitud: “Vosotros sois los muros del templo, porque la Iglesia primitiva os plantó.” Por lo

tanto, huid de la vana gloria, la soberbia y el torbellino de muchas inquietudes. Ahora, con ojos vivientes, ved estas cosas y escuchad con los oídos interiores. No veo vuestro lugar en la dispersión, aunque sufrirá muchos flagelos. Vivid, pues, y vigilad en Dios.

En una verdadera visión, también vi a algunos en esta congregación brillando como la aurora, a otros resplandeciendo como el zafiro, y a otros brillando como la luz de las estrellas. Aquellos que brillan como la aurora tienen el temor del Señor y guardan los preceptos de la ley regular por amor a Dios, aunque a veces parecen desviarse por la carne, como una víctima que es llevada al sacrificio. Aquellos que resplandecen como el zafiro tienen la caridad de Dios, y por eso no cometen graves pecados, aunque pecan y también se castigan voluntariamente por sus faltas, y esto lo hacen habitualmente. Pero aquellos que brillan como la luz de las estrellas tienen benevolencia, y por eso no riñen con los hombres, sino que conservan la alegría de los modos juveniles y se abstienen de los pecados graves, y los consideran odiosos.

Vi a otros en la oscuridad de un humo amargo debido a la costumbre de sus hábitos sórdidos, en los cuales algunos son amargos por la propiedad de su mente y aman las posesiones, y por eso no aman la costumbre espiritual, sino que a menudo afligen a aquellos que están en los tres modos mencionados anteriormente. Y escuché una voz del cielo que clamaba: “Mientras esta congregación permanezca en estos tres modos, no será abandonada por Dios.” Pero también escuché la misma voz decir a aquellos que estaban en la mencionada oscuridad: “Levántate, oh viento del norte, y ven, oh viento del sur, sopla en mi jardín y fluya su aroma.” Esto significa: Retírate, mal de la iniquidad, y ven, bien de la justicia, e irriga con virtudes la plantación de la santidad, para que en ella brillen las obras que no se marchiten.

El viento del norte son los contendientes, que con palabras de contienda y la excusa de la avaricia y la provocación de las injurias, intentan derribar las hierbas dulces y útiles de las virtudes, como el viento del norte precipita todas las cosas. Pero aquellos a quienes afligen de este modo, aprenden la paciencia, y con gemidos llorosos claman a Dios por sus pecados y los de estos, por lo que a veces se cansan de pecar, y por esto el humo de los aromas sube desde sus corazones, que los ángeles reciben. Y así, a través del viento del norte, la vitalidad es concedida a los buenos.

Aquellos que aman poseer, a menudo afligen a aquellos que brillan en los tres modos mencionados, buscando cómo atormentarlos en asuntos necesarios de sus obediencias, y muchas veces se involucran en la inmundicia de la carne, como un cerdo que se revuelca en el estiércol, y con miradas de ojos serpentinos y con una costumbre gravísima, a veces fatigan a otros.

Pero vosotros, que amáis la injusticia, recordad esta amonestación, para que reconozcáis que las posesiones de vuestra propia voluntad son idolatría, y están separadas de los órdenes angélicos, es decir, del pueblo espiritual, de la misma manera que el ídolo de la falsedad está separado del Dios verdadero. Y también dejad otros pecados y huid hacia la fuente que salta para lavaros. Observad también el baño del pacto en el que renunciasteis al mundo, para que os apartéis de los pecados, y esforzaos por hacer que vuestro sacrificio sea abundante y rico, de modo que perseveréis en el bien que habéis comenzado.

Cada vez que un hombre sacrifica su propia voluntad en la rueda de su carne, es un sacrificio a Dios. Esto es aceptable a Dios como el sacrificio de Abraham, cuando él ató a su hijo para ofrecerlo a Dios en obediencia. Domina su mano quien deja de hacer obras malas, y ata sus pies quien restringe los caminos de su propia voluntad, e inclinado obedece, como Isaac inclinó su cabeza para la espada, y

domina su cuerpo quien rechaza la concupiscencia carnal. En esto está la victoria, que lleva la bandera que huele a buen olor y a virtudes suaves. Quien la tiene, camina seguro ante todos sus enemigos.

De esta manera, el sacrificio será rico, como el becerro cebado, que estaba sin ninguna mancha, a través de las cuales el alma no se agota, porque el bien pleno es rico. Cristo, fatigado por las injurias, no pecó, y en esto santificó la paciencia de los santos. Por lo tanto, vosotros, fieles, preparad vuestros corazones para los combates de aquel que os dio ejemplo, y rechazad las preocupaciones que no necesitáis, y esforzaos por aparecer en la alfa y la omega. En la sensualidad de los pecados estáis oscurecidos, pero cuando os levantéis de los pecados, aparecerán en vosotros las hermosas formas de las virtudes, por lo que la mano derecha de Dios os protegerá.

Epístola 257: R257: Prior C. von Cîteaux a Hildegard von Rupertsberg

Del Prior de los Hermanos de Cîteaux. A Hildegarda.

A Hildegarda, honorada y sinceramente abrazada en los brazos de la caridad, señora y maestra de las hermanas de San Roberto en Bingen.

Yo, C., prior indigno y toda la congregación pobre y humilde de los hermanos de Cîteaux, que seguimos al Cordero dondequiera que vaya entre los coros de las vírgenes. Aunque separados por la distancia de los lugares, porque no podemos disfrutar físicamente de vuestra deseada presencia, nos alegramos de saludaros y hablaros por medio de esta carta. En Cristo os veneramos como a una superiora, y esperamos teneros ante Cristo como una madre queridísima e intercesora.

Habiendo escuchado la fama de vuestra buena conducta y fiel administración en Dios, ofrecemos nuestro ministerio en nombre de vuestra estabilidad y por la obligación de la oración, y por vuestra salvación ante Dios. Por tanto, oh señora, os escribimos esta carta de saludo para que recordéis de nosotros, y para que aconsejéis a vuestras subordinadas que hagan lo mismo. Hemos escuchado mucho sobre vos, lo que nos llena de gran alegría, porque podéis investigar los misterios de Dios y manifestar no pocas cosas de sus secretos. Por consiguiente, pedimos vuestra clemencia para que, según lo que Dios os revele, no dudéis en describirnos aquello que en nosotros y en nuestra orden monástica pueda desagradaros, a vos o, mejor dicho, a los ojos divinos. Que estéis bien.

Epístola 258: R258: Hildegard von Rupertsberg a Prior C. von Cîteaux

De Hildegarda.

Yo, la fuente viva, digo a aquellos que, por mi nombre, se endurecen en mi túnica. Son peregrinos en la caza del mundo. ¡Oh, es para lamentarse y llorar que el cielo está roto y que el día se ha oscurecido! Ahora, entonces, la moneda debe ser devuelta al atrio de la voz del alabanza. ¡Oh, hijos de Israel, por qué corrompéis la dulcísima caridad que fluye en mí, mientras miro desde lo alto a las profundidades con una obra plenísima? Y como ella fluye en mí, también fluyen de ella las aguas vivas. Y ella se mantiene en la forma de una virgen, porque así como en la virgen hay abrazos dulcísimos por su integridad, también la caridad tiene abrazos dulcísimos de virtudes. Pero ahora se lamenta, porque los temerarios la desgarran con la charla de su murmuración. Por lo cual, también huye de ellos hacia esa altura de donde vino, y llora porque sus hijos, a quienes nutrió con pechos llenos, desfallecen, negándose a ser limpiados de la podredumbre de las mentes volátiles. ¡Oh, esos miserables, por qué se unen a la miseria de la alienación y el exilio, alejándose de las entrañas de las bodas reales de la nueva esposa, que siempre está preparada para su esposo, como la virgen lo está para su hombre, aunque todavía no se ha unido en conocimiento, pero permanece en su integridad incorrupta! Y porque estos se separan de esa esposa, por eso están oscurecidos y nublados, como si hubieran roto el cielo.

¿Qué es esto? Así como el firmamento del cielo con todos sus ornamentos, es decir, el sol, la luna y las estrellas, ilumina el mundo, y como el carpintero hace madera con madera, piedra con piedra, y otros instrumentos con otros instrumentos, así también ellos deberían iluminar al resto del pueblo y mostrar el buen camino. Pero la caridad en ellos está desgarrada, de modo que la virginidad, que

debería brillar en ellos como el sol, y la viudez como la luna, y el resto del pueblo como las estrellas en su luz, desaparecen porque las dulces entrañas maternas no los calientan, sino que una mujer tortuosa, llena de arrugas y negrura, y llena de costumbres de víbora y dientes chirriantes, horrible en todo lo que hace, los nutre de manera pésima según las costumbres de los cerdos, que deberían ser santos y elegidos, y dejar el siglo. Pues ellos desgarran en sí mismos la vestidura de la inocencia, con costumbres espinosas, en la ira, y corrompen sus vitalidades en la ignominia, y rompen sus cabezas en la ira, cegando sus ojos vivos en la desesperación, y ensuciando todas sus vestiduras con la estupidez de sus costumbres, y considerándose sabios por encima de sus maestros.

¡Ay, ay, hijos de Israel, en vuestro primer nacimiento no os constituisteis como el místico don de Dios, porque el padre más suave quiso superar en vuestro orden angélico a la antigua serpiente, que vomitó en sí misma la peor enfermedad de la presunción como un cadáver podrido! ¡Oh, flores hermosas y compañeros de los ángeles, por qué coméis los alimentos de la serpiente, es decir, buscando entre vosotros la sociedad lánguida y apestosa de grandes cismas como un crimen mortal! ¿Y por qué ascendéis los inquietos caminos de la frecuente interrogación y la investigación de muchas vanidades, sin discernir lo que se ha dado a cada hombre según su medida? Caminad por caminos convenientes y apropiados, sin el viento volador de la dispersión. Pero vosotros, donde sea que encontréis una montaña vana, la atrapáis y la afirmáis sin demora, y en ella construís sin cesar, pero trabajáis en vano en ella, como un carpintero inútil que compone un vaso inútil que no puede sostenerse porque es inestable.

Ahora, pues, oh, hijos míos, aprehended a vuestra hermosa madre, es decir, mi amiga la caridad, y abrazadla. Pero os digo: Algunos, sentados en caballos veloces, armados con preciosas y fuertes armas, brillando, se volvieron hacia el oeste para luchar contra aquellos que

venían del oeste. A su derecha había un valle de gran longitud, como un camino profundo, y a su izquierda un gran y alto bosque completamente cubierto de nieve en sus ramas. De este salían muchos hombres pequeños y desarmados, y al ver a los armados, huyeron hacia el bosque con gran temor, diciendo: "¡Vaya, quiénes son estos?". Pero para infundir terror en esos armados, hicieron grandes ruidos y sonidos en ese mismo bosque. Entonces, algunos de esos armados, indignados, sacaron sus espadas, y las blandieron para golpear. Y se oyó una voz desde lo alto que decía: "Vuelvan sus espadas a sus vainas hasta el tiempo de la erradicación de los tiempos." Y ellos volvieron sus espadas a las vainas. Y he aquí, otros, desnudos en cuerpo entero, sentados en caballos, con solo un pequeño paño cubriendo su pecho y su vientre, llegaron. Al verlos aquellos que estaban en el bosque, corrieron hacia ellos, agarrando a sus caballos por el cuello y por la cola, y también a los desnudos por las piernas y los pies, haciendo grandes saltos y risas en sus juegos, con ellos y ellos con ellos, diciendo: "Oh, compañeros, jueguen con nosotros."

Luego, algunos de esos armados, cansados de sus armas, se desviaron hacia ese valle que estaba junto a ellos, y descendiendo de los caballos, se despojaron de sus armas, que irradiaban con gran fulgor, y se sentaron en ocio en ese valle, diciendo: "¿Quién puede luchar siempre con estos pequeños?". Dejemos que jueguen entonces. Y cuando los pequeños hombres que iban al bosque vieron esto, corrieron hacia ellos y jugaban alrededor de ellos. Pero estos no jugaban con ellos, ni los obligaban a alejarse, sino que, despojados de sus armas, se sentaron en ocio, observando sus juegos. Y nuevamente sonó una voz desde lo alto que decía: "Estos que han dejado sus armas no deben ser llamados maestros principales en el palacio del rey, porque se han cansado de la batalla."

Ahora, oh, hijos míos, escuchen. Este entendimiento es para ustedes. Pues los buenos y útiles prelados y otros que desprecian lo secular se sientan armados en el rápido curso de las buenas obras, con una cuidadosa vigilancia, para luchar contra el diablo. A su derecha está el camino de la rectitud, y a su izquierda la inquietud de muchas vicisitudes, de las cuales proceden muchos vicios que a menudo huyen aterrorizados de esos armados, y a menudo les infunden su terror en su locura. Por lo tanto, algunos de ellos, indignados, se preparan para la venganza, no queriendo soportar pacientemente la injuria que les fue infligida, pero la inspiración divina los advierte que descansen hasta que Dios, por su gracia, erradique esas injurias. Y así, cesan de la conmoción de su venganza. Y algunos otros que parecían haber despreciado lo terrenal, en vano muestran que corren de esta manera, pues, aunque se cubren con la simulación, están desnudos de buenas obras.

Por lo tanto, esos vicios se burlan de ellos y juegan sus juegos con gran burla. Pero también algunos de los prelados mencionados y otros que deberían haber despreciado completamente lo terrenal se cansan con el tedio, y abandonan la diligente vigilancia en el camino recto, y descuidadamente dicen que no pueden luchar siempre contra esos vicios. Por lo tanto, esos vicios también se burlan de ellos, pero ellos ni los acogen plenamente, ni los hacen alejarse por completo, sino que se sientan en el ocio de la negligencia. Por eso, como se muestra claramente, no son ni maestros útiles ni combatientes útiles ante Dios, porque se adormecen en el tedio para su propia salvación. Este entendimiento, oh seguidores de mi túnica, se dirige a ustedes. Oh, pueblos espirituales, que decís caminar bien y rectamente, ¿por qué no imitáis las obras del Cordero, que fue manso, humilde, casto y obediente al mandato de su Padre, y paciente hasta el sacrificio de su cuerpo por ustedes?

Levántense, pues, como al principio los plantó el místico don de Dios para la compañía de los ángeles. Porque a veces no saben lo

que hacen, queriendo ascender a la montaña que no pueden alcanzar, por lo cual también a veces caen en el valle, porque comienzan lo que no pueden terminar. Pero también están inquietos en su mente, queriendo ser santos donde no hay méritos ni recompensa por la buena y recta obra. Por lo tanto, son como extranjeros que quieren poseer lo que no pueden alcanzar. Recobren sus fuerzas, pues, y fortalezcan sus corazones y corran por los caminos de Dios, porque se dará la recompensa a quien trabaja, no a quien busca la obra como si la viera en un espejo, y así es engañado en su propia estimación.

Epístola 259: R259: Capitulo Catedralicio von St. Martin a Hildegard von Rupertsberg

De ciertos sacerdotes a Hildegarda.

A Hildegarda, señora y madre del cenobio del bienaventurado Roberto, venerable y digna de ser amada.

De A., E., y H., sacerdotes solo de nombre, junto con los demás hermanos de su comunidad que viven bajo la protección del bienaventurado Martín, te enviamos el más sincero afecto de ambos seres (cuerpo y alma) con las entrañas de una devoción íntima.

Porque, oh, sierva elegida y amada de la santidad, y madre queridísima de muchos que siguen la santidad, hemos escuchado muchas cosas sobre ti, que ofrecen el aroma de la vida a muchos, y por eso acudimos a tu nobleza, pidiendo con corazón sediento las cosas que son de Dios. Pues nosotros, que desde la infancia hemos sido consagrados al servicio de Dios, para que incluso en las sagradas órdenes del oficio divino sirvamos fielmente a nuestro Creador, cuando llegamos al sacerdocio, donde deberíamos vivir digna e irreprensiblemente, a menudo descuidamos las cosas del espíritu y hacemos las cosas de la carne.

Porque, aunque deberíamos ser para el pueblo de Dios un ojo de contemplación, un oído de obediencia, una nariz de discernimiento, una boca de verdad, una mano de operación justa y un pie en el camino de la rectitud y un ejemplo de virtudes, somos para ellos más bien olor de muerte y escándalo de ofensa que roca de solidez. Por lo tanto, muchos males nos han encontrado, porque, por decirlo así, caemos del santuario del Señor en el lodo de la suciedad. Pero tú, oh, piadosa madre y conocedora de los secretos de Dios, escúchanos, te lo suplicamos fervientemente y con humildad, para que nos traigas palabras de divina amonestación, nos corrijas y nos adviertas, porque aunque tengamos solo un modesto conocimiento

de las Escrituras, sin embargo, deseamos devotamente escucharte a ti, que recibes una verdadera y maravillosa comprensión del supremo maestro y no del hombre. Que Dios te infunda lo que devotamente derramas por nosotros que estamos sedientos. Adiós.

Epístola 60: R260: Hildegard von Rupertsberg al Clero

A los clérigos de diverso orden, Hildegarda.

La voz de las alas vivientes dice: Oh, vosotros que sois el sostén de las piedras y el cinturón de los miembros de diversos hombres, escuchad lo que os digo. Corred por caminos llanos hacia el servicio de los sacrificios de la ley. Y que vuestros miembros tengan constricción en vuestros lomos, tal como esta figura lo muestra por el don místico de Dios. Ciñe tu espada sobre tu muslo, oh poderosísimo, porque la divinidad ha observado la simplicidad de las costumbres en una humilde doncella, y allí descansó en la castidad más dulce, que no fue tocada por la verdor de las cosas terrenales, sino por el calor supremo en su secreto.

Entonces, se levantó el verdadero hombre como de tierra seca, que no fue rota por el arado y cuyo fruto no fue sembrado, sino que fue producido por el calor del sol, el cual produjo una flor. De ahí que él estuviera ceñido con la espada más poderosa, es decir, la verdadera justicia pura y aguda, porque en él no había agitación de la carne en negligencia de los pecados. Sino que, como el hijo es del padre, noble de noble, rey de rey, y cada uno de su propia estirpe, así también los sacerdotes fueron constituidos por mí, tal como el padre le entrega su herencia a su hijo, como también se ha dicho: Mi herencia es Israel. Esto se cuenta para el sumo sacerdocio de misericordia, gracia y verdad.

Este testimonio os ha sido entregado por mí, así como un hombre guerrero que tiene un gran ejército, se lo deja a su hijo. Por ello, los sacerdotes deben imitar a su padre y señor, para que así como él anduvo, así también ellos anden en la constricción de su cuerpo. Pero si el sacerdote tiene algún crimen en la putrefacción de la carne o en la petulancia del gula y la lascivia, de inmediato debe levantarse y buscar un médico y expulsarlo, como si hubiese bebido

veneno, y no retenerlo en sí mismo por más tiempo, como si fuese su familiar.

Así que, escuchad. Un cierto señor tenía dos regiones: una húmeda y otra seca. En la húmeda había muchas vicisitudes de diversas negociaciones, como en Tarso, Tiro, Macedonia y Etiopía. En Tarso, entendemos a aquellos que corren rápidamente y crecen en cada cosa, pero que sin embargo trabajan mucho. En Tiro, a aquellos que trabajan en angustia y a veces desfallecen en gran necesidad. En Macedonia, a los que arden en sequedad, como ese fruto que a veces crece y a veces disminuye, como también lo muestra el lobo, que a veces devora, a veces deja, a veces rapta y a veces asfixia. En Etiopía, a los que festinan furtivamente y se entregan a una tiranía venenosa, y arden en impureza.

En la región seca había hombres ricos que poseían la hermosura de las hierbas y flores que el hombre no ha sembrado, y permanecían en la contemplación de su señor, donde también había un dulcísimo aroma y el sonido más suave, como se prefiguró en Abel, quien comenzó a hacer el bien, y en Abraham, que mostró obediencia, y en Moisés, quien dio instrucción a las almas a través de los preceptos instituidos de los sacrificios, y en el Hijo de Dios, quien completó todos los bienes.

Este entendimiento se refiere al mundo que crece en el pueblo secular con los hijos que nacen, y que disminuye en el pueblo espiritual, que en su semilla declina. Pero Dios eligió a los principales maestros sobre el pueblo común para la instrucción de sus almas. Y el Hijo de Dios vino como el maestro supremo, como está escrito: "He aquí, el Señor aparecerá sobre una nube blanca y con él miles de santos, teniendo en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de reyes y Señor de señores." Pues el Hijo de Dios apareció en la inocencia de una sencilla doncella, como en una nube, y puso su tabernáculo en el sol, cuando la mente de la misma virgen

fue maravillosamente iluminada, donde ella dijo: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra."

Y así, se levantó en ella una gran columna sobre todas las generaciones nacientes, cuando el Hijo de Dios salió como un esposo de su cámara nupcial, nacido de la más dulce virgen, como en un dulce sonido y en el más suave deseo, como el esposo dulcemente une a su esposa en su mente.

Epístola 261: R261: Sacerdotes von Amorbach a Hildegard von Rupertsberg

Ciertos sacerdotes a Hildegarda.

Hildegarda, maestra de San Roberto en Pingis. O.C.V., pecadores que solo de nombre somos sacerdotes, y toda la congregación de hermanos que habitan en Amerbach, con una lámpara resplandeciente para entrar en las bodas eternas. Luz viva, operadora de todo bien, a quien toda alma vital y elegida en la perfección se une como cooperadora. Y aunque la misma alma se encuentre en su pureza, sin embargo, según el sentido de los que la reciben, se participa de manera diferente a los bienaventurados. Pues, así como aquellos órganos supremos de la corte real se inflaman con mayor ardor cuanto más cerca están y casi en la misma fuente contemplan la claridad, los coros inferiores de ángeles, cuanto más distantes están de ese origen, tanto más débilmente relucen con ese principal resplandor. Así también los espíritus incorporados, aunque estén predestinados a la vida, son irradiados por la majestad divina con diferentes intensidades de claridad, algunos más abundantemente, otros más tenuemente, y se elevan con una movilidad distante para alcanzar aquel principio beatífico.

Hay ciertas almas tan absortas en ese océano de claridad que no parecen ver ni sentir otra cosa que la presencia de esa luz que vivifica todo. El resplandor de estas almas ilumina las demás almas que aún están gravadas por la oscuridad terrenal, y, al ser frecuentemente reflejadas, se preparan para recibir esa claridad y ser más sutilmente iluminadas por ella.

Por tanto, ya que tú, madre reverendísima, te has acercado más a esa claridad, que el esplendor que brota de tu corazón ilumine nuestras conciencias, para que, mediante los rayos de tu amonestación, exhortación y corrección, nuestras tinieblas disminuyan. Pues, dado

que la iniquidad ha abundado y la caridad se ha enfriado a causa del cisma romano, sufrimos las tinieblas del error. Y ya que las nubes de iniquidad han oscurecido el sol de justicia, la luna, que es la Iglesia, se ha desviado de la orden de la religión de múltiples maneras. Sin embargo, porque las palabras de Cristo no pasan si permanecen, y él mismo da testimonio: “He aquí, yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo”, aunque casi todo el mundo esté ahora envuelto en las tinieblas del error, un rayo de aquella antigua gracia resplandece en ti para que no perezca toda la nación.

El orden de los monjes está en decadencia, el orden de los clérigos cojea, y el orden de las monjas vacila. Y mientras los religiosos espirituales se exceden de esta manera, los seculares descuidan completamente la ley que el Señor les ha establecido. Pues, entre otros crímenes con los que entregan a Dios al olvido, abandonan los matrimonios legítimos y se unen a otros según su capricho, cometen homicidios, y piensan que son grandes por ello. Además, cada uno se considera a sí mismo como inútil si se encuentra libre de estas manchas. Por lo tanto, los sacerdotes que deberían clamar y hablar la verdad con corrección, ahora se ven obligados a guardar silencio.

Ahora tú, oh venerable madre, ya que, como leemos en tus escritos, has dirigido frecuentemente amonestaciones a los espirituales, te rogamos encarecidamente que también las dirijas a los seculares, porque es necesario que sean fuertemente y frecuentemente corregidos aquellos que apenas se dignan soportar alguna corrección. Esperamos que presten más atención a tus palabras, ya que creen y saben que hablas por visión y mandato divino, a diferencia de nuestras palabras, a quienes ven vacilar en muchas transgresiones. Adiós.

Epístola 262: R262: Hildegard von Rupertsberg a los Laicos

A los hombres seculares de diversos pueblos, Hildegard.

Oh, multitudes de hombres, nacidos y creciendo a través de la divina sabiduría, escuchen lo que yo, la serena luz y creadora de todo, les digo. Su plantación estuvo en mi corazón en el día original de toda la creación. Y cuando creé al hombre, le di un instrumento que el diablo ridiculizó. Esto es, le di una ley que el diablo, con su maldad, derribó. Esa maldad no proviene de mí, que soy la bondad plena, potentísima y agudísima. Pero correspondía a Dios hacer por sí mismo una obra tan grande y magnífica, que pudiese realizar muchas y diversas obras, lo que es el hombre. Porque Dios no fue hecho ni creado ni tocado por la sucesión de los tiempos, sino que tiene siempre el ser, lo que la rueda, sin principio ni fin, indica. Él tampoco tiene defecto alguno, sino que todos los seres vivos proceden de su disposición, ¡y él ha vencido a la muerte! ¿Cómo? Escucha, oh hombre. El mal cayó por la fortísima fuerza de la divinidad, que nunca empezó a vivir, sino que siempre vive. Porque cuando la esfera viviente sintió que había sido hecha y creada por Dios, abrazó el mal, que Dios, que es íntegro, destruyó, porque el mal tiene tanta fortaleza, que no sería apropiado que nadie lo superara salvo aquel que no tiene principio. Él también superó el mal con su hombro. ¿Cómo? A través del hombre. ¿Qué significa esto? Envió al hombre en alma y cuerpo. En ambos se ocultaba un gran misterio. Pues la virginidad produjo al hombre, es decir, el don más grande y preciadísimo en el sumo sacerdote, ¡por medio del cual Dios destruyó plenamente este mal!

Oh bellísimas formas de los hombres, ¿por qué dormís en la negligencia cuando Dios os ha colocado en gran gloria? ¡Dios os dio la ley más grande cuando colocó al hombre en el paraíso! Y con el mismo amor hizo al hombre, con el que quiso que su Hijo se hiciera

hombre para vencer ese mal que se había levantado contra él. Así, Dios quiso vencer el mal a través de la suavísima forma corporal del hombre, en la que el diablo pensó tener su victoria, por lo cual también comenzó a burlarse de él con sus tentaciones, ignorando que por él sería completamente derrotado. Por tanto, oh hombres, ¡no os canséis en la necedad de vuestros modales, como si no tuvierais ley! Lo que no es cierto. Pues yo os di una ley para que no comierais del alimento del mal sensible, pero vosotros transgredisteis mi precepto y codiciasteis ese conocimiento que os expulsó a la peregrinación. Pero tú, oh hombre, dices: ¿Por qué conozco el mal? En esto me contradices a mí, tu creador, como también lo hizo aquel que quiso superarme. Pero yo no quiero el mal, ni toca mis secretos. En él, sin embargo, vuestros ojos se oscurecieron. Y ya que conocéis el mal, ¿por qué lo hacéis? ¿Cómo podría mi criatura estar vacía, sin utilidad alguna? Pues cada criatura que no vive en la racionalidad o en la sensibilidad tiene en sí dos cosas útiles y una que perece. Dos, a saber, una en la gordura de la forma, y otra en su verdor, y una que perece en la sequedad. Así también el hombre tiene dos en sí: a saber, el alma y el cuerpo, el alma en las virtudes, el cuerpo en la operación, también conociendo el mal, que es como aquello que perece en la sequedad. De lo contrario, no sería una creación.

Pues cuando Adán recibió el precepto, sabía aquello que no me tocaba a mí y que debía ser despreciado porque era contrario a mí y a mi precepto. Pero cuando codició poseerlo, ciertamente lo conocía como si estuviera en opción, pero aún no en operación, tal como los ángeles celestiales saben que el mal existe, pero no lo hacen. Cuando Adán cometió el mal en la obra, lo conoció sensiblemente y lo llevó a cabo en el gusto culpablemente, por lo que cayó en la muerte, que encontró aquel que primero se opuso a mí, por lo cual también cayó de lo celestial en la abyección. Pero tú, oh hombre, no sabes lo que dices. Pues el engañador falaz te engaña, enseñándote

lo contrario. Cuando os di la ley, no os ordené que cometierais fornicaciones, adulterios, homicidios, robos, encarcelamientos, ni que encarcelarais a quien no creasteis, sino que os mandé que os multiplicarais en vuestros hijos por recta institución y no por lujuria, y que poseyerais la tierra, cultivándola con esfuerzo en trigo, vino, y en otras necesidades que pertenecen a vuestra necesidad.

Por tanto, debéis guardar mi ley y no destruirla. Pues os mandé que amárais a vuestros hijos en amor recto y no en adulterio venenoso, pero vosotros actuáis como si fuerais libres para hacer lo que quisierais, y perpetrar todo mal que pudierais. ¿Por qué entonces rechazáis de vosotros el lazo de vuestra ley, diciendo: no se nos ha instituido tener y ejercer la constricción de la disciplina, como si fuéramos celestiales? Pues el siglo no nos permite ser celestiales, y también nuestros hijos, y los campos, ovejas, bueyes, y demás ganado y todas las demás cosas que poseemos, nos impiden esta intención. Dios nos dio todas estas cosas. ¿Por qué, pues, olvidáis a aquel que os creó y que os dio todas estas cosas? Cuando él os da lo necesario, a veces os lo deja, y a veces os lo quita. Pero vosotros decís: No es nuestro tener una vida buena y constreñida, sino de los clérigos y otros hombres espirituales.

¡Escuchen entonces! Vosotros que no estáis preocupados por estos asuntos vuestros. Vosotros estáis más atados a todos estos lazos espirituales, pues Dios os ha mandado vivir de la manera en que os fue predicho. Los hombres espirituales rehúsan tener esta ley que os ha sido impuesta a vosotros, por lo que son libres, ya que el lazo de vuestra ley, que os ha sido impuesto especialmente, no los constriñe. Pero ellos me besan en los abrazos del amor, cuando renuncian al mundo por mí, ascendiendo al monte de la santificación, y así serán hijos amados. Vosotros, sin embargo, sois como siervos por el lazo de vuestra ley, que os ha sido impuesto especialmente. Ahora, pues, comprendedme y guardad vuestra ley, para que cuando venga vuestro Señor, vuestra conciencia no os acuse de haber destruido sus

preceptos, pues habéis sido considerados con gran amor, cuando por vuestros crímenes el inocente Cordero fue puesto en el lagar de la cruz. Por tanto, oh hijos amados, por vuestra muy querida formación, ¡escuchad y comprendedme! Pero también, oh multitud, ¿por qué enloqueces, despreciándome con la rabia de tu furia? ¿Qué haces en tales crímenes tan atroces a través de la destrucción de la carne, que matas a un hombre semejante a ti? Este mal lo encontró el orgullo del primer ángel perdido, que quiso destruirme, pero no pudo ser lo que él pensaba que podía lograr, y por ello, por su soberbia, cayó en la perdición. Pero como Adán me conoció y me amó, y besó mis preceptos con su voluntad, quiso guardarlos, salvo que el diablo lo llevó a la desobediencia.

Por ello, fue necesario que lo liberara de la pena de muerte, ya que el pérfido engañador lo había engañado. Pues ese mismo diablo, en todo esto, no probó ningún bien, sino que en la perversa visión de su orgullo miró hacia el norte, porque al mirar con indignación desde el exterior de todas las otras disposiciones superiores, dudaba de que yo estuviera en el norte, ya que allí había cubierto mi poder como un ala en el torbellino, presagiando que ese mismo poder mío debía derribar ese mal que él pensaba realizar. Así, y también en esta voluntad perversa suya, fue derribado. Entonces tú, oh maldad del homicidio, te inflamaste con obstinación, bajo su consejo. Cuando el diablo vio al hombre creado, comenzó a exprimir todo su mal, persuadiendo al hombre, como por opinión, hacia la desobediencia, ya que no vio en él tanta malicia como en sí mismo, y comenzó a tocarlo engañosamente y a conducirlo como hacia un honor útil, para que consintiera con él. Y así, el hombre consintió con el diablo. Entonces, el diablo se regocijó en sí mismo porque había superado al hombre, ya que el hombre hizo lo que él quiso. Pero en el hombre no había tanto mal como en el diablo, porque el diablo envidió a Dios y quiso destruirlo, y sin el consejo de nadie, comenzó el mal. El hombre, sin embargo, escuchó el precepto de Dios, pero solo deseó

ser similar a él, y, bajo el consejo del engañador falaz, no obedeció a Dios. Después, viendo el diablo el bien original que empezó a surgir en Abel, que gustó de mi bondad en sus obras, se enfureció en su interior, y persuadió al hombre para que cometiera homicidio, para que el hombre destruyera al hombre, como él también quiso destruirme, lo cual no pudo ser, porque mi fortaleza no puede ser superada por nadie.

Y así, bajo la persuasión del diablo, cometido el homicidio, el diablo se regocijó en sí mismo diciendo: "¡Vaya, eché al hombre del paraíso con mi fortaleza! ¡Vaya, ahora también hago que el hombre en la tierra me sirva de nuevo! Pues el instrumento del Altísimo es dividido por otro instrumento similar en el homicidio. Yo no pude superar al Altísimo, porque no vi ni el principio ni el fin en él, pero ahora tengo sus instrumentos que hacen toda mi voluntad, tanto matándose entre sí como realizando toda mi otra persuasión. ¡Oh, cuánta gran potestad tengo en estos, pues lo que yo no pude hacer en las alturas del cielo, esta criatura lo hace a otra semejante bajo mi instigación, y hace más de lo que yo hice, ya que lo que yo quise y no pude, esto lo hace, cuando una destruye a la otra!" Y por estas obras, el diablo tuvo gran gozo en sí mismo, porque Caín mató a su hermano Abel. Por lo que también el infierno, por justo juicio, ardió más en fuego entonces, que antes de cometerse ese homicidio. Y yo, que soy la luz más aguda, digo: ¡Ay, ay, ay, homicidio, que surgiste bajo la persuasión del diablo para derribar una buena obra! ¡Oh, desdicha de este mal, donde la inocencia perdió su integridad! Por ello, la tierra llora, porque su sudor bebió sangre, donde un hombre mató a otro hombre. Por tanto, también el cielo lamenta, y los demás elementos lloran, salpicados como con el color de la sangre, porque en sus oficios están sometidos a los hombres según lo que la causa y la necesidad de los hombres requieren. ¡Oh homicidas, caéis en una gran ruina cuando por el asesinato corporal separáis lo que en el hombre he unido! Porque cuando el hombre realiza este mal en la

temeridad de su obra, la voz de la sangre de aquel que fue derramada así, vuela en lamento hacia lo alto en el dolor de esa misma pena, de modo que los elementos, aterrorizados, reciben ese clamor y lo llevan hacia arriba, porque el alma, a causa del dolor de la carne de su morada asesinada, clama así hasta que el Juez supremo, en su celo, escucha su clamor.

Por tanto, oh hombres, escuchad lo que se ha dicho: "He aquí que la voz de la sangre de tu hermano Abel clama a mí desde la tierra". El alma da un gran lamento en la morada de su cuerpo cuando siente que este ha sido derribado en la matanza. Pero las almas de los santos, cuyos cuerpos son matados por mi nombre, así claman en la destrucción de su cuerpo: "Venga, Señor, nuestra sangre que ha sido derramada". Y este clamor lo llevan hacia lo alto con la milicia celestial hacia los cielos, porque mi templo en ellos ha sido destruido. Sin embargo, las almas de aquellos hombres que, por sus injurias y crímenes, hacen que sus cuerpos sean asesinados, producen su lamento hacia los elementos, pero no pueden elevarlo hacia los secretos celestiales, porque en su malicia se golpean a sí mismos primero, haciendo que, por justo juicio, sean asesinados por otro. Pero de cualquier manera que un hombre sea asesinado por otro, Dios examina esa causa con justicia, según la voluntad del que golpea y según los méritos del que cae, porque el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios.

Vosotros, sin embargo, que os inflamáis en este homicidio, escuchad. Oh peregrinos en estos veloces crímenes, vuestra sepultura sería en el infierno, si no fuera porque el Cordero inmaculado que fue ofrecido en la cruz por la redención del mundo, observa la perforación de sus clavos y la efusión de su sangre. Porque por estos crímenes, que perpetráis con fervor en el homicidio, vuestro orgulloso enemigo se regocijó, creyendo que podría retener al hombre, sujeto a él, bajo su poder. Pero cuando mi Hijo vino al mundo, el diablo, viéndolo convivir entre los hombres,

dijo: “¡He aquí que otro Adán ha venido! Y no sé de dónde viene. Pues el primer Adán, Dios lo creó del barro de la tierra, pero no sé de dónde ha venido este. Su madre lo ve y lo conoce como su hijo, y lo ama, pero yo no sé de quién lo ha concebido, porque desconozco que tuviera un hombre en la concepción. Pues su carne permanece intacta en la virginidad. ¿De dónde viene esto? Pues tengo al hombre bajo mi gran poder, de modo que nadie puede arrebatármelo, porque mató a su hermano, y porque en todas sus otras obras ha cumplido mi voluntad. Por tanto, creo que nadie puede quitármelo, pues lo tengo por justo juicio”. Así, ese antiguo enemigo dudó tanto tiempo hasta que mi Hijo fue colgado en la cruz, descendió al infierno y lo rompió para liberar al hombre.

¿Cómo? En su pasión, su sudor quitó el naufragio de la lujuria, que brota en el fervor de la sangre de los hombres, y su temblor borró los pecados de su unión injusta, y el lazo que sufrió deshizo misericordiosamente el lazo que la desobediencia había traído a los hombres, y la sangre de sus heridas limpió los crímenes de los homicidas. Aquel que fue colgado en la cruz tomó el amargor del cáliz, por medio del cual extinguió la amarguísima ira a la que se adhieren todos los males de los vicios, y así gustó la muerte corporalmente en su cuerpo, por medio de la cual destruyó por completo todos los instrumentos del diablo, en los cuales el hombre deseó ser como Dios. Y así, en todos estos signos de sus tormentos, descendió al infierno y lo rompió, y ató el poder del antiguo enemigo. Entonces, ese mismo diablo se avergonzó de haber desconocido una fortaleza tan fuerte que pudo superarlo tan poderosamente en el pozo del infierno. Y de este modo, su confianza en que podría retener al hombre fue completamente destruida, para que, desde entonces, ningún hombre esté en crímenes tan grandes que sus heridas no puedan ser curadas, si se preocupa de limpiarlas por medio de la penitencia. Por tanto, sea la alabanza a Dios. Ahora, el publicano penitente se regocija y el pecador penitente tenga parte

en la verdadera alegría, porque todos los cielos se regocijarán por ellos cuando vean a aquel que los rescató de la muerte con sus heridas. Así, si desean elevarse hacia los cielos y huir de esa mentira por la cual, debido a sus malos deseos, me despreciaron, y no miraron mi voluntad, sino que se engañaron a sí mismos. Pues si luego vuelven a mí y abandonan sus malas obras, en pura confesión, diciendo: "¡Hemos pecado, Señor!", todo el ejército celestial se regocijará en su redención, porque han hecho penitencia.

Oh hijos muy queridos, recordad a vuestro piadoso Creador, que os redimió de todas las plagas de vuestros crímenes, y que os purificó en la sangre de su amado Hijo del mal pésimo del homicidio. Oh, desdicha de este mal que Caín cometió por la ignominia de su ira, que es compañera de la muerte. Pues también vuestro fin, que provoca la disolución de vuestro cuerpo, se os adhiere en grandes dolores a través de todas vuestras venas, sintiendo y mostrando en sus dolores que Abel terminó su vida corporal en dolores, cuando su hermano lo forzó a salir del habitáculo de su cuerpo por la maldad del primer homicidio. Ahora, haya salvación y redención en la sangre de mi amado Hijo para aquellos que, con diligencia, corren hacia la verdadera penitencia por sus pecados.

Epístola 263: R263: Volmar von Disibodenberg a Hildegard von Rupertsberg

Volmar, preboste de San Roberto, a su querida madre, Hildegarda.

A Hildegarda, señora reverenda, dulcísima madre, maestra santísima y sierva fiel de Dios en el monasterio de San Roberto, verdadera y probadísima, Volmar, su hijo, aunque indigno, y todo el rebaño unido de sus hijas junto con las demás que se le adhieren y que sirven a Dios y a San Roberto, aunque de manera tibia, en la debida sujeción, en la debida obediencia, y en el afecto de hijas con la debida devoción desde los pechos de su consuelo en este siglo presente, para que se consuelen de tal manera que se hagan partícipes de la patria celestial después de la estancia en este exilio.

Aunque, oh madre dulcísima, cada día te vemos con los ojos carnales, te escuchamos con los oídos carnales, y a ti cada día, como es justo, nos adherimos devotamente, y comprendemos que el Espíritu Santo nos habla a través de ti, no dudamos, sin embargo, que alguna vez, según le plazca a Dios, esa ausencia tuya, que no podemos mencionar sin lágrimas, nos será impuesta, y entonces ya no te veremos con los ojos carnales. No hay hombre que viva y no vea la muerte. Entonces, ciertamente, nuestra tristeza y miseria serán mayores que la alegría que ahora tenemos. ¿Dónde estará entonces la respuesta a todas las cuestiones que se planteen? ¿Dónde la nueva interpretación de las Escrituras? ¿Dónde la voz de la melodía inaudita y la voz del idioma inaudito? ¿Dónde entonces los nuevos y inauditos sermones en las fiestas de los santos? ¿Dónde la revelación sobre las almas de los difuntos? ¿Dónde la manifestación de las cosas pasadas, presentes y futuras? ¿Dónde la exposición de las diversas naturalezas de las criaturas? Conocemos en ti todas estas cosas, dadas por la gracia divina con las suavísimas y humildísimas costumbres y con el afecto maternal que aflora en ti hacia todos. ¡Oh, cuánta misericordia divina hay en sus dones! ¡Oh, vanas

preocupaciones de los hombres! ¡Oh, vanidad de vanidades! ¿Por qué muchos, a través de las dificultades de los caminos, en regiones lejanas del mundo, buscan en vano las doctrinas de otros? ¿Por qué, afligidos por la sed, el hambre, el frío, por las disputas acaloradas en las declamaciones, por las vigilias nocturnas, se esfuerzan en la profundidad o más bien en los enigmas de las sentencias? Ciertamente, sabemos que todo esto no lo soportan con un ojo simple de intención, sino que lo hacen por la causa de la simoníaca perversidad, y por eso, avanzan poco o nada y no alcanzan el propósito, más bien apagan por completo la chispa del espíritu de Dios en ellos a través de la obstinación con la que creen tener algo. Así, hasta la vergüenza de los escolásticos modernos que abusan del conocimiento que se les ha dado desde arriba, el espíritu de profecía y de visión se ha reavivado en el órgano de la masa más frágil, sin ayuda de ningún instrumento exterior, y produce cosas que nadie puede captar con razón, porque él enseña lo que quiere y sopla donde quiere. Por eso, aquí parece haberse cumplido manifiestamente lo que se dice que Dios ha elegido lo necio y débil del mundo para confundir a los sabios y fuertes. Decimos esto no para, oh madre queridísima, motivados por alguna envidia, despreciar el gran don otorgado a tu sencillez por la aplicación en el estudio, ni para, siendo nosotros tus seguidores especiales, que frecuentemente estamos contigo y escuchamos tu voz con asiduidad, buscar vanagloria, ni para demostrar que el esfuerzo de ellos en la búsqueda de la sutilidad de la verdadera doctrina es de poco valor en comparación con la castidad de la bondad y piedad, porque en vano el maestro mueve los labios fuera si no hay un espíritu dentro que forme los corazones de los oyentes. Pues muchos signos de virtudes, muchas obras milagrosas de Dios y del Espíritu Santo se manifiestan en ti, más de lo que nosotros podríamos o quisiéramos decir. Porque es tarea de otros alabarte y predicarte, pero la nuestra es maravillarnos, venerarte y amarte. Y como has conocido todo esto

mejor por experiencia, y porque pocas palabras son suficientes para la comprensión del sabio, omitimos decir más y damos gracias a Dios, que todo lo puede, quien te ha dado a nosotros, y quien, para la gloria de su nombre y la salvación de muchos, te ha iluminado con su espíritu, rogándole humildemente y con fervor para que te conceda la salud del cuerpo y la fortaleza de la mente, de modo que el don que derramó en ti lo distribuyas abundantemente para la edificación de toda la Iglesia.

Epístola 264: Hildegard von Rupertsberg al Convento von Rupertsberg

A la congregación de sus hermanas. De Hildegarda.

Oh hijas que han seguido las huellas de Cristo en el amor a la castidad y que me han elegido a mí, pobre mujer, como madre en humildad y sumisión para la exaltación celestial, no por mí misma sino por revelación divina, les hablo desde lo más profundo de mi ser. He encontrado este lugar, es decir, el lugar de descanso de las reliquias del bendito confesor Roberto, al cual se han acogido bajo su protección, en evidentes milagros por voluntad de Dios como sacrificio de alabanza. Y con el permiso de mis maestros, llegué hasta él y lo atraje libremente para mí y para todos los que me siguieran con la ayuda divina.

Después, por la amonestación de Dios, fui al monte del bendito Disibodo, del cual me había apartado con licencia, y allí hice esta petición ante todos los que habitaban en ese lugar: que nuestro lugar y las propiedades de limosnas de nuestro lugar no fueran atadas por ellos sino libres, buscando siempre en la oportunidad de la utilidad la salvación de sus almas y la preocupación por la estricta disciplina regular. Y según lo que percibí en una visión verdadera, le dije al padre, es decir, al abad de ese lugar: La luz serena dice: Tú serás el padre de la misión y de la salvación de las almas de las hijas de mi plantación mística. La limosna de ellas no pertenece ni a ti ni a tus hermanos, pero vuestro lugar será su refugio. Pero si en sus discursos contrarios desean perseverar contra nosotros, se parecerán a los amalecitas y a Antíoco, de quien se escribió que despojó el templo del Señor. Si algunos entre ustedes en su maldad dicen: queremos disminuir sus posesiones, entonces yo, quien soy, les digo que son los peores ladrones. Y si intentan apartarles de un pastor de medicina espiritual, nuevamente les digo que se asemejarán a los hijos de Belial y que no consideran la justicia de Dios, por lo que la

justicia de Dios los destruirá. Y cuando yo, pobre mujer, pedí al mencionado abad y a sus hermanos con estas palabras la libertad del lugar y de las posesiones de mis hijas, con el permiso del códice, todos me la concedieron.

Todos, tanto grandes como pequeños, viendo, escuchando y comprendiendo estas cosas, las recibieron con gran benevolencia, de modo que incluso por mandato de Dios fueron confirmadas por escrito. Que los fieles aprendan, afiancen, perfeccionen y defiendan esto, para que reciban la bendición que Dios dio a Jacob y a Israel. Pero, oh, qué gran lamento tendrán estas hijas mías después del fallecimiento de su madre, pues ya no podrán amamantarse de los pechos de esa misma madre, y así, en gemidos y luto, durante mucho tiempo con lágrimas dirán: ¡Ay, ay, con gusto nos amamantaríamos de los pechos de nuestra madre si la tuviéramos ahora presente con nosotras! Por eso, hijas de Dios, les advierto que tengan caridad entre ustedes como yo, su madre, les he aconsejado desde mi juventud, para que sean la luz más brillante con los ángeles por su benevolencia, y las más fuertes en sus fuerzas, como les enseñó su padre bendito. Que el Espíritu Santo les conceda sus dones, pues después de mi final ya no escucharán mi voz, pero mi voz nunca será olvidada entre ustedes, la cual a menudo resonó entre ustedes con caridad. Mis hijas ahora brillan en sus corazones por la tristeza que sienten por su madre, anhelando y suspirando por lo celestial. Luego, en la luz más clara y resplandeciente, brillarán por la gracia de Dios y se convertirán en poderosos soldados en su casa. Así que, si alguien en esta multitud de mis hijas desea crear discordia y división en esta morada y disciplina espiritual, que el don del Espíritu Santo aleje eso de su corazón. Pero si alguien, despreciando a Dios, lo hace, que la mano del Señor lo mate delante de todo el pueblo, porque merece ser avergonzado. Por eso, hijas, habiten este lugar que han elegido para servir a Dios con toda

devoción y estabilidad, para que en él alcancen las recompensas celestiales.

Y así, la caridad en la sabiduría dice: Yo fui ordenada desde antiguo y estuve en la formación del primer hombre cuando fue creado por Dios, porque el cielo y la tierra, y las demás criaturas, Dios las creó con sabiduría para el hombre, para que de ellas se sustentara y alimentara. Por eso, la sabiduría puede llamarse correctamente artesano, pues rodeó el cielo y la tierra y las pesó con igual medida. La carne del hombre, sin embargo, con el alma, está completamente impregnada en las venas y en la médula, de modo que la carne siempre se vivifica a través del alma. Y así como el hombre reconoce las criaturas por el alma, las disfruta y se alegra con ellas. Así, el hombre en cuerpo y alma es como la misericordia y la caridad, amables, así como la sabiduría y la caridad son una sola. A través de estas dos virtudes, es decir, la sabiduría y la caridad, los ángeles y los hombres obedecen a Dios en humildad, pues la humildad frecuentemente se inclina para honrar a Dios y así reúne todas las virtudes hacia sí. En estas virtudes, Dios formó al hombre para que no pereciera completamente, así como no todos los ángeles perecieron, porque muchos permanecieron con Dios, mientras que otros cayeron con la antigua serpiente.

Dios creó al hombre en sabiduría, lo vivificó en caridad, y lo guió en humildad y obediencia, para que entendiera cómo debía vivir. Pero el primer ángel no quiso entender esto ni consentir a Dios, sino que quiso ser por sí mismo lo que no podía ser, porque la vida es una por sí misma, de la cual provienen todas las cosas vitales. Por eso, él cayó de la vida y se secó, así como también sucede a veces en las criaturas, es decir, en los árboles, en las hierbas y en otras criaturas, cuando alguna de ellas cae y se seca porque no ha probado el jugo. El ángel, en verdad, es vital por Dios. Sin embargo, el hombre es la obra completa de Dios, porque Dios siempre opera en él, lo cual el hombre puede comprender en sí mismo, pues mientras vive en esta

vida, no deja de pensar y actuar en cualquier parte que esté. Pero cuando termina esta vida, en la otra vida vive infinitamente. Pues cuando el hombre realiza buenas obras, se asemeja a los buenos ángeles. Pero cuando no reconoce la gran honra de cómo Dios lo ha formado y huye de la obediencia recta, y no actúa en humildad, sino que quiere ser por sí mismo, se asemeja a los peores ángeles, cae de la vida como Satanás y se seca.

Pero tú, oh hombre, ¿quieres considerar a Dios culpable en estas cosas? Por lo tanto, se te responde: ¿Acaso te creaste a ti mismo? No. ¿Es entonces más conveniente que te sirvas a ti mismo en lugar de servir al que te creó? ¿Y qué recompensa podrías preparar para ti, cuando no te hiciste a ti mismo? ¡Ninguna! Sólo el castigo del fuego. Así, en estas dos partes, los ángeles, los hombres y las demás criaturas de Dios están divididos, tal como sucedió cuando Dios señaló al hombre en la circuncisión, porque el primer engañador sedujo al primer hombre de manera engañosa, de modo que, al desobedecer a Dios, consintió en sus palabras y, a través de la desobediencia, hizo lo que él le había aconsejado. Pero esa misma desobediencia fue cortada en la circuncisión según el mandato de Dios cuando Abraham, con benevolencia, obedeció a Dios, actuando tal como se le había ordenado. Entonces, el mismo engañador rugió con astucia en su interior, instigando a algunos hombres con este mal, diciendo que no era posible que reconocieran a ese Dios, a quien ni podían ver, ni escuchar, ni tocar. Y así, se agitó entre el pueblo que estaba marcado por la obediencia, y recordó cómo había engañado al primer hombre cuando dijo: "Seréis como dioses, conociendo el bien y el mal". Y les insufló el peor de los soplos, diciendo que de ninguna manera podrían conocer a Dios, a menos que fuese en alguna forma, ya que el hombre también tenía forma, y si Dios había creado al hombre, ¿por qué se ocultaba de tal manera que el hombre no pudiera ni verlo, ni escucharlo, ni comprenderlo?

Pero toda la antigua ley y el pueblo verdaderamente marcado no pudieron, ni aún pueden, oprimir a este antiguo engañador y a estos hombres errantes, sino que Dios, antes del último día, los oprimirá y los vencerá ante todo el pueblo. De este modo, la antigua ley, junto con todos ellos, es decir, con aquellos que observaban la circuncisión y también con los que estaban en el error mencionado, corrió hasta el nacimiento de Cristo, donde el verdadero sol de justicia apareció en la verdad. Y este mismo sol dio gran esplendor a través de su doctrina, siendo visto y oído en su humanidad, porque los profetas lo habían precedido, como algunos planetas están sobre el sol, lo que Dios había previsto cuando estableció el firmamento con todos sus adornos. A este sol con la luna y las estrellas, Dios les añadió agua y colocó nubes con tempestad, que los relámpagos perforan y que a veces se rompen por el sonido del trueno, de modo que se mueven. Así como Dios creó esta criatura para el servicio del hombre, también prefiguró a su Hijo a través de ella, a quien los profetas predijeron y cuya humanidad tocaron con el servicio de la profecía, como los planetas sostienen al sol sirviéndole.

La profecía, en efecto, que dijo: "He aquí que una virgen concebirá", tocó su humanidad, porque la integridad de la virgen concibió por el calor del Espíritu Santo y no por el calor de la carne, del mismo modo que el sol traspasa algo con sus rayos de tal manera que toda la cosa se calienta con su ardor, sin embargo, no se consume. Porque el sol de justicia surgió de la virgen intacta e iluminó todo el mundo, así como el sol ilumina todo el mundo a través del firmamento, el cual, sin embargo, permanece íntegro. Así, la virgen dio a luz a un hijo cuyo nombre es Emmanuel, porque lo concibió en integridad, y también en esa integridad salió de ella, así como el sol fulmina a través del firmamento sin dividirse ninguno de los dos. Y por eso, Dios con nosotros, porque en esa encarnación que surgió de la sombra del Espíritu Santo en el vientre de la virgen, la santa divinidad permaneció completamente íntegra, como el sol en el

firmamento. Y el poder de la divinidad trascendió los cielos, los abismos y todas las criaturas, y sin embargo, el Hijo de Dios estaba con nosotros a través de su santa humanidad. Pero también a través de la ofrenda de su cuerpo y de su doctrina, ahora está con nosotros y lo estará hasta que lo veamos manifiestamente.

A este mismo sol de justicia con la luna y las estrellas también se les añaden las aguas, es decir, para que enviara a sus discípulos a todo el mundo a predicar el evangelio a toda criatura. Porque lo que los profetas predijeron sobre él, lo cumplió en sí mismo, así como en la creación del mundo Dios descansó de toda su obra el séptimo día. Y así como Dios entonces sometió a toda criatura para servir al hombre, así también ahora el Hijo de Dios, después de su ascensión, encomendó las obras de su encarnación a sus discípulos, cuando por mandato suyo predicaban el evangelio a toda criatura. Pues mostraban a los hombres la fe recta sobre el Hijo de Dios, tal como, estando con él, habían visto y conocido sus milagros, así como el sol brilla en el firmamento.

Así, al recibir esta fe una innumerable multitud de pueblos, se estableció la Iglesia, tal como la luna con las estrellas fue establecida en el firmamento. Y estos mismos pueblos, inspirados por el Espíritu Santo, establecieron entre sí diversos maestros y prelados, así como el firmamento fue iluminado con el sol, la luna y las estrellas, para sostener toda la Iglesia. Luego, truenos y relámpagos se elevaron a través de hombres infieles y crueles tiranos, que invadieron a los fieles del Señor, que ardían en la fe como el sol brilla en su fuerza, y derramaron su sangre, de tal manera que ni siquiera había quien los enterrara. También los truenos que resonaron cuando Satanás fue arrojado al infierno surgieron a través de los enemigos de Dios, que no cesaban de pecar en pecados, y relámpagos aparecieron en muchos cristianos que dividían la fe en infidelidad y quemaban a muchos católicos, tal como sucedió con Arrio, a quien Atanasio completamente aplastó, fortalecido por Juan el Evangelista, quien

absorbió del pecho de Jesús lo que voló en lo alto cuando, en un aliento místico, emitió el evangelio de la divinidad, tal como el mismo Atanasio más tarde escribió, fortaleciendo la unidad de la divinidad en la Iglesia.

Quien quiera, es decir, que todo hombre que desee salvarse, debe mantener la fe íntegra e inviolada, creyendo perfectamente en Dios, para no ser sumergido en el infierno y convertirse en un ser infernal. Pero la verdadera fe consiste en que un solo Dios en la Trinidad de personas, y esa misma Trinidad en un solo Dios, sea gloriosamente honrada sin ninguna confusión de la unidad en la división, porque un solo Dios es inseparablemente en una sustancia de divinidad. El Padre no es diferente en sustancia, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo, ni están separados entre sí en la sustancia de la divinidad, sino que en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hay una divinidad de una sustancia en la gloria de la majestad.

Sin embargo, la persona del Padre es distinta, no siendo la del Hijo ni la del Espíritu Santo; la del Hijo es distinta, no siendo la del Padre ni la del Espíritu Santo; la del Espíritu Santo es distinta, no siendo la del Padre ni la del Hijo. Y estas personas comparten una divinidad inseparable, igual en honor, estable, coeterna y invencible en poder. Pues así como el Padre es en la divinidad, pero no en la persona, así también el Hijo es en la divinidad, pero no en la persona, y del mismo modo el Espíritu Santo es en la divinidad, pero no en la persona. Porque en la distinción de las personas, el Padre es uno, el Hijo es otro, y el Espíritu Santo es otro. Sin embargo, en la sustancia de la divinidad, el Padre no es otro, el Hijo no es otro, el Espíritu Santo no es otro.

¿Y cómo deben entenderse estas personas? Dios, ciertamente, es racional en su Verbo, y vive. Y Dios creó el mundo, es decir, al hombre con toda su gloria, y que debía ser así, Dios lo tuvo siempre en la eternidad. Esto lo hizo Dios solo, sin el cual nada es. ¿Y quién

podría hacer que él existiera, si no existía? Ninguno en absoluto. Dios hizo todo en su Verbo, como lo afirma Juan, que se recostó sobre el pecho de Cristo. Pero Dios es fuego, y en este fuego reside una llama, y esta llama es movida por la vida. En este fuego no hay división alguna, excepto la distinción de las personas. El fuego material y visible es de color dorado, y en este fuego la llama resplandece, que arde en un viento fuerte. Este fuego no resplandecería si no fuese flamígero, y no sería movible si no fuese por el viento. De ahí que hay tres términos en este fuego. La llama proviene del fuego, y el fuego resplandece a partir de la llama, y sólo es movible por un fuerte viento. Además, el fuego arde con la llama, y este ardor, íntegro, infunde e inflama igualmente el fuego y la llama. Y si no hubiera ardor en el fuego, no habría fuego, ni el trueno tendría llama.

Y el alma también es fuego, y su fuego impregna todo el cuerpo en el que está, es decir, las venas con la sangre, los huesos con la médula, y la carne con el vigor, y es inextinguible. Y el fuego del alma tiene su ardor en la racionalidad, con la cual pronuncia la palabra. Si el alma no fuera ígnea, no podría calentar la fría coagulación ni construir el cuerpo en venas llenas de sangre. Pero como el alma en la racionalidad es como el viento, distribuye adecuadamente su calor a todas las partes del cuerpo, para no quemarlo. Y cuando el alma se extrae del cuerpo, el cuerpo perece, tal como la madera no arde cuando carece del ardor del fuego. Pues el hombre es racional según Dios, y la racionalidad del hombre suena con el fuego en el viento. La racionalidad es una gran fuerza, ígnea e indivisa, y si no fuera ígnea, no sería ventosa, y si no fuera ventosa, no sonaría.

Así que Dios creó todo, y fuera de él solo, nadie jamás ha creado algo vital, aunque el hombre forme cosas con su arte, sin embargo, no las hace vivir, porque el hombre tiene un comienzo. Y aquel que creó todo no fue creado, porque no hubo ningún comienzo antes de

él, sino que él es sin principio, y todo está en él, porque por él todo fue hecho. A través de aquellas cosas de las que el hombre huye por temor a ser herido, tiene confianza en Dios, clamando para que lo ayude y lo conserve en el descanso de la paz. A través de las cosas que son por el hombre y que están en él, y con las que él opera, y que le son placenteras y convenientes, aprende a tener caridad hacia Dios. Porque si el hombre no supiera nada más que lo que es suave y agradable para él, no sabría lo que es y cómo se llama, de modo que tiene un conocimiento supremo del peso de la dureza de las cosas nocivas, y sabe lo que es bueno y lo que es malo, y sabe cómo nombrarlas, como hizo Adán. Porque si conociera sólo una cosa en las cosas, la obra de Dios no sería perfecta en él, y no podría reconocer lo que ve ni saber lo que oye, ni lo que es y cómo es. Por tanto, estaría vacío y extinguido, como lo que, quemado por el fuego, se convierte en carbón.

Por lo tanto, como se ha dicho, el Padre es increado, el Hijo también es increado, y así también el Espíritu Santo es increado, porque estas tres personas son un solo Dios, y todas las criaturas fueron creadas por el mismo Dios, pero sin él no se hizo nada. El principio que fue hecho al principio de la creación quiso tener semejanza con aquel que es sin principio, lo cual de ninguna manera debió suceder, porque fue nada, ya que en Dios está la vida y la verdad, pero en el ángel caído y en el hombre hay vanidad, la cual la soberbia infló y pasó como un viento.

Y lo que fue hecho por Dios y en Dios tiene vida en él, y Dios aplastó la cabeza de aquel que primero tomó las mencionadas maldades, y lo arrojó al infierno, porque estaba sin vida. También, el Padre es inmenso, porque no puede ser comprendido ni limitado por ninguna capacidad ni número, como pueden serlo aquellas cosas que fueron hechas en el principio. Porque Dios tenía todo en su presciencia, pero no lo creó todo de repente. Por lo tanto, hay un cierto intervalo en las criaturas, como en el hombre, que se convierte

en infante, niño, joven, anciano y decrépito, lo cual puede ser comprendido. Pero también se debe entender en el Hijo y el Espíritu Santo que son inmensos, ni pueden ser comprendidos ni limitados por ninguna capacidad ni número. Y el Padre es eterno, es decir, en esa eternidad que nunca comenzó, y en la semejanza de una rueda que gira, en la cual no se puede ver ni principio ni fin.

Porque Dios es espíritu. Y todo espíritu es incomprensible, indivisible. La eternidad, que se dice que fue y es, permanece eterna sin ningún cambio, y en ella nadie se asemeja a Dios. Porque la eternidad es única, y todas sus criaturas fueron hechas a través de ella. Y el Hijo, coeterno con el Padre en la divinidad, se revistió de la criatura que es el hombre, y esta vestimenta la divinidad la manifestó como un rayo del sol se infunde en él. Sin embargo, el sol emite su luz sobre la tierra, pero no por ello se aumenta ni disminuye, ni tampoco el Hijo de Dios, al venir al mundo, aumentó ni disminuyó en la divinidad, porque se revistió de su vestidura de la misma manera que Dios vistió a Adán con la frágil criatura para que no se viera desnudo. Pues el hombre no podría ver la eternidad si no fuera en la humanidad, porque la divinidad se ocultó en la humanidad, de manera que, a través de la vestidura de la humanidad, el Hijo fue reconocido, así como el hombre vestido con armaduras es reconocido, aunque no sea visible en ellas.

Pero también el Espíritu Santo es eterno, coeterno con el Padre y el Hijo, quien estuvo presente al principio de toda criatura e inspirándola, la hizo movible. Y no hay tres eternidades en Dios, sino una eternidad en él, y no tres, como Arrio hizo partículas en ella, del mismo modo que los miembros del hombre se cortan en una amputación. Pero la eternidad es una divinidad, que la racionalidad del hombre no puede nombrar con un solo nombre debido a sus poderosas obras. Y como el hombre, teniendo un principio, se convierte en ceniza, tampoco puede explicar lo que fue antes del principio y lo que será después del fin, pero manteniendo una fe en

su alma, habla de la sustancia de Dios, que es espiritual. Porque no hay tres dioses increados, ni tres inmensos, sino un solo Dios, es decir, increado e inmenso, no dividido en tres modos ni en tres partes.

El Padre también es omnipotente, quien creó todas las cosas por su Verbo, que es su Hijo omnipotente. Y el Espíritu Santo omnipotente, que es vida, lo recorre todo, como el calor del fuego y de la llama arde. Sin embargo, no son tres omnipotentes, sino que Dios en tres personas es un solo Dios omnipotente. Y sería incongruente que el hombre, que con un alma racional es un solo hombre, se dividiera en tres, pues entonces no sería una vida íntegra sino un cadáver mortal. ¿Cómo podría dividirse una única vida en la que no hay mortalidad ni principio ni cambio?

Pero Dios es el Padre que es poderoso, Dios es el Hijo que es la potencia del Padre, Dios es el Espíritu Santo que es la vida por la cual procede toda vida. No son tres dioses, sino una única divinidad sin ninguna división, cuya fuerza poderosa es nombrada con diferentes nombres. Así también, dominando, el Señor es el Padre; operando, el Señor es el Hijo; vivificando, el Señor es el Espíritu Santo; y estos son la íntegra divinidad de tres nombres, así como Dios designó toda su obra en una sola fuerza de la divinidad. No son tres señores dominando singularmente, sino una única divinidad en tres fuerzas de tres personas, es decir, dominando, operando y vivificando todas las criaturas y moviéndolas a sus oficios, y así hay un solo Señor.

Y este Señor hizo dos obras: el ángel y el hombre, junto con toda criatura. El ángel, sin embargo, es espíritu, y el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios para operar con los cinco sentidos de su cuerpo, a través de los cuales no está dividido, sino que por ellos es sabio, conocedor y capaz de llevar a cabo sus obras. Estas tres fuerzas, Dios las ha señalado en el hombre, a saber, que el alma del

hombre es racional, lo cual mueve el cuerpo a obrar, y en la cual se perfeccionan plenamente los cinco sentidos del cuerpo del hombre. Porque a través de la vista, el hombre conoce las criaturas; a través del oído, la racionalidad le narra lo que es lo que oye; a través del olfato, discierne lo que es conveniente o inconveniente para su uso; a través del gusto, conoce de qué y cómo se alimenta; y a través del tacto, opera el bien y el mal, y dirige todas sus obras con los mencionados cinco sentidos. Estos cinco sentidos en el hombre se unen en tal forma que uno no puede prescindir del otro y están en un solo hombre, que sin embargo no se divide en dos ni en tres hombres, sino que realiza todas sus obras con estos cinco sentidos y es un solo hombre.

Y además, por el hecho de que el hombre es sabio, conocedor e inteligente, reconoce las criaturas. Asimismo, a través de las criaturas y de sus grandes obras, que apenas puede comprender con sus cinco sentidos, conoce a Dios, a quien no puede ver si no es en la fe. Así, el hombre a través de sus cinco sentidos comprende y conoce todo en las criaturas, porque por la vista ama lo que gusta, por el oído discierne lo que elige como conveniente al olfato, y por el tacto opera lo que le agrada, y en esto imita a Dios, que creó todas las criaturas. Del mismo modo, el hombre, por el hecho de ser sabio, discierne lo que es placentero o nocivo para él, y por el hecho de ser conocedor, obliga a la criatura a que, sirviéndole, le esté sometida y atrae hacia sí lo que desea y aleja de sí lo que no desea. Y por el hecho de ser inteligente, sabe qué corresponde a cada criatura en su oficio.

Con estas tres fuerzas y sus apéndices, el hombre es racional en su alma, la cual de ningún modo se divide, así como si por la persuasión del diablo algún miembro del hombre es amputado, el alma racional no se divide por ello. El cuerpo, sin embargo, es la estructura del alma, que actúa junto con ella según su sensibilidad, del mismo modo que un molino es movido por el agua. Así pues,

todos los pueblos ungidos con crisma en la fe verdadera son convocados, y no deben confesar ninguna división en la unidad, sino que las tres personas son una verdadera y firme divinidad. Y dado que no hay tres almas en un alma racional que tiene tres fuerzas, sino que es una sola alma, ¿por qué habría alguna división separable en la unidad de la divinidad, siendo que todas las cosas fueron creadas por Dios? Por lo tanto, no se debe decir que hay tres dioses o tres señores, sino que se dice que hay un solo Dios, que creó todo, y un solo Señor, a quien todas las criaturas invocan como su Señor y a quien todas ellas pertenecen. Y por ello, se debe prohibir que alguna singularidad dividida sea considerada en la unidad de la divinidad, porque Dios es uno.

Y el Padre no fue hecho por nadie, porque antes de él no apareció nadie de quien pudiera haber sido engendrado o creado, sino que es eterno sin principio. El Hijo, sin embargo, sin ninguna separación, procede solo del Padre, no hecho inicialmente, ni creado en sus miembros, sino engendrado, como la luz en el sol, sin ninguna separación. Este tomó carne de la Virgen María, pero la claridad de la divinidad no lo abandonó, porque eternamente estuvo en la divinidad con el Padre, aunque en el tiempo asumió su vestidura, es decir, la carne de la Virgen Madre. Pero el Espíritu Santo es la vida que mueve todos los soplos en las criaturas, y esta vida no fue hecha por ningún soplo ni creada por nadie, ni engendrada por otro, sino que es coeterna y coigual en la divinidad con el Padre y el Hijo. Él, de hecho, estuvo presente en la primera creación del mundo, porque el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas, iluminando el círculo de todo el mundo cuando el Verbo de Dios dijo: "Sea". Y el Espíritu Santo, procediendo del Padre y del Hijo en la verdad de la profecía, hizo profetizar a los profetas, quienes, no obstante, muchas veces ocultaron la profundidad de la profecía, aunque escribieron el texto, porque a veces hablaban como en sombra y en visión nocturna, a través de símbolos.

Y al venir sobre los apóstoles en lenguas de fuego, los llenó completamente y los transformó en otros hombres, de modo que ellos vieron esas mismas lenguas y sintieron el toque del Espíritu Santo, que no había aparecido así a ningún hombre antes del nacimiento de Cristo, ni aparecerá después, porque Cristo es el unigénito de Dios. Que se les apareciera en lenguas de fuego se debió a que la Virgen María concibió al Hijo de Dios en el ardor ígneo del Espíritu Santo, y así también él procede del Padre y del Hijo. Y dado que los apóstoles lo veían en el fuego, hablaban manifiestamente con sabiduría e inteligencia. Y porque el Hijo de Dios fue concebido en María Virgen por el Espíritu Santo, el Espíritu Santo permaneció y permanece en él, y siempre está con él, y nunca se separan. Por tanto, la fe íntegra y pura es que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como se ha dicho antes. Pero lo que el Hijo dijo, que procede del Padre, lo decía en honor al Padre, considerando que su encarnación tuvo lugar en el tiempo, mientras que a la divinidad del Padre no le pertenece el tiempo.

Así pues, hay un solo Padre y no tres Padres, sino uno poderoso, porque si no fuera poderoso, no habría engendrado al Hijo, y si el Hijo no hubiera sido engendrado, el mundo no habría sido creado. También hay un solo Hijo y no tres Hijos, sino uno por quien todas las cosas fueron hechas, consustancial al Padre. Y un solo Espíritu Santo, y no tres Espíritus Santos, sino uno que vivifica y mueve todo. Porque cada raíz tiene en sí la vitalidad de la cual procede el fruto. Esto, sin embargo, se ve de manera desigual, pero están en uno. ¿Por qué, entonces, no sería el creador de todas las cosas una Trinidad de personas? Pues la persona del Padre se entiende por la raíz, la persona del Hijo por el fruto, y la persona del Espíritu Santo por la vitalidad, y no se separan entre sí, sino que son un solo Dios.

Y en esta unidad de la Trinidad no hay nada que anteceda primero, ni nada que siga después, nada mayor en magnificencia, nada menor en poder, sino que todas las personas de esta Trinidad se unen en una

sin ningún vacío, y en la eternidad y en la igualdad, coeternas y coiguales entre sí, de modo que en estas mismas personas no hay nada de lo cual se pueda decir, según la divinidad, que es y no fue, grande y pequeño, porque Dios, sin principio ni fin, no recibe aumento ni disminución, porque es inmutable.

La obra de Dios en la criatura, que antes no estaba formada, ahora aparece formada y atraviesa los tiempos, expandiéndose en grandeza y contrayéndose en pequeñez. Por lo tanto, se deben adorar tres personas en la unidad y un solo Dios en tres personas, porque él creó todo y es la vida de la cual proceden todas las cosas vivientes, lo que cualquier fiel debe aceptar sin dudar. También es necesario para el fiel no apartarse de la fe católica, sino creer que la encarnación del Hijo de Dios es verdadera, y considerar cómo fue creado y cómo el cuerpo con el alma racional es una unidad operante.

Dios, antes de los tiempos, previó la forma del hombre en la que asumiría la carne, y quien duda de esto, se niega a sí mismo y no cree que en las dos naturalezas, el alma y el cuerpo, a través de tres modos, es un solo hombre. Porque si uno de estos tres elementos, es decir, el alma, el cuerpo, o la racionalidad, de los cuales el hombre está compuesto, faltara, el hombre no sería. Pues el hombre es racional en su alma, que en el cuerpo realiza todo, incluso con la voz de las palabras, porque las criaturas son parte del hombre, así como las ramas lo son del árbol, ya que el hombre no fue creado sin las demás criaturas, al igual que el árbol no fue creado sin ramas.

Por lo tanto, la fe verdadera es que Cristo, el Hijo de Dios, nacido antes de los tiempos, es Dios, y también, a través del revestimiento de carne, es verdaderamente hombre. Así, es Dios por la sustancia del Padre, porque es coeterno y coigual con él, engendrado antes de los siglos, porque todas las cosas fueron hechas por él. Pero por la humanidad, que tiene tiempo, es hombre por la sustancia de la madre. Él es, en efecto, plenamente Dios en la integridad de la

eternidad y plenamente hombre con un alma racional y una carne pura y sin ninguna mezcla de naturaleza humana masculina, y es coigual con el Padre en la eternidad de la divinidad, pero menor que él en la humanidad que tiene tiempo. Y siendo Dios y hombre, no está dividido en dos, sino que es un solo Cristo, no por la transformación de la divinidad en carne, sino por la asunción de la carne que la divinidad asumió, y que perfundió con su claridad, como un rayo de sol brilla en el sol. No obstante, no hay ninguna confusión entre la sustancia de la divinidad y la sustancia de la carne, sino que en la verdadera unidad de la persona, Cristo es uno, el verdadero Hijo de Dios.

Porque así como en el alma racional no hay ninguna transformación a través de la carne del hombre, ya que el aliento racional proviene de Dios, quien impregna todo el cuerpo del hombre y mueve todas las obras del hombre operante, y así como el alma y la carne son un solo hombre, así también, sin duda alguna, el Hijo de Dios, nacido antes de los siglos, revestido plenamente de carne asumida de la Virgen, es Dios y hombre, un solo Cristo. Llamado Cristo, por la unción de la gracia de Dios. Él, en su santa humanidad, fue herido por la perforación de los clavos y la lanza, a causa de la herida del primer hombre, la cual infligió a toda su descendencia, para que con el livor de su sangre la sanara y la perfundiera con la unción del aceite de la gracia, y la atara con penitencia cuando el hombre se doliera de haber pecado. Herido, descendió espiritualmente al pozo del abismo infernal y allí atrajo a muchos hacia él, arrebatando del infierno al primer hombre y a todos los que en las costumbres del honor humano habían tocado alguna vez a Dios, y los situó en el lugar de delicias y alegrías que habían perdido en el primer padre.

Pero que al tercer día resucitó de la muerte del cuerpo durmiente, en esto designó las tres personas de la divinidad, y ascendiendo al cielo con el mismo cuerpo, fue a sentarse a la derecha del Padre, lo cual es la salvación del pueblo creyente, otorgando vida a aquellos que

redimió con su sangre. Y todos estos fueron conocidos antes de los tiempos de todos los principios, porque el Verbo del Padre, por el cual todas las cosas fueron hechas, se revistió de carne para redimir al hombre que había formado.

Y el mismo Hijo de Dios vendrá al final de los tiempos como justo juez para juzgar a los vivos y a los muertos, a los vivos, es decir, a los que fueron hallados obrando en la obra de la fe, y a los muertos, es decir, a los que obraron las obras de la muerte a través de la infidelidad, cuando en la voz de la trompeta resonante de la llamada, el hombre se someterá al Hijo de Dios en el juicio, como escabel, porque entonces, al verlo, lo reconocerá como digno. Pues en la venida de este juez, por la mencionada llamada, los muertos resucitarán con sus cuerpos, así como también por la voz del Verbo de Dios toda la creación procedió, y todos responderán a su juez por sus propias obras, las cuales realizaron en su cuerpo mortal, y ninguno podrá excusarse, porque cada uno reconocerá y verá abiertamente sus propias obras, que antes solo sabía haber hecho, ya que están en ellos como en una vestimenta, y por ello los seguirán a todas partes.

Y aquellos que hicieron obras justas y rectas irán a una mayor claridad de vida que la que el sol da a este mundo, con sus almas iluminadas por la gracia de Dios, por lo cual también los ángeles alaban a Dios, porque estos han hecho tan grandes obras que son gloriosamente rodeados, como un hombre es revestido con una prenda preciosa. Y también una innumerable multitud de esos hombres que, antes de su fin o incluso en su final, hicieron penitencia perfecta y confesaron a Dios sus pecados, el Hijo del Hombre los elevará hacia él con su sangre y recompensará a cada uno según sus obras en la vida.

Pero los malvados, que no tienen excusa por sus obras injustas, y no saben qué decir, y que a través de las artes del diablo adoraron ídolos

y realizaron obras malas sin fin junto con la multitud diabólica, serán revestidos con la confusión de sus obras y descenderán al pozo del infierno con el diablo, quien lo ocupó cuando quiso ser semejante a Dios. Por lo tanto, es verdad y debe creerse con confianza que una divinidad en tres personas y tres personas en una divinidad son una sola vida eterna, y quien no crea esto será borrado del día de la salvación.

Explicación. Pero vosotros, maestros y doctores del pueblo, ¿por qué sois ciegos y mudos en el conocimiento interior de las Escrituras que Dios os ha propuesto, de la misma manera que él estableció el sol, la luna y las estrellas para que el hombre racional reconozca y discierna los tiempos a través de ellas? Se os ha propuesto el conocimiento de las Escrituras para que en ellas, como en un rayo solar, podáis discernir cada peligro, y para que a través de vuestra enseñanza iluminéis, como la luna en las tinieblas de la noche, a los hombres que yerran en la infidelidad, que son como los saduceos y los herejes, y como muchos otros que yerran en la fe, que están entre vosotros y que muchos de vosotros saben que existen con rostro inclinado, semejantes a los animales y las bestias. Porque ni ven ni quieren saber que, por el aliento de vida, son racionales, ni levantan la cabeza hacia aquel que los creó y los gobierna a través de los cinco sentidos que les ha otorgado.

¿Por qué, entonces, en el hombre racional existe la semejanza del animal que se inclina, que es despertado por el soplo del aire, que exhala nuevamente y así termina, y que no tiene otro conocimiento que el de sentir y temer lo que lo hiere, y que no obra nada por sí mismo, a menos que sea impulsado a hacerlo? ¿Y cómo es apropiado que el hombre esté en sociedad con la bestia, que le está sujeta por su servicio, por la cual se alimenta y a la que manda y domina, ya que no es racional?

Por eso, el Padre supremo habla al Hijo, tal como está escrito por el Espíritu Santo: "Los gobernarás con vara de hierro, como a vasijas de barro los quebrarás." ¿Qué dice? A quienes te resistan, reyes, los castigarás con vara de hierro, que es dura, y los quebrarás como a una vasija de barro, que está hecha de arcilla, porque ellos también son de la tierra. Pues no entran por la puerta de la rectitud a través de la fe, ni salen por la fama de las buenas obras, porque son ladrones, y por la propiedad de su voluntad matan y destruyen lo que desean, porque son hipócritas, subvirtiendo la ley para su propia perdición.

Pero vosotros, que en la enseñanza magistral sois como la luna y las estrellas para quienes os escuchan, sin embargo, por honor y riquezas del mundo, más que por Dios, rumiáis las Escrituras. Escuchad y entended que sería mucho más necesario que rompierais las tinieblas nocturnas de los hombres errantes e infieles, que no saben por qué camino caminan, para que los atrajerais hacia vosotros por la fe. Ahora, pues, guiadlos con verdadera amonestación, mostrándoles que Dios, en el principio, creó el cielo y la tierra y las demás criaturas para el hombre, y lo colocó en un lugar de delicias, el paraíso, y le dio un mandamiento que transgredió, por lo cual fue expulsado a las tinieblas de este exilio. En esa misma transgresión se mostró cuán grande fue la culpa, porque el hombre no obedeció al Creador, sino a aquel que lo engañó, ya que es más justo obedecer al Señor que al siervo engañador que se asemejó a su Señor.

Con estas palabras llenad sus corazones con la vara de hierro, para que reconozcan que no deben apartarse de su Creador, o si se han desviado de él por la infidelidad, que caerán en el sepulcro del infierno con aquel a quien han imitado. Porque los que perseveran en la infidelidad serán quebrantados como una vasija de barro que al alfarero le parece indigna e inadecuada, y porque no hicieron obras de fe, no podrán entrar en la vida eterna, así como la vasija mal hecha por el alfarero no se repara, sino que se rompe.

Vosotros que gobernáis al pueblo, comprended esto y mirad hacia el Dios invisible, a quien nadie puede atacar ni ver con los ojos carnales, y reflexionad en cómo administráis la mayordomía que habéis recibido de él, porque en su nombre habéis sido glorificados con gran honor, y así guiad al pueblo para que no os avergoncéis en el día del juicio ante su presencia. También, tened cuidado de que, por la voluptuosidad de la carne y las delicias del mundo, no os volváis tan tediosos que apenas podáis abrir un solo ojo hacia la doctrina celestial. Estas cosas son duras para vosotros, porque quien atiende diligentemente a las cosas celestiales, en lo que gobierna, hiere todo su cuerpo, ya que aparta de sí los deseos de la carne.

Por lo tanto, por temor a Dios, que es vida y verdad, no desprecies a quien escribe estas cosas en forma femenina, quien no ha sido instruida en la doctrina de las letras, y que desde su infancia hasta el septuagésimo año de su vida fue débil, y que no ha visto ni oído esta escritura con los ojos y oídos del hombre exterior, sino que sólo la ha visto y oído en el conocimiento interior de su alma. No levantéis, pues, vuestra mente en altivez desechándola, porque Dios hizo que un animal irracional hablara según su voluntad. Esta visión en la que yo, pobre forma, vi estas cosas, no se ha apartado de mi alma desde mi infancia hasta la mencionada edad, y he escrito estas cosas en este lugar que fue destruido por algunos tiranos y quedó desolado por muchos años, en el cual reposan las reliquias del bendito Roberto, quien fue noble según la dignidad de este siglo, y a quien Dios gloriosamente reunió con él en el vigésimo año de su vida. Este lugar ahora, finalmente, después de esos años de desolación, ha sido restaurado por la gracia de Dios en sus maravillas.

Porque el Señor se acordó en este su santo de aquellas palabras que dijo a sus discípulos: "Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados." Y no quiso omitir revelarlo. Pues se debe escribir sobre los méritos de los santos, para que la buena y recta fama resuene en

los oídos de los fieles, tal como también la creación alaba a Dios porque fue creada por él.

Porque Dios es eterno, y su obra fue hecha para alabanza de su nombre, ya que si el alma no estuviera en el cuerpo del hombre, el hombre no viviría, ni el alma podría actuar sin la carne. Así, el ángel es alabanza en Dios, y el hombre es obra en Dios. Por lo tanto, sea la alabanza para él en todas sus maravillas y en los méritos de los santos, que es la verdadera eternidad creando todas las cosas y renovando el cielo y la tierra en el último día, cuya altura y profundidad nadie más ha alcanzado, y cuya amplitud de conocimiento nadie podrá comprender.

Por lo tanto, esta escritura debe ser escuchada y entendida por los fieles. ¡Oh, cuán gloriosa es la divinidad, que al crear y obrar se manifiesta a través de su criatura! Así lo hizo con los tres jóvenes a quienes infundió de tal manera que, sin ninguna visión de las Escrituras y sin la enseñanza de los hombres, lo alabaron en el horno de fuego. Pues así como un alma feliz, despojada de la carne, no desea otra cosa que saborear y conocer a Dios, así estos tres benditos jóvenes, aún viviendo en la carne, al desear ardientemente a Dios, imitaron la naturaleza del alma.

Dios, el Padre, quiso que su Hijo fuera nombrado a través de la incredulidad y la ignorancia en Nabucodonosor, así como los espíritus malignos lo conocen, pero no lo confiesan. A todos estos Dios les mostró a menudo sus maravillas. También manifestó su omnipotencia en Sansón, el más fuerte, quien con su fuerza superó a los leones y a las bestias feroces, pero fue engañado por su esposa, al igual que Adán fue engañado por Eva. Sin embargo, recuperando sus fuerzas, venció a esa mujer y a los demás enemigos, así como Cristo, despojando al infierno, devastó el poder de sus enemigos.

En la durísima batalla de David contra Goliat, prefiguró que, por la humanidad de su Hijo, ataría a la antigua serpiente. También envió

una fuerza tan grande a un débil sentido femenino que una mujer, matando a Holofernes en la noche, liberó al pueblo israelita, y en esto presignificó a la madre de su Hijo, por quien el pueblo fiel sería liberado. Pues en los antiguos santos, a través de la profecía de los profetas y de los holocaustos de carneros y toros, figuradamente estableció el pacto de la alianza, porque preanunció que la Iglesia sería unida al Hijo a través del matrimonio esponsal. Pues a través del revestimiento de la humanidad del Hijo de Dios, la Iglesia se adhiere a él, quien en su sangre la dotó como herencia para sí mismo, de modo que ella, a través del bautismo, regenere la descendencia para la vida, a la que Eva generó para la muerte.

Cristo, en efecto, desposó a la Iglesia para sí en su sangre, tal como fue prefigurado en el juramento que el siervo de Abraham hizo bajo el muslo de su señor, es decir, que la Iglesia sería desposada con Cristo. Pero cuando Lucifer y todos los que lo acompañaban sintieron que Dios Padre había hecho públicamente las bodas de su Hijo, rugió en su interior, y así como Caín golpeó a Abel hasta la sangre, invadió los corazones de los incrédulos y tiranos para que capturaran, hirieran y mataran a los justos, buenos y elegidos de Dios.

Por eso, Cristo contaba a sus discípulos la parábola del hombre rey que envió a sus siervos a invitar a los convidados a las bodas, pero al no querer venir, envió a otros siervos a invitarlos, ya que su banquete estaba preparado. Pero al descuidarlo, tomaron a sus siervos y, tras maltratarlos, los mataron, porque los antiguos santos, a quienes Dios envió primero, y los apóstoles, que fueron enviados después, los judíos y otros hombres incrédulos los borraron de la tierra, reuniéndose en gran alegría.

Sin embargo, Dios, a través del arco iris colocado en las nubes del cielo, recordó su juramento, cuando quiso que su Hijo naciera de una naturaleza virginal íntegra, que este arco significaba, quien

venció poderosamente a todos sus enemigos, así como también los hombres fueron destruidos por el agua del diluvio, pero se recuperó un nuevo mundo de hombres a través del agua del bautismo, en la Iglesia reinando Cristo, como el arco iris apareciendo en las nubes.

La Iglesia, en efecto, está unida al Hijo de Dios, como la circuncisión estaba unida a la ley, que prefiguradamente servía a la Iglesia. Pero el nuevo siglo, que está dorado con el adorno de la Iglesia, nunca será completamente menospreciado, así como el arco iris no desaparecerá en el cielo, sino que será comprimido con temor, de modo que apenas sea visible con un ojo, y nuevamente será restaurado en el Hijo de Dios, tal como será recuperado en el tiempo del hijo de perdición.

En los diversos colores del mencionado arco iris, se significan las fuerzas de las virtudes de la innumerable multitud de santos: en el calor ígneo, la castidad y la continencia; en el púrpura, los martirios de los mártires; en el jacinto, la doctrina de los mayores; y en el verde, se representan las virtudes de las buenas obras de los santos, que, expiradas a través del Hijo de Dios, irradian como los rayos proceden del sol. El mencionado rey, después de enviar sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas y quemó su ciudad, porque cuando las antiguas y nuevas tribulaciones pasaron, Dios todopoderoso, enojado contra sus enemigos, cuando los príncipes romanos asolaron Jerusalén, que estaba empapada con la sangre del verdadero Cordero y con la sangre de otros santos, la excavaron y la arrasaron por completo, y destruyeron todos los estatutos de los que habitaban en ella, matándolos y vendiéndolos.

Entonces, la Iglesia fue nuevamente edificada, así como la santa ciudad de Jerusalén, que desciende del cielo, preparada por Dios como una novia adornada para su esposo, porque el Cordero de Dios reunió a los hombres de edad lactante, infantil, juvenil, madura y decrépita, con los cuales adornó la Iglesia en la novedad de las

buenas obras y en la humildad de las virtudes descendiendo del cielo, así como cada uno de ellos perfeccionó buenas y santas obras, preparadas por el Espíritu Santo, del mismo modo que la novia se adorna para su esposo cuando arde en amor por él, así también la Iglesia está unida a Cristo.

Así también hizo Dios en su elegido, es decir, el bendito Roberto, a quien llenó por completo desde su infancia y a quien condujo hasta un buen fin, quien, brillante en linaje y riquezas mundanas, fue amado por Dios a través de la libertad de la bendición de Dios.

La vida de San Roberto, nuestro queridísimo patrón.

Pues, como veo en una verdadera visión, nuestro bendito patrón Roberto, habiendo perdido a su padre, vivía con su madre viuda en este lugar, y dedicándose a las buenas obras y sirviendo a Dios en castidad, humildad y santidad, compró con lo efímero y temporal las recompensas eternas. Porque, como el viviente me mostró en la verdadera visión y me enseñó, así hablaré de él. Dondequiera que la verdadera santidad existiera, allí la santidad pudo permanecer y durar por mucho tiempo; pero donde no existía la verdadera santidad, allí la mentira no pudo durar mucho. En el bendito Roberto, en cambio, existía la verdadera santidad, tal como la divina majestad lo mostró abiertamente cuando me trasladó, junto con algunas hermanas, al lugar de sus reliquias por medio de un gran milagro de grandes visiones, lo que es claramente evidente para todos los que ven y desean saber.

El padre de la madre del beato Roberto, originario de Lorena, fue un príncipe en ese lugar y poseía vastas tierras y riquezas en la región de su nacimiento y en otras regiones circundantes, así como a lo largo de las orillas del Rin en tierras fértiles, siendo grande y reconocido entre los príncipes del siglo. Él, siendo verdaderamente católico, floreció en los tiempos del gran emperador Carlos, y tomó por esposa a una doncella, la madre de la bienaventurada Berta,

proveniente de lejanas regiones y rica en grandes riquezas. De ella tuvo una hija, la madre del beato Roberto, a la cual, al llegar a la edad adulta, solemnemente la unió en matrimonio con un pagano y tirano, noble sin embargo y duque según la dignidad del mundo, llamado Robolao, cuando los paganos y los cristianos aún convivían juntos debido a los primeros pasos en la verdadera fe, y le otorgó como dote sus tierras fértiles a lo largo del Rin.

Con la esperanza de que, debido a la elegancia de su linaje y la extensión de sus tierras, este Robolao pudiera ser inducido al nombre cristiano, aunque esto no dio ningún resultado. Después de haber vivido con ella laudablemente durante algún tiempo, comenzó a resentir sus honestos modales y, uniendo a otras mujeres, no la abandonó en matrimonio, pero, llevando la tiranía de una mente incrédula, no amó el bautismo. Por lo cual, esta bendita mujer sufría mucho y en su corazón hacía un voto a Dios, que si era liberada de él, no se uniría en matrimonio con otro hombre. Y suspirando, llorando, orando, y ofreciendo a Dios sacrificios de alabanza con limosnas, decía: "Oh, oh, ¿cuándo seré liberada de las ocupaciones de este siglo, que son una prisión amarga para mi alma y mi cuerpo?"

Sin embargo, hablemos más de la benevolencia de la bienaventurada Berta que de su santidad, para que la gloria sea a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Pues finalmente concibió un hijo y lo dio a luz, y si se me permitiera decirlo, lo envolvió en pañales como la bienaventurada Madre de Dios, María, envolvió a su hijo. Su padre, abundante en la gloria del mundo como se ha mencionado, tenía un castillo muy fortificado en el monte llamado Lueb, y gobernaba casi toda la provincia hasta la ciudad de Maguncia.

Cuando el beato niño Roberto tenía tres años, su padre, combatiendo en grandes batallas contra los cristianos, murió asesinado ante Dios

y los hombres, y la beata Berta quedó viuda. Viéndose libre del vínculo con su esposo y de la preocupación por el mundo, abandonó el mencionado castillo y se trasladó a otro lugar, situado sobre el río Nava, donde ahora reposan sus reliquias y las del beato Roberto, y allí construyó una iglesia. También dejó de lado la preciosidad y el esplendor de las vestiduras, y ya no prestó atención a la dignidad de su linaje ni a sus riquezas, sino que, vestida de manera humilde y con un tosco saco, ceñida con un cinturón, de ahí en adelante sirvió a Dios devotamente en la continencia de la viudez, como había deseado durante mucho tiempo.

También reunió a muchos hombres perfectos y a otros buenos, y permaneció en el mencionado lugar, mortificándose con vigilias y ayunos, sirviendo a Dios diariamente con oraciones y limosnas, y fortaleciendo a su hijo con su buen ejemplo en la santidad, porque temía que, por sus parientes y amigos, pudiera ser arrastrado a las voluptuosidades del mundo. Y para que esto no ocurriera, lo encomendaba a Dios día y noche. Sin embargo, muchos tiranos, tanto adoradores de Cristo como servidores de ídolos, la acosaban, y atraídos tanto por la elegancia de su linaje y cuerpo como por sus riquezas y tierras, deseaban casarse con ella. Pero ella los rechazaba a todos con una sola mente y una sola voluntad del alma, y se esforzaba por agradar únicamente a Dios, y por educar a su hijo más para la gloria de Dios que para el honor del mundo.

Cuando vio que las buenas virtudes en él surgían con la buena esperanza de la vida celestial, y que su ánimo se inclinaba más hacia lo eterno que hacia lo efímero, se regocijaba por los muchos dones del Espíritu Santo que veía en él. Porque el mismo beato Roberto, cuando era niño y mamaba, no tenía las malas costumbres de un infante, llorando o enfadándose, y cuando fue destetado, en su infancia se comportaba como un hombre que con la mayor intención anhela a Dios. Por eso, su padre lo odiaba, afirmando muchas veces que se volvería tonto y necio, mientras vivía. Pero los que adoraban

a Dios con buena y recta fe, viendo a este niño tan benévolo en su infancia, lo amaban mucho, y aunque por ignorancia, decían verdaderamente que sería bendito en el futuro. El Espíritu Santo, quien llenó de gracia al patriarca Jacob en el vientre de su madre, también inspiró a este niño. Porque Dios a menudo hace sus milagros en aquellos que, debido a la suavidad de sus venas y médulas, aún no poseen un conocimiento pleno, así como el grano de trigo, que al ser molido en harina, se mezcla con agua antes de poder ser cocido y comido.

Dios, de hecho, no olvida la primera creación en Adán, y no desprecia infundir el aliento de vida en una coagulación que debido al pecado es impura, y aunque esta coagulación se vuelve tortuosa a través de la tentación del diablo y se transforma de la plasmación pura del primer hombre en esta coagulación impura de costumbres viperinas, Dios sin embargo la hace comprensible a través del aliento de vida. Y algunos hombres nacidos de esta manera, más inclinados a la maldad que al deleite de la carne, atraen hacia sí lo que eligen y huyen del buen conocimiento como si de un hedor se tratara. Otros, en cambio, prefieren los placeres de la carne a la maldad y aman los pecados; algunos, sin embargo, huyen tanto de la maldad como de la complacencia en los pecados y se vuelven hacia el buen conocimiento.

Pero aquellos que perfeccionan su maldad en la malignidad son semejantes al diablo, quien, viendo la claridad de su glorioso honor, confiando en sí mismo, se negó a reconocer a Dios. Por eso, muchos de ellos perecerán. Pero aquellos que, más por el gusto de la carne que por la maldad, se ven empujados al pecado, son llamados pecadores, y de entre ellos, Dios elige a muchos, estableciéndolos como columnas del cielo cuando se avergüenzan de la superfluidad de sus pecados y los enmiendan con penitencia. Pero aquellos que se sienten comprensibles por el aliento de vida y se inclinan hacia el

buen conocimiento, alejándose del mal, están alienados del mundo terrenal y su mente está en el cielo, asociándose con los ángeles.

Dicha coagulación, sudando desde el cuerpo terrenal, también es como la tierra, pues algunas tierras son tan duras que no pueden producir fruto alguno, a pesar de cualquier esfuerzo; otras, trabajadas con gran esfuerzo, apenas producen algún fruto, y algunas otras son tan blandas y húmedas que, fácilmente aradas, producen mucho fruto. Y dado que el hombre, mediante el intelecto, comprende lo que es dulce o amargo para él, si en el buen conocimiento elige la obra de la rectificación, el Espíritu Santo le otorgará la vitalidad para perfeccionar esa obra. Pero si elige la muerte en los pecados, el primer engañador, quien encendió el pecado en su primer nacimiento, le soplará la muerte.

Así como el Espíritu Santo trae la vitalidad del deseo celestial a quienes lo aman y, con el arado de la penitencia, convierte a muchos pecadores para que lleguen al reino celestial, así también el espíritu maligno inflama los viciosos males en aquellos que los aman, y a menudo los induce a la desesperación, para que se sumerjan en los lugares del infierno. En todo esto, el hombre recibe la recompensa que busca, de modo que si busca la vida de Dios, esta le será otorgada; pero si mira hacia las cosas mortíferas, recibirá la muerte por el soplo del diablo. Porque el hombre posee la sensualidad y el intelecto en todas sus obras, y puede cavar la tierra y sembrar la semilla sobre ella, la cual, sin embargo, yacería muerta en la tierra sin fruto, si Dios no la vivificara.

En la plena bendición de la tierra fructífera, es decir, la benevolencia, Dios amaba a Jacob antes de que naciera, y en esa misma inspiración visitó al bendito niño Roberto en su infancia. Dios, de hecho, previó que la tierra sensible de este bendito niño anhelaría a Dios, y porque esto comenzó a manifestarse en sus costumbres mientras aún era lactante, todos los que lo veían lo

amaban mucho, porque dondequiera que hay benevolencia en un hombre, los deseos de otros hombres se encienden hacia su amor, como el rocío cae sobre el grano para que florezca.

Así, cuando este niño tenía siete años, deseaba aprender las letras, y su madre se encargó de que lo instruyeran, pero no quería que fuera clérigo, sino que tenía la intención de que, en lugar de su padre, fuera el duque de su provincia y el defensor de las iglesias. Sin embargo, él, por la gracia del Espíritu Santo, era misericordioso con los pobres, lo cual es un servicio y sustento de la benevolencia, tal como las entrañas, que sirven al hombre, lo contienen. Porque, según las costumbres de los niños, dondequiera que encontraba niños pobres, los llevaba a su madre, diciendo: "Madre, aquí están tus hijos". A lo cual ella, recibiendo con benevolencia este acto, le respondía: "Hijo mío, son tus hermanos".

Nutriéndose de manera adecuada y honesta, progresando en edad y sabiduría ante Dios y los hombres, alcanzó la juventud siendo educado en santas costumbres y virtudes, ungido con el óleo de santidad como David fue ungido con el óleo de alegría sobre sus compañeros. Y con todo el esfuerzo de su mente, despreciaba la gloria de todo el mundo, aunque parecía poseerla corporalmente ante los hombres. Pues vivía santamente en buenas costumbres, y frecuentaba con pías oraciones la iglesia asiduamente, y lo que se enseñaba en los sagrados volúmenes lo recordaba con piadoso estudio.

Y cuando alcanzó los doce años de edad, su madre le dijo: "Hijo mío, dado que tenemos muchas riquezas y posesiones, hagamos un oratorio en honor de Dios y para la salvación de nuestras almas". A lo que él respondió: "No, madre mía, sino que primero debemos atender a lo que dice el Evangelio. Cristo dice: 'Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y errantes llévalos a tu casa.' Y nuevamente: 'Cuando veas a uno desnudo, cúbrelo, y no te escondas

de tu propia carne'." Al escuchar esto, su madre se alegró mucho, porque su hijo le había dado tan sano consejo. Pues a través del Espíritu Santo, los buenos y santos deseos sudaban en su alma como bálsamo, y en silencio reflexionaba sobre cómo llevar a cabo lo que él había dicho, y así se quedó dormida.

Entonces, por la admonición del Espíritu Santo, vio en sueños a un anciano que tenía un rostro hermoso y que lavaba a unos niños en agua limpia, y después los conducía a un jardín lleno de toda clase de flores y árboles, amenísimo y lleno de la fragancia de todos los aromas, y los vestía con una vestidura blanquísima. Y el bendito Roberto, atraído por la amenidad de ese lugar, dijo al anciano: "Quiero quedarme aquí". A lo que el anciano respondió: "Aquí no permanecerás por ahora, porque debes prepararte una escalera fructífera hacia el cielo, donde serás compañero de los ángeles. Por tanto, no descuides lo que has decidido hacer por los pobres, para que, a través de su alimento y vestimenta, seas alimentado con el pan de vida y revestido con la vestidura con la que Adán fue despojado por la desobediencia, y siendo un peregrino en este mundo con la mente, elijas la mejor parte para ti."

Pero cuando el bendito niño Roberto despertó, contó a su madre lo que había visto en sueños. Ella, profundamente conmovida, dobló las rodillas ante Dios y oró diciendo: Oh, Señor Dios mío, cumplirás mi deseo en mi hijo. Luego, tanto la madre como su hijo construyeron algunas casas cerca de la orilla de las aguas que fluían, donde cuidaban a los pobres y desnudos, a quienes también les proporcionaban alimento y vestimenta a través de dos hombres fieles y santos. Uno de ellos, llamado Wichberto, les servía en el sacerdocio, y el otro, un siervo ministerial de ellos, era iletrado. El mismo beato Roberto, olvidando su tierna edad y nobleza por amor a Cristo, muchas veces lavaba los pies de los pobres, les ofrecía comida y bebida, y a menudo les preparaba camas. Así sirvió fielmente a Dios hasta los quince años de edad.

Y dado que se destacaba en el esplendor del mundo por sus muchas riquezas y su gran familia, en las que veía que era atraído hacia el mundo, finalmente comenzó a considerar cómo el beato Alejo había dejado a su padre, madre, hogar y riquezas del mundo para peregrinar, y decidió imitarlo por completo en esto, para poder servir a Dios más libremente en paz. Su madre, percibiendo esto en él por ciertas señales, aunque él se lo ocultaba, le decía llorando: "Hijo mío, recuerda el dolor de las entrañas maternas, escucha los lamentos de tu madre viuda, considera a tu familia que solo en ti confía, y evita traernos una miseria intolerable. Pues de nuestras riquezas, puedes dar a los pobres, necesitados y a todos los indigentes según te plazca. ¿Y qué es mejor y más útil para ti que servir a Dios de esta manera?"

Mientras su madre le hablaba con muchas lágrimas y gemidos, el corazón del joven beato se turbó profundamente. Al mismo tiempo, algunos nobles, tanto extranjeros como parientes suyos, venían a él diciéndole: "Tú, que tienes tan gran honor de ducado y tantas riquezas mundanas, ¿por qué te rebajas tanto?" Y con estas y otras palabras similares lo atormentaban diariamente, intentando desviarlo de su buen propósito y de su buen camino. Viendo esto, le dijo a su madre: "He aquí, por la sugerencia del diablo, quien envidia mi propósito y mi vida, seré atrapado e implicado en el mundo, y seguiré los caminos de mi padre, aunque no lo quiera. Pues deseaba la peregrinación para poder servir a Dios más libremente."

Al oír esto, su madre, que había puesto toda su esperanza en Dios, temía y se angustiaba por el temor de que su hijo, atraído por la nobleza de su linaje, se enredara en los asuntos del mundo, y prefería carecer de heredero antes que ver a su hijo atrapado en los lazos del mundo y sirviendo al diablo. Entonces, cuanto pudo por el dolor, le dijo: "Hijo mío, ya que veo que te turbas por muchos consejos y te arrastran al mundo de manera inconveniente, haz lo que quieras, emprende la peregrinación que tanto has deseado, y que

aquel a quien se le dijo 'eres el único peregrino en Jerusalén' te acompañe en tu camino y te devuelva sano y salvo a mí para la gloria de su nombre."

Y él, con el consentimiento de su madre, emprendió la peregrinación y se dirigió a los santuarios de los santos apóstoles Pedro y Pablo con algunos de sus hombres. Cuando los habitantes de esa región lo vieron, se maravillaron de él, diciendo entre sí: "Verdaderamente, este hombre es noble. Su rostro, que aparece claro, brilla en la benevolencia", porque la gracia del Espíritu Santo lo había colmado, y por eso todos los que lo miraban lo amaban con amor fraternal. Pues así como una estrella brilla clara sin nubes, así también la benevolencia se percibe en el rostro de un hombre, porque ese hombre está en buena relación con el Espíritu Santo.

Y mientras el beato Roberto se encomendaba diariamente a Dios y a los méritos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, permaneció allí por un tiempo. Mientras estaba allí, algunos hombres religiosos de la región le preguntaron sobre su forma de vida o su deseo, a lo cual él les reveló todo lo que tenía en su corazón. Ellos le aconsejaron que atendiera a este evangelio donde está escrito: "Ve y vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme", porque la peregrinación le sería buena y útil, para que las riquezas y la nobleza no lo arrastraran a la perdición. Él aceptó su consejo y deliberó en su mente que así lo haría.

Finalmente, regresó a su madre y en su vasta propiedad construyó villas e iglesias en lugares donde no había ninguna, y las distribuyó entre sus hombres para que permanecieran allí y sirvieran a su madre mientras viviera, y asistieran a todos los que llegaran en necesidad. Pero él pensaba dejar el ducado, su madre, su familia, sus posesiones y todo lo que tenía para convertirse en un peregrino por el nombre de Cristo.

La posesión de sus tierras, que había heredado tanto de su padre como de su madre y de otros antepasados, se extendía desde el lugar donde están depositadas sus reliquias, es decir, donde el río Nava desemboca en el Rin, y subía a lo largo de la orilla del Rin hasta el río Selsa, y luego cruzaba hacia otros dos ríos, el primero llamado Wiza y el segundo Apfla. Y luego ascendía más allá del arroyo Elra, que en ese lugar es el central de los tres ríos del mismo nombre, y desde allí se dirigía hacia el río Simer y luego se curvaba a través del bosque San, donde el arroyo Heienbach desemboca en el Rin.

La residencia tanto del beato Roberto como de su madre en ese tiempo estaba en ese mismo lugar, debido a la suavidad de las aguas que fluían, donde ahora están depositadas sus reliquias. Y su ciudad estaba situada allí y fortificada con edificios muy sólidos, extendiéndose por toda la llanura adyacente hasta la base del monte cercano y hasta la orilla del Rin. Pero en la otra orilla del río Nava había una aldea donde se encontraban las casas de sus siervos y pescadores, así como los establos para sus caballos y los graneros donde se almacenaba su grano, y las prensas donde se exprimía su vino. En esos lugares, en ese tiempo, había mayor esplendor y abundancia de riquezas y de todas las dignidades seculares que en otras ciudades de la misma región, ya que allí concurrían y transitaban continuamente muchas personas de diversas provincias.

Finalmente, cuando el beato Roberto alcanzó la edad juvenil, es decir, cuando ya tenía casi veinte años, muchos de sus parientes y siervos lo arrastraban, aunque él se resistiera, hacia las vanidades del mundo. Pero él, porque ardía completamente en el amor de Dios, los repelía con palabras piadosas y apropiadas, ya que Dios, que conoce todas las cosas, tanto futuras como pasadas y presentes, había previsto que ocurriera algo diferente en él.

Pues, aunque este bendito, como un árbol lleno de frutos, era de una naturaleza tan fértil y elegante, que su mente, debido a la nobleza y

las riquezas del mundo, podía fácilmente desviarse hacia la oposición de lo bueno y secarse en la santidad, como sucede a menudo en algunos hombres que comienzan buenas obras pero luego se marchitan en ellas, Dios lo llevó hacia sí. Porque algunos, que siempre se deleitan en las reuniones de los pecadores, a veces prometen a Dios, según su voluntad, que algún día se arrepentirán de sus pecados, y en esto el diablo a menudo los engaña, de modo que luego pecan más en su lascivia que si no hubieran tenido ese propósito en su corazón, porque establecen un tiempo para pecar y otro para dejar de pecar.

Estos, en efecto, disponen en sus costumbres el tiempo en que dejarán de pecar, y mientras tanto cometen pecados más graves de los que cometieron antes, y así hacen de su propia voluntad un ídolo en lugar de Dios, y en esta suavidad son engañados por el diablo, quien les infunde que hagan todo lo que desean según sus voluntades, pues lo tendrán por poco tiempo. A estos, el Espíritu de Dios los había previsto cuando decía: "Todos los dioses de las naciones son demonios", porque así como las naciones llaman dios a la figura que hacen con sus manos, así también estos hacen de su voluntad su dios cuando proponen para sí mismos poder hacer lo que quieren, como dijo la antigua serpiente: "El día que comáis de esto, seréis como dioses", porque pensaba en sí mismo que el hombre podría hacer cualquier cosa que deseara a través del gusto de la carne.

De la misma manera, cuando el diablo miró su gloriosa condición, pensó en sí mismo que podría hacer lo que quisiera, y porque Dios quebrantó la perversidad de su voluntad, por eso odia a Dios y todas sus obras y dones. En este odio, ha quedado completamente cegado, de tal modo que no puede saber verdaderamente que no puede dañar al hombre más allá de lo que Dios le permita, y en esta misma ceguera no conoce plenamente los milagros de la humanidad del

Hijo de Dios, sino que los tiene en duda, porque Dios, que lo arrojó al infierno, no quiere que los conozca.

Así pues, todas las voluptuosidades de la carne del hombre y las maldades más viles del diablo se convertirán en dispersión, como la paja ante el viento, porque así como el calor del viento seca y dispersa las cosas más ligeras en las criaturas, así también la mirada de Dios reduce a la nada todo mal. Pero cuando los hombres son incitados a las voluptuosidades de la carne por la maldad del diablo, es como si se crearan una cara para sí mismos, de la que se dice: "Llena sus rostros de ignominia", porque sus voluntades se saturan de suciedad en la que también se descubren ignominiosamente, porque cuando obran en sí mismos lo que eligen en la delectación de la carne, son contaminados con la ignominia de la caída de Satanás.

Y como sin temor quieren obrar en la delectación de su carne como si fueran dioses, serán ignominiosamente disipados en la opinión de los malvados en la que insisten. Por lo tanto, todo lo que el hombre hace sin Dios se considera como nada, y cada uno recibirá su propia recompensa según su trabajo, de aquel que lo creó. Sin embargo, Dios no encontró paja movida por el viento en su amado Roberto, porque todo lo que este santo recibió por la inspiración del Espíritu Santo lo cumplió rápidamente con la ayuda de Dios, ya que no se propuso para sí mismo un tiempo para su propia voluntad.

Finalmente, la madre del beato joven Roberto, mientras servía a Dios devotamente en la continencia de la viudez con buenas y santas obras, tuvo un sueño por revelación divina en el que vio que una costilla caía de su costado, lo cual la aterrorizó mucho, y expresó frecuentes gemidos y suspiros de su corazón, como quedó claro después de un corto tiempo. Pues su hijo, el beato Roberto, con la intención de cumplir la devoción que había prometido a Dios, comenzó a enfermarse gravemente de fiebre, y en esa enfermedad se le apareció en sueños el anciano que había visto anteriormente,

diciéndole: "Yo soy el Anciano de Días que apareció a Daniel en una visión nocturna, y ahora también me manifiesto a ti, y te llamo a la gloria de la bienaventuranza infinita, porque a través del jardín que te mostré antes en la visión, te prefiguraba las buenas y santas obras que ahora has completado verdaderamente."

Cuando despertó de su sueño, aterrorizado por la tristeza y el temor, porque habría querido cumplir lo que había prometido a Dios en sus deseos, se lo contó a su madre, quien al oírlo, fue golpeada por un gran dolor, y cuántos gemidos y lamentos emitió al escuchar estas palabras, cualquiera que haya pasado por algo similar lo puede comprender.

Así, después de que el beato Roberto sufriera por treinta días en la mencionada enfermedad, Dios lo llevó de esta vida en el vigésimo año de su edad, en una buena confesión y en el temor de Dios, para que no llegara a una edad madura y siguiera los caminos de su padre, porque aquel que todo lo sabe había previsto que esto le convenía. Dios lo previno y lo sacó de esta vida, resplandeciente en su inocencia. Fue enterrado con gran concurrencia de gente de toda la región en el oratorio que él y su madre habían construido sobre el río Nava en su propiedad mencionada anteriormente.

Algunos lloraban por él porque fue arrebatado de esta vida prematuramente, mientras que otros se alegraban por él, porque por los milagros que Dios obró a través de él en ese lugar, toda la región fue iluminada como por el sol. Durante ocho años, Dios realizó muchos signos y milagros en el mencionado lugar, a través de los méritos de este amado suyo, en enfermos, cojos y cautivos, de modo que todos los que eran afligidos por tribulaciones, al venir a su sepulcro, fueron liberados por la gracia de Dios.

La beata Bertha, viuda de Dios elegida, después del feliz fallecimiento de su hijo, llevó una vida santa en gran contrición de corazón. Ofreció todo lo que tenía al sepulcro de su hijo para el

servicio de Dios y proporcionó completamente todas las necesidades de la congregación de hermanos que allí servían a Dios en los divinos oficios. Pues después de la muerte de su hijo, vivió casi veinticinco años en toda bondad de ayunos, limosnas y oraciones, y consumó piadosa y justamente muchos trabajos por amor de Dios. Y luego, atrapada por una enfermedad corporal, entregó su espíritu a Dios, al cual siempre había dirigido sus deseos celestiales, y fue sepultada honoríficamente en paz en el sepulcro de su hijo, en la mencionada propiedad suya. Después de su fallecimiento, el lugar permaneció en honor de la santidad y en paz hasta la tiranía de los normandos.

Pasados algunos años después del feliz tránsito de esta bienaventurada Bertha, el pueblo de los normandos, saliendo de sus tierras, devastó muchas ciudades cercanas a las orillas del Rin por juicio divino. Destruyó también Tréveris, y así, avanzando, llegó a la ciudad de Robolai, del padre del bienaventurado Roberto, donde el río Nava se mezcla con el Rin, como se mencionó anteriormente. Esta también fue reducida a la ruina e incendio hasta quedar en nada. Luego, cuando estos hombres malvados finalmente moderaron su ferocidad y regresaron a sus tierras, los habitantes del lugar mencionado, que habían sobrevivido y que habían sido dispersados en diversos escondites, regresaron. Al ver su ciudad destruida, construyeron nuevas viviendas en la otra orilla del río Nava debido a la protección de los ríos y las montañas adyacentes. Transportaron todo lo que podían llevar del lugar destruido, ya fuera de maderas, piedras, cimientos desechados y otros utensilios, a la otra ribera del Nava para habitar allí. Y así, el lugar anterior, que en otro tiempo florecía con la multitud de su gente, la altura de sus edificios y la amplitud de sus riquezas, fue desolado y llevado a una mayor y mayor desolación con el tiempo. Todo lo que el bienaventurado Roberto había poseído por derecho hereditario fue dispersado entre extraños y diversos hombres en un estado de contrariedad y

disolución, y nada de esto permaneció intacto, excepto la iglesia en la que, como se mencionó anteriormente, descansó este elegido de Dios junto con su madre. Y hasta nuestros tiempos ha durado, al punto que la hemos visto con nuestros propios ojos cuando llegamos a ese lugar por una manifestación divina. Y excepto algunas pocas viñas pertenecientes a la misma iglesia, que compramos a nuestro propio costo al señor Hermann, obispo de Hildesheim, y a su hermano, el noble Bernhard. Y porque el bienaventurado Roberto es verdaderamente bienaventurado y verdaderamente santo, esto lo he escuchado y aprendido en la armonía celestial.

¡Oh Jerusalén, ciudad dorada, adornada con la púrpura del rey! ¡Oh edificación de la máxima bondad, que eres una luz nunca oscurecida! Porque eres adornada en la aurora y en el calor del sol. ¡Oh bendita juventud que brillas en la aurora, y oh loable adolescencia que ardes en el sol! Pues tú, oh noble Roberto, en estas cosas brillaste como una gema, de modo que no puedes ser ocultado a los hombres insensatos, así como un monte no puede ser escondido en el valle. Tus ventanas, oh Jerusalén, están decoradas especialmente con topacio y zafiro. En ellas, cuando tú brillas, oh Roberto, no puedes ser ocultado por costumbres tibias, así como un monte en el valle coronado de rosas, lirios y púrpura no puede ser ocultado en una verdadera manifestación. Cuando fueron plantadas en otra viña, allí el Espíritu Santo las tomó y te las unió noblemente en su misterio.

Oh tierno flor del campo, y oh dulce verdor del fruto, y oh carga sin médula que no inclinó el pecho hacia el crimen. Oh vaso noble que no fue contaminado ni devorado en la danza de la antigua cueva, y que no fue desgastado en las heridas del antiguo destructor. En ti, el Espíritu Santo armoniza porque te asocias con los coros angélicos, y porque eres adornado en el Hijo de Dios, no tienes ninguna mancha. Este vaso decoroso eres tú, oh Roberto, que en tu juventud y en tu adolescencia suspiraste hacia Dios en el temor de Dios, en el abrazo

de la caridad y en el dulcísimo olor de las buenas obras. ¡Oh Jerusalén, tu fundamento está puesto con piedras torrenciales, es decir, con publicanos y pecadores que eran ovejas perdidas, pero que fueron encontradas por el Hijo de Dios y corrieron hacia ti, y en ti fueron colocadas! Luego, tus muros resplandecen con piedras vivas que, a través del mayor esfuerzo de buena voluntad, volaron en el cielo como nubes. Y así, tus torres, oh Jerusalén, resplandecen y brillan por el rubor y la blancura de los santos y por todos los adornos de Dios, que no te faltan, oh Jerusalén. Por lo tanto, vosotros, oh ornados y coronados, que habitáis en Jerusalén, y tú, oh Roberto, que eres su compañero en esta morada, socorrednos a nosotros que servimos y trabajamos en el exilio.

¡Oh aparición feliz cuando en el amigo de Dios, Roberto, brilló la llama de la vida, de modo que la caridad de Dios fluyó en su corazón abrazando el temor del Señor, por lo cual también su conocimiento floreció entre los ciudadanos celestiales! ¡Oh beatísimo Roberto, que en la flor de tu edad no produjiste ni llevaste los vicios del diablo! Por lo tanto, dejaste el naufragio del mundo. Ahora intercede por aquellos que te sirven en Dios.

Y nuevamente escuché una voz del cielo, que decía de otra manera: El primer sonido permaneció así, como salió de Dios, hasta que Él mismo restauró a la raza humana en el seno de la Virgen. Y ese mismo sonido fue vida, de modo que no pasó como pasa el viento. También resonó con tal poder que tocó el abismo, así como en el último día despertará nuevamente a toda la raza humana con el mismo poder con el que salió en el primer día. Este es el Verbo del cual da testimonio Juan, por el cual todas las cosas fueron hechas en sus formas. Entonces, Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. Y también las aves, los animales, las bestias y los peces están sujetos al hombre. Porque también los ángeles y los espíritus de los bienaventurados están ante Dios. Pero en esto, cuando el Verbo salió de Dios, Dios Padre nombró al Hijo, y el Verbo engendrado de Dios

fue vida. Y el Verbo por el cual todas las cosas fueron hechas, se encarnó en el mundo. Así quiso Dios unirse al hombre, porque hizo al hombre semejante a Él.

Por lo tanto, el mismo viviente dice que en la primera edad hizo lo que le agradaba. Después, cuando se llegó al medio, apareció la ruina. ¿Qué seguirá después? Está oculto. ¡Ay, ay! ¡Oh varón combatiente, levántate, busca en tus justos juicios cada causa, para que no haya ruina! ¡Oh Verbo del Padre, tú eres la luz de la primera aurora en el círculo de la rueda, operando todo con poder divino! ¡Oh, tú presciencia de Dios, previstes todas tus obras como quisiste, de modo que en medio de tu poder se escondió, porque previstes todas las cosas y operaste como en la semejanza de una rueda que gira en torno y no recibe al enemigo, ni en el final fue abatida!

Cuando el engañador diablo engañó al hombre que Dios había formado, en Dios había un poder que le complacía y que la antigua serpiente, a través de todas sus investigaciones, no conoció ni probó, que es la hermosa forma del Hijo de Dios, quien venció al diablo en el abismo, atrajo a sí mismo el aliento del hombre, y dividió el vientre del diablo, de modo que por sus propias heridas liberó al hombre que había pasado por sus entrañas, y lo sacó de las cárceles del infierno, y lo ornó de nuevo con las alas de una nube blanca. Por lo tanto, oh tú hombre, regocíjate, porque Dios te hizo, de modo que eres el estandarte de la milicia santa de la divinidad, y a través de ti logró la victoria cuando rompió las puertas del infierno. Pero también en tu formación, en medio del lado del orbe terrestre, fluyó, de modo que toda la milicia angélica te vio y quedó muy admirada, y así te marcó con la sinfonía celestial en la victoria angélica, donde perfeccionarás las formas de las virtudes en tus combates.

Por lo tanto, alégrate, oh hombre, y no te dejes seducir por ignorancia en la burla, como si en tus grandes honores no fueras algo, porque Dios te hizo tal, para que obrara en ti plenamente todos

sus milagros. Pues cuando se atrajo la niebla de la muerte en la forma femenina, de modo que Eva en dolor produjo en sí misma con llanto todos los hijos de los hombres que nacen, donde fue al exilio porque la serpiente la había engañado, de la cual había recibido el mal. Luego, por otra forma femenina fue rescatada. Dios, en efecto, en los días antiguos había previsto que el diablo quería sofocar la vida a través de una mujer, y así en su sabiduría edificó una torre tan grande, que otra vida fue ofrecida a través de otra mujer, en la castidad de la inocencia. Por eso, oh sabiduría, el cielo y los ángeles te adoran, y toda la milicia celestial se maravilla de ti diciendo: ¡Oh, oh! De la arcilla de la tierra han surgido todos los ornamentos milagrosos de Dios, de modo que un nuevo sol salió y una nueva luz resplandeció, y un nuevo cántico sonó en nosotros.

Por lo tanto, oh sabiduría, te sea dada alabanza, porque hallaste otra mujer a quien la serpiente no pudo engañar, que es la virgen María, quien coronó a todo el género humano, para que el diablo no pueda ya engañar al hombre como antes lo había hecho. Pues Eva, en dolor, concibió todo llanto, pero en María resonó el gozo de la cítara y la sinfonía. Pues ella dice a su hijo así desde la virginidad: ¡Oh hijo amadísimo, a quien concebí en mis entrañas por la fuerza de la rueda santa de la divinidad que me creó, y ordenó todos mis miembros, y en mis entrañas constituyó todo género de música en todas las flores de los tonos! Ahora a mí y a ti, oh dulcísimo hijo, nos sigue una gran multitud de vírgenes, a quienes te dignas salvar con tu ayuda, diciendo: En Dios caminamos y todos te seguimos, venerando el orden angelical. ¡Sufrimos en la tierra y te abrazamos a ti mismo, oh hijo de la santa alianza!

Sinfonía de las vírgenes.

Por eso, ¡oh dulcísimo amante y oh dulcísimo abrazador!, ayúdanos a custodiar nuestra virginidad. Hemos nacido en el polvo, ¡ay, ay!, y en el crimen de Adán, y por eso es muy difícil resistir lo que tiene el

sabor de la fruta prohibida. Pero tú, Salvador Cristo, levántanos. Porque deseamos ardientemente seguirte. ¡Oh, cuán difícil es para nosotras, miserables, imitarte, a ti, Rey de los ángeles, inmaculado e inocente! Sin embargo, confiamos en ti, que deseas encontrar una gema en la podredumbre. Ahora te invocamos a ti, esposo y consolador, que nos redimiste en la cruz. En tu sangre hemos sido unidas a ti, en el desposorio, rechazando al hombre y eligiéndote a ti, Hijo de Dios. ¡Oh bellísima forma, oh suavísimo olor de los deseables deleites, siempre suspiramos por ti en este exilio lleno de lágrimas, anhelando el día en que te veamos y permanezcamos contigo! Estamos en el mundo, pero tú estás en nuestra mente, y te abrazamos en nuestro corazón como si te tuviéramos presente. Tú, fortísimo león, rompiste el cielo, descendiendo al recinto de la virgen, y destruiste la muerte edificando la vida en la ciudad dorada. Danos la sociedad con ella y permanecer en ti, ¡oh dulcísimo esposo!, que nos sacaste de las fauces del diablo, que sedujo a nuestro primer progenitor. Y también a aquellas que, después de la unión carnal, te siguen en el amor más amantísimo, digna de defenderlas de toda incursión de los que les acechan, clamando así hacia ti.

Sinfonía de las viudas.

Oh Padre de todos, y oh Rey e Imperador de las naciones, tú que nos formaste en la costilla de la primera madre, quien nos trajo una gran caída de calamidades, y nosotras la seguimos en su propia causa, compartiendo su dolor en el exilio. Oh tú, nobilísimo Creador, corremos hacia ti con el mayor empeño, y a través del penitente y dulcísimo arrepentimiento que nos ha llegado por ti, suspiramos por ti, y después de nuestro dolor te abrazamos devotamente. Oh gloriosísimo y bellísimo Cristo, tú que eres la resurrección de la vida, hemos dejado por ti al fecundo amante de la unión y te hemos tomado a ti en el supremo amor y en la virgen rama de tu nacimiento. Y en un segundo tiempo, nos hemos unido a ti más que

antes según la carne. Ayúdanos a perseverar contigo, a alegrarnos contigo, y a nunca separarnos de ti. Oh gran Padre, estamos en gran necesidad. Ahora, por lo tanto, te suplicamos, te suplicamos por tu Verbo, por el cual nos has hecho plenos en aquello que necesitamos, que te complazca, oh Padre, porque es digno de ti que nos mires con tu ayuda para que no desfallezcamos, y que tu nombre no se oscurezca en nosotros. Y por tu nombre, digna en ayudarnos.

Y nuevamente una voz desde el cielo decía: Oh obra de Dios, que eres el hombre, has sido edificada en gran santidad, porque la santa divinidad penetró los cielos en humildad. ¡Oh, cuán grande es la piedad que resplandece en el barro de la tierra la deidad, y que los ángeles que ministran a Dios ven a Dios en la humanidad! Pero, ¡oh, cuán sorprendente es que el polvo en la podredumbre y en la gran miseria de las heridas de sus crímenes no quiera mirar a Dios! El Verbo del Padre se hizo carne por el hombre. Por lo tanto, que todos los hombres se alegren y lloren sus crímenes con voz lacrimosa, volviéndose hacia aquel que, sin pecado, asumió la carne para limpiar sus crímenes. Ahora, oh amados, abrazad a este nobilísimo joven y amadlo con gran reverencia, él que os lavó con su sangre y os mostró el arrepentimiento de vuestros pecados y la medicina de vuestras heridas.

Y nuevamente una voz desde el cielo resonaba: Oh, vil taburete, ¡huye, huye! Las empinadas escaleras darán el humo de los aromas. ¡Ay, ay de las causas terrenales! Porque ellas se esconderán, pues el ojo viviente que las ve las golpeará en la mejilla. ¡El espíritu se regocija! Oh, oh, la tierra infeliz se lamenta por sí misma. ¡Ay, ay! Ella tiene en este tiempo ventanas abiertas por la ilusión de la antigua serpiente, pero aún no ha llegado la rasgadura del velo del templo de Dios. Oh Virgen Iglesia, es de lamentar que el lobo más feroz ha arrebatado a tus hijos de tu lado. ¡Ay, serpiente astuta! Pero, oh, cuán precioso es la sangre del Salvador, que en el estandarte del Rey ha desposado la Iglesia con él, por lo que busca a sus hijos.

Ahora, que las entrañas maternas de la Iglesia se regocijen, porque en la sinfonía celestial sus hijos han sido colocados en su seno. Por eso, ¡oh serpiente vil, estás confusa! Porque aquellos que tu codicia tenía en sus entrañas, ahora brillan en la sangre del Hijo de Dios. Y por ello, ¡sea la alabanza para ti, oh altísimo Rey!

Oh Iglesia armada con armas divinas y adornada con jacinto, ¡tú eres la caldemia de las marcas de los fieles y la ciudad de las ciencias! Oh, oh, tú eres también la crizanta de alto sonido, y eres la chorzta gema. Y nuevamente escuché una voz desde el cielo diciendo: Oh poder de la eternidad, que ordenaste todas las cosas en tu corazón, por tu Verbo fueron creadas todas las cosas como tú quisiste, y ese mismo Verbo se revistió de carne en la formación que fue sacada de Adán, y así fueron limpiadas sus vestiduras del mayor dolor. ¡Oh, cuán grande es la bondad del Salvador, que liberó a todos a través de su encarnación, la cual la divinidad inspiró sin el vínculo del pecado! Y oh, sangre que resonaste en lo alto cuando todos los elementos se entrelazaron en una voz lamentable con temblor porque la sangre tocó a su Creador, úngelos de tus heridas.

Oh Pastor de las almas, y oh primera voz por la cual todas las criaturas fueron creadas, ahora, Padre, que te complazca dignarte a liberar a los tuyos de sus miserias y sufrimientos. Porque uno se levantó de la tierra que resonó en lo alto, a saber, la estrella más brillante que con voz clarísima clamaba a los hombres para que hicieran penitencia por sus obras injustas. Dios recordó que quería recrear al hombre por medio de la penitencia de sus males. Por lo tanto, que los cielos oigan y la tierra tiemble, porque Dios acoge al hombre penitente, y todos los ángeles lo reciben en alabanzas, venerándolo. Y por eso, ¡ay del hombre que desprecia al hombre pecador, porque el Hijo de Dios lo redimió con su sangre y recibe al penitente!

La primera obra del Verbo de Dios corrió hacia él en su voz, ¡y así fue hecho! Luego, ese mismo Verbo colocó los muros del edificio que iba a ser erigido, y así el mundo apareció. Entonces, el ojo de Dios miró la forma del hombre, y le infundió el aliento de vida, y su corazón fue imbuido de conocimiento. Y así, el cielo se llenó y tuvo ojos por todas partes, ¡y sirvió a su Señor! Entonces, ¡ay! rugiendo, así dijo: ¡Ay, ay! Toda criatura de Dios resplandece, y ninguna está conmigo. Y así, de su boca sopló como un mar negro, porque no era corporal, y lo envió al hombre. Entonces, el Verbo de Dios vio que la niebla había tocado su obra, y vino a la tierra íntegra, es decir, a la nobilísima Virgen, de la cual asumió la carne, y así limpió el mar negro del hombre y confundió a la antigua serpiente. Por eso, oh vara frondosa, te mantienes en tu nobleza como avanza la aurora. Ahora alégrate y regocíjate, y digna en liberar a tus débiles de la mala costumbre, y extiende tu mano para levantarnos.

Ave, generosa, gloriosa e intacta doncella! Tú, pupila de la castidad, tú, esencia de la santidad que agradó a Dios. Pues en ti se infundió lo celestial, y el Verbo supremo se revistió de carne en ti. Tú, lirio blanco, que Dios contempló antes de toda criatura. ¡Oh bellísima y dulcísima, cuánto se deleitaba Dios en ti cuando depositó en ti el abrazo de su calor, de modo que su Hijo fue amamantado por ti! Pues tu vientre tuvo gozo cuando toda la sinfonía celestial resonó por ti, porque siendo virgen llevaste al Hijo de Dios, donde tu castidad resplandeció en Dios. Tus entrañas tuvieron gozo, como la hierba sobre la que cae el rocío cuando le infunde verdor, así fue hecho en ti, oh madre de todo gozo.

Ahora, que toda la Iglesia resplandezca en alegría y cante en sinfonía por la dulcísima y loable Virgen María, madre de Dios. Nuevamente, ¡salve, oh vara y diadema de la púrpura del Rey, que estás en tu clausura como una armadura! Tú, que floreciste con verdor en otra sucesión, de la que Adán produciría todo el género humano. ¡Salve, salve, de tu vientre salió otra vida, con la cual Adán

había despojado a sus hijos! Oh flor, tú no brotaste del rocío ni de las gotas de lluvia, ni el aire voló sobre ti, sino que la claridad divina en la más noble vara te produjo. ¡Oh vara, tu florecimiento Dios lo había previsto en el primer día de su creación, y con su Verbo te hizo una materia dorada, oh loable virgen! ¡Oh, cuán grande es la fuerza en el costado del hombre, de la cual Dios produjo la forma de la mujer, a quien hizo espejo de todos sus ornamentos y abrazo de toda su creación! Por eso, cantan los instrumentos celestiales y toda la tierra se maravilla, ¡oh loable María, porque Dios te amó enormemente!

¡Oh, cuán digno de lamentar y llorar es que la tristeza fluyera en la mujer por el crimen del consejo de la serpiente! Pues la misma mujer, a quien Dios puso como madre de todos, desgarró sus entrañas con las heridas de la ignorancia y produjo pleno dolor para su linaje. Pero, ¡oh aurora, de tu vientre salió un nuevo sol que borró todos los crímenes de Eva, y a través de ti trajo una bendición mayor de la que Eva había causado daño a los hombres! Por lo tanto, ¡oh salvadora, tú que trajiste una nueva luz al género humano, recoge a los miembros de tu Hijo en la armonía celestial!

Y nuevamente escuché una voz del cielo diciendo: "He aquí, oh fuerza dorada, cuán gloriosa eres, que en el primer sonido exististe, de modo que todos los elementos recibieron vida, y que después probaste la santidad en Abel, de modo que derramó sangre inocente, y que luego mostraste nuevos milagros a través de Noé en el arca, de modo que toda la tierra fue despojada de las criaturas que en ella había. Tú, sabiduría, sacaste un nuevo jugo de la tierra, y en Abraham hiciste que se adorara el nombre de la Santísima Trinidad, y le diste la circuncisión que anunció la encarnación del Señor.

Oh estrella, en tu claridad mostraste una forma hermosa ante los hijos de los hombres, de modo que los magos adoraron al Hijo de Dios lactante, y que las virtudes brillaban en su rostro, donde llamó

nuevamente a todos los hijos de los hombres, porque todos los elementos y todos los hijos de los hombres vieron el Verbo de Dios en el rostro del hombre. Escucha entonces, oh hombre, y di: ¡Borro la emulación! Sin embargo, tengo la contradicción en mí mismo. ¡Ay, ay de este mal que me ha condenado!

Por lo tanto, oh Dios, que hiciste al hombre a tu imagen y semejanza, y en él perfeccionaste todo bien, y destruiste todo mal en él, y rompiste las puertas del infierno, de donde tomaste muchas almas, en los méritos de estas fuerzas tuyas, libera a tus fieles que han cumplido plenamente el oficio de su voluntad, pero que, sin embargo, a veces te han mirado con fe.

Y, oh fuego del Espíritu Paráclito, vida de la vida de toda criatura, santo eres vivificando las formas, santo eres ungendo a los peligrosamente heridos, santo eres limpiando las heridas fétidas. Oh aliento de santidad, oh fuego de caridad, oh dulce gusto en los pechos y la infusión de corazones en el buen olor de las virtudes. Oh fuente purísima en la que se considera que Dios recoge a los extraños y busca a los perdidos. Oh armadura de la vida y esperanza del ensamblaje de todos los miembros, y oh cinturón de honestidad, salva a los bienaventurados. Protege a aquellos que están encarcelados por el enemigo y libera a los atados que la fuerza divina quiere salvar.

Oh camino fortísimo que penetró todo en lo más alto y en lo terrenal y en todos los abismos, tú reúnes y compones a todos. De ti fluyen las nubes, el éter vuela, las piedras tienen humedad, los ríos brotan de las aguas, y la tierra suda verdor. Tú también siempre produces a los sabios, alegrados por la inspiración de la sabiduría. Por eso, sea la alabanza para ti, que eres el sonido de la alabanza y la alegría de la vida, la esperanza y el honor fortísimo que da las recompensas de la luz.

¡Oh espíritu ígneo! Nuevamente, sea la alabanza para ti, que operas en tambores y cítaras. Las mentes de los hombres arden por ti, y los tabernáculos de sus almas contienen sus fuerzas. De ahí asciende la voluntad y da gusto al alma y su lámpara es el deseo. La inteligencia te llama con el más dulce sonido, y te prepara edificios con racionalidad, los cuales suda en obras doradas. Pero siempre tienes la espada para cortar lo que la fruta nociva produce por el más negro asesinato, cuando la niebla gobierna la voluntad en la cual el alma vuela y circula por todas partes. Pero la mente es el vínculo de la voluntad y del deseo.

Cuando el alma se eleva de tal manera que busca ver la pupila del mal y la mejilla de la maldad, tú la quemas rápidamente en el fuego cuando lo deseas. Pero también, cuando la racionalidad se inclina hacia lo bajo por malas obras, tú la sujetas con fuerza y la quiebras, y la devuelves a través de la infusión de experiencias. Pero cuando el mal dirige su espada hacia ti, tú la refundes en su corazón, como lo hiciste con el primer ángel caído, donde derribaste la torre del orgullo en el infierno. Y allí levantaste otra torre en publicanos y pecadores, que te confiesan sus pecados con sus obras. Por lo tanto, todas las criaturas que viven de ti te alaban, porque tú eres el ungüento más precioso para las heridas rotas y fétidas, las cuales conviertes en las gemas más preciosas.

Ahora, digna en reunir a los hombres hacia ti y dirigirlos por el camino recto. Nuevamente, ¡oh hijas mías, escuchad y recibid estas palabras de la luz viviente, que no tiene parte alguna en la oscuridad! Y guardaos en todo del mal, porque vendrá el silbido del diablo, y el silbido de muchas tempestades. Pero también en algún tiempo los caldeos se debilitarán, los griegos se fortalecerán, los romanos junto con otros romanos callarán como un fuego ardiente que cae, y los galos se convertirán en novatos. Pero todo esto no será para siempre. Y la parte del mundo en decadencia corre en tres partes, en las cuales los reyes y los príncipes soportarán un diluvio

de inquietudes. Y se levantará un rey que fomentará una gran batalla, y no habrá quien lo ayude, excepto un millar de armados sin prepucio. Y así, los hombres se fatigarán. Pero, Dios no destruirá vuestro lugar, oh hijas mías, sino que alejará a aquellos que mendigan en vanidad y negligencia, y rechazará los cismas y terrores.

Algunos ciegos y cojos que intenten absorberlo no prevalecerán, porque una chispa de escrutinio los cribará. Por lo tanto, haced vuestras mentes semejantes a un hombre que mira un jardín, en el cual crecen flores y árboles frutales, para que pueda captar el aroma de esas flores con sus narices y comer de esos frutos. Pues el olor de las flores es cuando el hombre, absteniéndose de pecados, desea imitar la bondad de los justos; y el alimento de los frutos es cuando el hombre gobierna fielmente a los que están sujetos a él y, en la gracia de Dios, reparte limosnas a los necesitados. Y así, merece escuchar la voz de su Señor diciéndole: "Este hombre me toca con su oficio y me unge en misericordia con la distribución de limosnas."

Este hombre está entre dos caminos, uno de los cuales es podrido y el otro brilla por el sol. Pero el camino podrido es el placer de este mundo, que todo fiel debe evitar para no ahogarse en él. Cuando lo hace, los santos alaban a Dios en sinfonía, diciendo: "Este hombre no está en la podredumbre del placer del mundo." Pero quien mira hacia el camino de la luz solar, temiendo y amando a Dios, escuchará la voz de su Señor diciéndole: "Bien hecho, buen y fiel siervo." Pero quien se desvíe hacia el camino podrido, si no se libra de él, incurrirá en el peligro de grandes calamidades. Por lo tanto, sea la alabanza al Sangre de Cristo, que viste a sus fieles con la armadura de la justicia y con toda la armadura de las virtudes. Porque la Sangre de Cristo restituye a los fieles al lugar de refrigerio. Y tú, oh Jerusalén, regocíjate, regocíjate, porque en la pasión del Hijo de Dios recibes a los que verdaderamente creen. Y

tú, oh aurora de la salvación, brillas en la bienaventuranza, porque Jerusalén conserva a sus hijos en la alegría. Por eso, los ángeles claman en alabanzas por ellos, diciendo: "Nosotros cosechamos de vuestras obras en el lagar, y por eso os tenemos en nuestra compañía." Y así, Lucifer huye como una serpiente que se esconde en su caverna.

El Espíritu Santo, pues, inspiró a algunos hombres entre algunos pueblos que aún no eran fraudulentos.

Oh, oh, oh. Después Dios puso la sabiduría en la aurora. ¡Ay, ay, ay! Y en sí mismo hizo un instrumento, es decir, una gran montaña de justicia. ¡He, he, he! Ahora la justicia de la montaña se ha vuelto un camino como una sombra, por la voraz gula de los errantes. Pero tú, oh fortaleza de la montaña, no te desmoronarás del todo, sino que te elevarás en la alta ventana cuando muchas águilas te miren.

¡Oh, cosa grandiosa que en ninguna creación se ocultó, de modo que no fue hecha ni creada por nadie, sino que permanece en sí misma! ¡Oh vida que te levantaste en la aurora, en la cual el gran Rey manifestó misericordiosamente la sabiduría que estaba en el hombre sabio de antaño, porque la mujer entró en la muerte por la brecha del antiguo destructor! ¡Oh lamento, ay tristeza, ay llanto, que se construyeron en la mujer! ¡Oh aurora! Lavaste esto en la forma de la primera costilla. ¡Oh forma femenina, hermana de la sabiduría! ¡Cuán gloriosa eres, porque en ti se levantó la vida más fuerte que la muerte jamás sofocará! La sabiduría te levantó, de modo que todas las criaturas fueron adornadas a través de ti, de una manera mejor que en la primera creación.

Por eso, oh vara verdísima, ¡salve!, tú que brotaste en el soplo ventoso del escrutinio de los santos. Cuando llegó el tiempo en que floreciste en tus ramas, ¡salve, salve para ti!, porque el calor del sol sudó en ti como el aroma del bálsamo. Porque en ti floreció una hermosa flor que dio su fragancia a todos los aromas que estaban

secos. Y todo eso apareció en plenitud de verdor. Por eso, los cielos dieron rocío sobre la hierba, y toda la tierra se llenó de alegría porque sus entrañas produjeron grano, y porque las aves del cielo hicieron nidos en ella. Luego, se convirtió en alimento para los hombres y en gran gozo para los que festejaban.

Por eso, oh suave virgen, en ti no falta ningún gozo. Eva despreció todo esto. Ahora, sin embargo, sea la alabanza al Altísimo. Oh vara mediadora, ¡tus santos entrañas vencieron la muerte!, y tu vientre iluminó a todas las criaturas con la hermosa flor que brotó de la dulcísima integridad de tu pureza cerrada. ¿Qué es esto? ¡Oh, cuán grande es el milagro que el Rey entró en la forma femenina sumisa! ¡Dios hizo esto, porque la humildad ascendió por encima de todo! ¡Y oh, cuánta felicidad hay en esa forma, porque la malicia que fluyó de la mujer, fue luego eliminada por la mujer, y edificó todo el aroma más dulce de las virtudes, y adornó el cielo más que antes había perturbado la tierra!

¡Oh tú, iluminada por la claridad divina, clara virgen María, infundida con el Verbo de Dios, de modo que tu vientre floreció por la entrada del Espíritu de Dios, quien sopló en ti y aspiró en ti lo que Eva perdió en la corrupción de la pureza por la sugerencia del diablo! Ocultaste de manera maravillosa en ti la carne inmaculada por la razón divina, cuando el Hijo de Dios floreció en tu vientre, llevado por la santa divinidad, contra los derechos de la carne que Eva había construido, unido a la integridad en las entrañas divinas. Escucha entonces, oh hombre, este milagro. ¡Ave María, oh autora de la vida, reedificando la salvación, destruiste la muerte y aplastaste a la serpiente, hacia quien Eva se elevó con cuello erguido y el soplo del orgullo! Lo aplastaste cuando diste a luz al Hijo de Dios desde el cielo, quien fue inspirado por el Espíritu de Dios.

Oh dulcísima y amantísima madre, ¡salve!, que diste a tu Hijo, fijado en el cielo, al mundo. ¿Qué es esto? ¡Oh clarísima madre de la santa

medicina!, vertiste ungüentos a través de tu santo Hijo en las heridas dolientes de la muerte que Eva construyó en tormentos para las almas. Destruiste la muerte edificando la vida. Ruega por nosotros a tu Hijo, estrella del mar, María. ¡Oh instrumento vivificante y ornamento alegre y dulzura de todos los deleites que en ti no faltan! Ahora la puerta cerrada que la serpiente asfixió en la mujer se ha abierto al mundo. Por eso, en la aurora brilla la flor de la virgen María. Pues, así como la mujer construyó la muerte, la clara virgen la destruyó. Y por eso, la mayor bendición está en la forma femenina por encima de toda criatura, porque Dios se hizo hombre en la dulcísima y bendita virgen. ¡Oh, cuán preciosa es la virginidad de esta virgen, que tiene la puerta cerrada y cuyas entrañas santas la divinidad infundió con su calor, de modo que la flor creció en ella, y el Hijo de Dios salió de ella como la aurora! Por eso, el dulce germen que es su Hijo abrió el paraíso a través de la clausura de su vientre. ¡Oiga la tierra, tiemblen los elementos! ¿Por qué? Porque toda criatura recibió con alegría el primer nacimiento de esta virgen, de modo que los cielos resplandecían como la aurora debido a la manifestación de las virtudes y a la clara fortaleza que brillaba en ellos, porque el sol de la verdad exhaló en esta virgen toda santificación de las almas.

Por lo tanto, ¡oh hijas mías!, escuchadme, fuente viva, que os hablo. ¡Que haya en vosotras santa y elegida verdor, y no la influencia del diablo, que abandona a Dios en heridas impuras! Estas palabras son vistas por un buen ojo y escuchadas por un buen oído, pero una mente de piedra, que abandona a Dios y abraza al diablo, no las percibe, construyendo una gran torre en el infierno. ¡Oh buenos y rectos deseos, cuánta claridad tenéis, cuando vuestro dulce aroma asciende a Dios! ¡Es muy difícil para el género humano resistir el placer de las cosas terrenales!

Por lo tanto, que mis hijas escuchen estas palabras. El primer mal, en su temeridad, sofocó la obra del hombre a través de la mujer,

expulsando al monte de las torres a la lamentación, donde debieron aparecer las formas del afecto recto. Pues el rapto enemigo y falso sugeridor vino y envolvió ese afecto en la negrura del rápido crimen y en la suciedad de la polución, de modo que no pudo permanecer puro. ¡Oh, oh, oh, criatura, ay, ay, ay, al mundo, he, he, he, al placer contrario, que estaba inclinado hacia la muerte cuando fue cortado del cielo y colocado en el infierno, donde el diablo lo vomitó cuando asfixió la inocencia! Pero el Hijo de Dios dejó este oscuro placer, que no podía atravesar la luz, y vino por otro camino donde no había naturaleza engañosa, y así a través de él resurgió la inocencia. Y de este modo sacó a los hijos de Adán, nacidos del placer contrario, atrayéndolos hacia sí mismo a través de las heridas de los clavos incrustados en el instrumento de la madera, rompiendo su atadura, donde estaban encadenados en el sabor de la mala obra y en la mama de la iniquidad, y en la dulzura del pecado.

Por lo tanto, ¡oh hijas mías!, debéis siempre mortificaros en la memoria de este Hijo mío por vuestras propias causas, para que no desfallezcáis a causa del tirano engañoso. Que entre vosotras no crezcan los escupitajos de la amarga ira y la mente ardiente de la soberbia, ni la vanidad que divide el honor de la santificación, para que no caigáis de mi gracia. ¡Que vuestro gozo esté en mí, y que el reino celestial sea vuestra recompensa, y que la santa paz esté entre vosotras! ¡Oh hijas de Jerusalén!, el gran médico y el mayor empeño del bien desean tomarte, y no hay quien pueda separarte de él. ¿Dónde, oh tortuoso engañador, cómo o hacia dónde vas en situaciones incongruentes? Caerás en el terror. Y yo, pobre forma, gravemente cargada con el peso de la enfermedad, estaba muy agobiada, porque el espíritu del Señor me constriñó y me mandó decir estas palabras a las hijas de este lugar.

¿Pensáis que podéis recibir el reino de Dios a través de banquetes de comida y bebida y mediante la lascivia de las costumbres? No. Porque el reino de Dios se recibe por la mortificación del cuerpo y la

contrición de la mente. Preparé mi mesa ante vosotros con el resplandor de mi corona para que trajerais sobre ella los banquetes reales de la herencia celestial, y el maná y las bestias del bosque, y las aves y las granadas. Pero no lo hacéis. Pues, por otro lado, me traéis algunas costumbres seculares de la observancia de la disciplina legal, y por otro lado, la disciplina de aquellos que están unidos en matrimonio, que no es lo que busco de vosotros, porque no os elegí para este jardín, sino para mi viña elegida. Y soporté esto durante ocho años, pero durante cinco años guardé silencio. Y durante tres años los castigué tanto dentro como fuera a aquellos que me deshonraban en el resplandor de mi corona.

Todo esto debe entenderse así: Ninguno de los fieles debe pensar que puede alcanzar la gloria celestial a través de la glotonería y la efusión de sus placeres. Porque aquellos que desean poseerla deben abrazar la mortificación del cuerpo y la humildad de corazón con buena voluntad y no con amarga malicia. Pues mi mesa, preparada ante vosotros con el resplandor de mi corona, significa que debéis traer sobre ella los banquetes reales de la herencia celestial, ángeles con el resplandor de la corona de los milagros de Dios, que resplandecen entre los hombres en muchos milagros, de modo que muchos se maravillan en ellos, los cuales están preparados para la bienaventuranza de los que viven bien. Esto designa las obras más diligentes y santas de aquellos hombres que imitan a los ángeles en el orden angélico y las ofrecen a su Creador.

Porque los ángeles no ofrecen a Dios las reliquias de las obras seculares de aquellos que viven según los deseos carnales, sino las de aquellos que, dejando los deseos carnales, postran sus cuerpos en la tierra por Dios, y siempre se dedican a las alabanzas de Dios como los ángeles. El maná indica la obediencia que Dios impuso al hombre para que obedezca a Dios, y para que esté sujeto a sus superiores, que le son puestos por Dios, y que también fijó en las demás criaturas para que sirvan a la utilidad del hombre. Porque

Dios creó al hombre, y el hombre no se creó a sí mismo, y por eso el pueblo espiritual debe servir a Dios como los ángeles a través de la obediencia, la cual Lucifer dispersó, mostrando al hombre la desobediencia.

Pero las bestias del bosque indican que aquellos que han renunciado al mundo deben rechazar el mundo con todas sus pompas, y ser como huéspedes y peregrinos, de modo que, al igual que las bestias huyen de los hombres, ellos también deben huir de todas las costumbres y toda la sociedad del mundo, como hicieron los verdaderos ermitaños que se cerraron al mundo para que la muerte no entrara por las ventanas de sus ojos.

Las aves, en cambio, son los preceptos de San Benito y de otros doctores católicos que bebieron del Espíritu Santo y por los cuales los hombres, que no viven como los carnales, viven.

Las granadas, en cambio, declaran el amor de Dios en los corazones de aquellos que están rodeados de las buenas y santas obras mencionadas, y que recogen para sí mismas las virtudes más diligentes orando y llorando, y que se alimentan de las palabras de los santos, imitando su vida. Pero vosotros, que miráis hacia los deseos carnales y la negligencia, no hacéis esto. Mientras que, por un lado, me traéis las diversidades de los placeres carnales según la observancia de esas jóvenes que sirven al mundo con esmero y diligencia, como se ha dicho antes, por otro lado, os inclináis hacia la constricción y el placer de los diversos estudios de aquellos que frecuentemente se esfuerzan en las uniones carnales, para que los amantes agraden a los amados. Esto no lo solicito de vosotros ni por palabra ni por escrito ni por mandato, porque os habéis adherido a la unión espiritual y no os habéis sometido al servicio de la unión carnal, donde no os uní a la vana y pronto marchita flor de la podredumbre del mundo, sino que os introduje en la viña de la

verdadera elección y la verdadera bienaventuranza, para que recibáis en la máxima elección la recompensa de vuestros trabajos.

Durante ocho años toleré que empezasteis a hacer las vanidades de los niños, y que luego jugasteis con esa misma vanidad debido a la mala costumbre de ella, y que después pecasteis en alguna parte de esa misma vanidad, porque durante cinco años disimulé en silencio esa vanidad como si la ignorara. Pero cuando luego algunas de vosotras me golpearon en la mejilla con ciertos signos suyos, levanté mi mano y durante tres años castigué dentro y fuera de su lugar con diversos dolores, e incluso golpeé allí la gordura del pecado con un signo manifiesto, donde soporté el descuido en la hermosura del desposorio.

En mi celo, que golpeó a los primogénitos de Egipto y que sumergió al faraón en el Mar Rojo, me levanté contra aquel que en muchos signos que le mostré me despreciaba, y abatí a un hombre de modo que viera algunas de las penas de sus pecados, y que sintiera algunas también, mezcladas de frío y fuego. Y esto lo hice para ellos como muestra de ejemplo. Ellos no quisieron reconocerme a pesar de los muchos signos que les mostré, tanto viéndolos como escuchándolos. Pero ese hombre, a quien así castigué en mi celo, y las demás que están en esta morada, cuídense de no apartarse de mi camino y volver a las transgresiones anteriores, para que no se ahoguen en el Mar Rojo. Pues no quiero soportar las cosas anteriores a partir de ahora. Es necesario que se levanten hacia una mejor parte, porque Dios no quiere que abandonen su ley.

Por lo tanto, ¡oh hijas mías, antes del cinturón de opresión que haré en el pueblo espiritual que rasgó mi túnica y dividió mi vestidura, y que abandonó mi pacto que hice con él, levantaos ante mí inmediatamente! ¡Ay de la nación pecadora que yace en los caminos de la podredumbre, y que siempre es impúdica por la lascivia de los vicios, y que por la excesiva cantidad de vicios chupa las ubres de

los cerdos! Por lo tanto, que diga: "Oh Señor, que proveíste al hombre de alimento y vestido, y lavaste sus dolores en la sangre del Cordero, mira cómo el viento negro se burla de nosotros y quiere sacudir de nosotros los brotes de santidad. Y córtalo de en medio de nosotros, porque aún no ha llegado el tiempo de la plenitud de los cismas, cuando toda la tierra será despojada de la vestidura de la consagración."

Ahora, pues, hijas mías, ved y escuchad, y huid de este peligroso viento, y corred hacia vuestro Rey. Y cuando hagáis esto, de esa bienaventuranza que los querubines y serafines y toda la orden de la milicia celestial miran en el rostro de Dios, fluirán bendiciones sobre este lugar y sobre sus hijas, como la lluvia temprana y tardía, y las virtudes se multiplicarán en ellas, y las riquezas de la tierra. Y también, que todos los que os bendigan sean multiplicados en bendiciones, y que Dios mire este lugar y no lo olvide. Creced, pues, y multiplicaos sobre los montes y colinas de la santificación, por el santísimo don de Dios. De modo que quien quiera bendeciros, que la tierra lo llene de bendiciones, y quien quiera maldecirlos, que sea maldito por el justo juicio. Pues vosotros sois mi espejo. Pero, ¿qué pensáis en vuestros corazones? En mí está lo que quiero perfeccionar en vosotros. ¿Qué es esto? Esto es lo que es justo. Que el don de la gracia de Dios os colme para que no seáis vencidos por el enemigo. Por lo tanto, no me abandonéis.

Epístola 265: R265: Capitulo Catedralicio von St. Martin a Hildegard von Rupertsberg

El convento de hermanos de la casa en Maguncia a Hildegarda.

A la señora queridísima, madre santísima, sierva de Cristo y maestra de las hermanas en el monasterio de San Roberto en Bingen, Hildegarda:

Todo el convento de hermanos de San Martín en la casa de Dios, con el consentimiento de caminar, y en este valle de lágrimas para agradar al esposo de las vírgenes. Porque es justo que en nuestras causas busquemos la voluntad de Dios. Nos refugiamos en la clemencia de vuestra piedad, en la cual el inusual e inaudito don divino con el que Dios os ha mirado y os ha enriquecido maravillosamente, no para vuestro uso exclusivo, sino para la conversión de muchos por orden de Dios. Pues habiendo visto y oído los milagros que el Señor realiza a través de vos, ofrecemos, aunque indignas, alabanzas a Él. Pero, como muchas veces hemos descuidado a Dios, somos abatidos por muchas tribulaciones, afectados por infinitas calamidades, sometidos a innumerables angustias. Y para no perecer completamente desesperados, es tan necesario como justo que nos refugiemos en aquellos que aman a Dios con todo su corazón y han elegido la mejor parte con María, y busquemos su consejo y ayuda.

De personas verídicas se nos ha informado que habéis escrito algo sobre el error de los cátaros, tal como lo habéis visto en la visión de los secretos de Dios, lo cual deseamos con toda devoción que nos transmitáis, porque creemos más en la revelación y respuesta divina que en la humana. Por tanto, nos encomendamos a vuestras santas oraciones, pidiendo que lo que vuestro esposo, el Señor Jesús, se digne revelaros sobre estos asuntos, lo hagáis escribir para nosotros con buena voluntad, como os corresponde. Que estéis bien.

Epístola 266: R266: Hildegard von Rupertsberg a Capitulo Catedralicio von St. Martin

Hildegarda sobre los cátaros.

En el mes de julio del presente año, que es el milésimo centésimo sexagésimo tercero de la Encarnación del Señor, mirando desde lejos, vi en la sombra de una visión verdadera, bajo el altar que está ante los ojos de Dios, y también vi debajo del trono de Dios. Y vi que los veinticuatro ancianos que se sientan alrededor del trono movían el mar de cristal que está delante del trono, y dijeron: Movamos los fundamentos vanos de la burla de aquellos que quieren poner su injusticia por justicia. Y movamos las chispas de la ardiente injusticia de aquellos que dicen gobernar al pueblo y no lo gobiernan. Y movamos las flautas de la variedad de las costumbres sucias y las cuerdas doradas de los engañados y los cismas de los cismas. Pues el león antiguo ruge, deseando volar en medio de las mencionadas chispas de ardiente injusticia. Pero no será así.

Llamemos al antiguo en quien están contados todos los tipos de nacidos y todas las criaturas, y consideremos la espada que apareció en la boca del que habla, y veamos en qué número están las pesas de trigo y cebada, y consideremos la trompeta que suena antes del primer ay. Y por el juramento de estos y por el poder de aquel que se sienta en el trono, atemos el cuello del antiguo león y lo sujetemos con un freno, para que no envíe el mar tras la mujer que huye al desierto antes del tiempo de los tiempos y la mitad de un tiempo, y antes de cuarenta meses.

Pues han pasado veintitrés años y cuatro meses desde que las obras perversas de los hombres que son exhaladas por la boca de la bestia negra han movido los cuatro vientos desde los cuatro ángulos de los ángulos hacia una gran ruina, cuando las mismas obras subieron sobre ellos. De modo que en oriente se exhaló la decadencia de las

costumbres sucias, y en occidente la blasfemia y el olvido de Dios en sus santos por la fama del becerro y por el culto a los ídolos, torturando el sacrificio sagrado. Y en el sur, los vicios odiosos, y en el norte, los filacterios de las vestiduras extendidos según la serpiente tortuosa, que fueron contaminados con todos los males mencionados que posteriormente sobrevinieron. Sin embargo, han pasado sesenta años y veinticuatro meses desde que la antigua serpiente comenzó a engañar a los pueblos con los filacterios de las vestiduras.

Ahora bien, innumerables santos de Dios que están bajo el altar levantan sus voces clamando que la aspersión de su ceniza corporal ha sido violada por la iniquidad de los pueblos. Por eso, de su sonido surge un viento que ahora obra milagros. Pero el que montaba el caballo negro emite silbidos de viento contrario, errando, ¡pero no prevalecerá! Y nuevamente el antiguo dragón ruge con ira contra los santos, elevándose sobre las alas de los vientos, y dice: ¿Qué es esto? Aquello que ellos y los que son como ellos establecieron, ¡yo lo destruiré!

Y le responden: ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con el palmo? ¿Quién pesó el polvo de la tierra con tres dedos y equilibró los montes y las colinas en una balanza? Pues nosotros hemos sido medidos en la balanza de Dios, en la cual hacemos todas las cosas por la chispa de fuego que brilla ante su rostro. Pero tú tienes fuego en tu ojo para quemar, y de él sacarás una llama casi hasta el lugar de tu primera constitución, y esto lo harás contra Dios y contra los cielos y contra todos los que habitan en el cielo. Pero aún no. Pues cuando Dios pesó los cielos con el palmo, entonces un monte ardiente caerá sobre tu cuello, y toda tu fuerza será completamente destruida. Pero del trono nos será dado un cántico nuevo, y los ojos que en todas partes ven y miran verán. Pero tú aún no tienes el tiempo de devorar con tu garganta voraz, por

lo cual por el trono de Dios y por todas sus vestiduras eres conjurado a cesar de esta locura tuya.

Y vosotros, pueblos y naciones, escuchad al Espíritu que os dice: La antigua serpiente hace torres en vuestra aurícula, con aquellos que son semejantes a los saduceos y a aquellos que llaman a Baal dios y no conocen al Dios justo, de modo que por el arte del espíritu engañoso a veces aparece ante ellos como una chispa, sea negra, turbia, o luminosa y localizada, que pronto se desvanece, y esto es diabólico y engañoso, pues los espíritus engañosos a veces se hacen semejantes a los cuatro elementos y a todas sus fuerzas, porque superaron al primer hombre.

Pero lo que es de Dios, allí hay sabiduría y profecía, y revelación oculta en cosas ajenas que no pertenecen al hombre, porque Dios es incomprensible. Pero estos hombres, sobre quienes el diablo hace torres en su aurícula, son semejantes al cangrejo que camina hacia adelante y hacia atrás, y semejantes a los escorpiones que os pican en secreto con sus colas encendidas, y os matan con el veneno cruel de la infidelidad, que el diablo a veces invade con ciertos preceptos divinos, que buscan por su propia voluntad porque son imagen de Dios, y hace esto para engañarlos más fácilmente después burlándose de ellos.

También son semejantes a ciertas grandes aves que, esparciendo sus propios huevos, los abandonan y dicen: "Arrojemos esto de nosotros, porque es venenoso". Estos son los que niegan los principios fundamentales, es decir, que Dios creó todo y ordenó que germinara y creciera. Estos son los que niegan el principio del Señor, es decir, que apareció antes de la antigüedad de los días, porque la Palabra de Dios debía hacerse hombre. Estos son peores que los judíos, que ahora tienen los ojos ciegos para ver la forma ardiente que brilla en la santa divinidad ahora como hombre, quienes, sin embargo, después de mucho tiempo estimarán que ven

lo justo, hasta que Dios golpee con un flagelo de fuego a aquel en quien pensaban. Estos son también montañas sulfuradas mezcladas con fuego con la bestia más malvada, que abrirá su boca contra Dios, contra el cielo y contra todos los que están en el cielo, y son también las entrañas de la misma bestia discordante que recoge y expulsa la peor inmundicia, y preceden abrazando la suciedad y la maldad de todos los males por el camino de los errantes, como los profetas profetizaron al Señor en el camino de la salvación, mostrándolo con todas las virtudes de la justicia que el dedo de Dios inspiró y enseñó, así como el diablo llena a estos con blasfemia, maldad y mentira de todos los males.

Pues la antigua serpiente, al comienzo de su ruina, perdió la llave que creía tener, pero ahora considera que esta bestia malvada es su llave, de modo que con ella puede cumplir toda su voluntad, pero en ella toda su fuerza será completamente quebrada.

Ahora vosotros, pueblos que tenéis la fe más pura, mirando a Dios, escuchad la voz de aquel que era, que es y que ha de venir, diciéndoos: Escuchad las palabras de los sacerdotes que sostienen y guardan mi justicia, y en cuyos oídos estas palabras mías resonarán, y que también os dirán estas palabras en mi nombre. Y con voces clamantes, arrojad de vosotros a ese pueblo impuro y profano mencionado anteriormente, y castigadlos con palabras ásperas y duras, y llevadlos completamente a la expulsión, y desterradlos por completo a cuevas infelices y cavernas, porque quieren engañaros, y haced esto para que no seáis malditos por Dios y para que la paz no huya de vosotros. Porque no podéis ser llamados maestros y sacerdotes, reyes y duques y príncipes ante Dios mientras les deis morada entre vosotros, pues vuestras ciudades y aldeas serán destruidas, y vuestras posesiones serán saqueadas por estos hombres criminales si permanecen con vosotros.

Ahora sea alabado Dios, que se sienta en el trono y mira las profundidades, y que tiene todos los cielos bajo su dominio. Y el Espíritu de Dios dice: El que no quiera escuchar y entender estas palabras, ni quiera creerlas, la espada de la palabra de Dios lo matará con gran tribulación. Y luego, en la misma visión, oí una voz que me decía: Escribe lo que has visto y oído, y envíalo rápidamente a los sacerdotes de la iglesia que adoran a Dios con la fe más pura, para que lo prediquen a los pueblos en todo su entorno, de modo que se cuiden de estos artes diabólicas, para que no echen raíces entre ellos y perezcan.

Pero yo, una forma pobre, languidecí durante muchos días oprimida por la enfermedad, de modo que no pude estar completamente de pie hasta que no hubiera encomendado estos escritos.

Epístola 267: R267: Philipp von St. Peter in Köln a Hildegard von Rupertsberg

Felipe, el deán, junto con los demás clérigos, a Hildegarda.

Felipe, el deán, aunque indigno, de la iglesia mayor y todo el clero de Colonia, a Hildegarda, del monasterio de San Roberto en Bingen, venerable seguidora de la parte que eligió María y que ahora, por la pureza del corazón, y en el futuro, verá a Dios cara a cara. Porque amamos vuestra piedad maternal, os hacemos saber que, después de que os alejasteis de nosotros recientemente, habiendo venido a nosotros por mandato divino, donde nos revelasteis palabras de vida como Dios os inspiró, quedamos profundamente maravillados por lo que Dios opera en un vaso tan frágil y en un sexo tan frágil del ser humano, tales maravillas de sus secretos. Pero el espíritu sopla donde quiere. Pues, siendo evidente por muchas señales que ha elegido en vuestros corazones una morada que le agrada, justamente nos dirigimos a vos en nuestra admiración, como a un templo vivo de Dios, para ofrecer nuestras súplicas y pedimos respuestas de verdad de vuestro corazón, como si fueran del oráculo de Dios.

Rogamos, pues, con toda sinceridad a vuestra beatitud que encomendéis a Dios nuestros deseos, ya que están relacionados con el cuidado de las almas, y si algo vuestro espíritu, adherido a Dios, ha percibido sobre nosotros en una verdadera visión, como suele hacerlo, os pedimos que os esforcéis por comunicárnoslo por escrito. También os rogamos que lo que nos dijisteis antes de viva voz, lo consignéis por escrito y nos lo enviéis, porque, cuando estamos entregados a las concupiscencias carnales, fácilmente por negligencia entregamos al olvido las cosas espirituales, que ni vemos ni escuchamos frecuentemente. Que vuestro afecto esté bien, y que esté con vos aquel a quien amáis con todo vuestro corazón.

Epístola 268: R268: Hildegard von Rupertsberg al Clero von Köln

A los clérigos de Colonia. Hildegarda.

El que era, el que es y el que ha de venir dice a los pastores de la Iglesia: "El que era, estaba por crear a la criatura, de modo que tenía en sí mismo el testimonio de los testimonios, haciendo todas sus obras como quiso. El que es, creó toda criatura y mostró el testimonio de los testimonios en todas sus obras, de modo que cada cosa formada apareció. El que ha de venir, purgará todo y lo renovará en otra vicisitud, y borrará todas las arrugas de los tiempos y de los tiempos, y hará que todas las cosas sean siempre nuevas a la vez, y después de la purificación, revelará lo desconocido".

De Él fluye un viento que dice así: "He puesto el firmamento con todos sus ornamentos, sin carecer de fuerza. Tiene ojos, como para ver, oídos para oír, narices para oler, boca para gustar. Porque el sol es como la luz de sus ojos, el viento es el oído de sus oídos, el aire es su olfato, y el rocío, al sudar, es su gusto, como el aliento de su boca. También la luna marca los tiempos de los tiempos, y así muestra la sabiduría a los hombres. Las estrellas, que parecen racionales, así son, porque tienen un círculo, como la racionalidad que abarca muchas cosas. También he fijado los cuatro ángulos del orbe con fuego, nube y agua, y así he unido todos los límites de la tierra como venas. Derramé las piedras de fuego y agua como huesos, y constituí la tierra a partir de la humedad y la verdor, como la médula. Extendí los abismos como quienes sostienen el cuerpo, alrededor de los cuales sudan las aguas para sostenerlos. Así están constituidas todas las cosas para que no fallen. Si las nubes no tuvieran fuego y agua, no habría una sólida coagulación, y si la tierra no tuviera verdor y humedad, sería como ceniza. Pero también si las demás luminarias no tuvieran luz del fuego del sol, no brillarían a través de las aguas, sino que serían ciegas".

Estos son también los instrumentos de la edificación del hombre que él comprende al tocarlos, besarlos y abrazarlos cuando le sirven, tocándolos porque el hombre permanece en ellos, besándolos porque tiene conocimiento con ellos, abrazándolos porque ejerce un poder noble con ellos. Pero el hombre no tendría ninguna licencia de posibilidad si estas cosas no estuvieran con él. Así como estas cosas están con el hombre, y el hombre con ellas.

Oh, hijitos que pastoreáis mis rebaños, ¿por qué no os avergonzáis cuando las demás criaturas no abandonan los mandatos que recibieron de su maestro, sino que los cumplen? Yo os establecí como el sol y las demás luminarias para que iluminéis a los hombres con el fuego de la doctrina, brillando en la buena fama y preparando corazones ardientes. Esto lo hice en la primera edad del mundo. Elegí a Abel, amé a Noé, me revelé a Abraham, y enseñé a Moisés para la institución de la ley. También establecí a los profetas como mis amigos más amados.

Por eso, Abel prefiguraba el sacerdocio, Noé el magisterio principal, Abraham la renovación de la descendencia, Moisés el mensaje real, y los profetas muchos magisterios. Y Abel derramó su esplendor como la luna, porque mostró el tiempo de la obediencia en su ofrenda, y Noé como el sol porque perfeccionó la edificación de la obediencia, y Abraham como los planetas fuertes porque trajo la circuncisión, y Moisés como las demás estrellas porque reunió la ley a través de la obediencia. Y los profetas permanecieron firmes como los cuatro ángulos que sostienen los límites de la tierra, cuando reprendieron al mundo por la iniquidad presente, por lo cual también mostraron a Dios.

Pero vuestras lenguas son mudas en la voz clamante de la trompeta del Señor, no amando la santa racionalidad que, como las estrellas, tiene un círculo de movimiento. La trompeta del Señor es la justicia de Dios, que deberíais meditar con gran diligencia, y repetirla al

pueblo en la ley oficial y en la obediencia con santa discreción en tiempos convenientes, y no imponerla sobre ellos en exceso. Pero no hacéis esto por la codicia de vuestra propia voluntad, por lo cual las luminarias del firmamento de la justicia de Dios faltan en vuestras lenguas, como cuando las estrellas no brillan. Vosotros sois como la noche que exhala oscuridad, y como un pueblo que no trabaja, que no camina en la luz por fatiga, sino que, como una serpiente desnuda se esconde en una cueva, así vosotros os adentráis en la inmundicia por la vileza de las riquezas.

Oh, oh. Deberíais ser como se dice, el monte Sion en el que habitasteis. Porque vosotros, bendecidos y señalados entre las personas celestiales, deberíais haber sido una morada que despide mirra e incienso, en la que también Dios habitaría. Pero no sois esto, sino que sois rápidos para la lascivia de la edad infantil de aquellos que no saben hablar de su salvación. Y hacéis todo lo que vuestra carne pide, por lo cual se dice de vosotros: "Levanta tu mano contra sus orgullos hasta el fin, cuán malvado ha sido el enemigo en el santo lugar". Porque el poder de Dios humillará y reducirá a nada vuestros cuellos elevados por la iniquidad, que están inflados como por un soplo de viento, cuando no reconocéis a Dios, no teméis al hombre, ni despreciáis la iniquidad para que deseéis que se termine en vosotros.

Porque no veis a Dios ni deseáis verlo, sino que observáis vuestras obras y las juzgáis en vosotros mismos, es decir, haciendo y dejando según vuestro capricho lo que queréis. ¡Oh, cuánta maldad y enemistad hay en esto, que el hombre no quiere estar en una buena conversión ni por Dios ni por el hombre, sino que desea honor sin trabajo, y premios eternos sin abstinencia! Y que tanto desea en vano sonar como en santidad, según lo que dice el diablo: "Soy bueno y santo". Pero no es así. ¿Qué decís ahora? No tenéis ojos cuando vuestras obras no brillan ante los hombres en el fuego del Espíritu Santo, y cuando no meditáis sus buenos ejemplos. Por eso, el

firmamento de la justicia de Dios en vosotros carece de la luz del sol y el aire del edificio de las virtudes en el olor de la suavidad. Por lo cual se dice: "Tienen ojos y no ven, tienen narices y no huelen". Porque así como los vientos soplan y cubren todo el orbe, así deberíais ser vosotros vientos rápidos con vuestra doctrina para todo el pueblo, como se dice: "Su sonido ha salido por toda la tierra". Pero vosotros ya estáis cansados en cada fama voladora del mundo, de modo que a veces sois soldados, a veces siervos, a veces cantores burlones, pero con vuestros oficios fabulosos a veces alejáis moscas en verano.

Por la doctrina de las Escrituras, que están compuestas del fuego del Espíritu Santo, deberíais ser los ángulos de fortaleza de la Iglesia, sosteniéndola como los ángulos que sostienen los límites de la tierra, pero estáis postrados y no sostenéis la Iglesia, sino que huís a la cueva de vuestra lujuria, y por la fatiga de las riquezas, la avaricia y otras vanidades, no instruís a vuestros súbditos ni permitís que busquen doctrina de vosotros, diciendo: "No podemos hacer todo". Porque deberíais llenarlos y restringirlos con los preceptos de la ley, para que ninguno de ellos haga lo que elige, como si lo hiciera por debilidad, como la tierra está impregnada y restringida por la humedad y el verdor, para que no sea ceniza. Pero por vuestra culpa son esparcidos como ceniza y hacen lo que quieren en cada causa.

Porque vosotros deberíais ser una columna de fuego, precediéndolos, clamando a ellos y realizando buenas obras delante de ellos, diciendo: "Tomad la disciplina para que no se enoje el Señor y perezcáis del camino justo". Porque la ley del Señor está llena de amor y temor, y por eso toda naturaleza, tanto espiritual como carnal, debe ejercitarse en el camino recto, para que el Creador no amenace a aquellos que creó por no caminar en sus caminos. Pero vosotros os engañáis a vosotros mismos diciendo: "No podemos superar a estos ni a aquellos". Pero si corrigierais verdaderamente a vuestros súbditos con la racionalidad que Dios os

dio, no se atreverían a resistir la verdad, sino que dirían que vuestras palabras son verdaderas, en la medida en que puedan. Pero como no lo hacéis, se dice de vosotros: "Están turbados y se mueven como borrachos, y toda su sabiduría ha sido devorada".

Esto es así, pues estáis turbados porque no tenéis ningún respeto por el bien en vosotros, de modo que caminéis bien. También estáis movidos en gran duda porque vuestras obras no os dan una respuesta correcta, como si no supierais qué hacer, como un borracho, cuando hacéis lo que el deseo de vuestra mente y vuestra propia voluntad quieren. Por eso, toda la sabiduría que habéis buscado en las Escrituras y en la doctrina ha sido devorada en el pozo de vuestra propia voluntad, cuando lo que sabíais tocando y saboreando lo hacíais en vuestros deseos llenos y en la gordura de vuestra carne, como un niño que en su infancia no sabe qué hacer.

Por lo tanto, se os dice a vosotros: No tenéis las costumbres de la moralidad que deben guiar al pueblo con estabilidad recta, como los pies que sostienen el cuerpo restante, para que los rodeéis con las Escrituras, como el abismo está rodeado por las aguas que sudan a su alrededor. Pero decís: "No tenemos tiempo para hablar ahora, ni tampoco es tiempo para escuchar, como en tiempos anteriores". Pero yo digo: Abel, debido al odio de su hermano, no abandonó su ofrenda, sino que la ofreció a su Señor, aunque por ello fue asesinado. Noé, angustiado en el tremendo juicio de la inundación que asfixió a las criaturas, sudó mucho mientras temía intensamente la muerte, pero cumplió con las órdenes de Dios. Algunos otros hombres, al ver esto, decían: "¿Qué hace este tonto? Los vientos lo destruirán". Sin embargo, él cumplió lo que Dios le había ordenado. Abraham, aunque estaba afligido en su corazón y amaba a su hijo, no cesó de atarlo para el holocausto. Moisés, el legislador, también sufrió duros y ásperos tratos por parte de sus hermanos y vecinos, pero no abandonó la ley, sino que cumplió los mandamientos de Dios. Los profetas también fueron asesinados por hombres infieles,

como si fueran lobos rabiosos, cuando obedecían a Dios. Vosotros, en cambio, no queréis soportar las injurias del pueblo ni siquiera en un tiempo breve y adecuado, y por ello acumuláis innumerables e infinitos tormentos en vuestro seno.

Debéis ser el día, pero sois la noche. Seréis o la noche o el día. Elegid en qué parte queréis estar. Vosotros, en el firmamento de la justicia y la ley de Dios, no sois ni sol, ni luna, ni estrellas, sino oscuridad, en la que yacéis como muertos. Por lo tanto, repito: Dios muestra las obras que hizo por sí mismo a aquellos que se apartan de Él, porque no llevan correctamente los manojos de los buenos frutos, así como un padre muestra a sus hijos las obras de su bondad cuando se apartan de él, para que vean que no caminan bien en la honestidad.

Adán recibió el mandamiento de Dios con benevolencia, pero falló al seguir el consejo del diablo, y por eso perdió la claridad que tenía como una vestidura luminosa y el patrimonio del paraíso, y se vistió con una lamentable vestidura y fue a una tierra oscura. Entonces el diablo se regocijó porque había ridiculizado al hombre, y lo hizo hasta Abel, quien amó a Dios con buena voluntad y mostró esa voluntad con buenas obras. Pero allí el diablo invadió a Caín, de modo que mató a su hermano. Estas cosas las miró Dios en su mente como escritas en un libro, misterios que el diablo no conocía, porque solo aparecieron en la santa divinidad, pues la virginidad en Abel estaba adornada con el oficio sacerdotal y la sangre del martirio, lo que luego se completó en el Hijo de Dios.

Después, Dios, a través de Noé, prefiguró el fundamento celestial en la construcción del arca, donde produjo un nuevo mundo. Entonces la tierra dio un nuevo jugo, es decir, vino, en el que hay muerte y vida. Allí también el diablo persuadió al hijo de Noé para que deshonrara a su padre por su desnudez, por lo cual ese mismo hijo fue despojado de la bendición de la libertad y se convirtió en

esclavo. Más tarde, la divinidad mostró los muros de ese fundamento en Abraham a través de la circuncisión y la verdadera revelación, incluso en una mujer estéril. La circuncisión fue la confusión de la serpiente y la herida de la muerte. La primera mujer fue estéril en vida, pero la iglesia era fértil en vida a través de la fe.

El diablo, sin embargo, persuadió a algunos en la descendencia de Abraham para que cometieran homicidio y otras malas obras con maldición e irrisión, por lo cual cayeron de la bendición de Dios. Pero el dedo de Dios escribió la ley para Moisés, y así elevó las torres de ese fundamento a gran altura. Por eso el diablo ideó allí un mal supremo y terrible, que primero había planeado y luego mostró abiertamente, diciendo que él era Dios en Baal. Entonces Dios castigó a los hijos de Israel con muchas plagas.

Entonces vino el unicornio y durmió en el seno de la virgen cuando la Palabra de Dios se hizo carne y completó todo el fundamento celestial. Él mismo, en la naturaleza virginal, fue hecho sacrificio como Abel, plenamente a través de la sangre del martirio. La serpiente antigua lo acechaba porque no sabía quién era, y como no conocía aquellos misterios que estaban en la mente de Dios, incitaba al pueblo judío para que no escucharan sus maravillas, sino que lo apresaran después de ser vendido por su discípulo. Por eso fueron vendidos a diversas regiones y perdieron su propia tierra.

El Hijo de Dios puso a la iglesia como el arca de Noé sobre los altos montes, cuando enseñó la fe a príncipes, duques y reyes a través de sus discípulos, y la llenó con toda clase de personas, es decir, justos, publicanos y pecadores. Él también inició la obediencia en Abraham cuando, encarnado, obedeció a su Padre hasta la muerte, y en la circuncisión dio el bautismo en el nombre de la Santísima Trinidad, cuando ordenó a sus discípulos bautizar a los creyentes. En ese mismo bautismo, la serpiente fue asfixiada en confusión y la muerte fue vencida y herida, por lo que la iglesia dio a luz una nueva

generación por un camino extraño, donde Eva había sido estéril en vida, pero María otorgó mayor gracia de la que Eva había dañado.

Sin embargo, la antigua serpiente persuadió a los judíos y a los infieles para que persiguieran y mataran a los santos de Dios. El Hijo de Dios ganó el estandarte de la victoria en todas sus obras, y dio la ley a sus discípulos como Moisés, para que enseñaran a todos los pueblos y establecieran maestros, y adornaran a la iglesia en todos sus órdenes. Y lo hicieron por la inspiración del Espíritu de Dios, que escribió la verdadera doctrina en sus corazones. Y como la Palabra de Dios se había encarnado, a Dios le agradó que todos los órdenes de los ángeles, que son conocidos por sus nombres entre los hombres, fueran espiritualmente designados en el pueblo espiritual, como en los presbíteros y obispos y en otros órdenes espirituales similares.

Entonces la iglesia apareció como el amanecer en los hombres espirituales, y así brilló en las virtudes, porque en sus tribulaciones tenía la defensa como un escudo y la protección como una armadura. Y así el pueblo espiritual estuvo en gran honor ante Dios y los hombres, hasta que un cierto tirano, que era baalítico, comenzó a servir a los ídolos. Viendo esto, el pueblo espiritual primero suspiró y tembló. Pero luego ese mismo pueblo espiritual entró en la singularidad y en la propiedad singular de sus actos, y se apartó del pacto que había prometido a Dios por el Espíritu Santo, y, como lo hicieron los judíos, abandonaron un mandamiento tras otro, y cada orden estableció una ley según la voluntad de su propia propiedad, y se alejaron de la buena conducta y de la buena doctrina.

Entonces también fueron despojados de la vestidura de la obediencia como Adán, y comenzaron a vivir según la voluntad de la carne. Y eso hicieron en la tierra oscura, así como Adán, después de su desobediencia, fue llamado oscuro por Dios, y ya no brillaban en la iglesia como antes, sino que se convirtieron en una nube oscura y

turbulenta para ella, como también Adán, por su desobediencia, fue oscurecido, y ni él ni los demás brillaban, sino que caminaban en tinieblas.

Y de la luz viviente escuché nuevamente una voz que decía: "Oh hija de Sión, la corona de honor sobre la cabeza de tus hijos será inclinada, y el manto de expansión de sus riquezas será disminuido, porque no reconocieron el tiempo que les di para ver y enseñar a sus súbditos. Porque también les fueron dados pechos para alimentar a mis pequeños, pero no se los dan en el tiempo adecuado y conveniente, por lo que muchos hijos extranjeros han perecido de hambre, porque no son alimentados con la doctrina correcta. Tienen voz, pero no claman. También se les han dado obras, pero no las realizan. Quieren tener gloria sin mérito, y mérito sin obra. Quien quiera tener gloria con Dios, corte su propiedad, y quien desee tener mérito ante Dios, exhiba la obra para ello. Pero como no hacéis esto, seréis contados entre los siervos de los siervos, y ellos serán vuestros jueces, y vuestra libertad se apartará de vosotros como la bendición de Canaán".

Estos azotes precederán, y luego vendrán otros y otros aún peores. Porque el diablo también dice de vosotros: "Encuentro en estos hombres el alimento de los festines y los banquetes de toda mi voluntad. También mis ojos, mis oídos, mi vientre y mis venas están llenos de la espuma de estos hombres, y mis pechos están llenos de sus vicios. Porque ellos no quieren trabajar en su Dios, sino que lo cuentan como nada".

Por lo tanto, comenzaré a combatir con ellos y a jugar con ellos bromeando, porque no los encuentro trabajando en el campo de su Señor como su Señor les ordena. Pero vosotros, discípulos y subordinados míos, estáis mucho más disciplinados que ellos ante el pueblo. Y porque sois así, levantáos sobre ellos y despojadlos de todas sus riquezas y todo su honor, y, despojándolos por completo,

asfixiadlos. Esto es lo que el diablo dice en su interior, y en muchos aspectos lo cumplirá según el juicio de Dios. Pero yo, que soy, digo a los que me escuchan: En aquel tiempo, cuando esto suceda, una ruina caerá sobre un pueblo errante, peor que el pueblo errante que ahora está sobre vosotros, que os perseguirá por todas partes y no ocultará vuestras obras, sino que las revelará, y dirá de vosotros: '¡Estos son escorpiones! En sus costumbres y obras, son como serpientes'. Y además, en un aparente celo por el Señor, invocará maldiciones sobre vosotros, diciendo: 'El camino de los impíos perecerá'. Pues se burlarán de vuestras vías en vuestra iniquidad hasta llevaros a la destrucción, riéndose de vosotros. Pero este pueblo, que hará esto, será seducido y enviado por el diablo. Vendrá con el rostro pálido, y se presentará a sí mismo como si estuviera en toda santidad, y se unirá a los príncipes seculares más grandes. Y a ellos les dirá de vosotros: '¿Por qué los mantenéis con vosotros? ¿Y por qué permitís que estén con vosotros, ellos que contaminan toda la tierra con sus iniquidades manchadas? ¡Estos son borrachos y lujuriosos! Y si no los arrojáis de entre vosotros, toda la iglesia será destruida'.

El pueblo que dirá esto de vosotros estará vestido con capas humildes de colores ajenos, y caminará con el cabello cortado de manera recta, y se mostrará a los hombres en todos sus modales como placentero y tranquilo. No aman la avaricia, no tienen dinero, y en sus ocultos practican tal abstinencia que apenas puede ser reprochada por nadie. Pues el diablo está con estos hombres, mostrándose a ellos con un brillo deslumbrante, como estuvo antes de la caída en la creación del mundo, e incluso se hace algo parecido a los profetas, diciendo: 'Este pueblo habla en broma, como si fueran animales rabiosos e impuros y como si fueran moscas. Pero ahora quiero volar en las alas de los vientos con un trueno brillante, y así infundir en ellos de todas las formas posibles para que cumplan toda

mi voluntad'. Y así, en estos hombres, ¡haré mis señales como si fueran las del Dios omnipotente!

El diablo obra esto a través de los espíritus del aire, que, debido a las malas obras de los hombres, se mueven innumerables alrededor de ciertas personas como moscas y mosquitos que infestan a los hombres en el calor del verano. Pues él infunde a estos hombres de tal manera que no les quita la castidad, y les permite ser castos cuando quieren tener castidad. Y nuevamente dice en su interior: 'Dios ama la castidad y la continencia, y eso es lo que también imitaré en estos hombres'. Y así, el mismo enemigo antiguo inflama a estos hombres a través de los espíritus del aire, de modo que se abstienen de pecados incestuosos. Por eso no aman a las mujeres, sino que las evitan. Y así se mostrarán a los hombres como si estuvieran en toda santidad, y con palabras burlonas dirán: 'Los demás hombres que antes que nosotros querían tener castidad, se quemaban como pescado asado. Pero ninguna contaminación de la carne y la concupiscencia se atreve a tocarnos, porque somos santos y estamos llenos del Espíritu Santo'. ¡Ay de estos hombres errantes que ahora son, que no saben lo que hacen, como aquellos que nos precedieron en tiempos anteriores!

Otros hombres, que en ese tiempo estarán errando en la fe católica, temerán a estos hombres y les servirán con oficios serviles, y en la medida de sus posibilidades, los imitarán. Entonces, la gente se alegrará por la conducta de estos hombres, porque parecerán justos a sus ojos. Y cuando estos hayan confirmado su curso de error de esta manera, perseguirán y expulsarán a los maestros y sabios que persisten fielmente en la fe católica, pero no a todos, porque algunos de ellos serán soldados muy fuertes en la justicia de Dios. Y no podrán mover ciertas congregaciones de santos cuya vida es santa.

Por lo tanto, darán consejo a los príncipes y ricos para que coaccionen a esos maestros de la iglesia y a otros hombres

espirituales, es decir, a sus subordinados, con palos y varas, para que se hagan justos. Y esto se cumplirá en algunos casos, por lo que otros temblarán aterrados. Pero, según lo dicho a Elías, muchos justos serán preservados, que no serán confundidos en estos errores ni serán destruidos en sus fundamentos. Pero estos seductores dirán a las mujeres al comienzo de su seducción errante: 'No os es permitido estar con nosotros, pero, como no tenéis maestros rectos, obedecednos a nosotros, y haced todo lo que os decimos y os ordenamos, y seréis salvadas'. Y así atraerán a las mujeres hacia ellos y las llevarán a su error. Por lo tanto, en la soberbia de su mente inflada, dirán: 'Hemos vencido a todos'. Sin embargo, después de esto, se mezclarán en lujuria secreta con esas mismas mujeres, y así se revelará la iniquidad y la secta de ellos.

Pero yo, que soy, digo: Así, la iniquidad que purgará la iniquidad será traída sobre vosotros, como está escrito: 'Puso las tinieblas como su escondite, su pabellón en torno a él, aguas tenebrosas en las nubes del aire'. Pues Dios constituirá vuestras malas obras, que están sin luz, para la venganza, en la que se ocultará de nosotros sin ayuda, porque no clamará sobre vosotros la equidad, sino que os dirá que sois inicuos. Pues la ley y la doctrina son del cielo, en las cuales debería habitar con vosotros, si fuerais el ornamento de las virtudes y el jardín fragante de las delicias. Pero sois un mal ejemplo en las mentes de los hombres, ya que de vosotros no fluye ningún arroyo de buena fama, de modo que no tenéis ni alimento para comer ni vestimenta para cubriros en la correcta consideración del alma, sino malas obras sin el buen conocimiento. Por lo tanto, vuestro honor perecerá y la corona caerá de vuestra cabeza.

Así la injusticia provoca la justicia, y busca y explora todos los escándalos, como está escrito: 'Pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo!'. Pues es necesario que a través de tribulaciones y contriciones se purguen las malas obras de los hombres. Pero aún así, se acumulan muchas penas sobre aquellos que imponen miserias

a otros en su impiedad. Sin embargo, estos hombres infieles y seducidos por el diablo serán vuestra escoba para castigaros, porque no adoráis a Dios con pureza, y os atormentarán hasta que vuestras injusticias e iniquidades sean purgadas. Pero estos engañadores no son aquellos que vendrán antes del último día, cuando el diablo volará alto, como comenzó a luchar contra Dios al principio, sino que son un germen precursor de ellos. Sin embargo, después de que sean encontrados en las perversidades de Baal y en otras malas obras, los príncipes y otros grandes se lanzarán sobre ellos, y los matarán como a lobos rabiosos dondequiera que los encuentren.

Entonces el amanecer de la justicia, y vuestro final será mejor que el principio, y temeréis de todo lo pasado, y brillaréis como el oro más puro, y así permaneceréis por largos tiempos. Porque el primer amanecer de la justicia surgirá en el pueblo espiritual, como al principio comenzó con un pequeño número, y ellos no querrán tener muchas riquezas ni muchas posesiones, que matan las almas, sino que dirán: "¡Ay de nosotros, porque hemos pecado!" Pues ellos serán fortalecidos por el temor y el dolor pasados hacia la justicia, como los ángeles fueron fortalecidos en el amor de Dios tras la caída del diablo. Y así vivirán después en humildad, sin desear rebelarse contra Dios con obras perversas, sino que, purgados de muchos errores, permanecerán en la fortísima virtud de la rectitud.

Entonces muchos hombres se maravillarán de que una tormenta tan violenta haya precedido a esta suavidad. Los hombres que vivieron antes de estos tiempos soportaron muchas y duras luchas contra sus propias voluntades en los peligros de sus cuerpos, de los cuales no pudieron escapar. Pero en vuestros tiempos, tendréis guerras inquietas debido a vuestras propias voluntades y costumbres desordenadas, en las cuales sufriréis muchas tribulaciones. Por lo tanto, quien desee escapar de estos peligros, que tenga cuidado de no quedar tan oscurecido en sus ojos que sea atrapado en las redes de estas erupciones, sino que cada uno, en la medida de sus fuerzas,

huya de ellas a través de buenas obras y de la consideración de una buena voluntad, y Dios le proporcionará su ayuda.

Porque el diablo cometió un error en la obra de Dios, que también comenzó en el primer hombre, de modo que exhaló la espuma de sus vicios sobre el pueblo espiritual, pero Dios preservará en la rectitud al pueblo que eligió para sí, así como preserva a ciertos hombres contra el último error, para que lo disipen. Así, el diablo será confundido en la cola de este error, y se esconderá como una serpiente en una caverna, como también será llevado a la confusión en el último error.

Dios preveía sus obras en Adán, a quien hizo de arcilla, carne y huesos, cuando le inspiró el aliento de vida. Pero cuando el espíritu del hombre se aparta de él, la carne y los huesos se convierten en ceniza, pero en el último día serán renovados. Que Dios hiciera al hombre de arcilla prefiguró la ley antigua que habría de ser dada al hombre, pero que ese mismo hombre se levantara de la arcilla en carne y hueso mostró la ley espiritual que el Hijo de Dios trajo por sí mismo. Y así, después de la ceniza, será renovado y será eterno, en lo cual se demostrará que verá el rostro del Creador con la recompensa de la santidad y la verdadera ley, porque allí será verdaderamente renovado, como está escrito: "Envía tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra".

Lo que se dice es: "Tú, Dios, que creaste todas las cosas, enviarás en la última trompeta tu Espíritu, y los hombres resucitarán en inmortalidad, de modo que ya no crecerán ni se marchitarán, ni se convertirán en ninguna putrefacción. Y así renovarás la faz de la tierra", es decir, que el cuerpo y el alma estarán en una sola ciencia y en una sola perfección. Esto lo hará Dios, en quien no hay principio ni fin. Pues Dios no mira a nada, porque él es todo. Y él creó al hombre, en quien puso sus obras y milagros, y a quien encomendó

cada edificio de virtudes para que tendiera hacia él, lo cual Dios ama profundamente, porque es amor.

Dios actúa como un padre de familia que encomienda sus bienes a un amigo íntimo, para que por la buena obra de esos bienes reciba una recompensa de él. Ahora, oh hijos de Dios, escuchad y entended lo que el Espíritu de Dios os dice, para que no perezcáis en la mejor parte. Y el Espíritu de Dios os dice: Mirad vuestra ciudad y vuestra región, y arrojad de entre vosotros a los hombres malvados que son peores que los judíos y semejantes a los saduceos. Porque mientras permanezcan con vosotros, no podréis estar seguros y a salvo. Pues la Iglesia llora y lamenta por la iniquidad de estos hombres, porque sus hijos están contaminados por la iniquidad de ellos. Por tanto, arrojadlos de entre vosotros, para que vuestra congregación y ciudad no perezcan, porque en Colonia se preparó hace tiempo el banquete de las bodas reales, y por eso sus calles aún resplandecen.

Pero yo, tímida y pobre, he estado muy fatigada durante dos años, para presentar estas palabras de viva voz ante los maestros, doctores y otros sabios en ciertos lugares mayores donde residen, pero debido a que la Iglesia estaba dividida, por un tiempo oculté esta voz.

Epístola 269: R269: Preboste R. von St. Peter in Trier a Hildegard von Rupertsberg

El preboste de San Pedro y todo el clero de Tréveris a Hildegarda.

R. pecador y preboste de la iglesia mayor de San Pedro, y todo el clero de Tréveris, a Hildegarda, sierva de Dios y conocedora de muchos de sus misterios, que vive devotamente en el monasterio del beato Roberto. Con acción de gracias y con las manos extendidas hacia Dios por ti.

Por la divina permisión se revelan los pensamientos de muchos corazones, nuestros hacia ti por la voluntad divina, te amamos con todo el empeño del cuerpo y con toda la devoción de la mente. Pues sabemos que el Espíritu Santo habita en ti, y que muchas cosas, desconocidas para los demás hombres, te son manifestadas por Él.

Desde que te apartaste de nosotros, cuando durante los días de Pentecostés viniste a nosotros por disposición divina, donde nos predijiste que la amenaza de Dios se cernía sobre nosotros, hemos visto y experimentado muchos daños en las iglesias, muchos peligros para los hombres a nuestro alrededor y entre nosotros. Porque, según el buen consejo que nos diste, hemos descuidado apaciguar la ira del Señor, y si no fuera por la misericordia de Dios que retractó su venganza, quizás habríamos sucumbido en la desesperación ante los mismos peligros inminentes.

Y porque Dios está en ti, y sus palabras suenan en tu boca, te rogamos íntimamente tu amor maternal para que aquellas cosas que nos revelaste entonces de viva voz, nos las transmitas ahora por escrito a través del portador de la presente, para que las generaciones venideras vean tanto la venganza de Dios como su misericordia dirigida hacia nosotros, y reconozcan que tú eres una verdadera y amada conocedora de sus secretos.

¡Que la protección del Señor permanezca siempre sobre ti! Y lo que ha comenzado en ti, lo perfeccione en ti con un buen final.

Epístola 270: R270: Hildegard von Rupertsberg al Clero von Trier

Al clero de Tréveris, de Hildegarda.

Yo, una pequeña y pobre criatura que en mí misma no poseo ni salud, ni fuerza, ni fortaleza, ni conocimiento, sino que estoy sometida a los maestros, he oído estas palabras del místico resplandor de la verdadera visión, dirigidas a los prelados y al clero de Tréveris. Los doctores y maestros no quieren tocar la trompeta de la justicia, por lo que el amanecer de las buenas obras en ellos, que ilumina al mundo entero y que es como un espejo de luz, se ha extinguido. Este amanecer debería brillar en ellos junto con la doctrina, que gobierna diferentes preceptos, como la esfera del sol es diversa. El viento del sur, que debería traer virtudes con su calor, en ellos es tan frío como el invierno, porque no tienen en sí las buenas obras ni el fuego encendido del Espíritu Santo, y como carecen de verdor, están secos.

El poniente de la misericordia también se ha transformado en la negrura del cilicio, porque no viven bien ni veneran la pasión de Cristo, quien, a través de la humildad, descendió a la humanidad y ocultó su divinidad, como el sol a veces se esconde. Pero el norte y el viento del norte actúan en ellos, donde cada uno ejerce la amplitud de su propiedad, que se convertirá en la pena de las almas, así como el cilicio aprieta el cuerpo humano. Porque no se levantan con el amanecer en las buenas obras, no arden con el calor del sol, ni se desvían de los males con el poniente, sino que se esconden en la propiedad de su corazón con el viento del norte.

Por esta razón, el diablo envía tres vientos negros del norte con un silbido burlón: primero, con soberbia y odio contra el amanecer que ha sido extinguido; segundo, con el olvido de Dios contra el sur; y tercero, con la infidelidad contra el poniente. Pues cuando los

doctores y maestros caminaban correctamente, imitando a Dios, el amanecer restringía tanto al viento del norte en ellos que no podía suspirar, y el sur, en sus buenas obras, lo quemaba, y el poniente arrojaba sus fuerzas en las tinieblas cuando estos dejaban el mundo y a sí mismos, siguiendo al Cordero.

Ahora, sin embargo, la fuerza viril de la fortaleza se ha inclinado hacia la debilidad femenina, la cual no debe luchar con la fortaleza viril, porque el hombre es la cabeza. Pero este tiempo femenino comenzó con un cierto tirano, cuando todo mal brotó. Sin embargo, he aprendido de la verdadera visión que muchas veces un padre de familia, que es un señor poderoso, cuando sus hijos y siervos, debido a la transgresión de sus preceptos, le desagradan, les presenta su bondad, poder y capacidad, y después, extendiendo su mano con la vara de corrección, los somete y los dispersa según la gravedad de su delito, diciendo: "¿De dónde venís y qué sois sin mí?".

Y he oído acerca del celo del Señor, que Dios no deja sin castigo la transgresión de sus preceptos. Pues Adán, habiendo transgredido los preceptos de Dios, perdió la visión de las cosas celestiales y su clara vestidura, y fue enviado a un lugar de miseria. También por el celo del Señor, Caín fue expulsado por la efusión de la sangre de su hermano Abel, a quien mató. Muchos pueblos, descendientes de Adán, se levantaron, que olvidaron a Dios, de modo que ni siquiera sabían que eran hombres, por lo que vivían pecaminosamente, según las costumbres de los animales, excepto los hijos de Dios, que se separaron de esos hombres y de sus costumbres, de los cuales nació Noé.

Entonces el celo del Señor se levantó, y el Espíritu del Señor se movía sobre las aguas, y rompió las nubes y envió las aguas en el diluvio, y así la tierra fue purificada de los pecados criminales y de la sangre de Abel, que había bebido. Pues Dios hizo esto. Y así, el cuello de la codicia de la antigua serpiente fue aterrorizado.

Entonces la tierra, que había sido violada antes por la sangre de Abel, produjo un nuevo jugo de vino, y la sabiduría comenzó a obrar de nuevo.

Pero el diablo, con burla, perpetuó el crimen en el hijo de Noé, por lo que el celo del Señor dio al pecador a la servidumbre, y le quitó la bendición y lo entregó a la maldición de la servidumbre. Y así, la nueva sabiduría obró en el cielo y en la tierra. Después, la Santa Trinidad mostró una gran obra en Abraham, prefigurando y mostrando la obediencia, cuando él dejó su patria y se circuncidó, y en obediencia presagió a aquellos de los cuales se dijo: "Estos son los que vuelan como nubes". Y en la circuncisión, la herida de la confusión de la antigua serpiente.

Pero la mujer, siguiendo la necedad de la primera mujer con risas, en su fecundidad, prefiguró al Hijo de Dios. Pues en la obediencia de Abraham, Dios cambió la transgresión de Adán y le infligió una herida de muerte en su circuncisión, y en la fecundidad de una mujer estéril previó que otra mujer daría a luz a otro hijo, porque el Hijo de Dios cumplió toda esta prefiguración en su nacimiento.

Moisés, el legislador, vino en ayuda de la circuncisión y dio la ley, lo cual también fue hecho por Dios. Pero su pueblo, debido a muchas transgresiones de los preceptos de Dios, cayó en la idolatría y en otros pecados. Sin embargo, el celo del Señor seguirá obrando tales purificaciones hasta el fin del mundo. Pero cuando Dios envía su venganza, a menudo la anuncia a través de un hombre o de alguna otra criatura, para que los hombres no tengan excusa para sus males. Por eso, a menudo, muchos se levantan entre ellos y hacen penitencia, como sucedió con Jonás. Y así, Dios es alabado por sus amigos y proclamado por sus enemigos. Pues Dios muchas veces ha tocado con la forma de su dedo a hombres y mujeres en la revelación mencionada, como está escrito: "Y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas."

Después de que Dios prefiguró lo que quería hacer, recordó lo que había dicho acerca de que aplastaría la cabeza de la serpiente. Y a una mujer, es decir, a una virgen, la llenó de obediencia, castidad y de todo bien, de modo que la soberbia que había en Eva se secó en ella. Pero esta virgen concibió al Hijo de Dios por el Espíritu Santo, quien surgió de manera milagrosa y vino al mundo con milagros. Entonces Dios cesó en esa obra que había realizado carnalmente. Y a este Hijo suyo le dio el poder de transformar todas las cosas carnales en espirituales, porque Él es la carne de la santidad que surgió de una naturaleza ajena, y que el consejo de la serpiente nunca violó.

Por lo tanto, este mismo Hijo de Dios regó la antigua ley, cuando en el bautismo, a través de la fe, la obediencia y la abstinencia de los deseos carnales, mostró el camino de la santidad, y cuando dio la penitencia a los hombres, y cuando confirmó todo esto en su cuerpo mortal con su muerte, y cuando dio milagros y señales a sus discípulos, tal como el Padre se lo había dado a Él. Pues cuando Dios apareció como hombre, envió un nuevo fuego sobre sus discípulos con el trueno de la divinidad, que antes nunca se había manifestado, y los discípulos fueron llenos de nuevas lenguas ígneas y de una nueva ciencia, que enseñó a los hombres a vivir según la armonía celestial.

Entonces el oriente resplandeció en su fuerza, y el sur ardió en su calor. Ni el occidente fue dañino, ni el norte se agitó con el viento del norte, porque fueron moderados por la pasión de Cristo hasta el tiempo de cierto tirano, desde cuyo tiempo surgió todo mal, injusticia y transgresión. Pero estos fueron examinados con hambre y pestilencia, y doblegados con guerras y batallas, y purificados con las penas de la penitencia.

Sin embargo, ahora la ley ha sido descuidada en el pueblo espiritual, que desprecia hacer el bien y enseñar. Los maestros y prelados también, abandonando la justicia, duermen en la justicia. Por lo

tanto, escuché esta voz desde el cielo diciendo: "Oh hija de Sion, la corona de tu cabeza se inclinará, y el manto de la expansión de tus riquezas se reducirá para ti, y se restringirá a un número pequeño, y serás expulsada de región en región." Pues muchas ciudades y claustros serán destruidos por hombres poderosos. Y los príncipes dirán: "Eliminemos esta iniquidad que ha subvertido al mundo entero en ellos." Y vi y escuché que estos peligros y destrucciones ocurrirán en las regiones y claustros debido a la transgresión de la obediencia y de otros preceptos legales constituidos. Y vi que, sin embargo, en tales transgresiones algunos se adherirán a Dios y suspirarán por Él, tal como sucedió en tiempos de Elías. Estos perseverarán con gran honor y serán considerados como holocausto para Dios, porque se apartaron del mal como Noé y Lot.

Y esta misma purificación comenzará en este tiempo femenino de manera pequeña, y luego se hará mayor, y después vendrá un tiempo viril, en el cual habrá guerras y batallas según el justo juicio de Dios. Pero este tiempo femenino no durará tanto como lo ha hecho hasta ahora. Entonces se levantarán la justicia y los juicios de Dios, y habrá disciplina y temor de Dios en el pueblo, y los justos y buenos hombres se convertirán en un pueblo espiritual, aunque permanecerán en un pequeño número debido a la humildad, y regresarán al primer amanecer como los ermitaños, y esto también lo harán en el temor de los tiempos pasados, que percibieron que les fueron adversos. Y los hombres no tendrán la necedad de las costumbres lujuriosas como los niños, sino que soportarán la tristeza por los tiempos desconocidos que han de venir. Y entonces se levantarán hombres fuertes y profetizarán, y reunirán todas las escrituras antiguas y nuevas y todos los discursos inspirados por el Espíritu Santo, y adornarán su comprensión como un collar con piedras preciosas. A través de estos y otros sabios, muchos seculares se convertirán en buenos y vivirán santamente. Sin embargo, este esfuerzo por la santidad no se marchitará pronto, sino que durará

mucho tiempo, porque todo esto sucederá debido a un tiempo errante, en el que muchos mártires serán firmes en la fe. Pues un hombre guerrero hará esto, que ve el principio y el fin de sus obras en estas cosas, para que resista al pueblo errante. Él mismo estableció primero a los profetas como cabeza, a los sabios como ojos, y a los doctores como boca, tal como todo fue hecho por la palabra de Dios. Y porque luego los demás miembros, es decir, los fieles, harán buenas obras, como se ha dicho, Dios pondrá la cabeza en su seno, es decir, abrirá la profecía a su entendimiento. Entonces, los príncipes convertirán las cítaras y los tambores en lamentación y tristeza, como hicieron los hijos de Israel cuando fueron cautivos.

Después de todo esto, las cosas espirituales se fortalecerán sin tedio ni desfallecimiento, y los hombres contemplarán la pupila del libro viviente. Y entonces habrá fuerza y fortaleza y salud en el pueblo, porque el hombre guerrero llenará el aire con salud, y también producirá el verdor de las virtudes, para que los fieles no desfallezcan en cuerpo y alma en el tiempo errante. Esto perdurará hasta el tiempo errante, en el cual el pueblo fiel se apresurará hacia la muerte como a un banquete. Pero también este tiempo retendrá el error de este modo, hasta que Dios lo disipe en su gracia y misericordia y en su celo. En todo esto, el jardinero arrojará lo inútil de su jardín y recogerá lo útil, como está escrito: "El Señor de las venganzas, el Dios de las venganzas, ha actuado con libertad." Esto significa que Dios, en su celo, aplasta la cabeza de toda iniquidad, y el Señor la derriba en su caída, porque toda iniquidad proviene del diablo, que está sepultado en el infierno. Porque Él es el Dios de las venganzas, ya que no ha mirado ni ha considerado a nadie de quien pudiera tomar algo para sí mismo, sino que distribuye, establece y hace cada cosa en sí mismo, y esto lo hace con libertad de este modo, porque Él solo es justo y bueno y temible en todos sus juicios.

En verdad, Dios es la venganza de los perdidos, porque no quisieron el bien, y por eso los condena con el diablo. También inclina libremente a muchos a través del dolor, a quienes luego eleva libremente para que sean como columnas del cielo por sus buenas obras, tal como hizo santos a muchos publicanos y pecadores. Entonces el diablo, levantándose, quiere volar en su hijo perdido sobre las alas de los vientos. Pero Dios, en sí mismo, dispone las cosas que quiere, porque nadie puede superarlo, y disipa todo el poder del diablo como un herrero que reduce a nada todo lo inútil en su taller, y extiende su mano en su celo, como hizo cuando arrojó al mismo Satanás al abismo en su primera caída. Por lo tanto, él se esconde en el abismo como una serpiente entra en su agujero, y ya no se levantará más, porque ahora está completamente engañado. Después de esto, la divinidad, desconocida para toda criatura, actuará, porque a ningún hombre le es dado saber cuándo la purificación del mundo se llevará a cabo por el fuego.

Y vi a Tréveris adornada con un nuevo fuego que apareció a los discípulos en lenguas ígneas, entre los fieles primero muy adornada, de modo que todas sus calles estaban llenas de una fe dorada con milagros difundidos entonces. Pero ahora, debido a la depravación de las costumbres corruptas, rodeada de tedio como si no conociera a Dios, y contaminada con muchos otros males, y también en esta decadencia, envejecida en la tristeza y la pérdida de la alegría y la belleza de las instituciones principales y honorables, y inclinada al olvido de muchos pecados. Por lo tanto, vendrán sobre ella venganzas ígneas de sus enemigos, a menos que sean borradas por la penitencia, como sucedió con Jonás.

Epístola 271: R271: Decano T. von St. Aposteln in Köln a Hildegard von Rupertsberg

El decano de los Santos Apóstoles, I., maestro de escuelas, a Hildegarda.

Yo, por la gracia de Dios, decano de la iglesia de los Santos Apóstoles, que está en Colonia, llamado decano, y I., maestro de escuelas, junto con todos los hermanos de la misma iglesia, a la señora Hildegarda y a todos los que militan en Cristo en el monte de San Roberto, os enviamos una devota oración en el Señor y un saludo en el verdadero Salvador.

Desde el día en que supimos que habíais acogido en la comunidad de vuestra bienaventuranza a nuestra hermana, o más bien, a nuestra hija especial, la señora Sigeviza, no solo nosotros, sino toda la ciudad de Colonia, por la voluntad de Dios, ha sido encendida en amor piadoso. Es por esto que ya se proclama abiertamente por todos los confines de nuestra tierra: "¡He aquí el aroma de las damas de San Roberto, como el aroma de un campo lleno, al cual el Señor ha bendecido!".

Por lo tanto, benditas seáis por el Señor, vosotras que en vuestro pequeño y humilde montículo habéis celebrado obras de piedad que todas las alturas de nuestros montes y todas las amplitudes de nuestros valles no solo no pudieron celebrar, sino que las han descuidado.

Hemos escuchado, recientemente, por medio de la fama, que ese antiguo enemigo ha sido expulsado por vuestras oraciones. Si esto es así, os rogamos que nos comuniquéis por escrito el modo y orden de dicha expulsión, para que podamos regocijarnos con vosotras y alabar al Señor junto con vosotras en perpetua devoción. También saludamos especialmente a la señora Sigeviza, ya que la conocemos

más familiarmente, renovando las devotas oraciones prometidas en Cristo y esperando lo mismo de ella. Que estéis bien.

Epístola 272: R272: Hildegard von Rupertsberg al Decano T. von St. Aposteln in Köln

Hildegarda.

Dios hizo su obra, pero no la estableció de una sola manera. Pues Adán pereció, ya que no completó el curso de su ciclo, sino que fue llamado después del mediodía. Sin embargo, Dios envió su aliento a los profetas para que anunciaran la verdad, y así la sabiduría habló en la boca de aquellos a quienes Él mismo designó, para que produjeran milagros. Los apóstoles, también, perfeccionaron la obra de Dios en la fe a través del Espíritu Santo, y su martirio y el de otros manifestaron a Dios. Asimismo, el Espíritu Santo inspiró a los pueblos espirituales, que en sí mismos completan el mundo y veneran el orden angélico. Así, la obra de Dios es semejante al día. Pues todos dijeron lo mismo, aunque clamaron individualmente.

Al amanecer, el alba precede al sol, y en la mañana resplandece el rayo del sol, que en la tercera hora comienza a arder en su calor; a mediodía, arde plenamente en su calor; y alrededor de la novena hora, su calor empieza a disminuir; pero al anochecer, el calor que tuvo durante el día termina, y antes de la noche se oculta. Y así se completa el día, y descansa de sus obras. Si todas estas cosas se completaran de una sola manera, no agradarían al hombre. Por eso también el nombre de Dios es Sabaoth, porque cada curso de este tipo tiene una función completa. De este modo, Dios opera en todas sus obras.

Así también sucedió con esta mujer sobre la que preguntáis, por la cual tanto los grandes como los pequeños, los mayores como los menores, dijeron lo mismo con trabajos y oraciones y clamaron individualmente, según el Espíritu Santo les enseñó este oficio. Algunos trabajaron por ella con suspiros de misericordia, otros con oraciones y vigilias; algunos también soportaron ayunos y castigos

en su cuerpo; muchos dieron limosnas por ella, y una gran multitud se inclinó hacia ella con la ayuda de cualquier bien que pudiera hacer. Y algunos lograron esto con gran dedicación y sin tedio, y así todos dirigieron su mirada a Dios por ella, tal como el día completa su ciclo.

Ahora, sin embargo, digamos juntos con alabanza: ¡Gloria a ti, Señor! Que la bendición de Dios, en su gracia, esté sobre vosotros y sobre todos aquellos que fueron movidos por la misericordia hacia ella, pues el mismo Señor dijo: "Misericordia quiero y no sacrificio."

Epístola 273: R273: Mefried von Eberbach a Hildegard von Rupertsberg

Mefried, prior en Eberbach, a Hildegarda.

A la elegida de Dios, amada por Dios, la venerable señora Hildegarda. Mefried, prior, y toda la congregación de hermanos en Eberbach, os desean disfrutar de las delicias eternas en el tálamo del Sumo Rey. Hemos escuchado a menudo con la fragante y suavísima reputación de vuestra dignísima santidad, y nosotros, inertes e indignos, nos hemos alegrado con una alegría inefable del espíritu, por el hecho de que Dios, en su gracia y misericordia omnipotente, os ha concedido tan maravillosos dones de su generosidad.

Está claro como la luz que el Señor os ama entre aquellos que lo aman, pues sois tan digna, tan grata, tan amable, tan venerable para todos aquellos en quienes Él habita, que nadie duda de que Él está en vos y permanece con vos. A quien le han sido concedidos tantos beneficios de virtudes, no dudamos de que en vos también están presentes los dones de la santa piedad, y que no os faltan las entrañas de la caridad y la compasión piadosa.

Por lo tanto, suplicamos humildemente vuestra generosa piedad para que, dado que el Señor nació de la carne de la bienaventurada María, siempre virgen, para redimir y salvar a los pecadores, por amor de nuestro Señor omnipotente, nuestro creador y piadosísimo redentor, tengáis misericordia de nosotros, y os dignéis hacernos partícipes de vuestras oraciones. Además, os rogamos encarecidamente que no dudéis en enviarnos benignamente las cartas que escuchamos que escribisteis, por inspiración del Espíritu Santo, sobre aquellos seculares e ignorantes que se han convertido a la vida espiritual, a quienes llamamos conversos, para que podamos ver en ellas las maravillosas obras de Dios y su voluntad en ellos, y para que, en la

medida de nuestras posibilidades, sigamos y completemos con todo el afecto esas buenas obras.

Que estéis bien.

Epístola 274: R274: Hildegarda de Rupertsberg a los Cistercienses

A los monjes grises. De Hildegarda.

Yo, una pequeña y pobre criatura, acostada en el lecho de la enfermedad por más de dos años, he visto estas cosas y he escuchado una voz del cielo que me decía: "Escribe lo que ves y oyes para el pueblo espiritual que Dios, en su presciencia, ha previsto con milagros de profecía, según le ha placido." Así comienza: Dios prefiguró ciertas obras virtuosas que realizó en sus santos y elegidos mediante los cuatro animales del secreto de Dios. Pues, a través de estos animales y otros milagros, Él manifiesta sus misterios ocultos a la humanidad, tal como lo mostró al profeta Ezequiel y a su amado Juan, deseando separar y congregar al pueblo espiritual del pueblo común.

Juan dice: "En medio del trono y alrededor del trono había cuatro animales, llenos de ojos por delante y por detrás." Esto significa que, en la fortaleza del poder de Dios, que es Dios y hombre, y en toda parte donde se extiende su poder, los fieles, imbuidos por los cuatro evangelistas, deben ser rumiadores de los preceptos de Dios y poseer la plenitud de la circunspección de las virtudes, para que vean de dónde proceden y también lo que serán en el futuro. Porque Dios es fuego, y sus ángeles a menudo anuncian sus maravillas a los hombres, y los ardientes espíritus de su trono son los que resplandecen ante su presencia y arden en su amor, deseando nada más que lo que Él desea. De ellos se ha dicho: "Tú haces de tus ángeles espíritus y de tus ministros un fuego ardiente." Esto significa que Tú, Omnipotente, haces que tus mensajeros, es decir, aquellos que son enviados para la salvación de los hombres, sean espíritus cuando, cesando su misión, están en la vida inextinguible ante Ti, y también sean espíritus tus mensajeros cuando, cumpliendo tus preceptos, se convierten en mensajeros.

Los ángeles son mensajeros, pues transmiten a Dios cada inspiración del aliento que Él ha enviado al hombre. De esta manera, son oficiales para los hombres, porque recogen y disciernen sus obras, y por las obras de los hombres, que son realizadas por el Espíritu, también son llamados espíritus, y ángeles porque a menudo son enviados por el soberano celestial para ejecutar sus juicios. Pero haces que tus ministros, que en todas partes sirven a tu voluntad, sean un fuego ardiente, cuando arden en tu amor, en el cual, incluso en ese ardor, te sirven de nuevo con alabanza incansable. Porque los ministros de Dios, que siempre contemplan su rostro, brillan como una llama, y en ese brillo ven sus maravillas, y al reconocerlas en su asombro y alabanza, son un fuego ardiente y arden por Dios, que es fuego, sin ser encendidos ni apagados por otro, sino ardiendo inextinguiblemente en su amor, ya que Él, revestido del manto de la humanidad, siempre los lleva a admirar sus milagros.

Dios se ha ceñido con el manto de su fortaleza, por el cual ha establecido al hombre como un espejo de su honor y sus maravillas, para que el hombre luche contra el diablo y lo venza, y así persevere siempre en la alabanza divina. De la misma manera, Dios hace que aquellos que son sus mensajeros, proclamando palabras de salvación a los hijos de la Iglesia, sean espíritus cuando les ordena resistir a la carne y servir al espíritu, y habiéndolos convertido completamente en seres espirituales, luego les confía con mayor confianza la divulgación de sus preceptos a su pueblo. También hace que aquellos que, sirviéndole día y noche en trabajos, ardan en su amor y sean así un fuego ardiente, y siendo hechos fuego, trabajen sin tedio en su servicio.

Dios, en su presciencia, había preordenado que realizaría milagros y sus misterios ocultos, que están en los ángeles, también en los hombres, marcando así que los ángeles hablen con los hombres, como sucedió con Abraham y Jacob, y también como el asno de Balaam habló. Los espíritus angélicos que le sirven, alabando y

honrando su rostro, están como cubiertos por sus misterios ocultos, como por un manto, y por eso también son llamados un fuego ardiente. Y a través de estos ministros ígneos, que están cubiertos como por un manto con los secretos de Dios, se designan los ermitaños, que se niegan a sí mismos, viviendo como si no fueran hombres y evitando la compañía de los hombres.

Porque Dios, a través de su obra, que es el hombre, realiza grandes maravillas, que predestinó en los espíritus angélicos y que fulguran ante Él con alabanza y honor maravilloso. Y como se mencionó antes, en torno al trono se muestran los cuatro animales llenos de ojos por delante y por detrás. Estos son todas las obras santas que Dios realiza en estos hombres, quienes dirigen su mirada hacia Él y su trono: por la fe hacia el oriente, por la esperanza hacia el sur, por la memoria de la caída del primer padre hacia el occidente, como mirando hacia atrás, y por la providencia dirigiendo sus ojos hacia el norte, para que el guerrero del norte no los haga caer con la enfermedad de la soberbia ni con la ardiente llama del incesto.

Con estos ojos que tienen por todas partes, deben anhelar a Dios, para que no se extingan de la fe, ni se separen de la luz, ni se acerquen tanto al norte que sean sofocados por la muerte eterna. Esto es como en torno al trono, porque el oriente, el sur y el occidente muestran a Dios, pero el norte, siendo completamente vencido por Él, está sometido a Él como un escabel para sus pies. Y luego está escrito: "El primer animal era como un león, el segundo como un becerro, el tercero tenía rostro como de hombre, y el cuarto era como un águila volando." Esto significa: El primer animal representa a los hombres con capucha, que primero, con la fortaleza del león, se abstraen completamente del mundo, y así son semejantes a esos ministros ígneos que están cubiertos con los secretos de Dios, como con un manto, y que siempre contemplan el rostro de Dios.

Su vestimenta no es del mundo, sino que fue maravillosamente ordenada por Dios, como Dios lo dispuso en aquellos que primero, al mostrarse y enseñar, la presentaron. Pues su capucha fue prefigurada por los espíritus angélicos que miran el rostro de Dios y no a otro, y su amplitud se extiende como una nube, porque los ángeles han sido vistos muchas veces en las nubes, y porque también la vestimenta de la inocencia de Adán era como una nube luminosa. Estos hombres cubren su cabeza con la capucha, para no desviarse ni a la izquierda ni a la derecha, sino que caminan rectamente ante ellos en el ímpetu del espíritu, siempre mirando a Dios para no apartarse de las buenas obras.

Todo esto debe hacerse en obediencia, como el Hijo del Hombre lo mostró en sí mismo, para que se observen los preceptos de los maestros con el temor de Dios, como el hombre teme perecer ante la voz del trueno, así también debe temer los pecados. Pues así como el león supera a las demás bestias en fortaleza, así estos superan a los demás hombres en la fortísima fuerza de la divinidad, porque aunque son hombres, no viven como los hombres. Cuando el hombre, renunciando al mundo, se ofrece a sí mismo a Dios, acusa al mundo, de modo que en todo le resulta inútil, y así eleva su mente, como dice Daniel: "Miraba en la visión nocturna, y he aquí que con las nubes del cielo venía uno como hijo de hombre, y llegó hasta el Anciano de días."

Esto significa: cuando elevé mi mente hacia las cosas celestiales, miraba en la consideración de muchas adversidades que todos los milagros celestiales y divinos que Dios realizó en los espíritus angélicos serían prefigurados por su Hijo en los hombres, y así el mismo Hijo llegó hasta el Anciano de días, porque el Hijo de Dios es Dios y hombre, y así Dios y hombre son un solo Dios. Pues Dios es hombre, y este hombre es Dios. Pero también las buenas obras de los hombres y las alabanzas de los ángeles se unen, y son una sola cosa en Dios.

A estos hombres con capucha se les asocia una multitud de vírgenes, que abandonan al hombre con amor y riquezas, y renuncian al mundo entero. Pues así como la virgen debe estar apartada de los placeres de este mundo para no amamantar los pechos de la voluptuosidad, así también la multitud con capucha debe estar apartada del mundo, para no ejercer ningún oficio secular con él. Y así como la virgen ha sido apartada del hombre, de modo que no está bajo su cuidado ni poder, sino que es libre de él, así también el monje, apartado del mundo, no debe estar sometido a él, sino que debe permanecer libre de él.

La virginidad también simboliza al sol, que ilumina todo el mundo, porque Dios unió la virginidad a sí mismo, y ella, dejando al hombre, dio a luz a Aquel que fue bañado por el rayo de la divinidad, que gobierna todas las cosas. Pues el Rey que gobierna todas las cosas es Dios, y la virginidad se unió a Él cuando Dios y hombre nacieron de una virgen. Así, la reina se coloca a su derecha, vestida de oro, rodeada de variedad, porque la virginidad se mantuvo firme en la virtud de la divinidad, luchando contra el diablo, en una obra resplandeciente, rodeada por una multitud de diversas virtudes. La divinidad se desposó con la virginidad cuando el primer ángel cayó a la izquierda, y en ese momento también eligió a su pueblo de salvación en Adán, al que llamó su mano derecha. De ese pueblo, unió a la virginidad a sí mismo, que produjo la mayor obra, porque así como Dios creó todo por su palabra, así también la virginidad, por el calor de la santa divinidad, dio a luz al Hijo de Dios.

Así, la virginidad no está sin fecundidad, porque la virgen dio a luz a Dios y al hombre por quien todas las cosas existen. Y de la misma manera, todas las virtudes del Antiguo y del Nuevo Testamento, que Dios realizó en sus santos, están adornadas como un manto decorado con oro, y la virgen las recogerá libremente para sí, porque no está limitada por la unión con un hombre. La rueda que vio Ezequiel

también prefiguró la virginidad, porque esa misma virginidad fue prefigurada en la ley antes de la encarnación del Hijo de Dios.

Después de su encarnación, ella (la Virgen) realizó numerosos milagros de manera admirable, porque Dios purificó todas las culpas a través de ella y ordenó correctamente cada institución. La virginidad soporta lo antiguo y sostiene lo nuevo, y es la raíz y el fundamento de todos los bienes, porque siempre ha estado y siempre estará con aquel que es sin principio ni fin. Pues la naturaleza humana, que fue perdida debido al pecado, revivió en la salvación a través de ella, ya que ella apartó los pecados de los hombres mediante una naturaleza ajena.

El segundo animal, semejante al becerro, representa a aquellos en el estado clerical que se dedican al sacrificio divino, es decir, a los que trabajan la viña del Señor de los Ejércitos y cultivan el campo de los preceptos de Dios arando en todas partes. También se refiere a aquellos que son llamados ángeles del Señor de los Ejércitos, quienes, por ello, deben ceñirse con el cinturón de la castidad para no caer en la vanidad de los placeres carnales, sino para arar vigorosamente el campo con el arado. Tendrán también la circuncisión de la sobriedad, porque a través de ellos se lavan los pecados de los hombres, y esto se hace en misericordia, ya que ellos mismos sienten los pecados en su interior.

Estos dos grupos de hombres, representados por el león y el becerro, atraen a otro grupo, que llaman conversos, aunque muchos de ellos no se convierten verdaderamente a Dios en sus costumbres, porque prefieren la contradicción a la rectitud y realizan sus obras con temeridad, hablando así de sus prelados: "¿Quiénes son estos? ¿Y quiénes fuimos y qué somos nosotros?" Y porque actúan de esta manera, son semejantes a los falsos profetas, y no juzgan correctamente cómo Dios ha constituido a su pueblo.

Vosotros, que teméis a Dios, escuchad la voz del Señor que os dice: Apartad de vosotros estos males mencionados anteriormente y purificaos antes de los días de la tribulación, cuando los enemigos de Dios y vuestros os perseguirán y os llevarán al recto camino de la humildad y la pobreza, para que ya no permanezcáis en la gran amplitud en la que habéis estado hasta ahora. Así como Dios cambió la antigua ley desde su costumbre a la vida espiritual y purificó cada institución previa para ser más útil.

En el primer amanecer, Dios permitió a Adán cultivar la tierra, a Abel ofrecer sacrificios y a Noé edificar el arca, y esto hasta el sacerdocio supremo que surgió con la encarnación de Cristo, que primero fue prefigurado por Abraham a través de la circuncisión y por Moisés a través de la legislación. Pero todas estas cosas las cumplió después el Hijo de Dios en su humanidad. Por tanto, deben ser entendidas por el hombre.

Después de la caída de Adán, Dios prefiguró correctamente su orden tanto en los hombres como en los ángeles. Sin embargo, no sería apropiado que un sacerdote asumiera las funciones de un agricultor, ni que un discípulo ejerciera las funciones de un maestro, ya que el agricultor debe imitar al sacerdote, y el discípulo al maestro, en el temor de Dios y en la paciencia humilde.

El Dios omnipotente se da a conocer en sus obras, como comenzó a trabajar en Adán, a quien le dio la tierra para que la cultivara y procreara hombres, porque Dios también creó todas las cosas y prefiguró a su Hijo, que sería ofrecido en sacrificio para la redención del pueblo, a través del sacrificio de Abel, y prefiguró en Noé, que construyó el arca, que en el pueblo espiritual deberían establecerse maestros.

Ahora, vosotros, maestros, corregid y disciplinad a estos hombres, llamados conversos, en vuestro orden, porque la mayoría de ellos no trabaja ni de día ni de noche, ya que no sirven plenamente ni a Dios

ni al mundo, y sacadlos de esa ignorancia, como un buen boticario limpia su jardín de hierbas inútiles. Y observando en vosotros mismos según vuestro orden y entendiendo con justicia, no juzguéis injustamente.

No sería adecuado que el león, el becerro, el hombre y el águila se opusieran entre sí en sus significados, sino que cada uno debe aportar justicia al otro en la figura de la verdad. Pues el sol, junto con la luna y las estrellas, iluminan bien y ordenadamente todo el mundo. Por lo tanto, aquellos que son designados por el Hijo del Hombre para curar a los hombres pueden sanar, ungir y santificar el bautismo con humilde obediencia. Pues todo sacerdote que ha sido ungido por Dios y nombrado sacerdote puede ungir y curar las heridas de los pecados con la justicia del juicio, porque tiene este oficio de Dios y, por lo tanto, no debe descuidarlo.

Y yo, una pobre e indocta forma femenina, vi una bestia cuya cara y patas delanteras eran semejantes a las de un oso, y cuyo cuerpo restante mostraba la semejanza de un buey, excepto que sus patas traseras tenían la semejanza de las patas de un asno, y carecía de cola. Tenía tres cuernos en la cabeza, dos de los cuales, semejantes a los cuernos de un buey, estaban cerca de las orejas, y el tercero, situado en medio de la frente, se asemejaba a un cuerno de cabra. La cara de esa bestia miraba hacia el oriente, mientras que su parte trasera se volvía hacia el occidente.

Esto debe entenderse así: Esta bestia, cuya cara y patas delanteras son semejantes a las de un oso, representa a ciertos hombres que ocultan costumbres bestiales, aunque manifiestan mansedumbre en sus palabras, pero en los ejemplos de sus acciones, donde deberían avanzar hacia la rectitud, muestran la temeridad y dureza de la perversidad. Su cuerpo restante se asemeja a un buey, excepto que sus patas traseras se asemejan a las de un asno y carece de cola, porque esos hombres aparentan llevar el yugo de Dios como un

buey, pero en sus acciones posteriores manifiestan las costumbres de un asno que cae bajo el peso, y no muestran tener cola, porque carecen de lo que el Señor manda, que se ofrezca el sacrificio con la cola, es decir, que no llevan a la perfección la bondad que comenzaron en la humildad y la pobreza hasta alcanzar la bienaventuranza.

El hecho de que tenga tres cuernos en la cabeza, dos de los cuales, semejantes a los cuernos de un buey, están cerca de las orejas, significa las tres vidas humanas que se sostienen en el comercio principal, de modo que dos de ellas simulan la figura de aquellos que trabajan en el campo del Señor y prestan atención a la palabra de Dios, mientras que el tercero, situado en medio de la frente, se asemeja a un cuerno de cabra, porque este manifiesta a esos hombres espirituales en la fortaleza de su confianza, que en la suciedad del cabrón se esfuerzan por alcanzar una altura que de ninguna manera pueden sostener. En esta altura desprecian a los demás pueblos como los fariseos despreciaban a los publicanos, y se consideran a sí mismos superiores, asumiendo ciertos cargos oficiales en las regiones, para que, mediante ellos, se les considere mejores y más excelentes que los otros dos cuernos, y así aparenten ascender a la altura de la santidad.

También se unen a las preocupaciones seculares y abarcan una gran riqueza, como si cultivaran toda la tierra con sus labores, y por ello adquieren una amplitud de riquezas más allá de lo que deberían. Hacen como aquel joven a quien el Hijo de Dios dijo que vendiera todo lo que tenía y lo diera a los pobres, y él se fue triste porque quería tener tanto las riquezas del mundo como la vida eterna, lo cual era difícil que sucediera. Estos hombres quieren tener el cielo y la tierra al mismo tiempo, lo cual es imposible, porque en la adquisición y posesión de riquezas no pueden permanecer sin caer en la soberbia del orgullo y en la propiedad del placer, al igual que

sería imposible para un hombre mantenerse en la cima de una montaña sin caer al ser sacudido por una fuerte tempestad.

Tampoco tienen el amor y el temor que tiene el necesitado, quien extiende su mano para ayudar y dar limosna, sino que se envuelven en la necedad del asno, que se deja cargar con grandes pesos hasta que se desploma bajo el mismo. Pues quieren llevar el yugo de la vida espiritual y las preocupaciones del mundo, pero no pueden sostenerse en ellas, y por eso caen como el asno. Así, la cara de esa bestia está orientada hacia el oriente, mientras que su parte trasera se vuelve hacia el occidente, porque mientras parecen atender a la vida espiritual, también están apegados a lo secular, imitando así a los ángeles caídos que, confiando en sí mismos, cayeron de la gloria celestial.

Y el tercer animal que tenía rostro de hombre simboliza a los hombres seculares, quienes realizan sus obras con el cuidado del cuerpo y del alma, pero con buena intención ascienden hacia Dios como si volaran con alas, porque todos los buenos deseos se emiten desde el corazón del justo como un rayo de sol, y por eso parecen alados. También corren a observar los preceptos de la ley y del sacerdote, se conmueven para dar limosnas con misericordia, y miran hacia la tierra para ver cómo crecen en ella y, en la procreación de la descendencia, se consideran iguales al polvo de la tierra y se llaman a sí mismos pecadores. Así, en la vida secular, tienen más pena que placer en los goces carnales, y de esta manera llegan a sus maestros, es decir, a los sacerdotes, cambiando su rostro, que había probado el pecado, y confesando sus pecados por la gracia del Espíritu Santo en la penitencia, renovándose así, como está escrito: "Renovarás la faz de la tierra."

Esto significa: "Oh Dios, renovarás la voluntad del hombre en un nuevo espíritu, aquel que se esforzaba en pecar, de manera que lo convertirás del mal deseo al buen deseo." Pues a través de los

penitentes, renovarás la faz de la tierra, cuando el hombre siente y sabe que está tan envuelto en pecados que no puede evitar pecar, y, sin embargo, se convierte a la renovación mediante la penitencia. Si el hombre no pecara, no se renovaría. Algunos también se renuevan de otra manera, es decir, cuando huyen del pecado por el temor de la penitencia, de modo que no desean pecar, y otros de otro modo, cuando evitan los pecados que sienten en sí mismos y que podrían cometer por amor a las virtudes; de esta manera, también reciben la renovación a través del Espíritu Santo.

Así como la tierra, en tiempo de verdor, no deja de dar fruto, y en tiempo de sequía palidece y se marchita, y luego regresa a su verdor, así también Dios dispuso al hombre para que en sus obras se renueve en sí mismo. Pues la Escritura debe ser dividida correctamente en todas las obras del hombre, así como de una sola agua se dividen muchas aguas, tal como Dios dividió las aguas por toda la tierra.

Estos hombres seculares siempre se examinan a sí mismos y consideran quiénes son, cómo viven y cómo pueden apartar los pecados de sí mismos, y así viven con el temor de Dios en las cosas terrenales, pero no abandonan las celestiales. Pues ofrecen sacrificios a Dios en sí mismos cuando lo adoran, de modo que resplandecen como la luna cuando suspiran hacia Él desde lo más profundo del corazón. Pero cuando fallan en sus pecados, como la luna que mengua, se levantan inmediatamente a través de la penitencia, así como la luna se levanta después de menguar por el sol.

También duermen entre los cleros medios, con alas de paloma plateadas, porque donde duermen para no pecar, están en medio de maestros que vuelan en la simplicidad del conocimiento puro, y esto hacen cuando se apartan de los pecados que han comenzado y cuando descansan de ellos, inclinando la cabeza entre sus alas para descansar, es decir, amando las cosas celestiales y confesando sus

pecados en las causas terrenales mediante la penitencia. Por eso, bienaventurados son los muertos que mueren en el Señor, porque aunque vivan secularmente según la ley, ¡oh, qué gran milagro hay en ellos, que viviendo así y dejando los pecados por la amargura de la penitencia, son hombres! Y así serán semejantes a ese animal que tiene rostro de hombre, porque cuando cometen pecados terrenales, se oponen a ellos mediante la penitencia y se apartan de ellos, tal como la naturaleza de los animales es ajena a la naturaleza humana.

Así que, en la ciencia de las buenas obras, parecen plateados, porque tienen las costumbres simples de un niño que no conoce el pecado. No desean abrazar ni alimentar el pecado, y cuando se esfuerzan por brillar en esta simplicidad, entonces sus espaldas aparecerán en el resplandor del oro, porque sus espaldas, donde antes eran fuertes en los pecados cuando solían pecar, ahora, proyectadas hacia atrás en el temor del Señor, demuestran sabiduría, ya que resplandecen en los buenos actos adornados con oro.

El cuarto animal, semejante a un águila volando, muestra a ciertos hombres que se abstienen de pecar, aquellos que se elevan desde la vida secular hacia la continencia, como sucedió con María Magdalena, que, rechazando todos sus pecados, los consideró como lodo y eligió la mejor parte, y se asentó en la aurora de la santidad.

En el Antiguo Testamento, muchos dejaron los pecados por el tedio de este mundo, y muchos también se abstuvieron de pecar por amor a la justicia. Ahora, sin embargo, en el nuevo sol, es decir, en Cristo Jesús, se les llama continentes, porque se convierten en la simplicidad de un niño que no conoce el pecado cuando rechazan el pecado y lo desconocen en su voluntad.

Suben al cielo en dos partes, porque, con buena intención y con santo deseo, aman las cosas de arriba más que cualquier otra cosa, aquellos que antes no conocían el mundo, y vuelan hacia arriba como el águila, que busca alturas más elevadas que cualquier otra

ave. Así, se convierten en el resplandor de la vida eterna de tal manera que no pueden ser saciados de ella, y pisan con el ardor del verdadero sol lo que antes hacían, estando envueltos en pecados.

En la fortísima fuerza de la santidad, consideran cuántos dolores y cuán pesados son los pecados, que antes palpaban y tocaban, y ahora los matan dentro de sí mismos como un cadáver mortal, y sujetan y persiguen su cuerpo como una oveja sacrificada. Así, levantan la vista hacia el sol ardiente, arrojando hacia atrás y considerando como polvo todas las cosas seculares que antes conocían, y despreciando el temor del infierno en su ardiente amor por Dios, confiando en que deben perseverar en la fe y en la esperanza.

De esta manera, hacen como dice Isaías, que los serafines cubrían su rostro con dos alas, alas que significan la fe y la esperanza, porque en la fe los hombres fieles ven a Dios, y a través de la esperanza desean las recompensas eternas. Con dos alas cubrían sus pies, que representan la sensualidad y el intelecto, con los cuales esos mismos hombres cubren la desnudez de sus pecados, para que no cumplan los deseos carnales de su propia voluntad. Y con las otras dos alas volaban, que demuestran el amor de Dios y del prójimo, porque cuando aman a Dios sobre todas las cosas, asisten a su prójimo en sus necesidades, y así vuelan sobre todas las cosas con la fortaleza de Dios, trascendiendo todo lo terrenal.

También examinan diligentemente cada cosa en los pecados, para que se aflijan a sí mismos mediante la abstinencia del pecado, y así también, en pleno deseo, adornan la Jerusalén celestial con las preciosas piedras de las buenas obras. En la vida alegre de los preceptos de Dios, no dormitan, sino que siempre suenan como una trompeta, en la novedad del deseo del alma, porque son ardientes suspiros que tienen hacia Dios en la oscuridad nocturna en que nacieron en los pecados, cuando lo conocen en temor y amor, diciendo que Él es santo, el que creó todas las cosas, y que es santo,

el que nunca fue mortal, y que es santo, el que rompió el infierno y sacó a sus elegidos de allí.

Bienaventurados son los hombres que, obrando bien y alabando a Dios, nunca cesarán, y cuando cesen de obrar, después del fin de su vida, no dejarán de alabar a su Creador. Y yo, una pobre e indocta mujer, débil e enferma desde mi infancia, fui obligada por la mística y verdadera visión a escribir este mensaje, y lo he escrito, acostada en mi cama en una grave enfermedad, por orden y ayuda de Dios, para presentarlo a los prelados y maestros que han sido señalados para el servicio de Dios, para que en él se consideren a sí mismos como en un espejo, quiénes y cómo son, y para que también lo muestren y lo revelen a aquellos que les están sujetos en obediencia.

Y escuché una voz del cielo que decía: "¡Que nadie desprecie estas palabras, para que no caiga sobre él la venganza de Dios si las desprecia!"

Epístola 275: R275: Werner von Kirchheim a Hildegard von Rupertsberg

Werner de la iglesia de Kircheim, junto con los demás hermanos de su comunidad, a Hildegarda.

A Hildegarda, virgen inmaculada en mente y cuerpo, consagrada a Dios desde la cuna. Werner de Kircheim, junto con los demás hermanos de su comunidad, que aunque indignos, ofrecen su servicio a Dios en sus parroquias, deseamos, siguiendo su ejemplo, derrotar a las hordas hostiles con la guía de Dios. Ya que la fragancia de vuestras virtudes se ha extendido por amplias regiones, y porque no solo realizáis obras buenas, sino que también profetizáis lo que ha de venir y contempláis las cosas celestiales, con la gracia del Espíritu Santo iluminando vuestro corazón, consideramos adecuado, aunque indignos, encomendarnos a vuestra santidad por medio de la fraternidad.

Y ciertamente, porque creemos que, aunque somos los últimos miembros de Cristo, estamos con vosotros, decimos con confianza que cualquier cosa que os pidamos en su nombre, si podéis concederla, no la neguéis a los que la solicitan. Rogamos, pues, vuestra benevolencia, madre y esposa del Cordero, que nos recordéis en vuestras oraciones con especial atención. Sabed que, en la medida en que podamos ante Dios, siempre os recordaremos en nuestras oraciones.

Nos atrevemos a pedir una petición más, es decir, que las palabras que, enseñadas por el Espíritu Santo, nos revelasteis a nosotros y a muchos otros presentes en Kircheim sobre la negligencia de los sacerdotes en el sacrificio divino, no dejéis de escribirlas y enviárnoslas con piedad maternal, para que no se desvanezcan de nuestra memoria, sino que podamos tenerlas siempre ante nuestros ojos con mayor atención. Pues, debido a que nos inclinamos más de lo que deberíamos hacia las cosas terrenales y seculares, a menudo dejamos que las palabras pasajeras se disipen en el viento con negligencia.

Que el amor maternal permanezca en vos.

Epístola 276: R276: Hildegard von Rupertsberg a Werner von Kirchheim

Hildegarda.

Acostada durante mucho tiempo en el lecho de la enfermedad, en el año 1170 de la encarnación del Señor, vi, en cuerpo y alma despiertos, una imagen bellísima con forma femenina. Era tan exquisitamente suave y tan amada en sus delicias, y de tal belleza, que la mente humana no podría comprenderla. Su estatura se extendía desde la tierra hasta el cielo. Su rostro resplandecía con una gran claridad, y sus ojos miraban al cielo. Estaba vestida con una túnica blanquísima hecha de seda, y estaba envuelta en un manto adornado con piedras preciosas, como esmeraldas, zafiros, perlas y otras gemas. Llevaba calzado hecho de ónice en los pies. Pero su rostro estaba cubierto de polvo, su túnica estaba rasgada en el lado derecho, y su manto había perdido su belleza elegante, y su calzado estaba manchado

Y ella, con gran voz y tono lamentable, clamaba hacia el cielo diciendo: "Escucha, cielo, que mi rostro está manchado de suciedad; y tierra, llora porque mi vestidura está rasgada; y abismos, temblad porque mis zapatos están ennegrecidos. Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo tienen nidos, ¡pero yo no tengo ayudador ni consolador, ni bastón en el que apoyarme y que me sostenga!". Y de nuevo decía: "Yo me oculté en el corazón del Padre hasta que el Hijo del Hombre, que fue concebido y nacido en virginidad, derramó su sangre, y con esa misma sangre me desposó y me dotó, para que en la regeneración pura y simple del espíritu y del agua, pudiera regenerar a los que estaban manchados por la espuma de la serpiente.

Sin embargo, mis cuidadores, es decir, los sacerdotes, que deberían hacer que mi rostro brille como la aurora, y que mi vestidura

resplandezca como el relámpago, y que mi manto radie como piedras preciosas, y que mis zapatos brillen con blancura, han ensuciado mi rostro con polvo, han rasgado mi vestidura, han oscurecido mi manto, y han manchado mis zapatos. Y aquellos que debieron adornarme en todo lugar, me han dejado desprovista de todo esto. Han manchado mi rostro porque tratan y manipulan el cuerpo y la sangre de mi Esposo con gran inmundicia, en la lujuria de sus costumbres y en la suciedad de la fornicación y el adulterio, y en la pésima rapiña de la avaricia, vendiendo y comprando cosas inadecuadas, y recibiendo y aceptando tales cosas con tanta suciedad, como si un niño fuera colocado en el lodo ante los cerdos.

Porque así como cuando Dios hizo al hombre del barro de la tierra y sopló en su rostro el aliento de vida, la carne y la sangre fueron formadas, de la misma manera, el poder de Dios, sobre la ofrenda de pan, vino y agua en el altar, mediante las palabras del sacerdote que invoca la divinidad, los transforma en la verdadera carne y la verdadera sangre de Cristo, mi Esposo. Sin embargo, debido a esta ceguera que el hombre ha sufrido desde la caída de Adán, el hombre no puede verlo con los ojos carnales. Las heridas de mi Esposo están frescas y abiertas mientras las heridas de los pecados de los hombres permanezcan abiertas.

Estas mismas heridas de Cristo los sacerdotes las contaminan con su gran avaricia, corriendo de iglesia en iglesia, cuando deberían hacerme resplandecer en pureza. Rasgan mi vestidura porque son transgresores de la ley, del evangelio y de su sacerdocio. Y oscurecen mi manto porque descuidan todos los preceptos que les fueron dados, y no los cumplen ni en abstinencia, como en la esmeralda, ni en la distribución de limosnas, como en el zafiro, ni en otras buenas y justas obras en las que Dios, como en otras gemas, es honrado, con buena voluntad y obras perfectas. Y también ensucian mis zapatos porque no siguen los caminos rectos, duros y ásperos de la justicia, ni dan buen ejemplo a sus súbditos. Aunque debajo de

mis zapatos, como en mi secreto, tengo el brillo de la verdad en algunos.

Los sacerdotes falsos se han engañado a sí mismos porque desean tener el honor del oficio sacerdotal sin cumplir las obras, lo cual no es posible, porque a nadie se le da recompensa sin el trabajo previo. Donde la gracia de Dios toca al hombre, allí lo impulsa a trabajar para recibir la recompensa. Por lo tanto, que el cielo llueva varios dolores que son contrarios a los hombres, en venganza de Dios, y que una niebla cubra toda la tierra, para que su verdor se marchite y sus ornamentos se oscurezcan. Que los abismos también tiemblen, porque se conmoverán en furia junto con el cielo y la tierra en la venganza y el dolor.

Los príncipes y el pueblo temerario se lanzarán sobre vosotros, oh sacerdotes, que me habéis descuidado hasta ahora, y os expulsarán y os harán huir, y os quitarán vuestras riquezas, porque no habéis atendido al tiempo de vuestro oficio sacerdotal. Y dirán de vosotros: 'Expulsemos a estos adúlteros y ladrones, llenos de toda maldad, de la Iglesia'. Y en este acto, querrán ofrecer servicio a Dios, porque dicen que por vosotros la Iglesia ha sido contaminada.

Por eso dice la Escritura: '¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantan los reyes de la tierra y los príncipes se reúnen en uno.' Porque, por la permisión de Dios, muchas naciones comenzarán a amotinarse contra vosotros en sus juicios, y muchos pueblos meditarán cosas vanas sobre vosotros, considerando vuestro oficio sacerdotal y vuestra consagración como nada. A esto se unirán en vuestra ruina los reyes de la tierra, codiciando las cosas terrenales, y los príncipes que os dominarán se reunirán en un solo consejo para expulsaros de sus dominios, porque habéis expulsado al Cordero inocente por vuestras obras malvadas.

Y escuché una voz del cielo que decía: 'Esta imagen representa a la Iglesia. Por lo tanto, tú, hombre, que ves y oyes estas cosas,

pronuncia estas palabras lamentables a los sacerdotes que han sido constituidos y ordenados para gobernar y enseñar al pueblo de Dios, a quienes se les dijo junto con los apóstoles: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura." Porque cuando Dios creó al hombre, inscribió en él toda criatura, así como en un pequeño espacio de la membrana se describe el tiempo y el número de todo el año. Y por eso Dios llamó al hombre toda criatura.'

Y de nuevo, yo, una pobre mujer, vi una espada desenvainada colgando en el aire, cuya hoja estaba dirigida una parte al cielo y otra a la tierra. Y esta espada se extendía sobre el pueblo espiritual que el profeta había previsto cuando decía con asombro: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes y como palomas a sus ventanas?" Estos son los que, elevados de la tierra y separados del pueblo común, debieron vivir santamente y estar en la simplicidad de las costumbres y las obras como palomas, pero ahora son depravados en sus costumbres y en sus obras

Y vi que esta espada cortaba ciertos lugares de hombres espirituales, como Jerusalén fue cortada después de la pasión del Señor. Sin embargo, también vi que Dios conservaría para sí a muchos sacerdotes temerosos, puros y simples en esta adversidad, como respondió a Elías cuando decía que había dejado para sí en Israel siete mil rodillas que no se habían doblado ante Baal.

Ahora, que el fuego inextinguible del Espíritu Santo se derrame sobre vosotros para que os convirtáis a la mejor parte.

Epístola 277: R277: Convento von Hane a Hildegard von Rupertsberg

De los hermanos en Hane. A Hildegarda.

Hildegarda, casta paloma que se oculta en las grietas de la roca. Los hermanos, lamentablemente perturbados en Hane, os envían su devoción en oraciones y todo lo que concierne a la salvación eterna. Porque la gracia de Dios hace que vuestra luz brille saludablemente ante los hombres, glorificamos a vuestro Padre, que os ha puesto como una lámpara ardiente para la iluminación de la Iglesia. Y aunque somos pecadores, nos regocijamos de corazón por vuestra santidad, con la cual os aferráis a los abrazos celestiales del Esposo con un privilegio singular.

Queremos que vuestra caridad sepa que día y noche deseamos veros cara a cara, y que constantemente os recordamos en nuestras oraciones, y aunque ausentes en cuerpo, a veces os abrazamos con la mente como si estuvierais presentes. Por lo tanto, humildemente rogamos por vuestra perfección, para que recomendéis a vuestro Esposo, bajo cuya sombra descansáis con seguridad, a nosotros, que mendigamos a lo largo del camino, para que la multitud que pasa no silencie nuestros clamores, sino que, llevados por vuestras oraciones al Señor, merezcamos ser iluminados de la ceguera de nuestros corazones.

Decimos esto para que no dejéis de apaciguar y extirpar la disensión que sabéis que ha surgido en nuestro lugar, como ya habéis comenzado, siendo enseñados por el Espíritu Santo. Y también para que nos enviéis cartas de amonestación, porque si no se extingue pronto, fácilmente incurriremos en un gran peligro, tanto para las almas como para los cuerpos. Que la gracia del Espíritu Santo, que os enseña interiormente y os revela muchos secretos, se digne manifestaros esto también según su voluntad. Que estéis bien.

Epístola 278: R278: Hildegard von Rupertsberg al Convento von Hane

A la Congregación de los hermanos en Hagenhe. De Hildegarda.

Yo, pobre criatura, durante mucho tiempo afligida por numerosas enfermedades, fui impulsada por la verdadera sabiduría a transmitir estas palabras suyas al pueblo de este lugar. Y escuché que la misma sabiduría exponía su obra a este pueblo, es decir, cómo había establecido el cielo y la tierra en la justa medida, para que los hermanos de ese pueblo comprendieran cómo fue inicialmente constituida su institución y cómo ahora está desamparada. Y dijo: "He recorrido el círculo del cielo, estableciendo su altura y profundidad de tal manera que no superasen su justa medida, y he ordenado la anchura de todo el mundo para que no excediera desordenadamente su medida. También hice el sol para que brillara de día y cubriera las tinieblas, y la luna para que resplandeciera en la noche junto con las estrellas. Porque en aquella palabra cuando Dios dijo 'hágase', todo esto fue creado y persiste hasta hoy.

Por lo tanto, vosotros, pueblos, reflexionad en estas cosas como en un espejo, para que permanezcáis en aquello que habéis comenzado. Pues Dios inspiró en el hombre el aliento de vida, y así vivificado, se convirtió en carne y sangre. Luego, le concedió la compañía de los ángeles con alabanza y ministerio, y le sometió el resto de la creación. Porque Dios le había concedido la luz de la eternidad, pero él, escuchando al gusano en todo ese honor, se cegó y pereció al transgredir los preceptos de Dios. De modo que el diablo, regocijándose en sí mismo, dijo: 'A Dios, a quien no pude superar en el cielo, lo he superado en su obra, es decir, en el hombre, que es otro Dios.' Pues el diablo llamó a hombre 'Dios', así como también quiso que se le llamara a sí mismo Dios. Pero Dios, en el antiguo consejo que tuvo en sí mismo antes del tiempo, pensaba en cómo observaría su ordenación de tal manera que nadie pudiera resistirle

en ella. Y escondió ese mismo antiguo consejo de la sabiduría de todas las criaturas en sí mismo, de modo que ni el diablo lo supo ni lo sabe, y permanecerá ignorante de ese mismo consejo hasta el último día, cuando entonces en su mayor confusión percibirá y comprenderá ciertas cosas de ese mismo consejo por las cuales será completamente confundido. Pues el diablo pensaba que el hombre estaba irremediablemente perdido, tal como él quería.

Los hombres, en efecto, vivieron de manera inhumana en gran crueldad y olvido de Dios, olvidando que eran hombres, hasta que ese mismo antiguo consejo eligió para sí un pueblo santificado. Y Dios prefiguró la sobriedad y la virginidad en Abel, quien, hecho mártir por la justicia, hizo lo que su padre se negó a hacer. Sin embargo, los pueblos santificados reconocían que eran hombres y vivían humanamente. De ellos surgió Noé, a quien Dios preservó en el arca. Pero cuando Dios quiso sumergir la iniquidad, abrió la boca del abismo y sumergió a gran parte de la creación en el agua, y entonces juró por sí mismo que nunca más destruiría toda carne con agua, recordando que el hombre sería regenerado y salvado por el agua. Después del diluvio, el antiguo consejo mostró muchos milagros para la confusión del diablo, que se alegraba en su interior por la muerte de Abel, diciendo: 'He aquí la obra de Dios que expulsé del paraíso, yaciendo dividida en la tierra.' Pero Noé, santificado en el Espíritu Santo, obró y edificó un altar a Dios, en el cual ese antiguo consejo prefiguró aquel altar que Juan vio en el Apocalipsis, sobre el cual subían las oraciones de los santos. Pues cuando el hombre ora en penitencia por sus pecados y busca la salvación de Dios, es llamado santo.

El antiguo consejo también realizó muchos signos en Abraham, quien dejó su patria y su parentela con su propia voluntad y entró en la ley dura, por la cual la muerte fue confundida y la malicia de la serpiente herida con una herida incurable, en santidad, cuando cumplió los preceptos de Dios, lo que Adán no hizo al transgredir el

precepto de Dios y seguir su propia voluntad. Ese mismo consejo también estableció la purificación de la ley en Moisés y prefiguró por la sangre de cabras y becerros que el cordero inocente sería inmolado por el hombre. Pues el Hijo de Dios, saliendo del corazón del Padre, nació de una virgen y cumplió todo esto por sí mismo. Porque la virginidad surgió en el Hijo de Dios, que con el estandarte en alto penetró los cielos, ya que ese mismo Hijo de la Virgen fue completamente íntegro, completamente santo. Y por él surgió el gran orden de las vírgenes, que la antigua ley no conoció. Pero él también fue sacerdote cuando se inmoló a sí mismo en el altar de la cruz por los hombres, a quienes también se unieron los sacerdotes en su sacerdocio, quienes deben imitar a los ángeles, que son mensajeros de Dios. Porque los ángeles muestran las obras de los hombres a Dios como escritura debido a su oficio, lo cual también hacen los sacerdotes cuando reciben los pecados de los hombres por penitencia y los muestran a Dios por la misericordia concedida.

Así también hizo el mayordomo que fue acusado ante su señor de haber disipado sus bienes, cuando ordenó a cada deudor de su señor que escribiera menos de lo que debía. Este mayordomo es también la sinagoga, que no podía tener ninguna liberación por la sangre de cabras y becerros, pero prefiguró la inmolación del cordero inocente, por la cual temió ser privada de su oficio. Y decía en su interior que no podría soportar la dureza de la ley que ordenaba que si alguien hacía esto o aquello, debía morir; y también se avergonzaba de ser arrojada afuera, de modo que en ninguna petición de misericordia fuera reconfortada. Por lo tanto, cuando muchos se convirtieron al Hijo de Dios para el perdón, ella misma fue alabada por la indulgencia del castigo merecido, porque cuando un siervo da a su señor una retribución por penitencia y confesión, es grandemente alabado por él, porque lo amó mucho, como María Magdalena amó a Cristo. Esta escritura de misericordia está presente en los sacerdotes.

Por lo tanto, conviene que ellos imiten a Cristo, amen la castidad y huyan del incesto. Porque el Hijo de Dios sufrió en la cruz para hacer justos a los injustos, y también los atrae hacia sí, como se dijo del mayordomo. Pero Abel fue mártir por la justicia. Después de la pasión del Hijo de Dios, surgió una multitud de mártires que sufrieron por la fe y confesión de él. A estos mártires también los acompañan otros mártires, es decir, aquellos que luchan contra los pecados y vicios, venciéndose a sí mismos, y estos son las alas de los mártires anteriores. Pero aquellos que los persiguen injustamente, la venganza de Dios caerá sobre ellos. Y también aquellos que persiguen la virginidad con tribulación, de tal manera que la llenan de dolores, no escaparán a la venganza de Dios. Y por ello muchas veces sucede que los nobles, por juicio de Dios, se convierten en innobles y los ricos en necesitados, y que muchos son sometidos a otros peligros y calamidades. Pero aquellos que oprimen y blasfeman injustamente su oficio sacerdotal, son semejantes a Caín, que mató a su hermano, y por lo tanto deben ser constreñidos y castigados con su misma pena. Porque el oficio sacerdotal en su magisterio es de parte del Señor Dios. Así, la sabiduría edificó una torre en la comunidad de este lugar, que adornó con amatista, topacio y zafiro, y en ella puso centinelas, y junto a ella construyó un lagar, que encomendó a ciertos hombres para que exprimieran vino en él, y junto a él también hizo una casa en la que ordenó que estuvieran otros para que cuidaran de todo lo que pertenecía a sus campos.

Pero surgió una tempestad fuerte y pestilente de locura, de tal modo que los hombres que custodiaban el lagar lanzaban dardos hacia la misma torre, y los que permanecían en la casa mencionada arrojaban piedras contra la misma torre, y por ello aquellos que estaban en la torre lanzaban piedras contra ellos. Esta torre representa la altura del magisterio, que se adorna con amatistas, es decir, con aquellos que vivieron en inocencia y santidad desde la infancia, y que se ilumina

con topacio, es decir, con aquellos que eligen la mejor parte y renuncian al mundo, y que se adorna con zafiro, es decir, con aquellos que, por amor de Dios, renuncian al esplendor del mundo y a sí mismos. En ella están los centinelas, es decir, aquellos que presiden el magisterio sobre sus súbditos.

El lagar, sin embargo, representa el oficio de aquellos que, por la consagración, están unidos al ministerio de la pasión de Cristo y sirven y cuidan la viña del Señor de los ejércitos. Pero la casa muestra la custodia y disciplina de aquellos que, siendo ignorantes y viviendo en el mundo, dejan el mundo y a sí mismos por amor a Dios, y laboran en las cosas corporales necesarias, y sin embargo conservan la vida espiritual. La tempestad señala la temeridad de aquellos que, permaneciendo en el lagar, lanzan dardos de soberbia contra sus prelados, y también la dureza de la desobediencia que dirigen contra aquellos que permanecen en la casa. Por lo cual los prelados provocados por la injuria se muestran implacables hacia sus súbditos por palabras de ira. Pero para todos estos la sabiduría establece un tiempo de enmienda, como en el evangelio el cultivador de la viña dijo a su señor sobre la higuera: 'Señor, déjala aún este año, hasta que cave alrededor de ella y le eche estiércol.' Pues cavar alrededor de ella es que el hombre someta la voluntad de su propia propiedad, de lo contrario nunca podrá obedecer. Pero echarle estiércol es someterse en humildad y sumisión al prelado. Porque cuando el hombre se inclina a obedecer, cuenta todos los deseos carnales y a sí mismo como si fueran lodo.

Así que ahora, yo, pobre y débil criatura, os digo a vosotros, los mencionados hermanos de este lugar: Que el fuego inextinguible de la vida arda en vosotros, y os inunde con su luz para que podáis permanecer en ella como lo habéis comenzado. Porque cuando el tiempo fructífero de la corrección y enmienda surja entre vosotros, las piedras de vuestra torre recuperarán su brillo como lo tenían antes."

Epístola 279: R279: Monasterio von Höningen a Hildegard von Rupertsberg

De la Congregación del monasterio de Hunniensis. A Hildegarda.

Al templo del Espíritu Santo y a la reverenda y amada por Dios esposa de Cristo, Hildegarda, y a las hermanas de San Roberto en Bingen, maestras tan deseadas, toda la concordante congregación del monasterio de Hunniensis, con humildad e insistencia en las buenas obras, les desea ser elevados a la gloria eterna. Al ser rociados con la gracia de la opinión reveladora de ustedes, como con la flor inestimable del narciso del paraíso, nos deleitamos tanto que nos vemos obligados a decir, junto con el apóstol: "Gracias a Él, que siempre triunfa en nosotros", en quienes manifiesta el aroma de su conocimiento en todo lugar. Contemplando la totalidad del inmenso cuerpo de la Iglesia, en el cual un solo espíritu divide a cada uno según su voluntad, nos regocijamos en la exuberancia que fluye en la excelencia de vuestra santidad.

Porque, en efecto, os contemplamos después de los tiempos de los apóstoles como un cierto espejo de la piedad divina, por lo cual, en un momento de necesidad, huyendo como a un refugio firme e inexpugnable, os suplicamos que nos socorráis con vuestros consejos y oraciones. Pues nuestra orden, aunque somos completamente diferentes a vosotros en todo, es honrada y bendecida por vosotros. Así pues, nos ha sido informado acerca de vuestras obras, que brevemente y con claridad habéis concedido a los hijos de la Iglesia como si fueran riquezas deseables. Y como no carecéis de este don, postrados a los pies de vuestra santidad, todos en común imploramos la benignidad de vuestra piedad para que dejéis algo memorial sobre la regla de nuestro padre San Benito, algo que es sumamente necesario para nosotros.

Nos llaman mentirosos, perjuros, y transgresores de la regla mencionada, y despreciadores de los decretos sinodales. Esto sucede principalmente porque cada uno de nuestros prelados, según su capricho, desprecia tanto los cánones establecidos como la regla, de modo que, siendo ellos mismos ley, según el testimonio de esa misma regla, lo que quieren lo llaman santo y justo, y lo que no quieren, lo consideran prohibido. Por ello, somos llevados por cualquier viento de doctrina y nos vemos gravemente oprimidos por las presunciones de los hombres. San Agustín, aborreciendo esto, habla así de ellas: "Aunque no sea contra la fe, nuestra religión, que Dios en su misericordia quiso libre con poquísimos y manifiestísimos sacramentos de celebración, está tan cargada de serviles cargas que la condición de los judíos es más tolerable. Pues, aunque no conocieron el tiempo de la verdadera libertad, están sometidos a los sacramentos legales, no a presunciones humanas."

Por lo tanto, será más precioso que todas las riquezas del mundo, más caro que cualquier tesoro, si consideráis nuestra petición en esto, algo tan necesario para todos los claustros. Porque si expusierais toda la Sagrada Escritura, nada tan útil y tan querido nos podríais ofrecer. En cuanto al resto, orad por nosotros para que nuestra congregación, reunida en el Espíritu Santo, nunca sea perturbada por la maquinación de ningún fraude enemigo, sino que aquel que comenzó en nosotros la buena obra, se digne perseverar en nosotros, operando según su voluntad. Que vuestra amorosa maternidad prospere.

Epístola 280: R280: Hildegard von Rupertsberg al Monasterio von Höningen

Sobre la regla de San Benito. De Hildegarda.

Y yo, pobre criatura femenina y no instruida en la enseñanza humana, he mirado hacia la verdadera luz y hacia la memoria del bienaventurado Benito según vuestra petición, para que aquellas cosas que en la doctrina de su regla son más difíciles y oscuras para la comprensión humana me sean manifestadas por la gracia de Dios. Y escuché una voz que provenía de la verdadera luz diciéndome: "El Espíritu Santo operó en San Benito con dones clarísimos y alientos místicos, de tal modo que su mente ardía en el amor de Dios y brillaba en las virtudes como la aurora, sin permitir que las insinuaciones del arte diabólico se completaran en sus obras. Pues él estaba tan imbuido de la gracia del Espíritu Santo que en ninguna de sus acciones, ni por un instante, carecía de la fuerza del Espíritu Santo.

También fue una fuente cerrada que, en la discreción de Dios, derramó su enseñanza, fijando el agudo clavo de la doctrina ni demasiado alto ni demasiado bajo, sino en medio de la rueda, de modo que cualquiera, sea fuerte, débil o enfermo, pueda beber de ella según su capacidad. Esta rueda que gira es el poder de Dios, con el cual Dios obró en los antiguos santos hasta Moisés, quien dio la ley al pueblo de Dios, y con el cual también operó en otros hombres santísimos, cuyos clavos de trabajo estaban tan profundamente fijados en la altura que el pueblo común no podía comprenderlos.

El bienaventurado Benito, en cambio, tomó su doctrina con suma mansedumbre en el temor de Dios, enseñó los preceptos de Dios con piedad, construyó un muro de santidad en su regla con caridad y vivió como un peregrino en castidad, lejos de todas las pompas y delicias del mundo terrenal. Y dado que escribió su doctrina en el

temor y la piedad, en la caridad y la castidad, nada debe ser añadido o quitado de esta doctrina, porque nada le falta, ya que fue hecha y completada en el Espíritu Santo. Y como era hijo de la paloma, escuchó lo que el Padre le decía: 'Escucha, hijo, las enseñanzas de tu padre', y por eso estaba lleno de la santidad de las virtudes mencionadas, de la misma manera que Moisés fue el hombre más manso sobre la tierra.

Pero cuando este piadoso padre dice que algunos monjes se dispersan en la diversidad de costumbres, es evidente para quienes lo consideran que a cada uno se le dará una recompensa según el mérito de sus obras. Pues antes de los tiempos de este santo padre Benito, los monjes no estaban confirmados por una regla fija, y vagaban aquí y allá en la incertidumbre y la inestabilidad, sin un magisterio claro y un lugar determinado. Por tanto, él describe los vicios de la inestabilidad de sus costumbres para advertir que su vida debe ser evitada por los monjes fieles.

Sin embargo, para aquellos que siguen su doctrina fielmente, debido a la gravedad del silencio, rara vez se les concede la licencia de hablar, es decir, solo cuando se deben tratar algunos asuntos en los consejos, algunos negocios o en mayores necesidades. Cuando se concede esta licencia, deben hablar entre ellos y no individualmente, y deben tratar brevemente y con moderación lo que es necesario. Luego, al darse la señal, todos deben guardar silencio según la costumbre habitual, porque el mismo Benito no había fijado una hora específica en cada día para esta licencia, sino que la tenía en su poder según fuera necesario. Pues él no concedía esta licencia de hablar a menos que una justa necesidad o alguna piadosa utilidad lo obligara. Sin embargo, dado que casi inhumano es para el hombre estar siempre en silencio y no hablar, el mismo padre deja esto en poder y discreción del abad, de la misma manera que le concede muchas otras cosas, para que prevea una hora conveniente para sus discípulos en la que puedan hablar entre sí sobre lo que es honesto y

necesario, y para que no se vean afectados por el tedio de un silencio indiscreto, porque después de dicha licencia para hablar entre ellos, podrían ser advertidos y corregidos con mayor conveniencia y severidad hacia el silencio.

Pero cuando dice que en el tiempo de invierno, es decir, desde las calendas de noviembre hasta la Pascua, se debe levantar a la octava hora de la noche para que se descanse un poco más de la medianoche y se levanten ya digeridos, esto es así porque quien vigila durante la tercera parte de las horas de la noche en invierno, o quien duerme durante la tercera parte de las horas de la noche y el día en invierno, no se debilita ni en el cerebro ni en el resto del cuerpo debido a estas vigilias o a este sueño. Porque el hombre que vigila en exceso o que duerme en exceso incurre en debilidad tanto en el sentido como en el cuerpo. Así, los que duermen se levantarán ya digeridos para las vigilias, porque el alimento y la bebida consumidos, al haberse transformado en esas horas tan prolongadas, hacen que sea necesario que el hombre se levante, porque estas vigilias también traen salud al hombre cuando se libera del sueño inerte y se purifica, porque si el hombre duerme en exceso, es probable que contraiga fiebre y sienta la agitación de su carne debido al calor interior. Pero para defenderse de esto y para servir fielmente a Dios, debe cumplir con buen ánimo la exhortación del piadoso padre.

Y sigue: lo que resta después de las vigilias nocturnas para los hermanos que necesitan algo del salterio o de las lecturas, se dedicará a la meditación, advirtiendo que no se dediquen ni al sueño ni a la ociosidad después, sino que con cautela se entreguen a la utilidad del alma en ese intervalo invernal dispuesto según lo permite el tiempo, hasta que la alabanza matutina comience con el amanecer del día. Aquí, después de las vigilias nocturnas, es decir, al finalizar los salmos nocturnos, estableció un intervalo para la meditación en la oración o en las lecturas.

Pero inmediatamente dice sobre el intervalo estival: desde Pascua hasta las mencionadas calendas de noviembre, que la hora de las vigilias se ajuste de manera que, después de un breve intervalo en el cual los hermanos atiendan las necesidades de la naturaleza, sigan inmediatamente los maitines, que deben celebrarse al amanecer. Por lo tanto, en estas palabras hay que notar que tanto en verano como en invierno, es decir, en las tres lecturas y también cuando se dice una, los hermanos no volvían a las camas para descansar ni después de los nocturnos ni después de los maitines, sino que ajustaban las vigilias nocturnas después de la medianoche en ambos tiempos, de tal manera que, cantando las alabanzas, ya veían el día amaneciendo. Y por el correcto y dispuesto ajuste no se sentían agobiados, sino que se alegraban, porque después de descansar más de la mitad de la noche y luego levantarse, el hombre vigilante no se debilita en sus fuerzas por estas vigilias, como se ha dicho.

Pero cuando luego dice: después de que se diga el versículo, el abad bendiga, no muestra que la oración dominical se diga allí primero, como tampoco lo hace allí donde escribe de esta manera sobre el primer nocturno del día del Señor: "Después de que se modulen, como hemos dicho, los seis salmos y el versículo, todos se sientan ordenadamente en sus asientos, se lean en el códice, como hemos dicho, cuatro lecturas", ni tampoco donde habla del segundo y tercer nocturno, porque, terminado el tercer nocturno, dice: "Después de dicho el versículo y bendecido por el abad, se lean otras cuatro lecturas", sin hacer mención de la oración dominical, para que no parezca haber interrupción allí. Pero también, después de terminar los seis salmos del segundo nocturno de un día privado, dice: "Después de estos, siga una lectura del Apóstol, recitada de memoria, y después de esto, una de las tres lecturas se lea de memoria del Antiguo Testamento, y de nuevo después, otra lectura del Apóstol recitada de memoria", es decir, que siga.

En esto, muestra que cuando los hermanos se dedican a la lectura y la meditación, deben grabar en su memoria lo que en las Escrituras divinas es necesario, de modo que, cuando llegue el momento oportuno y cuando surja la necesidad, lo puedan sacar a la luz sin el material escrito, así como recitarán las lecturas mencionadas de memoria, es decir, sin libro, porque son breves, para que no sufran impedimento en su brevedad si no tienen a mano un códice para leer o una luz para ver. Pero lo que se calla sobre las horas diurnas de la obra divina es porque se deja a su criterio, ya sea que lo reciten de memoria o en un códice con la claridad del día, ya que entonces sufrirán menos impedimento debido a la luz del día.

En los domingos y en otras festividades, mandando leer el evangelio después de los nocturnos, quiere que se entienda que en todo tiempo, tanto de noche como de día, se debe escuchar y cumplir el mensaje de Dios y servir a Dios por medio de él, y también que, habiendo oído el evangelio, los monjes recuerden aquel evangelio: "He aquí que hemos dejado todo y te hemos seguido", y también pretende que, si alguien debido a la escasez de sacerdotes o la ocupación en alguna dificultad no puede asistir a la misa o participar en la misa ese día, el evangelio leído y escuchado le sea suficiente.

Y cuando dice que después de la lectura del evangelio se dé la bendición, es decir, en la oración acostumbrada, comiéncense los maitines. Aquí no muestra que se tenga un intervalo para la meditación de las oraciones o lecturas, ni prohíbe que los hermanos, después de terminar los maitines, vuelvan a descansar a sus lechos si el tiempo lo permite, de modo que, si se levantaron más temprano, ya que se fatigaron por la prolongación de los nocturnos y del servicio divino, puedan regresar a sus lechos en silencio. Pues aquello que rechaza hacer lo prohíbe claramente, y aquello que exhorta a hacer lo manifiesta abiertamente. Pero estas cosas sobre las cuales guarda silencio de tal manera, las deja a la discreción del abad y de los hermanos.

Por lo tanto, al final del servicio divino de las horas nocturnas, matutinas y diurnas, después de decir el "Kyrie Eleison", manifiesta que se debe recitar la oración dominical, donde dice: "Lo que queda por hacer, la última parte de esa oración se dirá para que todos respondan, pero líbranos del mal". Y allí no muestra que se deba decir la colecta, porque, después de decir "líbranos del mal", dice: "Y así se terminarán las vigilias nocturnas", y de nuevo "y está completado", y de nuevo "han sido enviadas", sin señalar ninguna colecta, para que no se imponga fastidio a los orantes y para que la oración dominical no se lleve al olvido, porque no encontró ninguna oración más preciosa que la oración dominical para concluir el servicio divino.

Además, en la conclusión de las completas, añade: Kyrie eleison, bendición y que se realicen los despedidos. Es decir, la bendición que hasta ese momento se ha mantenido en uso. Y cuando dice: "Recordemos siempre lo que dice el profeta: 'Servid al Señor con temor' y también 'Cantad con sabiduría'", quiere que se entienda que había abreviado el servicio divino, para que se realice con alegría y sin tedio, porque se sabe que es breve. Y porque donde la distinción es larga, debe soportarse en el espíritu de los que cantan los salmos, pero donde es breve, no debe prolongarse, para no cargar el espíritu. Pues las charlas en el oficio divino se consideran mínimas ante Dios, porque es digno que, estando ante el Rey, según el testimonio del bendito Benito, se le hable con decoro.

Luego añade: "Sin embargo, en la asamblea, la oración se debe abreviar completamente," porque había advertido que antes de cada hora canónica se debe decir una oración. Ya que después manda que no se ofrezca el beso de paz al huésped sin antes haber orado, mucho más cuando se debe saludar al Dios Todopoderoso, la oración debe ser breve, para que después, al insistir en la salmodia, no se preste menos atención a la misma por haberse fatigado con la oración previa y prolongada.

Cuando dice que los monjes deben recibir ropa de cama según su forma de vida, según la disposición de su abad, lo manifiesta al hablar de las vestimentas de los hermanos donde dice: Que los lechos sean suficientes con un colchón, una manta, una sábana y una almohada. Deben dormir vestidos, es decir, con una vestimenta simple y única, que esté próxima a la piel del hombre, para no dormir desnudos, lo cual fue una tela de lana, y no vestidos con ropa doble, porque no podrían soportarlo, atados con cinturones o cuerdas para que la ropa con la que duermen no se deslice de ellos y no queden desnudos.

Y también dice: "Si algún hermano es contumaz, desobediente, orgulloso, etc., y si comprende qué tipo de pena es, que sea excomulgado." No con aquella excomunión impuesta por el derecho sacerdotal bajo la estola, sino con la excomunión en la que simplemente se le separa del consorcio de los hermanos, ya sea en el refectorio, en el oficio divino en el coro, en el dormitorio o en lugares similares, porque esta pena, para aquellos que la entienden, impone una confusión más grave y vergonzosa que la disciplina corporal. Mientras que para los que no la entienden, se debe imponer la disciplina corporal como se menciona a continuación: "Pero si es rebelde, que se le someta a una corrección corporal," es decir, que sea castigado con golpes u otras correcciones corporales, porque tales personas no son corregidas por palabras, sino solo por los duros golpes de la carne.

En cuanto al celador del monasterio, dice: "Que ofrezca la ración establecida a los hermanos sin ningún tipo de retardo o demora," es decir, sin una medida predeterminada de lo que debe distribuirse. Donde también se entiende por "tipo", "ty", que es "a ti", y por "po", que es "potestad", es decir, que el celador no diga en su interior: "Tienes el poder de dar y negar donde quieras," de modo que a quien quiera dé más y mejores alimentos, o a quien quiera menos y peores, como suelen hacer a veces los laicos en las cortes de los príncipes

cuando distribuyen raciones, y para que no asuma ese poder de no dar más al necesitado que al que no lo está, ya que dará más a quien lo necesite que a quien no lo necesite, y tampoco demorará la entrega de lo que debe darse.

Luego añade: "El sábado, antes de salir de su semana, debe realizar la limpieza," barriendo la suciedad y el polvo donde sea necesario. Y además, "Tanto él como el que va a entrar deben lavar los pies de todos," es decir, en la ceremonia del lavatorio. Y además, "Antes de la hora de la comida, debe recibir algo de alimento mezclado," es decir, pan y bebida, pan empapado en la bebida que se les ofrece, porque allí el pan se mezcla con la bebida. Y después, "Reciba la bendición al salir," es decir, la oración, y a continuación, "y habiendo recibido la bendición, que entre," es decir, la oración correspondiente.

Luego dice: "Y también se permita comer carne a los enfermos y a los muy débiles para su recuperación," refiriéndose tanto a la carne de cuadrúpedos como a la de aves, sin excluir ningún tipo de carne que los hombres suelen comer. Pero cuando se hayan recuperado, que todos se abstengan nuevamente de la carne, según la costumbre, es decir, de la carne de cuadrúpedos, porque los sanos no solían comer esa carne ni su jugo, sino solo los enfermos. Los sanos, sin embargo, comían carne de aves porque es pura y no despierta la libido ardiente en los que la comen.

Luego añade: "Y que adelanten las horas canónicas en cuanto a la comida," es decir, las horas establecidas en la regla, de modo que los ancianos y los niños reciban primero y más a menudo la comida y alimentos más suaves. Y nuevamente dice: "Y así, habiendo recibido la bendición, que entre a leer," es decir, la bendición de la oración. Y continúa diciendo: "Nadie debe atreverse a preguntar algo sobre la lectura o cualquier otra cosa, a menos que el superior quiera decir algo brevemente para la edificación," porque en ese tiempo, el que

estaba a cargo de los demás daba consejos de salvación a los presentes sobre la lectura antes de que se separaran, ya que entonces eran pocos, lo que luego, con el aumento de la multitud, evitaban para no caer en conversaciones ociosas.

El hermano lector de la semana debe recibir algo de alimento mezclado, como se mencionó antes, antes de comenzar a leer, debido a la santa comunión, porque en el tiempo del bienaventurado Benito, quien leía en la mesa servía a Dios como en un altar, ya que debía pronunciar palabras santas. En el día del Señor, recibían la comunión, pero después comían, para que el ayuno no provocara un desfallecimiento en la lectura, en la cual también el padre mencionado quería que se entendiera que cada fiel, después de haber recibido la Eucaristía, debe observar con mayor cautela y diligencia que de costumbre en todas las cosas.

Luego añade: "Que dos platos cocidos sean suficientes para todos los hermanos," refiriéndose a los alimentos que, puestos al fuego, se mueven con un palo para que no se quemen. Y añade: "Si hay frutas o legumbres frescas, se añadirá un tercero," refiriéndose a habas, guisantes y otras legumbres semejantes que se recogen frescas del campo o se toman de los árboles, y ordena que esas legumbres, no cocidas, sino peladas, se sirvan como tercer plato a los hermanos. Los pescados, quesos o huevos deben entenderse como parte de este tercer plato y son aceptables, y este piadoso padre no los mencionó porque sabía que los monjes no se abstendrían de ellos, y por eso no los prohibió, como tampoco mencionó otros.

Luego escribe nuevamente: "Que la carne de cuadrúpedos se abstenga completamente de todos, excepto de los muy débiles y enfermos," donde guarda silencio sobre las aves, porque no prohíbe su consumo a los sanos. Pues el mismo padre, como en su tiempo la vida monástica era todavía ruda y casi desconocida, evitaba prohibirles por completo el consumo de carne, por lo que les

permitía comer aves. Luego dice: "Que, según lo determine él o todos, después de completar la obra de Dios, se arrepienta con satisfacción pública," postrándose para pedir perdón. Y nuevamente: "De tal manera que el culpable haga satisfacción por esto," es decir, postrándose en el suelo.

Luego añade: "En la hora que desee, lo que antes rechazó o cualquier otra cosa, no recibirá nada hasta que haya hecho la corrección adecuada, porque por su desprecio se le negará cualquier cosa necesaria a un hermano obstinado, hasta que muestre en penitencia una corrección con humildad." Y además: "Luego que siga los pasos de todos los hermanos para que oren por él," es decir, a Dios, a quien ofendió con sus graves culpas. Y continúa: "Y que esto se realice hasta que les bendiga en público saludándolos y exhortándolos a la humildad. Y luego, si no hace satisfacción, es decir, postrándose en el suelo con su cuerpo, pidiendo perdón y humillándose allí ante todos, que sea sometido a una mayor corrección," es decir, ante ellos, en la mortificación de su carne.

Pero cuando dice: "Si la causa del pecado es secreta," es decir, si el hermano ha excedido en alguna causa secreta o ha cometido algún pecado en secreto, solo debe confesárselo al abad o a los mayores espirituales, confesando el lazo del pecado y así obtener el perdón. Y añade: "Sin embargo, lo que cada uno ofrezca, que lo sugiera a su abad, y que se haga con su bendición y voluntad." Por lo tanto, ninguno de los hermanos debe evitar completamente la comida y bebida regular y común que se le ofrece regularmente y comúnmente en el convento de sus hermanos, a menos que tenga el permiso de su abad. Ni debe apartarse por su propia voluntad de las oraciones o trabajos comunes de los hermanos, a menos que su padre espiritual se lo haya permitido.

Sin embargo, en cuanto a cualquier comida y bebida regular y común que se le ofrezca regularmente y comúnmente en el convento

de sus hermanos, podrá sustraer una parte para su cuerpo con libertad, de manera que no surja ningún clamor de rumor por ello, siguiendo así la costumbre común del monasterio regularmente y con humildad sin quejarse. Luego escribe así: "No debe atreverse a comer fuera, incluso si es rogado por alguien, a menos que su abad se lo ordene. Si lo hace de otro modo, que sea excomulgado," con la excomunión en la que un hermano contumaz y desobediente es separado de la comunión y sociedad de sus hermanos, como ya se ha mencionado, hasta que haga satisfacción.

Y dice: "Después de completar la obra de Dios, todos deben salir en completo silencio, y se debe mostrar reverencia a Dios, para que, al salir con reverencia, se inclinen, y que también tengan reverencia en sus otras obras, como si estuvieran en el servicio de Dios, y que no tomen ninguna licencia ni exceso."

Luego se añade: Cuando se anuncie la llegada de un huésped, se le debe recibir con todo el servicio de la caridad, ya sea por parte del prior o de los hermanos. En primer lugar, todos deben orar juntos, es decir, todos, quienesquiera que sean, deben ser llevados a la iglesia para adorar, de modo que los hermanos pidan a Dios que no infrinjan su orden con los mismos huéspedes, y que estos, al ver la conducta de los hermanos, mejoren. Y nuevamente, con la cabeza inclinada o con todo el cuerpo postrado en el suelo, se debe adorar a Cristo en ellos, quien es recibido, ya que cuando llegan los huéspedes, quienes los reciben o, cuando se van, quienes los acompañan bendiciéndolos, se inclinarán ante ellos por respeto a Cristo o pedirán perdón ante ellos, como si Cristo estuviera presente.

A continuación, se añade: "Y después de esto, se les debe ofrecer toda clase de humanidad," lo cual se refiere tanto a una conversación afable y social como a satisfacer toda necesidad corporal. Y además, el abad debe ofrecer agua en las manos de los huéspedes como un servicio de humildad, y tanto el abad como la congregación deben

lavar los pies de todos los huéspedes, es decir, aquellos a quienes el abad les asigne esa tarea. Porque el bienaventurado padre Benito, cuando había recibido huéspedes y estaban a punto de comer, les ofrecía agua para sus manos, y cuando se levantaban de la mesa, les lavaba los pies. Y esto lo hacía en imitación del ejemplo del Hijo de Dios, quien lo mostró en la última cena a sus discípulos, excepto a las mujeres, cuyos pies no tocaba. Pero les mostraba el desprecio por el mundo tanto en su vestimenta como en su santa conducta.

En esos tiempos, los monjes no experimentaban el tumulto de la llegada de extraños, sino que aquellos que los visitaban buscaban a Cristo y no otra cosa, y también lo encontraban en sus santas obras. Luego, prosigue diciendo que se debe dar vestimenta a los hermanos según la calidad del lugar donde viven o la temperatura del aire, lo que indica que las vestiduras deben darse a los hermanos según lo que puedan soportar y para que no murmuren. Porque donde la región es tan fría que los hombres no pueden prescindir de vestimentas cálidas por necesidad, evitarán la superfluidad de esas vestiduras, tanto la lana de oveja en las pieles como el hilo de oveja en las túnicas, lo que es aceptable para el juicio supremo.

Luego, sigue diciendo: "Sin embargo, creemos que en lugares moderados, una cogulla y una túnica por monje son suficientes," refiriéndose a una cogulla amplia que llega hasta los talones, con mangas cortas que apenas cubren las manos, y con dos faldones que caen desde la axila hacia abajo, a la que estaba adherido un capucho, que es el signo distintivo del monje, indicando que no debe mirar hacia el mundo cuando lo lleva sobre su cabeza. La túnica debe ser de lana y algo más ajustada que la cogulla, pero más amplia alrededor de las piernas y extendiéndose hasta los pies, con mangas ni demasiado amplias ni demasiado ajustadas que lleguen a las manos, y con un faldón en cada lado que descienda desde la axila hacia abajo. Esta túnica no lleva capucho.

Luego dice: "El abad debe proveer la medida para que no sean cortas como las de algunos laicos, sino que lleguen hasta los talones," porque no usaban calzones en su celda. Por eso, añade: "Los que son enviados en viaje deben tomar calzones del vestuario," que deben devolver lavados al regresar, lo que indica que los monjes bajo la guía de ese padre no usaban calzones, excepto cuando salían de la celda. Porque en ese tiempo, la mayoría de la gente no usaba calzones, y por lo tanto, ese padre, por los hábitos de la gente y como signo de simplicidad infantil y humildad, no permitió que sus discípulos usaran calzones mientras permanecían en su celda. Pero al salir, ya sea a pie o a caballo, les permitía usarlos como ejemplo de castidad, por respeto a los hombres.

Sin embargo, en estos tiempos, dado que los hábitos de la gente lo permiten, a Dios no le desagrada que los monjes usen calzones para evitar la blasfemia del incesto que podrían experimentar en la desnudez de su carne, para que no recuerden los pecados carnales al estar en contacto con su carne desnuda.

Luego sigue: "Las esteras del lecho deben ser suficientes," refiriéndose a una manta de lino grueso o de cáñamo, casi en forma de saco, y rellena de algún tipo de paja, colocada sobre la estera que los monjes usaban como lecho. Y una manta de lana que se extendía sobre el lecho durante el día por decoro y que usaban para cubrirse durante la noche. Inmediatamente dice: "Que el abad provea todo lo necesario," y añade: "Cinturón," es decir, lo que llevaban ceñido sobre la túnica para que no se deslizara, ya que dormían sin calzones, y una prenda interior que tocaba la piel, de la cual colgaban las polainas. Luego sigue: "Toalla o paño de lino," que usaban para secar el sudor mientras trabajaban.

Luego dice: "Y al hacer la ofrenda, envuelvan la petición y la mano del niño en el paño del altar," lo que significa que la petición de los padres del niño, como testimonio y confirmación, se consignaba en

una carta cuando lo ofrecían a Dios, de la misma manera que se hacía con aquel que prometía su estabilidad, conversión y obediencia ante Dios y sus santos en su consagración, como se mostró anteriormente.

Y luego: "Si alguno del orden sacerdotal pide ser recibido en el monasterio, no se le dé una pronta aceptación," entendiendo por sacerdote a aquel que ocupaba un cargo como el de prepósito, archipreste o párroco, quien, debido a su posición, difícilmente podría someter su ánimo a la obediencia, pero no se refiere a un obispo, porque sería impropio que el príncipe de las almas del pueblo, que además fue maestro del abad, se sometiera a un abad. Pero si este desea convertirse, que permanezca solo en penitencia, sin estar bajo la sujeción de un maestro.

Luego añade: "Y si por causa de ordenación o de alguna otra cosa debe estar en el monasterio," es decir, si hay algo que tratar en cuanto a obediencia y oficios internos o negocios externos, debe tener en cuenta el lugar donde ingresó al monasterio, es decir, el propósito de la conversión, la humildad y la obediencia, que le otorgan un buen y alto grado, el cual debe tener presente cuando, al ingresar al monasterio, adoptó el hábito monástico, que demuestra el desprecio por el mundo, no el hábito que se le otorgó por respeto a su sacerdocio.

Luego dice: "No debe considerar el lugar de maestro que ocupó anteriormente," es decir, que no piense ni se considere a sí mismo más sabio o más docto, ni más elocuente o más cauteloso que sus hermanos en el claustro, quienes fueron criados en él, mientras que él vivió en el mundo y se dedicó a cosas seculares. Más bien, por su conversión voluntaria, porque se sometió a la disciplina de la regla, y por el respeto a su sacerdocio, debe dar un buen ejemplo de santidad, mostrando obediencia y sujeción en todas las causas.

El mismo padre dice luego: "Si después desea confirmar su estabilidad, no se rechace tal voluntad." Y después, "no solo debe ser aceptado si lo pide, sino que también debe ser persuadido a quedarse para que otros sean instruidos por su ejemplo." Porque en todo lugar se sirve a un solo Señor, se lucha bajo un solo Rey. Por lo tanto, este piadoso padre escribió antes: "El novicio que ha de ser recibido debe prometer ante todos en el oratorio sobre su estabilidad," y lo que añadió: "sobre esa promesa debe hacer una petición en nombre de los santos cuyas reliquias están allí," y lo que aquí dice: "no se rechace tal voluntad," y luego "sino que se le persuada a quedarse," y nuevamente "porque en todo lugar se sirve a un solo Señor." Esto debe entenderse de la siguiente manera: si un monje, por cualquier motivo de inestabilidad, ha salido en secreto o con terquedad de su monasterio, donde prometió su estabilidad y su petición, como se escribió anteriormente, y llega a regiones lejanas, y si allí ve un monasterio de su misma conversión y, movido por la penitencia, desea permanecer en estabilidad y ruega ser recibido, entonces, si es digno, aunque por la lejanía de su peregrinación no tenga ni pueda tener cartas de recomendación, será mejor que sea recibido a que se le niegue la entrada. Porque si no se le recibiera, quizás, oprimido por la debilidad, la enfermedad, la vejez, o cualquier otra grave carga, o por la longitud del camino y la vuelta al monasterio de donde salió, llevado a la desesperación, volvería al mundo y permanecería en él, y así se perdería en cuerpo y alma.

No obstante, sería mucho más útil para él regresar a su monasterio del que salió sin permiso de su padre espiritual, si de alguna manera puede hacerlo, o pedir perdón, que permanecer obstinadamente en un lugar ajeno, a menos que sepa que allí se observa la disciplina de la religión monástica. El mismo padre afirma esto más adelante, diciendo: "El abad debe tener cuidado de no recibir en su monasterio a un monje de otro monasterio conocido para vivir allí sin el consentimiento de su abad o sin cartas de recomendación," donde no

quiere que los monjes, obligados por la estabilidad y la petición antes mencionadas, se trasladen de un lugar a otro a su antojo sin permiso, sino que conserven firmemente su voto.

Luego prosigue: "Ni por razón del sacerdocio debe olvidarse de la obediencia y disciplina de la regla, sino que debe avanzar más y más en Dios. Siempre debe tener en cuenta el lugar donde ingresó en el monasterio, excepto en el oficio del altar." Lo que dice: "El monje sacerdote ordenado en su monasterio, no debe enorgullecerse de su sacerdocio, sino que con piadosa devoción debe tener siempre presente en su corazón ese lugar de humildad y sumisión," al seguir el ejemplo de Cristo, cuando tomó el hábito monástico y adoptó el desprecio por el mundo. Porque en esa hora se sometió a servir a Dios y al hombre, y además debe pensar humildemente que se convirtió en siervo y ministro de Dios cuando se sometió al servicio del altar, por lo que debe mostrarse más humilde y sumiso en todo.

Pues no solo debe considerar que humildemente y con devoción adoptó el hábito monástico, por lo que se considerará a sí mismo vil y obediente en todo sin simulación, sino que también debe tener en cuenta que, al haberse sometido a Dios en el oficio del altar, se considerará humilde y manso, y el último en su propia estimación.

Luego añade: "Dondequiera que se encuentren los hermanos, el más joven debe pedir la bendición del mayor," como en un saludo, porque mostrará en toda humildad que está sometido a su superior. Y también dice: "Y siempre en la última oración del oficio divino se debe hacer una conmemoración de todos los ausentes." Esta última oración del oficio divino se entiende como la oración del Señor, porque anteriormente dice que el oficio divino se concluye con esa oración, como allí lo muestra: "Letanía y oración del Señor y que se hagan los despedidos." Porque los discípulos de este bendito padre, cuando en la misma oración decían "mas líbranos del mal," añadían: "Y a tus siervos, nuestros hermanos ausentes, los conmemoramos en

esto." Pues en ese tiempo no tenían aún completas las colectas de oraciones, por lo que a menudo terminaban el servicio divino con la oración del Señor.

Luego dice: "Pero los niños hasta los quince años deben ser disciplinados diligentemente y vigilados por todos." Y esto lo dice porque cuando el niño es menor de quince años, es tierno en cuerpo y también tierno en alma, y en ese tiempo tiene temor y puede ser inclinado a cualquier cosa buena, y no se atreve a resistirse obstinadamente a los que lo corrigen. Pero cuando llega a los quince años, florece en la juventud como un árbol que produce flores, y su médula y sangre se fortalecen en él, de modo que también su ánimo se levanta, de tal manera que se niega a recibir y soportar las correcciones infantiles como lo hacía antes.

Finalmente, el bienaventurado padre afirma todo esto diciendo: "Aquellos que hagan estas cosas tendrán acceso al reino eterno," porque todo lo que está escrito en esta regla no es ni demasiado laxo ni demasiado estricto, sino que mira hacia la derecha y no hacia la izquierda, por lo cual, quien la observe, será conducido inmediatamente a lo celestial.

Por lo tanto, yo, pobre criatura femenina, escuché estas palabras de la sabiduría, que me enseñó sobre los pasajes oscuros de la regla de dicho padre bienaventurado Benito, para que los expresara claramente. Por lo tanto, que los mansos, humildes y temerosos escuchen esto, lo comprendan con un corazón piadoso y lo reciban con humilde devoción.

Epístola 281: R281: Helenger von Disibodenberg a Hildegard von Rupertsberg

Helenger, abad de San Disibodo. A Hildegarda.

Helenger, por la gracia de Dios, siervo en el monte de San Disibodo y administrador del rebaño del Señor, aunque indigno, junto con toda la congregación de sus hermanos, saluda a la venerable madre, señora Hildegarda, del monasterio de San Roberto, que ha sido iluminada por el rayo del resplandor divino más allá de la capacidad del entendimiento humano, como muy bien sabemos, y que abunda en los dones del septiforme Espíritu Santo, y que administra como una recompensa divina las copas de ese mismo manantial a los que tienen sed.

Madre amada por Dios todopoderoso, hemos sabido que recientemente, por instinto del Espíritu Santo, el Santo Paráclito, y también por su mandato, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, vuestra santidad ha venido a nosotros. A ese mismo Paráclito, aunque no podamos hacerlo de manera digna, le damos gracias incesantemente, porque debemos confesar con verdad que sentimos plenamente entre nosotros y en nosotros el ardor y el toque de su iluminación, mientras todos, por consenso unánime, arrojamos de nosotros todo germen de odio e iniquidad, que ya llevaba años entre nosotros, y nos reunimos plenamente en la unidad de la verdadera caridad, como si fuéramos un solo cuerpo y alma.

Por lo tanto, suplicamos con insistencia el amor de vuestra santidad, que, por la gracia divina del resplandor que se os ha otorgado, mediante el cual se os revelan a vuestros ojos del corazón las cosas ocultas para los demás mortales, nos manifestéis, según vuestra caridad, si realmente hemos alcanzado la verdadera caridad, que es el principio de todos los bienes, o si alguna raíz de disensión aún se

oculta entre nosotros. Pero también, en cuanto a otros pecados mayores o menores que hayamos cometido, os pedimos que nos manifestéis, por escrito, cualquier cosa que consideréis contraria a los ojos de la divina majestad.

Además, por consenso unánime, llamamos a la puerta de vuestra caridad, ya sea a tiempo o fuera de tiempo, para que describáis las obras, virtudes y vida de nuestro patrono y vuestro, el beatísimo Disibodo, en cuya casa fuisteis nutrida desde la cuna. Y apelamos íntimamente a los oídos de vuestra piedad y os suplicamos incansablemente con oraciones fervientes, para que, mediante esto, se conserve la memoria de vuestra bienaventuranza en las alabanzas de ese mismo padre nuestro. Que nos reveléis todo lo que Dios os haya revelado sobre él.

Que el Padre omnipotente de la eterna misericordia inflame la mente de vuestra caridad con la luz de su resplandor y que suministre copiosamente a los que desean ardientemente refrescarse en su fuente.

Epístola 282: R282: Hildegard von Rupertsberg al Monasterio von Disibodenberg

A la Congregación de San Disibodo. De Hildegarda.

Cuando las criaturas, por orden de Dios, fueron creadas, surgieron muchas estrellas que entonces eran innumerables en su luz. Junto con el que era el lucero del alba, cayeron, y la noche de la muerte fue preparada por su caída. Pero los planetas, es decir, los ángeles de la justicia, que son llamas de fuego, permanecieron con Dios y servían con un fuego inextinguible que es la vida. El fuego tiene una llama que el viento mueve, de tal manera que la misma llama brilla. Así como en la voz está la palabra, y la palabra se oye. Y el fuego tiene llama, y es alabanza a Dios, y el viento mueve la llama, y es alabanza a Dios, y en la voz está la palabra, y es alabanza a Dios, y la palabra se oye, y es alabanza a Dios. Por lo tanto, toda criatura es alabanza a Dios. Quien no teme, no ama, y quien no alaba, no actúa. El temor es como el fuego, y la caridad se expande como la llama. Así, la criatura es alabanza, y el hombre es obra. Pero si no existiera la criatura, el hombre no sabría cómo actuar. Sin embargo, la criatura fue creada por orden de Dios, y en Dios estaba el propósito de hacer al hombre a su imagen y semejanza.

Pues cuando las estrellas caídas no alabaron a Dios, ni proclamaron sus obras, la noche de la muerte fue escrita para ellas porque descuidaron la vida y no quisieron las obras de Dios, por lo cual fueron contadas como nada. Entonces Dios tuvo un gran propósito en sí mismo, que ninguna adversidad de los caídos prevalecería contra su fortaleza, y previó que en la naturaleza femenina haría una obra tal que ni los ángeles, ni el hombre, ni ninguna otra criatura podrían llevar a cabo. Pues cuando Dios formó al hombre, los ángeles caídos, con engañosa astucia, se acercaron al hombre como ellos mismos eran engañosos, y así el hombre se volvió mortal. Entonces Dios previó en Abel a los planetas que permanecieron con

Él, lo cual es la alabanza de los ángeles y de los hombres. Y en él puso el fundamento del oficio sacerdotal y de su templo. Por lo tanto, la muerte lo mató en cuerpo.

Pero desde Abel hasta Noé, todos los hijos de los hombres, como lactantes, dormitaban en la recta ciencia. Noé, sin embargo, construyó el arca por orden de Dios, en la cual Dios señaló que el hombre sería guardado en parte para su alabanza, como había hecho con los ángeles. Abraham, por su parte, realizó una gran obra de obediencia que hirió el cuello de la antigua serpiente mediante la circuncisión, por la cual Dios lo confundió, pues había insuflado adulterio en el hombre, que la Virgen rompió cuando colocó al unicornio en su seno, quien, por un antiguo consejo, tomó carne en el vientre de la Virgen. Moisés también escribió la ley, que la obediencia mostró por la mortificación de la carne, en la cual el seductor, que había herido la misma, fue confundido, y cuya malicia, por la cual había engañado al hombre con orgullo, fue terminada por la mortificación de la carne de los fieles. Pero tanto Abraham como Moisés eran como dos planetas, hijos de la encarnación, al igual que los planetas son como llamas de fuego. Pues Abraham previó a Cristo, y Moisés realizó obras en las criaturas, ofreciendo bueyes, ovejas y cabras, y en la oblación de la carne de la criatura, prefiguró la oblación del Hijo de Dios.

Esto se definió cuando la Virgen capturó al unicornio, y cuando Dios hizo una torre de marfil, como era debido, lo cual es una obra pura y virginal, en la que se completó la obra del gran consejo, es decir, que Dios es hombre. Pues porque la mujer, al oír la palabra de la serpiente, cubrió el mundo entero, la muerte entró en ella, y se volvió como un niño débil. Y toda criatura, debido a su debilidad, en la fortaleza y honestidad suya, incurrió en debilidad. Pero Dios dispuso un gran consejo en ella, a saber, tantos milagros que ni ángel ni hombre ni todas las criaturas pueden comprender, es decir, que la Virgen, en la luz del sol del antiguo consejo, cambió la caída de la

mujer en bien. Y Dios hizo esto para confusión del diablo, que había engañado a la mujer sin saber lo que en ella iba a suceder, como tampoco conoció correctamente a Dios. Por lo cual fue enterrado de toda felicidad. Pues Dios hizo a las criaturas oficiales por su mandato, precediendo al hombre para que sirvieran al hombre.

Luego creó al hombre, y le encargó obras, de tal manera que si elige lo bueno, Dios lo ayudará, o si consiente en el mal, el diablo le tenderá trampas desde el norte. Pues el hombre es racional con dos alas del conocimiento, a saber, del bien y del mal. Pero la palabra no existe sin voz, ni la voz racionalmente sin palabra. La voz a veces se oye, y no se percibe ninguna racionalidad en ella, pero la palabra proclama todas las cosas útiles e inútiles con la voz. Así, la racionalidad no existe sin conocimiento, del mismo modo que el hombre no existe sin entrañas. Pero hay que decir cómo el hombre comienza a actuar. Primero, chupa leche, luego toma comida blanda con su aliento, en la tercera edad come con los dientes, y en la ciencia elige lo que quiere para sí y rechaza lo que no quiere, y entonces es joven. Y después corre hacia la edad de la vejez, de tal manera que sus médulas están llenas de toda ciencia, y luego ya no siente la leche ni las dos primeras edades, sino que la edad cambiante lo impregna, de modo que reconoce la verdad. Así, antes del diluvio, la leche existía. En Noé, la comida blanda. En Abraham, el comer con dientes y la elección del alimento. Pero en Moisés, todas las obras infantiles se terminaban cuando, por la oblación de la carne de la criatura, preanunció la verdad y tocó al Hijo de Dios, en quien todas las cosas anteriores terminaban y se transformaban en mejores, pues él, hombre de plena edad, enseñaba sabiduría y verdad.

Pero la edad de la virgen a veces está en la lascivia, es decir, cuando corre en la vanidad de la lascivia, y si es virgen, esto muchas veces lo muestra en sus movimientos y modales, así como si no es virgen, no podrá ocultarlo en muchos signos. Pues si la virgen mira al cielo,

de tal manera que abandona verdaderamente el mundo, imita al Hijo de Dios y contempla a Dios, que dijo a la serpiente que su cabeza sería aplastada por la mujer, porque su comienzo fue perverso, lo cual la virgen debía aplastar, es decir, la que engendró al Hijo de Dios.

Pues del Hijo de Dios surgió un nuevo siglo a través del agua de la recuperación, quien también reunió a dos planetas, que adornaron su encarnación, a saber, vírgenes y monjes, que antes de su nacimiento no aparecieron, pero en su nacimiento surgieron, mostrándolo como la estrella matutina muestra al sol. Por lo cual, las señales y milagros resplandecieron entonces más abundantemente que antes, porque Él, en su humanidad, tocó la tierra, y lo que antes era la voz de los profetas, ahora el Hijo de Dios lo realizaba más plenamente por sí mismo, como está escrito: "Hermoso de figura, más que los hijos de los hombres." Y así como el Hijo de Dios oculto vino ocultamente al mundo, también reunió a una naturaleza ajena a sí mismo, es decir, que los hombres dejan el mundo y la pompa del mundo.

Pero así como la estrella se mostró a las personas devotas, y como todo el mundo fue iluminado por estas personas, así también la Iglesia fue adornada primero por las vírgenes y los monjes. Por esta razón, todos los pueblos los mencionaban como ángeles, tal como clamaba el profeta acerca de ellos: “¿Quiénes son estos que vuelan como nubes y como palomas hacia sus ventanas?” Y con el mismo espíritu con el que esto fue proclamado, también se dijo: “La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel”. Así, en todas las criaturas, el Hijo de Dios fue mostrado gradualmente a través de significados, porque la sabiduría no es precipitada, sino que prevé diligentemente para que no haya fallos en sus ordenamientos, cosa que el hombre necio no hace, quien actúa tan rápido como piensa, y por eso su obra muchas veces no es correctamente reconocida, como también sucedió con el primer ángel, quien, en la estimación de su honor, cayó en un instante al

oscuro abismo, donde perdió todos sus adornos y se entregó al fuego negro e inextinguible. Sin embargo, los mencionados planetas, en sus significados, corrieron con gran honor y reverencia en su conversión hasta el tiempo de cierto tirano que comenzó a abrazar el consejo de la antigua serpiente. Y entonces vino un tiempo femenino casi similar a la primera caída, de tal manera que toda la justicia fue debilitada según la debilidad de la mujer, y esto se prolongará hasta más allá de su mitad. Pero un elefante llamará a la justicia con grandes erupciones, haciendo que surja otro tiempo, y así vendrá un tiempo útil de probidad, guerras y justicia.

Ahora bien, todo esto se ha dicho como advertencia para el pueblo de este lugar, es decir, cómo comenzó su religión, cuál es su estado actual y cómo será en el futuro. Este lugar nació en el sol ardiente con tal fortaleza del pueblo espiritual como si estuviera muerto para este mundo, y también en tal simplicidad que no pudieron acoger al pueblo secular con caridad a la plenitud del inspector de Dios, sin responder a cada uno según su cualidad, sino que, insistentemente, se mantuvieron inflexibles en la severidad de su conversión. Al principio fueron como fuego, y no circularon en la llama, y eran duros con otro pueblo, pues miraban al cielo como águilas. Luego aceleraron hacia una parte mejor, y como el ciervo hacia las fuentes de agua, corrieron ascendiendo de virtud en virtud, y en la luz de la caridad brillaban para Dios y para los hombres. Y porque ardían en el amor de Dios, por eso eran alabanza de Dios en el pueblo, como el planeta es una llama de fuego. Entonces, el pueblo los mencionaba como piedras preciosas, es decir, topacio, esmeralda, zafiro y jacinto, con alabanza, porque se habían apartado hacia una mejor parte, y porque ascendieron de virtud en virtud y se expandieron en caridad, y porque, a través de la vida activa en hospitalidad y limosnas, miraban hacia todos y hacia el monte Sión, por lo cual fueron llamados hijas de Sión por todos. Y también trabajaban en la obediencia de la mortificación de la carne con

Abraham, y en el suave olor de la regla, con Moisés, abandonando la pompa del mundo por la humildad de la encarnación de Jesucristo, se hicieron humildes ante el mundo.

Pero después, una pálida nube de vana gloria y soberbia se elevó sobre el fuego de sus buenas obras, así como una nube oscurece el sol, de tal manera que apenas se veía. Por eso vinieron sobre ellos algunas tempestades que los derribaron, pero se levantaron nuevamente un poco, es decir, debido a la pálida nube de vana gloria y soberbia, el fuego allí apenas se veía, que es la disciplina y la buena costumbre de la regla, por lo cual también se inclinaban tanto hacia los modos espirituales como hacia los modos seculares, y esto casi hasta ahora. Pero ahora están inclinados hasta las rodillas, porque tienen defectos en ambos lados de la ordenación de la sabiduría. Pues el cielo está ordenado correctamente en la alabanza, y la tierra está correctamente establecida en la operación de la justicia. Cielo y tierra son como el alma y el cuerpo, y la tierra desea lo que no alaba. Y entre ambos hay una lucha de esta manera, aunque sean instrumentos de Dios. Pues el cuerpo, por el gusto de la carne, apetece el pecado, pero el alma lo prohíbe por todos lados, y sin embargo, ambos son instrumentos de Dios.

Pero aquellos a quienes este discurso está dirigido, dicen que la pompa del mundo y el punto de su conversión son uno solo, pero esto no es sabiduría. Pues ellos desean que sea así, pero de ninguna manera puede ser así. Por eso están inclinados hasta las rodillas, como los samaritanos se inclinarán que quisieron tener la ley y adoraron a un dios extraño. Por lo cual, ellos están oscurecidos por estas obras como por una pálida nube, de tal manera que el sol ardiente de la buena intención de la regla no aparece en ellos, y por eso grandes tempestades de injurias caen sobre ellos, es decir, que son siervos de aquellos a quienes debieron gobernar en honor por el servicio de Dios, pero les sirven porque aquellos no ven el sol ardiente en ellos. Pues el hombre fue hecho y tiene obras. Las

virtudes son alabanza, y el hombre las opera en el Espíritu Santo a la derecha, pero con la multitud diabólica se dirige al norte a la izquierda.

Por lo tanto, escuchen. La ignominia, que es enemiga de las virtudes, camina entre ustedes con un pie similar al pie de un pato, donde están inclinados hasta las rodillas. Pero observen a un buen soldado e imítenlo, que cuando cae de rodillas ante sus enemigos, aún se defiende con la espada, y así, muchas veces, recobrando fuerzas, se levanta con alabanza. Esfuércense, pues, en matar a sus enemigos con la espada. Porque su espada es la obediencia y los preceptos de la regla, y sus enemigos son la desobediencia, la negligencia de los preceptos de la regla, la soberbia y el olvido de su conversión, por lo cual han sido derrotados de tal manera que apenas pueden mantenerse en pie sobre sus rodillas.

Sin embargo, el tiempo de la presión y la destrucción, es decir, el peso con el que la uva es presionada en el lagar, aún no ha llegado. Pero ahora es un tiempo muy vil, por lo que miren hacia los tiempos anteriores y consideren en qué honor se encontraban, y defiéndanse de sus enemigos, y Dios no se negará a ayudarlos. Pues vendrá un tiempo de buena intención y conversión, y mirará hacia el primer amanecer, y quienes abandonen el mundo por amor a Dios entonces suspirarán hacia Él, y así perseverarán en el bien. Y entonces, sobre ellos, el pueblo en clara voz en el Espíritu Santo dirá: "La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra", que es la voz de los ermitaños y peregrinos de este mundo, quienes miran tan fuertemente al cielo que desean recorrer el camino angosto que lleva al cielo. Y estos examinan todo lo pasado y lo que ha sucedido, ya sea próspero o adverso, para prevenirse de cómo escapar del agudo halcón, de la misma manera en que la paloma huye de él cuando lo ve reflejado en el espejo del agua.

Ahora, escuchen de nuevo. Entre ustedes, sin embargo, todavía hay una luz luminosa y ardiente, aunque con cierta intermitencia. Luminosa, de hecho, en la buena voluntad, ardiente en el temor del Señor, aunque con cierta dispersión necia. Pero guárdense de la negra y fétida corrupción que es contraria a Dios y a los hombres, y que también es el corazón del diablo, porque con aquellos que están en estos pecados, el diablo juega con toda su voluntad. Por lo tanto, yo, miserable y pobre figura, en una visión mística en la que he sido instruida por Dios desde mi infancia, vi y escuché estas palabras en grandes enfermedades, y fui ordenada a pronunciarlas en voz alta en su lugar. Pero no las desprecien ni las rechacen para que no mueran en la tierra, sino que el Espíritu Santo complete su edificación en ustedes y los lleve a un buen fin, porque su lugar está en esa bendición en la que el Señor los congregó del pueblo común para su servicio, como lo hizo desde el principio cuando siempre preservó a algunos pueblos como herencia para Él.

También, guárdense para que la ignominia no camine entre ustedes con ambos pies, porque si esto sucede, Dios los matará con una peligrosa venganza, lo cual aún no les ha sucedido. Y por eso, también, en todos sus peligros han tenido su defensa. Pero cuando cumplan completamente con la propiedad de su voluntad en las obras, como si Dios no fuera digno de ser considerado por ustedes, entonces la pérdida los sobrevendrá y las adversidades que se les han predicho llegarán a ustedes.

La vida de San Disibodo, obispo.

En una visión mística, como quiso Dios, debido a la petición y mandato de mis superiores, a saber, del abad Helengero y de todos los hermanos que sirven a Dios en el mencionado monte del bendito Disibodo, contemplé la vida y los méritos de ese mismo padre. Y después de las visiones proclamadas en el libro de los méritos de la vida, en el año mil ciento setenta de la Encarnación del Señor,

reinando Federico, emperador de los romanos, bajo la opresión de la sede apostólica, casi durante tres años yaciendo en el lecho de la enfermedad, escuché con el cuerpo y el espíritu vigilantes la voz de la sabiduría que con piedad decía desde el cielo:

"El elegido de Dios, Disibodo, desde su infancia fue inspirado por el Espíritu Santo como el bendito Nicolás y el bendito Benito, y sus semejantes, ansiando con corazón sediento todo el bien que vio y oyó. Por eso, de él se puede decir: 'De la boca de los niños y de los que maman, has perfeccionado la alabanza a causa de tus enemigos, para destruir al enemigo y al vengador'. Esto debe entenderse de la siguiente manera: en el buen afecto de los niños que aún no tienen habla, y de aquellos que deberían succionar más leche que hacer milagros, tú, que eres el Señor de todos, has llevado a la perfección la alabanza de tu nombre, ya que a menudo has obrado tus maravillas en ellos, es decir, inspirándolos de tal manera que, aunque aún no tienen la médula completa, profieren mucho en el Espíritu Santo hablando y obrando sin saberlo. Y has fortalecido a otros con tanta fortaleza contra las leyes de la carne que, deseando con todo su ser lo celestial, no ejercen los oficios de la carne pecando.

Sin embargo, que nadie tenga dudas en esto, porque el engaño serpentino en estos santos no podía hacer estas cosas buenas y santas. Pues has hecho esto por causa de tus enemigos, es decir, los ángeles caídos, para que vieran tu poder en la ignorancia infantil para su confusión, y para que destruyeras al enemigo, es decir, aquel que en todas las cosas buenas te niega, y al vengador, es decir, a este que lanza piedras y dardos de su impiedad contra tus palabras y milagros, reprendiéndolos y pervirtiéndolos. Estas maldades no prevalecieron en los santos mencionados, porque hablaban lo que es recto. Pues Dios obró en el bendito Disibodo desde su infancia hasta su ancianidad en sus dones, de tal manera que su niñez no jugaba en la maldad, y su juventud no ardía en la lascivia, y la madurez de su

vejez no miraba hacia la izquierda. Porque dejó toda la pompa de este mundo con corazón y cuerpo, de tal manera que algunos lo llamaban tonto, otros vano, otros errante, y otros lo afirmaban como admirable en sus obras, diciendo: '¿Qué es esto que hace?'.

Los padres del bendito Disibodo, floreciendo en la libertad del mundo, eran de un linaje excelente de los habitantes de Hibernia, pero no poseían tanta pompa y gloria mundana en la superfluidad. Por lo cual, algunos tiranos, hinchados de soberbia, al haber subyugado a muchos en la misma región mediante la tiranía, también intentaban oprimir y subyugar a los padres de este santo hombre, que en ese tiempo era un niño. Pero ellos, no olvidando la libertad de su linaje y rechazando la injusta sujeción, se apartaron de ellos y se trasladaron a lugares más remotos de la misma región, y junto a un río que desemboca en el mar, junto con su hijo, el bendito Disibodo, y todas sus posesiones, tomaron residencia en un pueblo, donde lo encomendaron a hombres religiosos para ser instruido en las letras y en las demás artes liberales.

Pero él, por la gracia del Espíritu Santo, recordaba con buena memoria y capacidad de comprensión todo lo bueno que escuchaba de sus maestros, y con esto traía no poca alegría a sus padres, que sufrían en la aflicción del exilio. Así, este niño, progresando día tras día y creciendo en cuerpo y santidad, ascendía de estudio en estudio de buenas obras, rezando y dando limosnas, de tal manera que se apresuraba con todo su deseo hacia todo lo que podía escuchar o aprender sobre Dios. Y así, a través de los grados de las virtudes y con el crecimiento de su edad, habiendo recibido cada una de las sagradas órdenes, alcanzó el grado de presbítero a la edad de treinta años. Habiendo aceptado este con el temor del Señor, actuó como un buen perfumista que planta en su jardín todos los pigmentos y aromas, siempre procurando que su jardín esté verde y no árido.

En estos estudios, el santo fue recordado de las palabras de la sabiduría donde se dice: "Coseché mi mirra con mis aromas". Lo que debe entenderse así: Yo, que debo esforzarme en las obras justas, ofrezco a Dios la mortificación de mi carne con buena intención, porque, por amor a Él, me hago peregrino a los vicios y huyo de la inmundicia común de ellos, sin desear tener ninguna sociedad con ellos, porque en los aromas de las virtudes me apresuro a amar y venerar al verdadero Dios, ya que el amor del deseo celestial no fallará en mi corazón con la ayuda de Él. En esta recta y santa voluntad, este bendito fue como muerto para el mundo, de tal manera que muchos, al ver esto, actuaban como si no lo conocieran y evitaban permanecer con él, porque se obligaba a servir enteramente al espíritu y no a la carne.

Y mientras servía a Dios en estas virtudes de manera laudable y por esto agradaba irreprensiblemente a aquellos que amaban a Dios, sucedió que un obispo en las partes de esa región pasó de esta vida a la vida de la futura esperanza. Y cuando el pueblo, tanto los menores como los mayores, se reunió según la costumbre para elegir a otro como obispo, algunos de ellos, que conocían las costumbres de honestidad y la vida de santidad del bendito Disibodo, lo eligieron unánimemente como su obispo. Sin embargo, algunos, cuya vida y comportamiento eran reprochables, prohibieron que esto se hiciera, diciendo: "¿De qué sirve hacer maestro a un hombre silencioso y que no habla, y que no conoce al pueblo?" Pero Dios miró sobre este bendito, como está escrito: "Justificad al humilde y al pobre". Lo que debe entenderse así: A aquel que se humilla en la tierra por causa de Dios, y que con todo su corazón se confiesa pobre y necesitado en obras santas, justificadlo, porque la justicia lo mira con el ojo abierto de la piedad.

Este, en verdad, deseaba siempre la pobreza con humildad y con la simpleza del ojo de la paloma miraba siempre a Dios, para así obtener las riquezas eternas para sí mismo, por lo cual también Dios

lo amó. También tenía la muerte por muerte, y consideraba todas las cosas que perecen como nada, y todo lo suyo lo ponía en Dios, y por eso Dios lo eligió. El supremo juez había ocultado a este hombre del pueblo común, pero lo había revelado a quienes lo amaban, por lo cual, aunque algunos se asombraran, quiso que él fuera maestro y obispo. Y cuando este bendito fue forzado por los más prudentes a aceptar la carga mencionada, proclamando su indignidad para tal dignidad, se retiraba lo mejor que podía, resistiendo con manos y pies, pero siendo empujado y superado por aquellos que temían a Dios, finalmente, aunque de mala gana, fue colocado en la sede episcopal por orden divina. En este episcopado, él comenzó a proclamar y enseñar la justicia de Dios, y exhortó a todos los que pudo a estar sometidos a Dios, y lo que había sido instruido en él por el Espíritu Santo desde su infancia, ahora lo manifestaba profusamente, y les ofrecía a ellos en sí mismo buenos ejemplos de santas virtudes con afecto paternal.

Algunos, debido a los méritos de las virtudes que veían en él, lo amaban, y con la atención de su corazón captaban su doctrina. Sin embargo, otros, que habían arrojado a Dios detrás de sus espaldas, clamaban furiosos contra él: "Este vive como si no fuera hombre, por lo cual también nos obliga a vivir inhumanamente. ¿Y quién podrá escucharlo?" Y lo afligían con muchas injurias. Él, sin embargo, reunía a su alrededor a pocos hombres fieles que le brindaban consuelo y ayuda en todo, y cada día afligía su corazón por Dios, diciendo: "Oh Señor Dios, yo, tu siervo, me postro ante tu piedad, haciendo lo que me has mandado. Pues tú sabes que solo a ti te deseo, por lo cual confío en que algún día cumplirás mi deseo, tal como está escrito: 'Deléitate en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón'. Lo cual debe entenderse así: Oh hombre, que en los pecados has sido concebido y nacido, deléitate en los mandamientos de aquel que te creó, contra los deseos de la carne, trayendo a la memoria quién fue aquel que te liberó. Cuando hagas

esto, él te dará lo que pides, porque no pides lo que no debe pedirse, sino que, mostrando la aflicción de tu corazón con espíritu humillado, clamando y lamentándote, te obligarás a trabajar en lo que es recto, como una bestia.

Por lo tanto, aquellos que se esfuerzan por arrepentirse y corregir sus males de esta manera, son más prudentes que los hijos de la luz, porque estos no quisieron ni hicieron esto. Pues a Dios le agrada que el hombre tenga una dura batalla contra sí mismo y contra el dragón, y quien haga esto, Dios cumplirá rápidamente sus oraciones y deseos, tal como lo hizo en el bendito Disibodo, quien tuvo duras batallas mientras vivió en el cuerpo, pero, sin embargo, las concluyó felizmente con un buen fin.

Mientras tanto, cuando este santo presidía sobre su pueblo con palabras y ejemplos desde la sede de la mencionada dignidad, una gran burla y un gran cisma estalló en toda esa región. Algunos resistían tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento y negaban a Cristo, otros buscaban las herejías de los herejes, otros abrazaban la secta de los judíos, otros amaban la secta de los paganos, otros ardían en el deseo de vivir no humanamente, sino en la confusión de las bestias con un estudio torpe, y otros, aunque tenían la disciplina por humanidad, no se esforzaban en hacer el bien. A estas grandes confusiones y errores, el bendito Disibodo se opuso valiente e intrépidamente, soportando muchos reproches e injurias con paciencia, prefiriendo perder la vida presente antes que consentir en tales y tan incongruentes males.

Y después de haber soportado estas cosas durante algunos años sin poder erradicar dichos males, incluso con peligro para su cuerpo, finalmente, lleno de cansancio, se dirigió a Dios en sus oraciones con gran lamento, diciendo: "Oh Dios y oh juez de todas las obras de los hombres, ¿de qué me sirve trabajar con este pueblo, que atraviesa tu justicia con rabiosos mordiscos?" Finalmente, los

autores de los mencionados errores, junto con el pueblo implicado en los mismos errores, al ver que este bendito no consentía en sus errores y maldades, sino que los reprendía constantemente sin temor a la muerte, le tendieron muchas trampas, y finalmente, reuniendo una turba de incrédulos, lo expulsaron de su sede con muchas injurias. Él, prefiriendo servir a Dios en tranquilidad antes que prolongar su vida sin fruto, reuniendo a su alrededor a unos pocos hombres religiosos, abandonó la sede de su dignidad que había gobernado con esmero y religiosidad durante diez años, y dejó su patria y todo lo que tenía por el nombre de Cristo, diciendo que no tenía sentido quedarse allí, donde una incredulidad tan grande había crecido con la dureza de la iniquidad, y emprendió la peregrinación que por mucho tiempo había deseado para la vida eterna con un ánimo alegre.

Cuando dejó Hibernia, habiendo recorrido muchas regiones y observado cuidadosamente muchos otros lugares en busca de descanso para su alma, finalmente llegó a Alemania, donde encontró un pueblo duro e implacable, y allí, cansado, fijó su residencia por algún tiempo. Mientras les daba palabras de salvación y ejemplos de santidad, muchos lo escuchaban y lo amaban, pero muchos otros no se preocupaban por escucharlo ni amarlo. Pero mientras permanecía en esa provincia, deliberando consigo mismo a dónde podría dirigirse, escuchó una buena y dulce fama sobre la religión del bendito Benito, quien recientemente había partido hacia el Señor, y había dejado a muchos amantes de su religión, y así, por la amonestación del Espíritu Santo, comprendió que su deseo aún no se había cumplido, porque durante mucho tiempo había deseado reunir para sí a algunos hombres verdaderos y de perfecta religión por el bien del pueblo que una vez le fue confiado. Por esta razón, nuevamente se trasladó de lugar en lugar, pero ni en los lugares ni en las costumbres de esos pueblos encontraba lo que agradara a su alma.

Entonces comenzó a llorar y a orar diciendo: "Inclina, Señor, tu oído y escúchame, porque estoy desamparado y pobre". Lo cual debe entenderse así: Descendiendo a mis tribulaciones, inclina, Señor, tú que eres el gobernador de todos, el oído de tu misericordia y escucha las palabras de mi oración, porque estoy desamparado en mi alma por la pusilanimidad de mi mente y pobre en mi cuerpo por la contrición de las aflicciones. Yo, que debía seguirte y amarte sobre todas las cosas. Recuerda que desde mi infancia he procurado servirte y que, por amor a ti, siempre he amado la pobreza y el desprecio del mundo.

Entonces Dios, por la frescura de su buen deseo, aceptó estas oraciones e infundió en su mente un dulce consuelo de tranquilidad, como el rocío cae sobre la hierba. También, en una visión nocturna, le manifestó por una revelación que en algún momento encontraría un lugar adecuado a su deseo. Pues Dios hizo con este hombre bendito lo que ha hecho con otros de sus amados, quienes lo deseaban con todo su afecto, porque en su gran y buena intención, en la que confiaban plenamente en Él con todo su corazón, parecía estar presente con ellos, viéndolos, hablándoles y escuchándolos.

El Espíritu Santo también le apartó toda fama vana de gloria, que está en muchas personas que oran y ayunan según su voluntad de manera hipócrita, buscando algo injusto de Dios. Si algo les sucede como desean, lo consideran como una señal de Dios. Pero aquellos que son así serán dispersados como paja por el viento. Pero cuando el hombre se mortifica de las vanidades, es como si entrara en un sueño, y entonces el orgullo, la vana gloria y la búsqueda de honor entre los pueblos, y otros vicios, son restringidos por la virtud de Dios, para que este hombre no se desvíe del amor del abrazo de su Creador por ninguna sugerencia de ellos.

El bendito Disibodo, alegrándose por la buena esperanza de su deseo, porque sabía que se cumpliría con la ayuda de Dios, al

escuchar de una buena fama sobre un pueblo en las partes de Galia cerca del Rin, supo que ese pueblo era duro, pero que, sin embargo, mantenía la religión eclesiástica con mayor devoción al vivirla. Entonces, cansado de las burlas de un pueblo que lo ridiculizaba, y apenas esperando, rápidamente dirigió su camino hacia el río Rin, y desviándose de allí, y avanzando por los caminos más apartados, llegó al pequeño río Glan. Después de cruzarlo, vio un monte alto y boscoso, al que ascendió después de diez años de peregrinación. Y allí, sentado y descansando, dijo a sus compañeros, que eran tres: el primero, llamado Gislialdo, el segundo, Clemente, y el tercero, Salusto, quienes habían venido con él desde Hibernia, tocado por el Espíritu Santo, dijo: "Aquí estará mi descanso". Pues cuando recorrió y examinó cuidadosamente todos los lados de ese monte, la belleza del lugar le complació más y más para habitar en él, porque la altura del lugar ofrecía un acceso difícil a los que llegaran, y los arroyos que fluían por ambos lados proporcionarían alivio al cuerpo de los que vivieran allí. Y oró diciendo: "Dios, que resides sobre los cielos y gobiernas el abismo, te ruego que la belleza de este lugar se convierta en la belleza de las almas, porque es apropiado que en este lugar el pueblo fiel te sirva fielmente". Y diciendo esto, designó para sí una morada en la ladera oriental del mismo monte, por la proximidad del agua, y comenzó con esfuerzo la vida de la que tanto había deseado, orando, vigilando y ayunando, llevando allí una vida solitaria dura y austera. Sus compañeros, que estaban con él, para no tener ninguna alegría entre sí, construyeron sus habitáculos separados de él.

Y debe saberse que durante algún tiempo se sustentaron allí con las raíces de las hierbas, ya que no tenían otros alimentos. Ese monte, con los bosques adyacentes y los lugares inaccesibles y desiertos, en ese tiempo no estaba habitado por una sola persona, sino por los habitantes de toda la provincia, tanto menores como mayores, hasta más de una milla. Por lo cual sucedió que, cuando las personas

entraban en ese bosque, ya fuera para cazar animales, pescar en los ríos cercanos, cortar leña u otras necesidades, vieron a este hombre bendito ya sea excavando raíces o recolectando otras cosas necesarias alrededor de él, y así fue revelado al pueblo después de algún tiempo. El rumor se esparció entre la gente de que un santo hombre con algunos otros había venido a ese lugar enviado por Dios. Lo cual muchos, admirados, se acercaron a él con buen deseo, y le ofrecieron cosas útiles, y él les devolvía palabras de salvación y vida, porque desde el tiempo de su exilio hasta ese momento había trabajado principalmente en la lengua de esos hombres, por lo cual, en la medida de lo posible, la entendía y la hablaba.

Como resultado, aquellos a quienes él les daba palabras y consejos de vida eterna, traían con frecuencia a él y a los que permanecían con él cosas necesarias para el cuerpo. Pero el siervo de Dios, junto con los hombres que lo acompañaban, reunía a los pobres y necesitados a su alrededor, y lo que le sobraba del sustento diario lo usaba para alimentarlos. Pues siempre recordaba que Adán pereció por la comida, por lo que frecuentemente tenía en su corazón a Antonio, Macario y otros similares que vivían de hierbas y alimentos duros, para así, siguiendo su ejemplo, restringir su cuerpo de alimentos suaves y delicados, para no ser engañado por la antigua serpiente. Y cuanto más afligía este bendito a su carne, tanto más Dios multiplicaba su gracia en él y lo manifestaba a través de signos y milagros. Por lo cual, muchos enfermos y débiles fueron llevados a él, a quienes el Espíritu Santo sanó repentinamente por sus méritos, aunque él, con humildad y temor, evitaba la alabanza de los hombres tanto como podía.

Y mientras la fama de su santidad volaba por toda la provincia, divulgada por el pueblo, algunos temerosos de Dios vinieron a él y le construyeron una pequeña capilla en la ladera oriental del mencionado monte, para que allí celebrara los oficios divinos con sus compañeros, de modo que ellos y otros que llegaran en nombre

de Dios pudieran recibir de él palabras y pastos de vida. Otros, hacia el oeste, en la planicie al pie del mismo monte, cortaron zarzas y arbustos, y prepararon huertos, pastos para el ganado y pequeñas cabañas para el hombre bendito. Y así, por las zarzas que allí se cortaron, que en el lenguaje común se llaman "stuodun", ese lugar fue llamado inicialmente Studernheim.

Muchos también de regiones lejanas venían a este hombre bendito, y le encomendaban sus almas con buena fe y esperanza, lo cual los pueblos que habitaban en esa provincia, movidos por instinto divino, temieron, y se consideraron negligentes en este hecho, porque Dios había visitado ese lugar para la gloria y honor de su nombre a través de su santo, y ellos, teniendo ese lugar cerca, descuidaron visitarlo y honrarlo con sus recursos con mayor frecuencia. Por lo cual, príncipes, nobles y ricos, junto con el resto del pueblo que habitaba esas tierras, extendieron más allá del monte mismo con todos sus límites, incluyendo los ríos Nan y Glan, y como se ha dicho, en extensión de longitud y anchura, y ofrecieron esos territorios al hombre bendito y a sus sucesores en la consagración de ofrendas, porque vieron las maravillas de Dios en él, para que también, con la buena convivencia de hombres santos reunidos allí, no les faltara lo necesario para la vida presente.

Y con voz y clamor común decían: "¡Alabado seas, Señor Dios, porque te has dignado enviarnos a este santo tuyo!". Al recibir esta ofrenda, el bendito hombre temió mucho, recordando las muchas adversidades que había soportado antes en la carga episcopal, y con las rodillas dobladas, oraba a Dios para que esa ofrenda, con la gracia del Espíritu Santo, se convirtiera en fruto y en el crecimiento de las almas. Luego, día y noche, en su corazón, ardía pensando en cómo había tenido en su mente durante muchos años pasados el deseo de reunir hombres religiosos y de vida austera, porque comprendió en su espíritu que era apropiado para Dios que una congregación espiritual sirviera a su Creador en ese lugar.

Inspirado por el Espíritu Santo, depositó toda la devoción de su corazón en la vida y la doctrina de San Benito, que ya había pasado a Dios, y envió con humilde súplica mensajeros a regiones lejanas, donde esa vida florecía religiosamente y santamente, para que algunos hombres vinieran a plantar la viña del Señor de los Ejércitos según la doctrina de ese padre, quien había establecido una regla adecuada para el pueblo espiritual, inspirada y mostrada por el Espíritu Santo a través de la vida de los santos. Así, atrajo a muchos hombres religiosos de esa vida a sí mismo, para quienes mandó construir un oratorio y habitáculos adecuados en la cima del monte, hacia el oeste, debido a la dificultad de acceso, para que no fueran molestados por el pueblo y para que la severidad y la religión de su vida diaria no se vieran suavizadas o debilitadas por la frecuente afluencia de visitantes.

Él mismo, para estar preparado para todas las eventualidades y para satisfacer a todos los que llegaran con respuestas apropiadas según su calidad, permaneció en soledad en la ladera oriental del monte, en el habitáculo y oratorio que había preparado, como se mencionó anteriormente. La congregación de estos hermanos creció tanto en número como en espiritualidad, y todo lo que debían hacer o tener se hacía por orden o permiso de este santo hombre, y vivían una vida común según la institución de San Benito. El piadoso padre Disibodo se esforzaba para que su congregación estuviera tan firmemente establecida por la costumbre de la ley que les había sido dada, que el diablo no pudiera preparar un pozo de vicios en ella, ni atravesarla con sus dardos ni separarla. Y que se presentara terrible por la contención de los vicios y como un ejército ordenado en la concordia de las virtudes ante el diablo y los hombres.

Él les enseñaba sabiamente a luchar en humildad contra las hordas enemigas de los espíritus aéreos, y a evitar la vanidad del orgullo y la arrogancia de la mente en la deleitación de este mundo. Les proponía diligentemente la alabanza y la gloria del vencedor que

lucha legítimamente y luego se conserva bien en la cautela de una recta vigilancia. También rodeó y protegió la congregación con un muro de rigor y disciplina espiritual, para que el diablo no irrumpiera sobre ellos de repente y sin aviso, sabiendo que él tiene un gran empeño en asaltar al pueblo espiritual y que se regocija mucho más si puede superar a un hombre espiritual según la voluntad de su perversidad que si venciera a muchos seculares, porque ve que lo ha hecho similar a él cuando cae del deseo celestial, así como él mismo cayó del cielo por su orgullo.

De esta manera, el santo hombre comenzó a reunir y fortalecer a sus hijos. Cuando los hombres seculares vieron esto, acudieron de toda la provincia, y todo lo que él comenzaba a trabajar y hacer en sus necesidades, ellos lo completaban con buena disposición y diligencia. Así, esa bendita congregación se multiplicó hasta alcanzar el número de cincuenta hermanos perfectos en doce años. En esos tiempos, se encontraban pocos hombres de esta vida, y ninguno emprendía este camino sin ser probado. Pero el Espíritu Santo, que había plantado esta congregación, también la regaba, como el rocío cae sobre un campo fértil, de manera que los que vivían en ella bajo la disciplina ascendían de virtud en virtud, y no sufrían impedimento del antiguo tentador, porque donde está el Espíritu Santo en sus milagros, allí el antiguo enemigo temeroso no se atreve a entrar. Pero si siembra algo en secreto, el Espíritu Santo lo pisotea de nuevo para su confusión.

Los méritos y la santidad del bendito Disibodo eran seguidos por señales y milagros de Dios, que se renovaban con frecuencia sin cesar, porque Dios siempre hace cosas nuevas. Un hombre cuya lengua estaba tan debilitada por la excesiva enfermedad de su cuerpo que no podía pronunciar palabras humanas, vino a él desde tierras lejanas, y con gestos y señales de las manos, como podía, le rogaba lastimosamente que lo ayudara en su aflicción ante Dios. Entonces, el piadoso padre, después de hacer oración, sintiendo que la gracia

de Dios estaba con él, recordó el ejemplo del Señor cuando hizo hablar al mudo, y sopló en la boca de aquel hombre, diciendo: "En el nombre de aquel que dijo al mudo 'Effetá' y este comenzó a hablar, te ordeno, vínculo de la enfermedad que has debilitado la lengua de este hombre, que te sueltes y te apartes de aquí, y que no impidas más su habla". Y al instante, el vínculo de su lengua fue desatado, y pronunció correctamente palabras humanas, dando gracias a Dios y a este bendito.

Después de esto, otro hombre, hidrópico e hinchado por un asombroso tumor, fue llevado en manos de sus amigos al mismo santo, quien, derramando muchas lágrimas, le pidió la sanidad de su cuerpo. Aunque al principio dudó y se consideró indigno de tal hecho, finalmente, vencido por la súplica de los que rogaban, oró al Dios omnipotente por él, y tocándolo con sus manos, lo bendijo, y así, esa enfermedad, por la gracia de Dios, desapareció gradualmente de él. También, un leproso con una piel horriblemente deformada vino a este bendito, y después de haber derramado oraciones por su enfermedad, también le advirtió que no se apartaría de él hasta que fuera restaurado a la salud. Conmovido por su insistencia, el bendito lo llevó a su morada, lo retuvo con él por algún tiempo, y orando repetidamente al Señor por él, hizo que regresara a su casa con la carne de su cuerpo sana y hermosa.

La misma Verdad, que vio y realizó estas cosas entonces, las produjo ahora y aquí para los que no sabían. Muchos otros signos y milagros fueron hechos por él en ciegos, cojos, débiles y en aquellos poseídos por el aliento diabólico, e incluso en aquellos que, debido a la tempestad de humores malignos, habían perdido sus sentidos, que fueron llevados a él desde partes lejanas y cercanas, y todos fueron sanados por él, porque el poder de Dios estaba en él.

Este siervo de Dios vivió como ermitaño entre los suyos, una vida que es la raíz de la vida monástica, ya que los hombres de esa vida

se apartan del mundo en todo y viven en soledad con la alabanza de los ángeles. Su vida es tan laboriosa que muchos, debido a la fragilidad tanto del cuerpo como del alma, no podrían soportarla si la emprendieran imprudentemente y de repente. Sin embargo, viviendo en esta austeridad, este bendito padre fortaleció a sus súbditos en toda obra buena con su doctrina y ejemplo, como un hombre que hace que un fuego arda con gran intensidad. Por ello, mientras él vivía, no buscaban ni deseaban otro maestro, especialmente porque, por su mandato, tenían entre ellos a quienes los dirigían en la rectitud de su vida sin ofensa ni murmuración. No había adoptado el hábito de la vida monástica que su congregación usaba, porque había concedido a sus súbditos una vida más suave según la regla de San Benito que la que él mismo seguía. Hizo esto para que, si se asemejara a ellos en el hábito, pero no quisiera abandonar la dureza de su rigor en vigilias, ayunos y otras contrariedades de la carne, no pareciera desmerecer su religión ni destruir su vida común.

Continuó utilizando el miserable sustento con el que apenas mantenía su cuerpo y el vestuario áspero y duro que había llevado desde que salió peregrinando de su tierra, y que usó hasta el final de su vida, imitando al bendito Pablo, el primer ermitaño, y a otros semejantes, que preferían estar en los bosques más que en las aldeas. Desde el tiempo en que fue expulsado de su sede, hasta el final de su vida, celebraba el oficio divino en el altar no según el orden de los obispos, sino según la costumbre de los presbíteros pobres, y en esto no encontraba ninguna opresión de su mente, sino la alegría de su corazón, imitando la pasión de Cristo.

También se esforzaba muchas veces por nombrar un padre espiritual y defensor para su congregación, como es justo, pero todos los que estaban bajo su mando se negaban a que esto se hiciera, porque no querían tener otro padre y maestro que él mismo. Decían que tenían supervisores para su vida, pero que él debía brillar más alto ante

ellos en el Señor mientras viviera, y que nunca lo cambiarían. Por ello, su buen deseo fue difundido por muchas provincias, y muchos acudían a ellos en busca de consejos y ayuda para sus almas. También, muchos de los que vivían en esa provincia y cerca del mencionado monte, cuya extensión es grande y ancha, atraídos por la dulce fragancia y la fama de su vida, ofrecían a Dios y al bendito Disibodo, sin ninguna reserva, lo que podían tener o lo que les sobraba de sus posesiones y bienes. Incluso construían pequeñas aldeas en el bosque, aquí y allá, para su utilidad.

El santo de Dios, después de haber trabajado allí durante mucho tiempo, y casi exhausto debido a los excesivos trabajos que habían debilitado sus fuerzas corporales, profetizó a sus hijos, con temor en el Espíritu Santo, que no podrían siempre perdurar en la prosperidad y seguridad en la que hasta ese momento habían llegado sin ofensas, sino que sufrirían grandes y numerosas tribulaciones y presiones, porque el diablo, a quien habían llevado muchas veces a una gran confusión por su vida, trabajaría con gran empeño en perturbarlos a ellos y a sus sucesores, en la gran burla que intentaba hacer entre el pueblo. Sin embargo, los consolaba abundantemente, diciendo: "He trabajado hasta ahora con suspiros y dolor en mi corazón con gran deseo para que no vea vuestra tribulación mientras viva en este mundo, lo cual confío que así será en el Señor. Pero sepan que después de mi muerte, que está cerca, pues las fuerzas de mi cuerpo ya están fallando, y después de las tribulaciones que sufrirán, los últimos tiempos serán mejores y más prósperos que los anteriores. Así que en todas las necesidades del alma y del cuerpo, ustedes y sus sucesores abundarán más que durante mi vida".

Cuando escucharon estas palabras, lloraron amargamente con gran dolor, pues comprendieron que su final estaba cerca. Este rumor se extendió entre el pueblo y muchos fueron movidos a ir a verlo, por lo que acudieron a él, y se encomendaron a sus oraciones y santidad. Él les daba consejos de salvación y palabras de bendición, y les

encomendaba a sus hijos y al lugar que le había sido dado, pidiendo que grabaran estas palabras más profundamente en sus corazones, y no les ocultaba que su fin estaba cerca. Entonces, al escuchar que su vida estaba llegando a su fin, expresaron muchos lamentos con voces de tristeza y lo visitaron con mayor frecuencia mientras vivió.

Sin embargo, no reveló a nadie, excepto a unos pocos hombres religiosos que conocían casi todos sus secretos, cómo sabía de su fin, y les dijo que le había sido manifestado por una revelación angelical, pero ocultó esto a los demás, porque siempre trató de esconder sus obras para que no se perdieran por la alabanza. Habiendo servido fielmente a Dios durante treinta años en el monte mencionado, y habiendo provisto plenamente a sus hermanos de lo necesario para la vida presente, finalmente, más cansado por el trabajo que por la vejez, comenzó a enfermar, porque sus fuerzas corporales habían fallado por completo. Pronto convocó a todos los hermanos y les nombró a su padre, a quien, aunque todavía vivía, entonces por primera vez, a petición de ellos, puso a cargo y le confió todo lo que pertenecía a ese lugar, porque en tiempos anteriores se habían negado a nombrar un padre para sí mismos, pues siempre habían seguido a este santo en todo como a un padre.

También les mostró el lugar de su sepultura, pidiéndoles con gemidos y lágrimas que no lo sepultaran en un lugar prominente, sino en un humilde rincón del oratorio donde había servido a Dios en soledad. Ellos, llorando en gran dolor, le prometieron cumplir su deseo. Lamentando, enumeraban uno por uno todas sus buenas obras y enseñanzas, y lloraban amargamente, clamando: "¡Ay de nosotros! ¿Qué será de nosotros cuando perdamos a nuestro defensor y consolador de nuestros cuerpos y almas?" Y así como un ciervo sediento anhela las fuentes de agua, ellos también deseaban tenerlo por más tiempo, lo que antes, por la alegría que frecuentemente experimentaban con él, no podían grabar en sus corazones.

Finalmente, al agravarse su dolor, convocó nuevamente a sus hermanos y les informó, en la medida en que pudo, que su fin estaba cerca. Después de muchos trabajos y tribulaciones, en el año ochenta y uno de su vida, el 6 de junio, llegó al final de su vida presente, y entregó su espíritu al Señor, a quien había servido fielmente, mientras los que estaban presentes lo rodeaban. Al partir, un suavísimo olor, como el de bálsamo, mirra, incienso y todas las esencias, lo siguió de inmediato, y muchos signos se manifestaron allí. La noticia de que el bendito Disibodo había dejado esta vida se esparció rápidamente por toda la provincia, y una gran multitud de personas se apresuró a sus exequias, deseando estar presentes en su sepultura y ver los signos que Dios realizaba allí.

Fue sepultado en el pequeño refugio del oratorio que él mismo había preparado, y donde había pedido ser encomendado a la tierra. El suavísimo olor que había aparecido al momento de su partida persistió alrededor de su sepulcro hasta el trigésimo día después de su muerte. En esos días, siete personas poseídas por espíritus malignos, treinta cojos, muchos ciegos, sordos y otros que sufrían diversas enfermedades, tocando su sepulcro, fueron verdaderamente curados por la gracia de Dios. Y como estos signos eran muchos, y porque las personas de ese tiempo estaban acostumbradas a los signos, los grababan en sus corazones con más insolencia de la que debían. Pero al ver el pueblo esos signos, decía: "Dios nos mostrará mayores signos y más milagros después de la muerte de este bendito padre que durante su vida, por lo que confiamos en que, por sus méritos, seremos liberados de todos nuestros peligros".

Sin embargo, porque muchos se regocijaban más de lo debido y con negligencia en estos signos que se hacían allí y que continuaron ocurriendo por la gracia de Dios, Él, como castigo, los retiró. Pues el Espíritu Santo no quiere que el hombre se gloríe en los milagros que provienen de Él, sino que toda la gloria se atribuya con tremenda alabanza únicamente a Aquel que tiene el poder de realizarlos. Dios,

en efecto, distingue las obras de sus santos así como creó las criaturas, otorgando a algunos buenas obras y santidad sin signos, y a otros, buenas obras y grandes milagros. Y también, a algunos les da la gracia de que, por sus buenos ejemplos, muchos se conviertan a Dios, tal como Él separó el sol para el día, la luna para la noche, y las estrellas para los tiempos. Llenó todo el círculo del mundo con aves, reptiles y otros animales, de modo que en ninguna necesidad quede vacío, por lo cual mueve a cada criatura a su oficio en ese ministerio que pertenece al hombre. Pues cada criatura se multiplica en su género tal como Dios lo ordenó en la primera creación, y las criaturas irracionales sirven al hombre, porque el hombre, siendo el jefe de familia, no puede gobernar su casa sin ayuda y servicio.

Dios creó al hombre para que viva solo con un alma racional y viviente, por lo que su espíritu no falla, así como las ramas de un árbol no se marchitan, porque Dios le infundió conocimiento, de modo que lo que piensa, lo dicta, y lo que tiene en mente, lo multiplica con voz y palabra racional, así como las hojas se multiplican en un árbol. Las criaturas irracionales, sin embargo, no tienen conocimiento de la racionalidad, por lo que son efímeras y pasan. Pero el hombre, siendo racional, conoce y ama la utilidad a través del conocimiento, la atrae hacia sí y, en ese conocimiento, ve lo que es malo y nocivo, lo teme y huye de ello, y se protege de ello. En estos dos, el temor y el amor, que tiene en el conocimiento del bien y del mal, se gobierna a sí mismo en todas partes, así como un ave vuela con dos alas. Pues solo él fue formado a la imagen y semejanza de Dios, porque Dios lo creó para que actuara según Él. Por lo tanto, cuando se eleva con su conocimiento hacia el bien, el auxilio de la gracia del Espíritu Santo acude en su ayuda.

Así, como se ha dicho, Dios ha puesto a todas las criaturas en esta distinción, y porque creó al hombre a su imagen y semejanza, le dio pleno conocimiento por encima de toda criatura mortal. Y porque su carne tiene un fin que lleva a la decadencia, su alma no puede

alcanzar el bien sino de Aquel que es sin fin. Aquellos que perseveran en el bien hasta el final, subirán al cielo hacia Dios, y allí el querubín enumera todas sus buenas obras ante el trono de Dios, y entonces también contemplan el rostro de Dios, que es como el oro purísimo y como las piedras preciosas más valiosas, por lo que toda la armonía celestial canta un nuevo cántico sobre ellos. Así, el Espíritu Santo siempre realiza cosas nuevas en las obras de los santos.

Pero aquellos que perseveran en el mal, imitan a los ángeles caídos, que por su maldad cayeron de la gloria del cielo, y así, por vanidades sórdidas, pierden la recompensa de la vida eterna. Dios, en efecto, otorgó al hombre el pleno conocimiento de la racionalidad, como se ha dicho, porque previó que, a través de él, el hombre podría vencer al diablo, porque por el buen conocimiento se conoce el mal, y por el mal se conoce el bien. Y así, lucha en la más victoriosa batalla contra ese antiguo enemigo, para que lo venza y posea el lugar que él perdió, lo cual no podría hacer sin pleno conocimiento, porque lo que el hombre sabe conociendo, difícilmente puede evitarlo sin, a veces, volverse hacia ello por exaltación. Pero si las oscuras tinieblas suben al corazón del hombre, de modo que este se deleita en su carne, sabiendo que puede pecar, y si entonces elige el pecado y persevera en él sin arrepentirse, se asemejará a aquel que se apartó del brillo de la luz para cumplir los deseos de su tenebrosa propiedad, y por eso surgieron los tormentos del infierno.

El bendito, sin embargo, desea hacer lo que no se deleita en la carne y pide ayuda al Espíritu Santo para contemplar el espejo de la santidad. Y así como un hombre considera su rostro en un espejo, en el cual, sin embargo, no está, y corrige todo lo que ve allí que es indigno en la medida de lo posible, así el bendito, por la fe, desea realizar buenas obras de esta manera, para confusión del diablo, contra su carne, y realiza lo que la carne no le aporta. Y así,

superándose a sí mismo con sus voluntades a través de las más duras y fuertes batallas, poseerá la claridad que los ángeles caídos habían tenido. Pero aquellos que, por la negligencia de sus pecados, se apartan de los buenos hombres, son semejantes a esos ángeles caídos, que se alejaron de los ángeles perfectos y buenos que siempre contemplan el rostro del Padre.

Y así como los buenos ángeles siempre contemplan y alaban el rostro del Padre, de igual manera los hombres benditos, realizando buenas obras en el espejo de la fe, contemplan el rostro de Dios de esta manera y perseveran en las más duras batallas con Él. Dios creó las criaturas de tal manera que el hombre pudiera completar sus obras con ellas. De ahí que también infundió en algunos hombres la capacidad de construir edificios sagrados y de reunir a otros para servir a Dios, aunque muchas veces Dios permite que estos hombres, según sus voluntades, experimenten diversas vicisitudes, las cuales tolera sin enviarles de inmediato su retribución.

Donde el Espíritu Santo construye en los edificios y en los hombres, aunque estos vivan negligentemente en el pecado, si alguien destruye esos lugares por su obstinada perversidad, el fuego del Espíritu Santo rápidamente lo consume en su celo y juicio. Así fue como el Espíritu Santo obró también en el lugar donde el bendito Disibodo sirvió a Dios con buenas obras y donde, al dejar esta vida, entregó su espíritu a Dios con felicidad.

Pasados algunos años después de su muerte, una gran presión de guerras ocupó toda la provincia mencionada, de tal modo que algunos, irrumpiendo con furia tiránica, devastaron las regiones y tierras contiguas al Rin junto con la provincia. Por el terror y el miedo que esto causó, la gente huyó a donde pudo. Los príncipes de la provincia, conscientes de que el mencionado monte alto e inexpugnable estaba allí, huyeron rápidamente a él antes de que los enemigos lo ocuparan, aunque los hermanos que allí servían a Dios

no lo deseaban. Fortificaron el monte con fuertes muros y construyeron habitáculos en él, confiando en que, por los méritos del santo Disibodo y por las fortificaciones del monte, serían librados de la crueldad tiránica.

Sin embargo, debido a la multitud e inquietud de las personas que habían ocupado el monte, la congregación de los hermanos no pudo permanecer en paz ni servir a Dios rectamente, por lo que, por consejo y súplica de los príncipes y del pueblo, se dispersaron a regiones lejanas, prometiéndoles que después de las tribulaciones y trabajos los traerían de vuelta con honor. Excepto algunos pocos hombres perfectos que se quedaron para custodiar la tumba de su santo patrón, y que eran de tal perfección que no les importaba ni el mundo ni su propia vida.

No obstante, esta aflicción no duró muchos años, sino que la provincia fue liberada de la tiranía de los enemigos por la ayuda de Dios. Después de esto, aquellos que habían ocupado el monte, recordando su promesa y temiendo a Dios, buscaron a los hermanos de la congregación donde pudieron encontrarlos y los trajeron de regreso con gran honor, restituyéndoles todo lo que habían reunido y construido allí, junto con mayores recursos y más amplios territorios de los que antes habían poseído. Así se cumplió lo que el bendito Disibodo había predicho en vida: que los últimos tiempos serían mejores y más prósperos que los anteriores, tanto para ellos como para sus sucesores, después de su muerte y tras las tribulaciones.

Muchos vinieron de regiones lejanas, tanto espirituales como seculares, buscando y recibiendo consejos y auxilios tanto para el alma como para el cuerpo. Sin embargo, Dios purgó a estos hombres benditos por sus negligencias cada vez que pecaban, tal como lo hizo cuando se regocijaron más de lo debido y con negligencia por los signos y milagros que se habían realizado por los méritos de ese santo padre. Por lo tanto, esos signos no aparecieron con tanta

frecuencia como solían hacerlo antes. Donde las obras del Espíritu Santo son vistas y reconocidas, pero se toman para ofender, el mismo Espíritu Santo examina esa ofensa con pena judicial hasta el último centavo.

Cuando cesaron los signos y milagros en la tumba de este santo padre, aunque sus sucesores conservaron su tránsito a Dios con devoción durante muchos años, finalmente, suspirando y lamentándose interiormente por inspiración divina, recordaron que Dios, debido a sus pecados, había retirado su mano de las maravillas de los milagros allí, y que solo de vez en cuando los mostraba en memoria de ese santo. Acusándose entre ellos mismos, dijeron: "¿Qué hacemos, adormeciéndonos en la negligencia, que no veneramos a este santo de Dios, cuando Dios ha hecho tantos milagros y bienes para nosotros por sus méritos?" Entonces, acudiendo a los mayores y sabios de la provincia y recibiendo su consejo, y con el consentimiento y autoridad del obispo Bonifacio de la sede de Maguncia, fijaron un tiempo y día para elevar los huesos del bendito Disibodo. Anunciaron este día a todo el pueblo de la tierra.

Cuando llegó el día señalado y se reunió una multitud de personas, en presencia del mencionado obispo, se acercaron al sepulcro del santo hombre, y con gran veneración, levantaron sus huesos y cenizas, y los trasladaron desde el pequeño refugio del oratorio donde habían sido sepultados hasta el monasterio construido casi hacia el oeste del mismo monte, acompañados de himnos y los cantos del pueblo, muchos años después de su migración al Señor, y los depositaron honorablemente en un pequeño relicario preparado para ello.

Pero Dios, que conoce lo oculto, volvió a manifestar los méritos de este santo, de tal modo que, ese mismo día, mientras se realizaban estos actos, un hidrópico y otros enfermos gravemente afectados por

diversas enfermedades fueron curados. También, el suavísimo olor que había aparecido en su tránsito se manifestó de nuevo durante todo ese día con una fragancia maravillosa. Así fue como el pueblo de esa provincia comenzó a venir con gran veneración de oraciones y ofrendas al sepulcro de Disibodo en el aniversario de estos eventos y en el día de su migración al Señor.

Los hermanos de la congregación mencionada vivieron en paz durante muchos años, sirviendo a Dios y al bendito Disibodo sin ofensas en tranquilidad, de tal manera que el pueblo los amaba mucho y los bendecía, y estaban siempre dispuestos a ayudarles con sus recursos. Por esta razón, se volvieron prósperos y ricos en muchas propiedades.

Finalmente, después de muchos años y con el paso de varios reyes, se desataron nuevamente grandes guerras entre los habitantes de la región mencionada. Por esta razón, los ancianos junto con los príncipes de esa tierra acudieron al emperador, que en ese tiempo era Carlomagno, quien había asumido el Imperio Romano, y le dijeron que no era apropiado que aquellos que debían servir al espíritu y no a la carne, a Dios y no al mundo, poseyeran riquezas y pompa mundana en exceso, como sucedía con los que habitaban en el monte del bendito Disibodo, mientras que ellos, oprimidos por las guerras y dificultades, no poseían riquezas ni recursos para servir al reino y defender sus vidas.

El emperador escuchó sus palabras con sabiduría y, con igual sabiduría, disimuló, respondiendo que no les quitaría a esos hermanos ni los feudos ni otros recursos que los fieles les habían concedido. Al recibir esta respuesta, los reclamantes abandonaron su intención inicial.

Sin embargo, tras la muerte de este emperador y después de varios períodos en los que le sucedieron otros, nuevamente surgió una tiranía cruel en forma de guerras, que se intensificó con tal crueldad

que incluso algunas ciudades adyacentes al Rin fueron arrasadas por las mismas opresiones. Por esta razón, los nobles de la provincia mencionada, descendientes de los príncipes mencionados anteriormente, junto con el obispo de Maguncia, se unieron y acudieron al emperador que en ese tiempo gobernaba el imperio. Presentaron su queja con mayor insistencia, diciendo que no tenían recursos para servir al imperio ni para defender sus vidas, pues aquellos que vivían en el monte de San Disibodo poseían los feudos de ellos y de sus antepasados, y que ignoraban cómo había sucedido esto.

El emperador, al escuchar sus quejas, les dio su consentimiento, y convocó a otros príncipes y jueces, y como si estuviera investigando bajo juicio, inquirió sobre la tradición y la confirmación por la cual tan extensas posesiones y feudos habían sido concedidos a esos hermanos. Pero los reclamantes, comprendiendo las intenciones del emperador y cegados por la envidia y la malicia, presentaron muchos testimonios falsos e injustamente fabricados, afirmando que los hermanos habían poseído esas tierras sin derecho, sin juicio imperial ni concesión, durante mucho tiempo y sin queja alguna.

Por lo tanto, bajo el juicio de jueces que juzgaban injustamente, el emperador emitió una sentencia imperial y, con la licencia otorgada, los reclamantes de la queja junto con el obispo mencionado, que era el principal autor de esta invasión, perturbaron y devastaron cruelmente las posesiones y feudos que pertenecían al monte del bendito Disibodo y a sus alrededores, con el consentimiento de la justicia divina.

Debido a esta persecución y las incomodidades sufridas, los hermanos que vivían allí fueron perturbados, consternados y completamente despojados. Aterrorizados por la inminencia de las guerras, abandonaron el monte con gran lamento y se trasladaron a otros lugares donde pudieron encontrar refugio. Los invasores

destruyeron sus habitáculos hasta los cimientos, excepto el lugar sagrado donde habían sido enterrados los restos del santo tras su traslado. Sin embargo, para que ese lugar no quedara completamente desolado de los oficios divinos, los autores de la destrucción colocaron allí a un sacerdote que atendiera al pueblo que vivía en los alrededores, asignándole apenas lo suficiente para su sustento y vestimenta con los beneficios que aún quedaban asociados a ese lugar. Así, este lugar permaneció en tal desolación durante mucho tiempo.

Finalmente, después de muchos años, un hombre piadoso y noble, un conde de la provincia mencionada, llamado Liutardo, aunque dedicado al mundo y rodeado de muchas riquezas, al ver el mencionado monte alto y hermoso, pero desolado, fue conmovido por la gracia divina. Suspira y, por la gloria de la Santísima Trinidad y en memoria del bendito Disibodo, decide que tres sacerdotes sirvan a Dios allí, proveyéndoles de los recursos necesarios para la vida presente con sus propios bienes. Después, en años posteriores, un arzobispo de la sede de Maguncia, piadoso, humilde y contrito de corazón, subió al mismo monte, y postrándose con reverencia ante la tumba del bendito Disibodo, se lamentó profundamente de haber sido hecho grande y rico con las posesiones injustamente arrebatadas a ese santo, y con un voto a Dios, dispuso que doce canónigos, como el número de los doce apóstoles, sirvieran a Dios y al patrono en ese lugar día y noche. También hizo que se les devolvieran, en la medida de lo posible, los feudos que anteriormente pertenecían a ese lugar.

Así, la purga divina fue retirando poco a poco su castigo, aunque aún no lo había completado por completo. Entonces, cuando le agradó al Espíritu Santo en su secreto, inspiró a un hombre prudente del mundo, que también presidía la sede de Maguncia, y lo hizo desear que el lugar mencionado recobrara el esplendor que había tenido en sus primeros días. Este hombre, como un prudente padre

de familia, hizo lo que hace quien reparte su sustancia con amor a sus hijos: trasladó a los canónigos que residían en el monte a otros lugares más adecuados para ellos, y en su lugar restableció allí a hombres religiosos que vivieran con gran disciplina según la regla de San Benito, en quienes todo bien crecería santamente viviendo en ese lugar. Luego, los miró con el abrazo de su corazón y, como un hombre bendito, les proveyó de limosnas según sus posibilidades, con la sustancia y recursos que poseía.

Esta congregación, al igual que los que estuvieron allí antes, sufrió entonces y después muchos castigos por permiso divino, así como ahora, frecuentemente son castigados por Dios en ese lugar, y como será en el futuro cuando los que habiten allí lo merezcan. Muchas historias necias circulan entre el pueblo sobre todas estas causas, historias que el Espíritu Santo no ha reunido y que, por lo tanto, se dispersarán como paja. Pero lo que aquí se ha dicho ha sido revelado por el Espíritu Santo para la gloria de Su nombre, en memoria del bendito patrono y para la corrección de los oyentes, y no debe añadirse nada a las opiniones anteriores, para que no se burlen de las palabras de Aquel que es en lo alto.

Por lo tanto, también es necesario considerar lo que Dios ha obrado en los hombres desde el primer hombre hasta ahora. Cuando Adán cayó por primera vez, fue expulsado del paraíso y, debido a que él cayó por una criatura vil, Dios ordenó también que el hombre le ofreciera las criaturas, de la misma manera que un niño se alimenta primero de leche. Pero después de que el Hijo de Dios asumió la humanidad, se ofreció a sí mismo como sacrificio al Padre y abrió la boca del hombre al alimento de la justicia, así como un niño se alimenta de comida. Sin embargo, cuando ese mismo Hijo de Dios ascendió a los cielos, llenó a los hombres con el fuego del Espíritu Santo, enseñándoles a luchar contra los vicios y las concupiscencias, y a ofrecerse a sí mismos como sacrificio a Dios, de tal manera que eligieron vivir según la armonía celestial, como lo hacen los

hombres espirituales, que abandonan a sí mismos y al mundo por amor a Dios. Así también lo hacen otros buenos hombres que, con un ardiente deseo, emprenden una fuerte continencia según el don del Espíritu Santo, tal como un hombre en su madurez se alimenta por sí mismo.

Así es como Dios también ha obrado aquí, eliminando la opinión vacilante y ordenando que la verdad se manifieste con confianza. De la misma manera, Dios ha purificado frecuentemente a aquellos que habitaban y aún habitan en el lugar mencionado, al igual que ha castigado repetidamente a muchos otros, aunque no los ha destruido por completo, tal como hizo con los hijos de Israel, quienes, aunque comenzaron bien, sufrieron muchas persecuciones debido a las muchas vanidades que perpetraron posteriormente. Y aunque en el tiempo de su malicia compraron la sangre del cordero, fueron dispersados, pero serán buscados en el tiempo final, y así, no perecerán del todo.

Ahora, sin embargo, sea dada la alabanza a Dios, quien siempre lucha contra la antigua serpiente, de modo que purgará toda mancha de pecado hasta la consumación de los tiempos, cuando toda la constitución de sus fieles aparecerá plenamente, tal como la ordenó al principio, y entonces el antiguo enemigo será completamente confundido, porque no podrá beneficiar ni a sí mismo ni a otros, ni podrá otorgar gloria a nadie. Estas palabras fueron pronunciadas por la verdadera sabiduría.

Yo, sin embargo, una humilde forma, recostada en el lecho de mi enfermedad, vi y escuché todas estas cosas, y las he escrito y completado. Pero Dios tiene el poder de levantarme de este lecho, si así le place. Amén.

Aquí termina la vida de San Disibodo, obispo.